



EL
GRAN
NIVELADOR

VIOLENCIA *e*
HISTORIA *de la* DESIGUALDAD
desde la EDAD DE PIEDRA *hasta*
el SIGLO XXI

WALTER SCHEIDEL

CRÍTICA

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

LOS CUATRO JINETES DEL APOCALIPSIS

DEDICATORIA

CITAS

FIGURAS Y TABLAS

AGRADECIMIENTOS

Introducción. EL DESAFÍO DE LA DESIGUALDAD

Primera parte. UNA BREVE HISTORIA DE LA DESIGUALDAD

Capítulo 1. EL AUGE DE LA DESIGUALDAD

Capítulo 2. IMPERIOS DE LA DESIGUALDAD

Capítulo 3. ARRIBA Y ABAJO

Segunda parte. GUERRA

Capítulo 4. GUERRA TOTAL

Capítulo 5. LA GRAN COMPRESIÓN

Capítulo 6. GUERRA PREINDUSTRIAL Y GUERRA CIVIL

Tercera parte. REVOLUCIÓN

Capítulo 7. COMUNISMO

Capítulo 8. ANTES DE LENIN

Cuarta parte. QUIEBRA

Capítulo 9. ESTADOS FALLIDOS Y DERRUMBAMIENTO DE SISTEMAS

Quinta parte. PLAGAS

Capítulo 10. LA PESTE NEGRA

Capítulo 11. PANDEMIAS, HAMBRUNA Y GUERRA

Sexta parte. ALTERNATIVAS

Capítulo 12. REFORMA, RECESIÓN Y REPRESENTACIÓN

Capítulo 13. DESARROLLO ECONÓMICO Y EDUCACIÓN

Capítulo 14. ¿Y SI...? DE LA HISTORIA A LA HIPÓTESIS

Séptima parte. EL REGRESO DE LA DESIGUALDAD Y EL FUTURO DE LA EQUIPARACIÓN

Capítulo 15. EN NUESTRO TIEMPO

Capítulo 16. ¿QUÉ NOS DEPARA EL FUTURO?

Apéndice. LOS LÍMITES DE LA DESIGUALDAD

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



SINOPSIS

El de la desigualdad es un problema que preocupa hoy en el mundo entero. Pero quienes lo estudian suelen reducirse a considerar los tiempos recientes y olvidan las lecciones a largo plazo de la historia. Este ambicioso e impresionante libro estudia la evolución de la desigualdad desde las sociedades primitivas hasta la actualidad y nos descubre que las fuerzas que la han reducido a lo largo de la historia han sido los «cuatro jinetes» de la violencia: guerra, revolución, colapso de los estados y grandes epidemias. Walter Scheidel nos lleva en estas páginas a una fascinante excursión por la historia de las guerras, de las revoluciones (como la francesa o la rusa de 1917), del colapso de los estados (del Imperio romano o del de los mayas), de las pandemias (como la Peste negra). Entender cómo han actuado estas fuerzas niveladoras puede resultar decisivo para encontrar políticas que nos permitan combatir pacíficamente la desigualdad en el futuro.

WALTER SCHEIDEL

EL GRAN NIVELADOR

Violencia e historia de la desigualdad
desde la Edad de Piedra hasta el siglo XXI

Traducción castellana de
Efrén del Valle

CRÍTICA
BARCELONA



Alberto Durero, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, 1497-1498. Grabado, 38,7 × 27,9 cm

A mi madre

«Y así, la distribución debería eliminar el exceso y cada hombre tener suficiente.»

Shakespeare, *El rey Lear*

«Deshazte de los ricos y no encontrarás pobres.»

De Divitiis

«¡Con qué asiduidad encuentra Dios curas que nos son peores que nuestros peligros!»

Séneca, *Medea*

FIGURAS Y TABLAS

FIGURAS

- 1.1. Porcentaje de ingresos del 1 % más rico en Estados Unidos (por año) y referencias a la «desigualdad de ingresos» (porcentajes móviles en tres años), 1970-2008
- 1.1. Forma general de la estructura social de las sociedades agrarias
- 3.1. Tendencias de la desigualdad en Europa a largo plazo
- 3.2. Coeficientes de Gini de distribución de riqueza en Italia y los Países Bajos, 1500-1800
- 3.3. Ratio de PIB per cápita medio respecto de salarios y salarios reales en España, 1277-1850
- 3.4. Tendencias de la desigualdad en Latinoamérica a largo plazo
- 3.5. Tendencias de la desigualdad en Estados Unidos a largo plazo
- 4.1. Porcentajes de ingresos máximos en Japón, 1910-2010
- 5.1. Porcentajes de ingresos del 1 % más rico en cuatro países, 1935-1975
- 5.2. Porcentaje de ingresos del 0,1 % más rico en Alemania y Reino Unido
- 5.3. Porcentaje de riqueza del 1 % más adinerado en diez países, 1740-2011
- 5.4. Ratios de riqueza privada/renta nacional en Francia, Alemania, Reino Unido y el mundo, 1870-2010
- 5.5. Porcentaje de rentas de capital en ingresos totales brutos para el 1 % de ingresos más elevados en Francia, Suecia y Estados Unidos, 1920-2010
- 5.6. Porcentaje de gasto gubernamental en la renta nacional en siete países, 1913-1918
- 5.7. Tasas máximas de impuestos marginales en nueve países, 1900-2006
- 5.8. Tasas medias máximas de impuestos sobre la renta y patrimoniales en veinte países, 1800-2013
- 5.9. Primera guerra mundial y tasas medias máximas de impuestos sobre la renta en diecisiete países
- 5.10. Porcentaje de ingresos del 1 % más rico en Alemania, 1891-1975

- 5.11. Porcentaje de ingresos del 1 % más rico en Suecia, 1903-1975
- 5.12. Tasas marginales de impuestos estatales sobre la renta en Suecia, 1862-2013
- 5.13. Densidad sindical en diez países de la OCDE, 1880-2008
- 6.1. Envergadura militar e índices de movilización en años de guerra en grandes potencias, 1650-2000
- 6.2. Coeficientes de Gini de ingresos y porcentaje de ingresos del 0,01 % más rico en España, 1929-2014
- 9.1. Tamaño medio de las viviendas en Gran Bretaña desde la Edad de Hierro hasta principios de la Edad Media
- 9.2. Cuartiles de tamaño de las viviendas en Gran Bretaña desde la Edad de Hierro hasta principios de la Edad Media
- 9.3. Coeficientes de Gini del tamaño de las viviendas en Gran Bretaña desde la Edad de Hierro hasta principios de la Edad Media
- 10.1. Salarios reales de los trabajadores no cualificados en Europa y el Levante, 1300-1800
- 10.2. Salarios reales de los trabajadores cualificados en Europa y el Levante, 1300-1800
- 10.3. Salarios rurales reales calculados en cereales en Inglaterra, 1200-1869
- 10.4. Porcentajes de riqueza del 5 % más adinerado y coeficientes de Gini de distribución de riqueza en las ciudades del Piamonte, 1300-1800
- 10.5. Coeficientes de Gini de riqueza en Poggibonsi, 1338-1779
- 10.6. Porcentaje de riqueza del 5 % más rico en la Toscana, 1283-1792
- 10.7. Porcentajes de riqueza del 5 % más adinerado y coeficientes de Gini de distribución de riqueza en Lucca, 1331-1561
- 11.1. Salarios reales expresados en múltiplos de cestas de la compra mínimas en México central, 1520-1820
- 11.2. Salarios diarios en trigo de los trabajadores rurales y urbanos no cualificados en Egipto, siglo III a. e. c. al siglo XV e. c.
- 11.3. Cambios en los precios y alquileres reales entre las décadas de 110 y 160 y 190 y 250 e. c. en el Egipto romano
- 11.4. Desigualdad de riqueza en Augsburgo: número de contribuyentes, pago de impuestos medio y coeficientes de Gini de pago de impuestos, 1498-1702
- 13.1. Producto Interior Bruto y coeficientes de Gini en diferentes países, 2010
- 13.2. Coeficientes de Gini de ingresos calculados y conjeturados para Latinoamérica, 1870-1990 (medias ponderadas por población para cuatro, seis y dieciséis países)
- 14.1. Tendencias de desigualdad hipotéticas en el siglo XX
- 15.1. Porcentaje de ingresos del 1 % más rico en veinte países de la OCDE, 1980-2013
- A.1. Frontera de la posibilidad de desigualdad
- A.2. Coeficientes de Gini de ingresos estimados y frontera de posibilidad de desigualdad en sociedades preindustriales
- A.3. Índices de extracción para sociedades preindustriales (sólidos) y sus sociedades

- modernas homólogas (vacíos)
- A.4. Frontera de la posibilidad de desigualdad para diferentes valores del mínimo social
 - A.5. Diferentes tipos de fronteras de posibilidad de la desigualdad

TABLAS

- 2.1. Desarrollo de las mayores fortunas documentadas de la sociedad romana y la población bajo control de Roma, siglo II a. e. c. a siglo V e. c.
- 5.1. Desarrollo de los porcentajes de ingresos más elevados durante las guerras mundiales
- 5.2. Variación en el índice de reducción de los porcentajes de ingresos del 1 % más rico, por periodo
- 6.1. Propiedades en 1870 en comparación con 1860 (1860 = 100), para los blancos del Sur
- 6.2. Desigualdad de ingresos en las familias del Sur
- 8.1. Porcentajes de ingresos en Francia, 1780-1866
- 11.1. Porcentaje y número de familias gravables en Augsburgo por horquilla tributaria, 1618 y 1646
- 15.1. Tendencias en los porcentajes de ingresos máximos y desigualdad de ingresos en países seleccionados, 1980-2010

AGRADECIMIENTOS

La brecha entre ricos y pobres ha crecido y menguado durante toda la historia de la civilización humana. Es posible que la desigualdad económica solo haya vuelto a copar recientemente el discurso popular, pero su historia tiene unas raíces profundas. Mi libro intenta seguir y explicar dicha historia muy a largo plazo.

Uno de los primeros que me hicieron notar este plazo tan largo fue Branko Milanovic, un experto mundial en desigualdad que en sus estudios ha llegado hasta la Antigüedad. Si hubiera más economistas como él, más historiadores escucharían. Hace aproximadamente una década, Steve Friesen me hizo pensar más en los repartos de ingresos en la Antigüedad y Emmanuel Saez despertó aún más mi interés en la desigualdad durante el año que pasamos juntos en el Centro para el Estudio Avanzado de Ciencias Conductuales de Stanford.

Mi perspectiva y argumentos se han inspirado en gran medida en el trabajo de Thomas Piketty. Varios años antes de que su provocador libro sobre el capital en el siglo XX presentara sus ideas a un público más amplio, había leído su obra y reflexionado sobre su relevancia más allá de los últimos dos siglos (también conocidos como el «corto plazo» para un historiador de la Antigüedad como yo). La aparición de su ópera prima me infundió un muy necesario ímpetu para pasar de la mera contemplación a escribir un estudio propio. Agradezco mucho su carácter innovador.

La invitación de Paul Seabright a pronunciar una distinguida conferencia

en el Instituto de Estudios Avanzados de Toulouse en diciembre de 2013 me obligó a hilvanar mis desorganizados pensamientos sobre este tema en una argumentación más coherente y me animó a seguir adelante con este proyecto literario. Durante una segunda ronda de debates preliminares en el Santa Fe Institute, Sam Bowles demostró ser un crítico feroz pero afable y Suresh Naidu aportó información de utilidad.

Cuando mi compañero Ken Scheve me pidió que organizara una conferencia en nombre del Centro Europeo de Stanford, aproveché la oportunidad para reunir a un grupo de expertos en distintas disciplinas para debatir la evolución de la desigualdad material en la historia a largo plazo. Nuestra cita en Viena en septiembre de 2015 fue a la vez disfrutable y educativa: un agradecimiento a los coorganizadores locales, Bernhard Palme y Peer Vries, así como a Ken Scheve y August Reinisch, por su apoyo económico.

También me beneficié de los comentarios recibidos durante las presentaciones en el Evergreen State College, las universidades de Copenhague y Lund y la Academia China de Ciencias Sociales de Pekín. Estoy agradecido a los organizadores de esos actos: Ulrike Krotscheck, Peter Bang, Carl Hampus Lyttkens, Liu Jinyu y Hu Yujuan.

David Christian, Joy Connolly, Peter Garnsey, Robert Gordon, Philip Hoffman, Branko Milanovic, Joel Mokyr, Reviel Netz, Şevket Pamuk, David Stasavage y Peter Turchin tuvieron la amabilidad de leer y comentar el manuscrito en su totalidad. Kyle Harper, William Harris, Geoffrey Kron, Peter Lindert, Josh Ober y Thomas Piketty también leyeron fragmentos del libro. Un grupo de historiadores del Instituto Saxo de Copenhague se reunieron para comentar el manuscrito, y estoy especialmente agradecido a Gunner Lind y Jan Pedersen por su amplia información. Recibí valiosos consejos sobre secciones y cuestiones concretas de Anne Austin, Kara Cooney, Steve Haber, Marilyn Masson, Mike Smith y Gavin Wright. Es solo culpa mía el no haber sido tan receptivo a sus comentarios como sin duda debería haberlo sido.

Me siento extremadamente agradecido con varios compañeros que, de manera muy generosa, compartieron su trabajo inédito conmigo: Guido

Alfani, Kyle Harper, Michael Jursa, Geoffrey Kron, Branko Milanovic, Ian Morris, Henrik Mouritsen, Josh Ober, Peter Lindert, Bernhard Palme, Şevket Pamuk, Mark Pyzyk, Ken Scheve, David Stasavage, Peter Turchin y Jeffrey Williamson. Brandon Dupont y Joshua Rosenbloom crearon y compartieron útiles estadísticas sobre la distribución de la riqueza en Estados Unidos durante la guerra civil. Leonardo Gasparini, Branko Milanovic, Şevket Pamuk, Leandro Prados de la Escosura, Ken Scheve, Mikael Stenkula, Rob Stephan y Klaus Wälde tuvieron la amabilidad de enviarme archivos de datos. Andrew Granato, licenciado en Economía por la Universidad de Stanford, me prestó una valiosa ayuda en mis investigaciones.

Finalicé el proyecto en el marco de una beca Humanities and Arts Enhanced Sabbatical de Stanford, concedida durante el curso académico 2015-2016: gracias a mis decanos, Debra Satz y Richard Saller, por su apoyo en esta cuestión (y en muchas otras). Ese año sabático me permitió pasar la primavera de 2016 como visitante del Instituto Saxo de la Universidad de Copenhague cuando estaba dando los últimos retoques al manuscrito. Gracias a mis colegas daneses por su calurosa hospitalidad, y sobre todo a mi buen amigo y colaborador en serie Peter Bang. También le debo unas palabras de agradecimiento a la John Simon Guggenheim Memorial Foundation por concederme una beca para llevar a cabo este proyecto. Dado que conseguí terminar este libro antes de poder aceptar la beca, procuraré aprovecharla al máximo en mis futuras empresas.

Cuando el proyecto estaba a punto de concluir, Joel Mokyr se ofreció a incluirlo en su serie y ayudó a guiarlo en el proceso de revisión. Agradezco enormemente su apoyo y sus acertados comentarios. Rob Tempio ha sido un espléndido instigador y editor, un auténtico amante de los libros y defensor de los escritores. También estoy en deuda con él por haber propuesto el título principal de esta obra. Su compañero Eric Crahan me dio acceso a las pruebas de dos libros de Princeton relacionados con el mío. También debo dar las gracias a Jenny Wolkowicki, Carol McGillivray y Jonathan Harrison por haber garantizado un proceso de producción excepcionalmente fluido y rápido y a Chris Ferrante por su excepcional diseño de portada.

Introducción

EL DESAFÍO DE LA DESIGUALDAD

«UNA DESIGUALDAD PELIGROSA Y CADA VEZ
MAYOR»

¿Cuántos multimillonarios hacen falta para igualar el valor neto de la mitad de la población mundial? En 2015, las sesenta y dos personas más ricas del planeta eran propietarias de tanta riqueza personal neta como la mitad más pobre de la humanidad, esto es, más de 3.500 millones de personas. Si decidieran ir todos de excursión, cabrían cómodamente en un autocar grande. El año anterior eran necesarios ochenta y cinco multimillonarios para superar ese umbral, lo cual requeriría tal vez un autobús de dos pisos más espacioso. Y no hace tanto, en 2010, hasta trescientos ochenta y ocho debían aunar esfuerzos para equiparar sus activos con los de la otra mitad del mundo, una concurrencia que habría precisado un convoy de vehículos o llenado un Boeing 777 o un Airbus A340.^[1]

Pero la desigualdad no solo la crean los multimillonarios. El 1 % de las familias más ricas del mundo actualmente poseen algo más de la mitad de la riqueza privada global neta. Incluir los activos que algunos de ellos poseen en paraísos fiscales inclinaría aún más la balanza. Esas disparidades no solo obedecen a las enormes diferencias en ingresos netos entre las economías avanzadas y las economías en vías de desarrollo. Dentro de las sociedades se dan desequilibrios similares. En la actualidad, los veinte estadounidenses más

ricos tienen tanto como la mitad de las familias más pobres juntas, y el 1 % de los ingresos más altos supone una quinta parte del total del país. La desigualdad ha aumentado en casi todo el mundo. En las últimas décadas, los ingresos y la riqueza han quedado repartidos de forma más desigual en Europa y Norteamérica, en el antiguo bloque soviético y en China, India y otros lugares. Y el que ya tiene recibirá aún más: en Estados Unidos, el 1 % que más posee entre el 1 % más rico (las personas pertenecientes al 0,01 % de ingresos más elevados) casi sextuplicó sus beneficios con respecto a la década de 1970, mientras que la décima parte más adinerada de ese grupo (el 0,1 % más rico) los cuadruplicaba. El resto tuvo un promedio de ganancias de unas tres cuartas partes, lo cual no es desdeñable, aunque dista mucho de los avances que han experimentado los estratos más altos.[2]

El 1 % puede ser un alias práctico y de fácil dicción que además utilizo repetidamente en este libro, pero también sirve para ocultar el grado de concentración de riqueza que recae en un número aún más reducido de manos. En la década de 1850, Nathaniel Parker Willis acuñó el término «los 10.000 más ricos» para describir a la alta sociedad de Nueva York. Es posible que ahora necesitemos una variante, «la diezmilésima parte de los más ricos», si queremos hacer justicia a quienes más contribuyen a la creciente desigualdad. Y aún dentro de este grupo minoritario, los situados en la cima siguen dejando atrás a los demás. La fortuna estadounidense más grande de la actualidad equivale a un millón de veces los ingresos anuales medios de una familia, es decir, veinte veces más que en 1982. Con todo, es posible que Estados Unidos esté quedando rezagado con respecto a China, que, según se dice, alberga a un número aún mayor de multimillonarios pese a tener un PIB considerablemente más bajo.[3]

Todo ello ha sido recibido con una ansiedad cada vez más marcada. En 2013, el presidente Barack Obama calificaba la creciente desigualdad de «desafío decisivo»:

Y son una desigualdad peligrosa y una falta de movilidad ascendente cada vez mayores las que han puesto en peligro la oportunidad básica de la clase media estadounidense: que si se trabaja duro, uno tiene la posibilidad de salir adelante. Creo que este es el reto que define nuestro tiempo: asegurarnos de que nuestra economía

funciona para todos los trabajadores estadounidenses.

Dos años antes, el inversor y multimillonario Warren Buffett se quejaba de que él y sus «amigos megarricos» no pagaban suficientes impuestos. Esos sentimientos son compartidos por muchos. Transcurridos dieciocho meses desde su publicación en 2013, un libro académico de setecientas páginas sobre la desigualdad capitalista había vendido 1,5 millones de ejemplares y copaba el primer puesto en la lista de *best sellers* de no ficción de *The New York Times*. En las primarias del Partido Demócrata para las elecciones presidenciales de 2016, las implacables denuncias del senador Bernie Sanders contra la «clase multimillonaria» congregaron a grandes multitudes y propiciaron millones de pequeñas donaciones entre sus bases. Incluso los líderes de la República Popular China han reconocido públicamente el problema al respaldar un informe sobre cómo «reformar el sistema de distribución de ingresos». Cualquier duda que pueda existir es despejada por Google, una de las grandes minas de oro desigualadoras de la bahía de San Francisco, donde yo resido, que nos permite realizar un seguimiento de la creciente preponderancia de la desigualdad de ingresos en la conciencia ciudadana (Fig. I.1).[4]

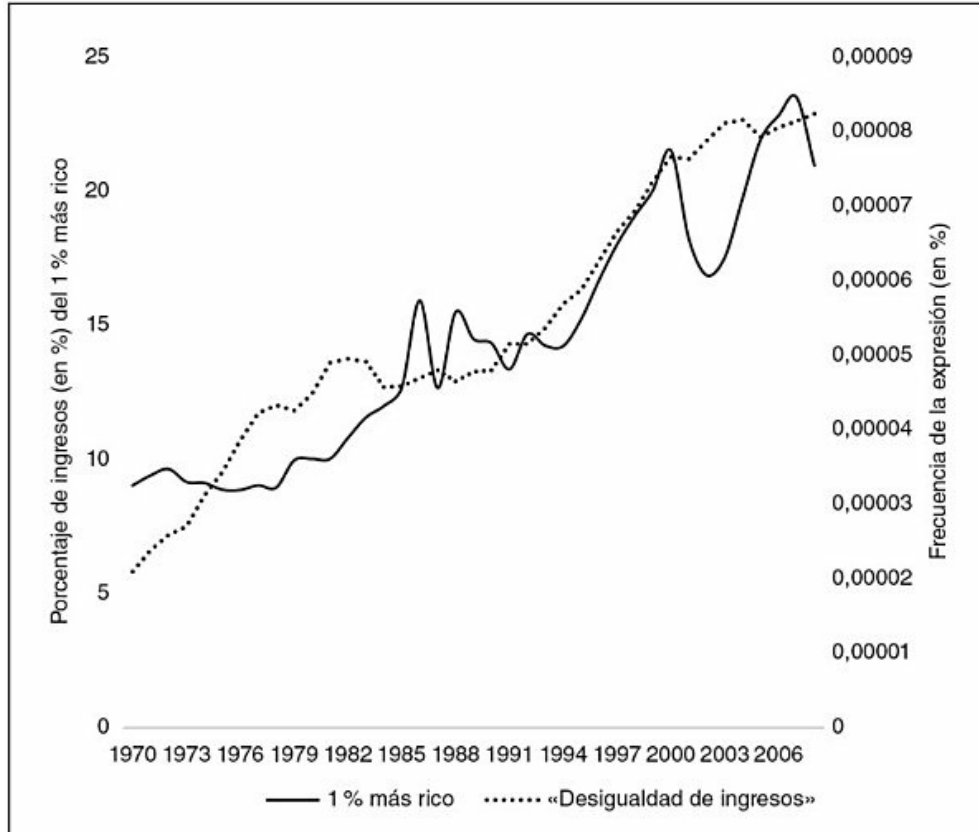


FIGURA I.1. Porcentaje de ingresos del 1 % más rico en Estados Unidos (por año) y referencias a la «desigualdad de ingresos» (porcentajes móviles en tres años), 1970-2008

Por tanto, ¿los ricos simplemente han seguido enriqueciéndose? No es del todo así. Pese a la vilipendiada voracidad de la «clase multimillonaria» o, en términos más generales, el 1 %, los ingresos más elevados en Estados Unidos no alcanzaron hasta hace poco los niveles de 1929 y los activos ahora están menos concentrados que entonces. En la víspera de la primera guerra mundial, el 10 % de las familias más ricas de Inglaterra poseían un asombroso 92 % de toda la riqueza privada, desplazando así a casi todos los demás; en la actualidad, el porcentaje es algo más de la mitad. La elevada desigualdad atesora un pedigrí extremadamente largo. Hace dos mil años, las fortunas privadas más grandes de Roma representaban 1,5 millones de veces los ingresos medios por cápita del imperio, aproximadamente la misma proporción que Bill Gates y el estadounidense de a pie actual. Por lo que sabemos, ni siquiera la desigualdad de ingresos en Roma era muy distinta de la de Estados Unidos. Sin embargo, en tiempos del papa Gregorio Magno,

hacia 600 e. c., habían desaparecido grandes patrimonios y lo poco que quedaba de la aristocracia romana recurría a donativos papales para mantenerse a flote. A veces, como en esa ocasión, la desigualdad menguó porque, si bien muchos se volvieron más pobres, los ricos tenían más que perder. En otros casos, a los trabajadores les iba mejor mientras caían las ganancias del capital: un ejemplo famoso es Europa occidental después de la peste negra, cuando los salarios reales se duplicaron o triplicaron y los trabajadores se alimentaban de carne y cerveza mientras los terratenientes pasaban apuros para guardar las apariencias.[5]

¿Cómo ha evolucionado con el tiempo la distribución de los ingresos y la riqueza y por qué ha cambiado tanto en ocasiones? Teniendo en cuenta la enorme atención que ha suscitado la desigualdad en los últimos años, todavía sabemos mucho menos de lo que cabría esperar. Una creciente serie de estudios, con frecuencia muy técnicos, trata la cuestión más acuciante: por qué los ingresos a menudo se han concentrado más a lo largo de la última generación. Se ha escrito menos sobre las fuerzas que hicieron disminuir la desigualdad en casi todo el mundo durante el siglo XX, y menos aún sobre la distribución de recursos materiales en el pasado más lejano. Sin duda, la inquietud por unas diferencias de ingresos cada vez mayores en el mundo actual ha dado impulso al estudio de la desigualdad a más largo plazo, al igual que el cambio climático contemporáneo ha alentado un análisis de datos históricos pertinentes. Pero todavía no poseemos una idea adecuada de la panorámica general, un estudio global que abarque la amplia variedad de la historia observable. Una perspectiva intercultural, comparativa y a largo plazo es esencial para comprender los mecanismos que han influido en la distribución de los ingresos y la riqueza.

LOS CUATRO JINETES

La desigualdad material requiere un acceso a recursos que van más allá del mínimo necesario para seguir vivos. Hace decenas de miles de años ya

existían los excedentes, y también los humanos que estaban dispuestos a compartirlos de forma desigual. En el último periodo glacial, los cazadores-recolectores encontraban tiempo y medios para enterrar a ciertos individuos con muchos más lujos. Pero fue la producción de alimentos —la agricultura y el pastoreo— la que creó riqueza a una escala totalmente nueva. La desigualdad creciente y persistente se convirtió en un rasgo definitorio del Holoceno. La domesticación de plantas y animales posibilitaba acumular y preservar recursos productivos. Las normas sociales evolucionaron de tal modo que pasaron a definir los derechos sobre esos activos, incluida la capacidad para legarlos a futuras generaciones. En tales condiciones, la distribución de los ingresos y la riqueza se vería condicionada por varias experiencias: la salud, las estrategias maritales y el éxito reproductivo, las opciones de consumo e inversión, las cosechas abundantes y las plagas de langostas y la peste bovina determinaban el destino intergeneracional. Al incrementarse con el tiempo, las consecuencias de la suerte y el esfuerzo permitieron unos resultados desiguales a largo plazo.

En principio, las instituciones podrían haber atenuado las disparidades incipientes por medio de intervenciones concebidas para reequilibrar la distribución de recursos materiales y los frutos del trabajo, como hicieron algunas sociedades premodernas. Sin embargo, en la práctica, la evolución social normalmente tuvo el efecto contrario. La domesticación de las fuentes de alimentos también domesticó a la gente. La creación de estados como una forma altamente competitiva de organización instauró marcadas jerarquías de poder y una fuerza coercitiva que desequilibraban el acceso a los ingresos y la riqueza. La desigualdad política reforzó y amplificó la disparidad económica. Durante casi todo el periodo agrario, el Estado enriqueció a unos pocos a expensas de muchos: las ganancias salariales y los beneficios por prestar un servicio público normalmente resultaban nimios si los comparamos con la corrupción, la extorsión y el saqueo. A consecuencia de ello, muchas sociedades premodernas llegaron a alcanzar un nivel de desigualdad máximo, explorando los límites de la apropiación de excedentes por parte de pequeñas élites en condiciones de escasa producción per cápita y crecimiento mínimo. Y cuando unas instituciones más benignas fomentaron un desarrollo

económico más vigoroso, sobre todo en el Occidente emergente, siguieron haciendo gala de una gran desigualdad. La urbanización, la comercialización, la innovación en el sector financiero, el comercio a una escala cada vez más global y, por último, la industrialización generaron grandes beneficios para los poseedores de capital. A medida que se reducían los dividendos del ejercicio de poder brutal, ahogando así una fuente tradicional de enriquecimiento de las élites, unos derechos de propiedad más seguros y los compromisos estatales fortalecieron la protección de la riqueza privada hereditaria. Aunque cambiaran las estructuras y normas sociales y los sistemas políticos, la desigualdad de ingresos y riqueza siguió siendo elevada o encontró nuevas maneras de crecer.

A lo largo de miles de años, la civilización no se prestó a una equiparación pacífica. En una amplia variedad de sociedades y en distintos niveles de desarrollo, la estabilidad favoreció la desigualdad económica. Esto es cierto tanto en el Egipto faraónico como en la Inglaterra victoriana, el Imperio Romano y Estados Unidos. Las sacudidas violentas tuvieron una importancia crucial a la hora de alterar el orden establecido, condensar la distribución de ingresos y riqueza y atenuar la brecha entre ricos y pobres. Durante toda la historia documentada, la equiparación más poderosa ha resultado siempre de las sacudidas más potentes. La desigualdad se ha visto allanada por cuatro tipos de rupturas violentas: guerra con movilización masiva, revolución transformadora, fracaso del Estado y pandemia letal. A esto lo denomino los «cuatro jinetes de la equiparación». Al igual que sus homólogos bíblicos, su propósito era «quitar de la tierra la paz» y «matar con espada, con hambre, con mortandad y con las fieras de la tierra». Actuando a veces de forma individual y a veces en concierto, las consecuencias de sus actos fueron totalmente apocalípticas para sus contemporáneos. Murieron cientos de millones de personas. Y cuando se calmaron las aguas, la brecha entre ricos y desposeídos había menguado, a menudo de forma drástica.[6]

Solo algunos tipos concretos de violencia han reducido consistentemente la desigualdad. La mayoría de las guerras no tuvieron efectos sistemáticos en la distribución de recursos: si bien las formas arcaicas de conflicto que prosperaban gracias a las conquistas y los saqueos probablemente habían de

enriquecer a las élites victoriosas y empobrecer al bando perdedor, un desenlace menos claro no tenía consecuencias predecibles. Para que la guerra erradicara las disparidades de ingresos y riqueza debía penetrar en la sociedad en su conjunto, movilizar a personas y recursos a una escala que con frecuencia solo era factible en los estados-nación modernos. Esto explica por qué las dos guerras mundiales fueron dos de los niveladores más importantes de la historia. La destrucción física causada por una guerra a escala industrial, unos impuestos confiscatorios, la intervención gubernamental en la economía, la inflación, la interrupción del tránsito global de productos y capital y otros factores se aunaron para acabar con la riqueza de las élites y redistribuir los recursos. También fueron un catalizador singularmente poderoso para equiparar los cambios políticos y dieron un fuerte empujón a las ampliaciones de franquicia, la sindicalización y el crecimiento del estado de bienestar. Las sacudidas de las guerras mundiales provocaron lo que se conoce como la «gran compresión», una atenuación masiva de las desigualdades de ingresos y riqueza en todos los países desarrollados. Aunque se concentró sobre todo en el periodo de 1914 a 1945, normalmente tardó varias décadas más en seguir su curso natural. Anteriormente, otras guerras que provocaron movilizaciones masivas no tuvieron repercusiones generalizadas similares. Las guerras de la época napoleónica o la guerra civil estadounidense tuvieron repercusiones distributivas variadas y, cuanto más retrocedemos en el tiempo, menos pruebas pertinentes encontramos. La cultura de la ciudad-estado en la Grecia antigua, representada por Atenas y Esparta, probablemente sea la que nos proporciona los primeros ejemplos de intensas movilizaciones populares provocadas por la guerra e instituciones igualitarias que ayudaron a poner freno a la desigualdad, aunque con un éxito dispar.

Las guerras mundiales generaron la segunda fuerza igualadora más importante, esto es, la revolución transformadora. Por lo común, los conflictos internos no han reducido la desigualdad: las revueltas campesinas y las rebeliones urbanas eran habituales en la historia premoderna, pero normalmente fracasaban, y la guerra civil en los países en vías de desarrollo suele provocar que la distribución de los ingresos sea más desigual y no a la

inversa. Una restructuración violenta de la sociedad debe ser excepcionalmente intensa si pretende reconfigurar el acceso a los recursos materiales. Al igual que ocurre con la movilización de masas ocasionada por un conflicto bélico, este fue un fenómeno primordialmente del siglo XX. Los comunistas que expropiaban, redistribuían y a menudo colectivizaban erradicaron la desigualdad de forma drástica. Las más transformadoras de esas revoluciones fueron acompañadas de una violencia extraordinaria y, a la postre, se equipararon a las guerras mundiales en número de muertos y miseria humana. Rupturas mucho menos sangrientas, como la Revolución Francesa, equipararon en una escala proporcionalmente mucho menor.

La violencia podía destruir estados enteros. El fracaso de los estados o el derrumbamiento de un sistema eran especialmente fiables en lo que a equiparación se refiere. A lo largo de casi toda la historia, los ricos han estado posicionados en la cima de la jerarquía del poder político o cerca de ella, o han mantenido lazos con personas que lo estaban. Asimismo, los estados proporcionaban cierta protección, por modesta que fuera conforme a criterios modernos, a las actividades económicas más allá del nivel de subsistencia. Cuando los estados se desintegraban, esas posiciones, contactos y protecciones se hallaban bajo presión o se perdían por completo. Aunque todo el mundo podía sufrir cuando los estados se desintegraban, los ricos tenían mucho más que perder: al disminuir o desaparecer los ingresos y la riqueza de la élite se comprimía la distribución general de los recursos. Esto sucede desde que existen los estados. Los primeros ejemplos conocidos nos retrotraen al final del Reino Antiguo de Egipto y el imperio acadio de Mesopotamia, hace cuatro mil años. Hoy en día, la experiencia de Somalia indica que esa fuerza igualadora otrora potente no ha desaparecido por completo.

El fracaso de un Estado lleva el principio de la igualación por medios violentos a sus extremos lógicos: en lugar de conseguir la redistribución y un nuevo equilibrio reformando y reestructurando sistemas gubernamentales ya existentes, hace borrón y cuenta nueva de manera más exhaustiva. Los tres primeros jinetes representan distintas fases, no en el sentido de que puedan aparecer en secuencia —mientras que las revoluciones más importantes

fueron desencadenadas por las guerras de mayor envergadura, el desmoronamiento de un Estado normalmente no requiere presiones igual de fuertes—, sino en términos de intensidad. Lo que tienen todos en común es que recurren a la violencia para rehacer la distribución de ingresos y riqueza junto con el orden político y social.

La violencia causada por el hombre ha tenido competencia desde hace mucho tiempo. En el pasado, la peste, la viruela y el sarampión arrasaron continentes con más fuerza que los ejércitos más numerosos o los revolucionarios más fervientes. En las sociedades agrarias, la pérdida de una parte significativa de la población por culpa de los microbios, en ocasiones un tercio o más, provocaba escasez de mano de obra y aumentaba su precio respecto de los activos fijos y otros capitales no humanos, que normalmente permanecían intactos. A consecuencia de ello, los trabajadores ganaban y los terratenientes y empresarios perdían, ya que los salarios reales iban en aumento y los dividendos se reducían. Las instituciones ejercían de mediadoras en la escala de esos cambios: las élites normalmente intentaban preservar acuerdos ya existentes por decreto y fuerza, pero a menudo no lograban mantener a raya a las fuerzas igualadoras del mercado.

Las pandemias completan el cuarteto de jinetes de la equiparación violenta. Pero ¿existían otros mecanismos más pacíficos para reducir la desigualdad? Si pensamos en una igualación a mayor escala, la respuesta debe ser no. A lo largo de la historia, todas las grandes compresiones de la desigualdad material que podemos observar en los archivos vinieron motivadas por uno o más de esos cuatro igualadores. Asimismo, las guerras y revoluciones de masas no solo actuaron en aquellas sociedades que se vieron directamente implicadas en esos acontecimientos: las guerras mundiales y la exposición a los rivales comunistas también influyeron en las condiciones económicas, las expectativas sociales y la creación de políticas de terceros. Estas reacciones en cadena incrementaron aún más los efectos de la equiparación enraizada en el conflicto violento. Ello dificulta la desvinculación de los acontecimientos que tuvieron lugar a partir de 1945 en todo el mundo de las sacudidas anteriores y sus continuas reverberaciones. Aunque la reducción de la desigualdad de ingresos en Latinoamérica a

comienzos de la década de 2000 podría ser el candidato más prometedor a la igualdad no violenta, dicha tendencia ha tenido un alcance relativamente modesto y su sostenibilidad es incierta.

Otros factores tienen una trayectoria dispar. Desde la Antigüedad hasta el presente, la reforma agraria ha tendido a reducir la desigualdad, sobre todo cuando estaba asociada a la violencia o a una amenaza de violencia y menos cuando no lo estaba. Las crisis macroeconómicas tienen efectos poco duraderos en la distribución de ingresos y riqueza. La democracia no mitiga por sí misma la desigualdad. Aunque la interacción de educación y cambio tecnológico sin duda influye en la dispersión de los ingresos, históricamente los beneficios de la educación y las aptitudes han demostrado que son muy sensibles a las sacudidas violentas. Por último, no hay pruebas empíricas convincentes que respalden la idea de que el desarrollo económico moderno como tal reduce las desigualdades. No existe un repertorio de medios de compensación benignos que haya conseguido resultados ni remotamente comparables a los causados por los cuatro jinetes.

Sin embargo, las sacudidas amainan. Cuando los estados fracasaban, otros los reemplazaban tarde o temprano. Las contracciones demográficas se invertían cuando remitían las plagas y el renovado aumento de población devolvía paulatinamente el equilibrio de mano de obra y capital a sus niveles anteriores. Las guerras mundiales fueron relativamente cortas y sus efectos se han disipado con el tiempo: los tipos impositivos y la densidad sindical han disminuido, la globalización ha crecido, el comunismo ha desaparecido, la guerra fría terminó y el riesgo de una tercera guerra mundial se ha atenuado. Todo ello hace más fácil comprender el reciente resurgimiento de la desigualdad. Los igualadores violentos tradicionales se hallan adormecidos y es improbable que regresen en un futuro próximo. No han surgido mecanismos de equiparación alternativos con una potencia similar.

Incluso en las economías avanzadas más progresistas, la redistribución y la educación son incapaces de absorber por completo la presión de la creciente desigualdad de ingresos antes de aplicar impuestos y transferencias. En los países en vías de desarrollo se abren oportunidades inmediatas, pero las limitaciones fiscales siguen siendo fuertes. No parece existir un método

sencillo para votar, regular o enseñar cómo propiciar una mayor igualdad de forma significativa. Desde una perspectiva histórica global, ello no debería sorprendernos. Hasta donde sabemos, los entornos que no sufrieron grandes sacudidas violentas y sus repercusiones más generalizadas apenas experimentaron compresiones relevantes de la desigualdad. ¿Será distinto el futuro?

DE LO QUE NO TRATA ESTE LIBRO

Las disparidades en la distribución de ingresos y riqueza no son el único tipo de desigualdad con relevancia social o histórica: también lo son las desigualdades que tienen su origen en el género y la orientación sexual; en la raza y la etnicidad; y en la edad, la habilidad y las creencias, al igual que las desigualdades en la educación, la sanidad, la voz política y las oportunidades de vida. Por tanto, el título de este libro no es tan preciso como podría. Con todo, un subtítulo como «Las sacudidas violentas y la historia de la desigualdad de ingresos y riqueza desde la Edad de Piedra hasta el presente y más allá» no solo habría agotado la paciencia de la editorial, sino que habría sido innecesariamente exclusivo. Al fin y al cabo, las desigualdades de poder siempre han desempeñado un papel fundamental a la hora de determinar el acceso a los recursos materiales: un título más detallado sería a la vez más preciso y demasiado limitado.

Ni siquiera aspiro a abarcar todos los aspectos de la desigualdad económica. Me centraré en la distribución de recursos materiales en el seno de las sociedades, dejando al margen cuestiones de desigualdad económica entre países, un tema importante y muy debatido. Considero que las condiciones en sociedades concretas carecen de referencia explícita a las muchas otras fuentes de desigualdad que acabo de mencionar, factores cuya influencia en la distribución de los ingresos y la riqueza serían difíciles, si no imposibles de identificar y comparar a muy largo plazo. Me interesa sobre todo responder a la pregunta de por qué se redujo la desigualdad, identificar los mecanismos de equiparación. Hablando en términos muy generales,

cuando nuestra especie adoptó la producción alimentaria domesticada y sus consecuencias habituales, el sedentarismo y la formación de estados, y hubo reconocido alguna forma de derechos de propiedad hereditarios, la presión ascendente sobre la desigualdad material se convirtió en un rasgo fundamental de la existencia social humana. Tomar en consideración los aspectos más específicos sobre la evolución de esas presiones a lo largo de siglos y milenios, en especial las complejas sinergias entre lo que podríamos catalogar toscamente de coacción y fuerzas del mercado, requeriría un estudio aparte con una extensión aún mayor.[7]

Por último, abordo las sacudidas violentas (junto con mecanismos alternativos) y sus efectos en la desigualdad material, pero en general no exploro la relación inversa, la cuestión de si —y, en ese caso, cómo— la desigualdad contribuyó a generar esas sacudidas violentas. Hay varios motivos que explican mi renuencia. Puesto que los altos niveles de desigualdad eran un rasgo habitual de las sociedades históricas, no es fácil explicar sacudidas concretas en referencia a esa condición contextual. La estabilidad interna variaba enormemente entre sociedades contemporáneas con unos niveles comparables de desigualdad material. Algunas sociedades sometidas a rupturas violentas no eran particularmente desiguales. Un ejemplo de ello es la China prerrevolucionaria. Ciertas sacudidas eran en gran medida o totalmente exógenas, en especial las pandemias que mitigaban la desigualdad alterando el equilibrio de capital y mano de obra. Incluso los acontecimientos provocados por el ser humano, como las guerras mundiales, afectaron profundamente a sociedades que no participaron directamente en esos conflictos. Los estudios sobre el papel de la desigualdad de ingresos en el estallido de una guerra civil ponen de relieve la complejidad de esta relación. Con esto no quiero decir que la desigualdad de recursos domésticos no tuviera potencial para contribuir al estallido de guerras y revoluciones o al fracaso de un Estado. Simplemente significa que en la actualidad no hay motivos convincentes para dar por sentada una conexión causal sistemática entre la desigualdad general de ingresos y riqueza y la aparición de sacudidas violentas. Tal como han demostrado trabajos recientes, los análisis de rasgos más específicos que posean una dimensión distributiva, como la competencia

dentro de grupos de élite, pueden ser más prometedores a la hora de explicar los conflictos violentos y las rupturas.

Para los propósitos de este estudio, trato las sacudidas violentas como fenómenos independientes que actúan sobre la desigualdad material. Esta perspectiva está concebida para evaluar la importancia de tales sacudidas como fuerzas de equiparación a muy largo plazo, independientemente de si existen pruebas suficientes para determinar o negar una conexión relevante entre esos hechos y la desigualdad anterior. Si el hecho de que me centre en una dirección causal, de las sacudidas a la desigualdad, despierta interés en su contraria, tanto mejor. Puede que nunca sea factible hilvanar una crónica plausible que interiorice plenamente los cambios observables en el reparto de ingresos y riqueza con el tiempo. Aun así, merece la pena ahondar en posibles bucles de retroalimentación entre la desigualdad y las sacudidas violentas. Mi estudio no puede ser más que una pieza de este proyecto más amplio.[8]

¿CÓMO SE HACE?

Hay muchas maneras de medir la desigualdad. En los próximos capítulos normalmente utilizo solo los dos baremos más básicos: el coeficiente de Gini y porcentajes de ingresos o riqueza totales. El coeficiente de Gini calcula el grado en que la distribución de los ingresos o los activos materiales se desvían de la igualdad perfecta. Si cada miembro de una población determinada recibe y posee exactamente la misma cantidad de recursos, el coeficiente de Gini es 0; si un miembro lo controla todo y los demás no tienen nada, se aproxima a 1. Así pues, cuanto más desigual sea el reparto, más elevado es el valor de Gini. Este puede expresarse como una fracción de 1 o como porcentaje; yo prefiero la primera para distinguirlo más claramente de las proporciones de ingresos o riqueza, que normalmente se expresan en porcentajes. Estos nos indican qué proporción de los ingresos o la riqueza totales en una población determinada es recibida o poseída por un grupo particular que se define por su posición en la distribución general. Por

ejemplo, el tan citado 1 % representa a aquellas unidades —a menudo familias— de una población determinada que gozan de ingresos más altos o disponen de mayores activos que el 99 % de sus unidades. Los coeficientes de Gini y los porcentajes de ingresos son medidas complementarias que ponen énfasis en diferentes propiedades de una distribución determinada: mientras que los primeros computan el grado de desigualdad total, los segundos proporcionan una perspectiva muy necesaria sobre la forma de la distribución.

Ambos índices pueden utilizarse para medir la distribución de distintas versiones del reparto de ingresos. Los ingresos antes de impuestos y los pagos de transferencia son conocidos como «ingresos de mercado», los ingresos después de pagos de transferencia se denominan «ingresos brutos» y los ingresos netos de todo impuesto y pago de transferencia se definen como «renta disponible». En adelante, solo haré referencia a ingresos de mercado y disponibles. Siempre que utilice el término «desigualdad de ingresos» sin más especificaciones, me refiero a los primeros. Durante buena parte de la historia documentada, la desigualdad de los ingresos de mercado es el único tipo que puede conocerse o calcularse. Asimismo, antes de la creación de grandes sistemas de redistribución fiscal en el Occidente moderno, las diferencias en la distribución de ingresos de mercado, brutos y disponibles en general eran muy pequeñas, al igual que en numerosos países en vías de desarrollo de la actualidad. En este libro, los porcentajes de ingresos siempre están basados en la distribución de los ingresos de mercado. Tanto los datos contemporáneos como históricos sobre el porcentaje de ingresos, sobre todo los que se hallan en lo más alto de la distribución, normalmente se derivan de archivos de impuestos que hacen referencia a ingresos antes de una intervención fiscal. En algunas ocasiones también hago referencia a ratios entre porcentajes o percentiles concretos de la distribución de ingresos, una media alternativa del peso relativo de diferentes horquillas. Existen índices de desigualdad más sofisticados, pero en general no pueden aplicarse a estudios a largo plazo que utilicen grupos de datos muy diversos.[9]

El cálculo de la desigualdad material plantea dos tipos de problema: conceptuales y basados en evidencias. Dos problemas conceptuales de

relevancia merecen atención aquí. El primero es que los índices más válidos miden y expresan una desigualdad relativa basada en el porcentaje de recursos totales capturados por segmentos específicos de la población. La desigualdad absoluta, por el contrario, se centra en la diferencia en la cantidad de recursos que recaen sobre esos segmentos. Esas dos perspectivas suelen arrojar resultados muy diferentes. Pongamos por caso una población en la que la familia media del decil más alto de distribución de ingresos gana diez veces lo que una familia media del decil más bajo, por ejemplo, 100.000 dólares frente a 10.000. Por tanto, los ingresos nacionales se duplican mientras que la distribución de ingresos no varía. El coeficiente de Gini y los porcentajes de ingresos siguen igual que antes. Desde esta perspectiva, los ingresos han aumentado sin incrementar la desigualdad en el proceso. Sin embargo, al mismo tiempo, la diferencia de ingresos entre los deciles superior e inferior se ha duplicado, pasando de 90.000 a 180.000 dólares, lo cual garantiza unas ganancias mucho mayores para las familias acomodadas que para las familias con unos ingresos más bajos. Podemos aplicar el mismo principio a la distribución de la riqueza. De hecho, apenas existen escenarios creíbles en los que el crecimiento económico no provoque un aumento de la desigualdad absoluta. Por tanto, puede decirse que las medidas de desigualdad relativa tienen un punto de vista más conservador, ya que sirven para desviar la atención de una disparidad de ingresos y riqueza que crece persistentemente a favor de cambios más pequeños y multidireccionales en la distribución de los recursos materiales. En este libro sigo la tradición al priorizar mediciones estándar de desigualdad relativa como el coeficiente de Gini y los porcentajes de ingresos más elevados, pero pongo de relieve sus limitaciones siempre que sea apropiado.[10]

Otro problema es la sensibilidad del coeficiente de Gini de distribución de ingresos a las necesidades de subsistencia y a los niveles de desarrollo económico. Al menos en teoría, es totalmente posible que una sola persona posea toda la riqueza que existe en una población determinada. Sin embargo, ninguna persona que esté absolutamente privada de ingresos podría sobrevivir. Eso significa que los valores de Gini de ingresos más elevados estarán por debajo del techo nominal de ~ 1 . Más concretamente, se ven

limitados por la cantidad de recursos que sobrepasan los necesarios para satisfacer unas necesidades de subsistencia mínimas. Esta limitación es especialmente poderosa en las economías de bajos ingresos que eran típicas de casi toda la historia humana y que en la actualidad siguen existiendo en algunas regiones del mundo. Por ejemplo, en una sociedad con un PIB equivalente al doble de la subsistencia mínima, el coeficiente de Gini no superaría 0,5, aunque un solo individuo consiguiera monopolizar todos los ingresos superiores a los que los demás necesitan para sobrevivir. En niveles más altos de resultados, el grado máximo de desigualdad se ve limitado aún más por las definiciones cambiantes de lo que constituye subsistencia mínima y por la incapacidad de unas poblaciones mayoritariamente empobrecidas de mantener una economía avanzada. Los coeficientes nominales de Gini deben adaptarse en conformidad para calcular lo que ha venido en llamarse «tasa de extracción», el grado en que la cantidad máxima de desigualdad que es teóricamente posible en un entorno concreto ha sido actualizada. Este es un problema complejo que resulta especialmente importante en cualquier comparación de la desigualdad a muy largo plazo, pero que no ha empezado a despertar interés hasta hace muy poco. La abordaré con más detalle en el apéndice incluido al final del libro.[11]

Esto me lleva a la segunda categoría: los problemas relacionados con la calidad de las pruebas. El coeficiente de Gini y los porcentajes de ingresos más elevados son medidas en general congruentes de desigualdad: normalmente (aunque no siempre) se mueven en la misma dirección cuando cambian con el paso del tiempo. Ambos son sensibles a las deficiencias de los datos subyacentes. Los coeficientes de Gini modernos suelen derivarse de estudios de familias, de los cuales se extrapolan distribuciones nacionales putativas. Este formato no es especialmente adecuado para determinar los ingresos más altos. Incluso en los países occidentales, los Gini nominales deben adaptarse al alza para tener en cuenta la aportación real de los ingresos más elevados. Asimismo, en muchos países en vías de desarrollo, los estudios a menudo son de una calidad insuficiente para extraer cálculos nacionales fiables. En esos casos, unos intervalos de confianza amplios no solo impiden la comparación entre países, sino que también pueden dificultar el análisis de

cambios con el paso del tiempo. Los intentos por calcular la distribución general de la riqueza hacen frente a desafíos aún mayores, no solo en los países en vías de desarrollo, donde se cree que un notable porcentaje de los activos de las élites se halla oculto en paraísos fiscales, sino incluso en entornos con abundancia de datos como Estados Unidos. Los porcentajes de ingresos normalmente se computan a partir de archivos fiscales, cuya calidad y características varían enormemente entre países y con el paso del tiempo y son vulnerables a distorsiones motivadas por la evasión de impuestos. Los bajos índices de participación en los países con ingresos más bajos y las definiciones políticas de lo que constituyen unos ingresos sujetos a gravamen plantean complejidades adicionales. A pesar de esas dificultades, la recopilación y publicación *on-line* de una creciente cantidad de información sobre porcentajes de ingresos más elevados en la World Wealth and Income Database ha afianzado nuestras ideas sobre la desigualdad de ingresos y ha restado importancia a indicadores de un único valor y un tanto opacos como el coeficiente de Gini en beneficio de índices más completos de concentración de recursos.[12]

Todos esos problemas son nimios en comparación con los que nos encontramos si tratamos de retroceder en el tiempo para estudiar la desigualdad de ingresos y riqueza. Los impuestos sobre la renta rara vez son anteriores al siglo XX. En ausencia de estudios sobre familias, debemos recurrir a indicadores indirectos para calcular los coeficientes de Gini. Antes de 1800, aproximadamente, la desigualdad de ingresos en sociedades enteras solo puede calcularse con la ayuda de tablas sociales, estimaciones de los ingresos obtenidos por diferentes partes de la población que fueron calculadas por observadores contemporáneos o deducidas, quizá tenuemente, por estudiosos posteriores. Un número cada vez mayor de conjuntos de datos que en algunas zonas de Europa llegan hasta la Alta Edad Media han arrojado luz sobre las condiciones que experimentaban ciudades o regiones específicas. Archivos de impuestos a la riqueza en ciudades francesas e italianas, impuestos a valores de alquileres inmobiliarios en Holanda e impuestos sobre la renta en Portugal nos permiten reconstruir la distribución subyacente de activos y a veces incluso de ingresos. Lo mismo ocurre con

algunos archivos de la era moderna temprana sobre la dispersión de tierras agrícolas en Francia y sobre el valor de patrimonios de sucesiones testamentarias en Inglaterra. De hecho, los coeficientes de Gini pueden aplicarse provechosamente a pruebas mucho más lejanas en el tiempo. Se han analizado de este modo los patrones de propiedad de terrenos en el Egipto romano tardío, la variación en el tamaño de las viviendas en el alto y el bajo medievo en Grecia, Gran Bretaña, Italia y el norte de África y en el México azteca, la distribución de los porcentajes de herencias y dotes en la sociedad babilónica e incluso la dispersión de útiles de piedra en Çatal Höyük, uno de los primeros asentamientos protourbanos del mundo, datado en hace casi diez mil años. La arqueología nos ha permitido llevar los límites del estudio de la desigualdad material hasta el Paleolítico en la época de la última glaciación.

[13]

También tenemos acceso a toda una serie de datos indirectos que no documentan distribuciones pero que, no obstante, se sabe que son sensibles a los cambios en el nivel de desigualdad de ingresos. El ratio de alquileres de tierras y salarios es un buen ejemplo. En las sociedades predominantemente agrarias, los cambios en el precio de la mano de obra en relación con el valor del tipo más importante de capital tienden a reflejar cambios en las ganancias relativas que corresponden a diferentes clases: un valor índice creciente indica que los terratenientes prosperaban a costa de los trabajadores, lo cual provocaba un aumento de la desigualdad. Lo mismo ocurre con otra medición relacionada, la ratio de renta per cápita y salarios. Cuanto mayor es el porcentaje no relacionado con el trabajo en la renta, mayor es el índice y más desiguales podían ser los ingresos. Sin duda, ambos métodos tienen puntos débiles. Pueden estipularse alquileres y salarios de lugares concretos, pero no tienen por qué ser representativos de poblaciones más numerosas o de países enteros, y los cálculos estimados del PIB en cualquier sociedad premoderna entrañan inevitablemente unos márgenes de error considerables. No obstante, esos datos indirectos normalmente son capaces de proporcionarnos una idea sobre los contornos de las tendencias de la desigualdad con el paso del tiempo. Los ingresos reales representan un conjunto de datos indirectos de más fácil acceso pero menos instructivo. En el oeste de Eurasia, los salarios

reales, expresados en equivalentes de cereales, han podido calcularse hasta una antigüedad de cuatro mil años. Esta perspectiva a muy largo plazo hace posible la identificación de ejemplos de ingresos reales inusualmente elevados para los trabajadores, un fenómeno que podemos asociar de manera plausible con una menor desigualdad. Aun así, la información sobre salarios reales que no puede contextualizarse en referencia a valores de capital o PIB sigue siendo un indicador muy rudimentario y poco fiable de la desigualdad general de ingresos.[14]

En los últimos años hemos sido testigos de considerables avances en el estudio de los archivos fiscales premodernos y la reconstrucción de salarios reales, ratios alquileres/salarios e incluso niveles de PIB. No es exagerado afirmar que buena parte de este libro no podría haberse escrito hace veinte o incluso diez años. La escala, el alcance y el ritmo del progreso en el estudio de la desigualdad histórica de ingresos y riqueza nos da muchas esperanzas sobre el futuro de este campo. Es innegable que periodos prolongados de la historia humana no admiten siquiera el análisis cuantitativo más rudimentario de la distribución de los recursos materiales. Sin embargo, incluso en esos casos puede que seamos capaces de identificar señales de cambio con el paso del tiempo. Las muestras de riqueza de la élite son el más prometedor y, de hecho, a menudo el único indicador de desigualdad. Cuando las pruebas arqueológicas de un consumo abundante de la élite en vivienda, dieta o entierros dan paso a restos más modestos o cuando los signos de estratificación se desvanecen por completo, podemos deducir razonablemente cierto grado de equiparación. En las sociedades tradicionales, los miembros de las élites ricas y poderosas a menudo eran los únicos que controlaban suficientes ingresos o activos como para sufrir grandes pérdidas, unas pérdidas que son visibles en el archivo material. La variación de la estatura humana y otros rasgos fisiológicos también puede asociarse a la distribución de los recursos, si bien otros factores, como las cargas patógenas, también tuvieron un papel importante. Cuanto más nos distanciamos de los datos que documentan la desigualdad de una forma más inmediata, más conjeturales serán nuestras interpretaciones. Sin embargo, la historia global es imposible a menos que estemos preparados para inferir. En este libro intento hacer

justamente eso.

Al hacerlo, nos enfrentamos a un enorme gradiente de documentación, desde estadísticas detalladas sobre los factores que explican el reciente aumento de la desigualdad de ingresos en Estados Unidos hasta indicios vagos de desequilibrios de recursos en los albores de la civilización, con una gran variedad de datos en medio. Aunar todo esto en una narración analítica razonablemente coherente nos plantea un desafío formidable: en buena medida, este es el verdadero reto de la desigualdad que invoca el título de esta introducción. He decidido estructurar cada parte de este libro de un modo que, a mi juicio, es el mejor para abordar ese problema. La primera parte sigue la evolución de la desigualdad desde nuestros comienzos como primates hasta principios del siglo XX y, por tanto, está organizada de una manera cronológica convencional (capítulos 1-3).

Esto cambia una vez que hablamos de los cuatro jinetes, los máximos impulsores de la igualación violenta. En las partes dedicadas a los dos primeros miembros de este cuarteto, la guerra y la revolución, mi estudio empieza en el siglo XX y va retrocediendo en el tiempo. Hay una razón muy sencilla para esto. La equiparación por medio de las guerras con movilizaciones masivas y las revoluciones transformadoras ha sido sobre todo una característica de la modernidad. La «gran compresión» de las décadas de 1910 a 1940 no solo aportó las mejores pruebas de este proceso, sino que también lo representa y constituye de forma paradigmática (capítulos 4-5). En un segundo paso, busco antecedentes de estas rupturas violentas, pasando de la guerra civil estadounidense a la experiencia de China, Roma y la Grecia antiguas, así como de la Revolución Francesa a las innumerables revueltas de la era premoderna (capítulos 6 y 8). Sigo la misma trayectoria en mis comentarios acerca de la guerra civil en la última parte del capítulo 6, desde las consecuencias de esos conflictos en los países en vías de desarrollo de la época contemporánea hasta el final de la república romana. Esta perspectiva me permite establecer modelos de igualación violenta que están firmemente afianzados en datos modernos antes de explorar si también pueden aplicarse al pasado más lejano.

En la quinta parte, dedicada a las plagas, utilizo una versión modificada

de la misma estrategia pasando del mejor caso documentado —la peste negra de la Baja Edad Media (capítulo 10)— a ejemplos cada vez menos conocidos, uno de los cuales (las Américas a partir de 1492) es algo más reciente, mientras que otros se sitúan en épocas más antiguas (capítulo 11). El criterio es el mismo: determinar los mecanismos fundamentales de la igualación violenta causada por la mortalidad de masas epidémica con la ayuda de los mejores datos disponibles antes de buscar sucesos análogos en otros lugares. La cuarta parte, dedicada al fracaso de los estados y el desmoronamiento de los sistemas, lleva este principio organizativo a su conclusión lógica. La cronología es poco importante a la hora de analizar fenómenos que estuvieron mayoritariamente confinados a la historia premoderna y seguir una secuencia temporal concreta no ofrece ninguna ventaja. Las fechas de algunos casos importan menos que la naturaleza de las pruebas existentes y el alcance de la erudición actual, que varían considerablemente en el espacio y el tiempo. Por tanto, empiezo con un par de ejemplos constatados antes de dedicarme a otros que comento con menos detalle (capítulo 9). Casi toda la sexta parte, que trata de las alternativas a la igualación violenta, está organizada por temas y evalúo diferentes factores (capítulos 12-13) antes de abordar resultados hipotéticos (capítulo 14). La última parte, que junto con la primera contextualiza mi estudio temático, vuelve al formato cronológico. Avanzando desde el reciente resurgimiento de la desigualdad (capítulo 15) hasta las posibilidades de equiparación en un futuro próximo o más remoto (capítulo 16), completa mi panorámica evolutiva.

Un estudio que aúna el Japón de Hideki Tojo y la Atenas de Pericles o el colapso de la civilización maya y la Somalia actual puede resultar confuso para algunos de mis compañeros historiadores, aunque no tanto, espero, para los lectores del ámbito de las ciencias sociales. Como decía, el reto que supone explorar la historia global de la desigualdad es serio. Si queremos identificar fuerzas igualadoras en la historia documentada, debemos encontrar maneras de salvar la brecha entre diferentes áreas de especialización tanto dentro como fuera de las disciplinas académicas y superar grandes disparidades en la calidad y cantidad de los datos. Una perspectiva a largo plazo requiere soluciones poco ortodoxas.

¿ES IMPORTANTE?

Todo esto plantea un sencillo interrogante. Si es tan difícil estudiar las dinámicas de la desigualdad en culturas sumamente diferentes y muy a largo plazo, ¿para qué vamos a intentarlo siquiera? Cualquier respuesta a esta pregunta debe abordar dos cuestiones independientes pero relacionadas: ¿es importante la desigualdad económica a día de hoy y por qué merece la pena estudiar su historia? Harry Frankfurt, el filósofo de Princeton más conocido por su disquisición *On Bullshit: sobre la manipulación de la verdad*, comienza su librito *On Inequality* discrepando con la valoración de Obama citada al principio de esta introducción: «Nuestro reto más fundamental no es el hecho de que los ingresos de los estadounidenses sean sumamente desiguales. Por el contrario, es el hecho de que demasiados ciudadanos sean pobres». La pobreza es, sin duda, un blanco en movimiento: una persona pobre en Estados Unidos no lo sería en África central. En ocasiones, la pobreza es definida incluso como una función de la desigualdad —en Reino Unido, el umbral oficial de la pobreza se establece como una fracción de los ingresos medios—, aunque son más comunes los criterios absolutos, como el umbral de 1,25 dólares en los precios de 2005 utilizado por el Banco Mundial o la referencia al coste de la cesta de la compra en Estados Unidos. Nadie objetaría que la pobreza, se defina como se defina, es poco deseable: el desafío radica en demostrar que la disparidad de ingresos y riqueza como tal, y no la pobreza o las grandes fortunas con las que puede estar asociada, tiene efectos negativos en nuestra vida.^[15]

La perspectiva más pragmática se centra en los efectos de la desigualdad en el crecimiento económico. Los economistas han señalado repetidamente que puede ser difícil evaluar esta relación y que la complejidad teórica del problema no siempre se ha visto equiparada por la especificación empírica de las investigaciones existentes. Aun así, varios estudios argumentan que unos niveles más altos de desigualdad están vinculados a menores índices de crecimiento. Por ejemplo, se ha observado que una menor desigualdad de

ingresos disponibles no solo propicia un crecimiento más rápido, sino también fases de crecimiento más prolongadas. La desigualdad parece ser especialmente perjudicial para el crecimiento en las economías desarrolladas. Hay quienes respaldan incluso la debatida tesis de que unos niveles elevados de desigualdad entre las familias estadounidenses contribuyeron a la burbuja del crédito que precipitó la Gran Recesión de 2008, ya que las familias con unos ingresos más bajos recurrieron a créditos rápidos (en parte producidos por la acumulación de riquezas en lo más alto) a fin de mantener los patrones de consumo de grupos más acomodados. En unas condiciones de préstamo más restrictivas, por el contrario, se considera que la desigualdad de riqueza es una desventaja para los grupos con bajos ingresos, ya que impide su acceso al crédito.[16]

En los países desarrollados, una mayor desigualdad está asociada a una menor movilidad económica intergeneracional. Puesto que los ingresos y la riqueza parentales son sólidos indicadores del éxito educativo y de las ganancias, la desigualdad tiende a perpetuarse en el tiempo proporcionalmente a lo elevada que sea. Las consecuencias desigualadoras de la segregación residencial por ingresos son un tema relacionado. Desde los años setenta, en las áreas metropolitanas de Estados Unidos, el aumento de la población en zonas con ingresos altos y bajos sumado a la disminución de zonas con ingresos medios ha provocado una mayor polarización. Los barrios acomodados en particular se han vuelto más aislados, un hecho que seguramente precipitará una concentración de los recursos, entre ellos los servicios públicos de financiación local, lo cual afecta a su vez a las posibilidades de vida de los niños e impide la movilidad intergeneracional. [17]

En los países en vías de desarrollo, al menos ciertos tipos de desigualdad de ingresos aumentan la posibilidad de conflicto interno y guerra civil. Las sociedades con unos ingresos elevados se enfrentan a consecuencias menos extremas. Se dice que en Estados Unidos la desigualdad afecta al proceso político, haciendo más fácil que los ricos ejerzan influencia, aunque en este caso cabe preguntarse si es la presencia de grandes fortunas y no la desigualdad en sí misma la que explica este fenómeno. Algunos estudios han

observado que unos altos niveles de desigualdad se correlacionan con unos niveles más bajos de felicidad. Solo la salud parece no verse afectada por la distribución de los recursos como tales, al contrario que los niveles de ingresos: mientras que las diferencias en materia de salud generan desigualdad de ingresos, no ha podido demostrarse el ejemplo a la inversa. [18]

Lo que tienen en común todos estos estudios es que se centran en las consecuencias prácticas de la desigualdad material y en las razones esenciales por las cuales podría ser considerada un problema. Otra serie de objeciones a la distribución desigual de los recursos se fundamenta en la ética normativa y en las ideas de justicia social, una perspectiva que queda fuera del alcance de mi estudio pero merece más atención en un debate que con demasiada frecuencia está dominado por cuestiones económicas. Sin embargo, aún sobre la base más limitada de un razonamiento puramente instrumental, no cabe duda de que, al menos en ciertos contextos, unos altos niveles de desigualdad y unas disparidades crecientes en ingresos y riqueza son perjudiciales para el desarrollo social y económico. Pero ¿qué constituye un nivel «alto» y cómo sabemos si los desequilibrios «crecientes» son un rasgo nuevo de la sociedad contemporánea o simplemente nos acercan a condiciones históricamente comunes? ¿Existe, por utilizar el término de François Bourguignon, un nivel «normal» de desigualdad al que los países que estén experimentando una creciente disparidad aspiran a regresar? Y si, como ocurre en numerosas economías desarrolladas, la desigualdad es mayor ahora que hace unas décadas pero menor que hace un siglo, ¿qué significa eso para nuestra interpretación de los determinantes de la distribución de ingresos y riqueza? [19]

La desigualdad creció o se mantuvo bastante estable durante casi toda la historia documentada y las reducciones significativas han sido infrecuentes. Sin embargo, las propuestas políticas diseñadas para frenar o invertir el aumento de la desigualdad suelen demostrar pocos conocimientos sobre estos antecedentes históricos. ¿Debería ser así? Es posible que nuestra época sea tan diferente, que esté tan desvinculada de sus cimientos agrarios y no democráticos, que la historia ya no tenga nada que enseñarnos. Y lo cierto es

que, sin duda, han cambiado muchas cosas: los grupos con bajos ingresos en las economías ricas normalmente viven mejor que la mayoría de la gente del pasado, e incluso los habitantes más desaventajados de los países menos desarrollados viven más tiempo que sus ancestros. La experiencia vital de los perjudicados por la desigualdad es, en muchos sentidos, muy distinta a la de antaño.

Pero no es el desarrollo económico o, en términos más generales, el desarrollo humano lo que aquí nos ocupa, sino cómo se distribuyen los frutos de la civilización, por qué se distribuyen como lo hacen y qué sería necesario para cambiar esos resultados. He escrito este libro para demostrar que las fuerzas que modelaban la desigualdad en realidad no han cambiado hasta resultar irreconocibles. Si queremos reequilibrar la actual distribución de los ingresos y la riqueza a favor de una mayor igualdad, no podemos ignorar lo que fue preciso para conseguir tal objetivo en el pasado. Debemos preguntarnos si alguna vez se ha aliviado una gran desigualdad sin una gran violencia, cómo son las influencias más benignas en comparación con el poder de este Gran Nivelador y si el futuro será muy distinto, aunque tal vez no nos gusten las respuestas.

Primera parte

UNA BREVE HISTORIA
DE LA DESIGUALDAD

Capítulo 1

EL AUGE DE LA DESIGUALDAD

IGUALACIÓN PRIMORDIAL

¿La desigualdad ha estado siempre con nosotros? Nuestros parientes no humanos más próximos en la actualidad, los grandes simios africanos — gorilas, chimpancés y bonobos— son criaturas extremadamente jerárquicas. Los gorilas macho adultos se dividen en unos pocos ejemplares dominantes con harenes de hembras y muchos otros que no poseen ningún consorte. Los espalda plateada no solo dominan a las hembras de su grupo, sino también a cualquier macho que siga con ellos después de alcanzar la madurez. Los chimpancés, sobre todo los machos, aunque no solo ellos, consumen ingentes cantidades de energía en rivalidades motivadas por cuestiones de estatus. Las muestras de acoso y dominación agresiva hallan su equivalente en una amplia variedad de conductas de sumisión de aquellos que ocupan los estratos más bajos del orden jerárquico. En grupos de cincuenta o cien, el estatus es un elemento fundamental y estresante de la vida, pues cada miembro ocupa un lugar específico en la jerarquía pero siempre está buscando maneras de mejorarlo. Y no hay escapatoria, puesto que los machos que abandonan el grupo para evitar a los ejemplares dominantes corren el riesgo de morir a manos de los machos de otros grupos, por lo que suelen quedarse y competir o someterse. Reflejando el fenómeno de la circunscripción social que ha sido invocado para explicar la creación de la jerarquía entre los humanos, esta

gran limitación sirve para reforzar la desigualdad.

Es posible que sus parientes más cercanos, los bonobos, ofrezcan una imagen más bondadosa al mundo, pero también tienen machos y hembras alfa. Aunque son bastante menos violentos y proclives al acoso que los chimpancés, mantienen estructuras jerárquicas claramente definidas. Si bien la ovulación oculta y la ausencia de dominación sistemática de las hembras por parte de los machos reducen los conflictos violentos relacionados con las oportunidades de apareamiento, la jerarquía se manifiesta en la competición que libran los machos por los alimentos. En todas esas especies, la desigualdad se expresa en un acceso desigual a la comida —lo más parecido a las disparidades de ingresos de los seres humanos— y, sobre todo, en términos de éxito reproductivo. La jerarquía de la dominación, coronada por los machos más corpulentos, fuertes y agresivos, que son los que más consumen y mantienen relaciones sexuales con un mayor número de hembras, es el patrón habitual.[1]

Es improbable que esas características comunes no evolucionaran hasta que esas tres especies se hubieron separado de la línea ancestral, un proceso que comenzó hace unos once millones de años con la aparición de los gorilas y que prosiguió tres millones de años después con la separación del antepasado común de los chimpancés y los bonobos de los primeros antecesores de lo que acabaría convirtiéndose en el australopiteco y, a la postre, en el ser humano. Aun así, es posible que las expresiones sociales de desigualdad marcadas no siempre fueran comunes entre los primates. La jerarquía es una función de la vida grupal y nuestros parientes primates más lejanos, que se dividieron antes, ahora son menos sociales y viven solos o en grupos muy reducidos o transitorios. Esto ocurre en el caso de los gibones, cuyos antepasados se separaron de los grandes simios hace veintidós millones de años, y en el de los orangutanes, los primeros grandes simios que experimentaron la especiación hace unos diecisiete millones de años y ahora están confinados en Asia. Por el contrario, el gregarismo jerárquico es típico de los géneros africanos de esta familia taxonómica, incluida la nuestra. Ello indica que el antepasado común más reciente de los gorilas, los chimpancés, los bonobos y los humanos ya hacían gala de alguna versión de este rasgo, a

diferencia de precursores más lejanos.[2]

La analogía con otras especies de primates tal vez no sea una guía adecuada sobre la desigualdad entre homínidos y humanos más ancestrales. La mejor prueba indirecta con la que contamos son los exiguos datos sobre dimorfismo sexual de tamaño, el grado en que los miembros maduros de un sexo —en este caso, los machos— son más altos, pesados y fuertes que los de otro. Entre los gorilas, al igual que entre los leones marinos, la intensa desigualdad entre los machos con y sin harenes, así como entre machos y hembras, está asociada a un alto grado de dimorfismo sexual de tamaño con preferencia por el macho. A juzgar por el registro fósil, los homínidos prehumanos —australopitecos y parántropos, que vivieron hace más de cuatro millones de años—, al parecer eran más dimórficos que los humanos. Si la postura ortodoxa, que recientemente ha sido cada vez más cuestionada, se sostiene, algunas de las primeras especies, *Australopithecus afarensis* y *anamensis*, aparecidas hace tres o cuatro millones de años, estaban definidas por una ventaja en la masa corporal del macho de más del 50 %, mientras que especies posteriores ocupaban una posición intermedia entre ellos y los humanos. Con la llegada del *Homo erectus*, con un cerebro más grande, hace más de dos millones de años, el dimorfismo sexual de tamaño ya se había reducido a la cantidad relativamente modesta que seguimos observando en la actualidad. En la medida en que el grado de dimorfismo guardaba relación con la preponderancia de la competencia agonística entre machos por las hembras o estaba condicionado por la selección sexual de estas últimas, la reducción en las diferencias sexuales podría ser un indicativo de una menor varianza reproductiva entre los machos. Según esta interpretación, la evolución atenuó la desigualdad tanto entre los machos como entre sexos. Aun así, han persistido índices más elevados de desigualdad reproductiva para los hombres que para las mujeres, junto con unos niveles moderados de poliginia reproductiva.[3]

Se cree asimismo que otros acontecimientos que pudieron comenzar hace dos millones de años fomentaron una mayor igualdad. Los cambios en el cerebro y la fisiología que propiciaron la crianza y la alimentación cooperativas habrían contrarrestado la agresividad de los dominantes y

suavizado las jerarquías en grupos más numerosos. Es posible que las innovaciones en el ejercicio de la violencia contribuyeran a este proceso. Cualquier cosa que ayudara a los subalternos a resistir a los dominantes habría atenuado el poder de estos últimos y, por tanto, reducido la desigualdad general. La creación de coaliciones entre hombres de menor estatus fue uno de los medios para alcanzar ese fin, y el uso de armas arrojadas, otro. Los combates cuerpo a cuerpo, ya fuera con las manos, con los dientes, con palos o con piedras, favorecían a los hombres más fuertes y agresivos. Las armas empezaron a desempeñar un papel igualador cuando pudieron ser utilizadas a mayor distancia.

Hace unos dos millones de años, los cambios anatómicos que se produjeron en el hombro hicieron posible el lanzamiento eficaz de piedras y otros objetos, una destreza que no estaba al alcance de especies anteriores ni tampoco de los primates no humanos de la actualidad. Esta adaptación no solo mejoró las capacidades para la caza, sino que también hizo más fácil que los gamas desafiaran a los alfas. La fabricación de lanzas fue el siguiente paso, y después llegaron mejoras como las puntas endurecidas con fuego y, más tarde, las puntas de piedra. El uso controlado del fuego nació hace unos 800.000 años, y la tecnología del tratamiento con calor tiene una antigüedad de al menos 160.000. La aparición de dardos o puntas de flecha hechos de piedra, que dataría de hace 70.000 años en Sudáfrica, fue simplemente la última fase de un dilatado proceso de desarrollo de armas arrojadas. Por primitivas que les parezcan a los observadores modernos, esas herramientas favorecían la destreza en detrimento de la envergadura, la fuerza y la agresividad, y alentaban los ataques y emboscadas iniciales, así como la cooperación entre los individuos más débiles. La evolución de las habilidades cognitivas fue un complemento vital para lanzamientos más precisos, un mejor diseño de armas y una creación de coaliciones más fiable. Las capacidades lingüísticas plenas, que habrían facilitado alianzas más elaboradas y reforzado las ideas de moralidad, podrían remontarse a tan solo 100.000 años o hasta 300.000. Buena parte de la cronología de esos cambios sociales es poco clara: cabe la posibilidad de que se prolongara durante los últimos dos millones de años o que estuviese más concentrada entre humanos

anatómicamente modernos, nuestra especie, u *Homo sapiens*, que apareció en África hace al menos 200.000 años.[4]

Lo más importante en el contexto actual es el resultado acumulativo, la mayor capacidad de los individuos de estatus inferior para enfrentarse a los machos alfa de un modo que no estaba al alcance de los primates no humanos. Cuando los dominantes pasaban a formar parte de grupos cuyos miembros estaban armados con proyectiles y eran capaces de contrarrestar su influencia formando coaliciones, la dominación manifiesta por medio de la fuerza bruta y la intimidación ya no era una opción viable. Si esta conjetura —pues no puede ser otra cosa— es correcta, entonces la violencia y, más concretamente, las nuevas estrategias para organizarse y amenazar con acciones violentas desempeñaron un papel importante y puede que incluso crucial en la primera gran igualación en la historia de la humanidad. Para entonces, la evolución biológica y social de los seres humanos había dado pie a un equilibrio igualitario. Los grupos todavía no eran lo bastante numerosos, las capacidades productivas todavía no estaban suficientemente diferenciadas y los conflictos y la territorialidad todavía no estaban lo bastante desarrollados como para que la sumisión a unos pocos pareciera la opción menos mala para muchos. Aunque las variedades animales de dominación y jerarquía se habían visto erosionadas, aún no habían sido sustituidas por nuevas formas de desigualdad basadas en la domesticación, la propiedad y la guerra. Ese mundo se ha perdido casi por completo, pero no del todo. Definidas por bajos niveles de desigualdad de recursos y un fuerte espíritu igualitario, las escasas poblaciones recolectoras que todavía existen en el mundo nos dan una idea, por limitada que sea, de cómo podían funcionar las dinámicas de la igualdad en el Paleolítico medio y superior.[5]

Unas grandes limitaciones logísticas e infraestructurales ayudan a contener la desigualdad entre los cazadores-recolectores. Un estilo de vida nómada en el que no haya bestias de carga limita enormemente la acumulación de posesiones materiales, y el reducido tamaño y la composición fluida y flexible de los grupos recolectores no son propicios a relaciones asimétricas estables más allá de disparidades de poder básico en cuestiones de edad y género. Asimismo, el igualitarismo de los recolectores

se basa en el rechazo a los intentos de dominación. Esta actitud es una verificación crucial de la propensión natural del ser humano a formar jerarquías: la equiparación activa se utiliza para mantener un terreno de juego igualado. Los antropólogos han documentado numerosos medios para hacer valer los valores igualitarios, clasificados por severidad. Mendigar, gorronear y robar ayudan a garantizar una distribución de los recursos más igualitaria. Las sanciones contra los comportamientos autoritarios y el engrandecimiento propio van desde los cotilleos, las críticas, la ridiculización y la desobediencia hasta el ostracismo e incluso la violencia física, incluido el homicidio. Por tanto, el liderazgo suele ser sutil, dispersado entre varios miembros del grupo, y transitorio; los menos autoritarios son los que tienen más posibilidades de influir en los demás. Esta economía moral tan característica ha sido denominada «jerarquía inversa de la dominación»: clave entre los hombres adultos (que normalmente dominan a las mujeres y los niños), representa la neutralización continuada y preventiva de la autoridad.[6]

Entre los hadza, un grupo de varios centenares de cazadores-recolectores de Tanzania, los miembros del campamento buscan comida individualmente y prefieren a su familia a la hora de repartir los alimentos conseguidos. Al mismo tiempo, se espera el reparto de comida más allá de la propia familia, lo cual es habitual, sobre todo cuando otros pueden ver fácilmente los recursos. Los hadza pueden intentar esconder miel porque resulta más fácil, pero, si los descubren, están obligados a compartirla. Se tolera el gorroneo, que es generalizado. Por ello, aunque los individuos sin duda prefieren quedarse más para ellos y sus familiares directos, interfieren las normas: compartir es habitual porque la ausencia de dominación hace que resulte difícil resistirse a compartir. Los alimentos grandes y perecederos, como la caza, incluso pueden ser compartidos fuera del campamento. No se valora el ahorro en la medida en que los recursos disponibles suelen ser consumidos sin demora y ni siquiera se comparten con personas que estén ausentes en ese momento. A consecuencia de ello, los hadza tienen unas posesiones privadas mínimas: joyas, ropa, un palo para cavar y, a veces, una cacerola en el caso de las mujeres y arco y flechas, ropa, joyas y unas cuantas herramientas en el caso

de los hombres. Muchos de esos artículos no son particularmente duraderos y sus propietarios no establecen fuertes vínculos con ellos. La propiedad más allá de esos artículos básicos no existe y el territorio no es defendido. La falta o dispersión de la autoridad dificulta que se tomen decisiones de grupo y más aún que se pongan en práctica. En todos estos sentidos, los hadza son bastante representativos de los grupos de cazadores-recolectores en términos más generales.[7]

Un modo de subsistencia basado en la caza y la recolección y una economía moral igualitaria constituyen un obstáculo formidable para cualquier forma de desarrollo por la sencilla razón de que el crecimiento económico requiere cierto grado de desigualdad de ingresos y consumo para alentar la innovación y la producción de excedentes. Sin crecimiento, apenas había excedentes de los que apropiarse u ofrecer a otros. La economía moral impedía el crecimiento y la falta de crecimiento impedía la producción y concentración de excedentes. Esto no significa que los cazadores-recolectores practiquen una forma de comunismo: el consumo no es equitativo y los individuos no solo difieren en sus donaciones somáticas, sino también en lo relativo al acceso a redes de apoyo y recursos materiales. Como expongo en la siguiente sección, la desigualdad entre los cazadores-recolectores no es inexistente, sino muy baja en comparación con la de las sociedades que recurren a otras formas de subsistencia.[8]

También debemos tener en cuenta la posibilidad de que los cazadores-recolectores contemporáneos difieran de nuestros antepasados preagrícolas en aspectos importantes. Los grupos de cazadores-recolectores que han sobrevivido están absolutamente marginados y confinados a zonas a las que no pueden llegar o que no interesan a agricultores y pastores, unos entornos adecuados para un estilo de vida que rehúye de la acumulación de recursos materiales y las reivindicaciones territoriales. Antes de la domesticación de las plantas y los animales para la producción de alimentos, los cazadores-recolectores estaban mucho más repartidos por el planeta y tenían acceso a recursos naturales más abundantes. Asimismo, en algunos casos, los grupos de cazadores-recolectores contemporáneos pueden responder a un mundo dominante de agricultores y pastores más jerárquicos, definiéndose en

contraste con las normas externas. Los cazadores-recolectores de la actualidad no son atemporales o «fósiles vivientes», y hay que entender sus prácticas dentro de unos contextos históricos concretos.[9]

Por este motivo, las poblaciones prehistóricas no tenían por qué ser siempre igualitarias, como podría indicar la experiencia de los cazadores-recolectores contemporáneos. Las desigualdades materiales observables en contextos funerarios que datan de antes del inicio del Holoceno, que comenzó hace unos 11.700 años, son infrecuentes, pero aun así existen. El ejemplo más famoso de estatus inmerecido y desigualdad es Sungir, un yacimiento del Pleistoceno situado doscientos kilómetros al norte de Moscú y cuyos restos datan de hace unos 30.000 a 34.000 años, una época que se corresponde con una fase relativamente suave de la última glaciación. En él encontramos los restos de un grupo de cazadores y recolectores que mataban y consumían grandes mamíferos, como bisontes, caballos, renos, antílopes y sobre todo mamuts, además de lobos, zorros, osos pardos y leones de las cavernas. Destacan tres tumbas humanas. Una contiene a un hombre adulto que fue enterrado con unas tres mil cuentas hechas de marfil de mamut que probablemente le cosieron a la ropa y unos veinte colgantes y veinticinco anillos también de marfil de mamut. Otra tumba era el lugar de reposo de una niña de unos diez años y un niño que rondaría los doce. La ropa de ambos estaba adornada con un total de unas diez mil cuentas de marfil y entre los elementos funerarios había una amplia variedad de objetos prestigiosos, tales como lanzas hechas de colmillo de mamut enderezado y diversas obras de arte.

Debieron de invertirse grandes esfuerzos en esos yacimientos: los estudiosos de la actualidad han calculado que llevaba entre quince y cuarenta y cinco minutos tallar una sola cuenta, lo cual se traduce en un total de 1,6 a 4,7 años de trabajo para una persona que tallara cuarenta horas semanales. Hubo que cazar un mínimo de setenta y cinco zorros árticos para extraer los trescientos colmillos adosados a un cinturón y un tocado hallado en la tumba del niño y, teniendo en cuenta la dificultad que comporta el extraerlos intactos, la cifra pudo ser superior. Aunque un periodo largo de relativo sedentarismo habría brindado a los miembros de este grupo tiempo suficiente

para conseguirlo, la pregunta es por qué deseaban hacerlo. Al parecer, esas tres personas no fueron enterradas con ropa y objetos cotidianos. El hecho de que las cuentas de los niños fueran más pequeñas que las del hombre significa que fueron fabricadas especialmente para ellos, ya fuera en vida o, más probablemente, para su entierro. Por motivos que desconocemos, esos individuos eran considerados especiales. Sin embargo, los niños eran demasiado jóvenes para haberse ganado un trato privilegiado: tal vez mantenían lazos familiares con una persona más importante que el resto. La presencia de lesiones posiblemente mortales tanto en el hombre como en el niño y de un acortamiento femoral que habría incapacitado a la niña cuando estaba viva no hacen sino acrecentar el misterio.[10]

Aunque el esplendor de las tumbas de Sungir hasta el momento no ha hallado paralelismo en el archivo paleolítico, se han encontrado otros sepulcros lujosos más al oeste. En Dolní Věstovice, en Moravia, aproximadamente por la misma época fueron enterrados tres individuos con elaborados sombreros y el suelo presentaba manchas de color ocre. Los ejemplos posteriores son algo más numerosos. La cueva de Arene Candide, en la costa de Liguria, albergaba el profundo sepulcro de un adolescente profusamente ornamentado al que tumbaron sobre un lecho de ocre rojo hace unos 28.000 o 29.000 años. Los centenares de conchas perforadas y colmillos de ciervo descubiertos alrededor de su cabeza debían de estar cosidos a algún tipo de sombrero orgánico. El conjunto se complementaba con colgantes hechos de marfil de mamut, cuatro bastones fabricados con cuerno de alce y una cuchilla excepcionalmente larga hecha de sílex que llevaba en la mano derecha. Una joven enterrada en Saint-Germain-la-Rivière hace unos 16.000 años llevaba ornamentos de concha y dientes: estos últimos, unos setenta colmillos de ciervo rojo perforados, debieron de transportarse desde más de trescientos kilómetros de distancia. Hace unos 10.000 años, en el Holoceno temprano pero en un contexto de caza y recolección, un niño de tres años fue enterrado con 1.500 cuentas de concha en el saliente rocoso de La Madeleine, en Dordoña.[11]

Es tentador interpretar esos hallazgos como los primeros precursores de las desigualdades que estaban por llegar. Los vestigios de producción de

artesanía avanzada y estandarizada, la inversión de tiempo en tareas sumamente repetitivas y el uso de materias primas obtenidas en lugares muy lejanos dejan entrever unas actividades económicas más sofisticadas que las que observamos en los cazadores-recolectores contemporáneos. También denota ciertas disparidades sociales que normalmente no asociamos con los grupos de cazadores-recolectores: las espléndidas tumbas para niños y adolescentes apuntan a un estatus asignado y puede que incluso heredado. La existencia de relaciones jerárquicas es más difícil de intuir por estos materiales, pero es una opción cuando menos plausible. Sin embargo, no existen indicios de desigualdades duraderas. Al parecer, una mayor complejidad y diferenciación de estatus eran temporales por naturaleza. El igualitarismo no era necesariamente una categoría estable: la conducta social podía variar dependiendo de circunstancias cambiantes o incluso de presiones estacionales recurrentes. Y, si bien las adaptaciones costeras anteriores, cunas de evolución social en las que el acceso a alimentos marítimos como el marisco alentaban la territorialidad y un liderazgo más eficaz, pueden remontarse a hace 100.000 años, no existen, al menos por el momento, indicios de una jerarquía emergente o de disparidades en el consumo. Por lo que sabemos, la desigualdad social o económica en el Paleolítico fue esporádica y transitoria.[12]

LA GRAN DESCOMPENSACIÓN

La desigualdad no se manifestó hasta que hubo terminado la última glaciación y las condiciones climáticas entraron en una fase de inusual estabilidad. El Holoceno, el primer periodo cálido interglacial durante más de 100.000 años, generó un medio ambiente que resultaba mucho más favorable para el desarrollo económico y social. Esas mejoras permitieron a los humanos extraer más energía y multiplicarse, y también sentar las bases de una distribución cada vez más desigual del poder y los recursos materiales. Esto llevó a lo que yo denomino la «gran descompensación», una transición a nuevas formas de subsistencia y organización social que erosionaron el

igualitarismo de los cazadores-recolectores y lo reemplazaron con jerarquías duraderas y disparidades en ingresos y riqueza. Para que esto fuera posible debían existir activos productivos que pudieran ser defendidos de intrusiones y de los cuales sus propietarios pudieran extraer un excedente de una forma predecible. La producción de alimentos por medio de la agricultura y la ganadería cumple ambos requisitos y llegaría a convertirse en el principal motor del cambio económico, social y político.

Sin embargo, la domesticación de plantas y animales no era un requisito previo indispensable. En ciertas condiciones, los cazadores-recolectores también podían explotar recursos naturales no domesticados de forma análoga. La territorialidad, la jerarquía y la desigualdad podían aflorar allí donde la pesca fuera factible o en ciertos lugares donde fuera especialmente productiva. Este fenómeno, conocido como adaptación marítima o ribereña, está bien documentado en los archivos etnográficos. Desde 500 e. c. aproximadamente, la presión sobre las reservas pesqueras a consecuencia del aumento de población en la costa oeste de Norteamérica, desde Alaska hasta California, animó a las poblaciones de cazadores-recolectores a imponer su control sobre ríos muy localizados donde hubiera salmónes. En ocasiones, esto vino acompañado del cambio de unos asentamientos prácticamente uniformes a sociedades estratificadas con grandes casas para las familias de los jefes, los clientes y los esclavos.[13]

Varios casos prácticos detallados han puesto el acento sobre la estrecha relación entre la escasez de recursos y la aparición de la desigualdad. Desde el año 400 hasta 900 e. c., aproximadamente, el yacimiento de Keatley Creek, en Columbia Británica, albergaba una comunidad de varios centenares de miembros cerca del río Fraser que aprovechaban las migraciones del salmón. A juzgar por los restos arqueológicos, el consumo de salmónes se redujo hacia el año 800 y fue reemplazado por la carne de mamíferos. En ese momento aparecen indicios de desigualdad en los archivos. Un elevado porcentaje de las espinas de pescado recuperadas en las fosas de las viviendas son de salmón real o salmón rojo adulto, unos preciados ejemplares ricos en grasas y calorías. Se encontraron asimismo objetos de prestigio, entre ellos tipologías insuales de piedra. Dos de las casas más pequeñas, por el contrario,

solo contenían espinas de peces más jóvenes y menos nutritivos. Como en muchas otras sociedades con ese grado de complejidad, la desigualdad era a un tiempo celebrada y mitigada por la redistribución ceremonial: unos pozos de cocción con capacidad para preparar comida para grupos numerosos denotan que los ricos y poderosos organizaban banquetes para la comunidad. Mil años después, los festines rituales en los que los líderes competían entre sí por medio de muestras de generosidad eran un rasgo común en todo el Pacífico noroeste. En el yacimiento de Bridge River, situado en la misma región, se produjeron cambios similares: aproximadamente desde el año 800, cuando los propietarios de grandes edificaciones empezaron a acumular objetos de prestigio y abandonaron la preparación comunal de alimentos al aire libre, los residentes más pobres se adscribieron a esas familias y la desigualdad se institucionalizó.[14]

En otras ocasiones fue el progreso tecnológico el que precipitó el cambio social y económico desequilibrante. Durante miles de años, los chumash de la costa de California, en lo que ahora corresponde a los condados de Santa Barbara y Ventura, habían vivido como cazadores-recolectores igualitarios que utilizaban barcas sencillas y recogían bellotas. Entre los años 500 y 700, la llegada de grandes canoas de tablones que podían transportar a una docena de hombres y adentrarse más de sesenta millas en el mar permitió a los chumash atrapar peces más voluminosos y convertirse en intermediarios del comercio de caparzones por toda la costa. Vendían sílex obtenido en las islas del Canal a grupos del interior a cambio de bellotas, frutos secos y hierbas comestibles. Esto generó un orden jerárquico en el que los jefes polígamos controlaban las canoas y el acceso al territorio, dirigían a sus hombres en la guerra y presidían las ceremonias rituales. A cambio, recibían de sus seguidores pagos en forma de comida y caparzones. En dichos entornos, las sociedades cazadoras-recolectoras podían alcanzar niveles relativamente altos de complejidad. A medida que aumentaba la dependencia de recursos locales concentrados, la movilidad se redujo y la especialización profesional, la propiedad de activos estrictamente definida, la defensa perimetral y una intensa competitividad entre grupos vecinos que en general conllevaba la esclavización de cautivos fomentaron la jerarquía y la

desigualdad.[15]

Entre los cazadores-recolectores, las adaptaciones de esta índole solo eran posibles en áreas ecológicas concretas y normalmente no se extendían fuera de ellas. Solo la domesticación de los recursos alimentarios tenía potencial para transformar la actividad económica y las relaciones sociales a una escala global: en su ausencia, las desigualdades acentuadas podrían haber quedado relegadas a pequeños reductos en zonas costeras y ribereñas, rodeadas de todo un mundo de cazadores-recolectores más igualitarios. Pero no había de ser. Varias plantas comestibles empezaron a ser domesticadas en diferentes continentes, primero en el suroeste de Asia hace unos 11.500 años, luego en China y Sudamérica hace 10.000 años, en México hace 9.000 años, en Nueva Guinea hace más de 7.000 años y en el sur de Asia, África y Norteamérica hace unos 5.000 años. La domesticación de animales, de producirse, a veces precedía y a veces llegaba después de esas innovaciones. El paso de la caza y la recolección a la agricultura pudo ser un proceso dilatado que no siempre siguió una trayectoria lineal.[16]

Esto era especialmente cierto en el caso de la cultura natufiense y sus sucesores del Neolítico precerámico del Levante, que fueron los primeros en ser testigos de esta transición. Desde hace unos 14.500 años, un clima más cálido y húmedo permitió a los grupos de cazadores-recolectores regionales aumentar en envergadura y actuar desde asentamientos más permanentes, donde cazaban abundantes animales y recolectaban cereales en cantidades suficientes para que fueran necesarias instalaciones de almacenamiento. Las pruebas materiales son muy limitadas, pero muestran signos de lo que los máximos expertos en la materia han denominado «jerarquía social incipiente». Los arqueólogos han descubierto un edificio de grandes dimensiones que tal vez servía para usos comunitarios y unos cuantos morteros de basalto especiales cuya fabricación debió de resultar muy compleja. Según un recuento, alrededor de un 8% de los esqueletos recuperados del periodo natufiense temprano, hace entre 14.500 y 12.800 años, lucían conchas marinas, a veces traídas desde cientos de kilómetros de distancia, y ornamentos hechos de hueso o diente. En un yacimiento, tres varones fueron enterrados con tocados hechos de caparazón, uno de ellos con

cuatro capas de conchas. Solo unas pocas tumbas contenían herramientas y estatuillas de piedra. La presencia de grandes pozos de cocción y chimeneas podrían apuntar a banquetes redistributivos como los que se celebraban mucho más tarde en el noroeste americano.[17]

No obstante, fuera cual fuera el grado de estratificación y desigualdad social que se desarrolló en estas condiciones medioambientales benignas, se desvaneció durante una fase fría conocida como Dryas Reciente, que sobrevino hace entre 12.800 y 11.700 años, momento en el cual los cazadores-recolectores que quedaban volvieron a un estilo de vida más móvil a medida que escaseaban los recursos o se volvían más impredecibles. El retorno a la estabilidad climática hace unos 11.700 años coincidió con los primeros indicios de cultivos silvestres como la escanda, el farro, el trigo y la cebada. Durante lo que se conoce como el Neolítico precerámico temprano (hace entre 11.500 y 10.500 años), los asentamientos se expandieron y la comida empezó a almacenarse en casas, una práctica que denota un cambio en el concepto de propiedad. El hecho de que aparecieran por primera vez materiales exóticos como la obsidiana podría reflejar un deseo de expresar y afianzar un estatus elevado. El Neolítico precerámico tardío (hace unos 10.500-8.300 años) ha generado información más específica. Hace unos 9.000 años, la aldea de Cayönü, en el sureste de Turquía, comprendía diferentes zonas cuyos edificios y hallazgos diferían en tamaño y calidad. Unas estructuras más grandes y mejor construidas albergan objetos inusuales y exóticos y tienden a estar ubicadas cerca de una plaza y un templo. Mientras que solo un pequeño porcentaje de las tumbas incluyen obsidiana, cuentas o herramientas, tres de los cuatro entierros domésticos de Cayönü se celebraron en casas situadas junto a la plaza. Todo ello puede considerarse un indicador de un estatus de élite.[18]

No cabe duda de que buena parte de la desigualdad que observamos en los siguientes milenios fue posibilitada por la agricultura. Pero existieron otros caminos. Ya he mencionado las adaptaciones acuáticas que permitieron la aparición de notables disparidades políticas y económicas en ausencia de la domesticación de alimentos. En otros casos, la introducción del caballo domesticado como medio de transporte pudo tener efectos descompensadores

incluso en ausencia de producción de alimentos. En los siglos XVIII y XIX, los comanches que vivían en las tierras fronterizas del Suroeste americano crearon una cultura guerrera que utilizaba caballos de origen europeo en sus enfrentamientos e incursiones de larga distancia. El búfalo y otros mamíferos salvajes eran su principal fuente de alimento, complementados con plantas silvestres y maíz obtenidos por medio del comercio o los saqueos. Esos actos sustentaban altos niveles de desigualdad: se utilizaba a niños cautivos para que cuidaran los caballos de los ricos y el número de ejemplares que uno poseyera dividía a las familias comanches de manera bastante marcada en ricas (*tsaanaakatu*), pobres (*tahkapu*) y muy pobres (*tubitsi tahkapu*). En términos más generales, las sociedades cazadoras-recolectoras, horticultoras y agrícolas no siempre estaban asociadas sistemáticamente con diferentes grados de desigualdad: algunos grupos de cazadores-recolectores podían ser más desiguales que ciertas comunidades agrarias. Un estudio realizado con doscientas cincuenta y ocho sociedades nativas de Norteamérica indica que los excedentes, y no la domesticación como tal, fueron el elemento determinante de los niveles de desigualdad material: mientras que dos tercios de las sociedades que poseían poco o ningún excedente no manifestaban una desigualdad de recursos, cuatro de cada cinco de aquellas que generaban excedentes moderados o grandes sí lo hacían. Esta correlación es mucho más sólida que la existente entre distintas formas de subsistencia, por un lado, y desigualdad, por otro.[19]

Un estudio realizado con veintiuna sociedades a pequeña escala con diferentes grados de desarrollo —cazadores-recolectores, horticultores, pastores y granjeros— y en diferentes partes del mundo identifica dos determinantes de desigualdad cruciales: los derechos de propiedad sobre la tierra y el ganado y la capacidad para transmitir riqueza de una generación a la siguiente. Los investigadores observaron tres tipos de riqueza: personificada (sobre todo fortaleza corporal y éxito reproductivo), relacional (ejemplificada por los compañeros de trabajo) y material (artículos domésticos, tierras y ganado). En su muestra, los legados personificados eran la categoría de riqueza más importante entre los cazadores-recolectores y los horticultores, y la riqueza material la menos importante, mientras que ocurría

lo contrario en el caso de los pastores y granjeros. El peso relativo de diferentes clases de riqueza es un factor importante en el grado total de desigualdad. Las limitaciones físicas de la riqueza personificada son relativamente estrictas, sobre todo en cuanto a la envergadura corporal, y algo menos en lo tocante a la fuerza, el volumen de caza y el éxito reproductivo. La riqueza relacional, aunque más flexible, también estaba distribuida de forma más dispar entre granjeros y pastores, y las mediciones de desigualdad en cuanto a tierras y ganado de estos dos grupos alcanzaban niveles más altos que las de porcentajes de utensilios o barcos entre los cazadores-recolectores y horticultores. La combinación de diversas constricciones de desigualdad aplicables a diferentes tipos de riqueza y la importancia relativa de algunas clases de esta explica las diferencias observadas por modo de subsistencia. Los coeficientes de Gini de riqueza compuesta media eran de solo 0,25 a 0,27 en el caso de los cazadores-recolectores y los horticultores, pero mucho más altos en el caso de los pastores (0,42) y los granjeros (0,48). En cuanto a la riqueza material, la principal división parece hallarse entre cazadores-recolectores (0,36) y todos los demás (0,51 a 0,57).[\[20\]](#)

La posibilidad de transmisión de la riqueza es otra variable crucial. El grado de transmisión intergeneracional de la riqueza en el caso de los granjeros y pastores era aproximadamente el doble que el de los demás y las posesiones materiales disponibles eran mucho más adecuadas para la transmisión que los activos de los cazadores-recolectores y los horticultores. Esas diferencias sistemáticas ejercen una gran influencia en la desigualdad de oportunidades en la vida, calculada como la posibilidad de que un hijo de padres situados en el decil superior de riqueza compuesta acabe en el mismo decil que un hijo de padres del decil más pobre. Definida de este modo, la movilidad intergeneracional normalmente era moderada: incluso entre los cazadores-recolectores y los horticultores, los descendientes del decil más alto tenían al menos el triple de posibilidades de reproducir ese estatus que los del decil más bajo de ascender hasta el primero. Sin embargo, en el caso de los granjeros, las posibilidades eran mucho mayores (unas once veces) y aún más en el de los pastores (unas veinte veces). Esas discrepancias pueden atribuirse a dos factores. Más o menos la mitad de este efecto lo explica la

tecnología, que determina la importancia relativa y las características de diferentes tipos de riqueza. Las instituciones que gobiernan la forma de transmisión de la riqueza suponen la otra mitad, ya que las normas de la agricultura y el pastoreo favorecen la transmisión vertical a los familiares.
[21]

Según este análisis, la desigualdad y su persistencia a lo largo del tiempo obedecen a una combinación de tres factores: la importancia relativa de diferentes tipos de activos, lo apropiados que sean para transmitírselos a otros y los índices reales de transmisión. Por ello, los grupos en los que la riqueza material desempeña un papel menor y no se presta fácilmente a transmisión y en los que se desaconseja la herencia experimentarán menores niveles de desigualdad general que los grupos en los que la riqueza material sea el activo dominante, sea altamente transmisible y se permita legarla a la siguiente generación. A largo plazo, la posibilidad de transmisión es crucial: si la riqueza pasa de una generación a otra, sacudidas aleatorias relacionadas con la salud, la paridad y los beneficios derivados del capital y el trabajo que generen desigualdad serán preservadas y se acumularán con el tiempo en lugar de permitir que los resultados distributivos retrocedan hasta alcanzar la media.[22]

De acuerdo con las observaciones realizadas en el estudio de las sociedades nativas americanas anteriormente mencionado, los hallazgos empíricos que se derivan de esta muestra de veintiuna sociedades a pequeña escala indican asimismo que la domesticación no es condición previa suficiente para una desigualdad significativa. La dependencia de recursos naturales defendibles parece ser un factor más importante, ya que normalmente estos pueden legarse a la siguiente generación. Lo mismo ocurre con inversiones como el arado, los bancales y la irrigación. La heredabilidad de esos activos productivos y sus mejoras fomenta la desigualdad en dos sentidos: permitiendo que aumente con el tiempo y reduciendo la varianza y la movilidad intergeneracionales. Un estudio mucho más amplio llevado a cabo con más de mil sociedades con distintos niveles de desarrollo confirma el papel fundamental de la transmisión. Conforme a este conjunto de datos globales, alrededor de un tercio de las sociedades

cazadoras-recolectoras simples tienen normas de herencia para las propiedades muebles, pero solo una de cada doce reconoce la transmisión de inmuebles. Por el contrario, casi todas las sociedades que practican formas intensivas de agricultura cuentan con normas que abarcan ambas cosas. Los cazadores-recolectores y horticultores complejos ocupan una posición intermedia. La herencia presupone la existencia de derechos de propiedad. Solo podemos conjeturar las circunstancias de su creación: Samuel Bowles argumenta que la agricultura favorecía unos derechos de propiedad que eran poco prácticos o factibles para los cazadores-recolectores, ya que los recursos de las granjas, tales como cosechas, edificios y animales, podían delimitarse y defenderse con facilidad, unos requisitos previos no compartidos por los recursos naturales dispersos de los que normalmente dependen los cazadores-recolectores. Excepciones como las adaptaciones acuáticas y las culturas equinas coinciden plenamente con esta explicación.[23]

Históricamente, la desigualdad a veces ha tardado en despegar. Catal Höyük, un asentamiento neolítico protourbano del suroeste de Anatolia que data del octavo milenio a. e. c., es un ejemplo llamativo. Sus varios miles de habitantes dependían de una mezcla de agricultura y pastoreo. La tierra era abundante y no existían signos claros de estructuras gubernamentales o estratificación social. Los habitantes vivían en casas familiares en las que almacenaban cereales, fruta y frutos secos. En el yacimiento se han recuperado gran cantidad de objetos de piedra. Un estudio exhaustivo de 2.429 objetos de veinte edificios y nueve patios fechados entre 7400 y 6000 a. e. c. revela diferencias en la distribución de algunos tipos concretos de objetos. Hay piedras de molino y molinillos de mano intactos repartidos de forma muy desigual en los asentamientos, mientras que las casas solían gozar de amplio acceso a útiles de cocina y herramientas de piedra. Los molinillos de mano intactos se encuentran sobre todo en los edificios más elaborados, pero no podemos saber si estos representan a familias de más alto estatus o si simplemente albergaban tareas cooperativas relacionadas con el procesamiento de comida. La observación de que la mayoría de las piedras de molino y los molinillos de mano se rompieron deliberadamente mucho antes de que se desgastaran podría desmentir la primera de esas interpretaciones.

Puede que esa costumbre refleje incluso un mandato extendido pero no universal contra la transmisión intergeneracional de esos valiosos activos: en sociedades mesopotámicas posteriores, se hallaron numerosos molinillos de mano entre riquezas heredables. Es posible que se aplicaran activamente ciertas medidas de equiparación para frenar los desequilibrios de riqueza entre las familias.[24]

Sin embargo, con el paso del tiempo la desigualdad se convirtió cada vez más en la norma. Los vestigios arqueológicos de Mesopotamia muestran fuertes indicios de estratificación mucho antes de la creación de los primeros estados en la región. Por ejemplo, en la aldea de Tell es-Sawan, situada al norte del Bagdad moderno y a orillas del Tigris, una pared de barro con una fosa que contenía numerosos proyectiles, todos ellos hechos de arcilla, denota un conflicto violento hace unos 7.000 años, condiciones que eran propicias para la creación de un liderazgo centralizado y una jerarquía. Algunas de las tumbas más ostentosas de este yacimiento son para niños, lo cual refleja una distinción por estatus basada en la riqueza familiar y no en los logros personales. En Tell Arpachiyah, un yacimiento que fue ocupado más o menos por la misma época cerca de Mosul, la que parece la residencia de una familia de élite consistía en gran cantidad de habitaciones en las que se hallaron elegantes objetos de cerámica, vasijas de alabastro, obsidiana y varios tipos de ornamentos y herramientas de artesano. En este asentamiento, los líderes controlaban el comercio cerrando la mercancía con arcilla, en la que tallaban sellos rudimentarios antes de que se secase; fueron los precursores de los sellos complejos de la Mesopotamia posterior. Es llamativo que, en Yarim Tepe, un joven incinerado no solo fue enterrado con cuentas de obsidiana, sino también con un cincel para sellos, lo cual lo identificaba como descendiente y tal vez heredero de un funcionario que se dedicaba a tales menesteres.[25]

En aquella época, entre 6000 y 4000 a. e. c., se daban ya todos los ingredientes básicos de la desigualdad estructural: numerosas construcciones defensivas que denotan competencia por unos recursos escasos y la necesidad de un liderazgo eficaz; edificios públicos laicos que podrían estar asociados con funciones gubernamentales; santuarios y templos que dejan entrever la

importancia del poder ritual; símbolos de rango hereditario, ejemplificados por lujosas tumbas de niños; e indicios de intercambio de artesanía entre familias de las élites de diferentes asentamientos. El desarrollo político, militar y económico diferenciaba a la población, y una posición destacada, el control sobre el intercambio económico y la riqueza personal iban de la mano.

En otros contextos, el liderazgo político llegó a asociarse con altos niveles de desigualdad material. En un cementerio de Varna, situada junto al mar Negro en lo que actualmente es Bulgaria, se han descubierto más de doscientas tumbas ocupadas que datan del quinto milenio a. e. c. Entre ellas destaca la de un hombre de mediana edad al que enterraron con al menos 990 objetos de oro que pesan más de un kilo en total: estaba cubierto de ornamentos de oro, probablemente cosidos a la ropa, llevaba pesados brazaletes de oro y empuñaba un hacha; incluso el pene estaba revestido de oro. La tumba de ese hombre concentra un tercio de todos los objetos de oro encontrados en el yacimiento y una cuarta parte de su peso total. En general, los objetos funerarios están repartidos de manera muy desigual: más de la mitad de las tumbas ocupadas contienen objetos, pero los restos abundan en menos de una de cada diez, y solo unas cuantas contienen una amplia variedad de materiales, entre ellos gran cantidad de oro. El coeficiente de Gini del número de objetos por tumba oscila entre 0,61 y 0,77, dependiendo del periodo, pero sería mucho más elevado si pudiéramos ajustar la distribución por valor. Aunque solo podemos sacar conjeturas sobre la organización de esa sociedad, su carácter jerárquico es indudable. El hombre cubierto de oro y algunos de sus conciudadanos menos acomodados probablemente eran jefes supremos.[26]

Estos hallazgos apuntan a una fuente de desigualdad complementaria. La combinación de extracción de excedentes de recursos defendibles y derechos de propiedad personales o familiares sobre dichos recursos, que incluían el derecho a transferirlos a descendientes u otros familiares, sentó las bases de una estratificación socioeconómica cada vez mayor. Nuevas formas de poder político y militar propiciaron y amplificaron las desigualdades resultantes en materia de ingresos y riqueza. Al igual que el paso a la domesticación de los

alimentos, la evolución de las jerarquías políticas fue un proceso lento y gradual que estuvo supeditado a las condiciones ecológicas, al progreso tecnológico y al crecimiento demográfico. A largo plazo, la dirección general del cambio partió de los pequeños grupos familiares de una docena de personas que eran típicos de economías simples de caza y recolección hasta llegar a grupos y colectividades locales cuyos miembros solían contarse por centenares y cacicazgos o protoestados que controlaban a miles o decenas de miles de personas. Esta no fue siempre una progresión lineal y no todos los entornos albergaban formas más complejas de organización social. A consecuencia de ello, las sociedades complejas basadas en la agricultura acabaron compartiendo el planeta con bandas, tribus y cacicazgos de pastores, horticultores y lo que quedaba de la ancestral población de cazadores-recolectores. La diversidad ha sido vital para comprender las fuerzas motrices que están detrás de la aparición de la desigualdad, lo cual nos permite comparar las características de diferentes modos de subsistencia y sus consecuencias para la acumulación, transmisión y concentración de riqueza, como ya hemos resumido.[27]

El rango documentado de variación en la organización sociopolítica en todo el mundo también ha sido amplio, lo cual posibilita relacionar las desigualdades de poder y estatus con las desigualdades de riqueza. Desde una perspectiva global, la agricultura está íntimamente relacionada con la estratificación social y política. En una muestra de más de mil comunidades, más de tres cuartas partes de los grupos cazadores-recolectores simples no dan muestras de estratificación social, a diferencia de menos de un tercio en el caso de quienes practican formas intensivas de agricultura. Las jerarquías dependen aún más de la agricultura sedentaria: las élites y la estructura de clases son prácticamente desconocidas entre los cazadores-recolectores, pero han sido constatadas en la mayoría de las sociedades agrícolas. Sin embargo, una vez más, fue el nivel de excedentes económicos y no el modo de subsistencia el que ejerció de variable crítica. En el estudio ya mencionado con 258 sociedades nativas americanas, un 86 % de los grupos sin un excedente significativo tampoco mostraban desigualdades políticas, mientras que la misma proporción de aquellos que generaban excedentes moderados o

cuantiosos habían desarrollado al menos cierto grado de jerarquía política. Entre 186 sociedades de todo el mundo que se han documentado con más detalle, lo cual se ha dado a conocer como Muestra Intercultural Estándar, cuatro de cada cinco comunidades de cazadores-recolectores carecían de líderes, mientras que tres cuartas partes de las sociedades agrícolas estaban organizadas como cacicazgos o estados.[28]

Pero no todas las sociedades agrarias siguieron la misma trayectoria. Un nuevo estudio global indica que el cultivo de cereales tuvo un papel crucial en el desarrollo de jerarquías sociales más complejas. A diferencia de las raíces perennes, que siempre están disponibles pero se pudren con rapidez, las cosechas de cereales se recogen en masa solo en épocas concretas y son adecuadas para un almacenamiento a más largo plazo. Ambos rasgos permitían a las élites apropiarse de excedentes de comida con más facilidad. Los estados afloraron en aquellas regiones del mundo que desarrollaron la agricultura: una vez que domesticaron las plantas —sobre todo los cereales—, el resto de los seres humanos compartieron su destino más tarde o más temprano y la desigualdad alcanzó cotas antes inimaginables.[29]

EL 1 % ORIGINAL

El acceso desigual a los ingresos y la riqueza precedió a la formación del Estado y contribuyó a su desarrollo. Sin embargo, una vez instauradas, las instituciones gubernamentales exacerbaban también las desigualdades existentes y crearon otras nuevas. Los estados premodernos generaron oportunidades inéditas para la acumulación y concentración de recursos materiales en manos de unos pocos, ya fuera proporcionando cierta protección a la actividad comercial o abriendo nuevas fuentes de beneficio personal para quienes estaban más estrechamente asociados al ejercicio del poder político. A largo plazo, la desigualdad política y material evolucionaron en tándem con lo que ha venido en llamarse «una espiral ascendente de efectos interactivos, donde cada incremento de una variable tiene su homólogo en la otra más probable». Los estudiosos modernos han

elaborado una gran variedad de definiciones que intentan captar las características por excelencia del Estado. Tomando prestados elementos de varias de ellas, podemos decir que el Estado es una organización política que reivindica su autoridad sobre un territorio, su población y sus recursos, y que cuenta con una serie de instituciones y personal que desempeñan funciones de gobierno dictando órdenes y normas vinculantes y las respaldan con la amenaza o el ejercicio de medidas coercitivas legitimadas, incluida la violencia física. No escasean las teorías que explican la aparición de los primeros estados. En cierto modo, todas las fuerzas motrices putativas se corroboran en el desarrollo económico y sus consecuencias sociales y demográficas: ganancias obtenidas por los bien posicionados gracias al control de las rutas comerciales, la necesidad de otorgar poder a los líderes para abordar los problemas derivados de las crecientes densidades de población y unas relaciones más complejas de producción e intercambio, conflictos de clases por el acceso a los medios de producción y las presiones de los conflictos militares motivados por la escasez de recursos, que favorecieron las jerarquías y las estructuras de mando centralizadas.[30]

Desde la perspectiva del estudio de la desigualdad, tal vez no sea de especial relevancia cuál de esos factores era más importante: en la medida en que la formación de estados introdujo jerarquías pronunciadas y estables en sociedades con excedentes significativos, las desigualdades de poder, estatus y riqueza material estaban abocadas a aumentar. Aun así, un consenso cada vez mayor sostiene ahora que la violencia organizada fue crucial para este proceso. La influyente teoría de Robert Carneiro sobre la circunscripción afirma que la interacción entre el crecimiento de población y la guerra en condiciones de finitud territorial explica por qué, con anterioridad, las familias más autónomas e igualitarias, que dependían de escasos recursos alimentarios domesticados y eran incapaces de abandonar entornos estresantes, estaban dispuestas a someterse a líderes autoritarios y soportar la desigualdad para competir más eficazmente con otros grupos. Las teorías y modelos de simulación más recientes sobre la formación de estados también ponen de relieve la importancia crucial de los conflictos intergrupales. El papel esencial de la violencia también explica en gran medida los rasgos

concretos de la mayoría de los estados premodernos, en especial los liderazgos despóticos y un interés a menudo abrumador en la guerra.[31]

No todos los primeros estados eran iguales, y los sistemas políticos centralizados coexistían con variantes más «heterárquicas» o corporativas. Aun así, los estados autoritarios centralizados normalmente superaban a los rivales estructurados de otro modo. Aparecían de manera independiente por todo el mundo, allá donde lo permitieran los prerequisites ecológicos, tanto en el Viejo Mundo como en las Américas y una amplia variedad de entornos que van desde las planicies aluviales de Egipto y Mesopotamia hasta las tierras altas de los Andes. Desafiando esta considerable diversidad de contexto, las más conocidas devinieron entidades sorprendentemente similares. Todas ellas fueron testigo de la expansión de las jerarquías en distintos ámbitos, desde la esfera política hasta la familia y los sistemas de creencias religiosas, un proceso autocatalítico por medio del cual «la propia estructura jerárquica se retroalimenta con todos los factores sociales para convertirlos en un sistema general que apoya a la estructura de autoridad». Las presiones a favor de una mayor estratificación tuvieron un efecto enorme en los valores morales, ya que el residuo del igualitarismo ancestral fue sustituido por la creencia en los méritos de la desigualdad y la aceptación de la jerarquía como elemento integral del orden natural y cósmico.[32]

En términos cuantitativos, los estados agrarios fueron extremadamente prósperos. Aunque esas cifras no son más que una conjetura controlada, podemos intuir que hace 3.500 años, cuando los gobiernos de nivel estatal no abarcaban más de un 1 % de la superficie terrestre (excluyendo la Antártida), ya ejercían derechos sobre la mitad de nuestra especie. Transitamos terreno más firme cuando calculamos que, a principios de la era común, los estados —mayoritariamente grandes imperios como Roma y la China Han— comprendían alrededor de una décima parte de la masa terrestre del planeta, pero entre dos tercios y tres cuartas partes de todas las personas que vivieron en aquella época. Por precarias que sean, estas cifras dejan entrever la ventaja competitiva de un tipo particular de Estado: estructuras imperiales extensas cuya unión mantienen unas poderosas élites extractivas. Una vez más, esa no fue la única consecuencia: podían aflorar ciudades-estado independientes en

los intersticios de esos imperios, pero rara vez lograban contener a vecinos más numerosos, como sí hicieron los griegos en el siglo V a. e. c. Con mucha frecuencia eran absorbidas por entidades más grandes; en ocasiones construían imperios propios, como Roma, Venecia y la Triple Alianza de Tenochtitlán, Texcoco y Tlacopan, en México. Asimismo, los imperios a veces fracasaban, lo cual daba lugar a ecologías políticas más fragmentadas. La Europa medieval es un ejemplo especialmente extremo de este cambio. [33]

Sin embargo, era más habitual que un imperio engendrara a otro cuando los nuevos regímenes conquistadores volvían a consolidar redes de poder anteriores. Muy a largo plazo, esto creaba un patrón de desarrollo y restablecimiento periódicos, desde los «ciclos dinásticos» cada vez más regulares de China hasta periodos más largos en el sureste de Asia, India, Oriente Próximo y el Levante, México central y la región andina. La estepa de Eurasia dio lugar a numerosos regímenes imperiales que se embarcaron en incursiones y conquistas predatorias, animados por las riquezas generadas por las sociedades sedentarias del sur. Los estados fueron creciendo con el tiempo. Antes del siglo VI a. e. c., los imperios más grandes de la Tierra abarcaban varios centenares de miles de kilómetros cuadrados. En los 1.700 años posteriores, sus sucesores más poderosos solían rebasar ese límite por un orden de magnitud, y en el siglo XIII, los dominios mogoles se extendían desde Europa central hasta el Pacífico. Y el territorio es solo un baremo: si tenemos en cuenta el aumento secular de la densidad de población, veremos que la expansión efectiva del dominio imperial fue aún más drástica. En mayor grado que hoy en día, nuestra especie se concentraba en la zona templada de Eurasia, así como en algunas regiones de Centroamérica y el noroeste de Sudamérica. Allí es donde prosperó el imperio: durante miles de años, gran parte de la humanidad vivió a la sombra de esos mastodontes y algunos se elevaban muy por encima de los simples mortales. Ese fue el entorno que creó lo que yo denomino el «1 % original», constituido por grupos de élite enfrentados pero a menudo estrechamente ligados que hicieron todo lo posible por adueñarse de los dividendos políticos y comerciales movilizadas por la creación de estados y la integración imperial.

[34]

La formación de estados premodernos separó a la pequeña clase gobernante de la masa de productores primarios. Aunque con frecuencia estaba estratificada internamente, esta élite trascendía y controlaba a las comunidades locales, que constituían los cimientos básicos del Estado. La famosa imagen de Ernest Gellner plasma esas estructuras con una claridad sin par (Fig. 1.1).[35]

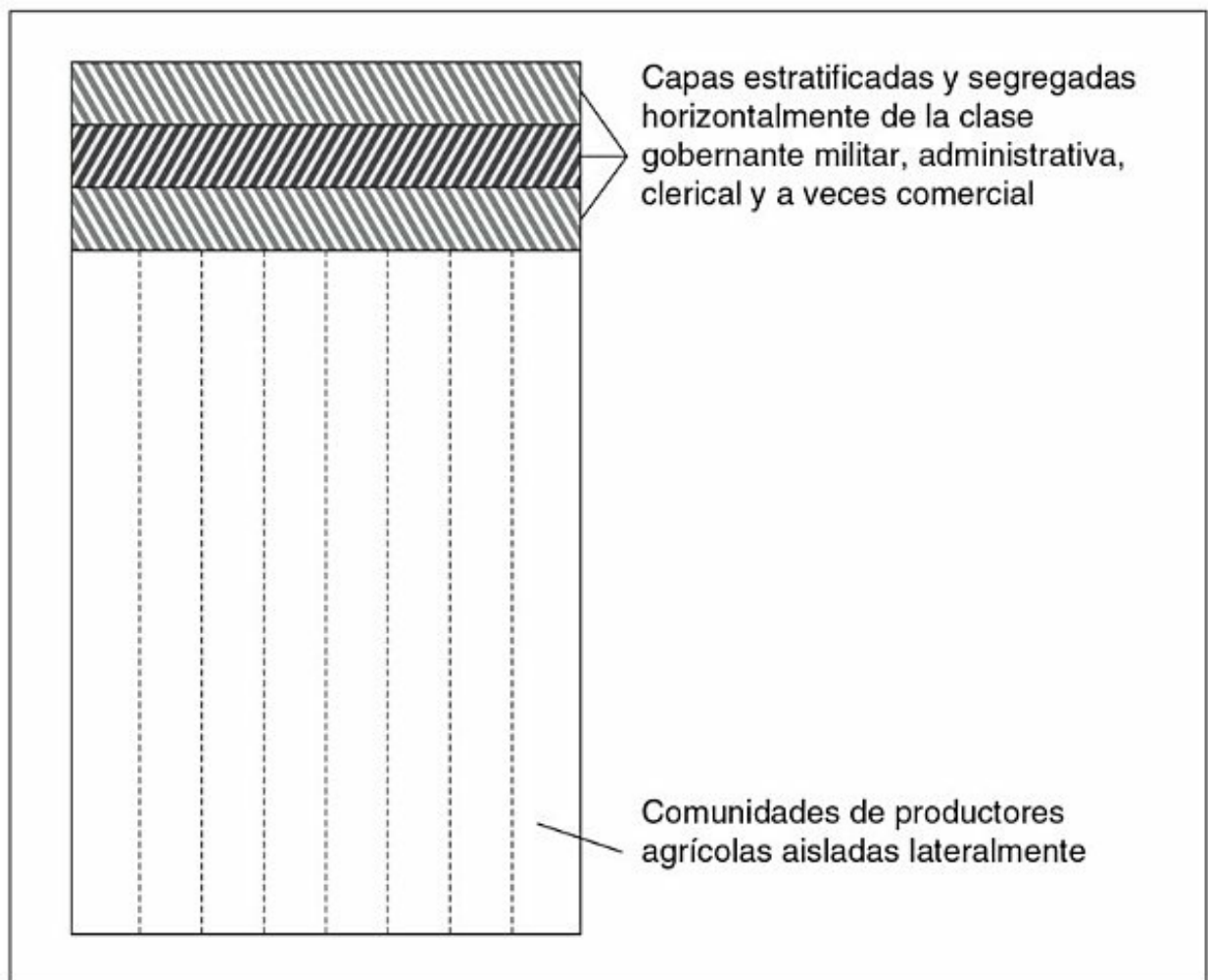


FIGURA 1.1. Forma general de la estructura social de las sociedades agrarias

Algunos miembros de la clase gobernante, como los personajes insignes que habían ascendido a puestos estatales o similares, tenían su origen o incluso estaban enraizados en esas comunidades, mientras que otros, como

los conquistadores extranjeros, podían guardar distancia suficiente como para formar lo que en la práctica era una sociedad aparte. El gobierno centralizado era muy limitado en comparación con los criterios modernos: los estados solían constituir poco más que lo que Patricia Crone calificaba de «caparazones protectores» para la población general, intentando mantenerla fuera del alcance de desafíos internos y externos al régimen establecido. Pero los gobernantes y sus agentes también ofrecían protección en el sentido en que lo hacen los grupos mafiosos modernos, aprovechando los beneficios de su preponderancia en el uso de la violencia organizada. Con frecuencia ejercían un gran poder despótico, ya que las instituciones de la sociedad civil eran demasiado débiles para contrarrestar las acciones de la élite, incluyendo el ejercicio del poder sobre la vida y la muerte y la atribución de propiedades. Al mismo tiempo, muchos de esos estados carecían de poder infraestructural, esto es, de capacidad para penetrar en la sociedad e instaurar políticas de forma generalizada. La mayoría de las comunidades ejercían el autogobierno y eran controladas de forma laxa por una autoridad dominante relativamente pequeña y a menudo distante.

Los gobiernos eran semiprivados y recurrían a la incorporación y la cooperación de diversos titulares de poder político, militar, económico e ideológico para subordinar a la población y movilizar recursos para los mandatarios. Estos últimos solían utilizar una mezcla de recompensas y amenazas de violencia para preservar el equilibrio entre las élites enfrentadas, ya que el gobierno a menudo se dedicaba a gestionar conflictos entre los ricos y los poderosos. Los gobernadores, sus agentes y los grandes terratenientes, unas categorías que solían entremezclarse, estaban enfrentados por el control de los excedentes, que podían desviarse a través de impuestos estatales y alquileres privados. Mientras que la contratación de miembros de la élite establecida como funcionarios limitaba la autonomía de los gobernantes, recurrir a agentes subordinados de menor estatus generó una nueva élite de aspirantes ansiosos por desviar los ingresos del Estado y privatizar los beneficios de su cargo para unirse a los círculos de élite existentes. Los gobernantes aspiraban a convertir el poder y los privilegios en una función contingente y revocable del servicio al Estado, mientras que sus agentes

buscaban beneficios privados para ellos y sus descendientes; a largo plazo, estos últimos resultaron más exitosos. La corrupción y otras formas de depredación eran habituales. Mientras los miembros de la clase gobernante competían por conseguir estatus y ventajas, el movimiento de personal entre los individuos podía ser elevado, pero el gobierno de la élite como tal solía ser estable siempre que consiguieran mantenerse las estructuras de Estado. Las clases altas se distinguían de los plebeyos por su estilo de vida y su visión del mundo, que con frecuencia eran marciales y definían a los líderes como los explotadores de los productores agrícolas inferiores. El consumo notorio era una manera importante de manifestar y reforzar las relaciones de poder.[36]

Esas condiciones básicas condicionaban profundamente la distribución de ingresos y riquezas. Si lo reducimos a lo elemental, la historia solo ha conocido dos formas idóneas o típicas de adquisición de riquezas: crear y arrebatar. La llegada de la producción de excedentes, la domesticación y los derechos de propiedad hereditaria allanaron el terreno para la creación y conservación de las fortunas personales. A largo plazo, las adaptaciones institucionales que propiciaron este proceso, el progreso tecnológico y la creciente envergadura y alcance de la actividad económica elevaron el techo de la acumulación de riqueza individual o material, aumentando como mínimo el rango potencial de la dispersión de ingresos y activos productivos. En principio, el efecto acumulativo de las sacudidas aleatorias habría bastado para que algunas familias se enriquecieran más que otras: las diferencias en los rendimientos del capital, tales como tierras, ganado, edificios y recursos invertidos en préstamos y comercio, lo habrían garantizado. Cuando cambiaba su suerte, otros ocupaban su lugar.

La que podría ser la primera prueba cuantificable de la creciente desigualdad de riqueza en los círculos de la subélite, que al parecer nació del desarrollo económico, procede de la antigua Mesopotamia hace varios miles de años. Una comparación de una muestra de porcentajes de herencia para los hijos en el periodo del primer imperio babilónico (en la primera mitad del segundo milenio a. e. c.) con las dotes para las hijas en la era neobabilónica (a finales del siglo VII y buena parte del siglo VI a. e. c., alrededor de mil años

después) revela dos diferencias notables. Convertidas en pagos en trigo, estas últimas son más o menos el doble de las primeras. Puesto que ambos conjuntos de datos parecen hacer referencia al mismo estrato —residentes urbanos con propiedades, tal vez el decil más alto de la población de las ciudades—, esto apunta a una mayor afluencia general, sobre todo si tenemos en cuenta que cabría esperar que los hijos salieran favorecidos respecto de las hijas. Asimismo, los valores reales de las dotes están repartidos de forma mucho más desigual. Puesto que el periodo neobabilónico fue una época de desarrollo inusualmente dinámico, este contraste podría explicarse mejor por el efecto desequilibrante del crecimiento y la comercialización.[37]

Pero puede que esto solo sea parte de la historia, no únicamente en este caso, sino en términos más generales. Es fácil entender cómo pudieron influir las características definitorias de la formación de estados anteriormente mencionadas en la actividad económica. La integración política no solo ayudó a expandir mercados y redujo al menos parte de los costes de transacción e información. Las omnipresentes asimetrías de poder que solían caracterizar a los gobiernos premodernos garantizaron un terreno de juego desigual para los actores económicos. Unos derechos de propiedad frágiles, un ejercicio de gobierno inadecuado, una aplicación arbitraria de la justicia, la venalidad de los agentes estatales y la importancia crucial de las relaciones personales y la proximidad con las fuentes de poder coercitivo fueron algunos de los factores que probablemente inclinaron los resultados a favor de las clases más altas y aquellos que estaban conectados a ellas. Esto debía de ser aún más cierto en el caso de varias formas de «apropiación» disponibles para los miembros de la clase gobernante y sus socios. La participación en los sistemas de gobierno abrió el acceso a ingresos resultantes de compensaciones formales, favores de gobernantes y otros superiores y el requerimiento de sobornos, desfalcos y extorsiones, y a menudo también protegía de impuestos y otras obligaciones. Los altos mandos militares podían ser recompensados con parte del botín de guerra. Es más, el servicio directo al Estado ni siquiera era un prerrequisito necesario. Los lazos familiares y matrimoniales y otras alianzas con cargos públicos podían generar beneficios proporcionales. Por añadidura, teniendo en cuenta el poder

infraestructural a menudo bastante limitado del Estado, la riqueza personal y la influencia local hacían más fácil proteger los activos no solo de las exigencias del Estado o la comunidad, sino también de las de amigos y clientes a cambio de otros beneficios. Si era necesario, los cupos impositivos podían cubrirse imponiendo más cargas a los desposeídos.

En tales condiciones, el poder político había de ejercer una gran influencia en la distribución de recursos materiales. En sistemas políticos más pequeños y menos jerárquicos, como las tribus o los cacicazgos, el estatus de los líderes dependía en buena medida de su capacidad para compartir el botín con toda la comunidad y su voluntad de hacerlo. Las clases gobernantes de los estados e imperios agrícolas normalmente gozaban de más autonomía. Obviando alguna que otra muestra de generosidad muy publicitada, el flujo de la redistribución tendía a invertirse, lo cual enriquecía más a unos pocos a expensas de muchos. La capacidad colectiva de la élite para obtener excedentes de productores primarios determinaba la proporción de recursos totales que estaban disponibles para su apropiación, y el equilibrio de poder entre los gobernantes y varios grupos de élite decidía cómo se repartían esos beneficios en las arcas del Estado, las cuentas privadas de los agentes estatales y las fincas de la élite poseedora de tierras y riquezas comerciales.

[38]

Los mismos rasgos de los estados premodernos que canalizaban recursos hacia los poderosos también servían para controlar la concentración de ingresos y riquezas. La depredación, el desprecio por los derechos de propiedad privada y el ejercicio arbitrario de la autoridad no solo ayudaban a crear fortunas, sino que también podían destruirlas en un abrir y cerrar de ojos. Al igual que los cargos estatales, la proximidad con el poder y el favor de los gobernantes procuraban grandes riquezas a quienes estuvieran bien relacionados, las maquinaciones de los rivales y el deseo de los gobernantes de limitar la influencia de sus socios y absorber sus beneficios ilícitos también podían arrebatárles sus riquezas, cuando no sus vidas. Además de los caprichos de la demografía hereditaria que ayudan a explicar la supervivencia o dispersión de los patrimonios privados, la redistribución violenta limitaba el grado en que los recursos quedaban concentrados en los círculos de la élite.

En la práctica, los resultados variaban mucho de una sociedad histórica a otra. El Egipto mameluco de la Edad Media ocupaba un extremo del espectro. Una élite conquistadora extranjera y no hereditaria se hizo con el control de la tierra, que fue repartida entre los miembros de la élite estatal por su posición en la estructura de poder, sometida a su vez a frecuentes cambios. Esto hizo que el acceso a los recursos fuera fluido e impredecible, ya que el faccionalismo violento garantizaba un elevado cambio de personal. En el otro extremo del espectro, las sociedades feudales con gobernantes débiles, como la China del periodo de las Primaveras y Otoños o la Europa medieval, permitían que los señores gozaran de un control relativamente seguro de sus activos. Lo mismo ocurría con la república de Roma antes de sus crisis terminales, cuando los aristócratas dominaban el sistema de gobierno para su provecho y, como cabría esperar, deseaban conservar los derechos de propiedad privada. La mayoría de las sociedades premodernas y numerosos países en vías de desarrollo actuales se sitúan entre esos extremos ideales y típicos, combinando en ocasiones intervenciones políticas violentas en las relaciones de la propiedad privada con cierto respeto por la riqueza personal. Abordaré esta relación con más detalle en las páginas siguientes.[39]

Los dividendos que supone el acceso al poder político no son exclusivos de un bajo nivel de desarrollo. Un estudio reciente sobre docenas de empresarios superricos de los países occidentales demuestra que se beneficiaron de contactos políticos, que explotaron lagunas legales y que se aprovecharon de las imperfecciones del mercado. En este sentido, la diferencia entre unas economías de mercado democráticas y avanzadas y otros tipos de estados es una cuestión de grado. En algunos casos es posible calcular cuánto debían las fortunas de las élites a los ingresos percibidos de fuentes no relacionadas con la actividad económica: si podíamos afirmar que los aristócratas romanos de los siglos II y I a. e. c. eran demasiado ricos como para haber amasado riquezas solo por medio de la agricultura y el comercio, deberíamos poder realizar desgloses más concretos con las sociedades históricas más recientes. La Francia del *Ancien régime*, que comentaré brevemente en esta misma sección, es solo un ejemplo. En los términos más generales, no cabe duda de que los contactos y favores políticos

personalizados realizaron una aportación mucho más grande a la riqueza de la élite que en los países desarrollados de la actualidad. Las élites de Latinoamérica o África que intentan obtener beneficios se asemejarían más a lo que en términos históricos globales deben considerarse estrategias tradicionales y «normales» de apropiación y concentración de la riqueza. Lo mismo sucede con los «oligarcas» rusos contemporáneos, que se parecen a algunos grupos de élite premodernos en la medida en que la creación y preservación de su fortuna ha dependido de unas relaciones de poder político personalizadas. Incluso aceptando una considerable diversidad de contextos, la descripción que hace Oleg Tinkov, el magnate ruso de las tarjetas de crédito, de sus iguales —«gestores temporales de sus activos; no son propietarios reales»— puede aplicarse en igual medida a la precaria situación de muchos de sus antecesores de la Roma y la China antiguas o las monarquías de la Europa moderna temprana.[40]

Piketty ha tratado de explicar los elevados niveles de desigualdad de riqueza típicos de la Europa de los siglos XVIII y XIX en referencia a la gran brecha entre los índices de crecimiento económico y rendimiento de capital ($r > g$). En modelos dinámicos que incluyen sacudidas multiplicativas y aditivas —al índice de rendimiento de capital, relacionado con estrategias de inversión o con la suerte; a parámetros demográficos motivados por la mortalidad y la paridad; a preferencias de consumo y ahorro; o a la productividad, cuando se tienen en cuenta ingresos externos—, esta condición suele amplificar las disparidades de riqueza iniciales y propicia un alto grado de concentración de la misma. A diferencia de la primera mitad del siglo XX, cuando las sacudidas negativas para la acumulación de capital y su rendimiento en forma de destrucción a causa de la guerra, la inflación, los impuestos y la expropiación redujeron enormemente la riqueza y aún más los ingresos netos derivados de ella, las condiciones más estables que habían precedido a este periodo de considerable equiparación favorecieron a los ricos. A consecuencia de ello, los rendimientos derivados del capital supusieron un porcentaje más elevado de ingresos que el que apreciamos hasta día de hoy.

¿Esta situación era representativa de las sociedades premodernas en

general? Teniendo en cuenta que la diferencia entre el índice de crecimiento económico y los rendimientos nominales del capital (representados por tipos de interés o ingresos fijos derivados de herencias o dotes) siempre ha sido extremadamente grande, es plausible suponer que, en general, los poseedores de capital disfrutaban de una ventaja perenne. Al mismo tiempo, cabría esperar que la intensidad de las sacudidas sufridas por el capital haya variado considerablemente, dependiendo de la probabilidad de una redistribución violenta de activos. En épocas de estabilidad, el ejercicio arbitrario del gobierno autocrático podía generar potentes sacudidas, sobre todo a las fortunas de las élites, que podían provocar que estas se dispararan con tanta frecuencia como se destruían. Mientras esas intervenciones simplemente redistribuyeran activos que ya había reclamado para sí el estrato más alto de la sociedad, el efecto global en la distribución de la riqueza podía ser neutral. Por el contrario, las sacudidas resultantes de guerras, conquistas o desmoronamientos de un Estado tenían consecuencias menos predecibles: mientras que el éxito militar podía dar pie a desigualdades en el bando victorioso enriqueciendo a la clase gobernante, solía darse una equiparación generalizada tras la desintegración de estructuras gubernamentales. Ofrezco pruebas históricas de estos acontecimientos en este capítulo y posteriores.

A largo plazo, los niveles de desigualdad de la riqueza debieron de verse condicionados por la frecuencia con que se producían esas rupturas violentas más desestabilizadoras. En la medida en que mecanismos anteriores de distribución de ingresos y acumulación de riquezas diferían de los observados en la Europa del siglo XVIII y, en especial, del siglo XIX, es posible que lo hicieran con respecto a la importancia relativa de los ingresos de las élites provenientes de fuentes distintas del trabajo. Cuanto más dependían las fortunas personales del acceso a beneficios políticos, más importancia cobraban los ingresos del trabajo —al menos si podemos definir la corrupción, la malversación, la extorsión, los saqueos militares, las pugnas por la obtención de favores y la apropiación de los activos de los rivales como formas de trabajo— con respecto a los inversores empresariales o rentistas en sociedades más ordenadas y pacíficas. Tal como argumento en el resto de esta sección, los ingresos de esta naturaleza podían ser un

determinante importante y, en ocasiones, puede que incluso el principal, de la posición de las élites. Esto ocurría sobre todo en los primeros estados arcaicos, cuyas clases altas dependían más de los derechos estatales sobre beneficios derivados de productos y servicios laborales que de los ingresos por activos privados. Estos derechos respaldan la distinción convencional entre ingresos del capital e ingresos del trabajo y una vez más ponen de relieve la importancia crucial de las relaciones de poder político a la hora de crear el «1 % original».[41]

En su día eran habituales unas formas bastante igualitarias de propiedad de la tierra en muchas de las regiones que más tarde albergarían grandes imperios. Entre los sumerios del sur de Mesopotamia, una de las primeras civilizaciones que, como sabemos por las fuentes escritas, se remonta a hace más de cinco mil años, buena parte de las tierras de cultivo estaban controladas por grandes familias patrilineales de plebeyos que las trabajaban como propiedades comunales. Este tipo de propiedad también era típico de la China antigua, durante los periodos Shang y Zhou occidental del segundo milenio a. e. c., una época en la que las ventas privadas de tierras supuestamente eran inadmisibles. En el valle de México, durante el periodo azteca, gran parte de la tierra era cultivada por los *calpotin*, unos grupos empresariales cuyos *holdings* combinaban campos familiares con tierras comunes. A veces, los primeros eran reconfigurados periódicamente cuando se producían cambios en el tamaño de la familia. Lo mismo ocurría en las tierras altas peruanas de la era inca con los *ayllukuna*, unos grupos endogámicos que asignaban parcelas a diferentes alturas a familias-miembro y las adaptaban periódicamente para garantizar una distribución equitativa. Disposiciones como estas imponían grandes limitaciones a la concentración y explotación comercial de la tierra.

Sin embargo, con el paso del tiempo la desigualdad fue a más, ya que los capitalistas adquirían tierras y los líderes políticos superponían estructuras tributarias a las empresas existentes. Cuando la documentación sumeria se expandió durante el tercer milenio a. e. c., ya encontramos templos que

contenían grandes extensiones de tierra y las trabajaban utilizando mano de obra institucional, y vemos a nobles que también habían amasado grandes propiedades. La privatización de la tierra hereditaria era posible siempre y cuando otros miembros del grupo lo aceptaran. La deuda era un potente instrumento para convertir el rendimiento de los excedentes en más tierras: unos tipos de interés anuales de hasta un tercio a menudo obligaban a los propietarios que habían solicitado préstamos a ceder sus posesiones a los acreedores, e incluso podían ser condenados a la servidumbre si se habían ofrecido a sí mismos como aval. Este proceso creó grandes fincas y mano de obra sin tierras que las cultivara. Aunque los acreedores podían obtener parte de los recursos disponibles que prestaban a otros a partir de la gestión de sus propios activos económicos, los favores políticos también podían desempeñar un papel importante a la hora de proporcionarles los medios para llevar a cabo esta estrategia. La privatización, por su parte, reducía las obligaciones sociales tradicionales con clientes y adeptos: cuantas menos responsabilidades sociales costosas recayeran en la propiedad privada, más atractiva resultaría para sus inversores. Nacieron varios estatus sociales para satisfacer las necesidades de mano de obra de los capitalistas, como aparceros y fiadores de deuda, y se añadió a la mezcla la esclavitud, un tipo de subordinación más primordial. Cuatro mil años después se observaron procesos análogos, pero en un nivel comparable de desarrollo socioeconómico, entre los aztecas, donde la deuda rural y la utilización de siervos sin tierras y esclavos sostenían una creciente desigualdad.[42]

Las prácticas de los gobernantes estatales proporcionaban un modelo y a menudo también los medios para cometer usurpaciones. Los reyes sumerios intentaban adueñarse de tierras para ellos y sus socios y se inmiscuían en las actividades de los templos para hacerse con el control de sus activos. Los administradores de los templos mezclaban la gestión de los activos institucionales con los suyos propios. Las estafas, la corrupción y la fuerza ya eran medios establecidos de apropiación. Los archivos cuneiformes sumerios de la ciudad de Lagash en el siglo XXIV a. e. c. demuestran que los reyes y reinas locales se adueñaban de los terrenos de los templos y sus trabajadores, que los aristócratas adquirirían tierras ejecutando préstamos con intereses altos,

que las autoridades hacían un uso indebido de activos estatales como barcos y zonas de pesca, cobraban en exceso por servicios básicos como funerales y esquileo de ovejas, retenían salarios de trabajadores y, en términos generales, se llenaban los bolsillos por medio de la corrupción, y que los ricos robaban peces en las charcas de los pobres. Sea cual sea la verosimilitud de esas alegaciones, la impresión general es la de un tipo de gobierno que alentaba la usurpación y el enriquecimiento, ayudados por el ejercicio del poder en beneficio propio. Desde el principio, la adquisición y concentración permanentes de riqueza privada en los círculos de la élite fueron motivo de preocupación para los gobernantes que debían proteger de prestamistas depredadores y propietarios tiránicos a los productores primarios, que habían de pagar impuestos y ofrecer servicios al Estado. Desde mediados del tercer milenio hasta mediados del segundo milenio a. e. c., los reyes mesopotámicos decretaron la cancelación periódica de deudas en un intento por ralentizar el avance del capital privado. Por lo que sabemos, era una batalla perdida.[43]

Encontramos un ejemplo revelador de esas tensiones en la «Canción de la liberación», un mito hurrita traducido al hitita en el siglo XV a. e. c. En ella aparece el rey hurrita Tessub, que se halla en el ayuntamiento de Ebla (en el noroeste de Siria) fingiendo ser un deudor visiblemente necesitado y «deshidratado». El rey Megi se ha enfrentado a los poderosos de la ciudad por la puesta en libertad de los condenados por deudas, una medida considerada una orden divina pero a la que se ha opuesto Zazalla, un orador avezado que influye en las opiniones del consejo de la élite. Bajo dicha influencia, los consejeros ofrecen a Tessub oro y plata si está endeudado, aceite si está deshidratado y combustible si tiene frío, pero se niegan a liberar a los deudores encarcelados acorde a los deseos de Megi:

Pero no liberaremos [a los esclavos]. No habrá regocijo en tu alma, oh Megi.

Invocan la necesidad de mantener atados a los deudores, ya que

si hubiéramos de liberarlos, ¿quién nos daría de comer? Por un lado, son nuestros coperos; por otro, nos sirven comida. Son nuestros cocineros y lavan por nosotros.

Megi se echa a llorar ante semejante alboroto y renuncia a cualquier derecho sobre sus fiadores. Justo antes del final del texto que ha sobrevivido, Tessub promete recompensas divinas si se cancelan las otras deudas y, en caso contrario, amenaza con castigos severos.[44]

Relatos como estos revelan los límites del poder monárquico ante los privilegios y apropiaciones de la élite. Los reyes de las ciudades de Oriente Próximo también debían ser cuidadosos al ampliar sus posesiones enfrentándose a templos locales y otras instituciones influyentes. Hasta cierto punto, el equilibrio y la envergadura relativamente modesta de muchos de esos sistemas gubernamentales servían para controlar el grado de intervención desigualadora. Sin embargo, las conquistas a gran escala alteraron drásticamente esta ecuación. La conquista violenta de gobiernos y territorios rivales abrió la puerta a depredaciones más manifiestas y a una acumulación de riquezas que no se veía constreñida por obligaciones locales. La aglomeración de sistemas gubernamentales existentes en estructuras más grandes creó nuevos niveles de jerarquía y brindó a aquellos situados en lo más alto acceso a excedentes de una base de recursos más amplia, unos hechos que obviamente habían de intensificar la desigualdad generalizada al potenciar los porcentajes de ingresos y riqueza más elevados.

Los efectos desequilibrantes de la formación de estados por medio de grandes conquistas son claramente visibles en el caso del reino acadio entre los siglos XXIV y XXII a. e. c. Considerado el primer imperio «verdadero» de la historia si definimos imperio no solo por su envergadura, sino por su heterogeneidad multiétnica, las relaciones asimétricas entre el centro y la periferia y el respeto por tradiciones locales de distinción y jerarquía, ejercía poder sobre diversas sociedades que iban desde el norte de Siria hasta el oeste de Irán. Esta expansión sin precedentes animó a los gobernantes de Acad no solo a asumir el rango divino —los textos supervivientes afirman que Rimush, hijo y sucesor de Sargon, el fundador del imperio, «se consideraba un dios» y que su sobrino Naram-Sin declaró que «la gente de esta ciudad le pedía que fuera el dios de Acad... y construyeron su templo en Acad»—, sino también a adueñarse y redistribuir activos a gran escala. Los reyes de las

ciudades-estado fueron sustituidos por gobernadores acadios y gran cantidad de tierra acabó en manos de los nuevos gobernantes y sus altos representantes. Puesto que gran parte de las tierras de cultivo más productivas eran propiedad de los templos, los gobernantes decretaron que fueran confiscadas u ordenaron sacerdotes a parientes y funcionarios para que asumieran el control de esos recursos. Una nueva clase gobernante imperial que trascendía las divisiones internas de este extenso reino acumulaba grandes propiedades. Las tierras apropiadas, que eran entregadas a funcionarios, se utilizaban para mantenerlos y recompensar a sus clientes y subordinados, algunos de los cuales eran conocidos como «los selectos». La tradición posterior manifestaba su disgusto por «los escribas que dividían en parcelas los sembrados de la estepa». Los beneficiarios de las concesiones estatales aumentaban sus posesiones comprando tierras privadas.

Algunos documentos acadios ofrecen detalles sobre el aumento de la riqueza de la élite. Yetib-Mer, el mayordomo del dios-rey Naram-Sin, poseía más de mil hectáreas en distintas regiones del imperio. Mesag, un personaje insigne de finales del siglo XXIII a. e. c., controlaba más de 1.200 hectáreas: le había sido concedido un tercio para su propia subsistencia y compró el derecho de uso del resto. Sus dominios fueron divididos entre administradores de menor relevancia, artesanos y otros clientes, de los cuales solo unos pocos recibieron terrenos de más de treinta y seis hectáreas; de hecho, la mayoría tenían que conformarse con parcelas mucho más pequeñas. Por tanto, el acceso a los recursos materiales estaba muy estratificado entre las clases gobernantes. Sumada a la capacidad para reasignar activos sin prestar atención a patrones establecidos de propiedad, la concentración imperial de recursos productivos generó un entorno en el que el ganador se lo quedaba todo y en el que se beneficiaba de manera desproporcionada a una pequeña élite poderosa. Según un destacado experto, «la élite gobernante acadia gozaba de muchos más recursos que los personajes ilustres de Sumeria anteriores a ella».[45]

La creación de imperios tenía potencial para influir en la distribución de ingresos y riqueza de maneras que no guardaban relación alguna con los beneficios de las actividades económicas y que convertían la desigualdad

material en un subproducto de la reestructuración subyacente de las relaciones de poder. La unificación política a gran escala podía mejorar las condiciones generales para la actividad comercial reduciendo los costes de transacción, incrementando la demanda de artículos de lujo y servicios y permitiendo a los empresarios obtener réditos de las redes de intercambio creadas con fines extractivos, lo cual aumentaba la brecha entre los capitalistas y los demás. Asimismo, alentó el crecimiento urbano, sobre todo en los centros metropolitanos, lo cual exacerbó los desequilibrios materiales. También protegía de las exigencias y expectativas populares a las élites ricas, que estaban aliadas con las autoridades centrales, lo cual les daba carta blanca para obtener beneficios personales. Todos estos factores, entre otros, permitieron la concentración de ingresos y riqueza.

Pero el imperio también condicionó la desigualdad de un modo mucho más directo. La asignación de recursos materiales por parte del Estado a miembros de la élite política y el personal administrativo convirtieron la desigualdad política en desigualdad de ingresos y riqueza. Todo ello reprodujo de manera directa e inmediata asimetrías de poder en la esfera económica. La naturaleza delegacional del gobierno en los estados premodernos exigía a los mandatarios que compartieran las ganancias con sus agentes y partidarios, así como con las élites preexistentes. En este contexto, los derechos asignados sobre los excedentes podían ser más importantes que los derechos de propiedad formales en activos productivos. Eso era especialmente cierto en el caso de las sociedades cuyos servicios laborales representaban un componente importante de los ingresos del Estado y la élite. La corvea en el imperio inca fue una de las más extendidas de la historia documentada, pero el uso de trabajadores forzados también era generalizado en Egipto, Oriente Próximo, China y Mesoamérica, por nombrar unos pocos. Las concesiones de tierras eran un medio prácticamente universal de recompensar a socios clave y las otorgaban los jefes de Hawái y los dioses-reyes de Acad y Cuzco, los faraones egipcios y los emperadores Zhou, los reyes de la Europa medieval y Carlos V en el Nuevo Mundo. Los intentos por hacer que esas propiedades prebendadas fueran hereditarias dentro de las familias de los beneficiarios iniciales y convertirlas a la postre en propiedades

privadas fueron una consecuencia casi inevitable. Pero aun cuando se conseguían, estas transformaciones no hacían sino perpetuar y cimentar la desigualdad material que se había originado en el ámbito político.

Además de las concesiones de tierra y mano de obra, la participación en la recaudación de impuestos estatales era otro camino importante para el enriquecimiento de la élite poderosa. Este proceso está tan corroborado que podría y, de hecho, debería dedicársele un libro entero. Por citar solo un ejemplo menos conocido, en el imperio oyo, un gran estado yoruba de África occidental durante la era moderna temprana, los reyes menores y los jefes subordinados se reunían en centros locales de cobro de tributos antes de citarse en un festival anual celebrado en la capital. Se ofrecían al rey tributos en forma de conchas de cauri, ganado, carne, harina y materiales de construcción por intermediación de autoridades que habían sido nombradas patronos de grupos de contribuyentes y que tenían derecho a parte de lo recibido por las molestias ocasionadas. Ni que decir tiene, los derechos formales normalmente suponían un porcentaje modesto de los ingresos personales que percibían los agentes fiscales por sus servicios.[46]

En la era babilónica media, hace más de tres mil años, varios siglos de exposición a una concatenación de regímenes imperiales habían enseñado a los habitantes de Mesopotamia una lección importante: que «el rey es aquel a cuyo lado camina la riqueza». Lo que no podían saber pero difícilmente les habría sorprendido es que eso se prolongaría varios miles de años más en todo el mundo. La depredación violenta y las preferencias políticas complementaron y amplificaron enormemente las desigualdades de ingresos y riqueza fruto de la producción de excedentes y los activos hereditarios transmisibles. Fue la interacción entre esos acontecimientos económicos y políticos la que dio lugar al 1 % original. Sería incapaz de mejorar la sucinta descripción que hace Bruce Trigger de los *pipiltin* aztecas, quienes

llevaban ropa de algodón, sandalias, plumajes y ornamentos de jade, vivían en casas de piedra de dos pisos, comían carne de sacrificios humanos, bebían en público chocolate y bebidas fermentadas (con moderación), tenían concubinas, entraban a su antojo en el palacio real, podían comer en el salón del palacio e interpretaban danzas especiales en rituales públicos. No pagaban impuestos.[47]

En resumen, este era el rostro público de la desigualdad premoderna. Gracias a sus inclinaciones caníbales, esta élite en particular elevó el consumo metafórico del sudor y el trabajo humanos típico de su clase a un nivel inusualmente literal. A lo largo de casi toda la historia de la humanidad, los muy ricos han sido «distintos de ti y de mí» o, más bien, nuestros antepasados más corrientes. Puede que la desigualdad material modelara incluso el cuerpo humano. En los siglos XVIII y XIX, cuando los avances en materia de conocimientos médicos finalmente habían hecho posible que los ricos compraran vidas y extremidades más largas, las clases altas inglesas sobrepasaban a las masas raquíticas. Si hemos de confiar en conjuntos de datos que suelen ser (mucho) menos que perfectos, esas disparidades podrían ser muy anteriores. Al parecer, los faraones egipcios y los miembros de la élite micénica de la Grecia de la Edad de Bronce eran visiblemente más altos que los plebeyos. Los restos de esqueletos de algunas sociedades marcadamente estratificadas muestran una mayor dispersión en la altura que en otras no tan jerarquizadas. Por último, y desde una perspectiva darwiniana sumamente importante, la desigualdad material solía traducirse en desigualdad reproductiva a una escala extravagante, ya que las élites acumulaban harenes y engendraban descendencia por docenas.[48]

Por supuesto, el nivel de desigualdad de ingresos y riqueza en las sociedades premodernas no solo estaba determinado por la rapacidad de sus élites bien relacionadas. Las pruebas ya citadas de dispersión de herencias y dotes en círculos de subélite de la Babilonia antigua nos permiten atisbar lo que parecían ser unas desigualdades cada vez mayores en respuesta al crecimiento económico y la comercialización. En el siguiente capítulo y en el 9 presento datos arqueológicos del tamaño de las viviendas antes, durante y después del periodo de dominio romano en distintas zonas de Europa y el norte de África que revelan considerables variaciones en la desigualdad de consumo entre plebeyos urbanos. Aun así, aunque sin duda podría aportarse más material, sobre todo de contextos funerarios, en casi toda la era premoderna es difícil, si no imposible, recabar información relevante sobre la distribución de los ingresos y la riqueza en la población general.[49]

Pero no me centro en las clases acomodadas principalmente por razones pragmáticas. Como veremos en el capítulo 3 y el apéndice, en varios casos las tablas sociales o los archivos censales hacen posible analizar, al menos de forma muy general, la distribución de los recursos materiales en sociedades que van desde la Antigüedad hasta el periodo colonial moderno. Gran parte de las curvas de Lorenz que pudiéramos trazar basándonos en estos cálculos aproximados parecerían palos de *hockey* en lugar de medias lunas, lo cual denota grandes disparidades entre unos pocos selectos y una gran mayoría situada en o cerca del nivel de subsistencia básica. Con algunas excepciones, como los griegos de la Antigüedad y los colonos de Norteamérica, unos grupos de los que hablaré de nuevo en los capítulos 3 y 6, las poblaciones agrícolas que estaban organizadas en sistemas de gobierno de nivel estatal normalmente carecían de unas clases medias robustas cuyos recursos habrían podido contrarrestar la riqueza de la élite. Solo por esta razón, la variación de la desigualdad obedecía en buena medida al porcentaje de recursos que poseían los adinerados.[50]

Por último, la llegada de gran cantidad de individuos muy pobres también hizo aumentar la desigualdad generalizada. En muchas sociedades premodernas, la esclavización o deportación de extranjeros era un poderoso medio para dicho propósito. El imperio neasirio del Creciente Fértil era conocido por los reasentamientos forzosos a gran escala, en especial en periferias subyugadas del corazón del imperio, situado en el noreste de Mesopotamia. Los traslados a gran escala empezaron bajo el reino de Tiglath-Pileser III (745-727 a. e. c.), cuando la expansión y consolidación imperial cobró impulso. Un estudio de los archivos recoge cuarenta y tres sucesos en los que intervinieron 1.210.928 deportados y más de cien deportaciones para las cuales no existen recuentos o tan solo recuentos parciales. Aunque las cifras allí plasmadas son de una fiabilidad dudosa, y si bien hay que tratar con cautela las afirmaciones sobre el desarraigo de poblaciones enteras —«a la gente de esta tierra, hombres y mujeres, pequeños y grandes sin excepción, me los llevé, los consideré parte del botín»—, el efecto acumulativo de esta práctica era masivo.

A lo largo del siglo posterior, la llegada continua de deportados permitió

a los reyes asirios construir, poblar y aprovisionar varias capitales. Los relieves de piedra que homenajean las hazañas monárquicas dan la impresión de que los deportados llegaban con pertenencias mínimas, como una bolsa o un saco. Desprovistos de sus activos, normalmente no podían esperar más que una existencia en los márgenes de la mera subsistencia. Es posible que su posición se deteriorara cuando el imperio alcanzó su pico máximo de poder. Durante mucho tiempo no hubo indicios en los archivos de que los sujetos reubicados hubieran sido diferenciados formalmente de la población indígena: «Se los contaba junto con los asirios». Esta frase desapareció en la fase final de las conquistas asirias, entre 705 y 627 a. e. c. aproximadamente, cuando las grandes victorias y la continua expansión propiciaron una mayor sensación de superioridad. Los deportados eran rebajados al estatus de trabajadores forzados y utilizados en grandes proyectos de obras públicas.

La migración forzada no solo aumentó el número de pobres, sino que también contribuyó a la riqueza y los ingresos de las clases altas. Varios textos mencionan la distribución de cautivos de guerra en la corte y los templos. Cuando el último de los grandes conquistadores, el rey Asurbanipal (668-627 a. e. c.), se llevó a un gran número de deportados de Elam (la actual Juzestán, en el suroeste de Irán), declaró: «Ofrecí los mejores a mis dioses; ... a los soldados ... los incorporé a mi ejército real; ... al resto los repartí cual ovejas entre las capitales, la moradas de los grandes dioses, mis funcionarios, mis nobles y todo mi campo». Los cautivos eran obligados a trabajar en campos y huertos de árboles frutales que también habían sido concedidos a las autoridades, mientras que otros eran destinados a las tierras de la corona. Estas disposiciones, practicadas a gran escala, aumentaron el porcentaje de trabajadores con pocos ingresos y ninguna riqueza y, a su vez, potenciaron los ingresos de los más acomodados, una combinación que exacerbó la desigualdad de forma generalizada.[51]

La esclavitud tuvo consecuencias similares. La esclavización de extranjeros era uno de los pocos mecanismos capaces de generar niveles importantes de desigualdad en las sociedades cazadoras-recolectoras de pequeña envergadura y una complejidad baja o moderada, no solo entre los pescadores del Pacífico noroeste, sino en una amplia variedad de grupos

tribales. Sin embargo, una vez más fue necesaria la domesticación y la formación de estados para llevar el uso de esclavos a nuevas cotas. En el periodo de la república romana, varios millones de esclavos entraron en la península italiana, donde muchos de ellos fueron comprados por los ricos para que trabajaran en sus mansiones, talleres y fincas agrícolas. Dos mil años después, en el siglo XIX, el califato yihadista de Sokoto, en la actual Nigeria, asignó enormes cantidades de cautivos de guerra a miembros de su élite política y militar exactamente en el mismo momento en que la «peculiar institución» estaba incrementando la desigualdad material en el viejo Sur.[\[52\]](#)

Capítulo 2

IMPERIOS DE LA DESIGUALDAD

La desigualdad tuvo muchos padres. La naturaleza de los activos productivos y cómo eran transmitidos a futuras generaciones, la envergadura de los excedentes más allá de la subsistencia básica y la importancia relativa de la actividad comercial y el suministro y la demanda de mano de obra interactuaron de formas complejas y siempre cambiantes para determinar la distribución de los recursos materiales. Las instituciones que posibilitaban esta interacción eran muy sensibles al ejercicio del poder político y militar, a presiones y sacudidas que en última instancia obedecían a la capacidad para movilizarse y utilizar la violencia. Caracterizados por unas jerarquías estables y marcadas y —al menos según los criterios preindustriales— unos índices elevados de desarrollo social como la captura de energía, la urbanización, el procesamiento de información y las capacidades materiales, los imperios agrícolas de gran envergadura que se prolongaron muchas generaciones ofrecen las mejores perspectivas sobre la dinámica de la desigualdad en entornos que estaban relativamente bien protegidos de irrupciones violentas significativas. En este sentido, representan las analogías más próximas al mundo occidental del siglo XIX, una época comparativamente pacífica y de transformaciones económicas y culturales sin precedentes. Como veremos, los imperios de la Antigüedad y las sociedades industrializadoras experimentaron resultados muy similares en relación con la desigualdad de ingresos y riqueza. Civilizaciones separadas por un milenio y medio o más y

que tenían poco en común salvo su experiencia del orden, la estabilidad y el desarrollo protegido sufrían enormes disparidades en la distribución de recursos materiales. A lo largo del tiempo y en diferentes fases del desarrollo económico, la ausencia de rupturas violentas importantes ha sido un prerequisite vital para una desigualdad elevada.[1]

Presento dos estudios prácticos que ilustran estas premisas: los imperios Han y romano, los cuales, en la cúspide de su poder, dominaban alrededor de una cuarta parte de la población mundial. La antigua Roma ha sido considerada un imperio de propiedades en el que la riqueza se creaba sobre todo adquiriendo tierras, mientras que las fortunas chinas se amasaban gracias a los cargos oficiales y no a las inversiones privadas. Este contraste parece exagerado: en ambos entornos, el poder político era una fuente esencial de ingresos y riqueza, inextricablemente vinculada a la actividad económica, y un poderoso determinante de la desigualdad material.[2]

LA CHINA ANTIGUA

Tras el breve imperio Qin, que fue el primero en unir los Reinos Combatientes, más de cuatro siglos de dominio Han (de 206 a. e. c. a 220 e. c.) produjeron abundantes pruebas de la dinámica de la concentración de ingresos y riqueza en un imperio mundial bastante estable: el conflicto entre los gobernantes y las élites por quién controlaba la tierra, sus excedentes y la mano de obra rural, y las fuerzas económicas y políticas que creaban y destruían grandes fortunas. La comercialización de la agricultura fue uno de los factores: según una crónica del reino de Wendi, el quinto emperador Han (180-157 a. e. c.), los pequeños propietarios que se veían obligados a pedir dinero a tipos de interés alto perdían sus tierras (e incluso a sus hijos, a los que vendían como esclavos) a manos de mercaderes y usureros que creaban grandes fincas cultivadas con la ayuda de arrendatarios, mano de obra asalariada o esclavos.[3]

Los gobernantes estatales, que trataban de preservar a los agricultores-propietarios a pequeña escala como cimientos del sistema de reclutamiento

fiscal y militar, tenían dificultades para contener esas presiones. En once ocasiones entre los años 140 a. e. c. y 2 e. c., las tierras del gobierno se repartieron entre el campesinado. Los miembros de las élites regionales se vieron obligados a trasladarse a la región de la capital, no solo para garantizar su lealtad política, sino también para limitar su poder en el ámbito local. Cuando esta práctica quedó en suspenso, a los ricos y bien posicionados les resultaba aún más fácil acumular activos comprando u ocupando tierras y dominando a los pobres. En el año 7 a. e. c., tras varias generaciones de usurpaciones por parte de la élite, los asesores de la corte finalmente propusieron restricciones legales para combatir la concentración de terrenos en propiedad. Sin embargo, las medidas que habían de imponer un techo al número de tierras y esclavos que poseía la élite y que contemplaban la confiscación del exceso de activos descarrilaron rápidamente debido a los intereses de los poderosos. Poco después, el usurpador Wang Mang (9-23 e. c.) concibió unas intervenciones más enérgicas. Fuentes hostiles posteriores le atribuyen diversos planes grandilocuentes, desde la nacionalización de la tierra hasta la prohibición del comercio de esclavos. Las familias debían entregar a parientes y vecinos todas las tierras que superaran un límite determinado. Remontándonos a tradiciones putativas arcaicas de redistribución periódica (conocidas como el sistema «buen campo»), los ajustes regulares de la propiedad de tierras pretendían garantizar unas condiciones equitativas, y la venta de tierras, casas y esclavos estaba prohibida so pena de muerte. Como cabría esperar, esas regulaciones —en la medida en que fueran puestas en práctica y no inventadas o embellecidas más tarde por la propaganda Han— fueron imposibles de ejecutar y no tardaron en ser abandonadas. El nuevo régimen fracasó en poco tiempo, ya que los Han, respaldados por los terratenientes, lograron protagonizar un regreso.[4]

Las fuentes Han atribuyen preferentemente la adquisición de riqueza por medio de lo que podríamos denominar actividades de mercado a los comerciantes, una clase despreciada por los literatos con buenos contactos políticos que generaban los textos que ahora consultamos. El historiador Sima Qian describía a los mercaderes ricos como una clase que «imponía servicios a los pobres», y las mayores fortunas que les eran atribuidas

rivalizaban con las de las máximas autoridades imperiales. Estas últimas, por tanto, identificaban la riqueza comercial privada como un objetivo. Los comerciantes pagaban impuestos más elevados que los miembros de otras profesiones. La intervención fiscal se volvió mucho más agresiva con el emperador Wudi en la década de 130 a. e. c., momento en el cual se embarcó en costosos programas de movilización militar para enfrentarse al imperio estepario de los Xiongnu, ubicado más al norte. Wudi instauró monopolios estatales de la sal y el hierro. Al hacerlo, no solo se embolsaba beneficios que antes recaían en empresarios privados, sino que protegía a los pequeños propietarios, que eran necesarios como reclutas y contribuyentes, del desplazamiento por parte de los titulares del capital comercial, quienes deseaban invertir en propiedades inmobiliarias. Su gobierno aumentó los impuestos anuales sobre las propiedades comerciales. Supuestamente desaparecieron muchas grandes fortunas. Según la tesis central de este libro, esas medidas igualadoras guardaban una estrecha relación con las guerras que conllevan movilizaciones masivas, pero se extinguieron al finalizar los conflictos.[5]

Las medidas contra la concentración de capital comercial y sus consecuencias de desequilibrio social no solo fracasaron debido a las discontinuidades políticas, sino, sobre todo, debido a que los mercaderes invirtieron sus ganancias en tierras para protegerlas de las exigencias estatales. Según *Shiji*, de Sima Qian, su estrategia consistía en

acumular riquezas por medio de ocupaciones secundarias [por ejemplo el comercio] y preservarlas mediante la ocupación fundamental [esto es, la agricultura].

Las prohibiciones no lograron evitarlo: en la práctica no podía impedirse a los mercaderes que compraran tierras, así que también consiguieron esquivar la prohibición de trabajar como funcionarios, y algunos empresarios ricos o sus familiares incluso ascendieron a la nobleza.[6]

Además de la actividad económica, el servicio estatal y, en términos más generales, la proximidad con el centro del poder político eran las otras fuentes principales de riqueza. Los altos funcionarios se beneficiaban de los

regalos y tierras imperiales. Los terratenientes estaban autorizados a retener un porcentaje de los impuestos que pagaban las familias que les habían sido asignadas. Las grandes riquezas aumentaban gracias al favoritismo y la corrupción: se decía que varios cancilleres imperiales y otros altos funcionarios habían acumulado riquezas equiparables a las fortunas más grandes jamás documentadas. En las últimas fases de la dinastía Han del Este, la naturaleza lucrativa de los cargos de relevancia quedaba reflejada en los precios a los que podían ser comprados. Los privilegios legales protegían a los funcionarios corruptos con una generosidad cada vez mayor. Los altos cargos situados por encima de un nivel salarial determinado no podían ser arrestados sin la aprobación previa del emperador, y se hacían extensibles a las condenas y los castigos unas protecciones similares.[7]

Aparte de invertir sus nuevas riquezas de maneras legítimas, a los bien relacionados les resultaba fácil acosar y explotar a los plebeyos. Las autoridades abusaban de su poder ocupando tierras públicas o arrebatándoselas a otros. Las fuentes dejan entrever que se esperaba por defecto que el poder político se tradujera en una riqueza material duradera en forma de tierras, ya fueran concedidas por el Estado u obtenidas gracias a las influencias y la coacción. Con el tiempo, esos procesos crearon una élite consistente en nobles, autoridades y ciudadanos predilectos que formaban coaliciones y se casaban entre ellos. Los ricos ostentaban cargos o estaban vinculados a quienes los ocupaban, y el servicio al Estado y los contactos con quienes lo desempeñaban a su vez generaban más riqueza personal.[8]

Esas dinámicas favorecían y a la vez limitaban la continuidad familiar de la propiedad de tierras. Por un lado, los hijos de los altos funcionarios eran más proclives a seguir sus pasos. Ellos y otros parientes jóvenes tenían derecho a entrar automáticamente en el funcionariado y se beneficiaban desproporcionadamente del sistema de recomendaciones utilizado para llenar cargos gubernamentales; conocemos casos de funcionarios cuyos hermanos e hijos, un total de seis —en un caso, hasta trece hijos—, también ejercían de administradores imperiales. Por otro lado, el mismo ejercicio depredador y caprichoso del poder político que convertía a los funcionarios en plutócratas socavaba su éxito. Guan Fu, un funcionario bien situado, había amasado una

fortuna tan grande y era propietario de tantas tierras en su región natal que el desprecio generalizado a su preponderancia inspiró una canción infantil:

Mientras el río Ying esté limpio, la familia Guan estará segura; cuando el río Ying esté enfangado, ¡la familia Guan será exterminada!

La tonadilla evocaba el precario destino de los políticamente ricos: con mucha frecuencia, las familias que habían ascendido caían con dureza. El riesgo se extendía a lo más alto de la pirámide y salpicaba a las familias de las consortes de los emperadores Han.[9]

En distintos estratos de la élite se produjeron purgas más sistemáticas. El fundador de la dinastía Han había otorgado títulos nobiliarios a ciento sesenta y cinco seguidores, a los que también recompensó con ingresos obtenidos de los feudos, un grupo cuyas familias llegaron a monopolizar los altos cargos estatales y amasaron terrenos. Bajo el gobierno de Wudi, la mayoría fueron despojadas de sus tierras y dominios a tal punto que, llegado el reino de su biznieto Xuandi, podía afirmarse que

los descendientes de los generales más célebres y meritorios trabajaban como asalariados y en otros estatus serviles.

Por tanto, los más altos estratos de la primera élite Han no duraron mucho más de un siglo y desaparecieron junto con los vestigios de las familias dominantes de la era de los Reinos Combatientes. Nuevos privilegiados pasaron a ocupar su lugar. Un siglo después, el usurpador Wang Mang se dispuso a derrocar y desposeer a sus descendientes, y sus partidarios fueron suplantados por los seguidores de la dinastía Han del Este. A consecuencia de esos reemplazos múltiples, solo eran visibles unas pocas familias nobles de la dinastía Han del Oeste en el siglo I e. c.[10]

El funcionariado estaba plagado de muertes violentas y expropiaciones. Numerosos altos cargos fueron ejecutados u obligados a suicidarse. Las biografías incluidas en las historias *Shiji* y *Hanshu* incluyen secciones especiales sobre «funcionarios severos» que perseguían a los miembros de la élite gobernante a instancias de sus emperadores. Muchos de sus objetivos

perdían la vida y, en ocasiones, familias enteras eran exterminadas. Las luchas internas entre diferentes segmentos de la clase estatal también provocaron reemplazos masivos y transferencias de activos. En los círculos de la élite, esta agitación continua convirtió la búsqueda de poder y riqueza en un juego en el que unos perdían para que otros pudieran ganar. La dinámica de la creación y distribución de fortunas de manera violenta supuso un límite para la concentración de riqueza de las élites: siempre que una familia o grupo se alejaba demasiado del resto, era eliminado y reemplazado por sus rivales.[11]

No obstante, aunque esto impidió la aparición de unas pocas familias superricas que podrían haber preservado y ampliado sus posiciones y fortunas a largo plazo, al parecer, la élite rica y poderosa en su conjunto seguía ganando terreno a expensas de la población general. La intervención del Estado amainó con el paso del tiempo, y el ascenso de la dinastía Han del Este allanó el terreno para una desigualdad aún mayor. El número de casas retenidas como feudos por los veinte subreyes de la dinastía Han, parientes cercanos de los gobernantes, pasó de 1,35 millones en el año 2 e. c. a 1,9 millones en 140 e. c., el equivalente al 11 % y el 20 % de todas las viviendas registradas en los censos imperiales. Mientras el faccionalismo violento seguía cobrándose vidas y fortunas familiares cuando clanes enteros eran asesinados o llevados al exilio, la clase adinerada se benefició del nuevo orden. Las familias de los grandes terratenientes, que fueron esenciales para devolver a los Han al poder, controlaban cada vez más tierras y sometían a sus cultivadores por medio de deudas. Las fuentes del periodo hacen referencia a la práctica de la élite de falsificar recuentos censales para ocultar activos gravables. La reducción del número de casas registradas, que pasó de doce millones en el año 2 e. c. a menos de diez en 140 e. c. —en una época en que estaban multiplicándose los asentamientos en el sur del imperio—, refleja, al menos en parte, una mayor desobediencia, ya que los terratenientes convertían a los propietarios vitalicios en arrendatarios sin tierras y los protegían de los agentes estatales.[12]

Al parecer, durante la dinastía Han del Este se formó una élite imperial más estable, ya que el ascenso social a las altas esferas se consideraba algo

extraordinario. Esta acotación de la clase gobernante coincide con un creciente número de casos en los que miembros de familias destacadas se convertían en altos funcionarios durante seis o siete generaciones, lo cual provocaba una representación excesiva de dichas familias a largo plazo. Pese a las luchas internas y a la recirculación permanentes, observamos una tendencia subyacente hacia una concentración más persistente de poder y riqueza. Este proceso vino acompañado de la formación de una élite más cohesionada que no dependía tanto de la ocupación de cargos públicos. Finalmente, la privatización de la riqueza había alcanzado unos niveles que permitían más protección contra la intervención depredadora, incluso cuando el decreciente poder estatal hacía que el acceso a cargos gubernamentales fuera menos crucial. Al mismo tiempo, la polarización entre los terratenientes y los arrendatarios pareció ir en aumento, y estos últimos empezaron a aceptar condiciones de subordinación que sobrepasaban las obligaciones contractuales. Cuando el Estado imperial se desmoronó, los arrendatarios se convirtieron en sirvientes de poderosos terratenientes locales. El arrendamiento dependiente condujo a un clientelismo que respaldaba a ejércitos privados. En el siglo III e. c., los magnates eran casi invencibles.[13]

El imperio Han mantenía una élite integrada por funcionarios del gobierno, terratenientes e inversores comerciales, unos grupos cuyos miembros se solapaban de forma considerable y competían por recursos entre ellos y con otros. A largo plazo, el tema general es la concentración cada vez mayor de tierras a medida que la presión estatal sobre los productores de subsistencia se debilitó y los arrendamientos desplazaron a los impuestos. Las familias prominentes fueron ganando poder con el tiempo. La relación entre gobernantes y élite pasó del liderazgo militarista centralizado de la dinastía Qin a una política de reconciliación en la dinastía Han que solo se veía interrumpida esporádicamente por la intervención agresiva de los gobernantes. La reinstauración de la dinastía Han inclinó la balanza de poder a favor de la élite rica. La evolución de la desigualdad estuvo condicionada por dos factores: un largo periodo de paz que permitió la concentración de riqueza a expensas de los pequeños propietarios y, en última instancia, incluso los gobernantes del Estado, y la recirculación predatoria y continuada

de los beneficios obtenidos por los miembros de la élite. Los primeros fomentaron la desigualdad, mientras que los segundos ralentizaron su auge. Sin embargo, en la segunda mitad del periodo Han del Este y los reinos posteriores del siglo III e. c., la concentración de riqueza se había impuesto.

La experiencia de la dinastía Han fue tan solo la primera iteración de lo que había de convertirse en un rasgo característico de la historia de la desigualdad en China. Las violentas dislocaciones que separaban a las principales dinastías redujeron algunas de las disparidades económicas existentes. Las redistribuciones de tierras emprendidas por nuevos regímenes habrían contribuido a esta equiparación, pero normalmente daban lugar a una concentración recurrente de la propiedad de tierras, como ocurrió en las dinastías Sui (desde 581), Tang (desde 618), Song (desde 960) y Ming (desde 1368). Con cada dinastía se instauraban nuevas élites de partidarios que combinaban influencia política y riqueza personal. La aristocracia que fue derrocada al final del periodo Tang, un acontecimiento que describo en el capítulo 9, tenía raíces profundas. Un reducido número de familias lograron aferrarse al poder durante dos o tres siglos, gozando de un acceso privilegiado a cargos de relevancia y amasando enormes fortunas. Nobles, funcionarios y otros rangos oficiales solían estar exentos de impuestos y prestación de servicios laborales, lo cual precipitó aún más la concentración de recursos en sus manos. Una vez más, la propiedad privada creció a expensas de las empresas estatales; y, una vez más, los terratenientes consiguieron que las familias campesinas a las que controlaban desaparecieran de los archivos fiscales.

Tras la dramática destrucción de esta clase social surgió una élite totalmente nueva durante la dinastía Song. Los regalos de los gobernantes crearon grandes fincas y los esfuerzos posteriores por proporcionar a los campesinos préstamos estatales baratos no tardaron en fracasar. La concentración de tierras y el clientelismo aumentaron durante la dinastía Song del Sur; un intento tardío por limitar la extensión de las fincas fue recibido con hostilidad por parte de la élite. Los invasores mogoles recompensaban a los líderes con generosas concesiones de tierra y gestionaban un sistema de pensiones para sus tropas. Una vez que los

terratenientes y funcionarios mogoles fueron expulsados por los Ming, el emperador Hongwu, fundador de la nueva dinastía, repartió grandes fincas entre sus seguidores, que formaron una nueva nobleza. Los intentos posteriores del emperador y sus sucesores por reducir las dotes fracasaron. Por el contrario, las propiedades de la élite aumentaron gracias a la generosidad imperial, a las compras, a las usurpaciones y a las cesiones (mediante las cuales, los campesinos transferían tierras a los ricos para evitar los impuestos imperiales). Según el conciso resumen de una fuente del siglo XVI,

al sur del Yangtsé, los pobres y los ricos dependen unos de otros y todos los débiles ceden sus tierras.

La falsificación de los censos ocultaba el verdadero alcance de las propiedades de la élite. Y, una vez más, la ostentación de cargos públicos era un camino hacia la riqueza: el *Comentario sobre el código Ming* afirmaba con rotundidad:

Es previsible que muchos funcionarios meritorios utilizarán su poder para obtener campos y mansiones a gran escala y que tomarán posesión de la población.

Lo que vemos es, en cierto modo, una repetición de algunos procesos que ya afloraron en el periodo Han del Este unos mil quinientos años antes:

Al término del periodo Ming, la aristocracia había adquirido numerosos siervos, a los cuales sometía hereditariamente. Prácticamente no había plebeyos libres en el condado. No obstante, si el poder de un señor se debilitaba, dejaban de mostrarle respeto y se marchaban. A veces incluso se adueñaban de los campos de su señor, le arrebatában sus posesiones y transferían su lealtad a otra persona que acabara de adquirir cierto rango. La familia poderosa original presentaba una demanda judicial, pero las autoridades se ceñían únicamente a quién era el más fuerte.[14]

La última dinastía, los Qing manchúes, que habían confiscado y redistribuido grandes fincas Ming entre los clanes imperiales y otros, se vio asediada por una gran variedad de tramas de corrupción fiscal. Los funcionarios ocultaban los desfalcos inventándose impagos; exageraban el

alcance de los desastres naturales que requerían exenciones fiscales; declaraban falsamente que sus tierras eran infértiles; pedían prestados avances fiscales a los ricos, robaban el dinero y después cargaban la responsabilidad del impago a los plebeyos; reclasificaban la tierra pero cobraban impuestos al tipo habitual para embolsarse la diferencia; y retenían o falsificaban recibos. La aristocracia y los funcionarios retirados a menudo no pagaban ningún impuesto, y los que estaban en activo traspasaban la carga a los plebeyos a cambio de una parte de los beneficios. Finalmente, las tierras eran registradas con centenares de nombres falsos, lo cual dificultaba en exceso la investigación de pequeños impagos. La corrupción de los altos funcionarios era un mecanismo habitual de acumulación de riqueza y su frecuencia aumentaba cuanto mayor era el rango. Según un cálculo, los ingresos medios de los funcionarios superaban doce veces sus ganancias oficiales en forma de salarios, recompensas y subsidios, más de cien veces en el caso de un gobernador general y hasta 400.000 veces en el caso de He Shen, gran secretario de la corte Qing en la segunda mitad del siglo XVIII. Las ejecuciones y confiscaciones se utilizaban como contramedidas igualmente atemporales.[15]

La China actual demuestra la asombrosa resistencia de tales prácticas. Como miembro del Comité Permanente del Politburó, Zhou Yongkang pudo adquirir trescientas veintiséis propiedades por toda China por un valor de 1.760 millones de dólares, además de 6.000 millones depositados en centenares de cuentas bancarias pertenecientes a él y a su familia y títulos financieros por valor de otros 8.240 millones de dólares. Cuando fue detenido en diciembre de 2014, hallaron en sus diversas residencias billetes nacionales y extranjeros que ascendían a trescientos millones de dólares, además de montones de oro. Gracias a su elevado rango, sus hazañas empujan a las de sus rivales —su riqueza lo habría situado en el puesto 55.º de la lista Forbes de hombres más ricos del mundo en 2015—, aunque lo intentaron: en la mansión de un general se descubrió una tonelada de dinero guardado en cajas y un funcionario del servicio de suministro de agua consiguió acumular fincas y dinero por valor de más de ciento ochenta millones de dólares.[16]

EL IMPERIO ROMANO

Pero volvamos una vez más al 1% original de la Antigüedad. La evolución de la desigualdad en Roma se asemeja en muchos aspectos a la de sus homólogos chinos, pero la profundidad y riqueza de las pruebas existentes, desde textos hasta restos arqueológicos, nos permite analizar la concentración de ingresos y riqueza con mayor detalle y relacionarla más estrechamente con el auge y consolidación del poder imperial. La información cuantitativa empieza a fluir a partir del siglo II a. e. c., una vez que Roma proyectó su poder más allá de la península italiana y explotó cada vez más los recursos de los reinos helenos del Mediterráneo oriental. La envergadura de las fortunas aristocráticas creció enormemente a medida que se expandía el imperio (Tabla 2.1).[17]

TABLA 2.1. Desarrollo de las mayores fortunas documentadas de la sociedad romana y la población bajo control de Roma, siglo II a. e. c. a siglo V e. c.

(a)

Periodo	Fortunas*	Múltiplo
Mediados/finales del siglo II a. e. c.	4-5 millones	1
Principios del siglo I a. e. c.	25 millones	5
Década de 60 a. e. c.	100 millones	20
Décadas de 60/50 a. e. c.	200 millones	40
Siglo I e. c.	300-400 millones	80
Principios del siglo V e. c.	350 millones	70

(b)

Periodo	Población	Múltiplo
Principios del siglo II a. e. c.	7-8 millones	1
Mediados del siglo I a. e. c.	25 millones	3
Siglo I/principios del siglo V e. c.	60-70 millones	9

* Expresado en sestercios de la era imperial

Estas cifras demuestran que, en el transcurso de unas cinco generaciones, el techo de la riqueza privada se había multiplicado por cuarenta. Según uno de los cálculos más conservadores, la riqueza total controlada por los senadores que gobernaban el Estado se multiplicó por un orden de magnitud entre los siglos II y I a. e. c. La inflación había sido modesta y no hay indicios de que la producción per cápita media o la riqueza personal entre los ciudadanos de a pie creciera más que una ínfima fracción de la expansión que experimentaron las clases altas. Por tanto, los poderosos de Roma eran mucho más ricos, no solo en términos absolutos, sino también relativos: el índice de crecimiento de la riqueza de los senadores superaba considerablemente el incremento en el número de personas gobernadas por los romanos en toda la cuenca mediterránea y el interior. Durante el siglo I a. e. c., al menos 10.000 ciudadanos, y puede que incluso el doble, la mayoría en la península italiana, superaban el límite censal de 400.000 sestercios por su pertenencia a la orden equestre, el siguiente rango más alto después de los senadores. Teniendo en cuenta que las fortunas personales de varios millones eran excepcionales hacía solo unas generaciones, esto demuestra que los estamentos más bajos de la clase gobernante de Roma también disfrutaban de ganancias considerables. Las tendencias entre los ciudadanos de a pie siguen siendo opacas, pero probablemente se vieron modeladas por dos fuerzas desequilibrantes: una fuerte urbanización, que suele exacerbar la desigualdad, y la creación de una población de esclavos que seguramente superaba el millón solo en Italia, lo cual, puesto que estaban legalmente desprovistos de propiedades privadas y, con frecuencia, aunque no siempre, percibían salarios de subsistencia, cabe suponer que aumentó las disparidades económicas de la sociedad en su conjunto.[18]

¿De dónde provenían los recursos adicionales? Sin duda, el desarrollo económico motivado por las relaciones mercantiles aumentó en los últimos estadios del periodo republicano. El uso de esclavos en la producción de cultivos industriales y la fabricación, además de los abundantes indicios arqueológicos de la exportación de vino y aceite de oliva, denotan el éxito de los capitalistas romanos. No obstante, esto es solo parte de la historia. Unos cálculos simples de la escala probable de oferta y demanda indican que la

propiedad de tierras y acciones comerciales relacionadas no podían generar suficientes ingresos para que la élite romana se enriqueciera tanto. Y, de hecho, nuestras fuentes subrayan la importancia crucial de la coacción como fuente de ingresos y fortunas cuantiosas. Se acumularon grandes riquezas a través de la administración estatal fuera de Italia, y el gobierno de estilo romano era muy dado a la explotación. La administración provincial era sumamente lucrativa y quienes aspiraban a hacerse ricos apenas se veían limitados por las leyes y los tribunales que debían condenar la extorsión; la creación de alianzas y el reparto de beneficios entre los poderosos era un seguro contra las imputaciones. Por añadidura, en una época en la que unos tipos de interés del 6 % eran habituales en la propia Roma, los ciudadanos ricos imponían hasta un 48 % en las ciudades de provincias, que necesitaban dinero desesperadamente para satisfacer las exigencias de sus gobernadores. Los miembros del orden ecuestre se beneficiaban de la práctica generalizada de la venta de derechos de cobro de impuestos, esto es, los derechos para recaudar ciertos impuestos en una provincia eran subastados entre varios consorcios que luego hacían lo que podían por obtener beneficios. Para la élite, la guerra era una fuente de ingresos igual o más importante. Los comandantes romanos tenían autoridad absoluta sobre el botín de guerra y decidían cómo repartirlo entre sus soldados, altos mandos y edecanes que habían sido reclutados entre la élite, la hacienda estatal y ellos mismos. Basándose en el número de escenarios militares y guerras, se ha calculado que entre los años 200 y 30 a. e. c., al menos un tercio de los aproximadamente tres mil senadores que vivieron en ese periodo tuvieron la oportunidad de enriquecerse de este modo.[\[19\]](#)

Cuando en la década de los años 80 a. e. c. el sistema republicano inició medio siglo de inestabilidad terminal, los conflictos internos violentos generaron nuevas fortunas redistribuyendo forzosamente la riqueza de la élite existente. Por aquel entonces, más de mil seiscientos miembros de la clase gobernante romana —senadores y équités— fueron víctima de la proscripción, una forma de ilegalización por motivos políticos que les costó sus bienes y a menudo también la vida. Los partidarios de la facción victoriosa obtuvieron rédito subastando bienes confiscados y devaluados. La

redistribución violenta se aceleró durante las guerras civiles más prolongadas de las décadas de los años 40 y 30 a. e. c. En 42 a. e. c., otra ronda de proscripciones arrasó con más de dos mil familias de la élite. A consecuencia de estas dislocaciones y el ascenso de recién llegados que seguían la estela de los señores de la guerra, la alta sociedad romana experimentó su primer gran reemplazo desde el nacimiento de la república. Las familias que habían dominado la escena durante siglos finalmente perdieron el poder y fueron sustituidas por otras. Cuando la república romana empezó a extenderse, mostró algunos rasgos típicos de regímenes monárquicos como los que hemos observado en el caso de la China de la dinastía Han, incluyendo beneficios y pérdidas para las élites debido a sangrientas luchas de poder internas y una discontinuidad de las fortunas de la élite por motivos políticos. [20]

La caída de la república propició la instauración de una dictadura militar permanente que conservaba la pátina exterior de las instituciones republicanas. Ahora, las grandes riquezas resultaban de la proximidad con los nuevos gobernantes, es decir, los emperadores y su corte. En el siglo I e. c. se han documentado seis fortunas personales que oscilan entre trescientos y cuatrocientos millones de sestercios, lo cual supera todas las cifras conocidas durante el periodo republicano: acumuladas por cortesanos de alto rango, la mayoría fueron absorbidas a la postre por la hacienda pública. La recirculación de la riqueza de la élite adoptó numerosas formas. Con frecuencia, los aliados y ciudadanos predilectos de la aristocracia debían incluir a los gobernantes en su testamento. El primer emperador Augusto aseguraba haber recibido 1.400 millones de sestercios en legados de sus amigos a lo largo de veinte años. Durante el mandato de sus seguidores, los anales de Roma documentan una incesante serie de ejecuciones por traición y conspiración, ya fuera real o imaginaria, y confiscaciones de fortunas de la élite. El grado documentado o implícito de las confiscaciones entre las clases altas romanas, del orden de varios puntos porcentuales de la riqueza total de la élite durante los reinados de algunos emperadores, pone de relieve la ferocidad de la redistribución violenta entre los muy ricos. En el análisis final, la generosidad y la recuperación eran dos caras del mismo proceso,

mediante el cual los gobernantes creaban y destruían fortunas según cálculos políticos.[21]

Durante la autocracia persistieron variedades más tradicionales de enriquecimiento político. Los gobernadores provinciales recibían hasta un millón de sestercios anuales por prestar un buen servicio, pero seguían embolsándose grandes riquezas aparte: un gobernador llegó a la provincia de Siria siendo pobre y se marchó siendo rico dos años después. Al cabo de un siglo, un gobernador del sur de Hispania se jactaba imprudentemente en su correspondencia de que había extorsionado cuatro millones de sestercios a las gentes de provincias e incluso había vendido a algunos como esclavos. En estratos muy inferiores de la cadena alimentaria, un esclavo que supervisaba la hacienda imperial en Galia utilizaba a dieciséis subesclavos, dos de los cuales cuidaban de sus objetos de plata, aparentemente muy numerosos.[22]

La unificación y conectividad imperial facilitaron la expansión y concentración de las riquezas personales. Se decía que bajo el mandato de Nerón, seis hombres poseían «la mitad» de la provincia de África (centrada en el Túnez moderno), aunque solo hasta que el emperador los despojó de sus propiedades. Aunque es claramente hiperbólica, esta afirmación no debía de distar mucho de la realidad en una región en la que podía afirmarse que las grandes fincas rivalizaban en envergadura con las ciudades. Los provincianos más ricos se unieron a la clase gobernante imperial, ansiosos por obtener rango y los consiguientes privilegios y aprovechar las oportunidades que brindaban para enriquecerse más. Un estudio sobre la bibliografía romana ha descubierto que los epítetos de riqueza se aplicaban de forma prácticamente exclusiva a los senadores de rango consular, que eran los que gozaban de más favores y acceso a riquezas adicionales. El estatus formal se cimentaba en la capacidad económica y la pertenencia a los tres órdenes de clase estatal —senadores, caballeros y decuriones— estaba ligada a límites censales escalonados.[23]

Esta asociación íntima de riqueza personal y poder político era reproducida fielmente en el ámbito local. El pleno Imperio Romano consistía en unas dos mil comunidades urbanas, la mayoría de las cuales ejercían el autogobierno o estaban organizadas de otro modo y eran supervisadas de

manera laxa —y convenientemente desplumadas— por gobiernos itinerantes y grupos reducidos de funcionarios de la élite y libertos y esclavos imperiales interesados sobre todo en cuestiones fiscales. Normalmente, cada ciudad estaba gobernada por un consejo que representaba a la élite rica. Esos organismos, cuyos miembros eran nombrados decuriones, no solo se encargaban de los impuestos y desembolsos locales, sino también de evaluar la riqueza de sus comunidades para la fiscalidad del Estado romano, y eran responsables de reclamar fondos que habían de ser entregados a recaudadores o funcionarios autorizados para tal menester. Si hemos de guiarnos por las abundantes pruebas arqueológicas y epigráficas del generoso gasto ciudadano en este periodo, las élites sabían proteger sus activos del lejano centro imperial y quedarse con buena parte de los excedentes, ya fuera para ellos o para prestar servicios públicos.[24]

La concentración gradual de la riqueza local queda bien reflejada en los restos de Pompeya, una de las ciudades romanas más conocidas, que fue enterrada bajo las cenizas del monte Vesubio en el año 79 e. c. Además de numerosas inscripciones que mencionan a funcionarios y propietarios de activos, han sobrevivido casi todas las viviendas de la época y en ocasiones incluso hemos podido identificar a los ocupantes de edificios concretos. La élite de Pompeya consistía en un núcleo de ciudadanos ricos que gozaban de un acceso privilegiado a los cargos oficiales de la ciudad. La estratificación también puede apreciarse en la estructura urbana. La ciudad contenía unas cincuenta mansiones equipadas con espaciosos atrios, patios con pórticos y varios comedores, además de un mínimo de cien residencias menos lujosas hasta llegar al límite establecido por la vivienda más pequeña conocida, perteneciente a un miembro del ayuntamiento. Esto engrana bien con la presencia de unas cien familias de la élite conocidas gracias a los archivos textuales, tal vez solo una parte de los que pertenecían al consejo gubernamental en cualquier momento. En términos generales, en una comunidad de 30.000 o 40.000 habitantes (incluyendo el territorio de la ciudad), entre cien y ciento cincuenta familias de la élite y elegantes residencias urbanas habrían representado al 1 o 2 % más rico de la sociedad local. Esas familias combinaban fincas agrícolas en el territorio de la ciudad

con la fabricación y el comercio urbanos; las mansiones de la élite solían contener tiendas y otros establecimientos comerciales.

La tendencia a concentrar las propiedades inmobiliarias urbanas cada vez en menos manos es especialmente sorprendente. Las investigaciones arqueológicas han revelado que todas las casas lujosas y muchas de las estructuras de segunda fila fueron creadas absorbiendo varias viviendas más pequeñas. Con el tiempo, una distribución bastante igualitaria de la vivienda (y, por ende, quizá también de la riqueza), probablemente asociada al asentamiento forzado de veteranos romanos en el año 80 a. e. c., fue dando paso a una creciente desigualdad, sobre todo a expensas de familias de nivel medio que eran expulsadas del tejido urbano. Cuando la cultura de la movilización militar de masas y la redistribución jerárquica fue sustituida por una autocracia estable se impuso la polarización. La elevada mortalidad y las herencias partibles no consiguieron dispersar los bienes y aplanar la pirámide social, y solo sirvieron para hacer recircular la riqueza dentro de los ámbitos de la élite.[25]

Los restos arqueológicos de viviendas romanas indican de manera más general que la estratificación se intensificó durante el dominio del imperio. Tal como comentaré con más detalle en el capítulo 9, la distribución del tamaño de las casas residenciales en Gran Bretaña y el norte de África era más desigual en el periodo romano que antes y, dependiendo de los datos que consultemos, puede que también fuera cierto en la propia Italia. Esto no es sorprendente: aunque el imperio ofreció ventajas desproporcionadas a quienes se encontraban en los niveles de poder o cerca de ellos, también favoreció la acumulación y concentración de riquezas en círculos de élite más amplios. Durante los primeros doscientos cincuenta años de monarquía, las guerras y otros conflictos eran extremadamente infrecuentes conforme a criterios estándar. La paz imperial fue un escudo protector para la inversión capitalista. A excepción de aquellos situados en la cima, los ricos estaban relativamente seguros en la posesión y transmisión de sus propiedades.[26]

El resultado fue una sociedad extremadamente estratificada en la cual el 1 o 2 % más rico absorbía buena parte de los excedentes disponibles más allá de la mera subsistencia. Es posible cuantificar la desigualdad de la Roma

imperial al menos en cifras aproximadas. En el punto álgido de su desarrollo, a mediados del siglo II e. c., un imperio de unos setenta millones de personas generaba un PIB anual que prácticamente equivaldría a cincuenta millones de toneladas de trigo o unos 20.000 millones de sestercios. El PIB per cápita correspondiente de ochocientos dólares en dólares internacionales de 1990 resulta pausable en relación con otras economías premodernas. Según mi propia reconstrucción, las familias de unos seiscientos senadores, 20.000 o más caballeros, 130.000 decuriones y otras 65.000 a 130.000 familias ricas sin rango sumaban un total de un cuarto de millón de familias con unos ingresos totales de entre 3.000 y 5.000 millones de sestercios. En este escenario, alrededor de un 1,5 % de todas las familias poseían entre una sexta parte y cerca de un tercio de la producción total. Esas cifras tal vez subestimen su porcentaje real, pues calculan los ingresos a partir de beneficios putativos o riqueza estimada; los beneficios políticos incrementarían aún más los ingresos de la élite.

Aunque la distribución de ingresos por debajo de los círculos de la élite es todavía más difícil de valorar, un rango conservador calcula un coeficiente de Gini de ingresos situado en poco más de 0,4 para todo el imperio en su conjunto. Este valor es mucho más alto de lo que pueda parecer. Puesto que el PIB per cápita medio rondaba el doble de la subsistencia mínima de impuestos e inversiones, el nivel previsto de ingresos en Roma no distaba mucho del máximo que era factible a ese nivel de desarrollo económico, un rasgo que compartían muchas otras sociedades premodernas. Calculándolo con respecto al porcentaje del PIB disponible para extracción de productores primarios, la desigualdad romana era, por tanto, extremadamente marcada. Como máximo una décima parte de la población, al margen de la élite rica, habría podido disfrutar de unos ingresos muy por encima de unos niveles de subsistencia básicos.[\[27\]](#)

Los ingresos máximos eran tan grandes que había que reinvertir parte de ellos, lo cual aumentaba aún más la concentración de riqueza. Es posible que las asimetrías de poder obligaran a los habitantes de provincias a vender parte de sus tierras para pagar impuestos, una práctica que no podemos cuantificar en absoluto pero que ayudaría a explicar la aparición de redes transregionales

de terratenientes de la aristocracia en siglos posteriores. Ello plantea la pregunta de cuándo alcanzó la desigualdad romana su techo o de si lo alcanzó. En gran parte depende de cuánto peso estemos dispuestos a otorgar a una crónica hiperbólica de la década de 420 e. c. Olimpiodoro, un historiador de Egipto, adscribe una riqueza espléndida a las principales familias de la aristocracia romana, «muchas» de las cuales supuestamente recibían 1.800 kilos de oro al año por sus fincas y un tercio en especies, mientras que los del segundo nivel podían contar con entre 450 y 700 kilos de oro al año. Si lo convertimos a la divisa de la monarquía anterior, los ingresos máximos, que ascendían a 2.400 kilos de oro, equivalen a unos 350 millones de sestercios en el siglo I e. c., a la par con las fortunas más cuantiosas de la época. Al parecer, en el estrato más alto se alcanzó un máximo de riqueza con la creación de la monarquía al principio de la era común que luego persistió, con ciertas fluctuaciones, hasta que el poder romano en Occidente se extendió a lo largo del siglo V e. c.[28]

Al mismo tiempo, hay indicativos de que la desigualdad pudo intensificarse en el ámbito local y regional cuando las élites urbanas tradicionales se vieron sometidas a una presión cada vez mayor. A consecuencia de ello, las élites ricas locales se polarizaron entre una minoría que se beneficiaba de la pertenencia a organismos supracomunales y una mayoría numerosa que no lo hacía. Algunas de las mejores pruebas de este proceso provienen del Egipto romano tardío. Los papiros existentes demuestran que la clase gobernante de las ciudades que había persistido hasta el siglo IV e. c. se vio socavada cuando algunos de sus miembros consiguieron puestos oficiales que les suponían exenciones de las obligaciones fiscales locales y multiplicaban sus oportunidades de enriquecimiento personal. Hacia el siglo VI e. c., este tipo de movilidad ascendente al parecer generó una nueva aristocracia provincial en Egipto que controlaba grandes extensiones de terreno cultivable y posiciones esenciales del gobierno regional. Un ejemplo clásico es la casa de los Apiones, una familia que tenía sus orígenes en las decurias, pero algunos de cuyos miembros pasaron a ocupar puestos estatales de alto rango y a la postre

controlaban más de seis mil hectáreas de tierra sumamente productiva, gran parte de la cual se concentraba en un mismo distrito de Egipto. Es posible que no fuera un fenómeno aislado: se dice que un hombre controlaba más de nueve mil hectáreas de tierra en una misma ciudad italiana en el año 323 e. c. Por tanto, los tentáculos de los superricos que se extendían por buena parte del imperio se vieron complementados por una creciente concentración de tierras en el nivel comunal y regional.[29]

Otro proceso, también conocido por la historia china, contribuyó a una desigualdad cada vez mayor. En distintas zonas del Imperio Romano tardío había campesinos que buscaban la protección de terratenientes poderosos (y también funcionarios) que asumían la responsabilidad de sus tratos con el mundo exterior, en especial los recaudadores imperiales. En la práctica, esto interfería en el cobro de ingresos estatales y fortalecía el dominio del terrateniente sobre el excedente agrícola. Ello no solo debilitaba a las autoridades centrales, sino que traspasó las cargas fiscales a individuos menos poderosos en detrimento de los propietarios de nivel medio. Una vez más, el aumento de la polarización entre ricos y pobres era una consecuencia casi inevitable y, al igual que en la China Han tardía, los ejércitos privados y el auge de los señores de la guerra incipientes no siempre le iban a la zaga. Con el tiempo, la estratificación y la desigualdad material al parecer se volvieron más extremas. El término medio que pudiera existir anteriormente se vio aniquilado por la concentración de ingresos y riquezas en la élite con poder político. Cuando Roma y la mitad occidental del imperio fueron conquistadas por líderes germánicos, es posible que la desigualdad siguiera aumentando en lo que quedaba del imperio en el Mediterráneo oriental hasta alcanzar los niveles extraordinarios que se atribuyen al Imperio Bizantino hacia 1000 e. c. Cuanto más duraba, más se mostraba el imperio tributario, con su característica mezcla de poder económico y político y las consecuencias polarizadoras que propició, como un motor implacable de la desigualdad.[30]

PATRONES DEL IMPERIO

Pese a sus diferencias institucionales y culturales, los imperios de China y Roma compartían una lógica de apropiación y concentración de excedentes que generó altos niveles de desigualdad. El gobierno imperial movilizaba caudales de recursos que podían enriquecer a los poderosos de un modo que habría sido inimaginable en entornos más reducidos. Por tanto, el grado de desigualdad era, al menos en parte, una función de la grandiosidad de la formación estatal del imperio. Inspirándose en mecanismos de inversión de capitales y explotación desarrollados por primera vez miles de años antes, esos imperios subieron aún más el listón. Los puestos oficiales suponían más ingresos; unos costes de transacción más bajos para el comercio y la inversión a largas distancias beneficiaron a quienes tenían ingresos de sobra. Al final, la desigualdad de ingresos imperiales y la polarización de la riqueza solo podían eliminarse y subvertirse por medio del desmembramiento que provocaban las conquistas, el desmoronamiento del Estado o la caída de los sistemas minoristas. Todo ello equivalía, intrínsecamente, a revueltas violentas. Las crónicas históricas premodernas no mencionan maneras pacíficas de combatir las desigualdades imperiales arraigadas y cuesta imaginar que hubieran aflorado estrategias de esa índole en el seno de esas ecologías políticas concretas. Sin embargo, incluso el desmoronamiento de un imperio con frecuencia era solo un reajuste que allanaba el terreno para otra oleada de crecimiento y polarización.

Si la desigualdad podía contenerse en unos sistemas de gobierno imperiales intactos, era por medio de la recirculación violenta de activos en el marco de la élite. Ya he mencionado el caso del Egipto mameluco (1250-1571), en el que este principio se manifestó en la que tal vez sea la forma documentada más pura históricamente hablando. El sultán, sus emires y sus soldados esclavos se repartían los beneficios de las conquistas: formaban una clase gobernante étnicamente independiente y espacialmente distanciada que se empeñaba en conseguir beneficios de la población indígena subordinada, a la cual sometía a su brutalidad si el caudal de beneficios no cumplía sus expectativas. La competencia permanente por el poder dentro de esta clase determinaba los ingresos individuales y los conflictos violentos con

frecuencia alteraban la distribución. Los propietarios locales buscaban refugio en extorsiones por las cuales cedían la responsabilidad de sus activos a hombres fuertes de la casta mameluca y pagaban a cambio de protección de los impuestos, una práctica respaldada por la élite, que también se llevaba su parte. La respuesta de los gobernantes fue recurrir cada vez más a la confiscación directa de la riqueza de las élites.[31]

El pleno Imperio Otomano había perfeccionado estrategias más sofisticadas de redistribución forzada. Durante cuatro siglos, los sultanes ejecutaron y expropiaron a miles de funcionarios del Estado y contratistas sin procedimiento judicial. En los primeros días de la conquista, durante los siglos XIV y XV, se había formado una nobleza como alianza de familias guerreras con la casa de Osmán, que más tarde incorporó a élites combatientes de otros lugares. A partir del siglo XV, unos gobiernos cada vez más absolutistas limitaron el poder aristocrático, ya que el sultán ejercía su autoridad. El personal patrimonial de baja cuna, reclutado entre los esclavos, sustituyó a los vástagos de las familias nobles como funcionarios. Aunque esas familias seguían compitiendo por los cargos públicos y el poder, a la postre, todos los funcionarios del Estado, con independencia de sus orígenes sociales, eran considerados carentes de derechos personales ante el gobernante. La titularidad de cargos oficiales sería no hereditaria y los activos de los funcionarios eran calificados como prebendas, con lo cual, en la práctica eran pertenencias de servicio y no propiedades privadas. Cuando morían, las ganancias percibidas durante su actividad habían de ser deducidas de sus bienes y absorbidas por la hacienda pública. En realidad, todas sus posesiones podían ser confiscadas por el simple motivo de que haber ostentado un cargo público y poseer riquezas eran indistinguibles. Las confiscaciones llevadas a cabo en el momento de la muerte eran complementadas por la liquidación y expropiación de funcionarios en servicio que hubieran llamado la atención del sultán. Los miembros de la élite intentaban resistir estas usurpaciones como podían, y en el siglo XVII, algunas familias habían logrado conservar su fortuna a lo largo de varias generaciones. En el siglo XVIII, las élites locales adquirieron más poder, ya

que se ofrecían cada vez más cargos y funciones, lo cual provocó una privatización generalizada de la administración estatal y permitió a los funcionarios consolidar su riqueza y estatus. El centro ya no podía adueñarse de bienes como antes, y los derechos de propiedad hasta cierto punto se estabilizaron. Las confiscaciones regresaron una vez más a finales del siglo XVIII y principios del XIX debido a las presiones de la guerra, lo cual desencadenó resistencia y estrategias elusivas. En 1839, la élite otomana se impuso en esta competición cuando el sultán garantizó la vida y las propiedades. Como en otros imperios, Roma y la China de la dinastía Han entre ellos, la capacidad del Estado central para reestructurar la riqueza de la clase gobernante se había ido erosionando con el paso del tiempo.[32]

En otros casos, los gobernantes eran demasiado débiles o se hallaban demasiado lejos como para interferir en la concentración de riqueza de la élite. La conquista española de varios sistemas de gobierno imperiales en Mesoamérica y los Andes es un ejemplo especialmente ilustrativo. Durante la reconquista de España, se concedieron tierras a nobles y caballeros, que a partir de entonces tenían jurisdicción sobre sus habitantes. Posteriormente, los conquistadores españoles aplicaron ese sistema a los territorios del Nuevo Mundo, donde ya se habían instaurado prácticas similares: como veíamos con anterioridad, los aztecas habían creado instituciones coercitivas y extractivas que incluían concesiones de tierras a las élites, servidumbre y esclavitud. En México, los conquistadores y nobles posteriores no tardaron en hacerse con enormes extensiones de tierra, que a menudo no eran confirmadas como concesiones reales hasta que ya habían sido ocupadas. Las tierras de Hernán Cortés en Oaxaca fueron declaradas vitalicias en 1535 y siguieron en manos de su familia durante trescientos años. Al final comprendían quince villas, ciento cincuenta y siete pueblos, ochenta y nueve haciendas, ciento diecinueve ranchos, cinco estancias y 150.000 habitantes. Pese a los decretos reales que intentaban limitar la duración de esas concesiones (conocidas como encomiendas), en realidad se convirtieron en propiedades permanentes y hereditarias que sostenían a una pequeña clase de terratenientes superricos. Los encomenderos contrarrestaban las prohibiciones al trabajo forzado haciendo que los lugareños tuvieran que prestarles servicio por haber

contraído deudas y controlando así su mano de obra. Con el tiempo, eso les permitió crear haciendas más duraderas a partir de las extensas y diversas encomiendas, unas fincas en las que trabajaban peones que repartían su tiempo entre los huertos y las tierras de la familia y que en realidad constituían estados en miniatura bajo el control despótico de los terratenientes. Los cambios posteriores quedaron limitados a lo alto de la pirámide, sobre todo cuando la independencia mexicana de 1821 provocó la expulsión de los hacendados españoles y estos fueron sustituidos por las élites locales, que en su mayoría preservaron las instituciones existentes. La propiedad de tierras quedó aún más concentrada durante el siglo XIX, lo cual desembocó en la revolución descrita en el capítulo 8.[33]

Lo mismo sucedió en Perú, donde el imperio inca también había concedido tierras y beneficios a las familias de la élite y los altos funcionarios. Francisco Pizarro y sus altos mandos recibieron las primeras encomiendas, y él mismo se arrogó el derecho a asignar tierras y el control sobre sus cultivadores. Se concedían grandes extensiones de tierra de forma perentoria y los habitantes eran trasladados a las minas, pese a que ambas cosas contravenían los mandatos reales. Solo se produjo cierta redistribución cuando la renuencia de Pizarro a imponer límites a las concesiones de tierra lo sumieron en una infructuosa rebelión. Aun así, la concentración de tierras y riqueza sería incluso más extrema que en México y unas quinientas encomiendas ocupaban buena parte del territorio. Algunas minas de plata de Potosí también eran concedidas a ciudadanos predilectos y trabajadas por indios tributarios. Los líderes de las tribus locales cooperaban enviando a sus propios vecinos a trabajar y, a cambio, eran nombrados gerentes y a veces incluso recibían fincas. Como solía ocurrir en los imperios, el choque entre las élites extranjeras y locales garantizaba la polarización económica y la explotación de la población general. Con el tiempo, el acaparamiento ilegal fue legalizado, al igual que había sucedido en México. La redistribución de tierras bolivariana tras la independencia de España fracasó, y en el siglo XIX, incluso las tierras comunales de los pueblos indígenas fueron absorbidas por fincas de mayor envergadura.[34]

Las élites poderosas no solo podían aferrarse a las fortunas que habían

adquirido a través de cargos políticos o contactos en contextos coloniales. Por mencionar solo un ejemplo, en Francia, a principios de la era moderna, quienes se hallaban más próximos al trono consiguieron ejercer su influencia para obtener grandes riquezas personales que conservaban después de morir e incluso de ser despedidos. Como ministro principal del rey Enrique IV y comisario financiero durante once años hasta la muerte del monarca en 1611, Maximilien de Béthune, duque de Sully, sobrevivió treinta años a su destitución y dejó más de cinco millones de libras, lo cual equivalía al salario anual de 27.000 trabajadores no cualificados en el París de la época. El cardenal Richelieu, que ocupó un cargo comparable entre 1624 y 1642, amasó una riqueza cuatro veces superior. Sin embargo, ambos fueron superados por el cardenal Mazarino, que sirvió entre 1642 y 1661 y sobrevivió a dos años de exilio durante la Fronda de 1648 a 1653, pero aun así dejó treinta y siete millones de libras, o el equivalente a 164.000 años de salarios no cualificados. El camarada Zhou Yongkang, perteneciente al politburó del Partido Comunista de China, lo habría aprobado. Los ministros menos poderosos también se comportaban como bandidos: Claude de Bullion, el aliado de Richelieu, obtuvo 7,8 millones de libras durante ocho años como ministro de Economía, y Nicolas Fouquet, que ostentó ese cargo durante el mismo periodo de tiempo, tenía en su haber 15,4 millones cuando fue detenido en 1661, aunque con unas deudas que igualaban dicha cantidad. Esas cifras son comparables a las fortunas más cuantiosas de la aristocracia: en aquella época, los príncipes de Conti, una rama de la casa de Borbón, tenían un valor de entre ocho y doce millones de libras. Incluso el agresivo Luis XIV, o el Rey Sol, tuvo un éxito moderado manteniendo a raya a ministros posteriores: Jean-Baptiste Colbert, al mando de la Hacienda francesa, tardó dieciocho años en embolsarse cinco millones, una cifra comparativamente exigua, y François Michel Le Tellier, el marqués de Louvois, tuvo que trabajar veinticinco años como ministro de Guerra para ahorrar ocho millones. Al parecer, lo máximo que podía conseguirse era reducir en uno o dos millones anuales las ganancias de un ministro hasta que ascendieran a unos pocos cientos de miles.[35]

Podrían incluirse muchos más casos de todo el mundo, pero el argumento

básico está claro. En las sociedades premodernas, las grandes fortunas solían deberse más al poder político que a la pericia económica. Diferían sobre todo en su durabilidad, que dependía enormemente de la capacidad y la voluntad de los gobernantes estatales para llevar a cabo intervenciones despóticas. La intensa concentración de recursos en lo más alto de la pirámide y la elevada desigualdad eran un hecho, y aunque la movilidad de la riqueza variaba, apenas afectaba a quienes se hallaban fuera de los círculos plutocráticos. Las propiedades estructurales de casi todos los estados premodernos, esbozadas en el primer capítulo, favorecían una forma de ingresos y concentración de la riqueza que abundaba en coacciones y tendía a maximizar la desigualdad con el paso del tiempo. A consecuencia de ello, esas entidades a menudo eran extremadamente desiguales. Tal como explico con más detalle en el apéndice incluido al final del libro, unos cálculos aproximados sobre veintiocho sociedades industriales que van desde tiempos romanos hasta la década de 1940 dan una extracción media del 77 %, un índice que mide la proporción real de la desigualdad máxima que en teoría era posible en un nivel determinado de PIB per cápita. Las excepciones eran inusuales: el único caso razonablemente bien documentado es el de la Atenas clásica de los siglos V y IV a. e. c., donde la democracia directa y la movilización de masas militar (descrita en el capítulo 6) ayudaron a contener la desigualdad económica. Si podemos fiarnos de los cálculos modernos basados en las escasas pruebas de la Antigüedad, el PIB per cápita en la Atenas de la década de 330 a. e. c. era relativamente elevado para una economía premoderna —alrededor de cuatro o cinco veces la subsistencia fisiológica mínima, similar a la Holanda del siglo XV y la Inglaterra del XVI—, y el coeficiente de Gini de los ingresos de mercado rondaba el 0,38. Según criterios premodernos, el índice de extracción implícito de alrededor del 49 % era excepcionalmente modesto.

[36]

Pero la anomalía ateniense no había de durar. En el apogeo del Imperio Romano, el hombre más rico de Atenas respondía al nombre apropiadamente extenso de Lucio Vibulio Hiparco Tiberio Claudio Ático Herodes y aseguraba descender de políticos famosos del siglo V a. e. c. e incluso del

propio dios Zeus. Su familia más próxima eran unos aristócratas atenienses que habían obtenido la ciudadanía romana, ascendido a altos cargos públicos y amasado una gran fortuna, quizá no mucho menor que la de los individuos más ricos de la propia Roma. Su nombre denota una conexión con el clan patricio de los Claudios de Roma, que había dado varios emperadores. La familia de Herodes incluso había compartido una experiencia típica de las clases altas romanas cuando la fortuna de su abuelo Hiparco —cifrada en una ocasión en cien millones de sestercios— fue confiscada por el emperador Domiciano, pero (en un giro un tanto misterioso) recuperada después. Herodes colmó a las ciudades griegas de favores y sufragó edificios públicos, el más famoso de ellos el teatro Odeón de Atenas. Si efectivamente poseía cien millones —equivalentes a dos docenas de veces la fortuna privada más grande conocida en el periodo clásico—, sus ingresos anuales habrían bastado para cubrir un tercio del gasto total de Atenas en la década de 330 a. e. c. —incluyendo barcos militares, gobierno, festividades, prestaciones sociales y construcción—, pero es posible que tuviera aún más. Al ser una persona cercana al emperador Antonino Pío por haber ejercido de tutor de sus hijos adoptivos y sucesores, Herodes fue el primer griego que ocupó el cargo estatal tradicional más elevado de Roma, esto es, el de cónsul ordinario, en el año 143 e. c. El clientelismo y la desigualdad imperiales se habían impuesto.

Capítulo 3

ARRIBA Y ABAJO

MONTES GEMELOS

¿Cómo cambió la desigualdad económica a largo plazo? Hasta el momento he abordado las primeras fases de este proceso. La desigualdad y la jerarquía de poder surgieron con los simios africanos hace muchos millones de años y se vieron atenuadas de forma paulatina con la evolución del *Homo* en los últimos dos millones de años, aproximadamente. La domesticación durante el Holoceno provocó un aumento de la desigualdad tanto en poder como en riqueza que alcanzó sus niveles máximos con la formación de los grandes estados depredadores ya descritos. Ahora ha llegado el momento de prestar más atención a zonas concretas del planeta para comprobar si la evolución de la desigualdad de ingresos y riqueza ha seguido un patrón más generalizado del que puedan explicar fuerzas desequilibrantes y equilibrantes particulares. Mi objetivo es corroborar argumentos clave de este libro: que los aumentos de la desigualdad estuvieron motivados por la interacción del desarrollo tecnológico y económico y la formación de estados y que el equilibrio eficaz requirió sacudidas violentas que, al menos temporalmente, limitaran y subvirtieran las consecuencias desequilibrantes de la inversión de capitales, la comercialización y el ejercicio del poder político, militar e ideológico de las élites depredadoras y sus socios.

En mi estudio, que nos llevará hasta principios del siglo XX, me centro en Europa por la razón enteramente pragmática de que, en el global y a largo plazo, las sociedades europeas han aportado las pruebas más suculentas —o al menos las estudiadas de manera más exhaustiva— sobre la evolución de la desigualdad material hasta la era moderna. Son estas pruebas las que hacen posible reconstruir, al menos de manera general, los cambios reiterados entre una desigualdad creciente o estable y las sacudidas igualadoras a lo largo de varios milenios (Fig. 3.1).

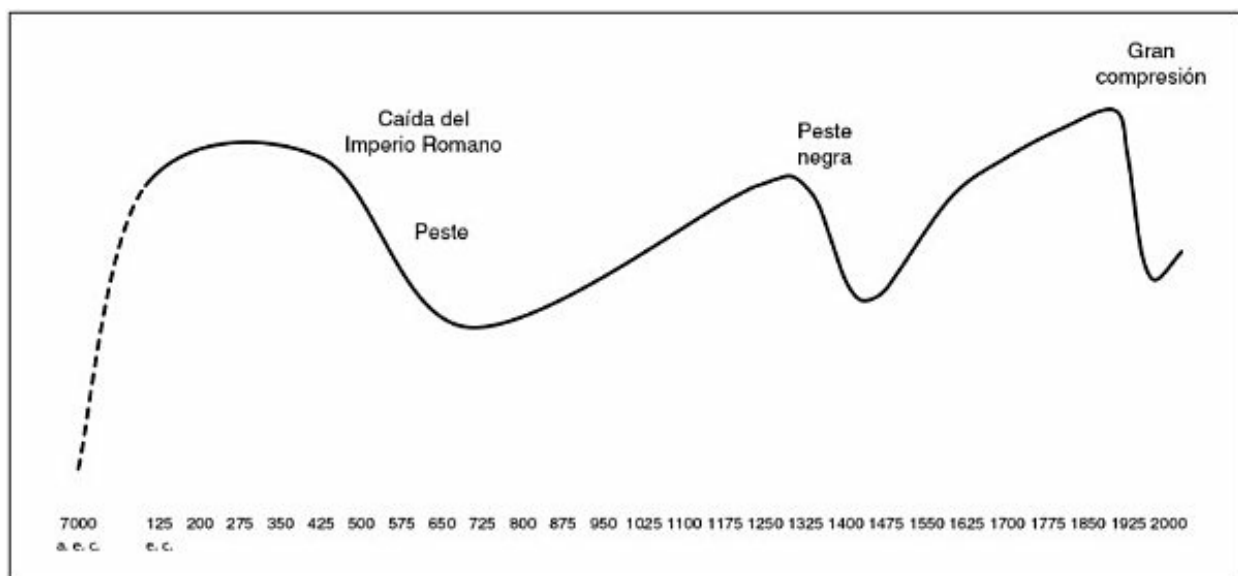


FIGURA 3.1. Tendencias de la desigualdad en Europa a largo plazo

La agricultura apareció en Europa en el año 7000 a. e. c. y se propagó enormemente en los tres milenios posteriores. En términos generales, esta transformación económica iría acompañada de un aumento gradual de la desigualdad, aunque no podemos evaluar este proceso con detalle. Sería poco inteligente imaginar una trayectoria lineal: hallazgos arqueológicos como los de Varna indican que la variación a corto plazo podía ser considerable. Pero si damos no un paso atrás, sino tres, para ampliar nuestro estudio desde hace centenares de miles de años, podemos sugerir una tendencia general al alza a medida que aumentaron las densidades de población, que se fortalecieron las formas de gobierno y que crecieron los excedentes.

Desde esta posición elevada podemos localizar el primer pico secular de desigualdad material en la época del pleno Imperio Romano durante los primeros siglos de la era común. En gran parte de Europa no se habían alcanzado niveles comparables de población, urbanismo, riqueza privada y capacidad coercitiva. Grecia es la única excepción: gracias a su proximidad geográfica con el núcleo de civilización ancestral de Oriente Próximo, el desarrollo a nivel estatal retrocedía más en el tiempo que en cualquier otro lugar de Europa. Ya se habían alcanzado altos niveles de desigualdad en la civilización micénica del final de la Edad de Bronce y probablemente llegó a su apogeo en el siglo XIII a. e. c. El desmoronamiento del Estado redujo marcadamente esas disparidades en los siglos posteriores, y los palacios dieron paso a aldeas, un desmoronamiento violento que comento en el capítulo 9. Aunque la cultura de la ciudad-estado griega de los periodos arcaico y clásico (800-300 a. e. c., aproximadamente) llegó a niveles mucho más altos de desarrollo económico (en algunos casos incluso más que en gran parte del mundo romano), las instituciones cimentadas en la movilización militar de masas limitaron la desigualdad. Sin embargo, igual que en otras regiones de Europa, el periodo romano fue una época de creciente desigualdad.[\[1\]](#)

Dejando momentáneamente al margen el sur de los Balcanes, que seguía bajo el control (a veces inestable) de la continuación bizantina del Imperio Romano, las otras regiones de Europa que habían estado sometidas al dominio romano experimentaron una marcada compresión de la desigualdad de ingresos y riqueza que comenzó cuando el imperio se desintegró en la segunda mitad del siglo V e. c. Tal como demuestro en el capítulo 9, esta equiparación económica obedeció en gran medida al fracaso del Estado, una sacudida violenta y masiva que se vio reforzada por la primera pandemia de peste bubónica en Eurasia occidental entre los siglos VI y VIII, lo cual aumentó el valor de la mano de obra con respecto a la tierra. Debemos tener en cuenta que pueden darse variaciones considerables de tiempo y espacio: es posible que la igualación alcanzara sus máximos en la Gran Bretaña posromana, donde las instituciones e infraestructuras anteriores fueron aniquiladas casi por completo, mientras que las desigualdades tal vez fueron

más resistentes en zonas más protegidas como la península ibérica, que se hallaba bajo el mando visigodo. Aun así, el desarrollo de extensas redes de intercambio de la élite, urbanismo, estructuras fiscales y riquezas transregionales fue un proceso omnipresente.[2]

Se antoja imprudente intentar atribuir cifras a esta gran compresión; aunque es difícil calcular coeficientes de Gini para el Imperio Romano, resultaría mucho más complicado hacerlo con las sociedades subromanas de los siglos VI, VII u VIII. Baste señalar que coincidieron dos presiones descendentes: la disminución de los excedentes per cápita, que redujeron el alcance de la desigualdad, y de las capacidades extractivas de los estados y las élites. Incluso la Grecia bizantina se vio enormemente afectada por dislocaciones violentas que probablemente mitigaron disparidades ya existentes. Es posible que, durante un tiempo, Constantinopla, el puesto de avanzada más oriental del urbanismo europeo de la época, fuera el último bastión de la desigualdad de estilo imperial, e incluso este centro bien defendido sufrió un periodo de grave declive.[3]

Las economías y gobiernos europeos empezaron a recuperarse en épocas distintas. La expansión carolingia del siglo VIII puede verse como un periodo de resurgimiento de la desigualdad, al igual que la conquista de España por parte de los musulmanes. En Gran Bretaña, el punto más bajo posromano dio lugar a la formación de un Estado liderado por Essex y a la creación de una nobleza poderosa y rica. Bizancio, una sociedad dominada por magnates, reafirmó su control sobre los Balcanes en los siglos IX y X. Las aristocracias, que en general se habían debilitado después de la caída de Roma, volvieron a cobrar fuerza. Teniendo en cuenta una considerable variación geográfica, la preeminencia del feudalismo a partir del siglo IX otorgó a las élites más control sobre la mano de obra agraria y sus excedentes, un proceso que coincidió con la permanente concentración de tierras entre los líderes laicos y eclesiásticos. Entre los años 1000 y 1300, aproximadamente, Europa pasó por una fase de crecimiento económico y demográfico sostenido. La presencia de más gente, un mayor número de grandes ciudades, más comercio y élites más poderosas incrementaron la desigualdad económica.

La desigualdad en Inglaterra fue a más durante este periodo. Mientras que el registro del Domesday Book de 1086 demuestra que la mayoría de las familias campesinas tenían tierras suficientes para obtener unos ingresos por encima del nivel de subsistencia, los registros de los Hundred Rolls recopilados entre 1279 y 1280 indican que la mayoría de sus descendientes solo podían cubrir pérdidas complementando la producción de sus granjas con el salario percibido trabajando para otros. Una simulación revela que el crecimiento demográfico por sí mismo no bastaba para producir este resultado: una desigualdad más marcada obedeció a la interacción de una población cada vez más numerosa; a una mayor facilidad para las transferencias de tierras que animó a los pequeños propietarios a vender a los adinerados en épocas de crisis para pagar comida, semillas y ganado o deudas de servicio; y a los efectos de las herencias partibles que dividieron propiedades y propiciaron más ventas de emergencia. Algunos campesinos perdieron todas sus tierras, lo cual acentuó aún más la desigualdad de activos. Asimismo, los alquileres de los plebeyos ingleses aumentaron mucho entre el año 1000 y principios del siglo XIV pese a que la extensión de sus propiedades disminuyó. En Francia, por ejemplo, los huertos de diez hectáreas a menudo se redujeron a menos de tres entre el siglo IX y principios del XIV.[4]

La creciente desigualdad también estuvo motivada por una concentración de ingresos y riqueza en lo alto de la pirámide. En la Inglaterra de 1200 vivían ciento sesenta magnates (barones) con unos ingresos medios de doscientas libras, pero en 1300, ese grupo se amplió a unos doscientos miembros con unos ingresos medios de seiscientos setenta, o el doble en términos reales. Como es típico de las épocas de mayor desigualdad, las fortunas más grandes fueron las que más crecieron: en 1200, el barón más rico, Roger de Lacy de Chester, disponía de ochocientas libras (o cuatro veces los ingresos anuales medios de sus homólogos), mientras que en 1300, Edmund, conde de Cornualles, recibió 3.800 libras, o casi el triple en términos reales, esto es, el equivalente a cinco veces y media la cantidad que percibían sus homólogos de la época. Los estratos medios de la élite inglesa crecieron de manera aún más perceptible, ya que el número de caballeros

pasó de unos mil en el año 1200 a alrededor de tres mil en 1300, con unos niveles de ingresos más o menos iguales. La desigualdad en la compensación militar puede analizarse a través de la proporción salarial de los caballeros en relación con los soldados de infantería, que pasó de 8:1 en 1165 a 12:1 en 1215 y 12-24:1 en 1300. No por casualidad, las importaciones de vinos franceses también alcanzaron máximos a principios del siglo XIV. Los ingresos de la élite aumentaron en términos reales al mismo tiempo que se reducían los de los plebeyos. Los efectos de la interacción entre el aumento de población y la comercialización probablemente tuvieron consecuencias similares en otras regiones de Europa.[5]

La víspera de la llegada de la peste negra en 1347, Europa en su conjunto estaba más desarrollada y era más desigual que en cualquier otro momento desde los días del Imperio Romano. Solo podemos realizar una comparación aproximada de estos dos máximos. Sospecho que ya a principios del siglo XIV, la desigualdad en general estaba por debajo de los niveles alcanzados casi un milenio antes. No existía un equivalente en la Alta Edad Media para la aristocracia de la Roma tardía que poseía activos en todo el Mediterráneo occidental y el interior y que había desviado recursos de un mastodonte fiscal sin parangón en la Europa medieval. Solo el Imperio Bizantino experimentó un índice de extracción más elevado que el pleno Imperio Romano, pero en gran medida se hallaba fuera de Europa. Por si sirve de algo, un cálculo aislado del coeficiente de Gini sobre los ingresos de Inglaterra y Gales hacia 1290 sitúa la desigualdad en un nivel comparable de ganancias per cápita y un nivel algo inferior al del Imperio Romano en el siglo II. En última instancia, es posible que las comparaciones más relevantes entre la desigualdad del Imperio Romano y la Alta Edad Media estén fuera de nuestro alcance. Lo importante aquí es el desequilibrio general de ingresos y riquezas durante la Alta Edad Media, una tendencia de la que no tenemos motivos para dudar. Los archivos fiscales que indican altos niveles de concentración y riqueza en París y Londres durante la década de 1310 (con unos coeficientes de Gini de hasta 0,79 o probablemente más) tan solo documentan las condiciones que se daban hacia el final de la prolongada revolución comercial de la época.[6]

Todo esto cambió cuando la peste azotó Europa y Oriente Próximo en 1347. Regresando oleada tras oleada durante varias generaciones, acabó con la vida de decenas de millones de personas. Se cree que más de una cuarta parte de la población europea pereció hacia 1400, aproximadamente un tercio en Italia y cerca de la mitad en Inglaterra. La mano de obra escaseaba: a mediados del siglo XV, los salarios de los trabajadores urbanos no cualificados prácticamente se habían duplicado en toda la región, pero solo habían aumentado un poco en el caso de los artesanos especializados. Los salarios de las granjas inglesas también se duplicaron en términos reales, a pesar de que los arrendamientos de tierras y las fortunas de la élite se contrajeron. Los plebeyos, desde Inglaterra hasta Egipto, llevaban una dieta más adecuada y ganaron en altura. Tal como demuestro en el capítulo 10, los archivos fiscales de las ciudades italianas plasman una drástica reducción de la desigualdad de la riqueza, ya que los coeficientes de Gini, locales o regionales, cayeron en más de diez puntos y los porcentajes de riqueza más altos en un tercio o más. Cientos de años de desigualdad habían sido revertidos por las sacudidas más graves jamás experimentadas por la humanidad.[7]

ESCALAR NUEVAS COTAS

Una vez que la peste amainó a finales del siglo XV, la población europea empezó a recuperarse. El desarrollo económico alcanzó nuevas cotas, como también lo hizo la desigualdad. La formación de estados fiscales-militares en Europa, la creación de imperios coloniales de ultramar y la expansión sin precedentes del comercio global propiciaron transformaciones institucionales y nuevas redes de intercambio. Si bien los intercambios comerciales y tributarios siempre habían coexistido, los primeros se volvieron más dominantes cuando la comercialización transformó los estados tributarios y aumentó su dependencia de los beneficios mercantiles. El crecimiento de un sistema internacional más integrado gracias a la extracción de lingotes en el

Nuevo Mundo y al comercio intercontinental movilizó la riqueza y amplió la brecha entre ricos y pobres a escala global. A medida que Europa fue convirtiéndose en el centro de una red de intercambio internacional, el desarrollo otorgó más poder a las élites mercantiles y desplazó a las mayorías rurales a actividades de mercado que ejercían presión sobre su apego por la tierra. Las élites que recaudaban tributos se convirtieron en propietarios comerciales y empresarios, y los mercaderes establecieron lazos más sólidos con los gobiernos. Los campesinos fueron separados gradualmente de la tierra por medio de cercados, impuestos, deudas y la mercantilización de la propiedad de tierras. Los medios tradicionales de enriquecimiento enraizados en el ejercicio predatorio del poder político persistieron junto a esos procesos modernizadores de mercado: unos estados más ricos ofrecían rutas atractivas hacia la riqueza. Todo ello impuso una presión ascendente a la desigualdad de riquezas.[8]

La Europa del bajo medievo y principios de la Edad Moderna ocupa un lugar especial en el estudio histórico de la desigualdad material. Por primera vez, las pruebas cuantitativas de la distribución de riquezas (aunque todavía no de los ingresos) nos permiten evaluar exhaustivamente los cambios a lo largo del tiempo y comparar acontecimientos en diferentes ámbitos. Estos datos se derivan primordialmente de los registros locales de propiedades gravables y se complementan con información sobre arrendamientos de tierras e ingresos de los trabajadores. A continuación utilizo información sobre la distribución de riquezas e ingresos de forma paralela. Normalmente no es posible un desglose sistemático de estos dos índices para este periodo: los estudios de la desigualdad premoderna por lo general deben ser más eclécticos en sus elecciones de lo que les gustaría a los economistas modernos. Esto no supone un gran problema: en las sociedades preindustriales, las tendencias de la desigualdad de riqueza e ingresos difícilmente podían tomar rumbos distintos.[9]

Aunque estos conjuntos de datos no constituyen verdaderas estadísticas nacionales de la desigualdad, afianzan mucho más nuestra idea de la estructura y evolución de la concentración de la riqueza que en el caso de periodos anteriores. Gracias a su cohesión interna y a su consistencia a lo

largo del tiempo, algunos de esos datos correspondientes a la Baja Edad Media y el principio de la Edad Moderna pueden ser una guía más fiable sobre los contornos generales del cambio que los intentos modernos por reconstruir tendencias nacionales a partir de fuentes dispares, incluso en el caso del siglo XIX. En su totalidad, estas pruebas de varias sociedades del oeste y el sur de Europa demuestran que los recursos estaban distribuidos de manera más desigual en las grandes ciudades que en las pequeñas o en el campo, que la desigualdad en general fue en aumento tras la desaparición de la peste y que dicho aumento se produjo en una amplia variedad de condiciones económicas.

Una mayor división del trabajo, la diferenciación en cualificaciones y salarios, la concentración espacial de familias de la élite y capital mercantil y la llegada de migrantes más pobres siempre habían potenciado la desigualdad urbana. Según el censo florentino (*catasto*) de 1427, la desigualdad de riqueza se correlacionaba con la escala del urbanismo. La capital, Florencia, presentaba un coeficiente de Gini de distribución de la riqueza situado en un 0,79, probablemente más cerca de 0,85 si incluimos a los pobres sin propiedades que no fueron documentados. Los valores Gini eran menores en las ciudades más pequeñas (0,71-0,75) y aún más en las llanuras agrícolas (0,63), y los más reducidos se hallaban en las zonas pobres, las colinas y las montañas (0,52-0,53). Los porcentajes de ingresos más elevados también variaron, e iban del 67 % para el 5 % más rico en Florencia al 36 % para sus homólogos de las montañas. En otros registros fiscales italianos se aprecia una situación similar. Entre el siglo XV y el XVIII, la concentración de riquezas en las ciudades toscanas de Arezzo, Prato y San Gimignano era más alta que en las zonas rurales colindantes. Puede observarse el mismo patrón, aunque en menor medida, en el Piamonte.[\[10\]](#)

Una elevada desigualdad de riqueza de al menos 0,75 era un rasgo estándar en las grandes ciudades de la Europa occidental de la Baja Edad Media y principios de la Edad Moderna. Augsburgo, uno de los principales centros económicos de Alemania en aquella época, es un ejemplo especialmente extremo: la recuperación de la igualdad relacionada con la peste fue testigo de un incremento en el coeficiente de Gini de riqueza

urbana, que pasó de 0,66 en 1498 a un estratosférico 0,89 en 1604. Cuesta imaginar una comunidad más polarizada: un reducido porcentaje de residentes era propietario de casi todos los activos, mientras que entre uno y dos tercios no tenían nada que mereciera la pena declarar. Volveré más detalladamente a este caso al final del capítulo 11. En Holanda, las grandes ciudades experimentaron niveles parecidos de concentración de riqueza (con unos Gini de 0,8 a 0,9), mientras que las poblaciones más pequeñas quedaban muy rezagadas (0,5-0,65). La desigualdad de ingresos urbanos también era muy alta en Ámsterdam, donde el coeficiente de Gini relevante alcanzó 0,69 en 1742. Los archivos fiscales ingleses de 1524 a 1525 revelan unos coeficientes de Gini de riqueza urbana que generalmente superaban 0,6 y que podían llegar a 0,82 o 0,85, superando con creces los valores rurales de 0,54 a 0,62. La distribución de activos en inventarios legitimados de propiedades personales también se correlacionaba con la envergadura de los asentamientos. Los índices de urbanización se mantuvieron constantes entre 1500 y 1800 en algunas de estas regiones, sobre todo en Italia y también en la península ibérica, pero aumentaron considerablemente en Inglaterra y Holanda, lo cual incrementó los niveles de desigualdad.[11]

A partir del siglo XV, el punto más bajo de la igualdad provocada por la peste, la disparidad aumentó prácticamente en todas las regiones europeas de las cuales poseemos datos. Holanda aporta la información más detallada. Al tratarse de una economía precozmente avanzada que, sin duda, tenía el PIB per cápita más alto del mundo en aquel momento, documenta los efectos desequilibradores del desarrollo comercial y urbano. A finales del siglo XVII, el porcentaje urbano de la población llegaba al 40 %, y solo un tercio de sus habitantes trabajaban en la agricultura. Las grandes ciudades fabricaban y procesaban para los mercados de exportación. La débil nobleza se había visto eclipsada por una élite comercial que estaba libre de la depredación despótica. Las ciudades eran sumamente desiguales gracias a la concentración urbana de capital y a que muchos terratenientes vivían en ellas. En el Ámsterdam de 1742, casi dos tercios de los ingresos totales se derivaban de la inversión de capital y los proyectos empresariales. En respuesta a la sustitución de las técnicas de producción basadas en la mano de

obra por las basadas en el capital y la llegada constante de trabajadores extranjeros, que redujo los salarios reales, el porcentaje de renta del capital en Holanda pasó del 44 % en 1500 al 59 % en 1650.[12]

Con el tiempo, el desarrollo económico y el crecimiento urbano acentuaron la desigualdad, ya que un reducido porcentaje de la ciudadanía holandesa se hizo con una parte desproporcionadamente grande de la nueva riqueza mientras los pobres de las ciudades seguían aumentando. En la serie cronológica de riqueza más prolongada de la que disponemos, procedente de la ciudad de Leiden, el porcentaje de riqueza del 1 % más adinerado pasó del 21 % en 1498 al 33 % en 1623, el 42 % en 1675 y el 59 % en 1722. Durante el mismo periodo, la proporción de familias cuyos activos no llegaban al umbral gravable mínimo pasó del 76 % al 92 %. Buena parte de la información relevante proviene de archivos fiscales que documentan el valor anual de los arrendamientos de viviendas en distintas zonas de Holanda, un indicador más indirecto e imperfecto de la desigualdad de los activos totales que probablemente subestima estos últimos si tenemos en cuenta que los ricos gastan un porcentaje cada vez menor de sus ingresos en vivienda a medida que ganan más dinero. Un valor ponderado de casi toda Holanda muestra un aumento sostenido, de 0,5 en 1514 a 0,56 en 1561, 0,61 o 0,63 en la década de 1740, y 0,63 en 1801. Entre 1561 y 1732, los coeficientes de Gini de los valores de arrendamiento aumentaron en todas partes, desde 0,52-0,59 en las ciudades hasta 0,35-0,38 en el campo. El estudio estandarizado más reciente de material de quince ciudades holandesas detecta una tendencia general ascendente desde el siglo XV hasta finales del XIX.[13]

El progreso económico solo ofrece una explicación parcial de este fenómeno. A veces, la concentración de riqueza seguía aumentando aunque el crecimiento económico se hubiera estancado. Solo en el norte de los Países Bajos coincidió la tendencia ascendente con el crecimiento económico, mientras que en el sur no se dio una relación sistemática entre estas dos variables. Los caminos divergentes del desarrollo económico no afectaron a una tendencia común al crecimiento de la desigualdad. Tampoco lo hicieron unos regímenes impositivos diferentes: mientras que el énfasis en los impuestos regresivos al consumo en el sur tuvieron consecuencias

desequilibradoras, los impuestos en la República Holandesa eran inusualmente progresistas, pues se centraban en los lujos y las propiedades inmobiliarias. Y, sin embargo, la desigualdad tendió a ampliarse en toda la región.

Ello no es de extrañar: en el norte, una zona más dinámica, las fuerzas desigualadoras del comercio global y la urbanización se vieron complementadas por una mayor dispersión salarial que tenía su origen, al menos parcialmente, en las relaciones de poder sociopolítico. En Ámsterdam, entre 1580 y 1789, los salarios de los altos funcionarios administrativos, los obreros, los maestros de escuela y los cirujanos-barberos aumentaron con más rapidez —entre cinco y diez veces— que los de los carpinteros, que solo se duplicaron. En el caso de algunas profesiones, como los cirujanos, esto podría reflejar el hecho de que se atribuyera una mayor importancia a sus cualificaciones, aunque, en este periodo, las primas para los trabajadores normalmente no aumentaron. Sin embargo, los incrementos generosos para los funcionarios y trabajadores similares, por ejemplo, los maestros de escuela, pudieron estar motivados en un principio por el deseo de seguir el ritmo de aquellos que se encontraban en el mismo estrato burgués y se beneficiaban de unas rentas del capital cada vez mayores. Por ello, la renta del capital comercial al parecer tuvo una sorprendente repercusión colateral en los salarios de ciertos grupos socialmente privilegiados. Así pues, la búsqueda de ventajas económicas por parte de las élites tuvo un efecto polarizador en la distribución de ingresos.[14]

En el territorio (*contado*) de Florencia, la desigualdad de la riqueza documentada por los registros de la propiedad pasó de un mínimo de 0,5 a mediados del siglo XV a 0,74 hacia 1700. En la ciudad de Arezzo aumentó de 0,48 en 1390 a 0,83 en 1792, y en Prato, de 0,58 a 0,83 entre 1546 y 1763. Esta concentración vino motivada en gran medida por el aumento de los porcentajes más altos de riqueza: entre finales del siglo XV o principios del XVI y las primeras décadas del XVIII, el porcentaje de activos del 1 % de familias más ricas pasó del 6,8 % al 17,5 % en el *contado* de Florencia, del 8,9 % al 26,4 % en Arezzo y del 8,1 % al 23,3 % en Prato. Se observan tendencias comparables en los registros del Piamonte, donde los coeficientes

de Gini aumentaron hasta veintisiete puntos en varias ciudades y en una escala similar en algunas comunidades rurales. En Apulia, situada en el reino de Nápoles, el porcentaje de riqueza del 5 % más adinerado pasó del 48 % hacia 1600 al 61 % hacia 1750. En el Piamonte y el estado de Florencia, la proporción de familias cuya riqueza superaba al menos en diez veces el valor local medio pasó del 3-5 % a finales del siglo XV al 10-14 % tres siglos después: la polarización se intensificó a medida que más familias se alejaban de la media.[15]

A diferencia de Holanda, la mayoría de estos cambios se produjeron en el contexto del estancamiento económico del siglo XVII y una falta de avance de la urbanización que resultó aún más prolongada. Esto se ha atribuido a tres grandes fuerzas desigualadoras: la recuperación demográfica tras el desgaste de la peste bubónica, la expropiación y proletarización gradual de los productores rurales y la formación del Estado fiscal-militar. Como en otros lugares de Europa, una creciente oferta de mano de obra redujo su valor en relación con el de la tierra y otras formas de capital. La élite adquiría cada vez más tierras, un proceso del que también somos testigos en Holanda y Francia. Además, las ciudades-estado que poseían tradiciones comunales autónomas e ideas firmes de ciudadanía y republicanismo formaban parte de estados más grandes y coercitivos que imponían gravámenes más elevados. En el Piamonte, al igual que en el sur de los Países Bajos, la deuda pública canalizó los recursos de los trabajadores hacia los acreedores ricos.[16]

Estos estudios prácticos ponen de relieve la continuidad a largo plazo de los mecanismos de desigualdad. Si nos remontamos al menos a los antiguos babilonios, el crecimiento económico, la comercialización y la urbanización intensivos habían potenciado la desigualdad. Lo mismo ocurrió en el periodo romano y la Alta Edad Media. Como hemos visto, la apropiación de tierras por parte de capitalistas adinerados y el enriquecimiento de la élite, sustentado por la extracción fiscal y otras actividades estatales, tienen un pedigrí aún más extenso que llega hasta los sumerios. La concentración de ingresos y riqueza a principios de la era moderna tan solo diferían en cuanto a estilo y envergadura: además de estrategias más convencionales de búsqueda de ganancias, las élites podían beneficiarse de la compra de deuda pública en

lugar de robar o extorsionar recursos, las redes de comercio globales brindaban oportunidades de inversión sin precedentes y la urbanización empezó a superar los niveles anteriores. Sin embargo, en el fondo, los principales medios de desequilibrio habían permanecido prácticamente inalterados y se reafirmaron una vez más tras una pausa temporal provocada por una sacudida violenta.

La complementariedad de esos elementos de desigualdad bien establecidos explica algunas consecuencias similares en una amplia variedad de condiciones económicas e institucionales (Fig. 3.2). En la República Holandesa, la desigualdad aumentó gracias al comercio global, el crecimiento económico y la urbanización, mientras que las presiones fiscales al parecer fueron el factor más relevante en el Piamonte y la proletarización rural en la Toscana, y ambos mecanismos intervenían en el sur de los Países Bajos. En Inglaterra, la economía más dinámica de la época después del norte de los Países Bajos, la comercialización y la expansión urbana potenciaron las disparidades materiales: los coeficientes de Gini de riqueza en Nottingham pasaron de 0,64 en 1473 a 0,78 en 1524, y en un análisis de inventarios de fincas personales, fueron de 0,48-0,52 en la primera mitad del siglo XVI a 0,53-0,66 en los ochenta años posteriores. En nueve muestras de esos registros, el 5 % más rico poseía entre el 13 % y el 25 % de todos los activos a comienzos de este periodo y entre el 24 % y el 35 % más adelante.[17]

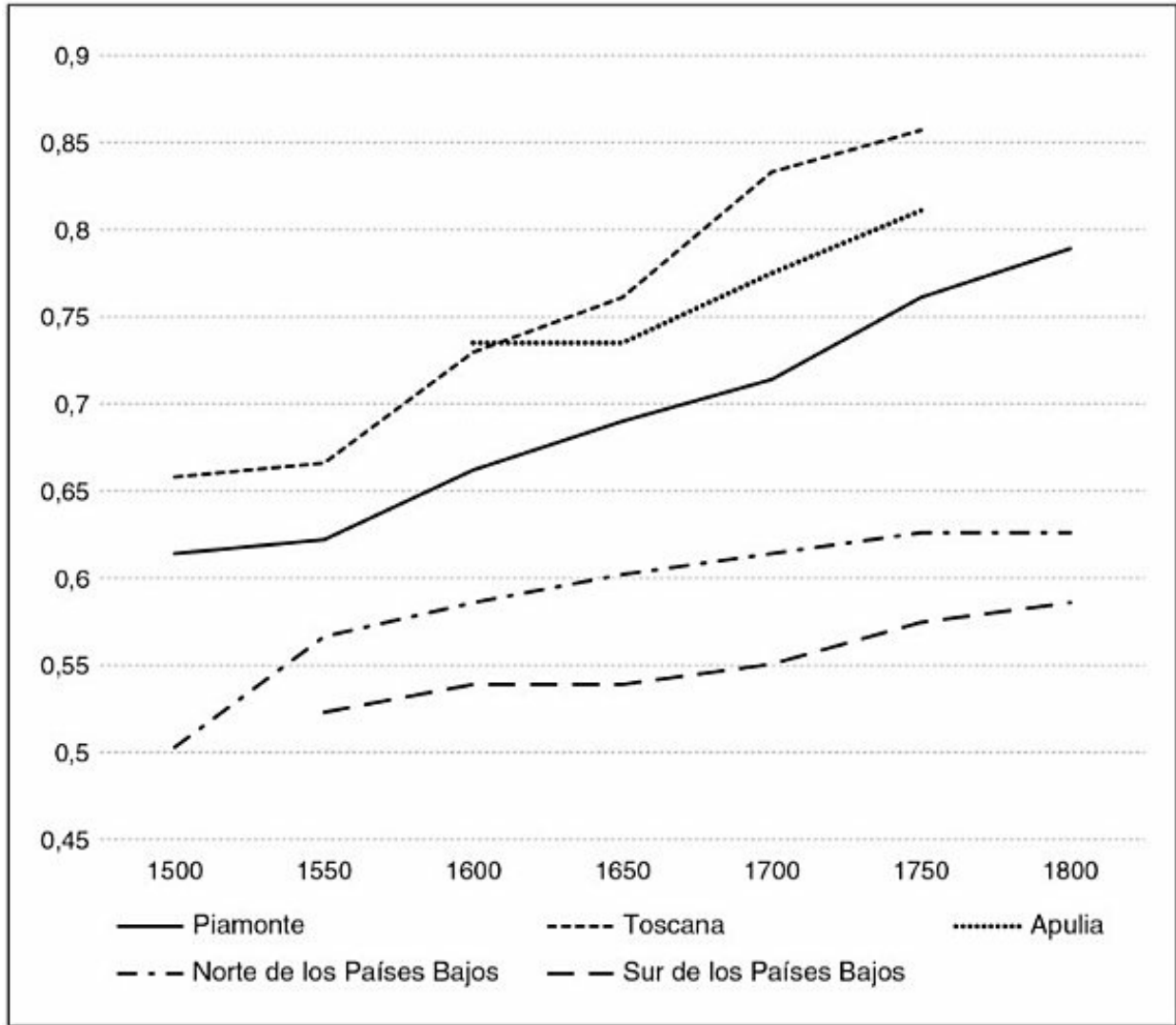


FIGURA 3.2. Coeficientes de Gini de distribución de riqueza en Italia y los Países Bajos, 1500-1800

Las condiciones económicas eran extremadamente distintas en España, que experimentó una ruralización, un salto de la cría de animales a la agricultura y unos salarios bajos. En este contexto de estancamiento o incluso de retroceso, la ratio del PIB per cápita respecto de los salarios nominales aumentó de manera bastante continuada desde la década de 1420 hasta finales del siglo XVIII, lo cual refleja una devaluación desequilibrante de la mano de obra a medida que disminuían los salarios, un fenómeno que también observamos en muchos otros países europeos. La ratio de arrendamientos de tierras y salarios, otro indicador de desigualdad, fluctuó más en este periodo,

pero también fue mucho mayor en 1800 que cuatrocientos años antes (Fig. 3.3). Estos hallazgos coinciden con la observación de que, en la provincia de Madrid, la desigualdad de riqueza reconstruida a partir de los archivos fiscales aumentó entre 1500 y 1840, aunque de forma discontinua.[18]

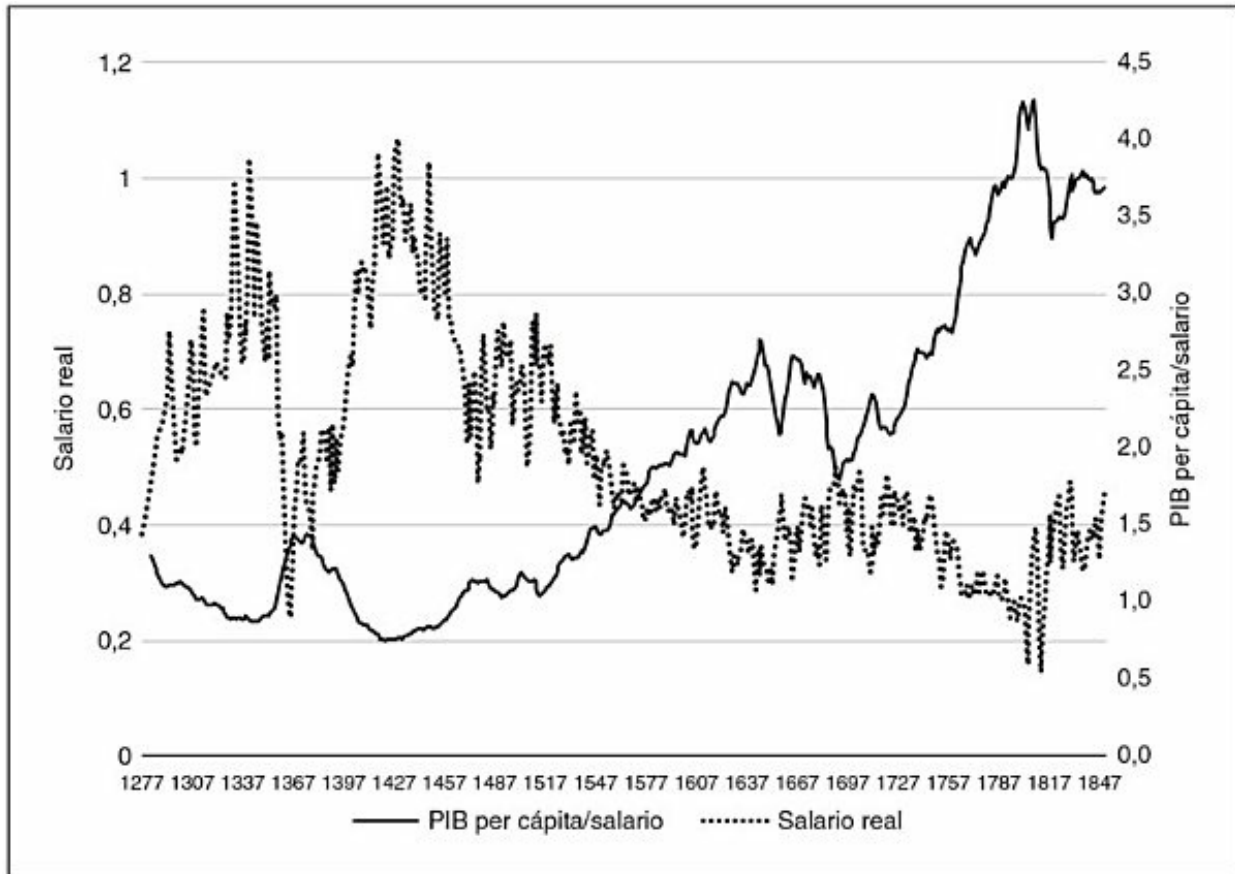


FIGURA 3.3. Ratio de PIB per cápita medio respecto de salarios y salarios reales en España, 1277-1850

En la Francia rural, desde el siglo XVI, las presiones de la recuperación demográfica y unas fincas cada vez más grandes acabaron con los niveles intermedios y polarizaron a las comunidades locales entre grandes propietarios y pequeños propietarios, cuyas granjas eran demasiado exiguas para alimentarlos, cosa que los obligaba a recurrir al arrendamiento y el trabajo asalariado. De momento, Portugal es la única excepción documentada. Según los registros tributarios, la desigualdad general de ingresos se redujo un poco entre 1565 y 1700 en un entorno definido por un

desarrollo económico y una urbanización estancados y por el debilitamiento del imperio de ultramar. Los salarios de los trabajadores cualificados se mantuvieron inalterados en este periodo, mientras que la ratio de arrendamientos de tierras respecto de los salarios disminuyó a lo largo del siglo XVII y no se recuperó parcialmente hasta la década de 1770. Sin embargo, si observamos más detenidamente, la reducción moderada de la desigualdad de ingresos fue un fenómeno sobre todo en ciudades pequeñas y comunidades rurales, mientras que la desigualdad urbana cambió poco o nada a largo plazo.[19]

A falta de compresiones violentas, la desigualdad pudo ir en aumento por varios motivos que vinieron determinados por las condiciones económicas e institucionales locales, pero (casi) siempre creció. Si sirve de algo, los intentos actuales por calcular coeficientes de Gini de renta nacional para este periodo coinciden en buena medida con las tendencias que revelan conjuntos de datos empíricos más localizados. Se cree que la desigualdad de ingresos general en Holanda pasó de 0,56 en 1561 a 0,61 en 1732, pero se redujo a 0,57 en 1808, la época de las guerras napoleónicas. Teniendo en cuenta los endebles cimientos de las computaciones esquemáticas subyacentes, estas cifras probablemente deban considerarse un indicativo de una desigualdad bastante elevada e inestable. Los valores de Gini en los casos de Inglaterra y Gales pasaron de 0,45 en 1688 —muy por encima del máximo medieval putativo de 0,37— a 0,46 en 1739 y 0,52 en 1801. Con un coeficiente de 0,56, también era elevada en Francia en 1788. Todos estos valores son más altos que en el caso de los imperios romano y bizantino conforme a resultados per cápita: aproximadamente de cuatro a seis veces la subsistencia mínima en Holanda, de cinco a siete veces en Inglaterra y Gales y cuatro veces en Francia, en comparación con más o menos el doble del mínimo en Roma, Bizancio y la Inglaterra medieval. Sin embargo, como ya hemos señalado, el desarrollo económico como tal no fue el único camino hacia una desigualdad más marcada: en 1752, Castilla la Vieja, con dos veces y media la subsistencia mínima, no presentaba unos excedentes per cápita más numerosos que la antigua Roma, pero experimentaba una desigualdad de ingresos más elevada (0,53), lo cual refleja los efectos de un fuerte

desequilibrio de las fuerzas sociales y políticas.[20]

En todos los casos en que pueden calcularse de forma aproximada, los índices efectivos de extracción —la proporción real de desigualdad máxima factible en un nivel determinado de PIB per cápita—, o bien se mantuvieron iguales o aumentaron entre el siglo XVI y principios del XIX. Tres siglos después de que remitiera la peste negra, la desigualdad de ingresos en las zonas mejor documentadas del oeste y el sur de Europa había alcanzado unos niveles que, en términos nominales —expresados en coeficientes de Gini brutos—, superaron por primera vez los del periodo romano. Cuando se ajustan a los requisitos de subsistencia efectivos sensibles al PIB per cápita, se aproximaban a los experimentados en la Antigüedad clásica y la Alta Edad Media. Sin excepción, hacia 1800, los salarios reales de los trabajadores urbanos eran más bajos que a finales del siglo XV y, si bien la desigualdad «real» ajustada a los indicios divergentes del coste de la vida en grupos con ingresos altos y bajos era un tanto más volátil que en los cálculos nominales, la tendencia general también era al alza.[21]

FUERA DE EUROPA

¿Qué ocurría en el resto del mundo? Los inventarios otomanos de cuatro ciudades de Asia Menor que documentan patrimonios completos, incluidas propiedades reales y personales como dinero, créditos y deudas, arrojan algo de luz sobre la evolución de la desigualdad de la riqueza entre 1500 y 1840. Como en Europa, la riqueza media y los niveles de desigualdad estaban asociados al tamaño de las ciudades. En tres ciudades con series de datos extensas, los coeficientes de Gini de concentración de activos en 1820 y 1840 eran más altos que cuando comenzaron dichas series, y variaron desde principios del siglo XVI hasta principios del XVIII. Lo mismo ocurre en términos generales con el decil superior de porcentajes de riqueza. Los Gini totales para los índices rurales autenticados pasaron de 0,54 en las décadas de 1500 y 1510 a 0,66 en las de 1820 y 1830, un incremento que podría estar

vinculado a la comercialización de la agricultura y al cambio de las relaciones de propiedad, caracterizado por un menor control estatal sobre la tierra y una mayor privatización. El aumento observado en la desigualdad de riqueza también coincide con los indicios de la caída de los salarios reales en otros lugares del Imperio Otomano. Por tanto, las tendencias de la desigualdad al este del Egeo se parecían bastante a las del oeste y el sur de Europa.[22]

Antes de pasar al «largo siglo XIX» y la Gran Guerra, merece la pena preguntarse si las reconstrucciones multimilenarias de los límites de la desigualdad, similares a los de la Figura 1.1, son factibles en otras zonas del planeta. Por ahora, la respuesta sería mayoritariamente negativa. Podemos conjeturar, aunque no documentar adecuadamente, que los cambios en la concentración de ingresos y riqueza en China esbozaron lo que se conoce como sus «ciclos dinásticos». Tal como he intentado demostrar en el capítulo anterior, hay motivos para pensar que la desigualdad aumentó durante el largo mandato de la dinastía Han y probablemente culminó en los últimos estadios de los Han del Este, en el siglo II y principios del III e. c., al igual que la desigualdad en Roma llegó a sus máximos en las últimas fases del imperio durante el siglo IV y principios del V e. c. Es posible que en el prolongado «periodo de desunión», desde principios del siglo IV hasta finales del VI, se diera cierto grado de compresión, sobre todo en la mitad norte de la región, que fue ferozmente disputada por regímenes conquistadores efímeros y más tarde experimentó un resurgimiento de la movilización militar de masas y ambiciosos planes de distribución de tierras.[23]

Los ingresos y la riqueza aumentaron y estaban más concentrados durante la dinastía Tang de los siglos VII al IX, hasta que sus élites fueron aniquiladas casi por completo en su fase final de desintegración, tal como se describe en el capítulo 9. El crecimiento económico, la comercialización y la urbanización sin precedentes durante la dinastía Song probablemente provocaron efectos desequilibrantes similares a los que observamos en algunas zonas de la Europa de principios de la era moderna, y los grandes terratenientes eran poderosos en el estado Song del Sur posterior. Las tendencias en el periodo mogol son más difíciles de precisar, ya que el

declive económico, la peste, las invasiones y los gobiernos depredadores interactuaban de maneras complejas. La desigualdad volvió a aumentar bajo el dominio Ming, aunque es ilustrativo comprobar que, según criterios internacionales, sus niveles generales no eran particularmente elevados en la fase terminal de la dinastía Qing o incluso antes de la revolución maoísta. Aún podemos decir menos sobre el sur de Asia, salvo que la gran desigualdad durante el imperio mogol del siglo XVIII y bajo el control británico doscientos años después constata los efectos desequilibrantes del dominio imperial o colonial a gran escala.[24]

Durante buena parte de los últimos seiscientos años, las tendencias de la desigualdad en el Nuevo Mundo solo pueden esbozarse de manera muy impresionista. Es probable que la formación de los imperios azteca e inca en el siglo XV llevara las disparidades económicas a nuevos niveles a medida que los flujos tributarios recorrían distancias más largas y las élites poderosas acumulaban activos cada vez más hereditarios. Durante los dos siglos posteriores intervinieron fuerzas compensatorias: aunque la expansión de España y el gobierno colonial predatorio de una pequeña élite conquistadora mantuvo o probablemente aumentó los niveles ya existentes de concentración de riqueza, la catastrófica contracción demográfica provocada por la llegada de nuevas infecciones desde el Viejo Mundo, que describo en el capítulo 11, provocó una escasez de mano de obra e incluso disparó los salarios reales, al menos por un tiempo. Con todo, una vez que hubieron amainado estas epidemias, la población se recuperó, las ratios tierra/mano de obra se redujeron, la urbanización aumentó y el gobierno colonial quedó plenamente consolidado; en el siglo XVIII, la desigualdad en América Latina probablemente había alcanzado sus cotas máximas hasta la fecha. Las revoluciones y la independencia de principios del siglo XIX quizá tuvieron un efecto equiparador hasta que el auge de los servicios en la segunda mitad de ese siglo llevaron la desigualdad a unos niveles cada vez mayores, un proceso de concentración de los ingresos que, pese a algunas pausas interminentes, continuó hasta finales del siglo XX (Fig. 3.4).[25]

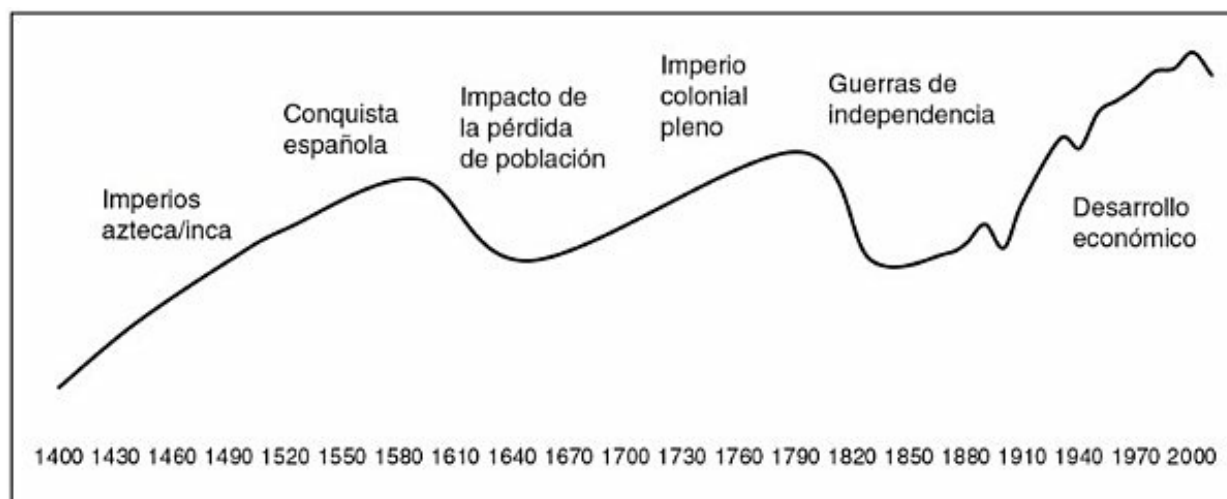


FIGURA 3.4. Tendencias de la desigualdad en Latinoamérica a largo plazo

EL LARGO SIGLO XIX

Esto nos lleva a los albores del crecimiento económico moderno del siglo XIX. El paso simultáneo de conjuntos de datos locales a cálculos nacionales de distribución de ingresos y riqueza plantea considerables incertidumbres. Solo por este motivo, la cuestión de si la industrialización exacerbó la desigualdad en Gran Bretaña ha sido sorprendentemente difícil de abordar. De lo único que podemos estar seguros es de que la concentración de riqueza privada se intensificó constantemente desde 1700 hasta principios de la década de 1910, un periodo en el que el PIB per cápita real se triplicó con creces: por ello, el porcentaje de riqueza del 1 % más adinerado pasó del 39 % en 1700 al 69 % a principios de la década de 1910. En 1873, el coeficiente de concentración de propiedad de terrenos había aumentado hasta 0,94, lo cual imposibilitaba que este tipo de desigualdad se incrementara mucho más. La panorámica está menos clara en relación con la distribución de ingresos. Las pruebas que aportan las declaraciones de la renta y las tablas sociales, así como la ratio arrendamiento de tierras/salarios, apuntan de forma bastante concluyente a un aumento de la desigualdad de ingresos entre mediados del siglo XVIII y principios del XIX. Sin embargo, aunque la información sobre la desigualdad de la vivienda derivada de datos sobre

impuestos inmobiliarios y salarios se ha utilizado para demostrar que los ingresos siguieron siendo más desiguales durante la primera mitad del siglo XIX, el peso que puede soportar ese material continúa siendo objeto de controversia.[26]

Eso es incluso más cierto en el caso de una teoría anterior, según la cual varios indicadores de desigualdad aumentaron durante la primera mitad o los dos primeros tercios del siglo XIX y fueron disminuyendo hasta la década de 1910, formando una curva suavemente invertida que sería compatible con la idea del economista Simon Kuznets, que afirmaba que la modernización económica podía incrementar primero y después reducir la desigualdad en una sociedad en transición. La observación de que la dispersión salarial aumentó entre 1815 y 1851, alcanzó sus máximos en las décadas de 1850 y 1860 y se redujo hasta 1911 podría ser fruto de los datos suyacentes para diferentes profesiones, que presentan tendencias contradictorias. Asimismo, los cálculos de desigualdad en la vivienda realizados a partir de impuestos que indican unos coeficientes de Gini de 0,61 en 1830 y 0,67 en 1871 para todas las casas habitadas y una reducción de 0,63 en 1874 a 0,55 en 1911 para las residencias privadas tampoco pueden ser aceptados al pie de la letra. Las tablas de porcentajes de ingresos tampoco resultan muy útiles. Las tablas sociales revisadas indican cierto grado de estabilidad a lo largo del tiempo, con unos coeficientes de Gini de renta nacional situados en 0,52 en 1801/1803 y 0,48 en 1867 en los casos de Inglaterra y Gales y en 0,48 en el caso de Reino Unido en 1913. Es importante precisar: aunque no podemos estar seguros de si la desigualdad de ingresos en Inglaterra o Gran Bretaña permaneció inalterada a lo largo del siglo XIX, tampoco podemos confirmar que no era así.[27]

Los resultados en Italia también son inciertos. El estudio más reciente sobre la desigualdad de ingresos en Italia presenta diferentes índices que apuntan a una estabilidad básica entre 1871 y la primera guerra mundial (y posteriormente), lo cual contrasta con un estudio anterior de presupuestos domésticos totales que indicaba un declive gradual de la desigualdad entre 1881 y la guerra en una época en la que los efectos desequilibrantes putativos de la industrialización se veían compensados por la emigración en masa hacia

el hemisferio occidental. Los datos de renta nacional en Francia no están disponibles. En París, la concentración de riqueza, medida a partir del porcentaje del 1 % de patrimonios más cuantiosos de toda la riqueza personal, pasó de un 50-55 % entre 1807 y 1867 a un 72 % en 1913, mientras que el 0,1 % más adinerado se incrementó de forma más marcada, pasando de un 15-23 % a un 33 %. En todo el país, los porcentajes de la riqueza de la élite aumentaron de forma más continuada, pasando de un 43 % (para el 1 % más rico) y un 16 % (para el 0,1 % más rico) en 1807 a un 55 % y un 26 %, respectivamente, en 1913. En España, la desigualdad de ingresos aumentó desde la década de 1860 hasta la época de la primera guerra mundial.[28]

No hay datos sobre Alemania para este periodo. En Prusia, el 1 % de ingresos más elevados pasó de aproximadamente un 13-15 % en 1874 a un 17-18 % en 1891. El estancamiento fue la tendencia general entre 1891 y 1913, ya que los máximos porcentajes de ingresos son casi idénticos en ambos años y solo habían fluctuado un poco. En la medida en que los ingresos máximos cambiaron, lo hicieron de manera procíclica, esto es, aumentaron con el crecimiento económico. El estudio más detallado de coeficientes de Gini de ingresos en Prusia detecta un aumento constante desde 1822 hasta alcanzar un máximo en 1906 que vino seguido de una modesta caída hasta 1912 y una recuperación parcial en 1914. Puesto que el estallido de la primera guerra mundial truncó la evolución «pacífica» de la desigualdad en ese momento, no podemos saber si esta breve reducción fue una incidencia pasajera o pudo haberse convertido en un punto de inflexión secular. En Holanda, el siglo XIX fue un periodo de consolidación tras varios siglos de creciente desigualdad, como ya hemos descrito. Los desequilibrios todavía no habían terminado: entre 1808 y 1875, el coeficiente de Gini para la distribución de valores inmobiliarios arrendables aumentó en ocho de diez provincias, y la desigualdad entre los más adinerados aumentó desde 1742 hasta 1800 y principios de la década de 1910. Sin embargo, al mismo tiempo, los salarios reales se recuperaron y las primas por especialización cayeron. El coeficiente de Gini de la distribución nacional de ingresos al parecer fue similar en 1800 y 1914, lo cual indica que la desigualdad se había estabilizado en una meseta (alta).[29]

Los países escandinavos aportan información relativamente abundante pero en ocasiones confusa sobre este periodo. Una evaluación llevada a cabo en Dinamarca en 1870 situaba el 1 % de ingresos más altos para parejas casadas y adultos solteros en un 19,4 %. Cuando se retomaron los estudios en 1903, dicho porcentaje era del 16,2 % y llegó al 16,5 % en 1908, seguido de un breve incremento inducido por la especulación durante la primera guerra mundial, que también puede observarse en otros países neutrales. Aunque la atenuación implícita de la desigualdad entre 1870 y 1903 no es drástica, debemos preguntarnos por la fiabilidad del cálculo anterior.[30]

Debemos aplicar las mismas reservas a los archivos relativos a un impuesto único de 1789 que, según se ha interpretado, indican un coeficiente de Gini de ingresos de 0,6 a 0,7, unos valores que habrían situado la desigualdad cerca o incluso en el máximo teóricamente posible para esa economía. Estas consideraciones hacen difícil imaginar una atenuación continuada de la desigualdad de ingresos entre finales del siglo XVIII y principios del XX. Por el contrario, los informes sobre la dominación de los grandes terratenientes a finales del siglo XVIII otorgan credibilidad a los cálculos que apuntan a una marcada desconcentración de la riqueza entre el 10 % más rico de la sociedad danesa entre 1789 y 1908.[31]

Los acontecimientos en Noruega y Suecia también plantean interrogantes sobre la calidad de los registros. En Noruega, el 1 % más elevado de riqueza permaneció estable, con un índice entre el 36 % y el 38 % de 1868 a 1930, tras una disminución en relación con un nivel más alto calculado en 1789. El 1 % de ingresos más elevados también se movió muy poco, del 18 % al 21 %, entre 1875 y 1906, pero de repente cayó aproximadamente a un 11 % en 1910-1913. Esto es difícil de explicar y no está claro si una recesión en 1908 y 1909 basta para justificar esta divergencia. Si esta disminución es real y no un mero resultado de los indicios existentes, denota algún tipo de acontecimiento equilibrante motivado por una sacudida. Las tendencias en Suecia se asemejan a las de Noruega, con una caída en el 1 % máximo de ingresos que va del 27 % en 1903 al 20-21 % de 1907 a 1912. Sin embargo, la desigualdad salarial aumentó entre 1870 y 1914 y, a diferencia de Dinamarca y Noruega, la concentración de riqueza se incrementó ligeramente entre 1800

y 1910.[32]

La desigualdad aumentó, con algunas pausas breves, durante un cuarto de milenio en lo que se convertiría en los Estados Unidos de América (Fig. 3.4). Las tendencias en el periodo colonial apenas están documentadas; aun así, es probable que la expansión de la esclavitud incrementara la desigualdad de ingresos y riqueza a finales del siglo XVII y buena parte del XVIII. La guerra de Independencia y sus repercusiones inmediatas provocaron una compresión temporal, ya que las hostilidades destruyeron capitales, el servicio militar, las bajas y la huida de esclavos redujeron la oferta de mano de obra, el comercio exterior sufrió alteraciones y las élites urbanas se vieron desproporcionadamente afectadas por estas dislocaciones. Los conservadores adinerados se fueron, otros se vieron sumidos en la pobreza, y la brecha entre los salarios urbanos y rurales y entre las ganancias de los trabajadores no especializados y especializados se redujo. Entre 1800 y 1860, el rápido crecimiento de la mano de obra, un progreso tecnológico que favoreció a la industria y las ciudades y la mejora de las instituciones financieras incrementaron la desigualdad hasta alcanzar niveles nunca vistos. En 1860, el coeficiente de Gini para todo el país llegaba a 0,51, frente a 0,44 en 1774 y 0,49 en 1850, y el 1 % recibía una décima parte de los ingresos totales, frente a un 8,5 % en 1774 y un 9,2 % en 1850. Los estados esclavistas normalmente presentaban niveles aún más altos de desigualdad. El gran aumento de la concentración de propiedades en manos de los estadounidenses más adinerados y un enorme incremento de las disparidades de ingresos entre trabajadores contribuyeron a este hecho: el porcentaje de riqueza del 1 % de familias más adineradas se duplicó con creces, pasando de un 14 % en 1774 a un 32 % en 1860, mientras que los coeficientes de Gini de ganancias se dispararon de 0,39 a 0,47.[33]

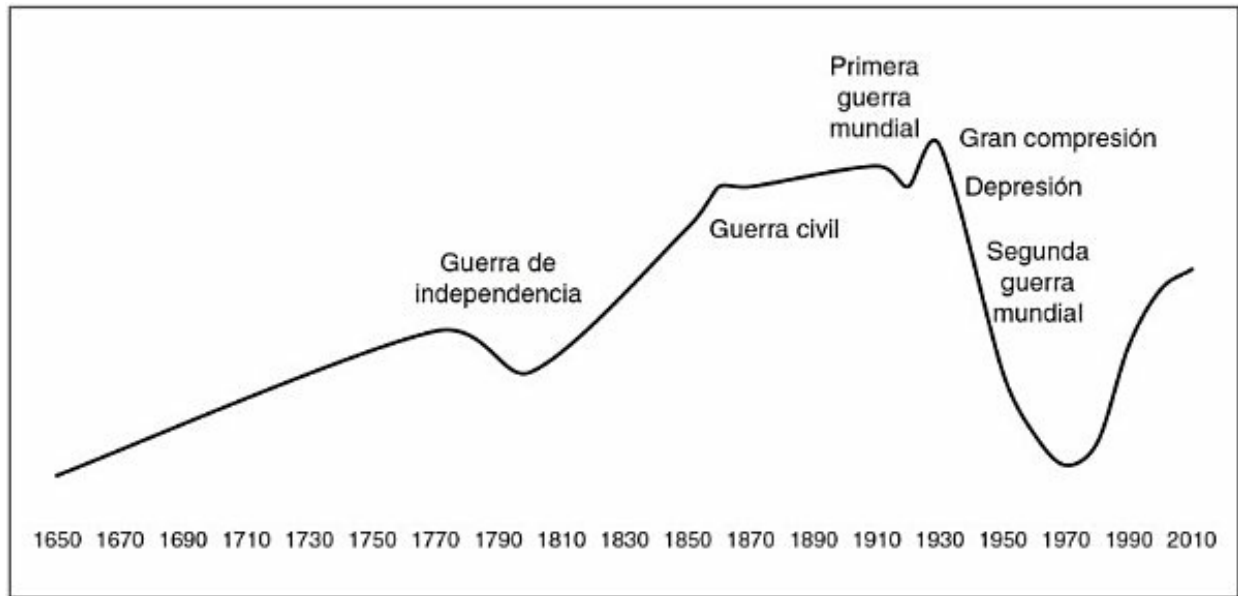


FIGURA 3.5. Tendencias de la desigualdad en Estados Unidos a largo plazo

Como expongo con más detalle en el capítulo 6, la guerra civil equiparó las fortunas en el Sur, pero incrementó aún más la desigualdad en el Norte, dos tendencias regionales compensatorias que dejaron las medidas nacionales prácticamente inalteradas. El desequilibrio continuó hasta principios del siglo XX: el 1% de ingresos más altos casi se duplicó, pasando de aproximadamente un 10% en 1870 a alrededor de un 18% en 1913, y las primas por especialización aumentaron. La urbanización, la industrialización y la inmigración masiva de trabajadores poco cualificados fueron responsables de esta tendencia. Toda una serie de indicios para los porcentajes de riqueza más elevados muestran asimismo un incremento sostenido entre 1640 y 1890 e incluso 1930. Según un cálculo, entre 1810 y 1910, el porcentaje de todos los activos en manos del 1% de familias más ricas de EE. UU. casi se duplicó, pasando del 25% al 46%. La concentración de riqueza era especialmente pronunciada en lo más alto: mientras que en 1790 la fortuna más grande que se ha documentado en el país era equiparable a 25.000 veces el salario medio anual, en 1912, la de John D. Rockefeller era 2,6 millones de veces superior al salario equivalente, un incremento relativo de dos órdenes de magnitud.[\[34\]](#)

Ya he mencionado el prolongado incremento secular de la desigualdad en

las economías latinoamericanas antes de las guerras mundiales. Cuando las exportaciones de productos enriquecieron a las élites regionales, la concentración de ingresos se disparó: un cálculo para el cono sur de Sudamérica —Argentina, Brasil, Chile y Uruguay— arroja un incremento general del coeficiente de Gini de ingresos que va de 0,575 en 1870 a 0,653 en 1920, mientras que un análisis alternativo plantea un aumento más drástico de 0,296 en 1870 a 0,475 en 1929, aunque en términos ponderados demográficamente. Si bien los números son muy inciertos, la tendencia general parece bastante clara. Japón es un caso más idiosincrásico. Las primas por especialización al parecer disminuyeron durante el periodo Tokugawa, y los niveles de desigualdad eran bastante reducidos cuando finalizó el aislamiento del país en la década de 1850. Es posible que ello obedezca a la incapacidad previa de las élites mercantiles para obtener ganancias del comercio internacional. Asimismo, a medida que mejoraba la productividad agrícola y que el sector no agrario se ampliaba durante el aislamiento, el hecho de que los impuestos se establecieran conforme a suposiciones fijas sobre producción impidieron a los «trescientos señores» que poseían grandes dominios hacerse con unos excedentes agrícolas cada vez más cuantiosos, lo cual provocó una caída de su porcentaje de beneficios totales. Fue necesaria la apertura de Japón a la economía global y su posterior industrialización para llevar la desigualdad a niveles aún mayores.^[35]

En general, las tendencias nacionales durante el siglo previo a las guerras mundiales son tan claras como cabría esperar de una época que produjo lo que, conforme a criterios actuales, debe considerarse una cantidad relativamente modesta de datos, a menudo de una calidad y consistencia limitadas. Durante un largo periodo de tiempo que llega hasta 1914 y oscila entre varias décadas y más de un siglo dependiendo de los datos existentes para distintos países, la desigualdad aumentó o se mantuvo. En Inglaterra, la desigualdad de ingresos ya era tan alta a principios del siglo XIX que probablemente no podía aumentar mucho más, aunque la concentración de riqueza, también considerable, siguió incrementándose hasta alcanzar cotas inéditas. Mientras que Holanda, otro país precozmente desigual —y tal vez Italia— experimentaba una situación de estabilidad, las disparidades de

riqueza o ingresos aumentaron en Francia, España y gran parte de Alemania, además de Estados Unidos, los países latinoamericanos adecuadamente documentados y Japón. En una interpretación conservadora de los archivos, los países nórdicos al parecer también experimentaron una desigualdad bastante estable durante buena parte de este periodo, salvo por cierto grado de desconcentración de la riqueza entre los adinerados en el siglo XIX y dos caídas repentinas y escasamente explicadas en los porcentajes máximos de ingresos unos años antes del estallido de la primera guerra mundial. Entre finales del siglo XVIII y principios del XIX y la primera guerra mundial, los porcentajes del 1 % más rico aumentaron en seis de los ocho países para los cuales disponemos de datos: Gran Bretaña, Francia, Holanda, Suecia, Finlandia y Estados Unidos.

Al mismo tiempo, las compresiones de la desigualdad bien documentadas son infrecuentes: después de las sacudidas moderadamente equiparadoras de las revoluciones americanas, francesas y latinoamericanas de finales del siglo XVIII y principios del XIX, la guerra civil estadounidense es el único acontecimiento que, por lo que sabemos, influyó en la concentración de riqueza de una región. Al margen de esos ejemplos esporádicos de equiparación violenta, en la mayoría de los casos la desigualdad se mantuvo en unos niveles altos o aumentó. En términos generales, esto sucedió con independencia de si los países se industrializaron antes o después o no lo hicieron en absoluto, de si la tierra escaseaba o abundaba y de cómo estuvieran configurados los sistemas políticos. El progreso tecnológico, el desarrollo económico, la creciente globalización de los flujos de productos y capital y el constante fortalecimiento de los estados, todo ello sumado a un siglo de condiciones inusualmente pacíficas, crearon un entorno que protegía la propiedad privada y beneficiaba a los inversores de capital. En Europa, esto permitió que el largo aumento secular de la desigualdad que había comenzado con la desaparición de la peste negra hacia el final de la Edad Media se prolongara durante más de cuatro siglos. Es posible que otras zonas del planeta fueran testigo de fases más breves de desigualdad, pero no tardaron en situarse al mismo nivel.[36]

Al final del capítulo 14 analizo posibles respuestas a la pregunta de si el

mundo estaba a punto de entrar en una época de distribución aún más desigual de los ingresos y la riqueza. Pero, por supuesto, eso no es lo que ocurrió. Poco antes de las once de la mañana del 28 de junio de 1914, un serbobosnio de diecinueve años asesinaba a Francisco Fernando, el archiduque de Austria, y su esposa Sophie cuando recorrían las calles de Sarajevo en un coche descapotable. Cuando le preguntaron si era grave, el príncipe heredero, ya moribundo, respondió débilmente: «*Es ist nichts*», «no es nada». Se equivocaba.

Treinta y seis años y más de cien millones de muertes violentas después, gran parte de Europa y Asia oriental habían quedado destruidas en repetidas ocasiones, y los comunistas que habían perpetrado asesinatos de masas dominaban a un tercio de la población mundial. Entre 1914 y 1945 (o los años más recientes que están documentados), el porcentaje de ingresos del 1 % se redujo dos tercios en Japón; más de la mitad en Francia, Dinamarca, Suecia y probablemente también Reino Unido; la mitad en Finlandia; y más de un tercio en Alemania, Holanda y Estados Unidos. La desigualdad también se desplomó en Rusia y sus posesiones imperiales, así como en China, Corea y Taiwán. La concentración de riqueza en manos de la élite, aunque era más resistente fuera de entornos revolucionarios y, por tanto, tardó más en disminuir, normalmente siguió el mismo patrón. En Europa occidental, la ratio de existencias de capital respecto del PIB anual disminuyó unos dos tercios entre 1910 y 1950 y quizá cerca de la mitad en todo el mundo, un reequilibrio que redujo enormemente la preponderancia económica de los inversores ricos. Dos de los cuatro caballos de la igualación violenta —la movilización militar de masas y la revolución transformadora— habían sido liberados con consecuencias devastadoras. Por primera vez desde la peste negra, y en una escala sin par desde la caída del Imperio Romano, el acceso a los recursos materiales estaba distribuido de manera mucho más equitativa y, lo que es aún más inusual, en grandes extensiones del planeta. Al final de esta «gran compresión», normalmente en las décadas de 1970 o 1980, la desigualdad efectiva tanto en el mundo desarrollado como en los países en vías de desarrollo más poblados de Asia había caído a unos niveles desconocidos desde la transición al sedentarismo y la domesticación

alimentaria miles de años antes. Los siguientes capítulos nos cuentan por qué.
[\[37\]](#)

Segunda parte

GUERRA

Capítulo 4

GUERRA TOTAL

«LA SITUACIÓN DE CONFLICTO BÉLICO NO HA BENEFICIADO NECESARIAMENTE A JAPÓN»: LA GUERRA TOTAL COMO IGUALADOR ABSOLUTO

En su día, Japón fue uno de los países más desiguales de la Tierra. En 1938, el 1% del país recibía un 19,9% de todos los ingresos brutos y transferencias documentados. En los siete años posteriores, su porcentaje se había reducido dos tercios hasta un 6,4%. Más de la mitad de esta pérdida fue acusada por la décima parte más rica de esa horquilla superior: su porcentaje de ingresos pasó del 9,2% al 1,9% en el mismo periodo, una reducción de casi cuatro quintas partes (Fig. 4.1).

Por rápidos y masivos que fueran esos cambios en la distribución de ingresos, no son nada en comparación con la destrucción todavía más extrema de la riqueza de la élite. El valor real declarado del 1% de patrimonios más cuantiosos de Japón se redujo un 90% entre 1936 y 1945 y casi un 97% entre 1936 y 1949. El 0,1% de los patrimonios más cuantiosos perdió aún más: un 93% y más de un 98%, respectivamente. En términos reales, la cantidad de riqueza necesaria para incluir a una familia entre el 0,01% más rico (o una de cada 10.000) en 1949 solo la habría situado en el 5% más rico en 1936. Las fortunas se habían reducido tanto que lo que solía

considerarse simple opulencia ahora estaba fuera del alcance de casi todos. Las series de datos discontinuas hacen que resulte difícil establecer con precisión la reducción generalizada de la desigualdad japonesa: sin embargo, dado que muestran una caída en el coeficiente de Gini de renta nacional desde 0,45 y 0,65 a finales de la década de 1930 hasta 0,3 a mediados de los años cincuenta, la tendencia a la baja es indudable y refuerza la impresión de una equiparación masiva propiciada por la contracción de los ingresos máximos y los porcentajes de riqueza.[1]

En lo tocante a los ingresos de las élites, Japón pasó de ser una sociedad cuya distribución era tan desigual como la de Estados Unidos en vísperas de la caída de la bolsa de 1929 —un nivel máximo para el 1 %— a equipararse con la de la Dinamarca actual, el país desarrollado más igualitario en lo relativo a porcentaje de ingresos más elevados. Y la riqueza de las élites prácticamente había quedado erradicada: solo Lenin, Mao o Pol Pot podrían haber llevado a cabo un trabajo más concienzudo (véase el capítulo 7). Pero Japón no había conseguido el ideal danés, ni tampoco había sido conquistado por comunistas delirantes. Por el contrario, había entrado en —o, según otras definiciones, iniciado— la segunda guerra mundial, primero intentando imponer su control sobre China y más tarde creando un imperio colonial que iba desde Birmania, en el oeste, hasta los atolones de Micronesia, al este, y desde las islas Aleutianas, situadas al norte del círculo polar ártico hasta las islas Salomón, al sur del ecuador. En la cúspide de su poder, afirmó haber reclamado más o menos el mismo número de almas que el Imperio Británico por la misma época, esto es, cerca de quinientos millones de personas, o una quinta parte de la población mundial.[2]

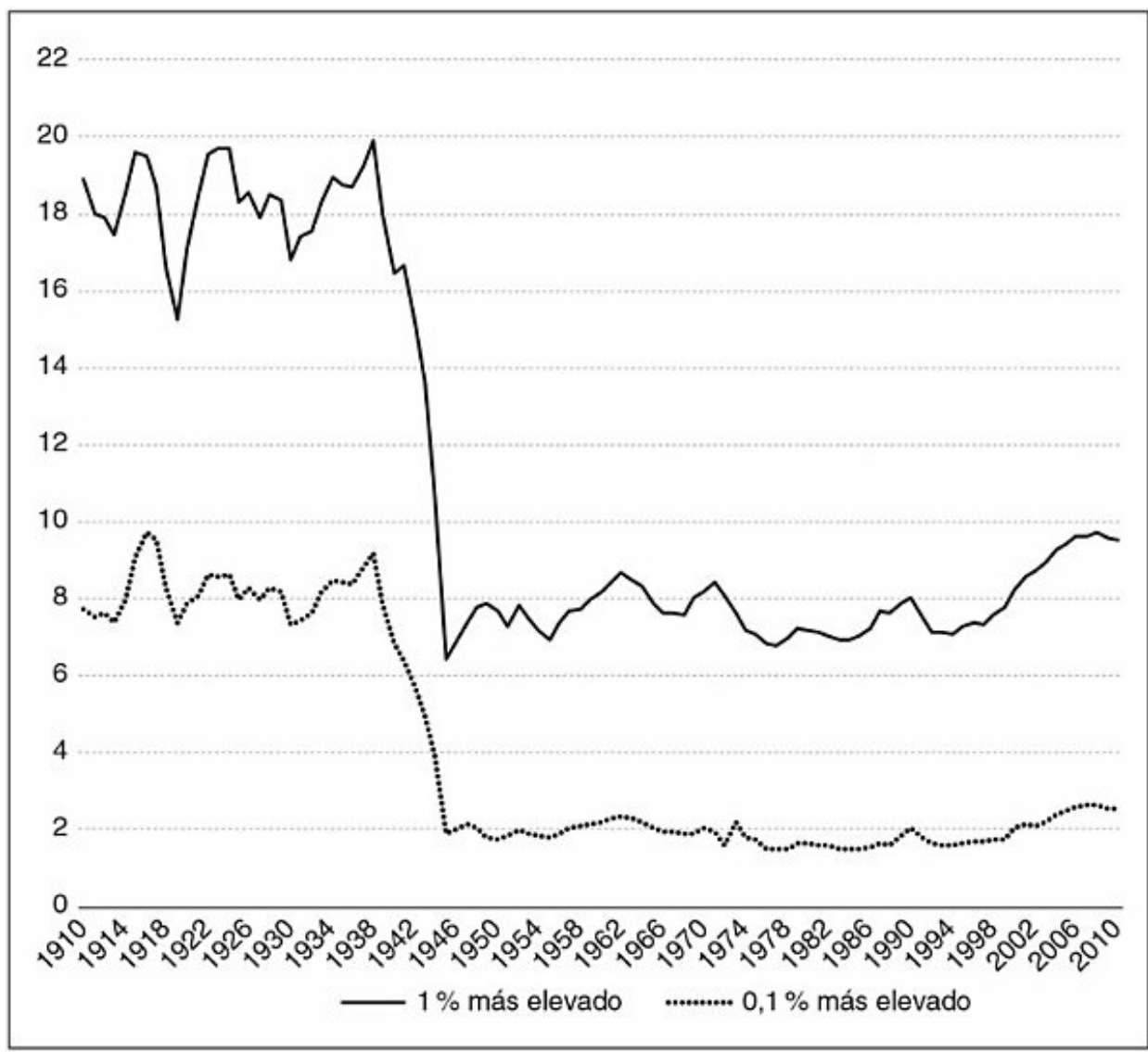


FIGURA 4.1. Porcentajes de ingresos máximos en Japón, 1910-2010

Para mantener tan extravagante empresa, el ejército japonés se había multiplicado por veinte, pasando de un cuarto de millón de efectivos a mediados de la década de 1930 a más de cinco millones en verano de 1945, es decir, uno de cada siete varones japoneses de cualquier edad. La producción de armamento se disparó en el mismo grado. Al final de la guerra, alrededor de 2,5 millones de soldados japoneses habían perecido. Durante los últimos nueve meses del conflicto, los bombarderos estadounidenses sembraron muerte y destrucción en Japón y mataron a casi 700.000 civiles. Pese a los horrores que causaron, las dos bombas atómicas fueron una mera

conclusión a varios años de esfuerzo, sufrimiento y devastación desorbitados. Cuando la guerra total culminó en una derrota también total, Japón fue ocupado por cientos de miles de soldados estadounidenses y sometido a invasivas reformas institucionales concebidas para frenar futuras ambiciones imperialistas.

Estos dramáticos acontecimientos no solo aportaron el contexto en el que se produjo un grado excepcional de igualación: fueron la causa única de este proceso. La guerra total comprimió la desigualdad en una escala sin precedentes. Y, como han dejado sobradamente claro algunos estudios recientes, estas consecuencias no estuvieron limitadas en modo alguno a Japón. Otros actores importantes de la segunda guerra mundial, y anteriormente la primera, experimentaron transformaciones similares, aunque no siempre tan extremas. Lo mismo ocurrió en el caso de varios espectadores cercanos. La movilización bélica de masas fue uno de los dos principales medios de equiparación en el siglo XX. La revolución transformadora —comunista— fue el otro: pero, en la medida en que esas revoluciones fueron impulsadas por las contiendas mundiales, la guerra total fue la causa última. Volviendo a mi símil de los cuatro jinetes, la guerra y la revolución eran como gemelos que atacan juntos.

Japón es un caso de manual para explicar la igualación propiciada por la guerra. A continuación entraré en detalles sobre la experiencia de ese país durante la guerra y bajo la ocupación, a la vez que trato de identificar los numerosos y variados factores que conspiraron para destruir la riqueza y comprimieron marcadamente la difusión de los ingresos. Posteriormente ofreceré una evaluación global más sistemática de la equiparación asociada a las dos contiendas mundiales tanto a corto como a medio plazo, y valoraré brevemente las experiencias de algunos países, la influencia de la guerra en las políticas subsiguientes y grandes efectos secundarios como la sindicalización y la democratización. En capítulos posteriores exploraré hasta cuándo podemos remontarnos para detectar efectos igualadores causados por la movilización bélica de masas, los efectos de otros tipos de guerra que han sido mucho más habituales históricamente y, por último, los efectos de la guerra civil. Como veremos, a lo largo de la historia de la humanidad, la

violencia de la guerra ha afectado a la desigualdad de maneras muy diferentes: solo las formas más generalizadas de actividad militar han logrado acortar la brecha entre ricos y pobres.

La desigualdad había aumentado en Japón desde que el país se abrió al mundo a finales de la década de 1850, lo cual supuso un cambio asombroso respecto de las condiciones previas. Los datos provinciales de finales del sogunato indican que la desigualdad de los ingresos personales y los niveles de riqueza había sido relativamente baja según criterios internacionales contemporáneos. No existe ningún indicio de que la desigualdad salarial hubiera aumentado durante el periodo Tokugawa; por el contrario, existen pruebas que constatan un declive gradual de las primas de especialización desde mediados del siglo XVI hasta mediados del XVII, calculadas en salarios en arroz. De ser cierto, ello denotaría una menor desigualdad de ingresos entre los trabajadores. Es posible que la brecha entre la élite y el pueblo llano también estuviera acortándose. En fases posteriores de este periodo, los señores locales se hallaban en desventaja en la lucha por unos excedentes cada vez mayores: limitados por unos impuestos agrícolas estáticos, estaban viéndose superados por comerciantes y agricultores. Cuando el volumen del comercio internacional se redujo enormemente en los siglos XVIII y principios del XIX, las élites en general no podían obtener beneficios de las actividades comerciales, lo cual también ayudó a contener la desigualdad.[3]

Todo esto cambió cuando Japón se incorporó a la economía internacional y experimentó una rápida industrialización. Aunque escasean las cifras fiables, se cree que tanto el coeficiente de Gini de renta nacional como los porcentajes de ingresos más elevados aumentaron a partir de mediados del siglo XIX. La industrialización se aceleró después de la guerra ruso-japonesa, librada en 1904 y 1905. El aumento del comercio con Europa mantuvo un crecimiento propiciado por las exportaciones pese a que la inflación deprimió los salarios reales. Los beneficios de las grandes empresas aumentaron en respuesta a la primera guerra mundial y el crecimiento de los ingresos

empezó a superar al de los salarios. En consecuencia, la desigualdad se acentuó en el periodo de entreguerras. En la década de 1930, la élite rica vivió un momento dulce: terratenientes, accionistas y directivos de empresas cosecharon grandes beneficios gracias al desarrollo económico. La propiedad de acciones estaba muy concentrada y era sumamente lucrativa merced a unos dividendos generosos. A menudo, los directivos también eran accionistas mayoritarios y recibían grandes salarios y primas. Los reducidos impuestos protegían sus ingresos y facilitaban una acumulación permanente de riquezas.[4]

El ataque japonés a China en julio de 1937 acabó repentinamente con esta confortable situación. Cuando la campaña inicial se convirtió en una invasión del país más poblado de la Tierra, Japón se vio obligado a desviar cada vez más recursos a su ejército. Tras la ocupación gradual de la Indochina francesa desde septiembre de 1940, el ataque frontal de Japón a Estados Unidos, Reino Unido, las Indias Orientales Neerlandesas, Australia y Nueva Zelanda en diciembre de 1941 subió aún más el listón. En los primeros seis meses de la guerra del Pacífico, las fuerzas japonesas combatieron en una gran extensión que iba desde las islas de Hawái y Alaska hasta Sri Lanka y Australia. En 1945, más de ocho millones de hombres japoneses, casi una cuarta parte de la población masculina del país, habían acabado en el ejército. La producción de armas se multiplicó por veintiuno en términos reales entre 1937 y 1941 y se triplicó en los cuatro años posteriores.[5]

Esta extraordinaria campaña de movilización tuvo un efecto importante en la economía. Durante la guerra, la regulación gubernamental, la inflación y la destrucción física allanaron la distribución de ingresos y riqueza. El primero de esos tres mecanismos fue el más importante. La intervención estatal fue creando una economía planificada que solo conservaba la fachada de capitalismo de mercado libre. Lo que nació como unas medidas de urgencia se amplió y se institucionalizó con el tiempo. La economía planificada de Manchuria, una región ocupada por el ejército japonés desde 1932, fue uno de sus modelos. En la primavera de 1938, la Ley de Movilización Nacional General otorgó al gobierno amplios poderes para que la economía japonesa estuviera al servicio de la campaña bélica (que pronto

devendría en una guerra total, o *kokka sôryokusen*): la capacidad para contratar y despedir, decidir las condiciones laborales, producir, distribuir, mover y poner precio a los productos y solucionar disputas con los trabajadores. En 1939, la Ordenanza para el Control de los Dividendos y la Circulación de Capital limitó los incrementos de dividendos. Los alquileres de las granjas y ciertos precios quedaron congelados, y los salarios y el precio de las tierras empezaron a estar regulados. Las primas para los directivos fueron limitadas en 1940 y, al año siguiente, los ingresos anuales por arrendamientos fueron fijados por las autoridades. Los impuestos sobre la renta para personas físicas y empresas aumentaban casi cada año: en 1937, 1938, 1940, 1942, 1944 y 1945. El impuesto máximo sobre la renta se duplicó entre 1935 y 1943. El gobierno intervino en los mercados de acciones y bonos para potenciar los bonos de guerra a expensas de las participaciones y bonos de empresa, que en aquel momento daban menos beneficios. La notable inflación, junto con los alquileres urbanos y agrarios y los precios de las tierras, todos ellos fijos, redujeron el valor de los bonos, los depósitos y los inmuebles.

Al principio de la guerra del Pacífico, el Estado requisó todos los barcos privados que superaran un desplazamiento de cien toneladas y pocos de ellos volvieron: cuatro de cada cinco buques mercantes se perdieron en la guerra. Con arreglo a la Ley de Fabricantes de Municiones de 1943, las empresas que fueron oficialmente designadas como proveedoras de munición se vieron obligadas a nombrar supervisores de producción que recibían órdenes directas del gobierno, que determinaba las inversiones en equipos, gestión del trabajo y distribución del capital; los beneficios y dividendos eran estipulados por el Estado. Desde 1943, el gobierno introdujo un cambio generalizado en la producción de armamento: el único aliciente eran unas promesas infundadas de compensación futura. En 1944, el Estado asumió más poderes y algunas empresas fueron nacionalizadas. Un estudio enumera unos setenta controles económicos creados entre 1937 y 1945, una amplia variedad de medidas que incluían racionamientos y controles del capital, los salarios, los precios y los arrendamientos de tierras.^[6]

El sistema *zaibatsu* de conglomerados empresariales, que estaba

controlado por unas pocas familias adineradas, empezó a debilitarse. Cuando los ahorros e inversiones de los ricos resultaron insuficientes para reunir el capital necesario para la expansión industrial en tiempos de guerra, hubo que pedir préstamos fuera de esos círculos antaño cerrados, y el Banco Industrial de Japón redujo la participación en el mercado de las instituciones financieras privadas. Aunque los accionistas mayoritarios ocupaban altos cargos directivos, el aumento de la capitalización y los préstamos extranjeros empezaron a cortar los lazos íntimos entre propiedad y gestión, lo cual tuvo consecuencias adversas para la acumulación de riquezas. En términos más generales, las presiones de la guerra dieron lugar a la idea de que una empresa no debía ser propiedad exclusiva de los accionistas, sino una organización comunal que involucrara a todos sus miembros. Esta doctrina alentó la separación de propiedad y gestión y otorgó más derechos a los trabajadores, incluido el reparto de beneficios.[7]

Una serie de intervenciones durante la guerra presagiaron la exhaustiva reforma agraria iniciada durante la ocupación estadounidense. Antes de la guerra, los terratenientes —en su mayoría de una riqueza modesta— eran propietarios de la mitad de los cultivos y un tercio de los campesinos trabajaban para ellos como aparceros. La pobreza rural había desencadenado disputas y malestar en el periodo de entreguerras, pero los intentos de reforma habían sido a lo sumo ineficaces. Esto cambió con la Ley de Adaptación de las Tierras de Cultivo, aprobada en 1938, que obligaba a los propietarios a vender tierras arrendadas y permitía la compra obligatoria de terrenos baldíos. En 1939, la Orden de Control de Arrendamiento de Tierras congeló los alquileres a los niveles del momento y otorgó al gobierno el derecho a ordenar bajadas de precios. La Orden de Control del Precio de la Tierra de 1941 fijó los precios en los valores de 1939, y la Orden de Control de Tierras del mismo año dio poder al gobierno para decidir qué se cultivaba. Con la Ley de Control de Alimentos de 1942, las autoridades empezaron a determinar el precio de los ingredientes básicos. Todo el arroz sobrante del consumo personal debía venderse al Estado y todos los arrendamientos de tierras que no fuesen utilizadas debían ser transferidos a la hacienda pública. Los crecientes subsidios recaían en los arroceros para alentar la producción

en ausencia de incentivos en los precios. Esto permitió que los ingresos de los productores primarios mantuvieran el ritmo de la inflación, mientras que los de los terratenientes se vieron erosionados, una divergencia que provocó una considerable equiparación en las zonas rurales. Los arrendamientos reales cayeron cuatro quintas partes entre 1941 y 1945, y del 4,4 % de la renta nacional a mediados de la década de 1930 pasaron a un 0,3 % en 1946. Las consecuencias para los terratenientes podrían haber sido aún peores, ya que se debatieron varias propuestas de confiscación que no llegaron a ponerse en práctica.[8]

Los trabajadores no solo se beneficiaron de los controles de los arrendamientos, los subsidios del Estado y una mayor intervención gubernamental en la gestión de los negocios, sino también de una expansión de las prestaciones sociales, que obedecía a la preocupación por las condiciones físicas de los reclutas y trabajadores y pretendía atenuar la ansiedad de la ciudadanía. En 1938 se creó un Ministerio de Bienestar Social, que se convirtió inmediatamente en una importante fuerza motriz de las políticas sociales. Sus funcionarios crearon unos planes de seguro sanitario parcialmente financiados por el Estado que se ampliaron enormemente a partir de 1941, al igual que ocurrió con las ayudas a los pobres. Varios planes de pensiones públicas iban destinados a frenar el consumo y en 1941 se construyeron las primeras viviendas sociales del país.[9]

La segunda fuerza igualadora, la inflación, se aceleró durante la guerra. Los precios de consumo aumentaron un 235 % entre 1937 y 1944 y otro 360 % solo entre 1944 y 1945. Ello redujo marcadamente el valor de los bonos y los depósitos, pese a que los controles sobre los arrendamientos estaban erosionando los ingresos reales de los terratenientes.[10]

A diferencia de los escenarios europeos, el tercer factor, esto es, la destrucción física del capital en el propio Japón, solo intervino en los últimos estadios de la guerra, si bien los envíos comerciales ya se habían visto afectados mucho antes. En septiembre de 1945, una cuarta parte del capital físico del país había quedado arrasada. Japón perdió el 80 % de sus buques mercantes, un 25 % de todos sus edificios, un 21 % del mobiliario y los efectos personales de las familias, un 34 % de los equipamientos de las

fábricas y un 24 % de los productos acabados. El número de fábricas en activo y la envergadura de la población que trabajaba en ellas se redujo prácticamente a la mitad durante el último año de la guerra. Los daños variaban enormemente de un sector a otro: aunque las pérdidas en la siderurgia fueron mínimas, un 10 % de la industria textil, un 25 % de la producción de maquinaria y un 30 % de la industria química quedaron inutilizadas. La gran mayoría de esas pérdidas fueron causadas por ataques aéreos. Según el Estudio de Bombardeos Estratégicos de EE. UU., llevado a cabo en 1946, los aliados habían lanzado 160.800 toneladas de bombas sobre Japón, menos de una octava parte del volumen de bombardeos en Alemania, pero con mayor éxito debido a que los objetivos estaban peor defendidos. El lanzamiento de bombas incendiarias sobre Tokio durante las noches del 9 y 10 de marzo de 1945, que incluso según cálculos conservadores acabaron con la vida de cerca de 100.000 habitantes y destruyeron más de un cuarto de millón de edificios y viviendas en un área de cuarenta kilómetros cuadrados, fue solo uno de los varios acontecimientos destacados, como también lo fue la aniquilación de Hiroshima y Nagasaki cinco meses después. Los recopiladores del estudio calcularon que se destruyó alrededor de un 40 % del área construida de sesenta y seis ciudades que fueron bombardeadas y que aproximadamente un 30 % de toda la población urbana del país perdió su hogar. Sin embargo, pese a las pérdidas que ello ocasionó a los propietarios de inmuebles y a los inversores, no debemos exagerar el efecto general. Gracias a la agresiva expansión de la industria pesada y química durante la guerra, el volumen de equipos de producción que sobrevivió en 1945 superaba al existente en 1937. Y, con la salvedad de las embarcaciones, la destrucción física se limitó eminentemente a los últimos nueve meses de guerra, mucho después de que los porcentajes máximos de ingresos y riqueza hubieran entrado en caída libre (véase la Fig. 4.1., incluida anteriormente). Los bombardeos aliados no hicieron sino acelerar una tendencia continuada.

[11]

Los rendimientos del capital casi desaparecieron durante la guerra: el porcentaje de arrendamientos e intereses en la renta nacional total pasó de una sexta parte a mediados de los años treinta a solo el 3 % en 1946. En 1938,

los dividendos, los intereses y los ingresos por arrendamientos suponían alrededor de un tercio de los ingresos del 1 % más rico, y el resto se dividía entre ingresos por empresas y empleo. En 1945, el porcentaje de rendimientos del capital se había reducido a menos de una octava parte y el de los salarios a una décima parte; los rendimientos empresariales eran la única fuente de ingresos importante que quedaba de la antigua riqueza. Tanto en términos absolutos como relativos, los dividendos y los salarios, que se habían visto sometidos a unos controles gubernamentales cada vez más estrictos, fueron los que sufrieron más. Los rentistas y los directivos con salarios elevados habían quedado arruinados como clase. Este declive fue desproporcionadamente marcado entre los estratos más altos del 1 % más rico.

Al mismo tiempo, esto no vino acompañado de una compresión comparable entre los siguientes grupos de ingresos más acaudalados. El porcentaje de ingresos de las familias situadas entre los percentiles noventa y cinco y noventa y nueve (el 4 % de ingresos más elevados por debajo del 1 % más alto) apenas se redujo durante la guerra y luego se estabilizó durante mucho tiempo más o menos al mismo nivel que a principios del siglo XX, esto es, aproximadamente en un 12-14 % de la renta nacional. Aunque la mayoría habían sufrido menoscabos en sus ingresos, solo los japoneses más ricos perdieron también en términos relativos: mientras que antes de la segunda guerra mundial el 1 % más rico había generado unos ingresos que equivalían más o menos a la mitad del siguiente 4 % junto, a partir de 1945 no volvieron a ganar nunca más de la mitad de lo que percibía dicho grupo. Por tanto, las pérdidas totales de porcentaje de ingresos entre el 1 % más rico se tradujeron en ganancias en el porcentaje del 95 % de la subélite de la población, cuya porción de la renta nacional aumentó una quinta parte, pasando del 68,2 % en 1938 al 81,5 % en 1947. Esto supuso un cambio espectacular que incrementó el porcentaje de ingresos del 95 %, de tal manera que pasó de ser comparable al de Estados Unidos en 2009 a equipararse al de la Suecia actual en menos de una década.[12]

«EL FUTURO YA NO ESTARÁ CONDICIONADO POR UNOS POCOS»: IGUALACIÓN REFORZADA Y CONSOLIDADA

Sin embargo, lo ocurrido durante la guerra solo fue una parte del proceso de igualación. Es posible que Japón fuera único entre los principales contendientes en el sentido de que toda la compresión de ingresos netos observada desde finales de la década de 1930 se produjo durante la segunda guerra mundial y no mayoritariamente durante y en menor medida después de la guerra, como sí ocurrió en otros lugares (véase la Tabla 5.2). No obstante, al igual que en esos otros países, la desconcentración de ingresos y riqueza a más largo plazo estuvo condicionada por el carácter igualador de las políticas de posguerra. En el caso de Japón, puede demostrarse que todas esas políticas fueron un resultado directo del conflicto. Cuando el emperador Hirohito reconoció, el 15 de agosto de 1945, que «la situación en la guerra no ha jugado necesariamente a favor de Japón» y llegó el momento de «soportar lo insoportable» —la rendición incondicional y la ocupación por parte de las fuerzas aliadas—, la economía de su país era un desastre. La falta de materias primas y combustible había provocado el derrumbamiento de la producción. En 1946, el PIB real era un 45 % más bajo que en 1937, y el volumen de importaciones suponía una octava parte del de 1935 en términos reales. Cuando la economía se recuperó, toda una serie de políticas y efectos relacionados con la guerra sirvieron para mantener la compresión de ingresos que se produjo durante la contienda y para allanar aún más la distribución de riqueza.[13]

La hiperinflación comenzó cuando terminó la guerra. Tras multiplicarse por catorce entre 1937 y 1945, el índice de precios de consumo se disparó con mucha más rapidez entre 1945 y 1948. Aunque los índices documentados varían, una estimación afirma que los precios de consumo en 1948 eran un 18.000 % más altos que cuando Japón invadió China. Lo poco que quedaba de la renta fija del capital se evaporó.[14]

Tanto las empresas como los terratenientes se convirtieron en objetivos de una agresiva reestructuración. Los tres objetivos principales del gobierno

de ocupación estadounidense eran la disolución del *zaibatsu*, la democratización del trabajo y la reforma agraria, unas medidas que debían ponerse en práctica en combinación con unos punitivos impuestos progresivos. El objetivo último era eliminar no solo la capacidad material para la guerra, sino también las fuentes percibidas de agresión imperialista. Las reformas económicas formaban parte de una variedad más amplia de cambios democratizadores fundamentales ideados para rediseñar las instituciones japonesas: una nueva constitución, sufragio femenino y una exhaustiva revisión de los sistemas judicial y policial, por nombrar solo unos pocos. Todo ello fue llevado a cabo como una consecuencia directa de la guerra, que había propiciado la ocupación extranjera.[15]

Las intervenciones en la economía buscaban explícitamente la igualación como un medio para conseguir los resultados deseados. La «Directriz básica» para las autoridades de ocupación estadounidenses, titulada «Democratización de las instituciones económicas japonesas», alentaba la promoción de una «amplia distribución de los ingresos y de la propiedad de los medios de producción y comercio». Con el objetivo de crear un estado del bienestar, las metas de la política de ocupación estaban íntimamente relacionadas con las del New Deal. En 1943 y 1945, unos investigadores estadounidenses concluyeron que la baja distribución de la riqueza entre los trabajadores industriales y agricultores japoneses había entorpecido el consumo nacional e impulsado el expansionismo económico en el extranjero. Ahora lo abordarían mediante la reorganización de la mano de obra con salarios más altos que fomentarían el consumo nacional y facilitarían la desmilitarización. La democratización y la equiparación económica no eran fines en sí mismos: el objetivo subyacente de tales políticas era combatir el militarismo reestructurando algunos rasgos de la economía que podían ocasionar agresiones extranjeras. Una vez más, en el análisis final, la guerra y sus consecuencias fueron responsables de estos cambios.[16]

Los ocupantes blandieron el arma de la tributación con mano dura. Entre 1946 y 1951 se aplicó un cuantioso impuesto progresivo al valor neto de los activos con un bajo nivel de exención y una tasa marginal máxima del 90 %. Al ser aplicado a los activos en lugar de los ingresos o simplemente los

bienes inmobiliarios, era una medida manifiestamente confiscatoria. Desde la perspectiva estadounidense, el impuesto debía redistribuir la propiedad privada y transferir las ganancias a las clases bajas para potenciar su capacidad de consumo. Al principio afectaba a una de cada ocho familias y finalmente transfirió un 70 % de las propiedades de las 5.000 familias más ricas al Estado, así como un tercio de los activos de quienes estaban obligados a pagar. Esta recaudación fiscal iba destinada a los adinerados en una época en que la carga impositiva en general era bastante baja. La redistribución, y no la maximización de beneficios, era el principio rector. También en 1946, numerosos depósitos bancarios fueron congelados y más adelante se vieron erosionados por la inflación, y aquellos que superaban cierto umbral fueron eliminados dos años después.[17]

Las autoridades ocupantes veían con malos ojos el *zaibatsu*, esto es, el sistema de empresas familiares, pues lo consideraban un socio de los líderes militaristas de los años de guerra y, en términos más generales, una fuerza que perpetuaba relaciones semif feudales entre la directiva y la mano de obra, lo cual reducía los salarios de los trabajadores y ayudaba a los capitalistas a amasar enormes beneficios. Los mayores *zaibatsu* fueron disueltos y perdieron así el control sobre la economía del país (otros planes más ambiciosos para la reorganización de centenares de empresas fueron víctima de los cambios políticos de la guerra fría). Las familias *zaibatsu* se vieron obligadas a vender un 42 % del total de sus participaciones, lo cual provocó una gran reducción en la proporción de acciones que poseían las empresas. En una purga nacional de altos directivos llevada a cabo en 1947, unos 2.200 gerentes de seiscientos treinta y dos empresas fueron despedidos o decidieron retirarse antes de que los echaran. El sistema anterior de control empresarial estricto por parte de los capitalistas había sido desbaratado. En su mensaje de Año Nuevo de 1948, el general MacArthur declaraba que:

La política aliada ha exigido la ruptura de ese sistema que en el pasado ha permitido que gran parte del comercio, la industria y los recursos naturales de su país sean propiedad de una minoría de familias feudales que los controlan y explotan para su beneficio exclusivo.[18]

Los planes iniciales de intervención habían sido muy duros. En 1945 y 1946, el gobierno de ocupación barajó unos planes para eliminar los equipos de fabricación y producción de energía a fin de que el nivel de vida se mantuviera en los niveles de los años veinte o principios de los treinta y absorber todo lo que superara ese umbral como indemnizaciones de guerra. Aunque esa política cambió rápidamente en respuesta a las nuevas realidades de la guerra fría, se pusieron en práctica muchas medidas invasivas. Las fábricas de armamento y otras empresas relacionadas fueron confiscadas a modo de indemnización. En julio de 1946, argumentando que «la guerra no es un negocio con ánimo de lucro», los estadounidenses ordenaron el cese de los pagos de compensación que se habían prometido por las pérdidas durante el conflicto; las reclamaciones pendientes fueron denegadas. Todo ello agregó presión a los balances de negocios y bancos. Muchas empresas se vieron obligadas a cerrar en años posteriores. Otras consumieron los fondos de reserva, el capital y las participaciones e incluso trasladaron el peso a los acreedores para sobrevivir.[19]

La derrota provocó otras pérdidas. En la década de 1930 se había producido una considerable salida de capital para su inversión en las colonias japonesas de Taiwán, Corea y Manchuria. Durante la guerra, las empresas japonesas eran más agresivas en las colonias y los territorios ocupados, incluida China. Según el Tratado de Paz de San Francisco, firmado en 1951, Japón perdió todos sus activos internacionales, la mayoría de los cuales ya se habían adueñado varios países.[20]

El sector financiero quedó devastado. En 1948, las pérdidas de la banca habían aumentado de tal manera que solo podían afrontarse eliminando todos los rendimientos del capital y las ganancias reservadas y recortando el capital de los bancos en un 90 %, además de cancelar los depósitos que superaran cierto umbral. Los accionistas no solo acusaron enormes pérdidas, sino que incluso se les prohibió comprar nuevas emisiones durante tres años. A consecuencia de ello, las rentas de capital no superaban el 0,3 % del 1 % de ingresos más elevados, frente a un 45,9 % en 1937 y un 11,8 % en 1945.[21]

La sindicalización se convirtió en una de las máximas preocupaciones. Los afiliados sindicales representaban menos del 10 % antes de la guerra, y

los sindicatos existentes habían sido disueltos en 1940 y sustituidos por asociaciones de trabajadores industriales de signo patriota. Esta modalidad de organización de trabajadores se utilizó para motivar a la mano de obra de cara a la campaña bélica y supuso la base para la creación de sindicatos empresariales durante la ocupación. La Ley de Sindicatos de Trabajadores fue redactada inmediatamente después de la llegada de las fuerzas estadounidenses en otoño de 1945 y se basó en unos planes de preguerra que habían fracasado. La ley, aprobada a finales de ese mismo año, otorgaba a los trabajadores el derecho a organizarse, ir a la huelga y entablar negociaciones colectivas. El número de miembros disparó: en 1946, el 40 % de los trabajadores pertenecían a un sindicato, y en 1949 la cifra ascendía casi al 60 %. Las prestaciones al margen de los salarios aumentaron y los sistemas de seguros sanitarios y pensiones creados durante la guerra se ampliaron. Los sindicatos fueron esenciales para establecer relaciones de cooperación entre sectores al poner énfasis en las primas por antigüedad, la seguridad laboral y, lo más importante desde la perspectiva de la equiparación, al fomentar el consenso en relación con una nueva estructura salarial que determinaba las pagas en función de la edad, las necesidades, el nivel de vida, los precios y la inflación. Se estipuló un salario mínimo para los trabajadores principiantes que aumentaba con la edad, la antigüedad y el número de familiares. Los ajustes frecuentes del salario mínimo para seguir el ritmo de la inflación redujeron las brechas salariales, inicialmente altas, entre los oficinistas y los obreros.[22]

Finalmente, la reforma agraria fue otro gran objetivo de las autoridades de ocupación: en inusual concordancia con los maoístas que estaban haciéndose con el poder en China por aquella época, consideraban el latifundismo un gran mal que debía ser erradicado. Un comunicado del gobierno sostenía que la redistribución de tierras era esencial para llevar a Japón por la senda de la paz y señalaba que el ejército japonés había convencido a los campesinos pobres de que la agresión a los países extranjeros era la única manera de salir de la pobreza: en ausencia de reforma agraria, el campo seguiría siendo un semillero de militarismo. De nuevo, el criterio subyacente para la intervención guardaba una estrecha relación con la guerra. Un proyecto de

reforma agraria ideado por el Ministerio de Agricultura japonés y aprobado a finales de 1945 fue tachado por Estados Unidos de excesivamente moderado y en octubre de 1946 se aprobó un plan revisado. Todas las tierras que eran propiedad de absentistas (es decir, de aquellos que no residían en el mismo pueblo en el que se encontraba la tierra) fueron sometidas a compra obligatoria, al igual que todas las tierras arrendadas que superaran una hectárea y fuesen propiedad de terratenientes residentes. Las tierras trabajadas por sus propietarios que superaran las tres hectáreas también podían incluirse si se consideraba que el cultivo era ineficaz. Los niveles de compensación, una vez establecidos, se vieron rápidamente erosionados por la descontrolada inflación. Lo mismo ocurrió con los arrendamientos, que debían pagarse en unas cifras congeladas desde finales de 1945 y, por tanto, fueron eliminados paulatinamente por la inflación. El simultáneo declive de los valores reales de la tierra fue dramático: entre 1939 y 1949, el precio real de los arrozales en relación con el del arroz se redujo en un factor de quinientos y más o menos a la mitad en relación con el precio del tabaco. Un tercio de todas las tierras de cultivo de Japón se vieron afectadas por la reforma y fueron transferidas a la mitad de las familias rurales del país. Las tierras arrendadas, que antes de la guerra representaban casi la mitad del total, cayeron al 13 % en 1949 y al 9 % en 1955, mientras que el porcentaje de propietarios-agricultores de la población rural se duplicó con creces, pasando de un 31 % a un 70 %, y los arrendatarios sin tierras prácticamente desaparecieron. El coeficiente de Gini de ingresos en las poblaciones rurales pasó de 0,5 antes de la guerra a 0,35 después. Aunque esta reforma se cimentaba en medidas e ideas adoptadas por Japón durante el conflicto, su aplicación a tan drástica escala fue un resultado directo de la ocupación. Con su habitual modestia, el general MacArthur describía el plan como «probablemente la reforma agraria más exitosa de la historia».[23]

Los años de guerra total y la posterior ocupación, desde la invasión de China en 1937 hasta el tratado de paz de 1951, reestructuraron por completo las fuentes y distribución de ingresos y riqueza en Japón. La abrupta caída de los porcentajes máximos de ingresos y el dramático desmoronamiento de las grandes fortunas que observábamos al principio de este capítulo obedecieron

sobre todo a la reducción del rendimiento de capital, que no solo afectó a los muy ricos. La composición del 9 % de los patrimonios más grandes cambió considerablemente. Mientras que en 1935 las acciones, los bonos y los depósitos suponían casi la mitad de los activos de esta categoría, en 1950 el porcentaje cayó a una sexta parte y las tierras de cultivo habían pasado de cerca de un cuarto a menos de un octavo. La mayoría de esos cambios se produjeron durante la guerra: el total de la reducción de los porcentajes de ingresos más elevados y, en términos absolutos, casi toda la caída (alrededor de un 93 %) del valor real del 1 % de patrimonios más cuantiosos entre 1936 y 1949 se había consumado en 1945.[24]

No obstante, el periodo de ocupación, como resultado directo de la guerra, tuvo una importancia crucial para que las medidas tomadas durante el conflicto fueran permanentes y más afianzadas. Tal como afirmaba el general MacArthur en su primer mensaje de Año Nuevo al pueblo de Japón, el futuro ya no estaría «condicionado por unos pocos». La intervención estadounidense en la economía japonesa se centró en los impuestos, el gobierno corporativo y la organización del trabajo, unos ámbitos en los que los líderes de la guerra ya habían infligido grandes penurias económicas a la élite establecida. Por tanto, la guerra y los años inmediatamente posteriores fomentaron un cambio secular, donde se sustituyó a una clase rica y poderosa de accionistas que habían controlado la gestión y exigían elevados dividendos por un sistema corporativo más igualitario de empleo de por vida, salarios en función de la antigüedad y sindicatos empresariales. Además de reestructurar las empresas y sus relaciones con los trabajadores y la reforma agraria, los impuestos progresivos fueron un mecanismo esencial para mantener la igualdad que afloró durante la guerra. El sistema tributario japonés, formalizado a partir de la década de 1950, impuso un índice marginal del 60 % al 70 % a los ingresos máximos y un impuesto patrimonial que superaba el 70 % en el caso de las mayores fortunas. Esto ayudó a contener la desigualdad de ingresos y la acumulación de riquezas hasta bien entrada la década de 1990, ya que la fuerte protección a los arrendatarios redujo los ingresos por alquiler de viviendas y las negociaciones colectivas garantizaron una compresión continua de los salarios.[25]

La guerra y sus consecuencias hicieron que la equiparación fuera repentina, masiva y sostenible. Los años más sangrientos de la historia japonesa, una guerra que costó millones de vidas y fue testigo de una enorme destrucción en el país, habían propiciado unos resultados inusualmente igualadores. Esos resultados fueron posibles gracias a un nuevo tipo de guerra que exigía una movilización demográfica y económica totales. La violencia extrema había reducido unas desigualdades de ingresos y riquezas también extremas en el seno de la sociedad japonesa. En su lúgubre progresión de la movilización popular a la destrucción y la ocupación, la guerra total había equilibrado de forma absoluta.

Capítulo 5

LA GRAN COMPRESIÓN

«EL DRAMA DE LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS»: LA GRAN ATENUACIÓN DE LA DESIGUALDAD DESDE 1914 A 1945

¿En qué medida fue típica la experiencia japonesa? ¿Provocó la primera guerra mundial o, de modo más general, las dos guerras mundiales, resultados similares en otros países? La respuesta breve es sí. Aunque cada caso viene definido por una configuración de circunstancias específica, lo que Charles de Gaulle denominaba «el drama de la guerra de los Treinta Años», entre 1914 y 1945, propició una desconcentración importante y a menudo espectacular de los ingresos y la riqueza en todo el mundo desarrollado. Si obviamos factores alternativos o complementarios, que evaluaré en los capítulos 12 y 13, no cabe duda de que la guerra moderna de movilización masiva y sus elementos y consecuencias económicos, políticos, sociales y fiscales representaron un medio de equiparación de un poder sin parangón.^[1]

Como hemos visto en el capítulo anterior, la desigualdad se desplomó en Japón durante la segunda guerra mundial y después se mantuvo en unos niveles bajos. Otros países que participaron en el conflicto y sobre los cuales existen conjuntos de datos comparables muestran un patrón sorprendentemente similar, como es el caso de Estados Unidos, Francia y

Canadá (Fig. 5.1). [2]

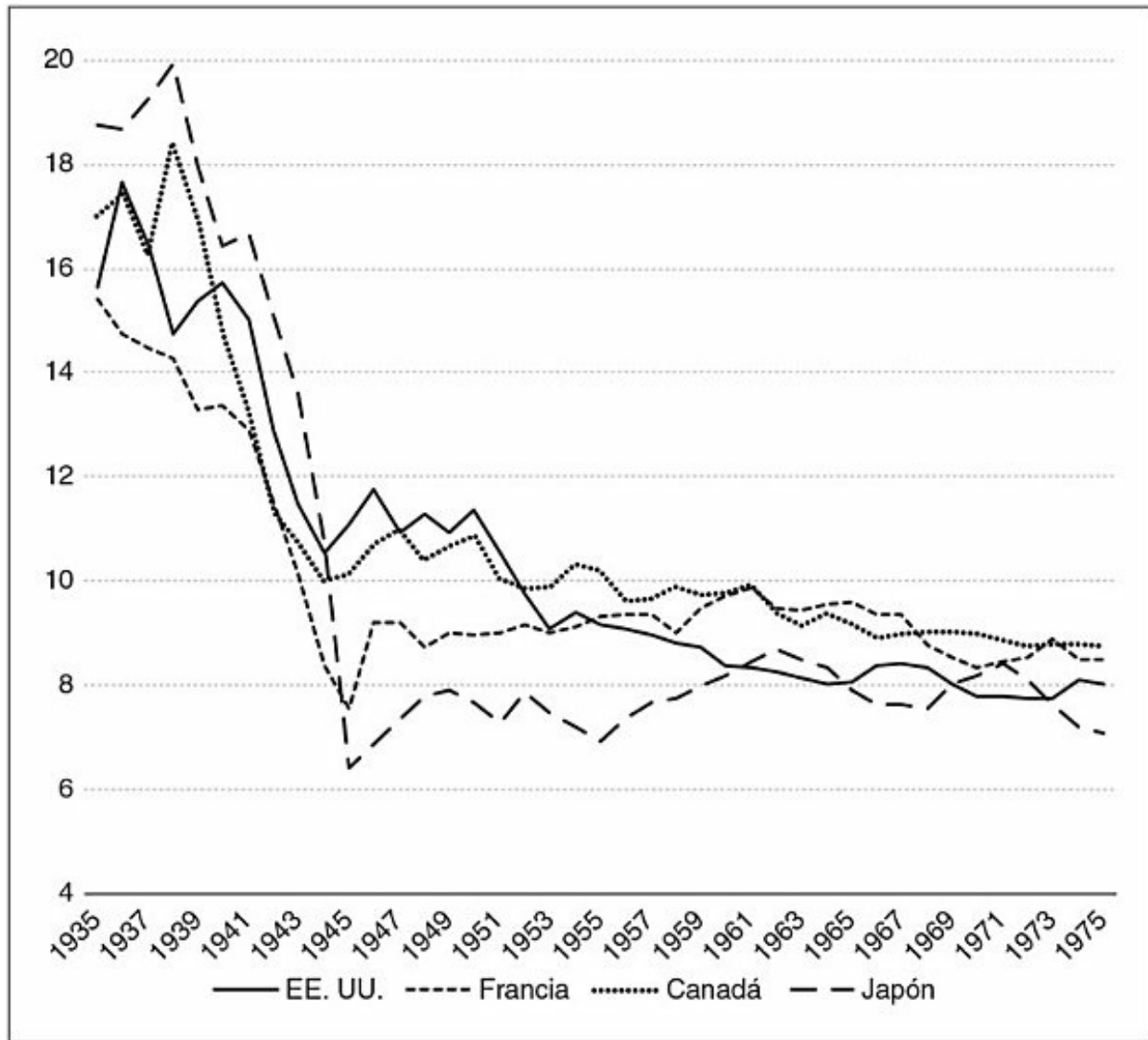


FIGURA 5.1. Porcentajes de ingresos del 1 % más rico en cuatro países, 1935-1975

Para algunos de los principales contendientes, la resolución temporal de los datos relevantes sobre los porcentajes de ingresos más elevados es de menor calidad, un problema que suele ocultar la naturaleza repentina de la compresión en tiempos de guerra. Aun así, la tendencia subyacente es la misma, como en el caso del 0,1 % de ingresos más elevados en Alemania y Reino Unido (Fig. 5.2).

Están en juego dos aspectos relacionados: el efecto directo de la guerra en

la desigualdad mientras se libra el combate (e inmediatamente después siempre que no existan datos coincidentes, como es el caso de Alemania, mostrado en la Fig. 5.2) y su efecto más a largo plazo durante las décadas posteriores. Procederé en varias fases. Primero analizo la evolución de los porcentajes de ingresos más elevados durante la guerra en los países sobre los cuales se han publicado datos relevantes, destacando cómo variaba dependiendo del grado de implicación de dichos países en el conflicto. En segundo lugar, comparo el proceso de igualación durante la guerra con acontecimientos posteriores a fin de demostrar la naturaleza excepcional de los efectos directos del conflicto en la desigualdad. En tercer lugar evalúo — con mucho menos detalle que en el caso de Japón— los factores que explican la compresión de la distribución de ingresos y riqueza durante la guerra. Por último, abordo la cuestión de cómo las guerras mundiales, en especial la segunda, fueron responsables de la persistencia y el fortalecimiento a menudo continuado de un acceso más igualitario a los recursos materiales a partir de 1945.

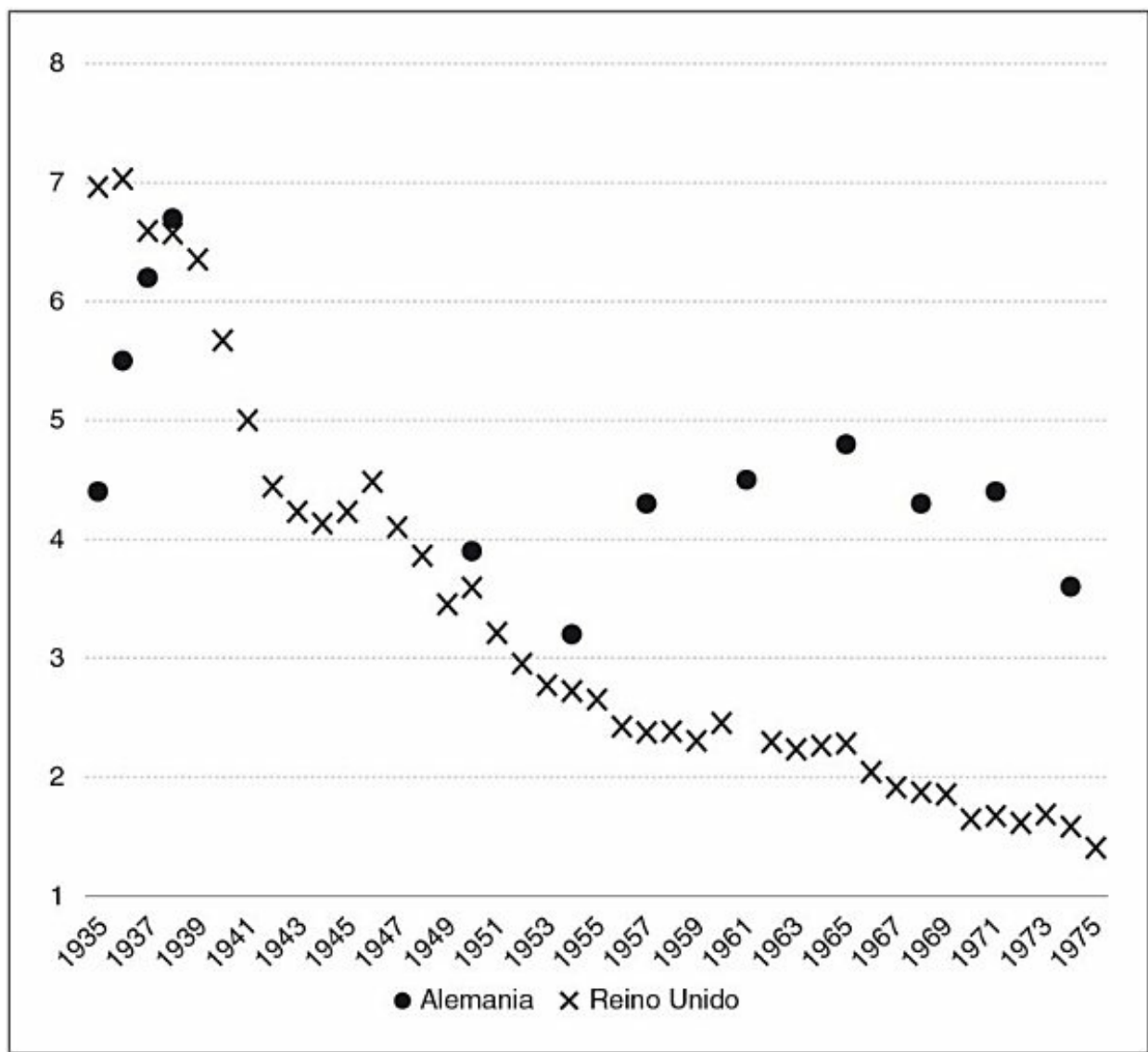


FIGURA 5.2. Porcentaje de ingresos del 0,1 % más rico en Alemania y Reino Unido

La tabla 5.1 resume la información publicada en la actualidad sobre el desarrollo de los porcentajes de ingresos más elevados, normalmente el 1 %, con la salvedad de algunos casos en los que la profundidad o resolución temporal necesaria solo puede conseguirse centrándose en niveles más reducidos dentro de esa horquilla, como el 0,1 % o incluso el 0,01 % de ingresos más elevados. Las fechas de referencia son 1913 y 1918 en el caso de la primera guerra mundial, y 1938 y 1945, en el de la segunda, aunque en algunos casos se utilizaron fechas diferentes y esos rangos no siempre equivalen de manera exacta a los años en los que diferentes países

participaron en esas guerras. A modo de advertencia, todas esas cifras deben interpretarse con reservas. Pero, en última instancia, estas estadísticas sobre porcentajes de ingresos más elevados son los mejores datos de los que disponemos. Son muy anteriores a los coeficientes de Gini estandarizados y nos dan una idea de la medida en que el cambio se concentró en lo más alto de la distribución de ingresos. Dicho esto, aunque mi manera de utilizar esos datos puede causar una impresión de precisión cuantitativa, este formato no debería llevarnos a interpretar detalles específicos al pie de la letra. Lo único que consiguen estos indicios es transmitir una idea de la dirección y magnitud del cambio, que es a lo máximo que podemos aspirar.[3]

TABLA 5.1. Desarrollo de los porcentajes de ingresos más elevados durante las guerras mundiales

País	Cambio (en porcentajes)			
	Primera guerra mundial		Segunda guerra mundial	
	Absoluto	Relativo	Absoluto	Relativo
Alemania	+4.43 (-6.47)	+25 (-36) ^a	-4,7	-29 ^a
Argentina	-		+2,92	+14 ^d
Australia	-		-1,95	-19 ^a
Canadá	-		-8,28	-45 ^a
Dinamarca	+9,63	+59 ^c	-1,96	-15 ^a
España (0,01%)	-		-0,19/-0,41	-15/-27 ^c
Estados Unidos	-2,08	-12 ^a	-3,66	-25 ^a
Finlandia	-		-5,47	-42 ^a
Francia	-1,05	-6 ^a	-6,73	-47 ^a
Holanda	+0,99	+5 ^c	-2,82	-18 ^a
India	-		-6,41	-36 ^b
Irlanda (0,1%)	-		-1,39	-23 ^c
Islas Mauricio (0,1%)	-		-5,46	-55 ^b
Japón	-0,83	-5 ^b	-13,49	-68 ^a
Noruega	-		-3,62	-28 ^a
Nueva Zelanda	-		-0,44	-6 ^a
Portugal (0,1%)	-		-1,36	-28 ^c
Reino Unido	-		-5,51	-32 ^a

(0,1%)	-2,56	-23 ^a	-2,34	-36 ^a
Sudáfrica	-0,93	-4 ^b	+3,35	+20 ^b
Suecia	-4,59	-22 ^c	-2,55	-21 ^c
Suiza	-		-1,29	-11 ^c

Clave: porcentaje de ingresos del 1% más rico a menos que se indique lo contrario.

^acontendiente principal; ^bcontendiente secundario/beligerante; ^cobservador; ^dneutral remoto

Esta tabulación refleja la calidad superior de los datos para la segunda guerra mundial y muestra una clara tendencia asociada a este acontecimiento. La caída media del porcentaje de ingresos más elevados en países que combatieron activamente en la guerra como estados en la línea del frente (y que en ocasiones sufrieron la ocupación) es un 31 % del nivel de preguerra, un hallazgo sólido teniendo en cuenta que esta muestra consiste en una docena de países (la exclusión del caso de Nueva Zelanda, un tanto periférica, elevaría la media hasta el 33 %). La caída media es del 28-29 %, y cada caso individual presenta una reducción neta. No hay tantos participantes coloniales menos desarrollados o más remotos (India, Mauricio y Sudáfrica) y no se observa ninguna tendencia sistemática; la caída media fue del 24 %. La muestra de vecinos neutrales (Irlanda, Portugal, Suecia y Suiza) también es pequeña, pero al menos presenta una tendencia negativa sistemática con una caída del 24 %. Argentina, que fue neutral casi hasta el final y se hallaba geográficamente muy lejos de los escenarios principales, es una clara excepción: su 1 % aumentó sus ingresos de preguerra en un 14 %.

Los datos sobre la primera guerra mundial son más escasos y complejos, una complejidad que refleja verdaderas diferencias con la segunda guerra mundial en la cronología de los efectos del conflicto en la desigualdad. Como veremos más adelante, en Alemania y, hasta cierto punto, también en Francia, esos efectos se pospusieron hasta 1918 por motivos políticos y fiscales. Las consecuencias generales para los principales contendientes dependen, por tanto, de si utilizamos datos alemanes para 1918 o para 1925: solo en el segundo caso observamos una caída media del 19 % en los porcentajes de ingresos más elevados. Dos participantes periféricos registran una caída

media del 5 %, mientras que los tres vecinos neutrales experimentaron un incremento del 14 % pero no presentan una tendencia sistemática. Por ahora, podemos concluir que la segunda guerra mundial tuvo un efecto extremadamente potente y directo en los ingresos de las élites que también se extendió a los vecinos no beligerantes. Los dos únicos países que experimentaron una creciente desigualdad en aquella época fueron los que estaban más alejados de las hostilidades.

Ahora debemos relacionar esos cambios en tiempos de conflicto con los acontecimientos de la generación posterior al final de la segunda guerra mundial. En casi todos los países que participaron activamente en dicho conflicto, los porcentajes de ingresos más elevados siguieron disminuyendo durante este periodo, ya fuera de manera constante o tras una recuperación temporal después de la guerra. Esta tendencia en general se mantuvo varias décadas, pero empezó a invertirse en momentos que van desde 1978 hasta 1999, cuando los porcentajes de ingresos mercantiles máximos comenzó a aumentar de nuevo. La tabla 5.2 compara el índice anual medio de contracción de los porcentajes de ingresos máximos (el 1 % más alto, a menos que se indique lo contrario), expresado en porcentajes, durante los años de guerra, el periodo de posguerra y, en unos pocos casos (siempre que el cambio fue rápido), también durante la Gran Depresión. Cuando procede, los índices de pérdida durante la posguerra se computan de dos maneras: 1) como índice neto de reducción entre el final de la segunda guerra mundial y el año con el mejor porcentaje de ingresos más elevados que se haya registrado, con independencia de las fluctuaciones que intervinieran, y 2) como porcentaje de disminución continuo desde el valor de posguerra más alto hasta el más bajo, un procedimiento que tiene en cuenta la variación a lo largo del tiempo. El «múltiplo del índice de disminución de posguerra» incluido en la tabla 5.2 calcula de forma aproximada cuántas veces mayor fue la reducción anual durante la guerra y en el periodo de declive de posguerra definido de las dos maneras descritas anteriormente.

TABLA 5.2. Variación en el índice de reducción de los porcentajes de ingresos del 1% más

rico, por periodo

País	Periodo	Años	Caída anual	
			En puntos porcentuales	Como múltiplo del índice de reducción de posguerra (redondeado)
Japón	2. ^a guerra mundial	1938-1945	1,927	n/a
	Posguerra	1945-1994	-0,013	
Canadá	2. ^a guerra mundial	1938-1945	1,183	15 ½
	Posguerra	1945-1978	0,076	
Francia	2. ^a guerra mundial	1938-1945	0,961	68 ⅔ (neto), 7 (cont.)
	Posguerra (neto)	1945-1983	0,014	
	Posguerra (cont.)	1961-1983	0,136	
Holanda	2. ^a guerra mundial	1941-1946	0,956	6
	Posguerra	1946-1993	0,162	
India	2. ^a guerra mundial	1938-1945	0,916	4 ⅔ (neto), 2 ½ (cont.)
	Posguerra (neto)	1945-1981	0,195	
	Posguerra (cont.)	1955-1981	0,385	
Alemania	1. ^a guerra mundial	1914-1918	-0,312	n/a
	Hiperinflación	1918-1925	1,557	25 ½
	«1. ^a guerra mundial+»	1914-1925	0,589	9 ⅔
	2. ^a guerra mundial	1938-1950*	0,392	6 ½
	Posguerra	1950-1995	0,061	
EE. UU.	1. ^a guerra	1916-	1,345	11

	mundial	1918		
	Depression	1928-1931	1,443	12
	2. ^a guerra mundial	1940-1945	0,932	8
	Posguerra	1945-1973	0,119	
Reino Unido	2. ^a guerra mundial	1937-1949	0,459	3
	Posguerra	1949-1978	0,147	
<i>para 0,1%</i>	1. ^a guerra mundial	1913-1918	0,512	5 ½
	2. ^a guerra mundial	1939-1945	0,353	4
	Posguerra	1945-1978	0,091	
Finlandia	2. ^a guerra mundial	1938-1947	0,781	11 (net), 2 ½ (cont.)
	Posguerra (neto)	1947-1983	0,07	
	Posguerra (cont.)	1963-1983	0,334	
Australia	Depresión	1928-1932	0,645	6 (net), 4 ½ (cont.)
	2. ^a guerra mundial	1941-1945	0,585	5 ½ (net), 4 (cont.)
	Posguerra (neto)	1945-1981	0,106	
	Posguerra (cont.)	1951-1981	0,149	
Dinamarca	2. ^a guerra mundial	1940-1945	0,49	4
	Posguerra	1945-1994	0,13	
Noruega	2. ^a guerra mundial	1938-1948	0,362	3
	Posguerra	1948-1989	0,121	

Estos datos revelan un patrón uniforme. El índice anual de reducción de los porcentajes de ingresos más elevados durante el conflicto fue en varias ocasiones y, de hecho, en numerosas ocasiones, más alto que en el periodo de posguerra, independientemente de cómo se calculen los índices de posguerra. Para muchos de los principales contendientes, la diferencia en envergadura es enorme. En Francia, el porcentaje de ingresos más elevados se redujo sesenta y ocho veces más rápido durante la guerra que en los treinta y ocho años posteriores: un 92 % de la reducción total del país en el porcentaje de ingresos más elevados desde 1938 se había producido en 1945. Esta proporción es casi igual de alta en Canadá, donde un 77 % de la compresión total desde 1938 tuvo lugar durante la guerra. Japón va en cabeza: la equiparación durante la guerra fue tan marcada que 1945 fue el año con el porcentaje de ingresos máximos más bajo que se haya registrado, un récord que nunca ha vuelto a alcanzarse. En Reino Unido, casi la mitad de la caída total en el 0,1 % de ingresos más elevados desde antes de la gran guerra hasta finales de los años setenta se produjo durante los dos conflictos. En Estados Unidos, el índice anual de disminución fue diez veces mayor en ambas guerras que en el periodo de posguerra, y lo mismo ocurrió en Finlandia durante la segunda guerra mundial. Es llamativo que en países que se vieron menos afectados por la contienda, tales como Dinamarca, Noruega, Australia e India, los índices de compresión medios durante el conflicto fueran solo de tres a cinco veces más altos que después de la guerra (aunque el índice de reducción británico durante la segunda guerra mundial también fue relativamente modesto, buena parte de la compresión se había producido durante la primera).

Solo los datos sobre Alemania son más complicados. Si tenemos en cuenta la igualación postergada calculando el índice de la primera guerra mundial hasta 1925, el primer año a partir de 1919 para el cual existe información tangible, el índice de compresión de Alemania «durante la guerra» fue de un orden de magnitud más alto que en el periodo posterior a la segunda guerra mundial. Otro problema es la falta de datos entre 1938 y 1950, lo cual imposibilita saber qué proporción de la caída general en este intervalo se produjo entre 1938 y 1945. Sobre todo entre las naciones

industrializadas, la segunda guerra mundial generó un efecto equiparador muy poderoso que superó con creces todo lo que ha sucedido desde entonces. No hay mejor manera de poner de relieve la discontinuidad fundamental en la evolución de la desigualdad de ingresos en la guerra y en la paz. Por el contrario, la información sobre la primera guerra mundial no solo es menos abundante, sino también más difícil de interpretar. Valoraré los motivos para las diferencias que se observan en la cronología de la equiparación relacionada con la guerra en mi estudio por países.

Los coeficientes de Gini de distribuciones de rentas nacionales, de más difícil acceso que la información sobre porcentajes de ingresos máximos, también apuntan a discontinuidades marcadas durante la guerra. Por ello, la disminución neta en la desigualdad de ingresos mercantiles en Estados Unidos que se produjo durante el siglo XX tuvo lugar en las décadas de 1930 y 1940: según un cálculo, tras disminuir ligeramente unos tres puntos entre 1931 y 1939, el coeficiente de Gini cayó diez puntos en los seis años posteriores y se estabilizó en una horquilla muy estrecha que se prolongó hasta 1980; según otro, cayó unos cinco puntos entre 1929 y 1941 y otros siete durante la guerra. La desigualdad de ingresos netos en Gran Bretaña se redujo en siete puntos entre 1938 y 1949 —y tal vez el doble entre 1913 y 1949— y luego se mantuvo estable hasta bien entrada la década de 1970. Los datos sobre Japón son escasos, pero indican una caída aún más marcada de al menos quince puntos entre finales de los años treinta y mediados de los cincuenta, seguida de un periodo estable hasta 1980 o incluso más adelante.

[4]

Los cambios en la concentración de riqueza subrayan aún más la importancia crucial de las guerras mundiales. En ocho de diez países para los cuales disponemos de datos relevantes, el grado de concentración de riqueza más elevado que se ha documentado se dio justo antes del estallido de la primera guerra mundial. El periodo entre 1914 y 1945 fue testigo de una marcada contracción de los porcentajes de riqueza más elevados (Fig. 5.3).[5]

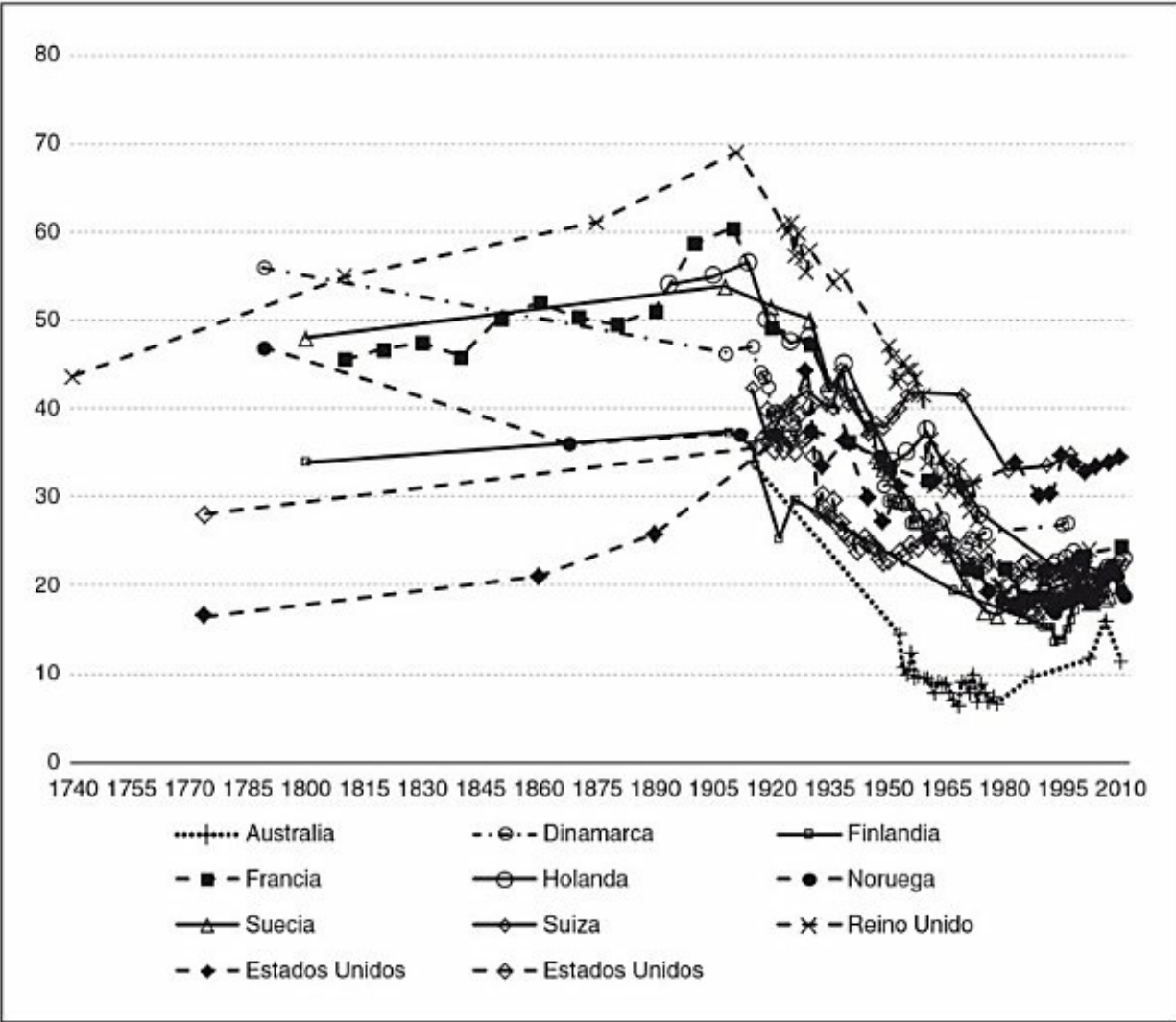


FIGURA 5.3. Porcentaje de riqueza del 1 % más adinerado en diez países, 1740-2011

En siete países con datos utilizables que participaron en una o en las dos guerras mundiales, los porcentajes del 1 % más rico se redujeron una media del 17,1 % (equivalente a una sexta parte de la riqueza nacional privada documentada), una caída de aproximadamente un tercio respecto de la media máxima anterior a la primera guerra mundial, que era de un 48,5 %. En comparación, la diferencia media entre el valor de posguerra más temprano del que disponemos y el valor más bajo total documentado (desde la década de 1960 hasta la de 2000) es del 13,5 %. Aunque esto podría hacer que la compresión de posguerra parezca comparable a la del periodo de conflicto, debemos tener en cuenta que este último incluye los años de entreguerras y a

menudo varios años después de 1945, lo cual impide una comparación año a año significativa. Asimismo, teniendo en cuenta que la desconcentración de la riqueza se mantuvo gracias a unos impuestos patrimoniales progresivos que estaban vigentes mucho después del final de ambas guerras, no es de extrañar que este proceso fuera más prolongado. Lo importante aquí es que esta forma de imposición tributaria era en sí misma un resultado directo de la campaña bélica, como demostraré más adelante. Por añadidura, en cinco de esos países la caída en los años de guerra y el periodo de entreguerras supone entre un 61 % y un 70 % de la disminución total de los porcentajes de riqueza más elevados. En un sexto caso, Reino Unido, la reducción durante este periodo en realidad fue muy grande (representó más de una quinta parte de la riqueza nacional). Teniendo en cuenta que el grado de concentración de riqueza del país antes de 1914 era tan extremo, la disminución de posguerra tuvo que ser aún mayor para que los porcentajes de riquezas más elevadas estuvieran al nivel del nuevo estándar común, que rondaba el 20 %.

Cabe señalar que la compresión de la riqueza en los estratos más altos podía ser más pronunciada que entre el 1 % más rico. Por mencionar un ejemplo particularmente sorprendente, el valor del 0,01 de patrimonios más cuantiosos de Francia cayó más de tres cuartas partes entre principios de la primera guerra mundial y a mediados de los años veinte, y otros dos tercios durante la segunda guerra mundial. Esto representa una caída total de cerca del 90 % durante el conflicto, mientras que el porcentaje de riqueza del percentil más alto se redujo menos de la mitad respecto de su punto álgido antes de la guerra. La clave de todo esto es, por supuesto, el momento en que llegó el punto de inflexión, esto es, al principio del periodo de las guerras mundiales, cuando una tendencia anterior generalizada hacia una mayor desigualdad de la riqueza se vio subvertido. También debemos tener en cuenta que, aparte de una expropiación y redistribución radicales, no existe ningún mecanismo que hubiera podido reconfigurar los porcentajes de riqueza tan rápidamente como los porcentajes de ingresos.[6]

El hecho de que buena parte de la riqueza de la élite no solo fue redistribuida sino eliminada durante la guerra se ve constatado por los cambios en la ratio de riqueza privada respecto de la renta nacional en tres

grandes países contendientes (Fig. 5.4). La caída más marcada se produjo durante la primera guerra mundial, seguida de otra compresión durante la segunda guerra mundial y en los años previos y posteriores. Reflejando estos cambios, el porcentaje de rentas de capital en las ganancias de las familias con más ingresos se desplomó (Fig. 5.5). Estas observaciones ponen de relieve el hecho de que las pérdidas de la élite fueron en primera instancia un fenómeno de capital y renta de capital. ¿Por qué fueron tan perjudiciales esas guerras para los propietarios de capital?[7]

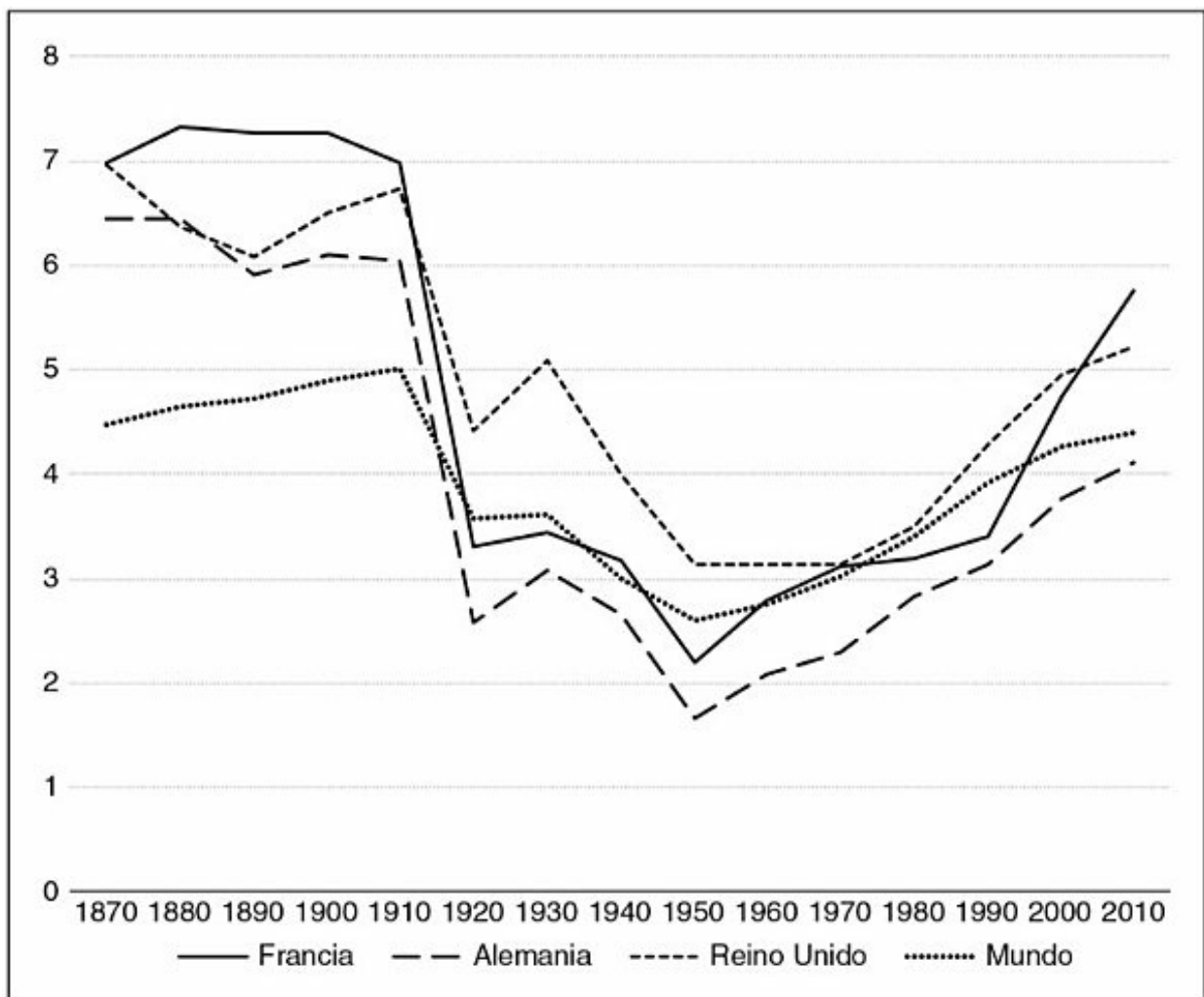


FIGURA 5.4. Ratios de riqueza privada/renta nacional en Francia, Alemania, Reino Unido y el mundo, 1870-2010

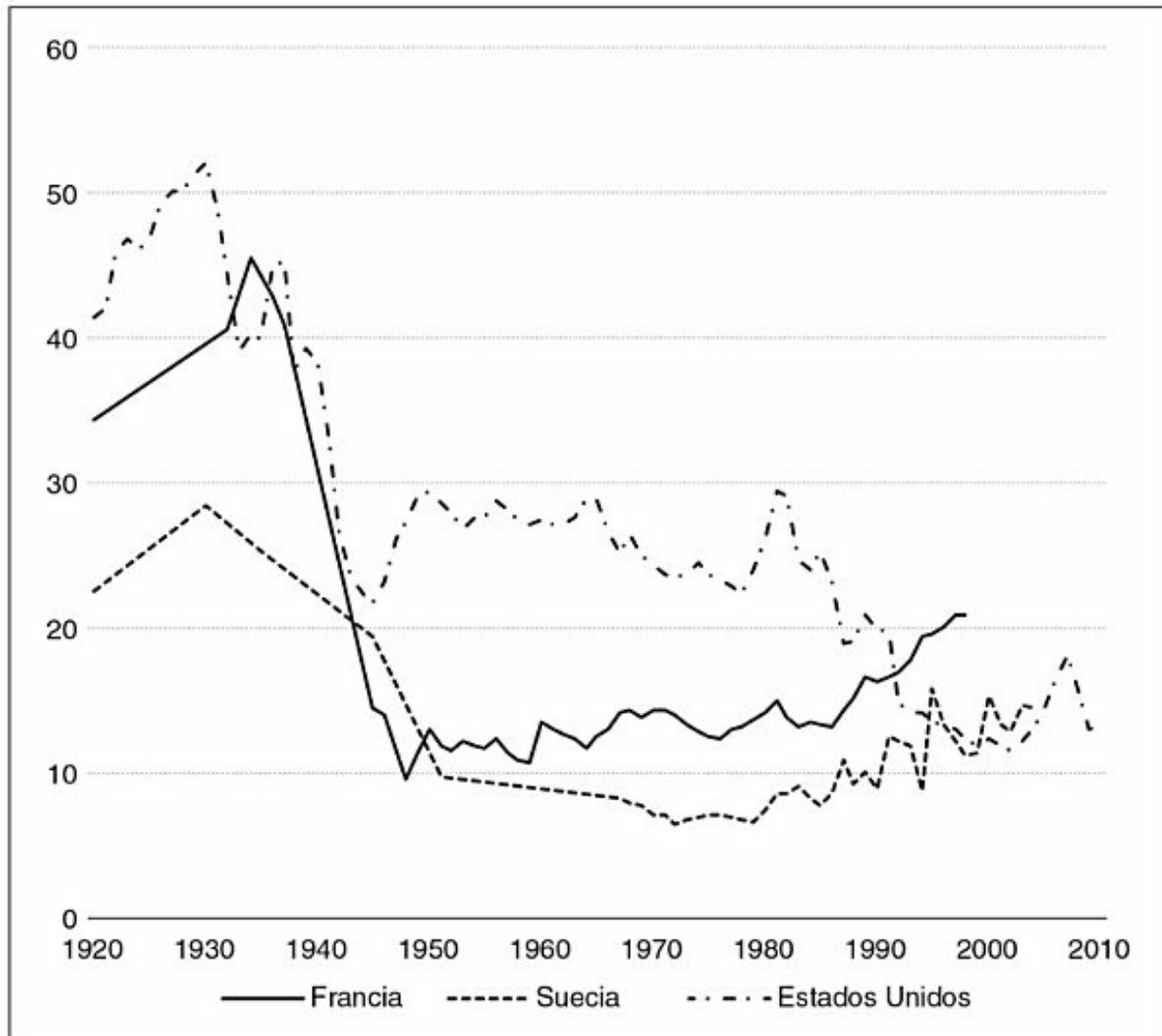


FIGURA 5.5. Porcentaje de rentas de capital en ingresos totales brutos para el 1 % de ingresos más elevados en Francia, Suecia y Estados Unidos, 1920-2010

Las guerras mundiales fueron distintas de cualquier otro conflicto en la historia de la humanidad. La movilización de mano de obra y producción industrial se disparó a cotas nunca antes vistas. Casi setenta millones de soldados fueron movilizados en la primera guerra mundial, una cifra sin precedentes en los anales de los conflictos bélicos. Alrededor de nueve o diez millones de ellos murieron, además de unos siete millones de bajas civiles causadas por la guerra o sus desgracias. Francia y Alemania movilizaron aproximadamente a un 40 % de la población masculina, los imperios Austrohúngaro y Otomano a un 30 %, Reino Unido a un 25 %, Rusia a un

15% y Estados Unidos a un 10%. Fueron necesarios enormes recursos económicos para financiar las operaciones. Entre los principales contendientes para los cuales disponemos de información, el porcentaje del PIB requisado por el Estado se multiplicó por entre cuatro y ocho (Fig. 5.6). [8]

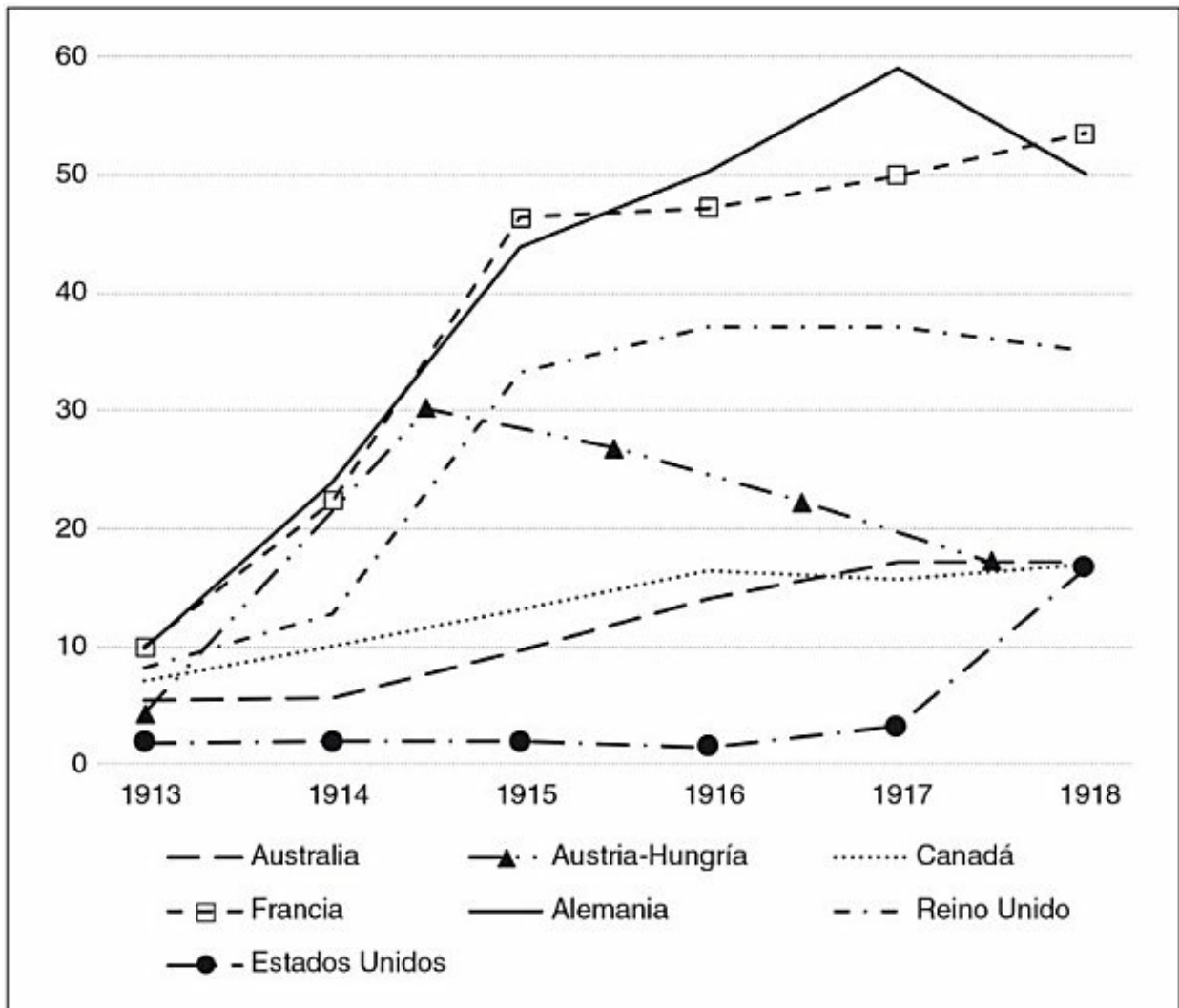


FIGURA 5.6. Porcentaje de gasto gubernamental en la renta nacional en siete países, 1913-1918

Francia y Alemania perdieron alrededor de un 55% de su riqueza nacional y Reino Unido un 15%. Y la segunda guerra mundial fue aún peor. Más de cien millones de soldados fueron movilizados y fallecieron más de

veinte, además de cincuenta millones de civiles o más. Los principales contendientes fabricaron 286.000 carros de combate, 557.000 aviones militares, 11.000 barcos y más de cuarenta millones de rifles, entre muchos otros tipos de armamento. Los costes y pérdidas totales de la guerra (incluidas las vidas) se han cifrado en cuatro billones de dólares en precios de 1938, diez veces el PIB anual de todo el mundo al principio de la guerra. Las conquistas dispararon los porcentajes estatales a niveles asombrosos. En 1943, Alemania cosechó el equivalente al 73 % del PIB para el Estado, casi todo destinado a la guerra y parte de él arrebatado a las poblaciones subyugadas. Al año siguiente, según un cálculo, el Estado japonés gastó hasta el 87 % del PIB y también recurrió a los recursos de su malhadado imperio. [9]

Estas colosales dificultades fueron financiadas sobre todo solicitando préstamos, emitiendo moneda y recaudando impuestos. Los préstamos se tradujeron en futuros impuestos para cubrir la deuda pública, en inflación para erosionarla o en impagos. Solo las principales potencias occidentales lograron gestionar la inflación. En Estados Unidos y Reino Unido, los precios solo se triplicaron entre 1913 y 1950. Otros contendientes no tuvieron tanta suerte: los precios se multiplicaron por cien en Francia y por trescientos en Alemania durante el mismo periodo y por doscientos en Japón solo de 1929 a 1950. Los tenedores de bonos y los rentistas cayeron a la cuneta. [10]

Hasta 1914, los tipos marginales sobre la renta eran muy bajos en los países más desarrollados, y en algunos ni siquiera existían. Los elevados impuestos y la marcada progresividad surgieron de la campaña bélica. Los impuestos máximos se dispararon durante la primera guerra mundial e inmediatamente después y volvieron a descender en la década de 1920, aunque nunca a niveles de preguerra. Subieron de nuevo en los años treinta, a menudo para sortear los efectos de la Gran Depresión, y alcanzaron nuevas cotas en la segunda guerra mundial; desde entonces han ido reduciéndose muy gradualmente (Fig. 5.7). [11]

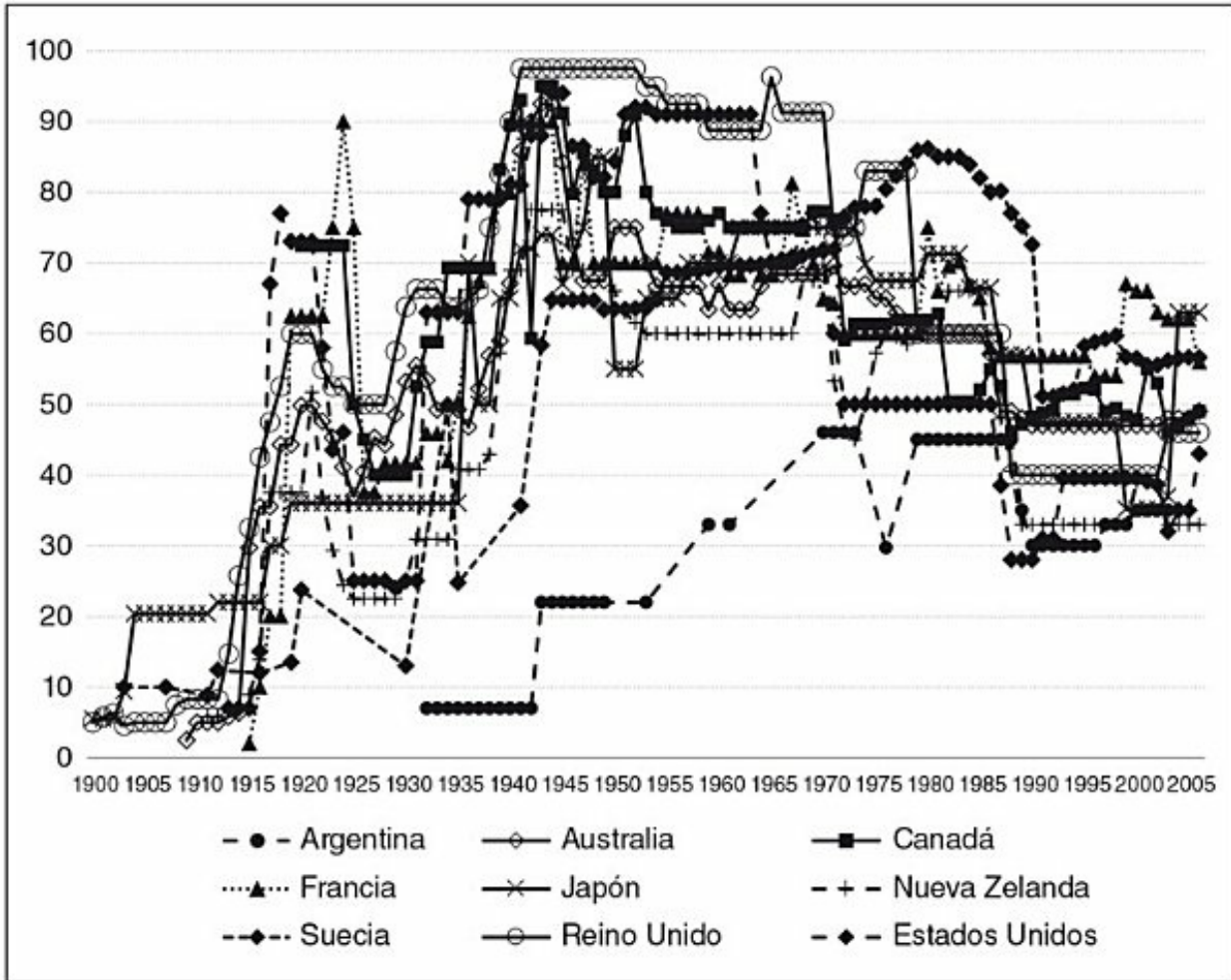


FIGURA 5.7. Tasas máximas de impuestos marginales en nueve países, 1900-2006

Promediar estos acontecimientos en varios países esclarece la tendencia subyacente y corrobora que las dos guerras mundiales fueron los puntos críticos de la evolución fiscal (Fig. 5.8).[12]

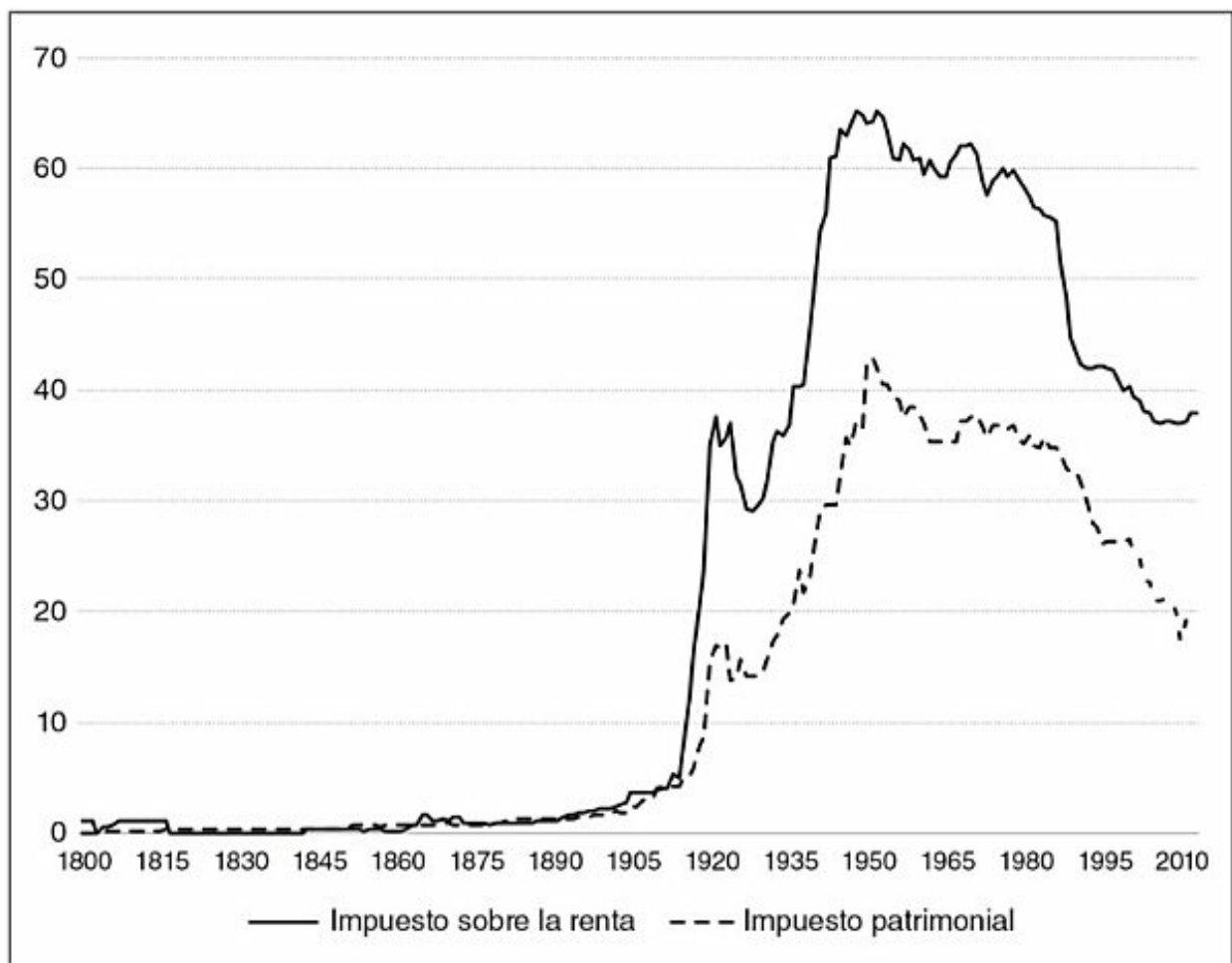


FIGURA 5.8. Tasas medias máximas de impuestos sobre la renta y patrimoniales en veinte países, 1800-2013

La figura 5.8 ilustra claramente la importancia capital de la guerra. En ella podemos ver que Japón, un caso único entre todas esas naciones, aumentó el impuesto a las rentas más altas en respuesta a las demandas de la guerra ruso-japonesa de 1904 y 1905, que en cierto modo fue un ensayo de la primera guerra mundial. Suecia, un país que no participó en el conflicto, quedó prácticamente exenta del aumento de la tributación máxima en la primera guerra mundial y siguió a la zaga hasta la siguiente guerra. Y lo que resulta más sorprendente, Argentina, que estuvo protegida de ambas guerras mundiales, muestra un patrón completamente distinto. Kenneth Scheve y David Stasavage encuentran un marcado efecto fiscal entre los contendientes y una respuesta mucho más tenue entre otros países de su muestra (Fig. 5.9).

[13]

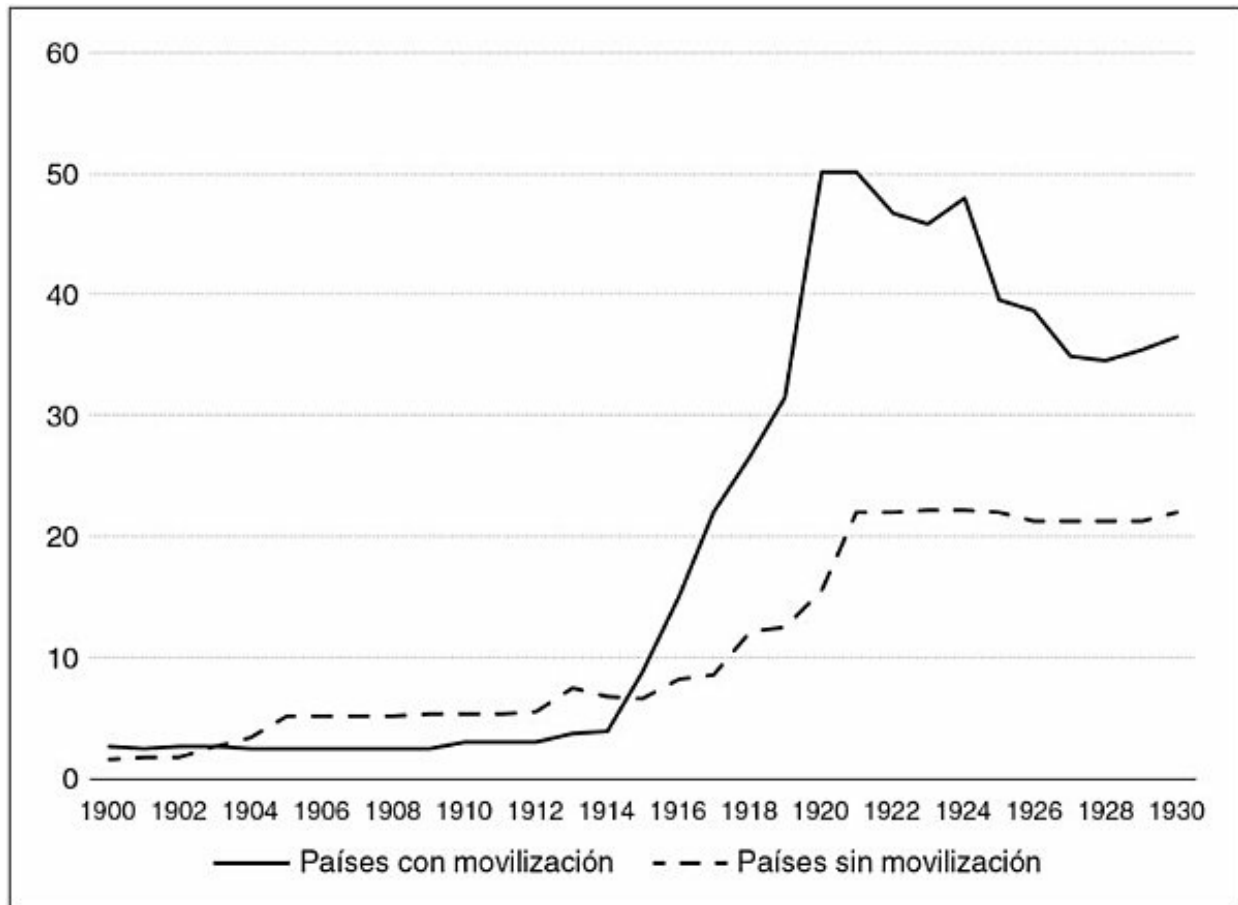


FIGURA 5.9. Primera guerra mundial y tasas medias máximas de impuestos sobre la renta en diecisiete países

La movilización militar masiva, la graduación progresiva de las tasas tributarias y el gravamen a la riqueza de la élite no relacionada con los ingresos constituían los tres pilares de la equiparación fiscal. Scheve y Stasavage argumentan que las guerras que conllevan movilizaciones masivas son distintas en lo tocante a estrategias tributarias no solo porque son muy caras, sino también porque incrementan la necesidad de consenso social, lo cual se traduce en presiones políticas para el requisamiento desproporcionado de recursos de los ricos. El reclutamiento masivo no fue en sí mismo una fuerza equiparadora, teniendo en cuenta que las élites ricas tenían menos posibilidades de entrar en combate por edad o privilegio y que podían obtener

rédito de su participación comercial en el sector bélico. Por cuestiones de ecuanimidad, el reclutamiento militar, como si fuera un pago en especie, debía ir acompañado de lo que el manifiesto del Partido Laborista británico de 1918 denominaba el «reclutamiento de la riqueza». Se puso especial énfasis en los impuestos a los beneficios derivados de la guerra: durante la primera guerra mundial, las tasas impositivas máximas a lo que se consideraban beneficios «sobrantes» alcanzaron el 63 % en Reino Unido y el 80 % en Francia, Canadá y Estados Unidos. En 1940, el presidente Roosevelt propuso medidas similares «para que unos pocos no se beneficien de los sacrificios de muchos». La preocupación por la ecuanimidad en tiempos de guerra también justificó cargas más pesadas a las rentas no derivadas del trabajo: aunque los impuestos progresivos sobre la renta eran un poderoso medio para limitar la desigualdad, fueron los impuestos de sucesiones los que tuvieron un efecto desproporcionado en los ricos.[14]

Los efectos equiparadores de la ecuanimidad se veían notablemente condicionados por el tipo de régimen. En la primera guerra mundial, las democracias de Reino Unido, Estados Unidos y Canadá estaban dispuestas a «sangrar a los ricos», mientras que sistemas más autocráticos como Alemania, Austria-Hungría y Rusia prefirieron pedir dinero prestado o emitir moneda para costearse su campaña bélica. Sin embargo, estos últimos acabaron pagando un alto precio debido a la hiperinflación y la revolución, unas sacudidas que también limitaron la desigualdad. Sobre todo durante la primera guerra mundial, antes de que se estableciera un patrón común para financiar la movilización masiva con fines bélicos, los mecanismos de la igualación variaban considerablemente de un país a otro.[15]

Francia fue uno de los países más azotados por las dos contiendas mundiales, ya que soportó combates en su territorio durante toda la primera guerra mundial y dos invasiones y la ocupación a lo largo de la segunda. Durante la primera guerra e inmediatamente después, un tercio del capital francés fue destruido, el porcentaje de rentas del capital de las familias cayó un tercio y el PIB se contrajo en la misma proporción. Los impuestos tardaron en despegar: al inicio del conflicto, el impuesto patrimonial máximo era un irrisorio 5 % y, aunque el impuesto sobre la renta se introdujo por

primera vez en 1915, los gravámenes máximos se mantuvieron bajos el resto de la guerra y solo aumentaron de forma significativa en 1919. Un impuesto a las ganancias derivadas de la guerra creado en 1916 también empezó a generar grandes beneficios cuando el conflicto hubo terminado, al igual que ocurrió con los impuestos patrimoniales incrementados. Este efecto postergado, junto con la descontrolada inflación de posguerra, explica el hecho de que la compresión de los porcentajes de ingresos más altos fuese un fenómeno sobre todo en los años veinte y no durante la guerra, mientras que las ganancias derivadas del conflicto tuvieron el efecto contrario durante un corto espacio de tiempo. A mediados de esa década, el valor medio del 0,01 % de patrimonios más cuantiosos había caído más de tres cuartas partes en comparación con el nivel de preguerra.[16]

La destrucción de la riqueza de la élite continuó durante la segunda guerra mundial, ya que Francia sufrió cuatro años de ocupación depredadora alemana e importantes destrozos a causa de los bombardeos y la liberación de los aliados. Esta vez desaparecieron dos tercios del capital social, una contracción que duplicaba la de la primera guerra. Los activos extranjeros, que suponían una cuarta parte de las mayores fortunas francesas, se evaporaron. Los porcentajes de ingresos más elevados cayeron en picado en este periodo y la inflación posterior al conflicto erosionó el valor de los bonos y la deuda de guerra en solo unos años. Tal como ha argumentado Piketty, la reducción del porcentaje de ingresos del 0,1 % más rico entre 1914 y 1945 obedeció enteramente a pérdidas de ingresos no salariales, ya que el capital se vio sacudido por los combates, las bancarrotas, el control de los arrendamientos, la nacionalización y la inflación. La equiparación acumulativa durante las dos guerras fue masiva: una inflación del 10.000 % expropió a los tenedores de bonos, los alquileres reales cayeron en un 90 % entre 1913 y 1950 y un programa de nacionalización de 1945 y un impuesto excepcional a las participaciones de capital de hasta el 20 % para las grandes fortunas y un 100 % para los que habían crecido mucho durante la guerra ayudaron a situar la acumulación de capital a niveles próximos a cero. A causa de ello, el valor del 0,01 % de los patrimonios más cuantiosos se redujo más de un 90 % entre 1914 y 1945.[17]

En Reino Unido, los tipos impositivos para los ingresos más elevados pasaron del 6 % al 30 % durante la primera guerra mundial y un nuevo gravamen sobre las ganancias derivadas de la guerra impuesto a las empresas —aumentado al 80 % en 1917— se convirtió en el más importante en materia de rentas públicas. En esta ocasión, el país perdió un 14,9 % de su riqueza nacional y otro 18,6 % en la segunda guerra mundial. El umbral para el 0,1 % de ingresos más altos pasó de cuarenta a treinta veces los ingresos medios en la primera guerra mundial y de treinta a veintidós veces en la segunda guerra mundial. La caída de los porcentajes de ingresos netos más elevados (documentada solo a partir de 1937) fue aún más pronunciada: casi la mitad en el caso del 1 % y dos tercios para el 0,1 % más rico entre 1937 y 1949. El porcentaje del 1 % de fortunas más cuantiosas en toda la riqueza privada se contrajo del 70 % al 50 %, una disminución menos abrupta que la que se produjo simultáneamente en Francia, del 60 % al 30 %, pero aun así importante.[18]

Al otro lado del Atlántico, la experiencia de Estados Unidos demuestra que podía producirse una considerable igualación inducida por la guerra en ausencia de destrucción física y una inflación grave. El porcentaje de ingresos del 1 % más rico del país cayó en tres ocasiones: casi un cuarto durante la primera guerra mundial, en la misma proporción durante la Gran Depresión y alrededor de un 30 % de lo que quedaba durante la segunda guerra mundial. En total, este tramo superior perdió aproximadamente un 40 % de sus ingresos totales entre 1916 y 1945. Como en otros países, esta tendencia fue más extrema en los estratos más altos: por ello, el porcentaje del 0,01 % de ingresos más elevados cayó un 80 % en el mismo periodo. La descomposición de los porcentajes de ingresos demuestra que buena parte de este desgaste fue provocado por el decrecimiento de las rentas de capital. Los porcentajes de las fortunas más cuantiosas sufrieron más durante la Gran Depresión que durante la segunda guerra mundial, pero en total cayeron un tercio respecto de sus máximos antes de la crisis. En Estados Unidos, la Gran Depresión influyó más en la atenuación de las disparidades de ingresos y riqueza con respecto a las guerras que entre los otros contendientes principales. Retomaré este tema en el capítulo 12.[19]

Aun así, la equiparación en tiempos de guerra fue considerable y los impuestos marcadamente progresivos para financiar la campaña bélica resultaron cruciales en este proceso. La Ley de Ganancias de Guerra de 1917 elevó los impuestos adicionales máximos del 13 % al 50 % y gravó los beneficios que superaran el 9 % del capital invertido a un nivel situado entre el 20 % y el 60 %. Dado que los gastos de la guerra seguían yendo a más, la Ley de Rentas Públicas de 1918, aprobada al término del conflicto, impuso unos tipos aún más altos a los ingresos más cuantiosos y los beneficios extraordinarios. Las tasas impositivas pasaron del 1,5 % en 1913 y 1915 al 22 % en 1918 para los ingresos de 50.000 dólares y del 2,5 % al 35 % para los de 100.000. La tasa máxima para el impuesto sucesorio, creado en 1916, pasó del 10 % al 25 % en un año. La guerra fue la causa única de tan agresivas intervenciones: «La política sumamente contingente de la movilización para la primera guerra mundial impulsó la creación de un régimen tributario democrático-centralista». Aunque la Ley de Rentas Públicas de 1921 y 1924 derogó el impuesto a los beneficios extraordinarios y rebajó los índices de la sobretasa, los índices máximos restantes todavía estaban muy por encima de los niveles de preguerra y, lo que es más importante, el impuesto sucesorio siguió vigente. Así pues, observamos cierto grado de relajación fiscal en los años de posguerra que coincidió con un renovado repunte de los ingresos más elevados y un efecto de arrastre en el porcentaje de ingresos y riqueza exigido por el gobierno, pese a que unos vacíos legales cada vez mayores estaban horadando el régimen tributario progresivo.[20]

La posterior igualación se vio impulsada en parte por unas elevadas tasas marginales a los ingresos y la riqueza heredada. Este proceso comenzó con el New Deal y culminó con otras medidas durante la guerra. En «estos tiempos de grave peligro nacional, cuando todos los ingresos extraordinarios deberían ir destinados a ganar la guerra», como dijo Roosevelt, las tasas impositivas máximas para ingresos y patrimonios llegaron al 94 % en 1944 y al 77 % en 1941, y los umbrales para las tasas más elevadas se redujeron mucho, lo cual afectó a círculos más amplios de ingresos altos. Los impuestos a los ingresos extraordinarios también regresaron. Al mismo tiempo, la administración y los sindicatos de trabajadores opusieron resistencia a un impuesto federal a las

ventas que habría sido regresivo, una restricción considerable teniendo en cuenta que ese impuesto existía por aquel entonces incluso en Suecia. Los salarios se comprimieron de manera más general en toda la economía a consecuencia de los controles impuestos por la Junta Nacional de Trabajadores de la Guerra. Dicho organismo, responsable de aprobar todos los emolumentos de conformidad con la Ley de Estabilización Salarial de octubre de 1942, estaba dispuesto a aumentar los salarios más bajos pero no los de aquellos que ganaban más, cuyo porcentaje en los ingresos salariales totales se vio erosionado. Los salarios altos sufrieron más que los bajos: entre 1940 y 1945, quienes se hallaban en el 90-95 % más alto de la distribución salarial perdieron una sexta parte de sus ingresos, los del 1 % más alto una cuarta parte y el 0,01 % más alto un 40 %. Las empresas respondieron ofreciendo prestaciones en lugar de mayores salarios, lo cual suponía un incremento de los ingresos reales de los trabajadores. La intervención estatal y sus efectos sirvieron para comprimir la estructura general de ingresos salariales, lo cual representó un claro distanciamiento de tendencias anteriores debido a «factores únicos al periodo de la segunda guerra mundial». Otros factores amplificaron esta tendencia. La compensación para directivos, que se mantuvo estable en términos reales durante la depresión, disminuyó en relación con los salarios más bajos a partir de 1940, un proceso ocasionado no tanto por la intervención gubernamental como por el creciente poder de los sindicatos. De resultados de estos acontecimientos simultáneos, los coeficientes de Gini se redujeron durante la guerra entre siete y diez puntos y varios indicadores de la distribución de los ingresos de la no élite y los salarios muestran una caída repentina en los mismos años que a menudo vino seguida de varias décadas sin cambios.[21]

Canadá siguió una trayectoria algo distinta, sin efectos discernibles de la Gran Depresión en los porcentajes de ingresos más altos pero una drástica desconcentración durante la segunda guerra mundial. Los enormes aumentos de las tasas impositivas a los ingresos más altos contribuyeron a este cambio, ya que el tipo máximo alcanzó el 95 % en 1943 y las tasas efectivas para el 1 % que más ganaba pasaron de solo el 3 % en 1938 al 48 % cinco años después.[22]

La evolución de los porcentajes de ingresos más elevados en Alemania es un tanto anómala, ya que registraron un incremento durante la primera guerra mundial, un periodo de movilización militar y gasto estatal extremadamente altos (Fig. 5.10).[23]

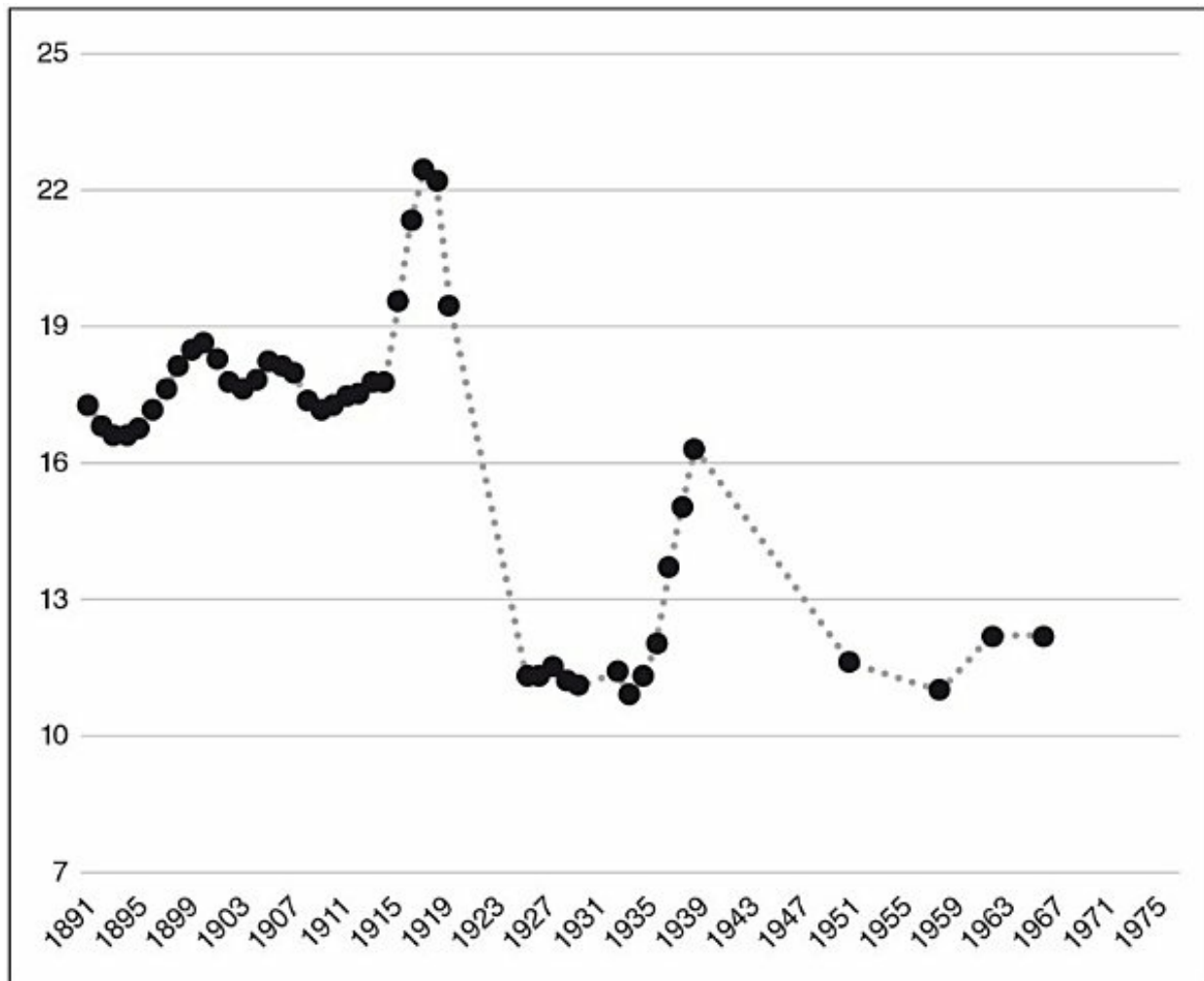


FIGURA 5.10. Porcentaje de ingresos del 1 % más rico en Alemania, 1891-1975

La ausencia de destrucción durante la guerra no basta para explicar este fenómeno. Temporalmente, la desigualdad se disparó, ya que un gobierno autoritario protegía los beneficios obtenidos durante el conflicto, en especial los de la élite rica del sector industrial, que estaba aliada con los líderes políticos y militares. Las organizaciones de trabajadores habían sido metidas en cintura y, aunque se aplicaron nuevos impuestos al capital, su alcance era

bastante modesto. En este sentido, las condiciones en Alemania se asemejaban a las de Francia, donde una combinación de especulación e impuestos bajos incrementó los ingresos más elevados en 1916 y 1917. En lugar de recurrir a una tributación masiva y progresiva, el gobierno alemán al principio financió los costes de la guerra emitiendo deuda. La expansión monetaria cubrió alrededor del 15 % del gasto, pero la inflación fue dominada por medio de severos controles de precios: aunque la base monetaria se quintuplicó durante la guerra, la inflación mayorista y la inflación del precio de los alimentos solo alcanzaron, respectivamente, un 43 % y un 129 %, que eran más fáciles de gestionar. Esto contrasta marcadamente con los resultados de los aliados de Alemania. Austria-Hungría experimentó una inflación del 1.500 % y los precios del consumo en Estambul ascendieron un 2.100 % en el mismo periodo.^[24]

Sin embargo, la equiparación provocada por la guerra solo podía postergarse, no evitarse. Una combinación de agitación política e hiperinflación en los años inmediatamente posteriores al conflicto deprimió enormemente los ingresos más elevados, con una caída del 40 % en el 1 % más rico y una reducción de tres cuartos para el 0,01 %. Esta fue una experiencia de la élite que no compartieron quienes se hallaban entre los percentiles noventa y noventa y nueve, y las familias de clase media mejoraron sus porcentajes de ingresos. Las reservas de dinero se habían ampliado primero para financiar la guerra y más tarde para pagar las reparaciones, así como los programas sociales y de empleo, estos últimos una consecuencia directa de la revolución de 1918, que había sido provocada por la propia guerra. El fin de los controles a los precios en 1919 y 1920 provocó que la inflación antes contenida estallara. El índice de precios al consumo para una familia de cuatro miembros de Berlín pasó de 1 a 7,7 entre el verano de 1914 y enero de 1920, pero a cinco billones en octubre de 1923. Los rentistas fueron los que más perdieron: su porcentaje de la renta nacional cayó de un 15 % a un 3 %, pese a que los empresarios pudieron mantener su porcentaje. La destrucción de la riqueza monetaria a causa de la inflación en un momento de decreciente abundancia generalizada —en 1923, la renta nacional real era entre un cuarto y un tercio más baja que en 1913—

amplificó la equiparación, ya que los activos monetarios estaban distribuidos de manera más desigual. Los cambios políticos también contribuyeron a este proceso de igualación. En los años de posguerra, los ajustes salariales para los trabajadores que menos cobraban provocaron una compresión de los salarios, y el porcentaje de pagos de transferencia en la renta nacional se triplicó entre 1913 y 1925. No es casualidad que la tasa impositiva a las herencias más altas pasara del 0 % al 35 % en 1919.[25]

Más tarde, el gobierno nacionalsocialista facilitó que los porcentajes de ingresos más altos se recuperaran gracias a la contención del consumo, el aumento de los salarios, los beneficios del pujante sector armamentístico y la expropiación de propiedades judías. Durante la segunda guerra mundial, Alemania obtenía entre un 30 % y un 40 % de los productos nacionales de Francia, Holanda y Noruega, mitigando así la necesidad de recaudación fiscal en su territorio. Las medidas contra la desigualdad eran insuficientes, pero cuando las aguas volvieron a su cauce, los porcentajes de ingresos más elevados habían vuelto a los niveles poshiperinflación. Esto no obedeció tanto a las pérdidas de capital como a una combinación de menor producción, reforma fiscal e inflación. La destrucción física de los activos industriales fue bastante limitada, ya que los bombardeos aliados se habían centrado en las infraestructuras de transportes y las viviendas civiles, y el capital industrial bruto en realidad creció una quinta parte entre 1936 y 1945. Sin embargo, la producción industrial neta cayó en casi tres cuartas partes entre 1944 y 1950. El país también experimentó una marcada inflación tres años después del final de la guerra, y en 1946, la tasa impositiva para los patrimonios más cuantiosos se cuadruplicó, pasando del 15 % al 60 %. La pérdida de mano de obra forzada durante la guerra contribuyó a la escasez de trabajadores, se restablecieron los sindicatos y las autoridades de ocupación impusieron controles salariales. Como en el caso de la primera guerra mundial, buena parte de la equiparación observada pudo producirse inmediatamente después del conflicto.[26]

En Holanda, los beneficios derivados de la guerra incrementaron los porcentajes de ingresos más elevados en los primeros estadios de la primera guerra mundial, un fugaz repunte que se convirtió en una caída pronunciada

que se mantuvo durante la depresión de posguerra, entre 1920 y 1923, y redujo el porcentaje del capital en la renta nacional del 75 % al 45 %, además de comprimir enormemente la desigualdad en ingresos netos. Los porcentajes de ingresos más elevados disminuyeron de nuevo durante la Gran Depresión y, de manera similar, bajo la ocupación alemana. Los que más ganaban se vieron especialmente afectados por la segunda guerra mundial, cuando el 0,01 % de ingresos más elevados cayó un 40 %. Las autoridades alemanas impusieron controles salariales que se mantuvieron después de la liberación y favorecieron a las horquillas de ingresos más bajas; los alquileres quedaron congelados a niveles de 1939. Las tasas impositivas, que anteriormente habían sido bastante bajas, se dispararon después de la guerra para compensar los daños.[27]

Finlandia, que participó muy activamente en la segunda guerra mundial, experimentó una drástica caída en el 1 % de ingresos más altos de más de la mitad entre 1938 y 1947, y el coeficiente de Gini para los ingresos sujetos a impuestos pasó de 0,46 a 0,3 en el mismo periodo. En Dinamarca, los porcentajes de ingresos cayeron un sexto para el 1 % más alto y un cuarto para el 0,1 % más alto entre 1939 y 1945, y el porcentaje de riqueza del 1 % más adinerado se redujo un cuarto entre finales de la década de 1930 y la siguiente. Bajo la ocupación alemana, el gobierno danés impuso notables incrementos impositivos y salarios ajustados. Esto, junto con otros efectos de la guerra, provocó el resultado opuesto al de la primera guerra mundial, cuando la desigualdad había aumentado en ausencia de políticas redistributivas, si bien los porcentajes de las mayores riquezas ya se habían contraído por aquel entonces. Por último, en Noruega, otro país escandinavo ocupado por los alemanes, los porcentajes de ingresos más elevados también disminuyeron considerablemente y mucho más rápido que después de la guerra. Entre 1938 y 1948, el 0,5 % más alto perdió casi un tercio de su porcentaje de ingresos totales y los porcentajes de riquezas máximas también empezaron a caer.[28]

Este rápido estudio demuestra que, si bien los medios de equiparación diferían entre países, los resultados generales fueron similares. Los bajos índices de ahorro y la caída de los precios de los activos, la destrucción física

y la pérdida de bienes extranjeros, la inflación y los impuestos progresivos, los controles de arrendamientos y precios y la nacionalización contribuyeron en grados diversos. Dependiendo de su configuración particular, esos factores explican la escala y el momento de la compresión de la desigualdad de ingresos y riqueza. Todos provenían de la misma fuente: las tensiones de la guerra total. Piketty ha generalizado osadamente a partir de la experiencia de su Francia natal:

En gran medida, fue el caos de la guerra, con sus sacudidas económicas y políticas concomitantes, el que redujo la desigualdad en el siglo XX. No hubo una evolución gradual, consensuada y exenta de conflictos hacia una mayor igualdad. En el siglo XX fue la guerra, y no una armoniosa racionalidad democrática o económica, la que borró el pasado y permitió a la sociedad empezar de cero.[29]

Esta generalización plantea el interrogante de si esto era cierto en todo el mundo. Podemos evaluar su conclusión de dos maneras: determinando si alguno de los contendientes experimentó consecuencias diferentes y comparando su experiencia con la de países que no participaron directamente en los conflictos. La ejecución de la primera de esas valoraciones es más difícil de lo que pueda parecer. Como ya hemos visto (tablas 5.1 y 5.2), el argumento de que las dislocaciones violentas de la época de la guerra mundial fueron de una importancia crucial se ve respaldado plenamente por los porcentajes de ingresos más altos de todos los países contendientes sobre los cuales se han publicado datos. Lamentablemente, faltan actores importantes en este estudio: Austria-Hungría y Rusia en la primera guerra mundial e Italia en ambas. Lo mismo ocurre con Bélgica, un país que se vio duramente azotado por los dos conflictos, por no mencionar a los varios estados del centro y el este de Europa ubicados en lo que vino en llamarse las «tierras sangrientas» de este periodo o a China en la segunda guerra mundial. Lo único que podemos decir por ahora es que no existen pruebas contradictorias en forma de ausencia evidente de igualación en este periodo. Según una única reconstrucción del coeficiente de Gini de ingresos que no indica ningún cambio importante relacionado con la guerra, Italia actualmente es la única excepción posible. Es difícil saber hasta qué punto se

sostiene dicho argumento.[30]

En cuanto a la segunda prueba, varios países neutrales registraron repuntes de la desigualdad durante la primera guerra mundial. El porcentaje de ingresos del 1 % más rico de Holanda se disparó en un tercio, pasando del 21 % al 28 % entre 1914 y 1916, y volvió a caer hasta el 22 % en 1918. Al principio de la guerra, los altos beneficios y dividendos monopolísticos fueron los responsables, pero pronto se vieron contenidos por la escasez de materias primas. A medida que avanzaba el conflicto, Holanda fue incapaz de evitar la necesidad de movilización e incrementó el gasto público: el gasto estatal se duplicó con unos precios constantes, el ejército pasó de 200.000 a 450.000 efectivos y hubo que instaurar planes para gestionar la producción y distribución de alimentos. Finalmente fueron necesarios nuevos impuestos para financiar estas iniciativas, incluidos unos impuestos de defensa sumamente progresivos y un gravamen especial del 30 % de los beneficios estimados de la guerra que fue aplicado a personas y negocios. Esas medidas pronto ayudaron a contener el aumento inicial de la desigualdad. Suecia, al igual que Dinamarca, también experimentó un crecimiento repentino de los porcentajes de ingresos más altos durante la primera guerra mundial, seguido de una marcada caída en 1920. En ambos países, el porcentaje de ingresos del 1 % más rico se disparó brevemente hasta un excepcional 28 % en 1916 o 1917. El Estado danés tardó en imponer controles a los precios y los alquileres y un acuerdo de negociación colectiva que no expiró hasta 1916 deprimió los salarios reales de los trabajadores en una época de rápido crecimiento económico. Los impuestos aumentaron ligeramente (no contamos con datos útiles de porcentajes de ingresos para Noruega en esos años).[31]

Por el contrario, la segunda guerra mundial coincidió con tendencias opuestas en algunos de los pocos países europeos que evitaron el conflicto. Los porcentajes de ingresos más altos en Irlanda cayeron notablemente entre 1938 y 1945, pero la resolución de los datos es precaria. Se cree que los controles de precios y salarios y la escasez de materias primas durante la guerra contribuyeron a este proceso. En Portugal, los porcentajes de ingresos más altos se redujeron aún más en ese periodo: el 0,1 % más rico perdió un

40 % entre 1941 y 1946, pero los motivos no han sido explicados. España también experimentó una importante equiparación en los años treinta y cuarenta. Lo comentaré en el siguiente capítulo como ejemplo de los efectos de la guerra civil.[32]

Dejando momentáneamente de lado a Suiza y Suecia, que recibirán una atención detallada más adelante, los datos adicionales sobre países no contendientes en la época de la segunda guerra mundial son escasos. Gran parte del mundo occidental seguía gobernado por potencias coloniales y la mayoría de los países independientes estaban confinados a Latinoamérica, donde los datos a menudo son precarios. Aun así, los datos sobre Latinoamérica ofrecen dos reflexiones valiosas. Una guarda relación con la evolución radicalmente distinta de la desigualdad de ingresos en Argentina, que a principios del siglo XX había sido uno de los países más ricos del mundo. Durante la segunda guerra mundial, el porcentaje de ingresos del 1 % más adinerado del país fue más alto que antes o después. Este resultado es comparable al que observamos en varias naciones europeas neutrales en la primera guerra mundial, donde los beneficios derivados del conflicto habían incrementado los ingresos de la élite. A principios de la década de 1940, Argentina experimentó un crecimiento económico propiciado por la demanda extranjera: el país aportaba el 40 % de los cereales y la carne que se consumían en Gran Bretaña. Los porcentajes de ingresos más elevados y el volumen de exportaciones estaban correlacionados, ya que la élite argentina obtenía unos beneficios desproporcionados del comercio. La distante guerra no solo no requirió movilización y medidas fiscales de apoyo o limitar las rentas de capital, sino que también dio un empujón temporal a la desigualdad de maneras que resultaban inviables en Europa y otras partes del planeta implicadas en el conflicto. La segunda reflexión se deriva de la observación más general de que, en todos los países latinoamericanos sobre los cuales existe información relevante, la desigualdad de ingresos era muy alta en la década de 1960, el primer periodo que permite una comparación sistemática. En el caso de quince países que computaron coeficientes de Gini de ingresos de mercado desde esa década, los valores oscilan entre 0,40 y 0,76, con una media alta de 0,51 y una media de 0,49. Los datos cualitativos tampoco

corroboran la idea de un descenso de la desigualdad anterior en tiempos de guerra. Lo que pareció ser una compresión importante en China en la época de la segunda guerra mundial se ha explicado en referencia a factores económicos y políticos exclusivamente nacionales. La desigualdad salarial en varios países latinoamericanos empezó a aumentar después de la segunda guerra mundial, en marcado contraste con Europa, Norteamérica y Japón.[33]

Un estudio de los porcentajes de ingresos más altos en antiguas colonias británicas en la época de la independencia también demuestra que eran relativamente elevados en comparación con los niveles occidentales, que recientemente se habían visto reducidos por la segunda guerra mundial. Unas pocas excepciones solo sirven para subrayar la importancia de los efectos de la guerra. En India, el porcentaje de ingresos del 1 % más rico se contrajo más de un tercio durante los años de la guerra. Cuando los beneficios derivados de los impuestos indirectos regresivos se contrajeron debido a la reducción de las importaciones, el gobierno indio priorizó los impuestos directos progresivos a los ingresos personales y empresariales. Una supertasa a los salarios más altos y un impuesto adicional para los ingresos extraordinarios de las empresas alcanzaron un 66 %. A consecuencia de ello, el porcentaje del impuesto sobre la renta en ganancias tributarias totales se triplicó, pasando del 23 % en 1938 y 1939 al 68 % en 1944 y 1945: teniendo en cuenta que la base de cotizadores consistía en solo unos pocos cientos de miles de individuos, este cambio se produjo a expensas de las clases altas. Al mismo tiempo, el número de afiliados sindicales casi se duplicó y las huelgas motivadas por disputas en torno a las compensaciones se volvieron más frecuentes.[34]

En las islas Mauricio, donde se introdujo un impuesto sobre la renta en 1932, el 0,1 % de ingresos más altos cayó casi dos tercios entre 1938 y 1946. El aumento de los impuestos durante la guerra coincidió con un gran cambio entre los porcentajes de ingresos brutos y netos en ese grupo de élite. Mientras que en 1933, el 0,1 % de los que más ganaban representaba un 8,1 % de los ingresos brutos y un 7,6 % de los netos —una diferencia insignificante—, en 1947 esos valores habían caído al 4,4 % y el 2,9 %, respectivamente, lo cual documenta no solo una reducción general de los

ingresos de la élite sino también las consecuencias igualadoras de las transferencias fiscales. Los porcentajes de ingresos más elevados en Malasia y Singapur, que se vieron sometidos a la depredadora ocupación japonesa, también eran bastante bajos después de 1945, con unos niveles similares a los de las islas Mauricio, que a su vez eran comparables a los de Reino Unido y Estados Unidos en aquella época.[35]

Ahora hablaré de Suiza y Suecia, que no participaron en ninguna de las dos guerras mundiales. Son de especial interés porque demuestran cómo la interacción entre la proximidad a la movilización militar masiva y las condiciones políticas y económicas de cada nación condicionaron el desarrollo de la desigualdad en sociedades que eran espectadores neutrales. En 1914, Suiza, a la sazón un país de menos de cuatro millones de habitantes, movilizó a 220.000 soldados. A falta de una compensación efectiva o de protección al empleo, esto causó considerables estrecheces, que, sumadas a la especulación durante la guerra y a una mano de obra radicalizada, culminaron en huelgas y despliegues militares nacionales en noviembre de 1918. Las ganancias totales del gobierno federal, los cantones y las comunidades se duplicaron durante la guerra, sostenidas por impuestos a la renta, la riqueza y los beneficios derivados del conflicto, que, sin embargo, se mantuvieron a unos tipos bastante moderados. Después de la guerra, las propuestas para un impuesto federal directo sobre la renta y un gravamen excepcional sobre la riqueza para cubrir la deuda generada por el conflicto (con una tasa máxima del 60 %) fueron rechazados. En su lugar se instituyó un nuevo impuesto de guerra más progresivo en 1920 para compensar la deuda. Puesto que carecemos de información sobre los porcentajes de ingresos más altos antes de 1933, no podemos dilucidar cómo se vio afectada la distribución de ingresos por esta experiencia. Los datos sobre los porcentajes de riqueza más elevados compensan parcialmente esta carencia: el porcentaje del 0,5 % de los patrimonios más ricos cayó casi un cuarto durante la primera guerra mundial.[36]

En 1939, los suizos movilizaron a 430.000 soldados, una décima parte de su población, pero la cifra quedó reducida a 120.000 tras la caída de Francia. Inspirándose en las lecciones de la guerra anterior, quienes sirvieron en el

ejército recibieron compensaciones para prevenir la reaparición de tensiones sociales. En este periodo, las rentas estatales aumentaron aún menos que a partir de 1914, pero rondaron el 70 %. Se aprobaron una serie de impuestos de emergencia para ayudar a financiar esta expansión: un impuesto a las ganancias de la guerra con tipos de hasta el 70 % sobre los beneficios relevantes, un impuesto a la riqueza de entre el 3 % y el 4,5 % a las personas físicas y de un 1,5 % a las entidades legales, un impuesto de guerra sobre la renta con un tipo máximo del 9,75 % y un impuesto a los dividendos de hasta el 15 %. Esto demuestra que, con la salvedad del impuesto a los beneficios de la guerra, esos gravámenes eran modestos y no especialmente progresivos en comparación con los que aplicaron varios de los principales contendientes por aquella época. La mayoría del gasto federal adicional se financió por medio de la deuda, que se quintuplicó durante la guerra. Al igual que en la primera guerra mundial, los porcentajes de las riquezas más grandes disminuyeron: esta vez, el 0,5 % de los patrimonios más cuantiosos perdió un 18 %. Al mismo tiempo, los porcentajes de ingresos de la élite no se vieron demasiado afectados por la contienda. El porcentaje de ingresos del 1 % más rico solo disminuyó alrededor de un 1 %, o aproximadamente una décima parte del total, y solo la franja de ingresos más elevados (el 0,01 %) registró una caída notable de más o menos un cuarto entre 1938 y 1945, lo cual tan solo los devolvía al nivel de mediados de la década de 1930. En general, los porcentajes de ingresos más elevados en Suiza mostraron pocos movimientos entre 1933 y 1973, fluctuando levemente en un rango estrecho y bajo del 9,7 % al 11,8 %.[37]

En general, el efecto de la movilización militar en la desigualdad fue bastante tenue. Como en otros casos, las guerras mundiales fomentaron una expansión de los impuestos directos, aunque siempre se anunció como una medida temporal. En un contexto peculiarmente suizo de resistencia generalizada a dichos incrementos, esas políticas tal vez no habrían sido factibles en ausencia de amenazas extranjeras. Como en otros países desarrollados, la movilización para la segunda guerra mundial en particular generó demanda de servicios sociales después del conflicto, lo cual propició el desarrollo de un estado del bienestar. Por ello, la sociedad suiza se vio

expuesta a experiencias relacionadas con la guerra que propiciaron la reducción de las disparidades de ingresos y riqueza. Hasta cierto punto, el desarrollo de los porcentajes de riquezas más altas concuerda con esta expectativa. Sin embargo, desde una perspectiva comparativa, la ausencia de fuertes sacudidas provocadas por la guerra y el haber evitado unos impuestos progresivos es coherente con la falta de una compresión de ingresos significativa en este periodo o después. Una vez que tenemos en cuenta la naturaleza inusualmente descentralizada de las instituciones políticas y fiscales de Suiza y el hecho de que los porcentajes de ingresos más elevados ya eran bajos en comparación con la media internacional, no es de extrañar que la relativa debilidad de las presiones durante la guerra no propiciara una equiparación más notable.[38]

La desigualdad sueca se desarrolló de manera diferente en las décadas de 1910 y 1940 (Fig. 5.11). Pero, igual que en muchos otros países desarrollados de la época, las sacudidas externas, esto es, las dos guerras mundiales y la Gran Depresión, fueron catalizadores cruciales para la reforma fiscal redistributiva y la posterior expansión del estado del bienestar.[39]

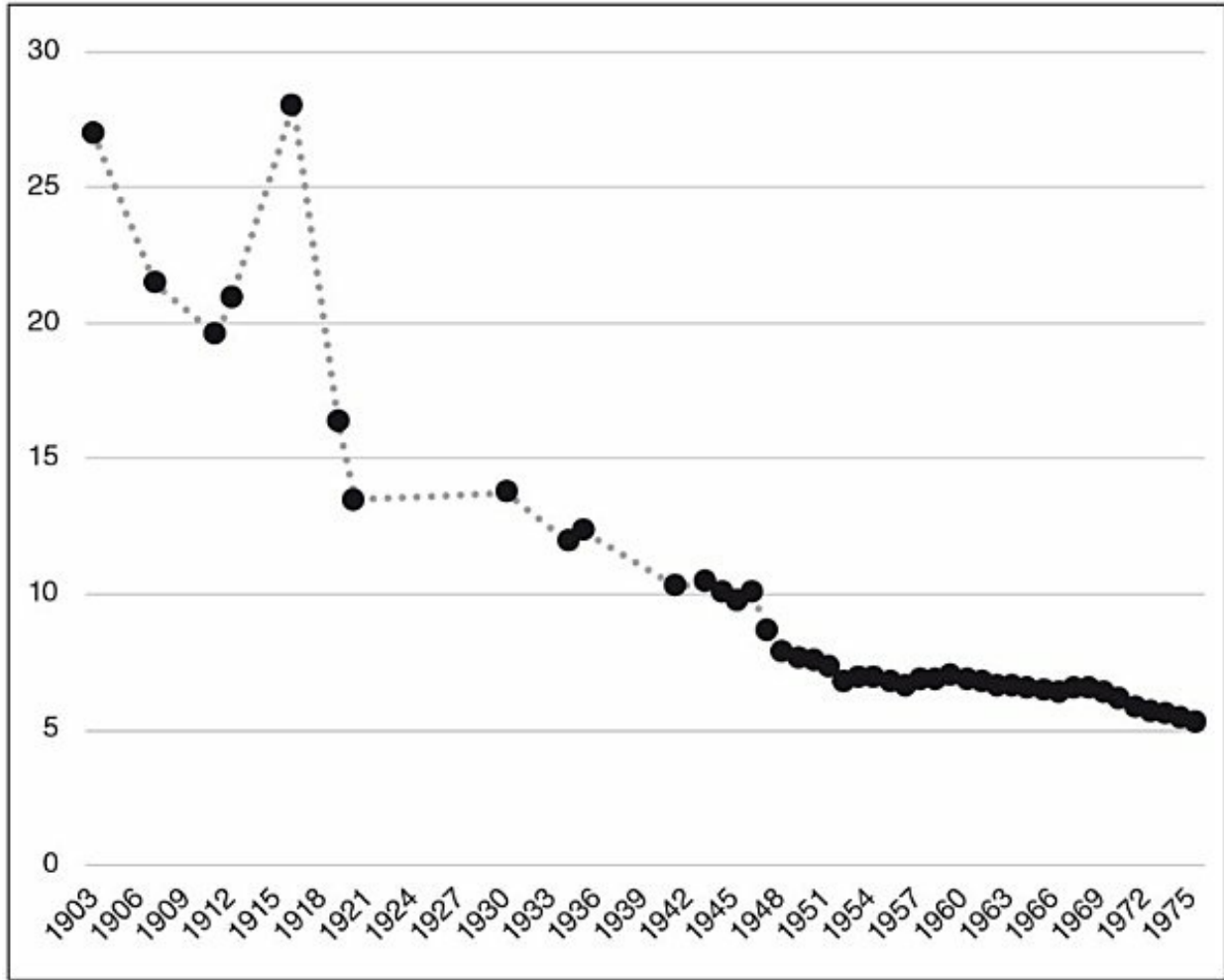


FIGURA 5.11. Porcentaje de ingresos del 1 % más rico en Suecia, 1903-1975

Ya he mencionado el fugaz pico de los porcentajes de ingresos más elevados en la primera guerra mundial, comparable a lo sucedido en Dinamarca y Holanda. Las élites suecas se alinearon con Alemania y obtuvieron grandes beneficios mientras la escasez de alimentos provocado por el bloqueo naval de la Entente y la agitación obrera sacudían el país. Las marchas del hambre hacia el final de la guerra desencadenaron duras respuestas policiales. El descontento popular allanó el terreno para el primer gobierno de coalición liberal-socialdemócrata del país, que empezó a dar tímidos pasos en una dirección más progresista bajo la creciente sombra de la revolución rusa, que había estallado cerca de las costas de Suecia. Cuando terminó la guerra, los mercados internacionales se derrumbaron y la

sobrecapacidad industrial marcó el inicio de la crisis económica y el desempleo. La figura 5.11 indica que los ricos sufrieron desproporcionadamente, sobre todo porque la ratio de riqueza heredada y renta nacional se desmoronó temporalmente. Todo esto pone de relieve el hecho de que los comienzos de la trayectoria sueca hacia una de las distribuciones de ingresos más igualitarias del mundo estaban firmemente enraizados en la experiencia de la primera guerra mundial y sus trastornos concomitantes.[40]

Otros efectos de la guerra se dejaron notar cuando la maquinaria bélica alemana pisó el acelerador. En palabras de un destacado político socialdemócrata en 1940, los suecos pronto se descubrieron «viviendo frente a la boca de un cañón cargado». El país se veía expuesto tanto a la presión alemana como a la aliada. En un momento dado, Alemania amenazó con bombardear ciudades suecas a menos que el país permitiera el paso de sus tropas. En estadios posteriores de la guerra, Alemania pergeñó un plan de contingencia para una invasión en caso de incursión aliada en Suecia, que abordó su precaria situación de seguridad aumentando considerablemente su ejército. El gasto militar se multiplicó por ocho a lo largo del conflicto. Mientras que las respuestas fiscales a la Gran Depresión habían sido modestas, la reforma tributaria de 1939 aumentó enormemente las tasas máximas y creó un impuesto temporal de defensa que solo era muy progresivo para quienes más ganaban y se incrementó en 1940 y 1942. Asimismo, la tasa impositiva para empresas aumentó un 40 %. La mejora de la capacidad militar era el criterio oficial para todas estas medidas. Gracias a la amenaza de la guerra, en un revelador distanciamiento de las díscolas políticas de los años veinte y treinta, esas reformas fueron aprobadas sin apenas debates o controversias como una decisión casi unánime.[41]

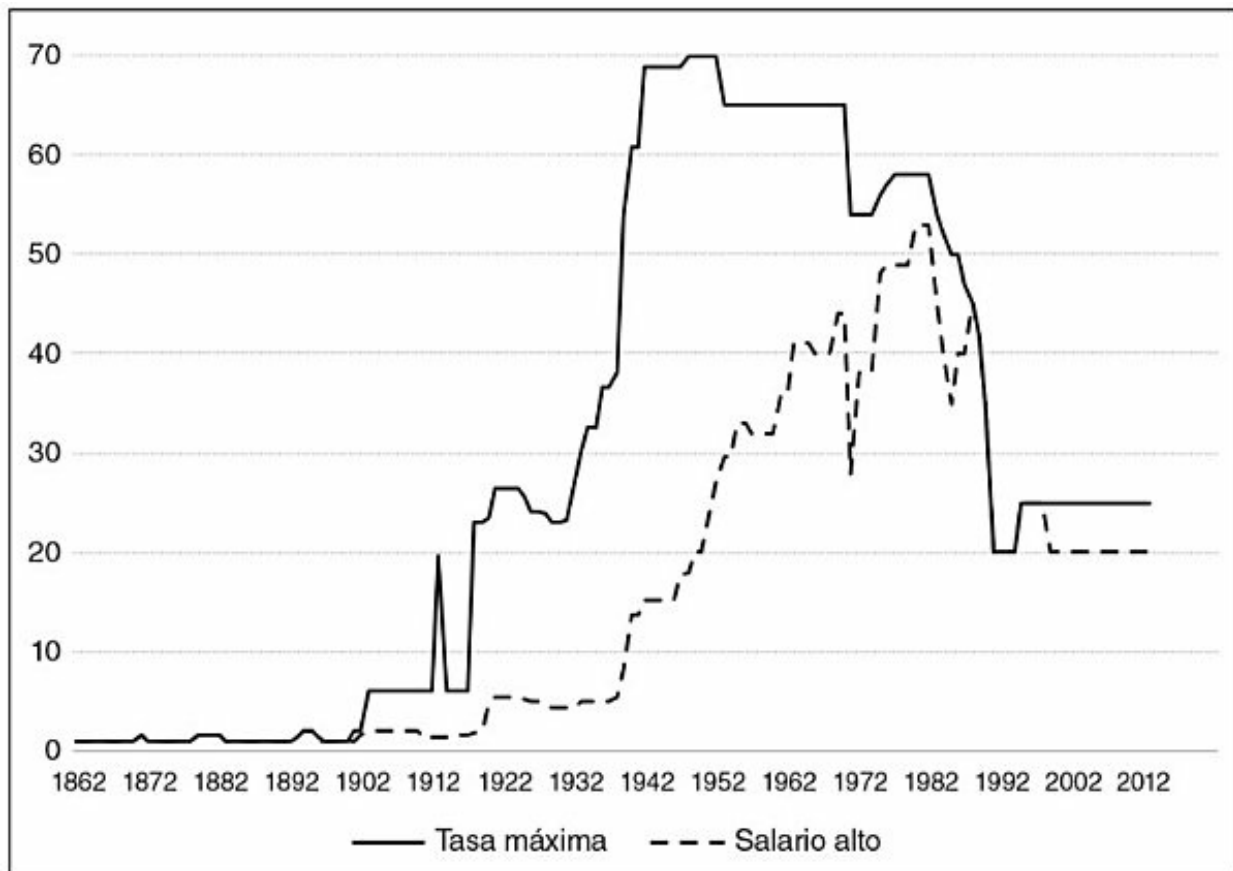


FIGURA 5.12. Tasas marginales de impuestos estatales sobre la renta en Suecia, 1862-2013

Sin embargo, de manera más marcada que en Suiza, los porcentajes de ingresos brutos más elevados siguieron mostrándose impermeables a las presiones de la guerra, con independencia de si incluimos al 1 % más rico u otros segmentos de la élite en esa horquilla. Al parecer, la caída durante los años treinta estuvo motivada en primer lugar por los efectos de la Gran Depresión, una explicación que coincidiría con la evolución simultánea de los porcentajes de riqueza. Por el contrario, la segunda guerra mundial no provocó una caída de los porcentajes de ingresos más altos ni una aceleración de la reducción secular de los porcentajes de riqueza más elevada. No obstante, estudios previos descubrieron que la notable equiparación en todos los grupos de ingresos se produjo a finales de los años treinta y durante la década de 1940. Más concretamente, fue el periodo de guerra propiamente dicho el que propició una mayor igualación, ya que tanto los diferenciales de salarios entre sectores como la ratio de salarios urbanos y rurales se

desplomaron entre 1940 y 1945, lo cual redujo la desigualdad de ingresos entre los trabajadores. La información sobre los porcentajes de ingresos más elevados no deja entrever esta compresión.[42]

Por añadidura, la movilización masiva generó efectos sociales que iban más allá de la esfera fiscal. Transformó el que había sido un ejército de derechas en unas fuerzas populares basadas en el reclutamiento de masas y el voluntariado. De una población total de 6,3 millones, servían en el ejército unos 400.000 hombres. El servicio militar y civil compartido ayudó a superar la desconfianza existente y fomentó el trabajo en equipo y la dependencia mutua. El sacrificio iba más allá del servicio propiamente dicho: unos 50.000 soldados quedaron inválidos a consecuencia de lesiones, accidentes y las duras condiciones del servicio. El racionamiento también fue un medio crucial para allanar las diferencias de clase. Así pues, la guerra fomentó la homogeneidad y el compromiso ciudadano. Tal como asegura John Gilmour en su emblemático estudio sobre Suecia en tiempos de guerra, el país

experimentó una importante alteración social, política y económica a consecuencia de las condiciones de la guerra, y en 1945 se había convertido en una sociedad alterada tanto en actitud como en aspiraciones ... La experiencia del reclutamiento ... fue un terreno de pruebas para muchos de los ideales de *Folkhem*, de Per Albin, sobre la nivelación social ... Suecia cosechó beneficios sociales de la guerra sin sufrir la misma pérdida de vidas y propiedades que los contendientes y las naciones ocupadas.[43]

En este sentido, Suecia experimentó un importante efecto de la movilización militar que propició la posterior expansión del estado de bienestar. Se cree que, a más largo plazo, la experiencia de los años de guerra también tuvo un efecto conceptual más general: la imagen de Suecia como un país pequeño que había sido salvado por un gobierno de coalición y consenso contribuyó a la formación del ideal de una sociedad solidaria sostenida por un estado del bienestar redistributivo.[44]

La política de posguerra se derivaba de los cimientos del sistema tributario y la experiencia bélica compartida de la población general. En 1944, cuando la guerra estaba tocando a su fin, los socialdemócratas, junto con la Confederación de Sindicatos, desarrollaron un programa político que

pretendía equiparar los ingresos y la riqueza por medio de impuestos progresivos. Ello formaba parte del compromiso de los socialdemócratas para garantizar que

la mayoría queda liberada de la dependencia de unos pocos capitalistas y que el orden social basado en las clases económicas es sustituido por una comunidad de ciudadanos que cooperen sobre la base de la libertad y la igualdad.[45]

La propuesta presupuestaria para 1947 y 1948 permitía un gasto que duplicaba con creces el nivel que habría conllevado un retorno a la situación económica de preguerra. Aunque en parte se destinó a la deuda contraída durante la contienda, también permitió mejorar el estado del bienestar. Las tasas impositivas disminuyeron un poco respecto de sus picos durante la guerra, pero las reducciones en el impuesto sobre la renta se vieron compensadas por unos gravámenes más altos sobre la riqueza y el patrimonio, lo cual trasladaba más cargas a los ricos. Ernst Wigforss, el ministro de Economía socialdemócrata, reconocía que el impuesto sucesorio perjudicaría a las fortunas más cuantiosas, citando a Estados Unidos y Gran Bretaña como modelos: la nueva tasa máxima para las herencias era del 47,5 %, lo cual representaba un incremento del 150 %. La propuesta de ley fue debatida casi de manera exclusiva desde una perspectiva de redistribución, y dicho debate fue intenso. Los socialdemócratas, alentados por la voluntad de los votantes que se habían visto condicionados por la experiencia de la guerra, se alzaron vencedores, y Suecia se embarcó en un ambicioso experimento social. En 1948, las reformas llevadas a cabo durante la guerra se convirtieron en medidas permanentes y se retomó la equiparación.[46]

Al igual que en los países contendientes que mantuvieron impuestos y un gasto alto una vez finalizada la guerra, este proceso estaba íntimamente relacionado con el conflicto. Las políticas redistributivas y la reducción de las desigualdades sociales y económicas habían sido defendidas durante mucho tiempo por ciertos partidos políticos y sindicatos. La movilización militar masiva fue un catalizador que ayudó a hacer realidad esos ideales. El caso de Suecia es ilustrativo en el sentido de que demuestra que incluso una

movilización militar comparativamente limitada pudo bastar para crear las infraestructuras fiscales, la voluntad política y el apoyo electoral necesarios para que se impusieran las preferencias progresistas.[47]

«UN MOMENTO REVOLUCIONARIO EN LA HISTORIA MUNDIAL ES UNA ÉPOCA DE REVOLUCIONES, NO DE REMIENDOS»: DE LAS SACUDIDAS VIOLENTAS A LA REFORMA IGUALADORA

Esto era aún más marcado en el caso de los países que combatieron en las guerras mundiales. Una cadena común de acontecimientos sirvió para reducir la desigualdad y, más tarde, para mantener y en muchos casos reforzar la equiparación que afloró durante la guerra: la pérdida de capital a causa de la destrucción, la expropiación o la inflación; la disminución de las rentas del capital debido a intervenciones como la política tributaria y los controles de los arrendamientos, los precios, los salarios y los dividendos; y el compromiso de posguerra con una tributación elevada y progresiva. Dependiendo de circunstancias políticas, militares y económicas específicas de cada país, la equiparación podía ser repentina o más gradual, concentrada durante la guerra o pospuesta a crisis de posguerra o extendida en periodos más largos. Sin embargo, el resultado fue siempre el mismo, independientemente de si los países perdieron o ganaron, de si fueron ocupados durante o después de la guerra o de si eran democracias o regímenes autocráticos. La gran movilización para provocar una violencia de masas fue el motor de una transformación transnacional en la distribución de ingresos y riqueza.

Podemos dar las gracias a Piketty por una respuesta a la pregunta de por qué la desigualdad no se recuperó con rapidez después de 1945 que es elegante en su simplicidad. La acumulación de capital es un proceso que lleva su tiempo, y el siglo XIX, que fue eminentemente pacífico en gran parte de

Occidente, había ofrecido unas condiciones favorables. Una vez que el capital fue destruido a gran escala durante las guerras mundiales, resultó mucho más difícil reconstruirlo mientras estuvieron vigentes algunas medidas aplicadas durante el conflicto, tales como los impuestos progresivos a los ingresos y el patrimonio. Y se mantuvieron mientras el Estado belicoso enormemente inflado se transformaba en el Estado social de posguerra, utilizando para la provisión de bienestar los instrumentos fiscales originalmente creados para la movilización masiva de personas y recursos industriales.[48]

La movilización militar también fue crucial para fomentar la sindicalización del trabajo. Esto es importante porque las elevadas cifras de afiliación sindical, que sostienen las negociaciones colectivas y protegen los derechos de los trabajadores, normalmente son consideradas un factor igualador y se correlacionan negativamente con la desigualdad de ingresos a largo plazo. Aun así, en la medida en que la expansión de los sindicatos fue sobre todo una función de la movilización militar, no existe ninguna razón de peso para considerar la primera un agente independiente de la compresión de ingresos. La importancia del efecto de la movilización militar es claramente visible en el caso de Reino Unido, donde la afiliación sindical casi se cuadruplicó durante y justo después de la primera guerra mundial para luego disminuir a lo largo de unos quince años y recuperar sus máximos anteriores durante la segunda guerra mundial. En Estados Unidos, los índices de afiliación, que aumentaron fugazmente y volvieron a caer durante la primera guerra mundial, se dispararon en respuesta a dos sacudidas. La primera fue la Gran Depresión, que propició el New Deal y la Ley Nacional de Relaciones Laborales de julio de 1935, que garantizaba el derecho de los trabajadores a organizarse en sindicatos y participar en negociaciones colectivas. Cuando el repunte inicial se estancó años después, la guerra supuso otro potente impulso que permitió que la afiliación sindical alcanzara su máximo histórico en 1945, con una caída bastante continuada a partir de entonces. Los elementos fundamentales de este patrón se reprodujeron en todos los países desarrollados: índices muy bajos de afiliación sindical antes de la primera guerra mundial, grandes incrementos en estadios posteriores de la guerra e inmediatamente después de ella, una reducción parcial y una fuerte

recuperación y nuevos máximos durante la segunda guerra mundial. Las variaciones significativas se limitan al periodo de posguerra, ya que la afiliación empezó a reducirse en algunos países pero se mantuvo constante más tiempo en otros donde había caído más recientemente. Solo unos pocos países incluidos en este estudio, entre los cuales destacan Dinamarca y Suecia, experimentaron un crecimiento notable y sostenido por encima de los niveles de la segunda guerra mundial. La media de la OCDE incluida en la figura 5.13 esclarece la tendencia general.[49]

Cuando la afiliación sindical se amplió enormemente durante las guerras mundiales, ejerció de freno para la recuperación de la desigualdad, sumada a medidas fiscales progresivas y otras formas de regulación gubernamental. Como veremos en el capítulo 12, la democracia, a diferencia de la sindicalización, no está relacionada sistemáticamente con la desigualdad. Aun así, merece la pena señalar que las guerras mundiales estuvieron estrechamente vinculadas a la expansión del sufragio. Max Weber ya había identificado la dinámica subyacente:

En todas partes, la base de la democratización posee un carácter puramente militar ... La disciplina militar supuso el triunfo de la democracia porque la comunidad deseaba y se vio obligada a garantizar la cooperación de las masas no aristocráticas y, por tanto, a poner armas, además de poder político, en sus manos.[50]

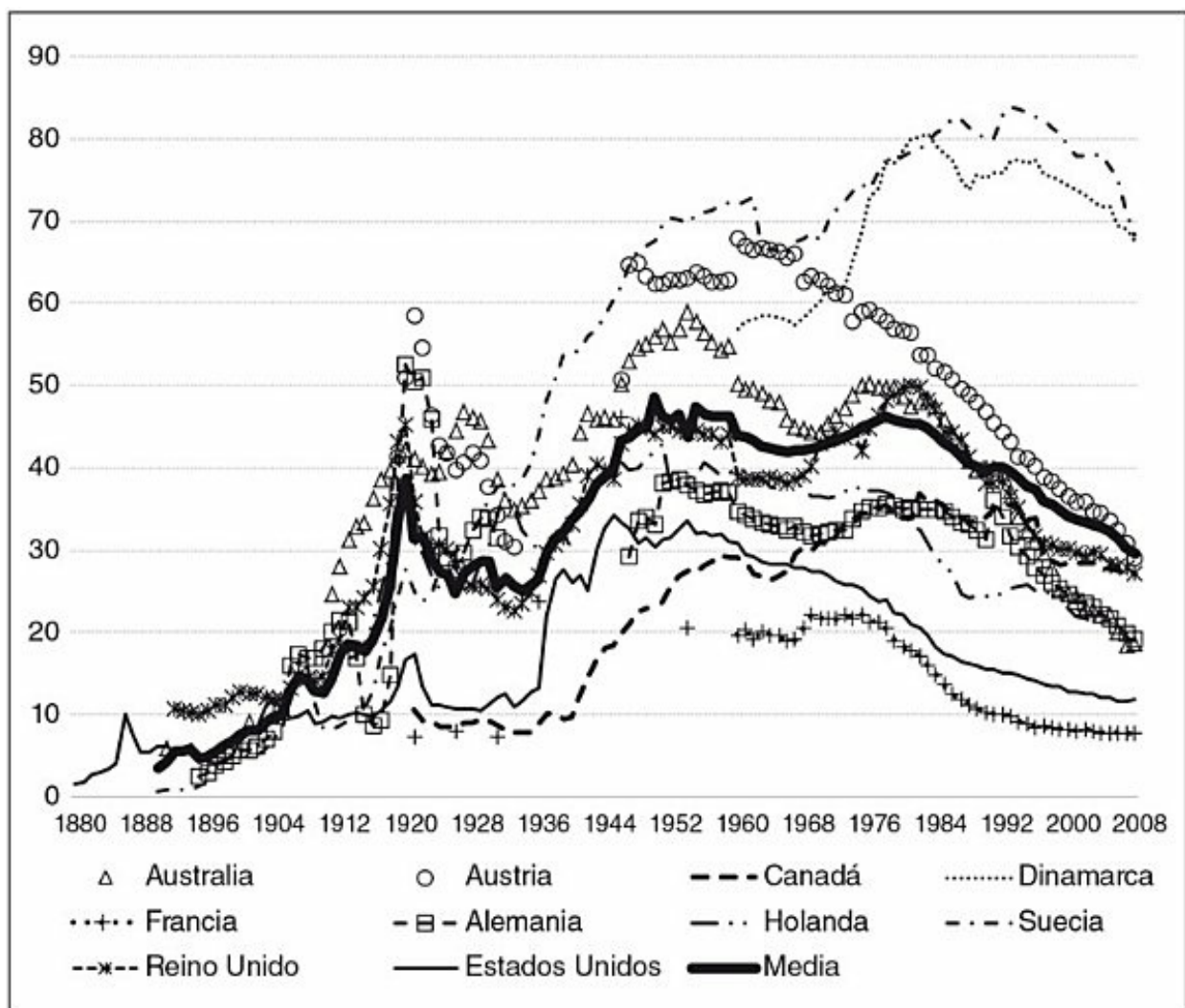


FIGURA 5.13. Densidad sindical en diez países de la OCDE, 1880-2008

Desde entonces, la erudición moderna ha relacionado en repetidas ocasiones la guerra de masas con la ampliación de los derechos políticos. En la medida en que reunir ejércitos de masas requiere consenso social, las extensiones del sufragio pueden considerarse una consecuencia lógica de la intensa movilización militar. Tal como argumento en el próximo capítulo, este principio es aplicable incluso a la antigua Grecia. En el pasado más reciente, todos los varones franceses mayores de veinticinco años tenían derecho a elegir a miembros de la Asamblea en la Francia revolucionaria. El sufragio universal masculino fue aprobado en Suiza en 1848 después de una guerra civil entre cantones librada el año anterior, en Estados Unidos en 1868

(y en 1870 para los negros) después de la guerra civil, en Alemania en 1871 tras su guerra con Francia y en Finlandia en 1906 después de las reformas propiciadas por la guerra ruso-japonesa. Otras ampliaciones del sufragio más limitadas durante el siglo XIX y principios del XX han sido interpretadas como respuestas a inquietudes motivadas por disturbios o posibles revoluciones. Por el contrario, los ejemplos tempranos no relacionados con la guerra o con amenazas de violencia son infrecuentes. En términos generales, la situación de paz en Europa a partir de 1815 había retrasado la reforma política. Esto cambió drásticamente con las movilizaciones masivas sin precedentes que conllevaron las guerras mundiales. El sufragio masculino total fue instaurado en Holanda en 1917 y un año después en Bélgica, Irlanda, Italia y Reino Unido. El sufragio universal se convirtió en ley en Dinamarca en 1915; en Austria, Estonia, Hungría, Letonia, Polonia y (técnicamente) Rusia en 1918; en Alemania, Luxemburgo, Holanda y Suecia en 1919; en el Canadá anglófono, Estados Unidos y Checoslovaquia en 1920; y en Irlanda y Lituania en 1921. En Reino Unido, las mujeres de treinta años o más también pudieron votar a partir de 1918, una restricción de edad que sería eliminada diez años después. La segunda guerra mundial fue el siguiente gran empujón, ya que el sufragio universal fue implantado en Quebec en 1940, en Francia en 1944, en Italia en 1945, en Japón en 1946, en la República de China (pronto limitado a Taiwán) y Malta en 1947, y en Bélgica y Corea del Sur en 1948. La relación entre guerra de masas y sufragio de masas no solo está implícita en esta cronología, sino que fue constatada expresamente. Por aportar solo dos ejemplos, Woodrow Wilson quiso vender el sufragio femenino «como una medida de guerra»

esencial para la consecución exitosa de la contienda humana en la que nos hallamos sumidos ... En esta guerra nos hemos asociado con las mujeres. ¿Las admitiremos en una asociación de sacrificio, sufrimiento y estragos y no en una asociación de privilegios y derechos?

Podría decirse que la prohibición judicial de unas primarias solo para blancos en Estados Unidos en 1944 vino motivada por un cambio en la opinión pública contra la exclusión de las minorías que compartieron los

«sacrificios comunes de la guerra».[51]

El patrón observado encaja con la moderación de la reforma electoral en el periodo de entreguerras, cuando el sufragio universal fue implantado en Turquía (1930), Portugal (por fases desde 1931 hasta 1936) y España (1931), dejando al margen la reducción de las restricciones de edad en Irlanda y Reino Unido en 1928. El ritmo normalmente lento de la democratización en países alejados de las grandes guerras y que no tenían la necesidad de ofrecer concesiones o recompensas a cambio de la movilización masiva también se ha mencionado. La exposición a la guerra total generó un ímpetu crucial para la democratización formal.[52]

Las grandes sacudidas violentas de la movilización militar moderna deprimieron la desigualdad con una amplia variedad de medios. Las actitudes de posguerra se vieron condicionadas por la experiencia de estas sacudidas singulares. El reclutamiento y el racionamiento han sido identificados como estímulos omnipresentes y poderosos del cambio, y en muchos de los países afectados, las evacuaciones y la exposición a los bombardeos y otras actividades militares dirigidas contra los civiles reforzaron aún más los efectos sociales del conflicto, sobre todo durante la primera mitad de la década de 1940. Estas dislocaciones, ampliamente difundidas entre las poblaciones nacionales, erosionaron las distinciones de clase y elevaron las expectativas de justicia, participación, inclusión y reconocimiento de los derechos sociales universales, unas expectativas que no se correspondían con la desigual distribución de recursos materiales que había caracterizado la época de preguerra. La planificación estatal durante el conflicto impulsó el pensamiento colectivista. Un gran número de textos especializados coinciden en que la experiencia de las guerras mundiales fue un catalizador fundamental para la creación del estado del bienestar moderno.[53]

La naturaleza cataclísmica de la segunda guerra mundial aceleró sobremanera el curso de la política social, ya que durante la posguerra se tomó conciencia de la necesidad de reformas y disposiciones redistributivas para un estado del bienestar en todo el espectro político, sobre todo para levantar la moral. No es coincidencia que el *Times* —que no es precisamente un abanderado del progresismo— publicara el siguiente editorial días después

de la rendición de Francia y la famosa predicción de Churchill, según el cual, «la batalla de Gran Bretaña está a punto de empezar»:

Si hablamos de democracia, no nos referimos a una democracia que mantiene el derecho a voto pero olvida el derecho a trabajar y el derecho a vivir. Si hablamos de libertad, no nos referimos a un individualismo persistente que excluya la organización social y la planificación económica. Si hablamos de igualdad, no nos referimos a una igualdad política negada por los privilegios sociales y económicos. Si hablamos de reconstrucción económica, no pensamos tanto en distribución máxima (aunque esta también será necesaria) como en distribución equitativa.[54]

Unos impuestos muy progresivos, la sindicalización y la democratización figuraban entre los medios más importantes para alcanzar ese fin. Afirmar, como hacen los economistas suecos Jesper Roine y Daniel Waldenström en su influyente estudio sobre la evolución de los porcentajes de ingresos más elevados, que

las macrosacudidas explican buena parte de la caída, pero también influyó un cambio de política y probablemente una transformación económica general en el equilibrio entre rentas del capital y mano de obra[55]

resta valor a la importancia singular que tuvo la movilización militar masiva para la igualación moderna. En la medida en que los cambios políticos y económicos fueron consecuencia de las guerras mundiales, no deberían ser tratados como factores independientes. Las políticas que provocaron la compresión de desigualdades materiales fueron sobre todo producto de las exigencias de la guerra. No importa si este resultado fue deliberado o no, tan solo que fue omnipresente. La osada afirmación que hacía durante la guerra sir William Beveridge, según el cual

cualquier propuesta para el futuro, aunque debe utilizar la experiencia cosechada en el pasado, no debe verse limitada por las consideraciones de intereses instaurados al obtener dicha experiencia. Ahora que la guerra estaba aboliendo referentes de toda índole, tenemos la oportunidad de utilizar la experiencia en un terreno despejado. Un momento revolucionario en la historia universal es una época de revoluciones, no de remiendos,

no cayó en saco roto ni en Gran Bretaña ni en ningún otro lugar.[56]

Y, aunque es complejo determinar el cambio económico, gran parte de él estaba firmemente afianzado en los efectos de la movilización militar masiva que se produjo en todo el mundo. Tengamos en cuenta la apelación de Peter Lindert y Jeffrey Williamson

a cambios fundamentales en el mercado de factores que se produjeron tras la Gran Igualación posterior a 1910: no solo esas sacudidas militares y políticas, sino también la gran ralentización del crecimiento de la mano de obra disponible, un rápido progreso de la educación, el enlentecimiento del sesgo tecnológico contra los no cualificados, una economía mundial mucho más anticomercio que evitaba las importaciones desde las costas de EE. UU. y eliminaba las exportaciones estadounidenses que requerían grandes cualificaciones y capital, y un sector financiero en retroceso.

Tres de estos últimos cinco elementos guardaban una estrecha relación con las sacudidas militares y políticas de la primera mitad del siglo XX: la marcada reducción de la inmigración, la pausa en la integración económica global y la caída de los ingresos relativos en el sector financiero se entienden mejor como consecuencias y manifestaciones de estas sacudidas que como factores independientes. De los dos elementos restantes, las mejoras continuadas en la educación habrían influido en la desigualdad de manera gradual, mientras que la mayoría de los datos disponibles dejan entrever reducciones breves y discontinuas de las primas por cualificación y el rendimiento de la educación superior en el momento de las dos guerras mundiales. El último componente, el aumento de la productividad en sectores no especializados de la economía estadounidense, fue incapaz de generar los episodios observados de compresión rápida y notable en varios índices de desigualdad, desde los porcentajes de ingresos más elevados y la distribución de ingresos y salarios hasta los sueldos del sector financiero y los rendimientos de la educación. Asimismo, la «gran compresión» fue un proceso que se desarrolló en todo el mundo industrializado y en ocasiones incluso fuera de él. Algunos de los países afectados habían sido origen y otros destino de los migrantes; el sector financiero tuvo un papel mucho mayor en algunas de esas economías que en otras, y diferían en la medida en que sus ciudadanos gozaran de acceso a la educación. Lo único que todas

tenían en común era la experiencia de las sacudidas violentas y su impacto en los *holdings* de capital, las políticas fiscales, económicas y de bienestar y el intercambio global. Desde esta perspectiva, la violencia de la guerra y la revolución no fue solo una influencia igualadora entre muchos, sino una fuerza singularmente abrumadora que definió consecuencias políticas, sociales y económicas.[57]

La ideología tampoco era un agente autónomo: aunque el programa redistributivo de las organizaciones políticas progresistas aportaba una infraestructura intelectual e ideológica en la que podía inspirarse la política de posguerra, la voluntad y capacidad de los gobiernos para financiar y llevar a cabo programas sociales mucho más ambiciosos debía mucho a las erupciones globales de la violencia a las que trataban de responder.[58] La equiparación masiva nació de la violencia de masas, así como del miedo a futuras violencias de masas a mayor escala. La expansión del estado de bienestar después de la guerra a ambos lados del telón de acero pudo verse influida por la competencia entre Occidente y el bloque soviético. Más concretamente, la evolución de la desigualdad de ingresos en dieciocho países occidentales entre 1960 y 2010 se vio limitada por la guerra fría: controlando otros factores como las tasas impositivas marginales máximas, la densidad sindical y la globalización, el poder militar relativo de la Unión Soviética se correlacionaba negativamente y de forma muy significativa con los porcentajes de ingresos más elevados. Al parecer, la amenaza soviética fue un agente disciplinador de la desigualdad que contribuyó a fomentar la cohesión social. Esta limitación desapareció rápidamente tras la caída de la Unión Soviética en 1991. Transcurrido casi medio siglo desde la última, la guerra mundial finalmente no era una perspectiva realista.[59]

Capítulo 6

GUERRA PREINDUSTRIAL Y GUERRA CIVIL

«AHORA NADA FRENABA EL VIGOR CON EL QUE PODÍA LIBRARSE LA GUERRA»: LA (RE)APARICIÓN DE LA MOVILIZACIÓN MILITAR DE MASAS EN OCCIDENTE

En su reciente estudio sobre impuestos y guerra, Kenneth Scheve y David Stasavage demuestran hasta qué punto la movilización militar de masas moderna supuso una ruptura con el pasado. Los índices de movilización militar en trece grandes potencias desde el final de la guerra de los Treinta Años indican que la fuerza militar aumentó a medida que las poblaciones crecían, mientras que los índices de movilización se mantuvieron bastante estables, con una media del 1-1,5 % de la población total. Las dos guerras mundiales desplazaron temporalmente la media correspondiente a 1900-1950 a un 4-4,5 %, más del triple del nivel medio de los doscientos cincuenta años anteriores (Fig. 6.1). Esto encaja con la idea de que la movilización militar moderna fue una fuerza igualadora a la vez poderosa e infrecuente: como demostraba en el capítulo 3, en su ausencia, la desigualdad material, con pocas pero llamativas excepciones, había ido a más o se había mantenido estable a altos niveles en esos siglos anteriores.[\[1\]](#)

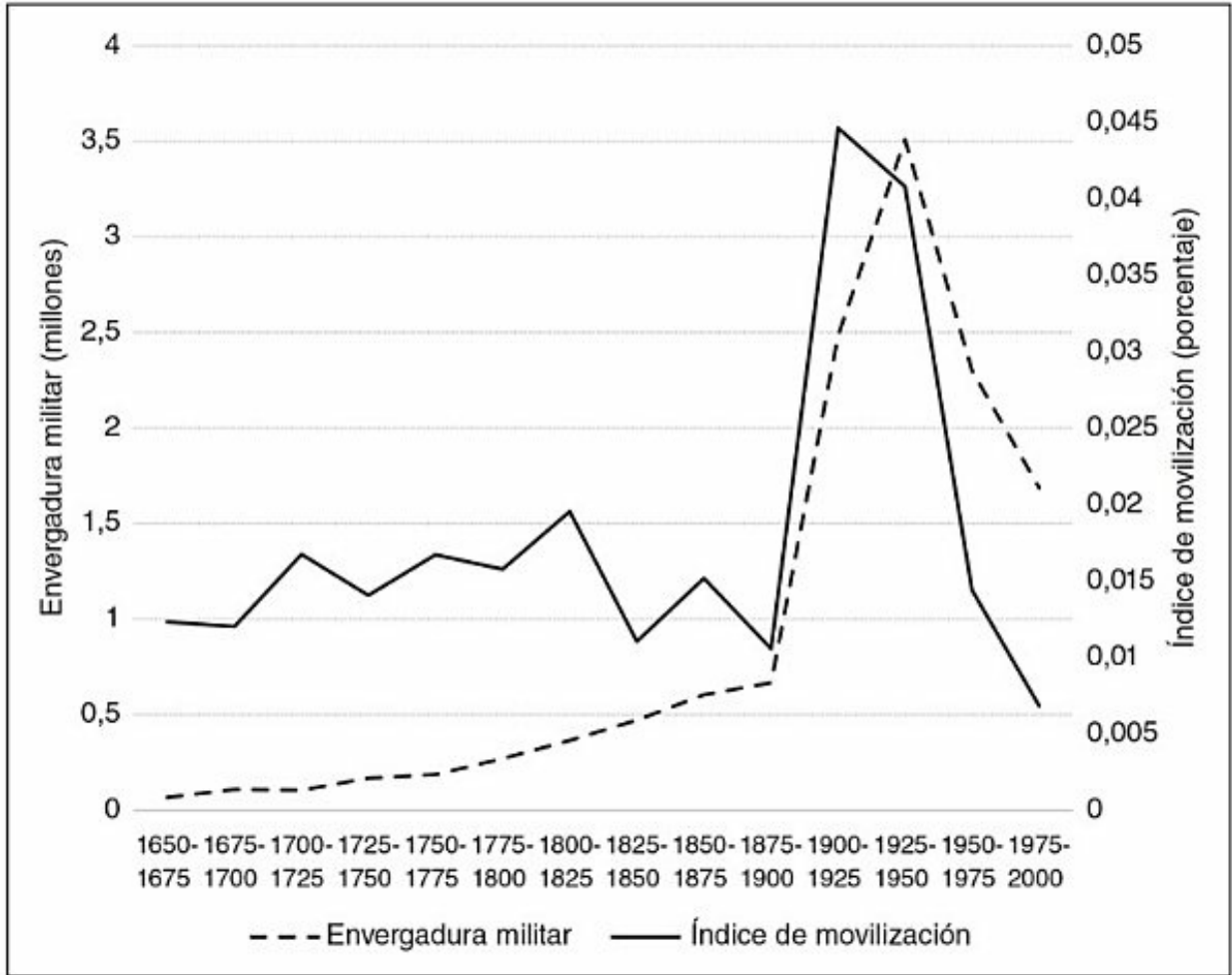


FIGURA 6.1. Envergadura militar e índices de movilización en años de guerra en grandes potencias, 1650-2000

Las guerras que implicaron una movilización masiva —en las que una proporción significativa de la población total (por ejemplo, al menos un 2 %, como en la taxonomía de Scheve y Stasavage) servía en el ejército— solo se atestiguan esporádicamente en las generaciones anteriores a 1914. La duración también es importante, ya que es improbable que unos incrementos muy breves tuvieran un efecto relevante en la distribución de los recursos privados. La guerra franco-prusiana de 1870 a 1871 sin duda conllevó unos altos niveles de movilización, pero duró menos de diez meses y había quedado decidida después de solo mes y medio. En la década anterior, la guerra civil estadounidense fue un candidato más prometedor como fuerza potencial de equiparación. Aunque normalmente es definida como una guerra

civil, poseía muchas características de una guerra interestatal a gran escala e implicó una movilización masiva de hombres de ambos bandos. Entre 1861 y 1865, la Unión movilizó a algo más de dos millones de soldados, es decir, aproximadamente una décima parte de su población, y los Confederados reclutaron alrededor de un millón de efectivos entre una población no esclava de 5,6 millones, esto es, una séptima o incluso una sexta parte de ese grupo y más o menos una novena parte de la población total del Sur, lo cual es una ratio menos significativa. Dejando al margen diferencias en la estructura etaria, esos índices de movilización fueron impresionantes incluso según criterios internacionales posteriores. La campaña confederada no fue muy a la zaga de los elevados índices de Francia y Alemania, que en la primera guerra mundial, un conflicto de igual duración, fueron de una quinta parte, y el índice de la Unión no fue muy inferior al de EE. UU. durante la segunda guerra mundial, que fue de un octavo, y mucho más alto que en la primera guerra mundial, cuando solo alcanzó el 4 %. Por tanto, podemos considerar que la guerra civil es un conflicto que conllevó una movilización masiva.[2]

En principio, las características fundamentales de este conflicto — elevado reclutamiento, varios años de duración, enormes costes y un número masivo de bajas— podrían haber propiciado políticas que generaran equiparación. Sin embargo, no sucedió. Es cierto que la guerra civil transformó los regímenes fiscales más que otros conflictos librados anteriormente en suelo estadounidense. En 1862, la Unión creó un impuesto sobre la renta, y los Confederados hicieron lo propio al año siguiente. Sin embargo, el impuesto sobre la renta de la Unión al principio era muy bajo y escasamente progresivo, con una tasa del 3 % sobre la mayoría de los ingresos gravables y una del 5 % para los que más ganaban. En 1864, el Congreso creó horquillas impositivas con unas tasas algo más elevadas de hasta el 10 %, un incremento que respondía a revueltas contra el reclutamiento y a rudimentarias discusiones sobre justicia. Aun así, el impuesto no supuso demasiados ingresos. Conservado al principio para saldar las deudas de la guerra, se permitió su eliminación en 1872. Los impuestos al consumo, que son inherentemente regresivos, continuaron siendo la principal fuente de ingresos, y el único impuesto directo que generó unas ganancias

notables, un diezmo a los productos agrícolas, en la práctica también era regresivo. Entre tanto, la Confederación dependía mayoritariamente de la emisión de moneda, lo cual desencadenó una inflación de más del 9.000 % al final de la guerra.[3]

El efecto de la guerra en la desigualdad difirió enormemente entre el Norte y el Sur. En la Unión, los ricos obtuvieron grandes beneficios proveyendo al ejército y suscribiendo la deuda generada por el conflicto. El número de millonarios se incrementó marcadamente en la década de 1860. Famosos magnates como John P. Morgan, John D. Rockefeller y Andrew Carnegie empezaron como especuladores durante la guerra civil. Tal vez sea inevitable que esas concentraciones en lo más alto no estén reflejadas en los estudios de muestras censales que apuntan a niveles muy similares de desigualdad de riqueza en 1860 y 1870, y los ingresos derivados de las propiedades solo quedaron ligeramente más concentrados. Por el contrario, las disparidades generales de ingresos aumentaron enormemente durante esta época: en Nueva Inglaterra, el coeficiente de Gini de ingresos se incrementó más del 6 % y el 1 % de ingresos más elevados duplicó su nivel anterior; otras regiones experimentaron cambios similares, aunque a menudo más moderados. No cabe duda de que la guerra civil acentuó la desigualdad en el Norte.[4]

Ocurrió todo lo contrario en el derrotado Sur, donde la abolición de la esclavitud eliminó un alto porcentaje de la riqueza de la élite propietaria de plantaciones. En 1860, los esclavos suponían un asombroso 48,3 % de toda la riqueza privada en los estados sureños, muy por encima del valor total de las granjas y sus edificios asociados. La esclavitud había llevado la desigualdad en el Sur a niveles más altos que en cualquier otra región del país: en 1860, el coeficiente de Gini de ingresos familiares alcanzó 0,61 en los estados del Atlántico sur, 0,55 en la zona centro-este y 0,57 en la zona centro-oeste del Sur, frente a 0,51 para el país en su conjunto y una subida desde 0,46 en el Sur en 1774. Aunque la esclavitud era bastante generalizada y una cuarta parte de las familias sureñas poseían esclavos, alrededor de un 25 % de ellos estaban concentrados en el 0,5 % más rico. La emancipación total sin compensación sumada a las dislocaciones de la guerra y la destrucción física

generalizada infligida a algunos estados sureños redujeron enormemente los activos regionales, unas pérdidas que afectaron de forma desproporcionada a los estratos más altos de la clase agraria.[5]

Las pruebas más detalladas provienen de una muestra de datos censales de 1860 y 1870 que nos permite realizar un seguimiento de los cambios durante la guerra civil e inmediatamente después. En el caso de los estados del Sur, estos datos documentan la destrucción de riqueza a una escala enorme: la riqueza media per cápita cayó un 62 % en esa década. Dichas pérdidas quedaron distribuidas de forma desigual en todas las horquillas de riqueza y clases de activos (Tabla 6.1).[6]

TABLA 6.1. Propiedades en 1870 en comparación con 1860 (1860 = 100), para los blancos del Sur

Tipo de propiedad	Porcentajes de riqueza				
	0-55	55-90	90-95	95-99	99-100
Real	46,4	66,0	68,0	77,3	74,3
Personal	72,3	32,1	18,8	18,0	22,8
Total	61,9	48,2	38,4	40,8	46,0

El 10 % más rico perdió terreno en relación con el resto de la población: su porcentaje de todas las propiedades personales pasó del 73 % al 59,4 % a pesar de que su porcentaje de propiedades reales aumentó ligeramente del 68,4 % al 71,4 %, lo cual provocó que su porcentaje de riqueza total disminuyera del 71 % al 67,6 %. Con la salvedad del 1 % más rico, el grado de pérdida de propiedades personales aumentó con la riqueza, mientras que los menos adinerados se vieron más afectados por la pérdida de propiedades reales. Esto fue motivado en primer lugar por la abolición de la esclavitud, que destruyó buena parte de las propiedades personales de los estratos más altos de la sociedad sureña, mientras que quienes no poseían esclavos tenían mucho menos que perder. Este proceso habría tenido un efecto equiparador mucho mayor en la sociedad sureña de no haberse visto compensado en parte por una devaluación o disminución más marcada de las propiedades inmobiliarias entre los menos adinerados. Esto lo expresan bien los

coeficientes de Gini de distribución de la riqueza para los blancos del Sur en 1860 y 1870. Aunque los coeficientes de Gini de propiedades reales solo registraron una pequeña disminución (de 0,72 a 0,7), la desigualdad de las propiedades personales cayó abruptamente de 0,82 a 0,68. Por tanto, la desigualdad total de riqueza ocupó un término medio, ya que el coeficiente de Gini para todos los activos pasó de 0,79 a 0,72. Teniendo en cuenta que se produjo en un corto espacio de tiempo, esto supone una notable compresión de la desigualdad total. Ni siquiera la inclusión de los esclavos liberados en la muestra de 1870 altera demasiado esta tendencia general.

Los cambios en la distribución de ingresos reflejaron esta transformación (Tabla 6.2). En toda la población del Sur, el coeficiente de Gini de ingresos por propiedades pasó de 0,9 en 1860 a 0,86 en 1870. En total, el 1 % sureño experimentó una caída de su porcentaje de ingresos totales de más de un tercio, y los coeficientes de Gini de ingresos regionales se contrajeron marcadamente entre siete y nueve puntos.[7]

TABLA 6.2. Desigualdad de ingresos en las familias del Sur

Región	Coefficiente de Gini		Porcentaje del 1% más rico	
	1860	1870	1860	1870
Atlántico sur	0.61	0.53	13.7	8.5
Centro sureste	0.56	0.49	12.5	8.5
Centro sudoeste	0.57	0.48	16.0	7.5

Sin embargo, la igualación en el Sur no fue una función de la movilización militar de masas como tal, sino una consecuencia de la derrota en la guerra. Pese a ser considerada una de las primeras guerras «modernas» de movilización masiva, debido a que utilizó recursos industriales y a que apuntó estratégicamente a las infraestructuras civiles, en lo relativo a sus consecuencias para la desigualdad material fue un conflicto muy tradicional en el que las élites victoriosas ganaron y las derrotadas perdieron, y lo hicieron desproporcionadamente en relación con la población general. Comentaré estas consecuencias históricamente extendidas en este mismo

capítulo. En la década de 1860, solo los métodos diferían de los que se aplicaron habitualmente en conflictos más arcaicos, por ejemplo los saqueos. En este caso concreto, el principal resultado fue un traspaso de riqueza y poder de los agricultores sureños a los capitalistas del Norte. Ayudada por la ausencia de mecanismos redistributivos —una consecuencia de la relativa debilidad del gobierno federal y, en términos más generales, de las instituciones democráticas—, la élite rica del bando victorioso se aprovechó de la guerra y el desarrollo económico relacionado con esta en lugar de enriquecerse arrebatando activos sureños. En una guerra librada en siglos anteriores, tal vez habrían conquistado plantaciones o transferido esclavos sureños a su patrimonio. La élite rica del bando derrotado perdió activos, en este caso no porque le fueran arrebatados por los ganadores, sino por una expropiación sin transferencia. Ello mitigó la envergadura de sus pérdidas, ya que los esclavos fueron liberados sin privar a los agricultores de su mano de obra.

Al mismo tiempo, el carácter totalizador del conflicto y la consiguiente omnipresencia de la pérdida de propiedades humanas convirtieron la derrota en algo más costoso e intrusivo de lo que lo habría sido en una guerra premoderna más tradicional y librada con ambiciones y capacidades más limitadas. Al llegar en un momento crítico de la evolución social, la guerra civil fue un híbrido con un pie en la modernidad (representada por la participación masiva y el impacto nacional) y otro en el pasado (representado por una especulación sin restricciones entre las élites victoriosas y una disminución de los activos de la élite solo entre los perdedores). Quizá por última vez en la historia, las consecuencias de la desigualdad difirieron mucho entre los bandos ganador y perdedor. Por el contrario, a juzgar por los datos de porcentajes de ingresos más elevados, las élites normalmente salieron perdiendo en ambas guerras mundiales con independencia de si sus países habían ganado o sido derrotados.[8]

La única otra serie de conflictos de principios de la modernidad que podrían considerarse acontecimientos de movilización de masas a gran escala son las guerras de la Revolución Francesa y la era napoleónica. En 1793, Francia sufría una presión excepcional, ya que estaba en guerra con muchas

de las grandes potencias europeas, incluidas Austria, Inglaterra, Prusia y España. El 23 de agosto de ese año, la Convención Nacional francesa lanzó la *levée en masse* con la intención de reclutar a todos los hombres capaces y solteros de entre dieciocho y veinticinco años. La retórica del momento —y, cada vez más, también la práctica posterior— fue la de la movilización militar masiva:

Desde este momento y hasta que sus enemigos hayan sido expulsados del territorio de la República, todos los franceses se hallan bajo requerimiento de prestar servicio a los ejércitos. Los jóvenes deberán combatir; los hombres casados deberán forjar armas y transportar provisiones; las mujeres fabricarán tiendas de campaña y ropa y trabajarán en los hospitales; los niños deberán convertir viejas hebras en ropa de hogar; los ancianos deberán acudir a las plazas públicas a levantar el ánimo de los guerreros, predicar el odio hacia los reyes y fomentar la unidad de la República.[9]

La historia demostraría que aquel era un paso trascendental. Carl von Clausewitz, cuya distinguida carrera militar empezó ese año, cuando combatió por primera vez con los franceses a la tierna edad de trece años, se maravillaba más tarde de dicha innovación en el último libro de su tratado *De la guerra*:

En 1793 apareció una fuerza absolutamente increíble. De repente, la guerra volvió a convertirse en algo del pueblo, un pueblo de treinta millones de personas que se consideraban ciudadanas ... Todo el peso de la nación cayó sobre la balanza. Los recursos y esfuerzos disponibles superaban todos los límites convencionales; ahora nada frenaba el vigor con el que podía librarse la guerra.[10]

Bajo el liderazgo de Napoleón, unas fuerzas militares de una envergadura sin precedentes iniciaron su campaña por toda Europa. Entre 1790 y 1815, unos tres millones de franceses sirvieron en el ejército, o una novena parte de la población total del país, un grado de movilización comparable al de Estados Unidos en la guerra civil y la segunda guerra mundial. Como veremos en el capítulo 8, se cree que la distribución de ingresos fue algo más equitativa entre el principio de la Revolución Francesa y el periodo posnapoleónico. Sin embargo, no podemos saber si este cambio obedeció más a expropiaciones y redistribuciones revolucionarias en la nación o a los

costes y consecuencias de las guerras externas de Francia. La movilización militar de masas y la revolución han llegado en tándem en repetidas ocasiones: Alemania y Rusia después de la primera guerra mundial y China después de la segunda guerra mundial son los ejemplos más conocidos. El caso de Francia es inusual porque la revolución precedió a la guerra de masas y no a la inversa. Esto hace difícil, o tal vez imposible, desentrañar sus efectos igualadores, pero otorga prioridad a la revolución, cosa que nos invita a tratar las consecuencias de la guerra como un resultado de la revolución. Por este motivo, abordaré la experiencia francesa en el capítulo 8, que está dedicado a la equiparación por medios revolucionarios.[11]

«SOLDADOS EN LA AGRICULTURA Y EN LA GUERRA»: MOVILIZACIÓN MILITAR DE MASAS EN LA ETAPA PREMODERNA

La movilización militar de masas ha sido en buena medida un fenómeno moderno, al menos en el limitado sentido en que este concepto ha sido definido en las páginas anteriores: en la mayoría de los casos, al menos una décima parte de toda la población había servido en el ejército. Un umbral más bajo nos permitiría incluir a más contendientes en las guerras napoleónicas o mundiales sin variar la panorámica general. El requisito mínimo de Scheve y Stasavage, esto es, el 2 % de la población de un país sirviendo en el ejército en cualquier momento, se traduce en una mayor proporción global de conflictos más prolongados, ya que los soldados fallecían o eran sustituidos por otras razones. Teniendo en cuenta el destacado papel de las enfermedades infecciosas como fuente de bajas en los ejércitos premodernos, una movilización prolongada incluso a este nivel se habría cobrado gradualmente un porcentaje muy elevado de la población apta de varones. Solo por ese motivo —por no mencionar limitaciones económicas, fiscales y organizativas—, las sociedades agrícolas tradicionales difícilmente podían sostener una campaña así durante mucho tiempo.[12]

El hecho de que algunos gobiernos imperiales pudieran reunir ejércitos muy numerosos era simplemente una consecuencia de su envergadura y no un signo de movilización de masas. Por ejemplo, en el siglo XI e. c., la dinastía Song del Norte mantenía enormes contingentes militares para contener la amenaza que planteaban los Jin. Una cifra total de 1,25 millones de efectivos podría reflejar el pago de estipendios, algunos de los cuales se embolsaban funcionarios corruptos, y no la envergadura real, pero ni siquiera un ejército de un millón de soldados habría superado el 1 % de una población de al menos cien millones en aquel momento. El maduro imperio mogol controlaba a más de cien millones de súbditos y nunca movilizó siquiera a un 1 % de ellos. El Imperio Romano contaba con unos 400.000 hombres armados en una población de entre sesenta y setenta millones, un índice muy por debajo del 1 %. Los niveles de movilización otomanos eran aún más reducidos.[13]

Debemos remontarnos a la era precristiana para identificar más casos prometedores. Los Reinos Combatientes de China merecen un puesto de honor. El periodo de los Reinos Combatientes, entre los siglos V y III a. e. c., estuvo caracterizado por la consolidación de siete importantes reinos que se embarcaron en una intensa competición militar. Un conflicto continuo e inconcluyente convirtió esos gobiernos en estados territoriales cada vez más centralizados que aspiraban a movilizar al máximo a su población y otros recursos. La reorganización de la administración probablemente afectó a la concentración del poder de la élite y la riqueza material. Mientras que el territorio y la población habían sido controlados antiguamente como feudos por familias de la élite bien afianzadas, los gobernantes de los Reinos Combatientes impusieron un sistema basado en distritos (*xian*) que los sometía a su control directo y les permitía cobrar impuestos y llevar a cabo reclutamientos militares. Para acabar con el poder de los nobles hereditarios, los reyes ordenaron el traslado, la destitución e incluso la ejecución de funcionarios. Los altos funcionarios, que normalmente provenían de las familias gobernantes, pasaron a ser reclutados en círculos de la élite menos destacados y, a partir de entonces, trabajaban como personal asalariado cuya posición dependía enteramente de su servicio al Estado. A la postre, la

mayoría de los funcionarios que conocemos por las fuentes eran de origen desconocido, ya que las familias más antiguas habían sido desplazadas.[14]

Es posible que la reestructuración administrativa implicara la reorganización de la tierra: desde el siglo VI a. e. c., los estados reordenaron los campos en cuadrículas y agruparon a las familias en unidades de cinco. Durante el proceso, el Estado fomentó la propiedad privada de tierras, eliminando a los intermediarios de la élite que podían embolsarse alquileres o mano de obra compitiendo con el Estado central como habían hecho antes. Esas intervenciones conllevaron una redistribución de la tierra. Las reformas más detalladas que conocemos, asociadas con Shan Yang, en el estado de Qin (de 359 a. e. c. en adelante), concibieron la imposición de una cuadrícula rectangular en todo el campo. El hecho de que las carreteras y los senderos hallados en esa región formen un patrón rectilíneo indica que esos ambiciosos cambios llegaron a materializarse. Los reformadores pretendían crear bloques de tierra del mismo tamaño que eran asignados a una familia en función del número de varones adultos que tuviera. Si esto sucedió en realidad, habría equiparado los activos entre la población rural plebeya. Sin embargo, las recompensas militares reintrodujeron las disparidades: al final del periodo Qin de los Reinos Combatientes, cada cabeza que cortara un soldado le suponía un ascenso y una cantidad fija de tierra equivalente al nivel de subsistencia para una familia de cinco miembros. Además, seguían existiendo feudos, aunque solo como unidades de ingresos, y no como zonas de control real. En Qin, por ejemplo, los miembros de los nueve rangos más altos entre un total de diecisiete tenían derecho a ingresos de dicho origen. Aunque los feudos no debían ser hereditarios, las élites intentaban privatizarlos a través de compras o préstamos monetarios que endeudaban a los agricultores.[15]

El propósito último de esta reestructuración era reclutar ejércitos más numerosos y recaudar más ingresos para la campaña bélica. La población agraria era considerada una reserva de fuerzas militares: la idea de que los agricultores y los soldados eran iguales se expresaba con el concepto *geng zhan zhi shi*, «soldados en la agricultura y en la guerra». Las divisiones entre lo urbano y lo rural también debían desaparecer, uniendo a la población en un todo cohesionado. Esto permitió ampliar la valoración antaño aristocrática de

la violencia legítima —que se había centrado en combates ceremoniales con carros y en la caza— a los plebeyos, que fueron reclutados para la numerosa infantería.[16]

Todo el periodo estuvo repleto de conflictos militares: un recuento moderno menciona hasta trescientas cincuenta y ocho guerras entre 535 y 286 a. e. c., es decir, más de una al año. Aparecieron campañas que se desarrollaron en varios años y las operaciones se llevaban a cabo en zonas geográficas más extensas. Los niveles de movilización militar eran altos, aunque no sabemos hasta qué punto podemos confiar en unas cifras a menudo extravagantes. Así, los principales estados de las dinastías Qi, Qin y Chu supuestamente podían contar con hasta un millón de soldados, tal vez una representación aproximada del total de efectivos disponibles. Se mencionan con frecuencia batallas en las que participan 100.000 combatientes o más, y la tendencia es al alza. El caso más impopular es la batalla de Changping en 260 a. e. c., en la que se dice que un ejército Zhao de 400.000 soldados fue masacrado por las tropas Qin. El número total de víctimas de los perdedores de veintiséis grandes batallas de los siglos IV y III a. e. c. suman 1,8 millones, y otro estudio habla de cerca de 1,5 millones de muertos a manos de los ejércitos Qin en quince batallas libradas durante el mismo periodo. Aunque es muy probable que esas cifras se hayan exagerado considerablemente, las movilizaciones masivas generalizadas y el gran número de bajas son indudables. Es sorprendente que, en la encomienda de Henei, se movilizara a toda la población masculina de quince años o más para la cercana batalla de Changping.[17]

El hecho de si todo esto fomentó una equiparación de ingresos y riqueza sigue siendo un interrogante abierto. La pugna del Estado contra los nobles hereditarios y su dependencia de funcionarios asalariados y feudos vitalicios incrementaron la movilidad social y deberían haber impedido la concentración de riquezas transgeneracional. Las concesiones de tierras a plebeyos habrían reducido las disparidades entre la población general. Sin embargo, la posesión privada de tierras era una espada de doble filo. Mientras que antes los agricultores eran dependientes y los coeficientes de Gini de control efectivo de la tierra debían de ser muy altos, la alienabilidad de los

terrenos privados facilitaba su reconcentración, un hecho que reflejaban las críticas al gobierno Qin realizadas a principios de la era Han. Observadores posteriores afirmaban plausiblemente que los agricultores perdieron sus tierras debido a las presiones de los impuestos y a obligaciones de servicio impredecibles para con el Estado, lo cual los obligaba a aceptar préstamos abusivos ofrecidos por los ricos, que al principio los mantenían a flote pero acababan arrebatándoles sus tierras. Las guerras constantes no solo habían propiciado una reforma agraria y una privatización igualadoras, sino que también socavaron el sistema resultante de minifundios privados. En términos más generales, este periodo estuvo definido por un comercio, una monetización y una urbanización cada vez mayores, ya que los pueblos pasaron de ser fortalezas de la nobleza a convertirse en ciudades más grandes. Todas estas tendencias son indicadores de una desigualdad cada vez mayor. También coinciden con los informes sobre agricultores que perdieron sus tierras para convertirse en trabajadores o arrendatarios mientras los capitalistas, por ejemplo, comerciantes y empresarios, compraban sus propiedades. En este contexto, tenía sentido que el Estado considerara los excedentes una fuente de maldad, algo que debía absorber una guerra perpetua.[18]

Sin embargo, la creciente producción privada no podía destinarse enteramente a la campaña bélica. La arqueología ha realizado hallazgos ambiguos. Un estudio menciona una mezcla de miembros de élites bajas y plebeyos en tumbas de ese periodo situadas en el estado de Chu. Una expresión previa de estratificación basada en quién tenía derecho a depositar ciertos objetos en sus tumbas se desvaneció cuando aparecieron los mismos tipos de objetos en todas partes. Las disparidades ahora se expresaban en términos cuantitativos, como la opulencia de los objetos mortuorios o el tamaño de la tumba. La riqueza, y no el rango ritual, se convirtió en el indicador fundamental de estatus y diferenciación. En tumbas de todos los estatus se depositaban armas de bronce, un signo de militarización popular pero no necesariamente de un igualitarismo más extendido.[19]

En general, el periodo de los Reinos Combatientes fue un terreno para fuerzas opuestas que tenían tantas posibilidades de limitar como de potenciar

la desigualdad. Esas fuerzas no actuaban necesariamente de manera sincronizada: los avances iniciales en la equiparación cuando las noblezas fueron desplazadas y las tierras reasignadas a los agricultores pudieron verse erosionados e invertidos con el tiempo, ya que los ricos utilizaron estrategias de reconcentración basadas en transacciones de mercado y no en derechos feudales. La continua expansión de las campañas militares coincidió con el aumento de la riqueza privada y también pudo ir acompañado de su concentración. El requisamiento de recursos privados por parte del Estado difícilmente contuvo un incremento de la desigualdad de riqueza ante una movilización militar de masas cada vez más intensa. Es posible que el sistema fuera incluso bastante regresivo, teniendo en cuenta que aprobó un impuesto muy severo —mano de obra militar y productos agrícolas— para quienes menos podían permitírselo, esto es, los agricultores, mientras que otras formas de riqueza eran más fáciles de proteger de las exigencias del Estado. La guerra de infantería tal como se practicaba en la época era relativamente barata, pues recurría sobre todo al reclutamiento, a las armas producidas en masa (supuestamente por medio del trabajo forzado de presos y otros empleados estatales, como en siglos posteriores) y a la comida que generaban los propios agricultores. Los impuestos agrarios de la dinastía Qin teóricamente eran mucho más altos que durante la dinastía Han. No había necesidad de pagar materiales caros como embarcaciones militares, que tal vez habrían requerido impuestos más sofisticados e incluso más invasivos y progresivos. Por tanto, no tenemos motivos convincentes para interpretar la movilización de masas y la guerra prolongada durante el periodo de los Reinos Combatientes como un impulsor exitoso de una redistribución neta. Si la movilización militar de masas en esa época estuvo asociada a la equiparación, las medidas redistributivas fueron un medio para lanzar el Estado belicista, pero no una consecuencia. La experiencia moderna de las guerras mundiales no es aplicable en este caso.[20]

Podemos decir lo mismo de la república romana, que también mantuvo altos niveles de movilización militar durante muchas generaciones. Las ratios de participación militar son difíciles de determinar con precisión. Aunque tenemos acceso a gran cantidad de información razonablemente creíble sobre

la fuerza militar de los últimos estadios de la república, desde finales del siglo III hasta el siglo I a. e. c., el tamaño de la ciudadanía romana subyacente sigue siendo objeto de una controversia centrada en el significado de los recuentos censales documentados de forma periódica. Nuestros cálculos sobre los índices de movilización militar varían dependiendo de si creemos que algunos de esos recuentos incluían a todos los ciudadanos romanos con independencia de su edad o género o que solo incluían a varones adultos. Los datos suelen respaldar una valoración conservadora de la población romana, que se traduce en unas ratios de participación militar normalmente altas y que en ocasiones podían alcanzar niveles bastante extremos. Por ello, en el momento álgido de la segunda guerra púnica contra Cartago, Roma pudo llegar a reclutar a entre un 8 % y un 12 % de toda su población, lo cual equivaldría a un 50-75 % de todos los hombres de diecisiete a cuarenta años. Las crisis que sobrevinieron en las décadas de 80 y 40 a. e. c. también habrían provocado que entre un 8 % y un 9 % de la población sirviera en el ejército, aunque solo a corto plazo. A más largo plazo, durante buena parte de los siglos II y I a. e. c., alrededor de la mitad de los varones romanos habrían cumplido unos siete años de servicio para mantener a las fuerzas militares en los niveles que reflejan nuestras fuentes. Aunque aceptemos la posibilidad de una ciudadanía notablemente más numerosa, los índices de participación pudieron ser más bajos —puede que incluso la mitad—, pero aun así serían elevados según criterios premodernos.[21]

Pero, una vez más, hay buenas razones para cuestionar que esta forma de participación militar limitara las desigualdades de ingresos o riqueza. Aunque la oligarquía que estaba al mando de las operaciones de Estado evitó adueñarse de la riqueza de las élites, los reclutamientos y los periodos de ausencia de las granjas que requería el servicio militar afectaron negativamente a la población general. Un episodio revelador de la segunda guerra púnica contra Cartago ilustra la renuencia del Estado a actuar contra los ricos incluso en circunstancias extremas. En el año 214 a. e. c., cuando Roma se hallaba al borde de la insolvencia y puede que incluso del derrumbamiento durante la invasión de Italia por parte de Aníbal, y con unos índices de movilización en máximos históricos, el Senado ordenó a los

ciudadanos que cedieran a la armada a algunos esclavos como remeros. Las aportaciones eran calificadas según la clase censal, aunque de una manera poco entusiasta o progresiva. Los valorados en 50.000 ases (la denominación de la divisa romana de la época), que equivalía al umbral de la cuarta de siete horquillas censales y por tanto denotaba un estatus medio, debían aportar un esclavo; los que valieran 100.000 ases en activos debían aportar tres; los que superaran los 300.000 ases, cinco; y los que tuvieran un millón o más, ocho. Es sorprendente que los miembros más ricos de la ciudadanía no pagaran impuestos proporcionales a su fortuna o de una manera claramente progresiva. El plan imponía la carga más pesada a los estratos más altos de la población plebeya en lugar de la élite adinerada. Incluso en una emergencia grave, la oligarquía romana hacía las menores concesiones posibles, en marcado contraste con un sistema político democrático como el de la Atenas clásica, que, como veremos, imponía costosos gravámenes a los ricos para cubrir los gastos de la guerra.[22]

Roma prefería recurrir a las ganancias de su imperio en expansión: en el año 167 a. e. c., el único impuesto directo de guerra a la riqueza familiar de los ciudadanos fue abolido. En los últimos dos siglos de la república romana se dio una enorme acumulación de riqueza entre su clase gobernante, un hecho que ya esbozaba en el capítulo 2. Varios millones de esclavos fueron importados a Italia en ese periodo, lo cual aumentó aún más las disparidades de riqueza e ingresos, como volvería a ocurrir mucho después en el viejo Sur. La madura república romana, en la práctica controlada por una reducida oligarquía y financiada cada vez más con tributos imperiales, fue capaz de mantener una movilización militar de masas en una época de creciente desigualdad. Mencionaré la que fue, a lo sumo, una posible y breve excepción a este proceso al final de este capítulo.

Esto nos deja al que es, con diferencia, el candidato más prometedor al igualitarismo y atenúa la desigualdad de riqueza e ingresos asociada a una amplia participación popular en el ejército: el caso de la antigua Grecia. Cuando los sistemas de gobierno de la Edad de Bronce, más grandes y centralizados, desaparecieron a finales del segundo milenio a. e. c., un proceso que redujo mucho las jerarquías y disparidades económicas (descrito

en el capítulo 9), Grecia estuvo caracterizada por una intensa fragmentación política. Lo que afloró de las ruinas se convertiría en la mayor cultura de la ciudad-estado en toda la historia, con más de mil *poleis*, o ciudades-estado, y una población total de siete millones de habitantes o más. La mayoría eran pequeñas: los territorios de cincuenta a cien kilómetros cuadrados eran habituales entre las seiscientas setenta y dos *poleis* sobre las cuales poseemos información. Aunque las más grandes y poderosas, sobre todo Atenas, gozan de un protagonismo desproporcionado en los archivos históricos, las estructuras sociopolíticas generales son razonablemente conocidas en una amplia variedad de esas entidades.[23]

Durante muchas generaciones, la aparición y consolidación de este sistema pluralista ha sido objeto de debate académico: debido a la escasez de datos sobre los primeros estadios formativos de este proceso, cunde la incertidumbre. En los términos más generales, la evolución al parecer siguió la trayectoria esbozada en el reciente modelo de Josiah Ober sobre el desarrollo de la polis, que aborda tres cuestiones fundamentales: por qué los gobernantes posteriores al declive fueron incapaces de recrear órdenes sociales más centralizados, por qué aparecieron tantos gobiernos pequeños y por qué la autoridad se convirtió en algo tan difuso. Ober argumenta que una combinación de condiciones geográficas desfavorables a la amalgamación imperial, la excepcional intensidad del desmoronamiento de la Edad de Bronce y la simultánea propagación de la tecnología del hierro que ayudó a democratizar el uso de armas «conspiraron para crear una peculiar variante de un camino relativamente conocido de la ciudad-estado a la formación estatal, un camino muy centrado en los ciudadanos» que marcó las consecuencias a largo plazo. Las primeras comunidades de la Edad de Hierro eran pobres y relativamente indiferenciadas y, aunque élites posteriores intentaron restablecer las jerarquías tras un renovado crecimiento demográfico y económico, algunas comunidades conservaron normas igualitarias que las ayudaban a superar a las demás.

Ober sostiene que, gracias a la disponibilidad de las armas de hierro y a la sencilla y preponderante guerra de infantería, «era una elección social más que una limitación económica lo que determinaba cuántos hombres de una

comunidad podían ser movilizados» y da por sentado que «en esas condiciones, unos mayores índices de movilización y una moral superior se correlacionaban positivamente con instituciones centradas en la ciudadanía y negativamente con el control de unos grupos de élite reducidos y exclusivos». Dicho de otro modo, este entorno en particular se decantó por formas inclusivas de organización social y política. Al mismo tiempo, el crecimiento de las *poleis* gracias a la absorción de homólogas menos competitivas se veía limitado por las mismas normas ciudadanas que potenciaban su competitividad. Aunque la permanente expansión económica y sobre todo la evolución comercial amenazaban con socavar el igualitarismo, la capacidad para movilizar al máximo número de hombres posible para la guerra seguía siendo el factor determinante para el éxito del Estado. Esto resultó aún más cierto cuando los estilos de combate confluyeron en el modelo de la falange, que en su versión madura era una formación militar rectilínea cuyo impacto obedecía sobre todo al tamaño relativo. La falange supuso un gran incentivo para la movilización de hombres no pertenecientes a círculos de la élite, sobre todo porque un material básico como un escudo y una lanza bastaban para una participación efectiva.[24]

Si bien no hay consenso sobre la relación entre la evolución de las tácticas militares y las instituciones sociopolíticas, está claro que, en el siglo VI a. e. c., gran parte del mundo griego había desarrollado una cultura de ciudadanía asociada a la participación masiva en la guerra de infantería. Unas aportaciones militares muy extendidas coincidieron con la formación de numerosos grupos de ciudadanos que se trataban como iguales en dominios específicos. Reforzada por un fuerte elemento de amateurismo en materia de gobierno, la tradición de derechos civiles resultante protegía a los ciudadanos de los individuos poderosos y controlaba la supremacía del gobierno. El igualitarismo era un sello distintivo de este sistema, aunque la práctica política oscilaba entre instituciones autoritarias u oligárquicas y democráticas. [25]

¿Hasta qué punto equiparó esta cultura la distribución de recursos materiales? Si hacemos una interpretación literal de datos de la Antigüedad, el ejemplo aparentemente más claro lo aporta Esparta, la más belicosa de

todas las *poleis* griegas. Según la tradición canónica, Esparta al principio llevó a cabo amplias reformas asociadas a un legislador (probablemente mítico) llamado Licurgo. Uno de los rasgos más célebres del sistema resultante fue la institución agresivamente igualitaria de los comedores compartidos, que exigía que todos los hombres, incluidos los altos mandos, comieran juntos cada día en pequeños grupos que eran aprovisionados con raciones iguales de varias clases de comida preparadas por cada miembro del grupo. Al mismo legislador se le atribuye la equiparación de la propiedad de tierras:

Convenció a los ciudadanos de que juntaran todas las tierras y las redistribuyeran: así todos vivirían en igualdad de condiciones y con la misma cantidad de propiedades para ganarse la vida.[26]

Todas las tierras de cultivo de Laconia, la región más importante de Esparta, supuestamente estaban divididas en 30.000 parcelas iguales, 9.000 de las cuales fueron adjudicadas a los varones de Esparta y labradas por *ilotas*, unos esclavos comunales que trabajaban como siervos y estaban agregados a la tierra. El propósito era garantizar la igualdad entre los ciudadanos y evitar la necesidad de embarcarse en empresas no militares. Las posesiones móviles también fueron objeto de una redistribución, el dinero metálico fue eliminado y unas leyes suntuarias restringían la inversión en residencias privadas. La ciudadanía experimentó una intensa movilización militar: desde los siete hasta los veintinueve años de edad, se requería prácticamente a todos los varones espartanos que se sometieran a una educación comunal y militarista y a un régimen de entrenamiento que ponía mucho énfasis en la resistencia y las privaciones. Aunque esta institución tenía un carácter sumamente agonístico, pues enfrentaba a individuos para que compitieran por honores y estatus, también era muy igualitaria y —algo infrecuente para una sociedad tradicional— estaba acompañada de una educación pública para chicas que también otorgaba prioridad a la destreza física. El objetivo era una ciudadanía de iguales (*homoioi*) condicionada para maximizar sus capacidades militares. Estas normas supuestamente respaldaron la continua expansión del poder espartano, en especial la

conquista y reducción al estatus de ilotas de sus vecinos los mesenios en el siglo VII a. e. c., lo cual llevó a una mayor distribución de tierras entre la ciudadanía y, en el siglo posterior, a la creación de un sistema de alianzas liderado por Esparta en el Peloponeso. El archivo histórico de la Antigüedad da la impresión de un Estado permanente de movilización militar de masas que condicionó en grado extremo la sociedad y la vida cotidiana y que estaba íntimamente relacionado con normas igualitarias que también gobernaban el acceso a los recursos materiales.

Por desgracia para los estudiantes modernos de la equiparación relacionada con la guerra, esta tradición, gran parte de la cual se deriva de estilizadas narraciones creadas en siglos posteriores por extranjeros maravillados, es problemática por dos razones. No podemos saber en qué medida se aplicaba realmente este sistema idealizado y sí sabemos que una creciente desigualdad de recursos se convirtió en una preocupación acuciante desde el siglo V y sobre todo el IV a. e. c. Se trata de dos cuestiones diferenciadas, teniendo en cuenta que la última no descarta la primera: ante la aparente ausencia de mecanismos para el ajuste periódico de desigualdades renovadas, es perfectamente posible que una distribución de la riqueza al principio equiparable fuera dando paso a resultados más desiguales. Pero la cuestión sigue siendo si estas condiciones posteriores eran totalmente nuevas o si tan solo representaban un empeoramiento de una diferenciación económica previa. El estudio más exhaustivo sobre este problema ha llegado a la conclusión de que las propiedades espartanas siempre habían estado distribuidas de forma desigual y habían sido privadas, aunque limitadas por una ideología comunal que trataba de imponer un estilo de vida igualitario. No cabe duda de que las adjudicaciones de tierras podían pasar de una generación a otra, un mecanismo que incluso en condiciones iniciales de igualdad fomenta la desigualdad más a largo plazo. Las particularidades de las prácticas hereditarias espartanas facilitaron una creciente concentración de tierras y otras propiedades en el seno de la ciudadanía. Cuando los espartanos cuyo patrimonio ya no era suficiente para realizar las aportaciones de comida estipuladas perdieron la plena ciudadanía, la concentración de riquezas hizo que el número de ciudadanos se redujera con el paso del tiempo, pasando de

unos 8.000 habitantes en el año 480 a. e. c. a alrededor de 4.000 en 418 y a 1.200 en 371 a. e. c. En la década de 240 a. e. c., el total se había reducido a setecientos y, de estos, solo un centenar podía considerarse adinerado. Aquellos cuyos activos estaban por debajo del umbral de aportación de alimentos eran calificados de «inferiores» (*hypomeiones*): la desigualdad de riqueza estaba erosionando el igualitarismo ciudadano.[27]

Las incertidumbres que rodean a los datos históricos aconsejan una valoración conservadora del efecto equiparador de la movilización militar de masas en Esparta. Las fuentes nos ofrecen una mirada a una supuesta sociedad guerrera que se regía por normas igualitarias, aunque tal vez nunca fueron aplicadas en la vida real y desde luego menguaron con el paso del tiempo, ya que la transmisión intergeneracional de riqueza generó resultados cada vez más desiguales. La movilización militar de masas como tal no se vio gravemente afectada por esta tendencia, ya que los espartanos de menor estatus y los habitantes de las ciudades subyugadas de Laconia combatían en la falange e incluso los ilotas desempeñaban funciones militares de apoyo. Una combinación de igualitarismo impuesto en la vida cotidiana y búsqueda de rentas gracias a una numerosa población trabajadora subordinada sostuvo la movilización masiva de la ciudadanía durante un largo periodo de tiempo, más concretamente, durante varios siglos. Este hecho nos permite plantear una relación íntima entre movilización de masas e igualdad, sobre todo la igualdad de consumo y estilos de vida, pero al menos inicialmente también un grado considerable de igualdad general de recursos, en especial en una época en la que la tierra conquistada y sus habitantes ilotizados habían sido repartidos entre los ciudadanos de Esparta. Sin embargo, a falta de cualquier tipo de gravamen progresivo —las aportaciones de alimentos eran regresivas, ya que imponían tipos fijos con independencia de la riqueza personal— y de una redistribución periódica de la tierra, la movilización de masas y las normas igualitarias eran incapaces de contener la creciente desigualdad de riqueza e ingresos a largo plazo. Este problema no empezó a abordarse hasta el siglo III a. e. c., una vez que la concentración de riqueza hubo alcanzado niveles muy altos y, además, como suele ocurrir en los planes de equiparación históricos, recurriendo a la violencia (véanse los capítulos 8 y

12).

Al parecer, la persistente movilización militar de masas tuvo más éxito a la hora de reducir la desigualdad de recursos en Atenas, la polis mejor documentada, en el periodo clásico de los siglos V y IV a. e. c. Los datos son suficientes para establecer una conexión clara entre una expansión de la participación militar, un fortalecimiento de los derechos ciudadanos y medidas redistributivas que favorecían a los plebeyos y no a la élite rica; podemos delinear estos acontecimientos a lo largo de casi tres siglos. Hacia el año 600 a. e. c., Atenas sufrió una creciente desigualdad alimentada por el aumento de la población y la abundancia de mano de obra. Se decía que los pobres estaban en deuda con los ricos y padecían esclavización por impago. Uno de los principales rivales de Atenas, la vecina polis de Megara, instauró lo que una fuente califica mordazmente de «democracia desenfrenada» —un ejemplo muy temprano de gobierno popular— que introdujo una condonación retroactiva de la deuda que exigía a los acreedores que devolvieran los intereses, una medida que pretendía ayudar a los pobres a expensas de los ricos. La reforma política alentó una movilización militar popular que aumentó el poder naval de Megara —los barcos militares griegos eran propulsados por remos, lo cual convertía al número de remeros en un determinante fundamental del poder marítimo—, cosa que propició victorias sobre Atenas y el control de la disputada isla de Salamina, situada entre las dos polis. Este revés vino seguido rápidamente de toda una serie de reformas en Atenas que incluyeron alguna variedad de cancelación de deudas, la prohibición de la servidumbre por deudas y otras mejoras de los derechos civiles. Las tornas de la guerra cambiaron poco después: el éxito ateniense pudo tener su origen en la mejora del consenso y la colaboración.

Casi un siglo después, en el año 508 a. e. c., Esparta invadió y conquistó temporamente Atenas durante una intervención en una lucha de poderes nacional. La movilización popular no tardó en poner fin a esta incursión, y la enorme milicia ciudadana —«con diecisiete rangos»— obligó a los espartanos a retirarse. Este conflicto coincidió en el tiempo con una reestructuración radical de la población y el territorio atenienses, que se convirtieron en una serie de distritos de voto y reclutamiento, una reforma concebida para

fomentar la cohesión y permitir la creación de un ejército ciudadano unificado. Unos éxitos militares sin precedentes contra grandes potencias regionales fueron su recompensa inmediata. Una vez que se instauró un marco básico de instituciones militares y políticas que dependían de la participación popular, fue desarrollándose con el tiempo una retroalimentación entre la movilización militar y política. En palabras del historiador griego Heródoto,

mientras estuvieron oprimidos por los tiranos, no cosecharon más triunfos en la guerra que sus vecinos. Sin embargo, una vez que les quitaron el yugo, demostraron ser los mejores combatientes del mundo.

En la práctica, no había solo un gran yugo, sino muchos yugos pequeños: varias limitaciones a la participación política se debilitaron con el tiempo al aumentar los compromisos militares.[\[28\]](#)

En la siguiente generación se produjeron cambios trascendentales. Atenas amplió su armada en múltiples ocasiones hasta convertirla en la más grande de Grecia. En 490 a. e. c., una invasión persa en Atenas fue contenida por un ejército ciudadano de ocho mil soldados, que representaban alrededor de un 40 % de toda la población masculina en edad de combatir. Los mandos militares y otros altos funcionarios eran elegidos directamente por la asamblea ciudadana, y los políticos impopulares podían ser expulsados de forma temporal («condenados al ostracismo») por voto popular. En 480 a. e. c., haciendo frente a un nuevo ataque persa, un decreto ateniense contemplaba la plena movilización de los adultos varones, unos veinte mil en total, además de sus extranjeros residentes, como tripulación para sus barcos. Aprovechando la derrota de Persia, Atenas no tardó en forjar un extenso sistema de alianzas cuyas aportaciones económicas ayudaron a financiar su armada y la convirtieron gradualmente en el centro de un imperio naval. En la década de 460 a. e. c. hubo operaciones militares atenienses de un alcance geográfico sin precedentes, tanto en Grecia como en el Levante. Esas campañas militares volvieron a propiciar cambios constitucionales que arrebataron poder a las élites y fortalecieron el gobierno democrático cimentado en la asamblea, un consejo representativo y tribunales populares.

Los beneficios para la población general se dispararon: se creó una paga estatal por ejercer de jurado; en 440 a. e. c., unos veinte mil atenienses recibían alguna forma de paga por sus servicios; y muchos miles más recibieron tierras en territorios conquistados. El poder naval y la democracia prosperaron juntos, teniendo en cuenta que el primero dependía enormemente de la movilización popular de masas (incrementada con el uso de esclavos privados).

La movilización militar y el desgaste alcanzaron nuevas cotas durante la guerra del Peloponeso con Esparta y sus aliados (431-404 a. e. c.). Sin embargo, aunque las finanzas atenienses sufrían una presión cada vez mayor, los pagos estatales a las clases más bajas aumentaron en las últimas fases del conflicto. El poder naval fue esencial durante toda la guerra. Según afirmaba una fuente oligárquica hostil:

Por eso los pobres y los plebeyos poseen debidamente más que los nobles y los ricos: porque son los plebeyos los que reman en los barcos y contribuyen al poder de la ciudad.

La excepcional escala de la movilización ateniense queda reflejada en el recuento final de víctimas: 24.000 de 60.000 ciudadanos varones adultos murieron en combate, junto con unos 20.000 que sucumbieron a una plaga que se vio exacerbada por las condiciones de asedio. Según cualquier criterio, esto es una forma de guerra total. Sin embargo, cuando dio comienzo la recuperación demográfica, los atenienses renovaron sus políticas imperialistas creando una nueva armada. Sus efectivos llegaron a un máximo de doscientos ochenta y tres barcos en el año 357 a. e. c. Una vez más, la movilización de masas fue de la mano de unas negociaciones nacionales que incrementaron los subsidios del Estado: el salario por asistencia a las asambleas se multiplicó por seis o nueve y los juristas tenían más trabajo a tiempo completo. Se creó un fondo especial para subvencionar la asistencia a fiestas estatales. En una última campaña total, una guerra contra el dominio macedonio tras la muerte de Alejandro el Grande en 323 a. e. c., Atenas movilizó a todos los ciudadanos varones de hasta cuarenta años de edad y lanzó una flota de doscientos cuarenta barcos; aproximadamente un tercio de

todos los varones adultos fueron enviados al extranjero o servían en la armada.[29]

¿Cómo afectó esto a la distribución de ingresos y riqueza? A diferencia de lo sucedido durante casi todo el siglo V a. e. c., cuando las ganancias del imperio subvencionaron la maquinaria de guerra ateniense, las operaciones militares del siglo IV dependían en buena medida de los impuestos a los ricos, y gracias a la movilización centrada en la armada, la campaña conllevó la redistribución a los ciudadanos más pobres que componían las tripulaciones. Tras la pérdida de su imperio, la hacienda ateniense recurrió a una combinación de impuestos indirectos, tales como peajes y cuotas portuarias, a los beneficios de la minería y a los ingresos obtenidos por el arrendamiento de terrenos públicos, que incluían las minas. Los impuestos directos eran más escasos: un impuesto al sufragio para los extranjeros residentes, un impuesto de la propiedad para gastos militares especiales recaudado entre los atenienses adinerados y unas aportaciones conocidas como «liturgias» que solo afectaban a los miembros más ricos de la ciudadanía. Aunque algunas de esas liturgias eran utilizadas para celebrar fiestas religiosas públicas y actuaciones teatrales, la más importante y onerosa se destinaba a pertrechar los barcos militares. Los seleccionados aquel año eran responsables de una embarcación y contrataban a la tripulación (por lo cual eran compensados con una cantidad fija de financiación estatal, que no necesariamente era suficiente), llevaban a cabo reparaciones y compraban material; incluso podían verse obligados a costear la pérdida de un barco en el mar. En los círculos de la élite, esas obligaciones y el gasto competitivo que alentaban normalmente eran consideradas una fuente de gastos sin fin. Con el tiempo, el sistema cambió: mientras que en el siglo V a. e. c. los liturgistas navales — que también acostumbraban a ser los capitanes de sus barcos— se elegían entre los cuatrocientos ciudadanos más ricos, en el IV a. e. c. se pedía a 1.200 familias (más adelante solo a trescientas) que contribuyeran. Dependiendo de la época y el plan de operación, entre un 1 % y un 4 % de las familias se veían afectadas. Esta liturgia, denominada «trierarquía», era rotatoria y no podía ser abonada dos veces seguidas.[30]

El coste medio de una liturgia naval equivalía a unas ocho veces el salario anual mínimo de subsistencia de una familia ateniense de cinco miembros y a un porcentaje considerable de los ingresos típicos de la élite. Incluso los ricos se veían obligados a pedir préstamos o hipotecas para reunir el dinero exigido. A mediados del siglo IV a. e. c., todos los miembros de una clase litúrgica de 1.200 personas tenían que gastar cada año el equivalente a tres ingresos familiares de subsistencia anuales para mantener una flota de trescientas embarcaciones militares, patrocinar festivales públicos y pagar el impuesto de propiedades. Basándonos en lo que conocemos acerca del umbral de riqueza para la inclusión en la clase litúrgica, el rendimiento anual medio de una fortuna que superara por poco ese umbral podía quedar totalmente absorbido por esas obligaciones, sobre todo teniendo en cuenta los gastos cotidianos. Un estudio reciente conjetura que las cuatrocientas familias más ricas de Atenas percibían unas ganancias medias equivalentes a doce ingresos familiares de subsistencia. Para este grupo, las liturgias se habrían traducido en una carga impositiva anual media de aproximadamente una cuarta parte de sus ingresos totales. Pese a las graves deficiencias de los datos, podemos afirmar con bastante seguridad que la Atenas clásica impuso bastantes gravámenes a los ingresos de su élite rica.[31]

A menos que se nos hayan escapado algunos detalles sobre la adjudicación desigual de gastos en la clase litúrgica —a sus miembros más adinerados solo se les pedía que avanzaran unos gastos que luego recuperaban de los demás—, este sistema no era sistemáticamente progresivo, ya que, a partir de un umbral determinado, recaudaba cantidades fijas con independencia de los ingresos reales. Aun así, era muy progresivo en el sentido de que otros ciudadanos no pagaban ningún impuesto directo. Debemos plantear dos agumentaciones fundamentales. Una es que esta práctica obedecía sobre todo a las enormes demandas fiscales de la movilización de masas (naval). Un electorado que servía regularmente en el ejército al tiempo que gozaba de poder político garantizó que los más ricos llevaran un gran porcentaje de la carga económica. La otra guarda relación con la equiparación: las liturgias debían reducir —o, en casos extremos, quizá incluso prevenir— la acumulación de riquezas entre la élite ateniense.

Esto es importante porque, en este periodo, Atenas experimentó un rápido crecimiento económico, sobre todo en el sector no agrario. Por tanto, las liturgias supusieron un freno para la desigualdad en un ambiente que por lo demás era propicio a aumentar las disparidades. Así pues, la queja de un cómico de la época,

¿Cuándo dejarán de aniquilarnos con liturgias y trierarquias?

no era tan solo una hipérbole. Por si sirve de algo, la idea de que las intervenciones contuvieron la desigualdad coincide con lo que podemos decir sobre la distribución de la riqueza en la Atenas clásica. Dos cálculos modernos independientes proyectan una distribución bastante equitativa de la tierra, con un 7,5-9 % de atenienses que eran propietarios de un 30-40 % y puede que solo un 20-30 % que no poseían ninguna tierra. Un grupo medio que representaba a la población «hoplita» —los que contaban con recursos suficientes para costearse una panoplia completa para la guerra de las falanges— habría poseído entre un 34 % y un 45 %. El coeficiente de Gini de propiedad de tierras, situado en un 0,38-0,39, es bajo desde una perspectiva histórica comparativa, pero congruente con la falta de datos sobre patrimonios muy cuantiosos. No obstante, ello no descarta una distribución más desigual de los activos no agrarios.[32]

Algunos historiadores osados han ido más allá y han calculado aproximadamente un coeficiente de Gini de ingresos de 0,38 para toda Atenas o un Gini de riqueza de 0,7 solo para los ciudadanos, con un 1 % y un 10 % de porcentajes máximos de riqueza que rondan el 30 % y el 60 %, aunque son meras conjeturas controladas. Transitamos terreno más firme al valorar los salarios reales de Atenas para ciertas ocupaciones, que eran altos para tratarse de la era preindustrial: como un múltiplo de subsistencia mínima, eran parejos a los de Holanda en los primeros años de la era moderna. Esta observación, sumada a la falta de datos sobre altos niveles de concentración de tierras o, de forma más general, sobre fortunas muy cuantiosas, indica una distribución bastante igualitaria de los recursos materiales entre la ciudadanía ateniense. Por último, a menos que nuestras

estimaciones aproximadas sobre la envergadura de la economía ateniense en los siglos V y IV a. e. c. hayan errado mucho el blanco, en las décadas de 430 y 330, el gasto público representaba más o menos un 15 % del PIB.[33]

Asimismo, aunque la expansión fiscal en un primer momento se había visto impulsada por la guerra de masas, había llegado a incluir un muy notable porcentaje del gasto civil: en los años sin grandes conflictos bélicos, algo más de la mitad del gasto público sufragaba actividades no militares como la participación subvencionada en el sistema político y jurídico, las fiestas, las provisiones del estado del bienestar y las obras públicas, lo cual beneficiaba a elementos destacados de la población general. Esto es sorprendente por tres razones: el porcentaje estatal en el PIB es alto para una sociedad premoderna; el porcentaje de inversión civil en el gasto total también es comparativamente elevado; y cuando se agotaron los ingresos del imperio, los impuestos progresivos a la élite ateniense habían sustituido a la depredación tributaria como fuente de gasto público. La convergencia de movilización militar masiva, democracia, impuestos progresivos, un porcentaje estatal alto en el PIB, un gasto civil considerable y una desigualdad limitada infunde a la Atenas del siglo IV a. e. c. en particular una apariencia curiosa y precozmente «moderna».

Lo que ocurría en Atenas no ocurría necesariamente en igual medida en las más de mil *poleis* que constituían la ancestral cultura de la ciudad-estado griega y no existen caminos obvios para averiguarlo. Aunque es posible que Atenas y Esparta fueran un caso extremo en cuanto a su compromiso con la movilización militar de masas, otras *poleis* también reunieron contingentes militares que sin duda sometieron a sus recursos demográficos a una gran presión. Según hemos descubierto, los gobiernos democráticos fueron más habituales con el paso del tiempo y las guerras se intensificaron: el siglo transcurrido entre los años 430 y 330 a. e. c. fue un periodo de guerras casi permanentes en las que participaron grandes ejércitos de campo y armadas y, si bien los mercenarios ganaron importancia gradualmente, los reclutamientos entre la ciudadanía a menudo eran cruciales. La arqueología aporta el que podría ser el ejemplo más contrastado de desigualdad material del que disponemos. El tamaño de las casas —residencias privadas— en este periodo

se agrupa marcadamente en torno a la media: hacia el año 300 a. e. c., las casas situadas en el percentil setenta y cinco solo eran un cuarto más grandes que las del percentil veinticinco. En la Olinto del siglo IV a. e. c., sin duda una ciudad planificada, el coeficiente de Gini del tamaño de las viviendas era de tan solo 0,14.[34]

Por tanto, gran parte de la información del archivo histórico respalda la conclusión de que la extensa civilización de la ciudad-estado de la antigua Grecia gozaba de unos niveles de desigualdad de riqueza e ingresos relativamente moderados que eran sostenidos por la omnipresente cultura de la movilización militar de masas y propiciados por sólidas instituciones ciudadanas y, cada vez más, por la democratización. Al postergar la consolidación territorial, la misma cultura también obstruyó la acumulación de propiedades fuera de los confines de la polis. Al principio, en el periodo arcaico de los siglos VII y VI a. e. c., las barreras políticas y sociales para la integración económica y, por tanto, la creciente concentración de riqueza, eran grandes, lo cual allanó el terreno para el periodo clásico a medida que persistían la fragmentación política y la hostilidad entre estados: en este sentido, la Atenas imperial fue la excepción que confirmaba la regla. En siglos posteriores, la dominación e incorporación en estructuras imperiales más grandes socavaron el igualitarismo griego y brindaron nuevas oportunidades para la concentración de riqueza.[35]

«ÉSE ENEMIGO ME ARREBATÓ LA TÚNICA PARA VESTIR A SU MUJER»: GUERRAS PREMODERNAS TRADICIONALES

La gran mayoría de las guerras de la historia no fueron conflictos de movilización de masas que afectaron a toda la sociedad. A menudo eran libradas por lo que Charles Tilly denominaba «especialistas en violencia» y, reduciéndolas a lo más esencial, eran competiciones entre élites gobernantes por el control del pueblo, la tierra y otros recursos, en palabras de Arnold

Toynbee, «el deporte de los reyes». En las guerras en las que solo un bando sufría una destrucción importante, los saqueos o las conquistas podían incrementar la desigualdad entre los vencedores y reducirla entre los saqueados o vencidos: los líderes del bando ganador probablemente obtenían ganancias (más que sus seguidores, por no hablar de la población general), mientras que los del bando perdedor estaban expuestos a pérdidas o a la ruina. Cuanto más «arcaica» era la naturaleza del conflicto, más aplicable sería este principio. El expolio de los derrotados se remonta a los documentos escritos más antiguos, como en este lamento sumerio del tercer milenio a. e. c.:

¡Ay, ese día en que fui destruido!
¡El enemigo pisoteó mis aposentos con sus botas!
¡Ese enemigo extendió sus sucias manos hacia mí!
... Ese enemigo me arrebató la túnica para vestir a su mujer.
Ese enemigo me cortó el collar de joyas y se lo colgó a su hijo.
Yo había de pisar los caminos de su morada.[36]

Pero, aunque muchos sufrieron en la guerra, los ricos simplemente tenían más que perder y sus homólogos del bando vencedor más que ganar. Por seguir un momento en Mesopotamia, hablemos del caso del imperio neasirio, un par de milenios después de los días de gloria de la cultura sumeria. Las inscripciones monárquicas asirias se jactan con cansina frecuencia de las hazañas de sus gobernantes cuando iban a saquear ciudades y matar y deportar a sus habitantes. Con suma asiduidad, las referencias al saqueo son genéricas, así que no podemos saber a ciencia cierta a quiénes les fueron arrebatadas sus posesiones. Pero, siempre que los textos son más específicos, las élites enemigas aparecen como blanco principal. Cuando, en el siglo IX a. e. c., el gobernador asirio Shalmanesar III derrotó a Marduk-mudamiq, rey de Namri,

saqueó sus palacios, se llevó [las estatuas de] los dioses, sus propiedades, sus mercancías y sus cortesanas, y un número indeterminado de caballos murió bajo el yugo.

El decomiso de propiedades palaciegas es mencionado repetidamente en otras inscripciones suyas, una de las cuales nos cuenta incluso que arrancaron y se llevaron «puertas de oro». Las deportaciones afectaban a los gobernadores rivales, a sus familias y a individuos de alto rango, como personal de palacio y cortesanas. Se dice que otros reyes asirios repartieron el botín de guerra entre beneficiarios de la élite. Lo que perdía la clase gobernante de un Estado lo ganaba otra. Si un bando cosechaba siempre más éxitos en la guerra que otros, la élite victoriosa de la conquista acumulaba cada vez más activos a la vez que dejaba atrás a sus homólogos vencidos, un proceso que habría elevado el coeficiente de Gini alargando la cola en lo más alto de la distribución de ingresos y riqueza. Tal como argumentaba en los dos primeros capítulos, el crecimiento de unos imperios tributarios muy grandes facilitó una concentración desproporcionada de recursos materiales en los estratos más altos de sus clases gobernantes.[37]

El juego de suma cero que era la guerra tradicional es ilustrado adecuadamente por la conquista normanda de Inglaterra en 1066. En lo tocante a bienes raíces, la aristocracia inglesa había quedado dividida en unos pocos condes extremadamente ricos y varios miles de *thanes* menores y otros propietarios. Al principio, Guillermo el Conquistador intentó ponerse a ese grupo de su parte, pero, tras años de rebelión después de su victoria en Hastings, optó por una política de expropiación sistemática. Las posteriores transferencias masivas incrementaron enormemente el porcentaje de tierras de la corona y dejaron la mitad de ellas en manos de unos doscientos nobles y, a su vez, la mitad de estas en manos de cien socios del nuevo rey. Pese a su estatus privilegiado, estos últimos acabaron siendo menos extravagantemente ricos de lo que lo habían sido los condes, mientras que a los otros barones les iba mucho mejor que a los *thanes*. Esta violenta redistribución ahondó mucho en las filas de la élite inglesa: en la época del Domesday Book de 1086, los propietarios que pueden ser identificados como ingleses solo poseían un 6 % de la tierra por superficie o un 4 % por valor, y aunque es muy posible que esos porcentajes fueran más altos, no cabe duda de que los nobles normandos se habían hecho con el control. Muchos *thanes* desposeídos abandonaron el país para ganarse la vida como guerreros en el extranjero. Con el tiempo, este

proceso inicial de concentración se invirtió a medida que se reducían los territorios de la corona y los nobles cedían gran parte de sus tierras a caballeros subordinados, recreando así un estrato de la élite mucho más numeroso pero individualmente menos adinerado. Sin embargo, en ese momento las relaciones feudales complican cualquier observación sobre la distribución de bienes raíces. Los cambios en la distribución de ingresos son aún más difíciles de determinar, pero en los términos más generales, parece que la conquista normanda al principio ocasionó una mayor concentración de ingresos de la tierra en una clase gobernante notablemente más reducida y más tarde se invirtió la tendencia.[38]

En guerras o conquistas tradicionales de esta índole, la equiparación se habría centrado mayoritariamente en los líderes del bando perdedor, como los diversos potentados de Oriente Próximo derrotados por la ira de Assur o los *thanes* del rey Haroldo. Un ejemplo más reciente es la ciudad de Prato, en la Toscana, donde el coeficiente de Gini de riqueza —extraído de archivos de impuestos a la riqueza— pasó de 0,624 en 1487 a 0,575 en 1546, en una época en la que la peste había remitido y las comunidades cercanas en general presentaban una desigualdad cada vez mayor. En 1512, Prato sufrió un sangriento saqueo de las tropas españolas que, según cuentan, causó miles de bajas y consistió en tres semanas de pillaje incesantes. En tales situaciones, los ricos eran los principales blancos, ya que podían proporcionar botines y rescates. Al final del capítulo 11 comentaré con más detalle el caso de la ciudad alemana de Augsburgo, que se vio azotada por las hostilidades y la peste durante la guerra de los Treinta Años y que, por tanto, experimentó una compresión bastante marcada de las disparidades de riqueza. Aunque la peste desempeñó un importante papel en este proceso, la destrucción del valor del capital provocada por la guerra y los extraordinarios impuestos a los ricos fueron cruciales para reducir la desigualdad.[39]

Sería fácil, aunque inútil, multiplicar esas crónicas de los anales de la guerra, ya que el principio general está claro aunque un cálculo fiable normalmente quede fuera de nuestro alcance. En la guerra tradicional, el grado de igualación dependía de varios factores, como el volumen de extracción y destrucción, los objetivos de los vencedores y conquistadores y,

sobre todo, cómo definimos nuestras unidades de análisis. Si invasores e invadidos, saqueadores y saqueados, vencedores y vencidos son vistos como entidades independientes, cabría suponer que la equiparación se ha producido entre los segundos. Si la guerra devenía en una conquista y los miembros del bando victorioso se instalaban en los nuevos territorios, la sustitución parcial o total de una élite por otra no necesariamente tenía grandes consecuencias para la desigualdad general, mientras que la incorporación de élites existentes y sus posesiones a las estructuras imperiales creaba sistemas de gobierno más grandes con un mayor alcance de la desigualdad. Sin embargo, taxonomías aproximadas como esta simplifican en exceso unas realidades más complejas. Es posible que las élites militares experimentaran consecuencias distintas en cada bando. Las guerras que no tuvieron ganadores o perdedores claros son especialmente problemáticas. Bastarán dos ejemplos. La guerra de la Independencia española de 1808 a 1814, librada entre Francia y España y sus aliados en suelo ibérico, provocó una destrucción generalizada y coincidió con una mayor volatilidad en los salarios reales españoles y un incremento temporal de la desigualdad de ingresos total. Por el contrario, los años inmediatamente posteriores a este conflicto fueron testigos de un aumento de los salarios reales, unos salarios nominales más altos en relación con los arrendamientos de tierras y una menor desigualdad de ingresos en general. Una guerra destructiva y las prolongadas turbulencias en Venezuela en las décadas de 1820 y 1830 al parecer también provocaron una abrupta caída en la ratio de arrendamientos de tierras y salarios.^[40]

«YA NO CONTABILIZÁBAMOS LO QUE HABÍAMOS
MATADO, SINO LO QUE NOS APORTARÍA»:
GUERRA CIVIL

Esto nos deja una última pregunta: ¿cómo afecta la guerra civil a la desigualdad? Los estudios modernos normalmente se han centrado en lo opuesto, es decir, en si la desigualdad contribuye al estallido de conflictos

internos. No existe una respuesta fácil a ese segundo interrogante. La desigualdad de ingreso general (o «vertical») —entre personas o familias de un país determinado— no está relacionada con la posibilidad de una guerra civil, aunque la mala calidad de los datos de muchos países en vías de desarrollo plantea dudas sobre la fiabilidad de cualquier hallazgo. La desigualdad intergrupala, por otro lado, puede fomentar conflictos internos. Algunas obras recientes han complicado la panorámica. Un amplio estudio sobre la desigualdad de altura del cuerpo humano, utilizada como ejemplo de desigualdad de recursos, asegura una clara correlación con la guerra civil en un gran conjunto de datos global que se remonta a principios del siglo XIX. Y según otro estudio, la probabilidad de una guerra civil aumenta con la desigualdad de tierras, a menos que esta última sea extremadamente alta, en cuyo caso, la primera disminuye, ya que las pequeñas élites tienen más capacidad para aplastar la resistencia. Por ahora, lo único que podemos decir es que tan solo hemos empezado a discernir las considerables complejidades de esta pregunta.[41]

Por el contrario, el impacto de la guerra civil en la desigualdad ha despertado muy poco interés. Un estudio pionero sobre ciento veintiocho países entre 1960 y 2004 descubrió que la guerra civil aumentaba la desigualdad, sobre todo durante los cinco primeros años posteriores al conflicto. De media, el coeficiente de Gini de ingresos aumentó un 1,6 % en los países durante la guerra civil y un 2,1 % durante la fase de recuperación de los siguientes diez años, alcanzando máximos de unos cinco años después del conflicto si se mantenía la paz. Existen varios motivos para esta tendencia. En la medida en que la guerra civil reduce el capital físico y humano, su valor aumenta mientras que el de la mano de obra no cualificada disminuye. Más concretamente, en los países en vías de desarrollo con poblaciones agrícolas numerosas, los campesinos pueden perder acceso a los mercados y sufrir pérdidas de ingresos debido a su exclusión del intercambio comercial, unas pérdidas que constituyen un incentivo para optar por prácticas de subsistencia. Al mismo tiempo, los especuladores cosechan grandes beneficios de la guerra explotando la falta de seguridad y el debilitamiento o la ausencia del poder estatal. La especulación suele

beneficiar a una pequeña minoría y le permite acumular recursos en un momento en que la capacidad del Estado para recaudar impuestos ha mermado. Este atrincheramiento, sumado a un mayor gasto militar, también frena el gasto social, lo cual perjudica a su vez a los pobres. Las medidas redistributivas, la escolarización y la atención sanitaria sufren, con unos efectos negativos que son más fuertes cuanto más dura el conflicto.[42]

Estos problemas persisten más allá de la guerra y explican los coeficientes de Gini aún más altos que observamos inmediatamente después de las guerras civiles. En ese periodo, los ganadores pueden obtener recompensas desproporcionadas de su victoria, ya que «los vínculos personales y patrimoniales determinan la distribución de activos y el acceso a ganancias económicas». La guerra civil comparte esta característica con las guerras tradicionales premodernas en las que los líderes del bando ganador llevan ventaja y la desigualdad va en aumento. Podía observarse lo mismo en el siglo XIX, cuando las confiscaciones de tierras durante la guerra civil en España y Portugal en la década de 1830 impulsaron los grandes patrimonios y exacerbaron la desigualdad.[43]

Casi todas las observaciones relevantes provienen de sociedades tradicionales o países en vías de desarrollo. Las guerras civiles totales han sido sumamente raras en las economías más desarrolladas. Además, en algunos casos en los que la guerra civil estuvo asociada a una gran equiparación, como en Rusia desde 1917 o en China a partir de las décadas de 1930 y 1940, las reformas revolucionarias, y no la guerra civil como tal, fueron los principales impulsores de este proceso. Para los propósitos de este estudio, la guerra civil estadounidense ha sido tratada como el equivalente a una guerra interestatal y los resultados se describen más arriba. Esto nos deja un solo caso relevante: el de la guerra civil española de 1936 a 1939. A diferencia de Rusia o China, el bando victorioso no siguió un programa redistributivo y el resultado de la guerra no fue revolucionario en ningún sentido del término. La colectivización en zonas bajo control anarquista durante el conflicto fue fugaz. A partir de 1939, el régimen franquista puso en práctica una política de autarquía que provocó un estancamiento económico. Una sucesión de sacudidas provocadas por la guerra civil y la posterior mala

gestión económica explican la caída de los porcentajes de ingresos más altos. Para este periodo solo se han computado los porcentajes de ingresos máximos (para el 0,01 % más rico), una categoría que experimentó una caída del 60 % entre 1935 y 1951. Esta tendencia entra en conflicto con la evolución del coeficiente de Gini de ingresos totales, que se mantuvo bastante estable durante la guerra civil y la época de la segunda guerra mundial, pero que muestra fluctuaciones extremas entre 1947 y 1958 (Fig. 6.2).[44]

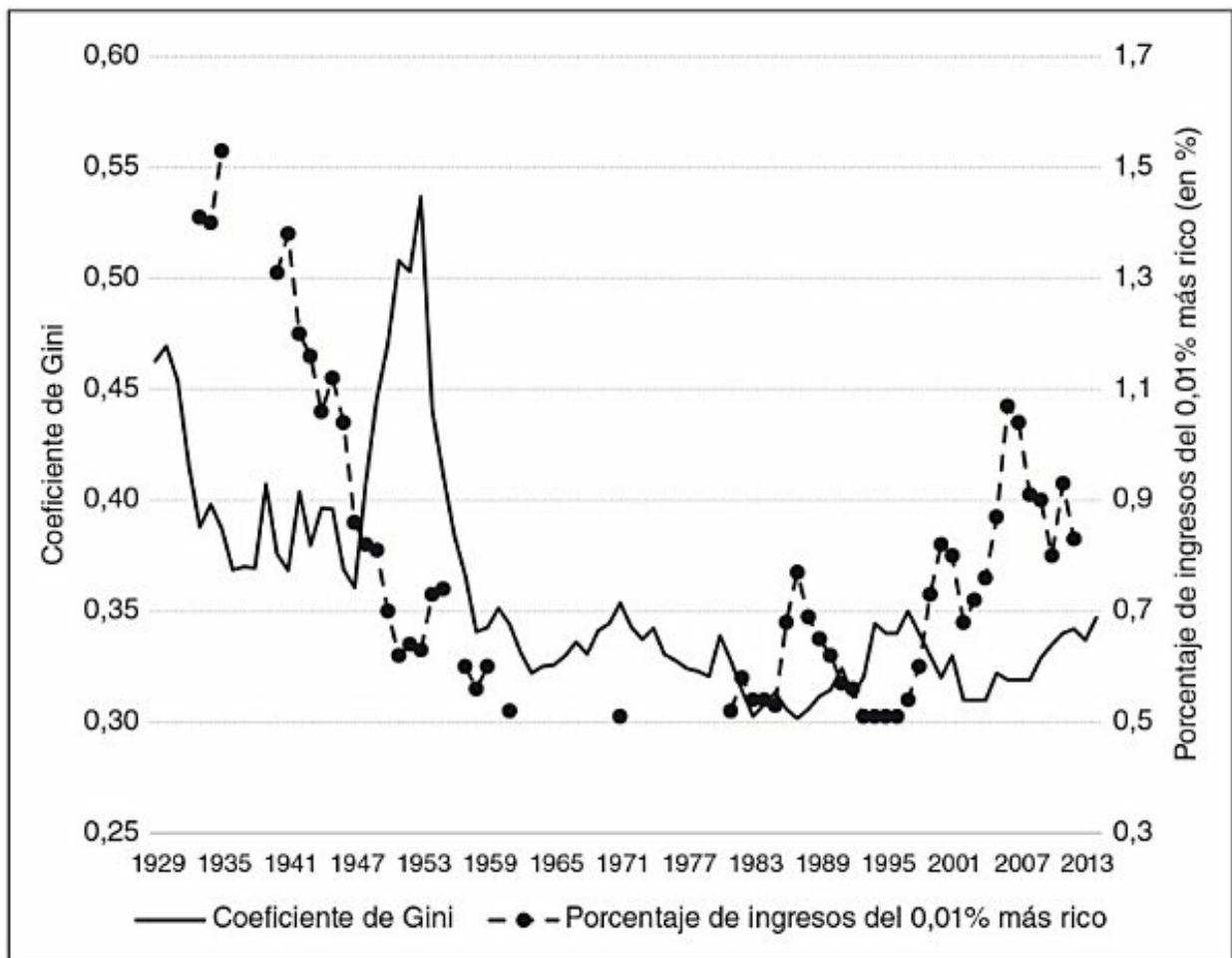


FIGURA 6.2. Coeficientes de Gini de ingresos y porcentaje de ingresos del 0,01 % más rico en España, 1929-2014

Para complicar más las cosas, el coeficiente de Gini de ingresos salariales se redujo considerablemente, alrededor de un tercio, entre 1935 y 1945. Hasta donde yo sé, actualmente no existe ninguna explicación convincente para

estos hechos. Leandro Prados de la Escosura ha planteado hipótesis sobre los efectos de las rentas de capital (que deprimieron los porcentajes de ingresos más altos), la compresión salarial por la reruralización bajo el gobierno de Franco (que redujo la desigualdad salarial general) y unas mayores rentas patrimoniales, en especial las tierras, bajo la autarquía (que compensó estos efectos para producir el coeficiente de Gini de desigualdad de ingresos general). Todo esto se produjo en el contexto de un crecimiento del PIB per cápita igual a cero entre 1930 y 1952, y la proporción de la población que vivía en situación de pobreza se duplicó con creces más o menos durante el mismo periodo. Pese a las similitudes superficiales en cuanto a la caída de los porcentajes de ingresos más elevados y la compresión de los salarios, la desigualdad en España se desarrolló de manera bastante diferente a otros países europeos de la época. A diferencia de los contendientes de la segunda guerra mundial y algunos de los países tangenciales, no hubo impuestos progresivos y la desigualdad de ingresos general no disminuyó. Coincidió con Prados de la Escosura en que «la distinción entre España, donde la guerra civil tuvo un efecto divisivo en la sociedad, y la mayoría de los países occidentales, donde las guerras mundiales normalmente aumentaron la cohesión social, puede ser relevante para comprender la etapa de posguerra». Aun así, en ambos casos los impulsores subyacentes que condicionaron la distribución de ingresos y riqueza fueron los mismos: sacudidas violentas fomentadas por las políticas gubernamentales.[45]

Concluyo mi estudio volviendo de nuevo al pasado para abordar un caso híbrido: las guerras civiles que acabaron con la república romana entre las décadas de 80 y 30 a. e. c. Son híbridas en el sentido de que eran conflictos internos de la sociedad romana, provocados por la competencia desbocada de la élite, pero se desarrollaron en el contexto de la cultura de la movilización militar de masas antes mencionada y, por tanto, mostraban rasgos fundamentales de una guerra interestatal con movilización masiva. Algunos de los índices de participación militar más altos de Roma que han quedado registrados se alcanzaron en este periodo de turbulencias nacionales. Esta combinación de luchas internas entre la élite y movilización popular brindaron nuevas oportunidades para la redistribución de ingresos y riqueza.

El más violento de estos conflictos —librado en las décadas de 80, 40 y 30 a. e. c. — destruyó a la clase gobernante romana. Los opositores políticos fueron proscritos —se declaró públicamente que eran un blanco para quien deseara matarlos a cambio de una recompensa— y sus patrimonios confiscados por la facción victoriosa. En la guerra civil de 83 a 81 a. e. c., se dice que fueron asesinados ciento cinco senadores en un momento en que el número total de miembros rondaba los trescientos, y en 43 a. e. c., trescientos senadores (de seiscientos) y dos mil caballeros, el siguiente estrato más alto de la élite romana, supuestamente perdieron la vida de ese modo, aunque solo conocemos los nombres de unos ciento veinte. Esos dos episodios afectaron a la desigualdad de diferentes maneras. La primera tanda de expropiaciones, llevadas a cabo por partidarios de la reacción oligárquica, permitió a quienes estaban bien situados sacar rédito adquiriendo activos en subastas. Puede que esto aumentara la concentración de riqueza, sobre todo después del gran desgaste previo a la guerra civil: se dice que en la década de 90 a 80 a. e. c., no menos de doscientos noventa y un senadores murieron por causas violentas. La falta de herederos probablemente facilitó la consolidación, y no la dispersión, de las propiedades de la élite. Las tierras confiscadas a las comunidades locales fueron cedidas a veteranos, pero a menudo acababan en el mercado, lo cual resultó en transacciones que también pudieron fomentar la concentración. Por el contrario, las expropiaciones de 43 y 42 a. e. c. estuvieron motivadas por la excepcional demanda fiscal en preparación para la campaña militar contra opositores nacionales fuera de Italia y no por un deseo de saldar cuentas. En este caso, no había tantas posibilidades de que las ganancias beneficiaran a compinches y se utilizaban eminentemente para satisfacer desorbitadas promesas de compensación a un enorme ejército ciudadano. Los principales socios del líder de esa facción no fueron recompensados hasta que terminó el conflicto en 30 a. e. c. y se hizo por medio de desembolsos que enriquecieron a «hombres nuevos» a expensas de la nobleza establecida.[46]

Los niveles de compensación de las tropas en esta última serie de guerras civiles probablemente tuvieron importantes consecuencias redistributivas. Antes del inicio de los conflictos, los soldados romanos recibían

compensaciones bastante modestas. La incipiente preponderancia de los señores de la guerra incrementó las primas en las campañas militares contra enemigos extranjeros: pasaron de niveles muy bajos al equivalente a siete veces el salario base anual en 69 y a trece veces en 61 a. e. c. La guerra civil de la década de 40 a. e. c. desencadenó otro aumento aún más marcado hasta veintidós veces el estipendio base recién incrementado (o cuarenta y dos veces el anterior) en 46 a. e. c. Este desembolso pronto se vio superado por la promesa de la misma recompensa a un número mucho mayor de soldados cuatro años después. En total, podemos calcular que una cifra equivalente a al menos diez veces los ingresos estatales anuales, o tal vez el PIB de medio año en el Imperio Romano de la época, fue transferida a los soldados entre 69 y 29 a. e. c. —y casi todo entre 46 y 29 a. e. c.— para comprar y recompensar la lealtad en las guerras civiles. El número total de receptores pudo alcanzar los 400.000 hombres, quienes, junto con sus familias, habrían representado hasta un tercio de toda la ciudadanía romana. A falta de datos sobre la inflación de los precios, esto probablemente disparó los ingresos de la no élite en términos reales. El efecto distributivo en la sociedad romana del corazón de Italia es más opaco. Gran parte de este dinero fue obtenido arrebatando recursos en provincias extranjeras. Pero había excepciones: en el año 43 a. e. c. se aprobó una exacción de los ingresos patrimoniales equivalentes a un año y un impuesto del 2% a la riqueza, además de las enormes confiscaciones que ya hemos mencionado. Varios impuestos posteriores también tenían por objetivo a los ricos. Por única vez en la historia de Roma, la extracción fiscal se convirtió en algo verdaderamente progresivo y las ganancias generadas se utilizaron de un modo redistributivo.[47]

Sin embargo, esto sería una anomalía. Recurrir a las ganancias provinciales volvió a convertirse en la norma una vez que se restableció la paz y se introdujo una autocracia estable a partir del año 30 a. e. c. A finales de la década de 40 a. e. c. y durante solo unos años, la distribución de ingresos disponibles cambió temporalmente a favor de la población general. Más a largo plazo, los siguientes siglos de estabilidad política y económica sin duda propiciaron altos niveles de concentración de riqueza, como veíamos en el capítulo 2.

«CUESTE LO QUE CUESTE»: GUERRA Y DESIGUALDAD

Esta parte del libro nos ha acompañado en un recorrido por miles de años de guerra. El conflicto militar ha sido durante mucho tiempo un rasgo preponderante en la historia humana, pero solo ciertos tipos de guerra atenuaron otro fenómeno igual de ubicuo: la distribución desigual de ingresos y riqueza. Tanto para vencedores como para vencidos, la movilización militar de masas moderna fue un potente medio de equiparación. Siempre que la campaña bélica permeaba toda la sociedad, los activos de capital perdían valor y se obligaba a los ricos a pagar un alto porcentaje: la guerra no solo «mataba a gente y rompía cosas», sino que también acortaba la distancia entre ricos y pobres. En la segunda guerra mundial, este efecto estuvo activo durante el conflicto y después, sostenido por la persistencia de las políticas originadas por dicho conflicto. Los ciudadanos de los países desarrollados debían al menos una generación de menguante desigualdad a la violencia sin precedentes de esta contienda global. Durante o después de la primera guerra mundial se produjo una compresión similar de las disparidades materiales. Los ejemplos previos de este estilo concreto de guerra son infrecuentes y normalmente no están asociados a una equiparación. En la guerra civil estadounidense, no fue la movilización como tal, sino la derrota y la ocupación, lo que destruyó las fortunas en el Sur. Los datos de precursores ancestrales de la guerra de masas ofrecen hallazgos ambiguos y negativos, como en China y la república romana. En el estado guerrero de la antigua Esparta, los desequilibrios en los recursos surgieron de unas condiciones anteriores probablemente más igualitarias. La Atenas clásica podría ser el mejor ejemplo premoderno de la influencia equiparadora de la participación popular en el ejército. Al igual que en parte del siglo XX, la democracia ateniense al parecer se vio reforzada por la experiencia común de la movilización bélica y, a su vez, favoreció políticas que limitaban el auge de la desigualdad. Teniendo en cuenta las diferencias drásticas en la evolución

general y las limitaciones de los datos antiguos, no deberíamos otorgar excesiva credibilidad a esta analogía. Aun así, la experiencia de la antigua Atenas indica que con la combinación adecuada de disposiciones institucionales, una cultura de la movilización militar de masas podía ser un mecanismo igualador incluso en un entorno sumamente premoderno.[48]

Otras guerras más limitadas fueron omnipresentes a lo largo de la historia, pero no dieron resultados consistentes. Las guerras tradicionales de saqueo y conquista normalmente beneficiaban a las élites victoriosas, lo cual potenciaba la desigualdad. Esto probablemente era cierto sobre todo cuando los gobiernos derrotados eran incorporados a otros más grandes, un proceso que habría añadido estratos adicionales de riqueza y poder a lo más alto de la jerarquía. La guerra civil rara vez fue una fuente de equiparación o, en todo caso, lo fue solo parcialmente (como, a su manera, los Estados Unidos de la década de 1860 y la España de las décadas de 1930 y 1940) o muy brevemente (como tal vez ocurrió en la antigua Roma). Las únicas guerras civiles que verdaderamente transformaron la distribución de ingresos y riqueza fueron las que llevaron al poder a regímenes radicales que estaban empeñados en ejecutar expropiaciones y redistribuciones exhaustivas y que no escatimaban en derramar la sangre que fuera necesaria para que ello ocurriera. Ahora abordaremos este proceso, el segundo jinete de la equiparación violenta.

Tercera parte

REVOLUCIÓN

Capítulo 7

COMUNISMO

«POR EL PODER DEL PROLETARIADO»:

IGUALACIÓN REVOLUCIONARIA EN EL SIGLO XX

Si el conflicto entre estados a veces reduce la desigualdad, ¿cuáles son las consecuencias del conflicto dentro de los estados? Ya hemos visto que, en la historia reciente, las guerras civiles no han tenido un efecto inequívoco y, si acaso, tienden a exacerbar las disparidades existentes. ¿Ocurre lo mismo con los conflictos internos que no solo enfrentan a una facción con otra, sino que aspiran a una reestructuración más exhaustiva de la sociedad? Tan ambiciosas empresas han sido infrecuentes. La abrumadora mayoría de los levantamientos populares violentos de la historia buscaban compensación por agravios concretos y, de manera igual de abrumadora, fueron infructuosos. Los movimientos más ambiciosos que consiguieron hacerse con el poder y allanar la distribución de ingresos y riqueza solo aparecieron en el pasado relativamente reciente. Al igual que en el caso de la guerra, la intensidad de la campaña era una variable crucial. Mientras que la mayoría de las guerras no generaron consecuencias igualadoras, la movilización militar de masas era capaz de alterar el orden establecido. En el caso de las revueltas, solo una movilización de recursos igual de ubicua en todas las ciudades y pueblos propició una equiparación radical. Volviendo a nuestra metáfora inicial, la

movilización militar de masas y la revolución transformadora fueron jinetes apocalípticos igual de poderosos, ya que eliminaron intereses arraigados y remodelaron el acceso a los recursos materiales. Lo más importante era la gran cantidad de violencia: al igual que las dos guerras mundiales fueron las más sangrientas de la historia de la humanidad, las revoluciones más igualadoras figuran entre los levantamientos internos más cruentos que se conocen. Mi estudio comparativo sobre las revueltas y las revoluciones confirma la importancia capital de la violencia a gran escala como medio de equiparación.

Adoptaré el mismo proceder que antes, es decir, retroceder en el tiempo. Los datos más relevantes son, una vez más, los del siglo XX, cuando las grandes revoluciones comunistas causaron una drástica desconcentración de los ingresos y la riqueza, lo cual abordaremos en este capítulo. En el siguiente, evaluaré posibles antecedentes, sobre todo la Revolución Francesa, y los efectos de los intentos premodernos por transformar a la fuerza las condiciones internas, como las revueltas campesinas. Como sucede en el caso de la guerra, nos encontramos con una división entre moderno o industrial y premoderno o preindustrial: en buena medida, solo las revoluciones recientes han sido lo bastante poderosas como para afectar a la distribución de riqueza e ingresos en poblaciones numerosas.

«GUERRA A MUERTE CONTRA LOS RICOS»: LA REVOLUCIÓN RUSA Y EL RÉGIMEN SOVIÉTICO

Como hemos visto en el capítulo 5, la catástrofe de la primera guerra mundial, a causa de su movilización sin precedentes de personas y recursos para la matanza de masas, comprimió la desigualdad de ingresos y riqueza en las principales naciones contendientes. La escala y cronología de este efecto variaba considerablemente de un país a otro. En Alemania, los porcentajes de ingresos más altos aumentaron durante la guerra y cayeron tras la derrota; en Francia, solo disminuyeron un poco tras el conflicto; en Reino Unido, se

redujeron bastante durante y justo después de la guerra, pero se recuperaron temporalmente a mediados de la década de 1920; y en Estados Unidos, el declive durante la guerra pronto vino seguido de un fuerte resurgimiento. Es especialmente desafortunado que aún no se hayan publicado datos comparables de algunos de los países más afectados, esto es, Austria-Hungría, Italia y Bélgica. A diferencia de la segunda guerra mundial, que casi siempre produjo unos resultados de equiparación más sólidos y claros, la documentación sobre la «gran guerra» es un tanto confusa e incluso parcialmente desconocida.[1]

En Rusia, la primera guerra mundial desembocó en la reducción más drástica de la desigualdad. Sin embargo, a diferencia de los otros casos, la equiparación no fue propiciada por intervenciones y dislocaciones en tiempos de guerra o por un desmoronamiento económico de posguerra, sino por levantamientos revolucionarios radicales nacidos de la destrucción de la guerra. El imperio del zar Nicolás II había sido uno de los actores principales del conflicto: había movilizado a unos doce millones de soldados, cerca de dos millones de los cuales habían perecido. Otros cinco millones resultaron heridos, y 2,5 fueron capturados o dados por desaparecidos. Asimismo, se cree que murieron un millón de civiles. Hasta donde sabemos, no se produjo una compresión importante durante el conflicto de 1914 a 1917: los impuestos eran muy regresivos y se recurría mucho a impuestos indirectos; los impuestos de la renta y las ganancias derivadas de la guerra no despegaron hasta el final; los programas de bonos del Estado solo gozaron de un éxito moderado; y buena parte del déficit nacional se cubrió acuñando moneda. Acelerar la inflación, sobre todo con el gobierno provisional de 1917, no solo perjudicó a los ricos.[2]

Con independencia de las consecuencias directas de la guerra, no fueron nada en comparación con lo ocurrido cuando los bolcheviques atacaron en noviembre de 1917 y las hostilidades contra los poderes centrales cesaron al mes siguiente. Una grave recesión económica ese mismo año había desencadenado revueltas campesinas generalizadas que acabaron con el requisamiento de fincas, y los trabajadores en huelga se habían hecho con el control de numerosas fábricas. Esas revueltas culminaron en la toma armada

de la capital por parte de los bolcheviques el 6 y 7 de noviembre de 1917. El 8 de noviembre, al día siguiente de la irrupción en el palacio de Invierno en San Petersburgo, el nuevo Consejo de Comisarios del Pueblo aprobó el Decreto sobre la tierra, redactado por el propio Lenin. La redistribución forzada ocupaba un puesto muy destacado en la agenda.

El decreto era de una envergadura extrema. Su objetivo político inmediato era garantizar el apoyo del campesinado legalizando *a posteriori* el decomiso y reparto de tierras propiedad de nobles y el Estado, un proceso que había venido desarrollándose desde el verano de ese año. Sin embargo, en términos formales apuntaba mucho más alto, pues aspiraba nada menos que a la destrucción de la propiedad privada de la tierra:

Por el presente documento, el derecho de los terratenientes a la propiedad de la tierra queda abolido sin compensación ... El derecho a la propiedad privada de la tierra será abolido para siempre. La tierra no será comprada, vendida, arrendada o de otro modo arrebatada ... El derecho al uso de la tierra será cedido a todos los ciudadanos del Estado ruso, sin consideraciones por sexo, que deseen trabajarla con sus manos ... El trabajo asalariado no es permisible ... Las tierras serán repartidas entre quienes las utilicen basándose en el principio de igualdad, esto es, rigiéndose ... por las unidades normales de trabajo o comida.[3]

En aquel momento, dichas medidas estaban limitadas a las propiedades de la élite: los grandes terratenientes, la familia imperial y la Iglesia. Las tierras de los campesinos normales (y los cosacos) no fueron objeto de confiscaciones. Las expropiaciones y adjudicaciones eran responsabilidad de comités locales. Decretos posteriores nacionalizaron todos los bancos, pusieron las fábricas bajo el control de consejos de trabajadores (soviets) y confiscaron cuentas bancarias privadas. En términos económicos, la clase terrateniente —alrededor de medio millón de personas, incluyendo familias— fue eliminada, al igual que los más altos estratos de la burguesía, compuesto por otras 125.000 personas, aproximadamente. Muchos miembros del «antiguo pueblo», como vino en llamarse la élite, fueron asesinados; un número aún mayor emigró. La drástica desurbanización también contribuyó a la equiparación, ya que la población total de Moscú y San Petersburgo — antiguos centros de concentración de riqueza e ingresos— se redujo a menos

de la mitad entre 1917 y 1920. Según alardeaba *Pravda*, el altavoz del Partido Comunista, en un editorial del 1 de enero de 1919,

¿Dónde están las damas ricas y elegantes, los restaurantes caros y las mansiones privadas, los hermosos vestíbulos, los periódicos embusteros y la corrupta «vida dorada»? Todos han sido aniquilados.

Lenin había ganado «la guerra a muerte contra los ricos».[4]

En una sociedad en la que la mayoría de la población seguía trabajando la tierra, el decreto inicial de los bolcheviques fue un gran impulsor de la equiparación, reforzada por otras medidas confiscatorias. En 1919, casi un 97 % de la tierra cultivable estaba en manos de los campesinos. Pero, desde el principio, el nuevo régimen consideró que esas transferencias eran insuficientes, preocupado por que la distribución igualitaria simplemente «creara agricultores pequeñoburgueses y no garantizara la igualdad ni impidiera la diferenciación». De hecho, solo la abolición de los patrimonios privados, así como la propiedad de la tierra, podían lograr una equiparación completa y permanente. El siguiente gran decreto sobre la tierra, aprobado en febrero de 1918, ya fomentaba la colectivización:

Al determinar la manera y el orden en que se otorgará el uso de tierras, debe darse preferencia a cooperativas agrícolas en detrimento de los individuos.[5]

La forma de expresar esta ambición tan solo era un leve presagio de los horrores que se avecinaban. A la sazón, los comunistas aspiraban a sobrevivir a una guerra civil y hacerse con el control de todo el país. De 1918 a 1921 se vivió un periodo de «comunismo de guerra» en el que el Estado hizo uso de un grado inusual de coerción. Se prohibió la fabricación privada, la producción estaba organizada por adjudicaciones estatales, el comercio privado fue abolido y se requisaron los excedentes de alimentos de los campesinos; el dinero fue marginado. La comida fue incautada por brigadas armadas, que atacaban pueblos y la repartían entre la población urbana, y por el ejército a través de un sistema de racionamiento graduado. Todas las grandes empresas y muchas otras más pequeñas fueron nacionalizadas. En el

campo, puesto que el Estado era incapaz de compensar a los productores por su comida, la confiscación directa se convirtió en el método predilecto, una vez más bajo la bandera del igualitarismo: «Juntos con los campesinos pobres ... por el poder del proletariado». Los agricultores más pobres debían coaccionar a sus vecinos más adinerados para que entregaran sus excedentes. Al principio se crearon Comités de Campesinos Pobres para controlar el reparto de cereales, material agrícola y suministros familiares, y recibían cereales gratuitamente por sus esfuerzos. Los líderes centrales consideraban que requisar cosechas a quienes más producían entrañaba numerosos incentivos. Aun así, a menudo había que traer a los miembros del comité de otros lugares, ya que los aldeanos se mostraban reacios a entregar a miembros de sus comunidades, lo cual contradecía la expectativa comunista de que abrazarían con entusiasmo la guerra de clases. Niall Ferguson cita una carta que Lenin escribió a un comisario provincial en agosto de 1918:

¡Camarada! ... Ahorque (y me refiero a que ahorque para que la gente pueda ver) a no menos de cien *kulaks* conocidos, hombres ricos, chupasangres ... Hágalo de modo que la gente pueda verlo a centenas de kilómetros a la redonda, temblar, saber y gritar: están matando y seguirán matando a los *kulaks* chupasangres ... Atentamente, Lenin. P.D.: busque a gente más aguerrida.

El experimento fue abandonado al poco tiempo. Aunque Lenin proclamaba «¡Guerra despiadada contra los *kulaks*! ¡Muerte a todos ellos!», en realidad la mayoría de esos *kulaks* (literalmente «puños», en referencia a su tacañería) o agricultores relativamente adinerados no eran mucho más ricos que sus conciudadanos.[6]

Esas intervenciones opresivas garantizaron la equiparación, pero sus consecuencias económicas fueron desastrosas: los campesinos frenaron la producción y destruyeron ganado y herramientas para evitar confiscaciones, y tanto la cantidad de tierra cultivada como las cosechas disminuyeron considerablemente respecto de los niveles prerrevolucionarios. El régimen fomentó la colectivización voluntaria como respuesta a la escasez de producción, pero los agricultores se resistían a dicha medida: en 1921, menos de un 1% de la población rusa trabajaba en granjas colectivas. Se había

conseguido un gran igualitarismo pagando un alto precio: entre 1912 y 1922, la proporción de familias campesinas que no poseían caballos o solo uno pasó del 64 % al 86 %, mientras que las familias que tenían tres o más pasaron del 14 % al 3 %. Los aldeanos ahora eran más pobres en general, pero más igualitarios. La inflación desenfrenada contribuyó a ello: en 1921, los precios eran casi 17.000 veces más altos que en 1914. El trueque fue sustituyendo al dinero y el mercado negro se disparó.[7]

La drástica caída de la producción, sumada a la muerte de muchos millones de personas en la guerra civil, facilitó la entrada en vigor de la Nueva Política Económica en 1921. Volvió a permitirse a los mercados operar y los campesinos podían pagar los impuestos en especie y vender o consumir sus excedentes. Volvieron a autorizarse los arrendamientos y la contratación de mano de obra. La liberalización se vio recompensada con una recuperación económica y el área cultivada aumentó un 50 % entre 1922 y 1927. Al mismo tiempo, esas políticas facilitaron una renovada diferenciación entre los productores, favoreciendo a los que generaban excedentes para su intercambio comercial. Esto provocó una expansión muy modesta de la población *kulak*, cuyo porcentaje entre el campesinado pasó del 5 % al 7 %. Sin embargo, no eran en modo alguno ricos, con unas posesiones medias de dos caballos, dos vacas y algo de comida para vender. En general, la anterior pérdida de activos de los *kulaks* y el reparto de tierras entre los peones habían allanado la distribución de ingresos, lo cual resultó en la *oseredniachenie*, o «campesinización media». Los empresarios eran muchos menos e infinitamente menos ricos que antes de la revolución. El capital privado apenas incidía en la industria: en 1926 y 1927, solo un 4 % de la inversión industrial provenía del sector privado, mientras que en el sector agrícola ocurría lo contrario.[8]

Los indicios de renovada diferenciación entre los campesinos, y en especial su ubicua resistencia a la colectivización, despertaron la ira de Stalin. Desde 1928, el Estado volvió a recurrir a la coacción para obtener los cereales necesarios para la industrialización, que en la práctica fue una transferencia de recursos del campo privatizado al sector industrial socializado. En 1929, pese a iniciativas que fomentaban los colectivos y el

apoyo tangible que suponían unos mejores créditos, solo un 3,5 % de los cultivos de cereales se realizaban en colectivos, frente a un 1,5 % de las granjas estatales y un 95 % de propiedades individuales. Stalin, obsesionado con obstruir a los *kulaks* e ignorando el escaso rendimiento de los colectivos, optó por la fuerza, como era habitual en él, para alterar esa situación.[9]

El 30 de enero de 1930, la resolución «Medidas para la eliminación de familias *kulak* en distritos de colectivización exhaustiva» contemplaba la supresión de los *kulaks* como clase por medio de ejecuciones, deportaciones o encarcelamientos en colonias locales de trabajos forzados. Los campesinos más adinerados tuvieron que pagar repetidos impuestos y luego fueron expulsados de sus tierras; los más pobres eran inducidos a incorporarse a los colectivos. El partido intensificó su retórica *antikulak* y animó a los campesinos a arrebatárles sus tierras. Por tanto, para encontrar blancos suficientes se amplió la definición de *kulak* para incluir a quienes contrataban mano de obra, a los propietarios de instalaciones productivas (por ejemplo, un molino) o a los comerciantes. Las detenciones y las confiscaciones forzadas eran habituales. Sin embargo, teniendo en cuenta que los campesinos antaño ricos ya se habían visto empobrecidos por los impuestos discriminatorios, la mayoría de los objetivos eran agricultores con ingresos medios que acabaron siendo expropiados por datos de archivos fiscales anticuados y la necesidad de cumplir los cupos de *deskulakización* del gobierno. Debido a ello, la equiparación descendió mucho más en el espectro social de lo que la retórica comunista quiere hacernos creer.[10]

La coacción se alzó ganadora: en 1937, un 93 % de la agricultura soviética había sido colectivizada a la fuerza, las granjas habían sido destruidas y el sector privado había quedado reducido a pequeñas parcelas cultivables. Esta transformación había conllevado unos enormes costes: más de la mitad del valor de la ganadería se perdió, al igual que una séptima parte de la reserva total de capital. El coste en vidas humanas fue aún más impactante. La violencia se propagó explosivamente. Después de que 60.000 *kulaks* «de primera categoría» fueran arrestados en cuestión de días en febrero de 1930, las víctimas ascendieron a 700.000 a finales de ese año y 1,8 millones a finales del siguiente. Unos 300.000 deportados perecieron durante

el proceso debido a las horrendas condiciones que experimentaron en el traslado y una vez que llegaron a su destino. Se calcula que murieron de hambre unos seis millones de campesinos. Los cabezas de familia *kulak* fueron deportados en masa, aunque aquellos que eran considerados especialmente peligrosos eran ejecutados sumariamente.[11]

La equiparación violenta por medio de la colectivización y la deskulakización en las zonas rurales fue de la mano de la persecución de «especialistas burgueses», «aristócratas», empresarios, tenderos y artesanos de las ciudades. Esta tendencia prosiguió con la «gran purga» de 1937 y 1938, cuando el NKVD de Stalin detuvo a más de 1,5 millones de ciudadanos y cerca de la mitad fueron liquidados. La élite culta fue uno de los principales blancos y la gente que contaba con una educación superior tuvo una gran representación entre las víctimas. Al menos siete millones de personas entraron en el gulag entre 1934 y 1941. Este sistema contribuyó a mantener la equiparación, ya que obviaba la necesidad del Estado de pagar salarios altos a trabajadores en lugares marginales con unas condiciones terribles. Aunque esos ahorros en parte se vieron compensados por el coste de la coacción y la baja productividad, no debemos subestimarlos: en años posteriores, unos salarios más altos ofrecidos a los trabajadores de lugares poco deseables contribuyeron significativamente a la desigualdad de ingresos soviética. La colectivización creó un cuarto de millón de granjas colectivas (*koljós*) que abarcaban a gran parte de la población campesina. Sin embargo, aunque los campesinos sufrieron mucho, también lo hicieron los trabajadores de las ciudades: los salarios reales fuera de la agricultura se redujeron casi un 50 % entre 1928 y 1940, y el consumo personal cayó tanto en las ciudades como en el campo.[12]

El sufrimiento humano causado por esas políticas es de sobra conocido como para ofrecer un recuento detallado. Lo más importante en el contexto de este estudio es que su resultado fue una rápida equiparación en lo que en términos históricos globales podría tener una escala sin precedentes, habida cuenta de que no solo la élite, sino también grupos intermedios mucho más numerosos, sufrieron las expropiaciones y la redistribución. No obstante, en cuanto mejoró el rendimiento económico, la desigualdad de ingresos empezó

a remontar de inmediato. Cuando la producción y el consumo per cápita aumentaron notablemente a mediados de la década de 1930, las diferencias salariales de los trabajadores también se ensancharon: las políticas del estajanovismo alentaban y recompensaban una mayor productividad, y el nivel de vida de la élite y de las masas empezó a divergir. Ni siquiera la sangre de millones de personas bastó para ahogar para siempre la diferenciación.[13]

Debido a la calidad desigual de los datos rusos, especialmente los de la etapa soviética, es difícil calcular con precisión la evolución de la desigualdad de ingresos. La concentración de ingresos hacia el final del periodo zarista era considerable, pero no excepcionalmente alta para los criterios de la época. Hacia 1904 o 1905, el 1 % ruso recibía entre un 13,5 % y un 15 % de todos los ingresos, frente al 18-19 % de Francia y Alemania en aquella época o Estados Unidos una década después. La abundancia de tierras ayudó a incrementar el valor de la mano de obra rural. El coeficiente de Gini de ingresos de mercado para este periodo se sitúa en 0,362. No sabemos cuánto disminuyó este valor entre 1917 y 1941. Algunas fuentes rusas mencionan una ratio P90/P10 de 3,5 para los salarios del sector industrial en 1928. En general, los coeficientes de Gini de la etapa soviética eran mucho más bajos que los del periodo zarista, lo cual corrobora un cálculo de un Gini de mercado de 0,229 para las familias sin granjas en la Unión Soviética en 1967, lo cual encaja con unos valores de 0,27-0,28 para todo el país entre 1968 y 1991. Las ratios P90/P10 también indican un grado considerable de estabilidad entre los años cincuenta y ochenta del siglo XX. La ratio P90/P10 en los años ochenta rondaba el 3, frente a 5,5 en Estados Unidos en 1984.[14]

En las décadas posteriores a la segunda guerra mundial se produjo una mayor equiparación, impulsada enteramente por la intervención política. Los ingresos de las granjas, que habían sido extremadamente bajos, pudieron subir más rápido que los salarios urbanos; estos se equipararon aumentando las pagas más bajas, lo cual redujo las diferencias salariales, y las pensiones y otras prestaciones. Una política inspirada en la ideología comunista favoreció especialmente a los trabajadores manuales: la prima salarial para todos los trabajadores no manuales pasó del 98 % en 1945 al 6 % en 1985, y el

personal técnico y de ingeniería experimentó una caída similar. Los salarios del personal administrativo se situaron muy por debajo de la media de los trabajadores manuales. Incluso en épocas de considerable crecimiento económico, el despotismo fue capaz de remodelar marcadamente la distribución de ingresos.[15]

El final del sistema soviético permitió una rápida y drástica inversión de la situación. En 1988, más del 96 % de la población activa trabajaba para el Estado. Los salarios suponían casi tres cuartas partes de todos los ingresos, pero el autoempleo menos de una décima parte de esa cantidad, y no había ingresos patrimoniales. Tal como señala Branko Milanovic, las distribuciones de ingresos observadas «eran extensiones lógicas de las premisas ideológicas del comunismo», con su énfasis en los ingresos desembolsados por el Estado, el consumo colectivo, la compresión salarial y la minimización de la acumulación de riqueza. De repente, todo ello desapareció cuando esas premisas no hubieron de respetarse forzosamente. En la Federación Rusa, donde los Gini de ingresos de mercado habían rondado 0,26-0,27 durante casi toda la década de 1980, la desigualdad estalló tras la caída de la Unión Soviética. Los Gini de ingresos de mercado casi se duplicaron, pasando de 0,28 en 1990 a 0,51 cinco años después, y más tarde estuvieron siempre entre 0,44 y 0,52. En Ucrania, donde en los años ochenta se observaron coeficientes de Gini similares a los de Rusia, pasaron de 0,25 en 1992 a 0,45 al año siguiente, aunque desde entonces se han situado gradualmente más cerca de 0,30. Entre 1988-1989 y 1993-1995, el incremento medio del coeficiente de Gini para todos los países ex socialistas fue de nueve puntos. Los ingresos más elevados aumentaron en paralelo a la desigualdad general: con muy pocas excepciones, las antiguas economías socialistas experimentaron cambios considerables en el 20 % más adinerado a expensas de otras horquillas de ingresos. El porcentaje del quintil más rico de Rusia pasó del 34 % al 54 % de la renta nacional en este periodo. Para situar todo esto en perspectiva, en Estados Unidos, en una época en la que la desigualdad de ingresos aumentó visiblemente, el porcentaje del quintil más rico pasó del 44 % al 51 % entre 1980 y 2013, un incremento de un tercio en un periodo cinco o seis veces más largo. La riqueza privada también volvió con fuerza.

En Rusia, el 10 % más rico controla actualmente un 85 % de la riqueza nacional. En 2014, los ciento once multimillonarios del país habían llegado a poseer una quinta parte de su riqueza total.[16]

Tras la disolución del Partido Comunista de la Unión Soviética y más tarde de la propia Unión Soviética a finales de 1991, el gran aumento de la pobreza hizo que se disparara la desigualdad de ingresos: en tres años, la proporción de personas que vivían en situación de pobreza se había triplicado y representaba a más de un tercio de la población rusa. Cuando llegó la crisis económica de 1998, su proporción había aumentado hasta casi un 60 %. Sin embargo, a más largo plazo, la creciente desigualdad se había visto impulsada por la descompresión de los ingresos salariales, gran parte de lo cual obedecía a una variación regional cada vez mayor. Un crecimiento de los ingresos sumamente desproporcionado en Moscú y las zonas del país ricas en petróleo y gas denotan la exitosa obtención de arrendamientos para aquellos situados en las horquillas salariales más altas. La concentración de riqueza en los estratos más favorecidos fue posibilitada por la transferencia de activos estatales a propietarios privados.[17]

La dinámica de la equiparación y la reconcentración de ingresos y riqueza en Rusia fueron mayoritariamente una consecuencia de la violencia organizada. La desigualdad, que era bastante notable al final del periodo prerrevolucionario, disminuyó enormemente en las dos décadas posteriores a la toma de poder bolchevique en 1917. Esta compresión fue provocada por la coacción estatal y la movilización de los pobres para que acosaran a otros que a menudo eran poco menos pobres que ellos, un proceso que fue directamente responsable de la muerte o deportación de muchos millones de personas. La causalidad no podría ser más clara: sin violencia no hay equiparación. Mientras el sistema creado durante esta transformación fue sostenido por los miembros del partido y la KGB, la desigualdad fue baja. En cuanto las limitaciones políticas fueron eliminadas y sustituidas por una mezcla de mercados y capitalismo de compinches, las disparidades de ingresos y riqueza se dispararon, sobre todo en el corazón ruso y ucraniano de la antigua Unión Soviética.

«LA GUERRA DE CLASES MÁS ESPANTOSA»: LA CHINA DE MAO

Con un lapso temporal de más o menos una generación, esta historia se repitió aún a mayor escala en China bajo el gobierno comunista. La mayor transformación se produjo en el campo, donde vivía gran parte de la población. El igualitarismo forzado se publicitó como una lucha de clases, una idea un tanto problemática en una sociedad rural que no siempre era tan desigual como requería la doctrina del partido. Las afirmaciones comunistas de que el 10 % más rico controlaba entre un 70 % y un 80 % de toda la tierra eran exageradas. El conjunto de datos más exhaustivo, basado en muestras que incluyen 1,75 millones de familias en dieciséis provincias entre las décadas de 1920 y 1930, indica que el decil más alto era propietario de entre un tercio y la mitad de la tierra, lo cual se aleja mucho de una concentración intensa. De hecho, en la aldea norteña de Zhangzhuangcun, célebre por el estudio clásico de William Hinton sobre la reforma agraria de finales de la década de 1940, los campesinos de nivel medio o pobres ya poseían un 70 % de la tierra antes de que los comunistas llegaran al poder.^[18]

Sin embargo, al igual que en la Unión Soviética, donde los agricultores de nivel medio habían sido calificados de *kulaks* y eliminados, la cúpula comunista de China era reacia a que unos datos poco favorables se interpusieran en su camino. La equiparación radical ya formaba parte de las políticas del partido a principios de los años treinta en la «base de Jiangxi», controlada por los comunistas: se expropió a los terratenientes y a menudo fueron condenados a trabajos forzados, y a los campesinos ricos solo se les permitió conservar algunas tierras de calidad inferior. Los debates en el seno del partido enfrentaron a una postura radical —la equiparación, un objetivo defendido por Mao en aquel momento— con una opción más radical aún: la expropiación de los ricos y su posterior consignación a un estatus inferior. La Larga Marcha de 1934 y 1935 llevó a los comunistas hasta la provincia de Shaanxi, una zona más pobre donde los arrendamientos eran mucho menos

comunes: aun así, pese a la escasez de desigualdad tangible, se llevaron a cabo rápidas redistribuciones.[19]

Mientras que la política del Frente Unido contra los invasores japoneses llamaba a la moderación, el partido adoptó abiertamente la lucha de clases a partir de 1945. Los colaboradores de las zonas ocupadas fueron los primeros objetivos y sus propiedades fueron requisadas. En 1946 se dio un giro hacia una campaña más general contra los terratenientes. Se aplicaron al periodo japonés rebajas retroactivas de los alquileres y los intereses, que debían pagarse como cuotas que podían superar la riqueza total de los afectados, lo cual resultaba en una expropiación. Las directrices de Mao para Manchuria consistían en confiscar las tierras de los traidores, los tiranos, los bandidos y los terratenientes y entregárselas a los campesinos pobres.[20]

Al poco tiempo, los objetivos del programa, basados en ideas preconcebidas de desigualdad, chocaron con las condiciones sobre el terreno. Puesto que los ricos rurales ya habían vendido gran parte de sus tierras a campesinos de nivel medio, ello provocó una escasez de enemigos de clase adecuados y ensanchó la brecha entre los agricultores de nivel medio y los pobres. Esto a su vez generó presiones entre los miembros del partido, que debían expropiar por completo a los «ricos» y pusieron la mirada en los campesinos de nivel medio pese a los requerimientos políticos contra tal expansión. La violencia todavía estaba bajo control, ya que la mayoría de los terratenientes seguían viviendo en sus aldeas. El siguiente paso llegó en octubre de 1947 con el «Borrador de la Ley de Bienes», que abolió todas las propiedades de los terratenientes e instituciones e invalidó todas las deudas rurales existentes. Toda la tierra —ya no solo las propiedades confiscadas— de las aldeas debía dividirse a partes iguales entre la población, y cada persona (incluidos los terratenientes) recibiría el mismo porcentaje en términos reales, que luego se convertiría en su propiedad privada. Los animales, las casas y las herramientas de los terratenientes también debían ser confiscados y redistribuidos.[21]

Aunque la readjudicación general de la propiedad no era viable en la práctica y la equiparación se llevó a cabo realizando cambios en los patrones existentes de la propiedad, las palizas y asesinatos se volvieron más

frecuentes como un sistema para hacer cumplir esas medidas. Tras la victoria comunista en la guerra civil, el programa para la reforma agraria de 1950 se centró en los terratenientes, una clase definida por criterios económicos: sus tierras y activos relacionados debían ser confiscados y redistribuidos. Además de esas expropiaciones, les impusieron multas que erosionaron sus activos comerciales, que formalmente se hallaban exentos de confiscaciones. A los terratenientes se les prohibió vender sus propiedades antes de que fueran requisadas. Debían entregar sus posesiones a trabajadores sin tierras y campesinos pobres. La persecución estaba cuidadosamente calibrada: los clasificados como «campesinos ricos» solo sufrieron moderadamente y los grupos con ingresos más bajos estaban totalmente protegidos. La violencia fue parte integral de este proceso: puesto que la reposición debía llevarse a cabo dentro de cada aldea, había que convencer a los campesinos de su capacidad y voluntad para tomarse la justicia por su mano. La movilización se consiguió con la ayuda de falsas denuncias y humillaciones públicas a los terratenientes en sesiones conocidas como «reuniones de la amargura». Con frecuencia se propinaban palizas, que aún no eran respaldadas oficialmente pero tampoco estaban prohibidas. Esas reuniones a menudo desembocaban en confiscaciones e incluso condenas a muerte para los terratenientes. Después de cada sesión, las posesiones materiales de las víctimas eran repartidas entre la multitud, que había votado con anterioridad quién sería su objetivo. Los condenados eran quemados vivos, desmembrados, tiroteados o estrangulados. Eso era lo que querían los líderes: tal como recordaba Mao a la cúpula del partido en junio de 1950,

la reforma agraria en una población de más de trescientos millones de personas es una guerra despiadada ... Esta es la guerra de clases más espantosa entre campesinos y terratenientes. Es una batalla a muerte.[22]

El partido había determinado *a priori* que un 10 % de la población rural consistía en terratenientes o campesinos ricos, aunque en algunos lugares llegó a perseguirse a un 20 % o un 30 % de los aldeanos; se esperaba que muriera al menos una persona en cada población. Entre medio millón y un millón de personas fueron asesinadas o empujadas al suicidio. A finales de

1951, más de diez millones de terratenientes habían sido expropiados y más del 40 % de la tierra había sido redistribuido. Entre 1,5 y dos millones de personas perecieron entre 1947 y 1952, y millones más fueron estigmatizados, tachándolos de explotadores y enemigos de clase. La economía rural también sufrió, ya que el temor a parecer demasiado adinerado disuadía a los campesinos de trabajar más que el mínimo necesario para la supervivencia: los aldeados consideraban que «ser pobre era glorioso», una estrategia en general inteligente ante la equiparación violenta. [23]

Finalmente, la transferencia de casi la mitad de la tierra afectó sobre todo a los situados en lo más alto y lo más bajo del espectro de riqueza. En algunos casos, los terratenientes acabaron con unas propiedades por debajo de la media de la aldea, ya que se habían visto eclipsados por campesinos ricos mejor protegidos. Con todo, el alcance total de la equiparación había sido espectacular: el nuevo 5-7 % más adinerado —campesinos ricos— era propietario de no más del 7-10 % de la tierra. Las consecuencias locales podrían ser aún más extremas. En Zhangzhuangcun, situada en el norte del país, una región más reformada, la mayoría de los terratenientes y campesinos ricos habían perdido todas sus tierras y a menudo también su vida o habían huido. Todos los trabajadores antes desposeídos habían recibido tierras, lo cual eliminó por completo esta categoría. A consecuencia de ello, los «campesinos de nivel medio», que ahora suponían un 90 % de la población de la aldea, eran propietarios del 90,8 % de la tierra, lo cual se sitúa tan cerca de una igualdad perfecta como uno podría esperar. [24]

Las ciudades de China no escaparon a esas purgas. En los primeros estadios de la reforma revolucionaria, las empresas privadas se vieron afectadas por incrementos salariales hinchados e impuestos punitivos, y la mayoría de los empresarios extranjeros fueron expulsados del país. En enero de 1952, cuando la reforma agraria prácticamente había concluido, el partido lanzó su campaña contra la burguesía urbana. Aplicando las técnicas desarrolladas por primera vez en las aldeas, utilizó reuniones de denuncia que enfrentaban a los trabajadores con sus directores, que eran sometidos a abusos verbales y físicos. Aunque los asesinatos eran relativamente

infrecuentes, las palizas y la privación del sueño eran habituales, y cientos de miles de personas se vieron empujadas al suicidio. Una vez más, el Estado fijó unos cupos: el objetivo debía ser el 5 % más reaccionario de la burguesía y asesinar a aproximadamente un 1 %. Alrededor de un millón de personas fueron ejecutadas y otros 2,5 millones enviadas a campos de prisioneros. El resto se salvó pagando multas, que se imponían para financiar la guerra en Corea. Casi la mitad de las pequeñas empresas fueron investigadas y un tercio de sus propietarios y directivos fueron hallados culpables de fraude. A finales de 1953, los industriales, que ya pagaban impuestos muy altos, fueron obligados a entregar todo su capital al Estado. Una vez más, muchos acabaron quitándose la vida.[25]

La posterior colectivización de las granjas en 1955 y 1956 atenuó aún más la diferenciación económica: el porcentaje de familias rurales que pertenecían a cooperativas pasó del 14 % a más del 90 %, y las parcelas privadas estaban limitadas al 5 % de la tierra total. En 1956, gran parte de la industria había sido nacionalizada. Al parecer, esto se consiguió convenciendo a más de 800.000 propietarios de grandes y pequeñas empresas de que cedieran «voluntariamente» sus activos al Estado. De 1955 en adelante, un gran sistema de racionamiento de comida, ropa y varios bienes de consumo ayudó a preservar la equiparación que se había conseguido por medios violentos.[26]

Todas esas intervenciones violentas pronto quedaron en nada en comparación con los horrores del Gran Salto Adelante de 1959 a 1961, durante el cual la hambruna de masas provocada por políticas gubernamentales fallidas se cobró entre veinte y cuarenta millones de vidas. Las acciones directas del Estado no le iban muy a la zaga: al final del periodo maoísta, entre seis y diez millones de chinos habían sido asesinados o empujados al suicidio por el Estado, y alrededor de cincuenta millones pasaron por los campos *laogai*, donde fallecieron veinte millones.[27]

La brutalidad que acompañó a la reforma agraria y la expropiación de la industria y el comercio urbanos formaba parte de una ola de violencia aún mayor desatada por los líderes comunistas. La recompensa fue una considerable reducción de las disparidades de ingresos y riqueza anteriores.

El coeficiente de Gini de ingresos de mercado para toda China antes de la revolución se desconoce empíricamente, pero no debía de superar por mucho el 0,4 en la década de 1930. Aunque su evolución en los primeros años de gobierno comunista es incierta, en 1976, año de la muerte de Mao, era de 0,31; y en 1984 había caído hasta 0,23. El coeficiente de Gini de ingresos urbanos hacia 1980 era de solo 0,16. La liberalización económica invirtió radicalmente esta tendencia: en los veinte años posteriores, el Gini de ingresos de mercado nacionales se duplicó con creces, pasando de 0,23 a 0,51. Puede que hoy ronde el 0,55. Asimismo, el coeficiente de Gini de riqueza familiar neta pasó de 0,45 a 0,73 entre 1990 y 2012. Gran parte de esta descompresión es el resultado de la divergencia urbana-rural y la variación regional, muy influenciada por las políticas gubernamentales. Lo que resulta más sorprendente es que la desigualdad de ingresos en China ha superado ampliamente el nivel típico de un país con su PIB per cápita, desafiando la expectativa kuznetiana de que un crecimiento económico intensivo a la postre reduciría la desigualdad creada durante las primeras fases de desarrollo. Teniendo en cuenta que China supone cerca de una quinta parte de la población mundial actual, esto representa una notable excepción que pone de relieve la importancia de factores distintos del crecimiento económico *per se* a la hora de modelar la distribución de ingresos. Tanto la reducción como el aumento de las disparidades de ingresos y riqueza en China en los últimos ochenta años vinieron determinados en última instancia por el poder político y, durante la primera mitad de ese periodo, por la fuerza violenta.[28]

«NUEVO PUEBLO»: OTRAS REVOLUCIONES COMUNISTAS

Los gobiernos comunistas creados durante la ocupación soviética o a través de acciones revolucionarias también consiguieron una equiparación similar. En el norte de Vietnam, el proceso siguió el manual chino, aunque con mucha menos brutalidad. La desigualdad de tierras había sido

considerable: en 1945, alrededor de un 3 % poseía una cuarta parte de todos los terrenos. Las primeras medidas políticas comunistas entre 1945 y 1953 fueron eminentemente no violentas: en lugar de las confiscaciones, los métodos predilectos eran la transferencia por venta, las reducciones de los arrendamientos y unos impuestos punitivamente progresivos a los terratenientes. Los impuestos en particular desalentaban la posesión de tierras, ya que, en la práctica, los índices del 30-50 % podían aproximarse al 100 % una vez que se incluían los recargos. Esto llevó a muchos terratenientes a vender o ceder sus tierras a los arrendatarios. Por tanto, el porcentaje pasó del 3 % en posesión de una cuarta parte de la tierra a un 2 % que era propietario del 10-17 %. Sin embargo, a partir de 1953, los líderes del partido adoptaron más estridentemente el modelo chino. La movilización campesina se convirtió en el orden del día y en las aldeas se organizaban reuniones de denuncia. Para cada distrito, el politburó estipuló unos cupos de «terratenientes déspotas» que debían ser castigados. La legislación de la reforma agraria contemplaba la expropiación de los ricos más «déspotas» y la venta forzada a cambio de compensaciones simbólicas para los otros. Aunque los campesinos ricos supuestamente debían salir indemnes, en las zonas en las que escaseaban los terratenientes, los miembros de la primera categoría también se convertían en blanco si «explotaban tierras por medios feudales» (es decir, a través de arrendamientos), en cuyo caso también estarían obligados a vender sus propiedades.

Tras la derrota francesa en 1954, unas 800.000 personas abandonaron el Norte y se trasladaron al Sur, con una gran representación de gente adinerada. Así, gran parte de la tierra adquirida fue entregada a los pobres. La violencia fomentada por el Estado fue aumentando gradualmente de 1953 a 1956. Al igual que en China, numerosos terratenientes —un 5 % de la población había sido incluida en esa categoría— se quedaron con unas propiedades más pequeñas que la media y vivían como parias del pueblo. Sin embargo, a diferencia de China, solo se ejecutó a unos cuantos miles. La readjudicación se guiaba por las necesidades de subsistencia de las familias, lo cual generó una distribución bastante igualitaria de la tierra en términos reales (excepto para los terratenientes, que conservaron menos); los pobres fueron los que

más se beneficiaron de estos planes. Como ocurrió en la Unión Soviética y China, la equiparación pronto vino seguida de una campaña de colectivización, a consecuencia de la cual unas cooperativas cada vez más grandes llegaron a cubrir el 90 % del área cultivada. A partir de 1975, esas políticas se ampliaron también al Sur. Los terratenientes y la Iglesia fueron expropiados y las empresas privadas nacionalizadas sin compensación.[29]

El régimen norcoreano fue más agresivo desde el principio. Primero arrebató a los terratenientes sus propiedades en 1946 y luego impuso la colectivización en la década de 1950 hasta que casi todos los campesinos estuvieron organizados en unidades más numerosas. En la Cuba de Fidel Castro, la expropiación de tierras se desarrolló por fases, empezando por las propiedades estadounidenses y siguiendo con todas las fincas mayores de sesenta y siete hectáreas. En 1964, tres cuartas partes de las tierras de cultivo habían sido expropiadas y organizadas en cooperativas de trabajadores residentes, y pronto se convirtieron en granjas estatales. A finales de los años sesenta, el resto de las empresas privadas también habían sido nacionalizadas. En 1979, los victoriosos rebeldes sandinistas—más socialistas marxistas que comunistas radicales— iniciaron la reforma agraria en Nicaragua confiscando las fincas de la familia Somoza, que comprendían una quinta parte de todas las tierras de cultivo. La expropiación se amplió a principios de la década de 1980 e incluyó otros grandes patrimonios. A consecuencia de ello, en 1986 la mitad de las tierras de cultivo y de la población rural habían formado parte de la reforma, sobre todo creando cooperativas o parcelas. Aun así, cuando los sandinistas perdieron las elecciones en 1990, el coeficiente de Gini de ingresos de mercado en Nicaragua seguía siendo muy alto, superando por poco el 0,50, es decir, un resultado muy similar al de Guatemala y Honduras y más elevado que en El Salvador, todos ellos países caracterizados por una pésima distribución de ingresos y riqueza. En este ambiente, la abstención del gobierno revolucionario de llevar a cabo coacciones violentas y su compromiso con el pluralismo democrático al parecer fueron factores decisivos para limitar la igualación.[30]

Mientras que las medidas redistributivas en Centroamérica e incluso Vietnam fueron relativamente no violentas en comparación con el horrendo

nivel establecido por Lenin, Stalin y Mao, ocurrió todo lo contrario en Camboya bajo el liderazgo de los Jemeres Rojos. Aunque no existen cálculos convencionales, no cabe duda de que la intervención violenta del gobierno provocó una gran equiparación en todo el país. La apresurada evacuación de las ciudades transcurrida una semana desde la victoria de los comunistas en 1975 desplazó a la mitad de la población camboyana, incluyendo a todos los residentes de la capital, Phnom Penh. Teniendo en cuenta que la variación de ingresos urbanos-rurales suele ser un elemento importante de la desigualdad nacional, ello tuvo que ejercer un importante efecto de compresión. Los habitantes de las ciudades eran considerados el «nuevo pueblo» y eran tratados como enemigos de clase y deportados, a menudo en varias ocasiones. El régimen aspiraba a «proletarizarlos» arrebatándoles sus posesiones: perdieron sus bienes por fases, primero durante la evacuación y luego a manos de campesinos y miembros del partido cuando llegaban a su destino. Una vez instalados en el campo, el Estado trató de impedirles que consumieran las cosechas que tanto trabajo les costaba cultivar.

La pérdida de vidas fue enorme, probablemente cerca de dos millones de personas, esto es, una cuarta parte de toda la población de Camboya. Las muertes se concentraron desproporcionadamente entre los habitantes de las ciudades: alrededor de un 40 % de los residentes de Phnom Penh habían fallecido cuatro años después. Los antiguos funcionarios y soldados de alto rango recibieron un trato especialmente duro. Al mismo tiempo, la aparición de una nueva élite se vio frenada por purgas cada vez mayores entre las filas del partido. Por ejemplo, 16.000 miembros del Partido Comunista de Kampuchea fueron ejecutados en la infame prisión de Tuol Sleng, una cantidad de víctimas aún más extraordinaria si tenemos en cuenta que el número de afiliados no superaba los 14.000 en 1975. Entre la población general, las causas de las muertes excesivas se dividían de manera bastante proporcional entre la ruralización, las ejecuciones, los encarcelamientos y el hambre y las enfermedades. Cientos de miles de personas murieron a escondidas de la ciudadanía, en su mayoría golpeadas en la cabeza con barras de hierro, mangos de hachas o aperos agrícolas. Algunos cadáveres fueron utilizados como fertilizante.[31]

«TODO ARRASADO»: LA REVOLUCIÓN TRANSFORMADORA COMO IGUALADOR VIOLENTO

La experiencia camboyana, en toda su violencia surrealista y rápidamente autodestructiva, es tan solo un ejemplo extremo de un patrón mucho más amplio. A lo largo de unos sesenta años, desde 1917 hasta finales de la década de 1970 (y en Etiopía hasta bien entrados los años ochenta), los regímenes comunistas revolucionarios lograron reducir la desigualdad por medio de expropiaciones, redistribuciones, colectivizaciones y estipulación de precios. La cantidad de violencia utilizada en la puesta en práctica de estas medidas varió enormemente de un caso a otro, con Rusia, China y Camboya en un extremo y Cuba y Nicaragua en el otro. Sin embargo, sería excesivo considerar la violencia un elemento meramente tangencial de la equiparación forzada: aunque en principio habría sido posible que Lenin, Stalin y Mao lograran sus objetivos con una pérdida de vidas mucho menor, las expropiaciones generalizadas dependían de la aplicación de al menos cierta violencia y de una amenaza creíble de intensificación de la misma.

El proyecto subyacente fue siempre el mismo: reestructurar la sociedad eliminando la propiedad privada y las fuerzas del mercado, un proceso que atenuaría las diferencias de clase. Estas intervenciones tenían una naturaleza política que representó sacudidas violentas que rivalizaban con las ocasionadas por las guerras mundiales modernas comentadas en capítulos anteriores. En este sentido, las equiparaciones mediante la movilización militar de masas y la revolución transformadora tienen mucho en común. Ambas recurrieron sobre todo a la violencia a gran escala —ya fuera latente o aplicada— para conseguir el resultado observado. El coste humano total de este proceso es de sobra conocido: al igual que las guerras mundiales se cobraron directa o indirectamente hasta cien millones de vidas, el comunismo ha sido responsabilizado de un número de muertes comparable, sobre todo en China y la Unión Soviética. En su trágica brutalidad, la revolución comunista

transformadora es un igual de la movilización militar de masas, el segundo de los cuatro jinetes de la equiparación apocalíptica.[\[32\]](#)

Capítulo 8

ANTES DE LENIN

«DEBERÍAMOS HACER CUANTO ESTÉ EN NUESTRA MANO POR CORTAR LA CABEZA A LOS RICOS»: LA REVOLUCIÓN FRANCESA

¿Había ocurrido antes algo similar? ¿Algún periodo anterior fue testigo de una acción revolucionaria que provocara una reducción considerable de la desigualdad de ingresos y riqueza? Como veremos, el siglo XX fue —una vez más— una anomalía en este sentido. Aunque las sociedades premodernas no estuvieron exentas de levantamientos populares tanto en las ciudades como en el campo, normalmente no alteraron la distribución de los recursos materiales. Igual que la movilización militar de masas, la revolución como elemento de igualación tuvo pocos antecedentes en la era preindustrial.

De todos los desafíos a la autoridad tradicional, la Revolución Francesa ocupa un lugar privilegiado en el imaginario popular y es un candidato especialmente prometedor entre los conflictos potencialmente igualadores. Hacia el final del *Ancien régime*, Francia estaba caracterizada por altos niveles de disparidad de riqueza e ingresos. El mejor cálculo del que disponemos sitúa el coeficiente de Gini de ingresos del país aproximadamente en 0,59, cerca del de Inglaterra en la misma época, aunque el margen de error (de 0,55 a 0,66) es grande. Las marcadas desigualdades

del sistema tributario contribuyeron a modelar la distribución de ingresos disponibles. La nobleza era propietaria de una cuarta parte de la tierra, pero estaba exenta del principal impuesto directo, el *taille*, y se resistió al pago de nuevos gravámenes, como el impuesto de capitación de 1695 y el *vingtième* de 1749. Lo mismo ocurría con el clero, que poseía otra décima parte de la tierra y también recibía el *dime*, que ya no era un diezmo, sino variable y normalmente cuantioso. Por tanto, los impuestos directos en la práctica recaían casi por completo en la burguesía urbana y el campesinado. Asimismo, en la medida en que los burgueses más ricos podían evitar los impuestos comprando títulos y cargos, el peso recayó sobre todo en pequeños agricultores y trabajadores. De todos los impuestos indirectos, el impuesto a la sal (*gabelle*) era uno de los más onerosos, y se recaudaba obligando a las familias a comprar sal, lo cual volvió a afectar más negativamente a los pobres que a los ricos. Por lo tanto, el sistema de extracción fiscal en general era muy regresivo.

Además, los campesinos debían realizar aportaciones a los nobles y el clero, como trabajos no remunerados y otras obligaciones consistentes en tiempo y dinero. Solo una minoría de agricultores poseía tierras suficientes para ganarse la vida —aunque, técnicamente, incluso esas disposiciones se contabilizaban como arrendamientos—, mientras que la mayoría de la población rural trabajaba como aparceros y peones sin tierras. En las décadas previas a la revolución, las condiciones empeoraron aún más debido a la presión demográfica y la insidiosa reintroducción de derechos feudales, así como la limitación del pastoreo en tierras comunes, lo cual excluía a los agricultores pobres que poseían pocos animales y tenían problemas para mantenerlos. Esto provocó un empobrecimiento de la Francia rural y el aumento del proletariado urbano. Los arrendamientos de tierras se duplicaron entre 1730 y 1780, y el precio de los productos agrícolas aumentó más rápido que los salarios del campo; los trabajadores urbanos también se vieron afectados negativamente.^[1]

El desmantelamiento del *Ancien régime* y sus instituciones, que se desarrolló por fases entre 1789 y 1795, conllevó varias medidas que beneficiaron a los pobres en detrimento de los ricos. En agosto de 1789, la

Asamblea Nacional Constituyente abolió los derechos feudales «personales», si bien la aplicación formal se prolongó hasta el año siguiente. Aunque el pago de los alquileres seguía pendiente, los arrendatarios se resistían y las revueltas se propagaron a finales de 1789 y principios de 1790. Los campesinos irrumpieron en castillos señoriales y quemaron archivos. Esta agitación vino acompañada de disturbios violentos generalizados contra los impuestos (indirectos), lo cual frenó la recaudación. En junio de 1790, todas las deudas feudales personales (como el trabajo no remunerado) fueron abolidas sin compensación, y se ordenó que las tierras comunes fueran repartidas entre los lugareños. Varias asambleas consecutivas celebradas en París respondieron repetidamente a la agitación rural aboliendo los impuestos más impopulares, entre ellos el oneroso *dime*. Sin embargo, la adición de nuevos impuestos sustitutos normalmente no redujo la carga sobre el campesinado y provocó más resentimientos. Aunque los derechos feudales «reales» (como los pagos anuales) seguían vigentes a menos que los campesinos los compraran indemnizando a los terratenientes a un tipo veinte o veinticinco veces superior a la tasa anual, esta solución de compromiso fue rechazada por los campesinos, que retuvieron los pagos o se rebelaron. En 1792, una gran oleada de violencia rural desembocó en ataques antif feudales en grandes extensiones del país, un fenómeno que se dio a conocer como la *guerre aux châteaux*.

Cuando los parisinos irrumpieron en las Tullerías en agosto de 1792, la Asamblea Legislativa se consideró autorizada a abordar la violencia rural con reformas más generalizadas: todos los tenedores de tierras se convirtieron en propietarios a menos que los arrendadores pudieran presentar títulos, que eran infrecuentes en negociaciones gobernadas por el derecho consuetudinario. Incluso esta última disposición fue eliminada por los jacobinos en julio de 1793. Al menos sobre el papel, esto supuso una importante redistribución de la riqueza, ya que los millones de campesinos que habían pagado alquileres fijos técnicamente eran arrendatarios aunque en realidad actuaran como pequeños agricultores. Según esta estimación, hasta un 40 % de todas las tierras de Francia —unas tierras que estaban en manos de los campesinos pero no poseían legalmente— fueron privatizadas de manera formal en 1792.

En relación con los ingresos, lo más importante fue la abolición de los pagos feudales relacionados con esas tierras. Es relevante señalar que, desde el principio, es decir, desde las medidas antifeudales de agosto de 1789, la reforma rural había sido impulsada por la inquietud de las asambleas ante la «amenaza desde abajo», esto es, las acciones de la multitud. El activismo campesino, que era cada vez más violento, y la legislación de la reforma metropolitana se entrelazaron en «un proceso dialéctico que no condujo a un acuerdo, sino a una radicalización mutua».[2]

La confiscación y redistribución de la tierra fomentó la equiparación de manera más forzada. En noviembre de 1789, la Asamblea Nacional requisó todas las propiedades de la Iglesia de Francia para su uso por parte de la nación, sobre todo a fin de solventar carencias presupuestarias sin tener que instituir nuevos impuestos. Esas tierras, conocidas como *biens nationaux*, fueron vendidas en grandes parcelas, una práctica que benefició a los burgueses urbanos y a los campesinos más ricos. Aun así, se calcula que el campesinado adquirió alrededor del 30 % de esas propiedades. Desde agosto de 1792, las tierras de los nobles que habían emigrado también fueron confiscadas y vendidas, esta vez en parcelas más pequeñas y con la finalidad de beneficiar a los pobres, una medida que reflejaba las aspiraciones más igualitarias de la Asamblea Legislativa. A consecuencia de ello, los campesinos acabaron poseyendo también un 40 % de esas tierras. El hecho de que los terrenos confiscados pudieran pagarse a doce años ayudó a los más modestos, pero en última instancia supuso una ventaja para todos los compradores una vez que la rápida inflación erosionó enormemente los intereses sobre las cuotas. Sin embargo, la redistribución en general fue bastante limitada: solo un 3 % de todas las tierras de cultivo de Francia fueron adquiridas por campesinos mediante este sistema, e incluso los nobles y los emigrados podían participar secretamente en las adquisiciones por medio de intermediarios. Los efectos igualadores de la confiscación de tierras, aunque fueron reales, no deberían exagerarse.[3]

La inflación se vio alimentada por los asignados, dinero en papel emitido en cantidades cada vez mayores a partir de 1790. Inicialmente respaldados por los bienes confiscados a la Iglesia, los asignados llegaron a imprimirse en

tal cantidad que cinco años después habían perdido más del 99 % de su valor. El efecto sobre la desigualdad fue variado. La inflación supuso para la población un impuesto indiscriminado que en la práctica era regresivo, ya que los ricos conservarían menos porcentaje de su riqueza en efectivo que los demás. Al mismo tiempo, también benefició a los menos ricos de varias maneras. Como ya hemos mencionado, redujo el precio real de las tierras de cultivo y el ganado pagados a plazos. Los arrendamientos fijos, que fueron sustituyendo cada vez más al trabajo de los medieros, jugaban a favor de los arrendatarios. La inflación también acabó con la deuda rural, lo cual favoreció a los pobres. En el otro extremo, los acreedores del *Ancien régime* recuperaron parte de la deuda en asignados devaluados, a menos que dichas deudas quedaran directamente sin efecto. Los que compraron cargos salieron perdiendo, pues fueron recompensados con una divisa depreciada, una práctica que desfavoreció enormemente a la élite. Los altos cargos, que normalmente eran comprados por los nobles, representaban gran parte del capital invertido y perdido en la venalidad.[4]

La élite establecida sufrió un duro golpe, no solo por la abolición de las obligaciones fiscales que solía percibir, sino también, y sobre todo, por la nacionalización de las propiedades de la Iglesia y la posterior confiscación del patrimonio de emigrados y opositores políticos. La movilización de masas para la guerra de 1793 dio lugar a impuestos extraordinarios: en París y varios *departments* se impusieron préstamos forzados a los ricos para recaudar los fondos necesarios. Los comités revolucionarios locales confeccionaron listas de contribuyentes aptos, que debían pagar en el plazo de un mes. Asimismo, se utilizaron impuestos creados localmente como un sistema ilegal pero efectivo de robar a los ricos. Durante el Terror, miles de personas fueron encarceladas bajo la sospecha de acaparar o incumplir los controles de precios. El Tribunal Revolucionario de París dictó ciento ochenta y una sentencias de muerte por tales transgresiones. El hecho de que los bienes de los condenados quedaran en manos del Estado supuso un gran incentivo para señalar objetivos ricos. La cita del encabezamiento de esta sección pertenece a un discurso pronunciado por el delegado Joseph Le Bon, quien aseguraba que «de todos los acusados de delitos contra la República,

deberíamos hacer cuanto esté en nuestra mano por cortar la cabeza a los ricos, que normalmente son culpables».[5]

Cada vez más nobles abandonaban Francia. Al final, 16.000, es decir, más de uno de cada diez, habían partido hacia lugares más seguros. La persecución abierta comenzó en 1792. Al año siguiente, el gobierno ordenó la quema pública de patentes de nobleza y títulos feudales. Solo perdió la vida un número relativamente reducido de nobles: 1.158 de los 16.595 individuos condenados a muerte por tribunales extraordinarios pertenecían a la nobleza, lo cual representa menos de un 1 % de ese orden. Sin embargo, su porcentaje entre los condenados aumentó con el tiempo, culminando en el Gran Terror. De los 1.300 cadáveres decapitados y enterrados en solo seis semanas entre junio y julio de 1794 en dos fosas situadas en un antiguo jardín monástico, el Jardín de Picpus, que se hallaba en la entrada oriental de París, más de un tercio eran restos de nobles, entre ellos príncipes, princesas, duques y ministros varios, generales y altos funcionarios, mientras que muchos otros eran plebeyos empleados por nobles.[6]

Los que permanecieron en Francia y sobrevivieron no solo contabilizaban sus bendiciones, sino también sus pérdidas. Según el conde Dufourt de Cheverny,

en los tres primeros años de la Revolución había perdido veintitrés mil libras de ingresos en pagos feudales ... mi pensión de la hacienda real concedida por Luis XV y varias cosas más ... Tuve que padecer las incursiones de la guardia nacional, enormes impuestos de los jacobinos, toda suerte de requerimientos, confiscaciones, en nombre de la donación patriota, de lo que quedaba de mis artículos de plata ... Mis cuatro meses de encarcelamiento supusieron un gasto excesivo ... Mis mejores árboles fueron talados para la armada y no pasaba semana en que no tuviera que llevar mis cereales confiscados a tiendas militares de Blois ... No mencionaré ... la quema de todos los títulos feudales...[7]

En la medida en que la Revolución perjudicó a los ricos y benefició a los pobres, cabría esperar cierto grado de equiparación. Pero, si bien la dirección general de esta tendencia es clara, resulta difícil determinar su alcance. En lo tocante a la distribución de ingresos, la abolición de cargas feudales debió de tener un efecto positivo en los trabajadores y negativo en los propietarios. La

movilización militar de masas también tendió a incrementar los salarios reales. Según un cálculo, los salarios reales de los trabajadores rurales varones en edad adulta crecieron un tercio entre 1789 y 1795. En un departamento del oeste de Francia, el porcentaje de cosechadores en los campos pasó de un sexto a un quinto. También existen indicios de aumento de los ingresos reales de los trabajadores urbanos: entre las décadas de 1780 y 1800, los salarios crecieron más rápido que el precio de los cereales.[8]

En cuanto a la distribución de riqueza, los cambios en la distribución de la tierra también indican una atenuación de la desigualdad. En un nuevo *department* en el que el clero y los nobles poseían un 42 % de la tierra en 1788, su porcentaje cayó al 12 % en 1802, pese a que el número de campesinos pasó del 30 % al 42 %. Sin embargo, esto también deja entrever que los grupos intermedios fueron los que más se beneficiaron. En una muestra del suroeste de Francia, el porcentaje de agricultores cuyas propiedades eran insuficientes para sobrevivir sin recurrir a otros empleos o a la caridad pasó del 46 % al 38 %, y el de los que tenían posesiones sostenibles aumentó del 20 % al 32 %. Más a largo plazo, esas transferencias consolidaron las pequeñas granjas y parcelas y garantizaron su supervivencia pese a soportar condiciones de pobreza. La reforma estuvo muy lejos de ser una redistribución radical de la riqueza patrimonial. En muchos departamentos, los mayores terratenientes bajo el liderazgo de Napoleón pertenecían a las mismas familias que antes de la revolución, y entre una quinta y una cuarta parte de la tierra confiscada finalmente fue recomprada por miembros de la familia. La nobleza solo perdió para siempre una décima parte de sus tierras.[9]

El heroico intento de Christian Morrisson y Wayne Snyder por calcular los cambios en la distribución de ingresos en Francia denota un decrecimiento en lo más alto y un crecimiento en lo más bajo de la distribución de ingresos (Tabla 8.1).[10]

TABLA 8.1. Porcentajes de ingresos en Francia, 1780-1866

Porcentaje de ingresos	1780	1831	1866
10 % más rico	51-53	45	49

Uno de los problemas es que esta comparación se limita a la distribución de ingresos de la población activa francesa y, por tanto, excluye los porcentajes de los rentistas de la élite. Asimismo, esos cálculos no nos permiten hacer distinciones entre las consecuencias distributivas del periodo revolucionario (1789-1799) y las etapas de la monarquía napoleónica y la restauración borbónica. Esto hace imposible discernir en qué medida la equiparación inicial —en el periodo de intensa actividad reformista de la primera mitad de la década de 1790— fue más pronunciada de lo que indican esas cifras. Por ejemplo, los seguidores de Napoleón compraron tierras a las que de lo contrario podrían haber accedido los pobres, y con los Borbones, 25.000 familias, muchas de ellas nobles, fueron indemnizadas por las expropiaciones revolucionarias. Es muy posible que, temporalmente, la distribución de ingresos se comprimiera más en la década de 1790 que una generación después.[11]

Dicho esto, no existen indicios de que la Revolución Francesa provocara algo remotamente comparable a la equiparación originada por las grandes revoluciones del siglo XX. Los cambios en la propiedad de tierras, la concentración de riqueza y la distribución de ingresos se produjeron en los márgenes. Esto no fue en modo alguno trivial para los afectados: si es correcto, un incremento relativo del 70 % en los ingresos del 40 % más pobre tuvo que suponer una mejora importante para los elementos más desfavorecidos de la sociedad francesa. Pero, en términos generales, este proceso no fue ni mucho menos transformador. Este hallazgo encaja con el grado de violencia comparativamente moderado que sufrieron las clases con propiedades: por mucho que escandalizara a los observadores conservadores de la época, una revolución que según criterios posteriores fue bastante contenida en sus medios y ambiciones propició menos igualitarismo.

«DAD TODAS LAS COSAS A DIOS PARA QUE

TODO EL MUNDO LAS USE EN COMÚN»: LA REBELIÓN TAIPING

En el contexto de este estudio, un movimiento revolucionario del siglo XIX merece especial atención por dos razones: sus aspiraciones manifiestamente comunitarias y la inmensidad de la violencia que generó. De 1850 a 1864, grandes extensiones de la China oriental y meridional se vieron engullidas por la rebelión Taiping. Se cree que dicho conflicto, el más sangriento de la historia hasta ese momento, se cobró veinte millones de vidas. El alzamiento contra el estado Qing se vio alimentado por las expectativas milenarias de un «reino celestial». Iniciado por el aspirante a burócrata Hong Xiuquan, cuyas visiones y programa combinaban las tradiciones chinas de protesta popular con elementos cristianos, explotó una gran variedad de resentimientos populares, desde la resistencia al gobierno manchú y el odio a los funcionarios estatales hasta las tensiones étnicas. Empezando en el suroeste de China en 1850 y 1851 como un levantamiento protagonizado sobre todo por campesinos, pero también por carboneros y mineros, en 1852 se convirtió en una enorme insurrección armada de 500.000 personas y puede que hasta dos millones al año siguiente. El denominado «gran ejército de pobres» se abrió paso a través del corazón económico de China y pronto conquistó Nanjing, que fue elegida como nueva capital del Reino Celestial en la Tierra. Al controlar a decenas de millones de personas, los líderes Taiping fomentaron la adoración a Dios y, en términos más mundanos, la liberación de Han de la dominación extranjera. Todo ello iba acompañado de un programa social: puesto que solo Dios podía poseer cosas, la idea de la propiedad privada era rechazada, al menos ideológicamente. La celebración de la hermandad universal pretendía reunir a todo el mundo en una única familia. Estos nobles sentimientos hallaron su más pura expresión en un documento publicado a principios de 1854 con el título «El sistema de tierras de la dinastía celestial». Se basaba en la premisa de que

todas las gentes de esta Tierra son como la familia del Señor, su Dios en las alturas, y cuando las gentes de esta Tierra no se queden nada para uso privado y den las cosas a

Dios para su uso en común, en todos los lugares habrá partes iguales y todo el mundo tendrá ropa y alimento. Es por eso que el Señor Dios envió al Señor Celestial Taiping a salvar el mundo.[12]

Idealmente, toda la tierra debía dividirse en partes iguales para todos los hombres y mujeres adultos y en medias partes para los niños y debía «ser cultivada en común». La tierra se calificaba según su productividad y se repartía equitativamente para conseguir una igualdad perfecta. Si no había suficientes tierras para que todos recibieran la parcela estándar, la gente sería trasladada a lugares donde las hubiera. Cada familia debía criar cinco pollos y dos cerdas. Agrupaciones de veinticinco familias crearían un erario común para compartir y almacenar los excedentes de la subsistencia. Este paraíso terrenal de igualitarismo estricto tenía lejanas raíces históricas en las ideas de los sistemas de «campos iguales», pero, curiosamente, no supuso una redistribución periódica para preservar la igualdad con el tiempo.

Sin embargo, este error, si eso es lo que fue, apenas importaba, por la sencilla razón de que no existe indicio alguno de que el programa fuese puesto en práctica o tan siquiera conocido en su época. Aunque se saquearon algunas casas y fincas en las primeras fases del avance Taiping y se compartió parte del botín con los aldeanos, gran parte de él fue a los bolsillos de la organización rebelde. Esas actividades nunca se concretaron en un plan redistributivo más general, por no hablar de una reforma agraria sistemática o un comunismo agrario real. Ante la férrea resistencia Qing y sus posteriores contraataques, el principal interés de los Taiping era que siguieran entrando ingresos para financiar sus operaciones. A consecuencia de ello, las relaciones tradicionales entre terratenientes y arrendatarios se mantuvieron prácticamente intactas. A lo sumo hubo algunos cambios en los márgenes. En Jiangnan, donde numerosas tierras y archivos fiscales Qing habían sido destruidos y muchos terratenientes habían huido o ya no podían recaudar impuestos, durante un corto espacio de tiempo el nuevo régimen obligó a los campesinos a pagar impuestos directamente a agentes estatales. Esta disposición duró poco. Es posible que los impuestos fueran más bajos que antes y a los arrendatarios les resultara más fácil resistirse a las exigencias de unos alquileres más altos. Tanto en términos brutos como netos, es probable

que se produjera cierta desconcentración cuando los Taiping retiraron los privilegios de estilo Qing a los ricos. Ante la fuerte oposición de los arrendatarios y la obligación de pagar todos sus impuestos, además de gravámenes especiales, los ingresos de los terratenientes empezaron a sufrir grandes presiones.

Pero esto no supuso la equiparación sistemática que contemplaban los utópicos planes que jamás fueron puestos en práctica, o es posible que nunca tuvieran intención de hacerlo. Un indicativo de esto último podría ser el hecho de que, además de mantener los arrendamientos de tierras tradicionales, los líderes Taiping adoptaron con entusiasmo la estratificación jerárquica debido a su ostentoso estilo de vida, repleto de harenes y palacios. La violenta destrucción de los Taiping por parte de los Qing en la década de 1860, que costó millones de vidas debido a los combates y la hambruna, no eliminó un experimento igualitario, porque este nunca existió. Al parecer, ni la doctrina comunitaria ni la amplia movilización militar del campesinado generaron un igualitarismo importante y, si se hubiera intentado, habría sido insostenible. Antes de 1917, la brecha entre los objetivos ideológicos y las realidades preindustriales era demasiado grande como para superarla por la fuerza.[13]

«PORQUE LOS RÚSTICOS DEBERÍAN MEJORAR POR LA FUERZA»: REVUELTA RURAL

Lo mismo ocurre con gran parte de las revueltas populares de la historia. La mayoría de la gente durante casi toda la historia documentada eran agricultores, y la distribución de riqueza e ingresos en cualquier sociedad premoderna venía determinada especialmente por la configuración de la propiedad de tierras y el control sobre los productos agrícolas. Por tanto, cualquier estudio sobre la equiparación por medios revolucionarios debe prestar especial atención a las revueltas rurales. Esos acontecimientos eran muy habituales: la aparente variación en el espacio y el tiempo podría guardar

más relación con la naturaleza de los datos que con las condiciones reales. Sin embargo, pese a su frecuencia, es raro encontrar revueltas rurales que se convirtieran en movimientos revolucionarios genuinos que más tarde lograran un grado perceptible de igualitarismo.[14]

Los casos más prometedores son, una vez más, de origen relativamente reciente. La reforma agraria en México tras la revolución de 1910 es uno de ellos. México siempre había experimentado una gran desigualdad de recursos desde el periodo azteca. En el siglo XVI, los conquistadores españoles recibieron grandes concesiones de tierras y trabajadores forzados. La guerra de independencia de 1810 a 1821 simplemente sustituyó a los ricos peninsulares por élites criollas o mestizas, y la concentración de tierras siguió creciendo más entrado el siglo XIX. Los ricos se enfrentaron al Estado para adquirir más tierras y se beneficiaron de la creciente comercialización. Las disparidades en vísperas de la revolución eran bastante extremas. En total, seis mil patrimonios, controlados por mil familias y empresas, suponían más de la mitad de las tierras en un país de dieciséis millones de habitantes, dos tercios de los cuales trabajaban en el sector agrario. La mayoría de los habitantes del campo carecían de tierras o tenían muy pocas, la mitad de ellos eran pequeños propietarios con precarios derechos sobre la tierra y la otra trabajaba duramente en grandes fincas donde pagaba elevados arrendamientos. La deuda ataba a los peones a la tierra. En el estado central de México, solo un 0,5 % de los cabezas de familia tenían propiedades, solo ochocientas cincuenta y seis personas poseían tierras y sesenta y cuatro hacendados eran propietarios de toda la tierra privada. Tanto la riqueza económica como el poder político estaban concentrados en una diminuta clase gobernante.[15]

La revolución, que empezó como una lucha entre facciones enfrentadas de la élite y originalmente no incluía planes para una reforma agraria, propició la movilización de fuerzas rurales que tenían un programa redistributivo propio. Los grupos armados conquistaron haciendas. En el Sur, los ejércitos campesinos dirigidos por Emilio Zapata ocuparon grandes fincas y redistribuyeron la tierra. La revuelta rural violenta generaba condiciones sobre el terreno que debían ser abordadas por unas autoridades centrales cuya

influencia había disminuido. Reconociendo la supremacía de la ciudadanía sobre los intereses privados, la nueva Constitución de 1917 legitimizó las expropiaciones. Estas solo eran aceptadas oficialmente cuando era necesario pacificar a los ejércitos de campesinos: la violencia local, y no la legislación estatal, fue la principal impulsora de la redistribución. Aun así, las adjudicaciones formales de tierras a los pobres fueron muy lentas en la década de 1920 y los terratenientes obtuvieron concesiones, por ejemplo, límites al derecho de expropiación. Gran parte de las tierras redistribuidas entre 1915 y 1933 eran de mala calidad. Hasta 1933, cada año se readjudicó menos de un 1 % de la tierra y menos de una cuarta parte de ella eran tierras de cultivo. Los terratenientes podían solicitar suspensiones y el temor a la intervención extranjera impidió una confiscación más generalizada de grandes fincas.

Los efectos colaterales de la Gran Depresión —desempleo y caída de los ingresos— finalmente redoblaron la presión y el índice de redistribución aumentó con el gobierno más radical de Lázaro Cárdenas, que también nacionalizó el sector petrolero en 1938. Un 40 % de la tierra cultivable fue expropiado entre 1934 y 1940, y los peones también podían recibir asignaciones. La tierra fue entregada a arrendatarios, trabajadores y campesinos pobres y organizada en colectivos (ejidos), pero se cultivaba en parcelas. Una vez más, la movilización campesina sobre el terreno proporcionó el impulso necesario para estas medidas. A consecuencia de ello, en 1940 la mitad de toda la tierra se había visto afectada por la reforma agraria y la mitad de los pobres rurales se habían beneficiado de ella. Diez años después, el porcentaje de propietarios era más de la mitad de la población, frente al 3 % de 1910, y en 1968, dos tercios de todas las tierras cultivables habían sido transferidos. Este dilatado proceso ilustra los obstáculos de la redistribución y equiparación a gran escala en una democracia electoral y la importancia de las sacudidas —violencia rural y más tarde también la Gran Depresión— para desencadenar o acelerar acciones redistributivas. Aunque México no experimentó nada parecido a la reestructuración radical típica de las revoluciones o tomas de poder comunistas, la movilización campesina creó y mantuvo la fuerza necesaria

para la redistribución ante la resistencia de la clase dirigente. Incluso el gobierno más activista de Cárdenas recurrió a este elemento crucial.[16]

Podemos observar hechos similares en la Bolivia de la década de 1950. Una revolución de 1951 y 1952 estuvo dirigida al poder oligárquico que había oprimido gravemente a los campesinos indígenas y a los hispanohablantes. La mayoría de los indios trabajaban como siervos en grandes fincas o vivían en comunidades que habían perdido sus mejores tierras de cultivo. Durante la revuelta, los campesinos organizados ocuparon grandes fincas y quemaron edificios de las haciendas, lo cual empujó a los propietarios ausentes a abandonar sus patrimonios. La posterior reforma agraria de 1953, que contemplaba la expropiación de grandes fincas mal gestionadas y el empequeñecimiento de otras, a menudo era solo un reconocimiento a unos procesos que ya estaban en marcha. Grandes fincas que en su día abarcaban más de la mitad de toda la tierra cultivada fueron confiscadas por arrendatarios y campesinos que vivían cerca de allí y, a consecuencia de ello, los pobres gozaron de mejor acceso a la tierra. Pero la resistencia violenta no siempre triunfa. La revuelta de los campesinos salvadoreños de enero de 1932, liderada por los comunistas, fracasó en cuestión de días e hizo que el ejército masacrara a un gran número de agricultores, unos hechos conocidos como la «matanza», y las posteriores medidas de reforma paliativa fueron, en el mejor de los casos, ineficaces. De hecho, las revoluciones campesinas que han prosperado son infrecuentes en el pasado reciente. Comentaré el papel crucial de la violencia, o la amenaza de violencia, para alentar la reforma agraria y el fracaso de la mayoría de los intentos pacíficos en el capítulo 12.[17]

Dejando a un lado la historia reciente de los países en vías de desarrollo y remontándonos al periodo premoderno, encontramos que la historia china es especialmente rica en revueltas campesinas documentadas. Kent Gang Deng ha estudiado no menos de doscientos sesenta y nueve ejemplos de lo que él define como grandes rebeliones campesinas que se han producido a lo largo de 2.106 años de historia China, desde la caída de la dinastía Qin hasta el final de la dinastía Qing. La «igualdad» era siempre su propósito, sobre todo en relación con la propiedad de tierras, y la redistribución de la riqueza y las

tierras figuraba entre las medidas adoptadas por los grupos rebeldes. Aunque la mayoría de las rebeliones fueron infructuosas, pudieron servir como catalizador del cambio al fomentar la reforma tributaria o la redistribución de tierras. En los casos en los que consiguieron derrocar a un régimen establecido, fueron lo que Deng define como «el liquidador del aparato estatal corrupto» y un redistribuidor de riqueza. Volveré sobre esta cuestión en el próximo capítulo en el contexto del derrumbamiento del Estado y sus efectos igualadores.[18]

Al mismo tiempo, cabe mencionar que, aunque los rebeldes incluían explícitamente el igualitarismo en su programa, los cambios concretos podían ser mínimos o inexistentes incluso en los casos de éxito. El movimiento encabezado por Li Zicheng es un buen ejemplo de ello. Zicheng, un líder rebelde supuestamente de origen pastoril, llegó a capitanear grandes ejércitos reclutados sobre todo entre el campesinado y ayudó a derrocar a la dinastía Ming. En 1644 conquistó Pekín como emperador autoproclamado hasta que la ciudad fue destruida por el avance de los manchúes. Aunque cuentan que despreciaba la riqueza y planeaba confiscar y redistribuir la fortuna de los ricos e incluso equilibrar la propiedad de la tierra, no sucedió nada de esto. Como hemos visto, dos siglos después ocurrió lo mismo con la rebelión Taiping, más masiva y duradera.[19]

China destaca por la singular riqueza de su archivo histórico sobre revueltas rurales. Los datos de otras sociedades antiguas son mucho más escasos. Tal vez no sea casual que en las fuentes de las sociedades esclavizadoras de las antiguas Grecia y Roma aparezcan las revueltas de esclavos y otros hechos relacionados y no los levantamientos campesinos. En principio, la liberación de esclavos a gran escala debería haber constituido un mecanismo igualitario muy potente: en los entornos donde había muchos esclavos, estos representaban una parte importante del capital de la élite, y la pérdida repentina de ese capital debió de allanar la distribución general de la riqueza. La equiparación en el viejo Sur después de la guerra civil estadounidense, descrita en el capítulo 6, es un poderoso testimonio de este efecto. Sin embargo, no era algo habitual. La huida de más de veinte mil esclavos atenienses después de una invasión espartana en el año 413 a. e. c.

sin duda ocasionó pérdidas considerables a los ricos, pero fue una respuesta oportunista a la guerra interestatal y no una revuelta en el sentido estricto. Debió de darse cierta equiparación cuando los ilotas mesenios —esclavos comunales que servían a la clase de los guerreros-ciudadanos de Esparta— fueron liberados en 370 a. e. c. gracias a la intervención extranjera: pero, una vez más, no fue el resultado de una acción autónoma de los ilotas. De hecho, una revuelta en el año 462 a. e. c. había fracasado. Dos grandes revueltas de esclavos en la Sicilia romana (hacia 136-132 y 104-101 a. e. c.) tenían cierto potencial igualitario, ya que el intento de creación de «reinos» independientes de esclavos habría privado a los grandes propietarios de sus patrimonios e ingresos. Pero ninguna de ellas prosperó, como ocurrió con la famosa rebelión de Espartaco en Italia en los años 73 a 71 a. e. c.

Las acciones violentas de ciertos grupos en el Imperio Romano tardío en ocasiones han sido interpretadas como signos de agitación o revuelta rural con aspiraciones igualadoras. Sin embargo, las identificaciones modernas de los circunceliones del norte de África romano a finales del siglo IV y principios del V e. c. como una especie de *Jacquerie* carecen de base empírica más allá de la retórica contemporánea hostil que las tachó de amenaza para la sociedad; las afirmaciones según las cuales «los rebeldes rurales se alzan contra sus propietarios» y «se arrebataron documentos de deuda a los acreedores para devolvérselas a los deudores» representan los dos principales alegatos de la guerra de clases. De lo único que podemos estar seguros es de que este grupo consistía en agricultores itinerantes violentos que se vieron envueltos en conflictos sectarios cristianos en la época de san Agustín. Los *bagaudas* de la Galia romana son un caso levemente más prometedor: aparecen por primera vez como rebeldes en fuentes del siglo III e. c. y reaparecen en el V, claramente asociados con crisis y el debilitamiento del gobierno romano. Es posible que tan solo aspiraran a llenar vacíos de poder ejerciendo o tratando de ejercer un control local: pocos datos respaldan la idea de una revuelta campesina o un conflicto de clases, aunque las escasas fuentes en ocasiones hayan transmitido esa impresión.[20]

En Europa, las crónicas sobre rebeliones campesinas empezaron a circular

libremente al final de la Edad Media. Complementadas por numerosas revueltas urbanas, continuaron hasta bien entrados los primeros años de la época moderna. Un estudio contabiliza unas sesenta rebeliones campesinas y unos doscientos levantamientos urbanos solo en la Alemania tardomedieval, y un estudio más amplio sobre la Italia, la Flandes y la Francia medievales recoge muchos más ejemplos. La revuelta campesina flamenca de 1323 a 1328 fue el movimiento rural más importante antes de la guerra de los campesinos alemanes de 1524 y 1525 y destaca por la escala inusual de su éxito inicial. Los ejércitos campesinos, al principio aliados a distritos urbanos, expulsaron a nobles y caballeros; también exiliaron a aristócratas y funcionarios. Cuando la ciudad rebelde de Brujas capturó al gobernante flamenco, el conde Luis, en 1323 y lo encerró durante cinco meses, los rebeldes controlaban gran parte de Flandes. Los intereses enfrentados de los elementos urbanos y rurales del movimiento y la amenaza de intervención militar francesa desembocaron en un acuerdo de paz en 1326 que debió de limitar notablemente la autonomía de los campesinos e impuso multas y el pago de atrasos. Puesto que los líderes campesinos, elegidos por asambleas populares, fueron excluidos de las negociaciones, esas condiciones fueron rechazadas de inmediato por los rebeldes rurales, que procedieron a restablecer la autoridad en gran parte del país hasta que fueron derrotados por los franceses en una batalla librada en 1328. Confiscaron y redistribuyeron parte de la tierra de los exiliados y crearon un gobierno propio con impuestos y tribunales.

Y los plebeyos se rebelaron contra los consejeros, los ediles y los señores feudales ... Eligieron a capitanes para sus fortalezas y, contra la ley, formaron escuadrones. Se echaron a la calle y capturaron a todos los consejeros, ediles, señores feudales y recaudadores de impuestos. Una vez que los señores feudales hubieron huido, destruyeron sus casas ... Los rebeldes eran plebeyos y rústicos ... Quemaron todas las mansiones de la nobleza ... y saquearon todas sus posesiones en el oeste de Flandes.[21]

Las reclamaciones de compensación posteriores documentaban la expropiación de bienes muebles y cosechas que pertenecían a terratenientes ricos. Lo que no está tan claro es si las alegaciones de extremismo y violencia

eran propaganda hostil o se basaban en hechos: las referencias ocasionales a atrocidades que incluían el asesinato de personas ricas son de dudosa calidad. Por el contrario, el salvajismo de las represalias tras la derrota de los rebeldes en Cassel, que costó la vida a más de tres mil campesinos, está bien documentado. La victoriosa caballería francesa empezó a masacrar inmediatamente a civiles y los líderes rebeldes fueron apresados y ejecutados:

Después de la victoria, el glorioso monarca de Francia no veía estas cuestiones favorablemente; sin embargo, por la omnipotencia de Dios mediante la cual gobiernan los reyes ... quemó pueblos y masacró a las esposas e hijos de los rebeldes para dejar un recuerdo indeleble de la venganza contra sus crímenes y rebeliones.

Luego llegó una rápida pacificación, acompañada de demolidoras exigencias de atrasos e indemnizaciones. En cierto sentido, la rebelión había muerto de éxito: una élite muy agitada organizó una cruzada internacional con la bendición papal para aplastar este movimiento antes de que pudiera animar a campesinos de otras regiones a seguir el modelo flamenco. Este es un ejemplo temprano pero importante de las fuerzas de represión movilizadas por la resistencia armada de los productores primarios. En tales circunstancias, la igualdad sostenible no era una consecuencia viable.[\[22\]](#)

Podemos decir lo mismo de la Jacquerie de 1358 en el norte de Francia, que difirió mucho de la revuelta flamenca, ya que duró tan solo dos semanas y carecía de una estructura organizativa. Los campesinos atacaron castillos y grandes casas de la nobleza hasta que fueron aplastados por caballeros en la batalla de Mello. Las fuentes de la élite se deleitan en las atrocidades supuestamente perpetradas por la muchedumbre rural, en especial la célebre crónica de Jean de Bel, que narra cómo un caballero fue quemado en un asador delante de su mujer e hijos:

Avanzando con sus armas y sus estandartes, arrasaron el campo. Asesinaron y masacraron sin piedad a todos los nobles que encontraban, incluso a sus propios señores ... Destruyeron las casas y fortalezas de los nobles hasta los cimientos y ... dispensaron una muerte atroz a las damas nobles y sus hijos pequeños.

Sin embargo, aunque no podemos saber con certeza cómo se comportaron

los campesinos, no hay dudas sobre la respuesta de la clase gobernante:

Pues los caballeros y los nobles recobraron su fuerza y, anhelando venganza, se unieron. Arrasaron muchos pueblos rurales, prendieron fuego a la mayoría de ellos y ejecutaron a todos los campesinos, no solo a los que creían que les habían hecho daño, sino a todos los que encontraban.[23]

Por violentas que fueran en la práctica, las rebeliones locales de esta índole no tenían ninguna posibilidad de solucionar las afianzadas desigualdades. Incluso las excepciones parciales fueron relativamente escasas. La revuelta de los campesinos ingleses de 1381, por ejemplo, fue a todas luces un fracaso. Desencadenada por la imposición de nuevos gravámenes para financiar la guerra en Francia, en un nivel más fundamental estuvo motivada por el deseo del pueblo de proteger las ganancias derivadas del elevado coste de la mano de obra debido a la peste negra, unas ganancias que la élite quería contener con la ayuda de estatutos laborales y constricciones feudales. El movimiento fue aplastado rápidamente, pero antes, los rebeldes conquistaron la Torre de Londres, saquearon palacios y mansiones en la capital, se enfrentaron personalmente al rey Ricardo II y ejecutaron al arzobispo de Canterbury y al juez decano de los lores, entre otras celebridades. Asimismo, se habían producido revueltas en gran parte del país, aunque sobre todo en el Este. Con independencia de si los rebeldes verdaderamente

planeaban males mucho más radicales y despiadados, estaban decididos a continuar hasta que todos los nobles y magnates del reino hubieran sido destruidos por completo,

tal como afirmaba tendenciosamente Henry Knighton, no ocurrió nada parecido. Todo había terminado en unas pocas semanas. Los líderes rebeldes fueron apresados y ejecutados y más de mil desafectos perdieron la vida. Sin embargo, aunque la supuesta exigencia de Wat Tyler de que «todos los hombres deberían ser libres y de la misma condición» fue recibida con una fuerza letal, y aunque los estatutos laborales se mantuvieron y la servidumbre no fue abolida, las condiciones de vida de los trabajadores siguieron

mejorando. Esto tuvo poco que ver con el hecho de que los odiados impuestos de capitación hubieran sido eliminados. Una fuerza violenta mucho más potente que las armas rebeldes garantizó una mayor igualdad: los recurrentes brotes de peste que aumentaron el valor de la mano de obra. Como veremos en los capítulos 10 y 11, las bacterias combatieron la desigualdad con mucha más eficacia que cualquier rebelión humana. Tanto la violencia campesina como la contraviolencia de la élite quedaron en nada al lado de la letalidad de las enfermedades pandémicas.[24]

La violencia raras veces propició mejoras, aunque fueran temporales. Cuando más de doscientas aldeas de montaña ubicadas en territorio de Florencia se rebelaron entre 1401 y 1404, su determinación —según *Ricordi*, de Pagolo Morelli, «no existía campesino que no hubiera ido feliz a quemar Florencia»— bastó para obtener concesiones materiales de la ciudad gobernante, sobre todo exenciones tributarias y condonaciones de deudas. No obstante, tales disposiciones no podían mantener un grado notable de igualdad. De igual modo, la rebelión de los remensas en Cataluña, entre 1462 y 1472, que reaccionó a las crecientes presiones señoriales ante la escasez de mano de obra causada por la peste negra, tampoco consiguió gran cosa. Otras revueltas españolas en 1450 y en 1484 y 1485 también fracasaron. En 1514, los campesinos se alzaron en Hungría tras ser movilizados por sus gobernantes para una cruzada contra los otomanos. Bajo el liderazgo de György Dózsa, atacaron palacetes y mataron a terratenientes; sin embargo, la derrota militar los dejó expuestos a la habitual oleada de terror. El mayor levantamiento rural de Europa occidental, la guerra de los campesinos alemanes de 1524 y 1525, que implicó a gran parte del sur de Alemania, quería preservar las ganancias conseguidas después de la peste y resistirse a los derechos señoriales y a la usurpación de tierras comunes, unos objetivos que se vieron reforzados por la propagación de ideas antiautoritarias. Aunque los ejércitos campesinos irrumpieron en castillos y arrebataron suministros en los monasterios, sus aspiraciones no condujeron a una igualdad generalizada. Las principales demandas se centraban en reducciones de impuestos y la restricción o el cese de las obligaciones feudales y la servidumbre. Las visiones utópicas radicales seguían estando marginadas, como el llamamiento

de Michael Gaismair a la abolición de todas las distinciones de estatus y a la nacionalización de las fincas y las minas. El fracaso fue generalizado y sangriento: derrotados en una serie de batallas, se cree que hasta cien mil campesinos perdieron la vida en la guerra y la posterior represión. Como ocurría con tanta frecuencia, la reacción de la élite fue mucho más violenta que las acciones del campesinado.[25]

Y así sucesivamente. En 1278, Bulgaria estuvo sometida al breve gobierno de un «emperador campesino», el antaño porquero Ivajlo, que había movilizado a los campesinos contra las incursiones tártaras y luego depuso al dirigente. Pero, contrariamente a las esperanzadas lecturas marxistas de su revuelta como movimiento social, los estudios modernos no han hallado «indicios de que él o sus seguidores protestaran contra las injusticias o persiguieran reformas sociales» y, en cualquier caso, solo duró un año. En 1670 y 1671, con el apoyo de los cosacos, Stepan Razin, líder de una gran rebelión campesina en el sur de Rusia, difundió declaraciones subversivas, una de las cuales alentaba a castigar a la élite, la abolición de rangos privilegiados y el fomento de la igualdad cosaca. El movimiento fue un fracaso sangriento. Lo mismo ocurrió, entre otras, con la rebelión de Kett, que estalló en Inglaterra en 1549 e iba dirigida contra los cercados que limitaban el sustento de los campesinos; en Rusia, la rebelión cosaca de 1773 a 1775, mayoritariamente contra la intensificación de la servidumbre; la revuelta de los campesinos sajones de 1790, nacida de la indignación por los derechos de caza nobles, que saqueaban los campos; la rebelión campesina de Galitzia en 1846, que se oponía a las obligaciones feudales; y la revuelta Malabar en India en 1921, también lanzada como resistencia a los derechos cada vez más amplios de los terratenientes.[26]

Los intentos modernos por imponer cierto orden a unos hechos a menudo caóticos han identificado inquietudes populares y motores de la revuelta. En Italia, Francia y Flandes durante la Baja Edad Media, los enfrentamientos con los terratenientes fueron infrecuentes, mientras que las revueltas de regusto político fueron más habituales, a menudo causadas por abusos fiscales. Las dislocaciones de la peste negra provocaron un aumento de las rebeliones en la segunda mitad del siglo XIV. Las revueltas del siglo XVI respondieron al

resurgimiento de la servidumbre. En el siglo XVII, los campesinos intentaron resistirse a la expansión fiscal de los estados por medio de impuestos directos que afectaban más al campo que a las ciudades. Por último, a finales del siglo XVIII, las revueltas rurales obedecían en gran medida a la sensación generalizada de que la eliminación de las servidumbres estaba tardando demasiado en llegar. Las revueltas campesinas a menudo empezaban como revueltas fiscales, incluidas la rebelión campesina de Flandes en 1323-1328, los levantamientos campesinos de 1381 en Inglaterra, la revuelta Harelle de Ruán en 1382, la revuelta de los campesinos de Transilvania en 1437, la rebelión Pobre Konrad de Württemberg en 1514, la rebelión de los campesinos eslovenos de 1515, la guerra sueca de Dacke en 1542 y 1543, la guerra finlandesa de los garrotes en 1595 y 1596, las cuatro revueltas de los crocantes franceses entre 1594 y 1707, la guerra de los campesinos suizos en 1653, la rebelión del Loto Blanco en China entre 1794 y 1804, la revuelta de los campesinos palestinos de 1834, la revuelta Imsul en Corea en 1862, las primeras fases de la rebelión de los campesinos rumanos de 1906 y 1907 y también la rebelión de Tambov contra los soviéticos en 1920 y 1921. Fue un elemento importante en la guerra de los campesinos alemanes de 1524 y 1525 y la revolución Donghak en Corea en 1894, y lo mismo ocurrió con los grandes levantamientos en Francia, Rusia y China durante el siglo XVII. Esta lista es tan incompleta como representativa.[27]

Al igual que sus predecesores tardomedievales, las primeras revueltas campesinas modernas rara vez tuvieron un efecto discernible en la distribución de ingresos y riqueza. La guerra de los campesinos alemanes logró concesiones para el campesinado del sur de Alemania que a largo plazo resultaron beneficiosas al limitar la propagación de lo que se ha denominado «segunda servidumbre», unas protecciones que los distinguían de las poblaciones rurales del norte y el este, que no se habían unido a las revoluciones. La guerra de los campesinos suizos en 1653 resultó de forma más inmediata en impuestos más bajos y condonaciones de la deuda. Aunque ejemplos como estos denotan que la resistencia violenta a veces podía cambiar las cosas, la panorámica general es clara: un igualitarismo más relevante estaba fuera del alcance de las revueltas rurales premodernas. Esto

obedece tanto a sus aspiraciones como a sus capacidades. Tal como ha observado Yves-Marie Bercé, «muy pocas revueltas consiguieron hacerse con la totalidad del poder; en realidad, ni siquiera se lo planteaban». De hecho, cuanto más cerca estaban de ese desenlace, como posiblemente hizo el movimiento campesino flamenco de la década de 1320, más fuertes eran los contraataques que iban a provocar.[28]

«LARGA VIDA AL PUEBLO Y MUERTE A LOS LOBOS»: REVUELTAS EN CIUDADES Y CIUDADES-ESTADO

Lo que era cierto de las revueltas rurales lo era aún más de las rebeliones urbanas. En la mayoría de los contextos históricos, las ciudades estaban situadas en extensos paisajes rurales y su población se veía muy superada numéricamente por el campesinado. Los gobernantes y nobles podían obtener soldados, armas y recursos de las zonas colindantes para someter a las poblaciones rebeldes. El sangriento aplastamiento de la Comuna de París en 1871 es solo un ejemplo relativamente reciente. Si las revoluciones urbanas tenían alguna posibilidad de éxito, era en ciudades-estado cuyas élites no podían obtener recursos externos de represión.

En el capítulo 6, la antigua Grecia servía como uno de los primeros ejemplos de movilización militar de masas y posterior igualitarismo. Esto plantea el interrogante de si ese entorno también generó movimientos revolucionarios que anhelaban o incluso consiguieron una equiparación generalizada. En obras de teatro y textos utópicos sin duda afloran visiones radicales. En la comedia *Las asambleístas* de Aristófanes, representada en Atenas en el año 392 a. e. c., las mujeres atenienses abolen la propiedad privada y la familia, decretando la igualdad para todos. Cuatro años después, en *Pluto*, la riqueza inmerecida es arrebatada a sus propietarios. En *La República*, Platón se mostraba indignado ante la idea de que no hubiera «uno, sino dos estados, uno para los pobres y otro para los ricos». En *Las Leyes* concibe una proporción máxima de riqueza de cuatro a uno para los

ciudadanos más ricos y los más pobres. Los utópicos más radicales iban más allá: Evémero, que escribió a principios del siglo III a. e. c., imaginó la isla de Pancaya, cuyos habitantes no poseían propiedades privadas, aparte de casas y jardines, y en su mayoría recibían suministros iguales, y ese mismo siglo, Yambulo escribía sobre una isla del Sol en la que no existían la propiedad privada y la vida familiar y estaba caracterizada por la igualdad universal y, por tanto, por la felicidad.[29]

Sin embargo, al parecer nada de esto ocurrió en la práctica entre los griegos de la Antigüedad. Al igual que en periodos posteriores de la historia, un igualitarismo importante habría requerido una fuerza considerable. El caso más extremo que se ha documentado podría ser una guerra civil en la importante ciudad de Argos, en el Peloponeso, en el año 370 a. e. c., durante la cual mil doscientos ciudadanos ricos fueron condenados a muerte en juicios amañados y después asesinados con palos; sus bienes fueron requisados y repartidos entre las masas. Sin embargo, esas escenas cruentas, que recuerdan mucho a la China de Mao, no eran la norma. Como veremos en el capítulo 12, los archivos históricos están dominados por reformas agrarias asociadas a golpes, pero sin la violencia a gran escala que observamos en contextos revolucionarios modernos.[30]

En general, las revueltas urbanas verdaderamente radicales han sido infrecuentes a lo largo de la historia. Un caso notable es el de los zelotes de Tesalónica entre 1342 y 1350: elementos populares se hicieron con el control de la ciudad, mataron y expropiaron a los aristócratas y redistribuyeron su riqueza. Pero, aunque las fuentes hostiles los retratan como extremistas, no existen indicios de un programa de confiscación o redistribución sistemática. Además de la cultura de la polis en la antigua Grecia, la Italia de la Edad Media y los primeros años de la era moderna, con sus grupos de ciudades-estado a menudo independientes, es otro de los principales candidatos a movimientos urbanos más ambiciosos. Las revueltas urbanas a menudo fueron documentadas en este contexto. Sin embargo, igual que las revueltas rurales casi nunca se enfrentaban directamente a los terratenientes, la violencia urbana, aunque a veces estaba motivada por cuestiones económicas, rara vez tenía por blanco a capitalistas y empresarios. Los altercados en

respuesta a la corrupción o la exclusión profesional eran mucho más habituales, al igual que las revueltas por asuntos tributarios. Y, de manera muy similar a los alzamientos rurales, incluso las revueltas urbanas, con su programa relativamente modesto, tendían a fracasar. Un buen ejemplo es la conocida revuelta de los Ciompi de Florencia en 1378, que fue liderada por trabajadores textiles que se vieron excluidos de un gremio que concebía el mercado laboral de una manera muy desigual. Aunque consiguieron hacerse con el dominio de la ciudad, sus exigencias eran modestas: incorporación por medio de nuevos gremios y un impuesto a la riqueza. Pese a ello, el movimiento fue aplastado con un derramamiento de sangre reaccionario.[31]

«ASÍ FUERON TOTALMENTE DESTRUIDOS»: CONSECUENCIAS

Esto es lo que aseguraba la *Chronique des quatre premiers Valois* sobre los campesinos rebeldes de la fugaz Jacquerie de 1358, lo cual sería un tema común a lo largo de la historia. Durante la rebelión de 1932 en El Salvador, los insurrectos comunistas mataron a lo sumo a tres docenas de personas, mientras que el ejército se cobró miles de vidas en la represión posterior, incluyendo mujeres y niños: las cifras oscilan entre 8.000 y 40.000 víctimas. Dicho resultado no debería ser del todo inesperado: justo antes del inicio de la revuelta, uno de los líderes rebeldes, Alfonso Luna, dijo al ministro de Guerra Joaquín Valdés: «Los campesinos conseguirán con sus machetes los derechos que les estáis negando». A esto, el ministro repuso: «Vosotros tenéis machetes; nosotros, ametralladoras». Sin capacidad para hacerse con lo que Yves-Marie Bercé denominaba la «totalidad del poder», ninguna rebelión podía reducir la desigualdad de ingresos y riqueza como tal aunque hubiera sido su objetivo, que rara vez lo era. Los medios de expropiación violenta y control necesarios para las grandes revueltas del siglo XX no existían en las sociedades premodernas, como tampoco existían firmes compromisos ideológicos a tal fin. Incluso los vilipendiados jacobinos del Terror revolucionario francés se abstuvieron de llevar a cabo expropiaciones y una

igualación generalizadas. No tenían ni idea de cómo sería el terror real a una escala nacional.[32]

Por tanto, la equiparación sistemática y deliberada por medio de la revuelta violenta no estaba al alcance de la sociedad preindustrial. Solo en el siglo XX encontramos revolucionarios que empuñaban ametralladoras y esgrimían programas radicales. Fue entonces cuando la conclusión de la *Chronique des quatre premiers Valois* finalmente pudo aplicarse al otro bando, esto es, a los señores y terratenientes, el 1 % original. Solo entonces podía ejercerse el poder de manera ubicua, con fines lo bastante transformadores y durante tiempo suficiente como para que se produjera un igualitarismo considerable. Aunque el mundo premoderno no era ajeno a la disensión popular violenta, la evolución social necesitó un aumento de la capacidad para la violencia y el alcance de su aplicación para poner en práctica políticas radicalmente igualadoras, fuera cual fuera el coste para gobernados y gobernadores. Pero esta historia plantea un giro final. Incluso cuando la sociedad estaba plagada de revolucionarios despiadados, el igualitarismo forzado solo duró mientras esos regímenes estuvieron en el poder y mantuvieron el rumbo. En cuanto caían, como en la Unión Soviética y sus satélites o en Camboya, o alteraban ese rumbo, como en China o Vietnam, la desigualdad de ingresos y riqueza afloraba con rapidez. Este principio es aplicable incluso en circunstancias drásticamente distintas, tal como demuestra la experiencia de Rusia y China: derrumbamiento económico y explosiva desigualdad en la primera, crecimiento económico masivo y aumento gradual de la desigualdad en la segunda.[33]

La clase de igualitarismo propiciado por la revolución transformadora «moderna», y a menudo teñida de sangre, solo podía mantenerse mientras la represión —latente o manifiestamente violenta— limitara a las fuerzas del mercado. En cuanto esta represión se relajaba o desaparecía, la equiparación se invertía. En el capítulo anterior mencionaba el aumento del coeficiente de Gini de ingresos de mercado en Rusia de 0,26-0,27 en la década de 1980 a 0,51 en 2011, y el de China de 0,23 en 1984 a 0,55 en 2014. El coeficiente de Gini de ingresos de mercado en Vietnam pudo alcanzar 0,45 en 2010, aunque también se citan valores más bajos, y el de Camboya se cifraba en 0,51 en

2009. El desarrollo en Cuba ha seguido el mismo patrón: después de que el coeficiente de Gini de ingresos de mercado pasara de 0,55 o 0,57 en 1959, el año de la revolución comunista, a 0,22 en 1986, parece haber aumentado a 0,41 en 1999 y a 0,42 en 2004, aunque un cálculo lo situaba ya en 0,55 en 1995. En la mayoría de esos casos, los regímenes nominalmente comunistas siguen en el poder, pero la liberalización económica ha incrementado rápidamente la desigualdad. Lo mismo ha ocurrido con las sociedades poscomunistas de Europa Central. La cuestión de si el sacrificio de cien millones de vidas por parte del comunismo supuso algo de valor queda fuera de las consideraciones de este estudio. Pero una cosa está clara: que lo que consiguió con tanto derramamiento de sangre en lo relativo a una mayor igualdad material actualmente ha desaparecido.[34]

Cuarta parte

QUIEBRA

Capítulo 9

ESTADOS FALLIDOS Y DERRUMBAMIENTO DE SISTEMAS

«Y EL DESPRECIO DEL DOMINIO FRÍO»: ESTADOS FALLIDOS Y DERRUMBAMIENTO DE SISTEMAS COMO ELEMENTOS IGUALADORES

Cuanta más violencia desataban las guerras y las revoluciones y cuanto más penetraban en la sociedad, más capacidad tenían para reducir la desigualdad. Pero ¿y si esas dislocaciones destruyeron estados enteros y el orden social y económico existente? Basándonos en los datos presentados hasta el momento, cabría esperar que una mayor agitación tuviera como resultado un igualitarismo aún más marcado. Esta sombría predicción es respaldada por gran cantidad de datos a lo largo de miles de años de historia documentada. Los estados fallidos y los derrumbamientos de sistemas derrocaron jerarquías y limitaron las desigualdades materiales, en ocasiones a una escala dramática. Complementando los procesos, en su mayoría más recientes, comentados en algunos de los capítulos anteriores, casi todos estos acontecimientos cataclísmicos se produjeron en la era premoderna.

Empezaré definiendo términos. Las grandes estructuras sociales pueden desarrollarse con distintos grados de intensidad y severidad. En un extremo encontramos unos procesos que están relacionados sobre todo con el ejercicio

del poder político, conocidos como «estados fallidos». Desde una perspectiva contemporánea, los estados se consideran fallidos si son incapaces de ofrecer bienes públicos a sus miembros: la corrupción, la falta de seguridad, la descomposición de los servicios e infraestructuras públicas y la pérdida de legitimidad son indicadores del derrumbamiento de un Estado. Sin embargo, esta definición mide a los estados por unos criterios no necesariamente aplicables a un pasado más lejano. La idea de que los estados deben proveer diversos bienes públicos más allá de la seguridad básica y de que el derrumbamiento obedece a su incapacidad para cumplir esa expectativa se antoja anacrónica a lo largo de casi toda la historia. Para los propósitos de este estudio global, es más apta una descripción sucinta de las funciones esenciales del Estado. En la medida en que los sistemas de gobierno premodernos se centraban en primera instancia en identificar rivales internos y externos, proteger a los principales aliados y socios de los gobernantes y obtener los ingresos necesarios para llevar a cabo esas tareas y enriquecer a la élite poderosa, el desmoronamiento de un Estado se entiende mejor como la pérdida de capacidad para cumplir esos objetivos básicos. La erosión del control sobre los súbditos y el territorio y la sustitución de los funcionarios estatales por actores no estatales, por ejemplo, señores de la guerra, son consecuencias típicas y, en casos extremos, el poder político podía delegarse incluso al nivel de la comunidad.[1]

El extremo opuesto está ligado a un concepto más amplio: el del derrumbamiento de sistemas, un fenómeno que va más allá del fracaso de las instituciones políticas de gobierno. El derrumbamiento de sistemas, un proceso más exhaustivo y en ocasiones integral, ha sido definido como «una pérdida rápida y significativa de un nivel establecido de complejidad social». Extendiéndose por varios dominios de la actividad humana, desde la esfera económica hasta la intelectual, normalmente provoca una menor estratificación, diferenciación social y división del trabajo, una reducción de los flujos de información y productos y una disminución de la inversión en elementos de la civilización tales como arquitectura monumental, arte, literatura y alfabetización. Estos hechos acompañan e interactúan con una desintegración política que debilita o elimina por completo las funciones de

control centralizado. En casos graves, la población en su conjunto se contrae, los asentamientos se empequeñecen o son abandonados y las prácticas económicas vuelven a niveles menos sofisticados.[2]

El derrumbamiento de estados o civilizaciones enteros es de vital importancia para comprender las fuerzas que pueden reducir las disparidades de ingresos y riqueza. Como hemos visto en los comentarios sobre los efectos de la guerra civil, un Estado fallido puede generar nuevas oportunidades de enriquecimiento para unos pocos. Sin embargo, las élites existentes pueden sufrir y, puesto que los estados se dividen en entidades más pequeñas, el potencial para la concentración de recursos en lo más alto disminuye. El desmoronamiento de sistemas es aún más perjudicial para los ricos y poderosos. El desmantelamiento de los organismos de gobierno centralizados socava las jerarquías formales y la élite como tal e impide que esta última sea reemplazada de inmediato por rivales que podrían aspirar a actuar a una escala comparable. Las sociedades premodernas a menudo dejaban pruebas escritas inadecuadas y, a veces, la alfabetización desaparecía tras su desmoronamiento. En esos casos, podemos inferir un declive de la élite gracias a ejemplos que incluyen, en palabras del eminente arqueólogo y teórico del derrumbamiento de sistemas Colin Renfrew, «la desaparición de los entierros suntuosos y tradicionales ... el abandono de residencias opulentas o su reutilización en un estilo empobrecido por parte de “ocupantes”... el cese del uso de costosas colecciones de artículos de lujo».[3]

El fracaso de un Estado era un potente medio de igualitarismo debido a cómo interfería en el enriquecimiento de la clase gobernante. Como hemos visto en los capítulos iniciales, en las sociedades premodernas, la riqueza de la élite se derivaba eminentemente de dos fuentes: la acumulación de recursos por medio de inversiones en activos productivos o actividades como la tierra, el comercio y las finanzas y la acumulación depredadora a través del servicio al Estado, los tejemanajes y los saqueos. Ambos flujos de ingresos dependían de la estabilidad del Estado: el primero porque el poder estatal ofrecía cierta protección a las actividades económicas y el segundo aún más, por la sencilla razón de que las instituciones estatales eran un vehículo para generar y adjudicar ganancias. El desmoronamiento del Estado podía reducir las rentas

del capital y eliminar por completo los beneficios derivados del ejercicio del poder político o de la proximidad a este.

A consecuencia de ello, las élites establecidas podían sufrir pérdidas a gran escala. La agitación política no solo las privaba de oportunidades para seguir enriqueciéndose, sino que también ponía en riesgo las propiedades existentes. Las marcadas reducciones de ingresos y riqueza de la élite podían atenuar la desigualdad: aunque los activos y el sustento de todo el mundo estaban en peligro en tiempos de desmoronamiento del Estado o el sistema, los ricos tenían mucho más que perder que los pobres. Una familia de agricultores de subsistencia podía permitirse perder un porcentaje relativamente modesto de sus ingresos y seguir adelante. Una mayor escasez podía amenazar la supervivencia de sus miembros, pero los que perecían o huían ya no pertenecían a una población determinada y, por tanto, no influían en su distribución de recursos. Por otro lado, los ricos podían sobrevivir aunque hubieran perdido gran parte de sus ingresos o propiedades. Los antiguos ricos y poderosos que capeaban el temporal y los que los reemplazaban en los cargos de liderazgo que quedaran probablemente acababan siendo mucho menos ricos, no solo en términos absolutos, sino también relativos.

La compresión de las disparidades materiales tras el derrumbamiento de un Estado o un sistema obedecía a diferentes grados de empobrecimiento: aunque esos acontecimientos empobrecían a la mayoría o a la totalidad de la población, la caída de los ricos era más fuerte. Asimismo, debemos contemplar la posibilidad de que, en la medida en que el desmoronamiento político interfería en la extracción depredadora de excedentes, los plebeyos pudieron experimentar en ocasiones una mejora de su nivel de vida. En ese caso, el igualitarismo no solo habría sido el resultado de una carrera descendente llevada a cabo a distintas velocidades, sino que también pudo mejorar las ganancias de la población trabajadora. Sin embargo, debido a la naturaleza de los datos, en general es más fácil —o al menos no tan desesperantemente difícil— documentar el declive de las élites que identificar mejoras simultáneas entre grupos más pobres. Por este motivo, me centraré sobre todo en los cambios en las fortunas de los ricos y poderosos y

sus consecuencias para la distribución de ingresos y riqueza. Mi comentario empieza con algunos de los estudios premodernos mejor documentados. Después de evaluar datos menos claros que ponen a prueba los límites de nuestro conocimiento, concluyo con Somalia, un ejemplo moderno de desmoronamiento de un Estado, para ver si sus propiedades equiparadoras todavía pueden observarse en el mundo actual.

«ZORROS Y LIEBRES CORRETEAN POR DONDE
HASTA HACE POCO VIVÍAN LOS GRANDES DEL
ESTADO»: LA DESTRUCCIÓN DE LA ÉLITE TANG

La fase terminal de la dinastía Tang china muestra con excepcional claridad cómo la desintegración de un Estado condujo a la destrucción de la riqueza de la élite. Establecidos en el año 618 e. c., los emperadores Tang aprovecharon los éxitos de la fugaz dinastía Sui al reimponer la unidad política en territorios lejanos que en su día estaban dominados por las dinastías Han y Jin del Oeste. Bajo el gobierno de los Tang, los programas iniciales de adjudicación de tierras que pretendían equilibrar el acceso a los recursos fueron dando paso a una mayor concentración de riqueza y poder en los estratos más altos de la clase gobernante imperial. Un reducido número de familias prominentes llegaron a formar una aristocracia afianzada y, si bien no pudieron ostentar cargos importantes durante muchas generaciones, como grupo monopolizaron el poder político a lo largo de varios siglos. Los privilegios derivados de la ocupación de altos cargos estatales alimentaron el enriquecimiento personal, un proceso que solo se vio atemperado por las rivalidades entre familias y, a la postre, por luchas faccionalistas más violentas que frenaron o invirtieron el auge de ciertas familias, aunque no socavó su control de los cargos más lucrativos del servicio público. La acumulación de riqueza se vio enormemente respaldada por el hecho de que incluso los parientes lejanos de la familia imperial, así como las familias que poseían títulos nobiliarios y todos los funcionarios o poseedores de rangos

oficiales, estaban exentos de impuestos y prestación de servicios, un sistema eminentemente regresivo que favorecía a los poderosos y bien conectados. Los miembros del mismo grupo participaban en compras privadas de tierras públicas, una práctica reiterada pero infructuosamente prohibida por sus gobernantes.

A consecuencia de ello, la élite llegó a poseer más tierras a expensas del Estado, y los intentos por poner en práctica planes equitativos cesaron al aflorar la inestabilidad política a mediados del siglo VIII e. c. El crecimiento de las grandes fincas protegía a los campesinos de los impuestos del Estado, lo cual permitía a los propietarios convertir el excedente agrícola en renta privada. Estas fincas comercializadas, vinculadas al comercio de larga distancia, ayudaron a sustentar a una élite cada vez más rica. Los que disponían de capital suficiente para utilizar molinos desviaban agua de los campesinos, una práctica que motivó quejas pero solo intervenciones estatales esporádicas. Un observador del siglo VIII que afirmaba que

los nobles, los funcionarios y las familias locales poderosas ubican sus fincas unas al lado de otras y absorben la tierra de los campesinos a placer y sin temor a las regulaciones ... Compran ilegalmente las tierras equitativas de los campesinos ... De ese modo, no dejan a los campesinos un lugar donde vivir

tal vez recurría a estereotipos e hipérboles, pero, aun así, señalaba un problema acuciante: la constante concentración de riqueza territorial. Las disparidades más extravagantes se generaban en lo más alto entre familias que en los siglos VI y VII habían estado muy próximas a la corte imperial abandonando sus bases y trasladándose a las capitales de Chang'an y Luoyang, donde esa proximidad al trono les garantizaba un acceso casi inmediato al poder político y el lucro que este comporta. Este agrupamiento espacial les ayudó a conseguir altos cargos gubernamentales y provinciales. Esas familias, distintas de la clase alta provincial, que rara vez ascendía a cargos estatales, formaban una élite central cerrada cada vez más interconectada por matrimonio. El estudio más detallado sobre este grupo y los numerosos epitafios funerarios que dejó ha descubierto que, en el siglo IX e. c., al menos tres quintas partes de todos los miembros conocidos de la élite

imperial residente en Chang'an estaban unidos por lazos familiares y matrimoniales, incluida la mayoría de sus altos cargos, tales como ministros, y gran parte de los funcionarios al mando de la administración provincial. Así, lo que se ha calificado como «una red matrimonial y familiar muy restringida» llegó a conquistar el estado Tang, en gran medida para beneficio personal de sus miembros.[4]

Sin embargo, vivir en la metrópolis tenía un precio: aunque era extremadamente provechoso en épocas de orden y estabilidad, exponía a los más altos estratos de la élite de Tang a acciones violentas cuando las autoridades centrales ya no podían contener los desafíos de los usurpadores. En el año 881 e. c., Huang Chao, un señor de la guerra rebelde, conquistó la capital de Chang'an. Después de solo unos días de ocupación, la resistencia de los altos mandatarios desencadenó represalias violentas que provocaron el asesinato o suicidio de cuatro ministros o ex ministros y se cobraron la vida de varios centenares de personas. Huang Chao pronto perdió el control de sus tropas, que iniciaron el saqueo de una ciudad llena de asombrosas riquezas acumuladas por la élite durante siglos. La élite poderosa se convirtió en su blanco predilecto: según una fuente, los soldados «detestaban especialmente a los burócratas y mataban a todos los que encontraban». Supuestamente, tres mil literatos fueron masacrados por publicar un poema sarcástico. Y ese fue solo el comienzo: aunque la rebelión de Huang Chao fracasó, en años posteriores Chang'an fue saqueada varias veces por señores de la guerra rivales, unos hechos que destruyeron la ciudad y empobrecieron a sus habitantes. En palabras de Zheng Gu,

Al anochecer, zorros y liebres corretean
por donde hasta hace poco vivían los grandes del estado.
Qué triste oír flautas de jade,
Pero no ver los fragantes carruajes pasar.

Las propiedades de los ricos situadas cerca de la ciudad también sufrieron enormemente. Wei Zhuang, vástago de una de las familias capitalistas más importantes, describe la desolación del patrimonio de los suyos:

En un mar de mil moreras no hay nadie a la vista.
Al oír una solitaria nota de flauta, derramo una lágrima al vacío.

Las moreras se consideraban un símbolo de riqueza. Zheng Gu también se lamentaba de la suerte que había corrido la finca de su primo Wang Bin:

Desolados y abandonados se hallaban los viejos campos ... Al preguntar por cada uno de los vecinos, [mi primo] señalaba una y otra vez las tumbas ... Tras una prolongada escasez, todos los sirvientes se habían dispersado.[5]

Durante esas crisis recurrentes, los nobles que perdieron la vida probablemente se cuentan por millares, y los que sobrevivieron fueron privados de sus residencias urbanas y de sus fincas a las afueras. Las purgas continuaron hasta que quedó poco de la vieja élite. En el año 886, después de un golpe de estado fallido, cientos de funcionarios que habían respaldado al contendiente fueron ejecutados. En el año novecientos, los eunucos de la corte mataron a casi todos aquellos que eran próximos al emperador en respuesta a un complot para erradicarlos, y en represalia, ellos y sus aliados fueron eliminados al año siguiente. En un solo incidente en 905, siete de los ministros más influyentes que quedaban vivos fueron asesinados y arrojados al río Amarillo. Estas atrocidades en serie, perpetradas en rápida sucesión, acabaron con la élite metropolitana.

La violencia pronto se extendió fuera de la capital. Luoyang fue saqueada y destruida en 885, y entre las décadas de 880 y 920, centros provinciales de todo el país fueron engullidos por luchas y purgas que causaron gran cantidad de muertos entre las élites regionales:

Una casa tras otra ha sido despojada de sus objetos de valor;
por doquier, refinadas mansiones con elaborados aleros han sido quemadas hasta los cimientos.[6]

Al final se salvaron pocos. La clase gobernante central pronto desapareció y a finales del siglo X se había esfumado casi por completo de los archivos históricos. En la región de la capital, los epitafios de las tumbas que han sido excavadas, asociados a aquellos que podían permitirse sepulturas elaboradas,

eran cada vez más escasos tras el estallido de la violencia en el año 881. Las ramas locales de la élite no escaparon de la carnicería. Se conocen algunos supervivientes, a menudo por sus afligidos escritos, pero normalmente habían perdido sus posesiones. Ahora que su riqueza ancestral había desaparecido y que sus redes habían sido desmanteladas, no tenían forma de recuperar su estatus de élite. A partir del año 960, el advenimiento de un nuevo imperio bajo la dinastía Song trajo consigo a familias totalmente distintas que a menudo llegaban de provincias y se hicieron con las riendas del poder mientras se reconstruían las instituciones centrales.[7]

La violenta y total desaparición de la aristocracia Tang podría ser un ejemplo particularmente extremo de cómo el desmoronamiento de un Estado elimina la riqueza en lo más alto de la pirámide social y equilibra la distribución de activos empobreciendo e incluso exterminando a los ricos. Con todo, la violencia no impuesta de forma directa a las élites del Estado podía provocar un grado comparable de igualitarismo. El desmoronamiento estatal los privaba de ingresos derivados de los cargos y contactos políticos, así como de la actividad económica, y reducía su riqueza a medida que se perdían territorios ante el Estado que ayudaban a controlar y que rivales nacionales o extranjeros se hacían con los patrimonios de la élite. En todos esos casos, el resultado general era el mismo, aunque es difícil valorarlo en cualquiera de sus aspectos: una reducción de la desigualdad conseguida cortando el extremo superior de la cola de la distribución de ingresos (en la curva de Lorenz) y comprimiendo mucho el porcentaje de la fracción superior de parte de la población en ingresos y riqueza totales. Por la sencilla razón de que los ricos tenían mucho más que perder que los pobres, la equiparación probablemente se habría producido de todos modos, con independencia de si el Estado fallido ocasionaba un empobrecimiento general o causaba estragos en los grupos de la élite.[8]

«**PLAGADO DE TANTAS MISERIAS Y AFLICCIONES
DIVERSAS**»: LA DESINTEGRACIÓN DEL IMPERIO

ROMANO DE OCCIDENTE

La caída de la mitad occidental del Imperio Romano y la resultante ruina de su élite rica es un caso menos sangriento pero igual de revelador de equiparación por medio del desmoronamiento de un Estado. A principios del siglo V e. c., enormes recursos materiales habían acabado en manos de una pequeña clase gobernante que mantenía lazos íntimos con el poder político. Se han documentado grandes fortunas en la mitad oeste de la cuenca Mediterránea, que comprendía el núcleo italiano original del imperio y sus extensos territorios íberos, galos (ahora Francia) y norteafricanos. El Senado de Roma, según la vieja tradición poblado por los romanos más ricos y políticamente mejor relacionados, estaba dominado por unas pocas familias importantes y estrechamente interconectadas que vivían en la ciudad de Roma. Se decía que esos aristócratas superricos «poseían fincas repartidas por casi todo el mundo romano». Un ejemplo concreto menciona terrenos en Italia, Sicilia, el norte de África, Hispania y Gran Bretaña que eran propiedad de una sola familia. La riqueza generada por tierras transregionales, consecuencia del matrimonio y las herencias, así como la ostentación de puestos oficiales, no solo se mantenía gracias a la seguridad básica proporcionada por un Estado imperial unificado, sino también por el movimiento estatal de bienes con fines fiscales que permitía a los propietarios de fincas beneficiarse de redes comerciales fiables. Al igual que en la China Tang, la inmunidad de los senadores ante impuestos extraordinarios y obligaciones de servicio que tanto peso suponían para estratos inferiores de la élite disparó sus fortunas. Al final, las familias más ricas supuestamente obtenían unos ingresos anuales comparables a las ganancias que se embolsaba el Estado en provincias enteras y mantenían palacios en la ciudad de Roma y otros lugares. Los provincianos más ricos, aunque eran incapaces de competir con la élite central, también se beneficiaban de la conectividad imperial: se sabe que dos terratenientes de Galia poseían fincas en Italia e Hispania y en el sur de los Balcanes, respectivamente.[9]

La capacidad para amasar y mantener provechosamente la riqueza

suprarregional era crucial para crear un escalafón superior que sobrepasara a notables con menos propiedades. Lo mismo ocurría con el acceso privilegiado a altos cargos políticos en un imperio de decenas de millones de súbditos donde los tejemanejes y la corrupción eran elementos habituales de gobierno y los funcionarios más ricos y privilegiados eran los que tenían más posibilidades de proteger sus activos de las demandas estatales. Así pues, su preponderancia y las disparidades extremas que provocó dependían por completo de la solidez del poder imperial. Los conflictos internos y los desafíos externos se acumularon a lo largo del siglo V. Entre las décadas de 430 y 470 e. c., el Estado romano perdió el control primero del norte de África y más tarde de Galia, Hispania, Sicilia y finalmente incluso la propia Italia ante la invasión germánica. El intento del Imperio Romano oriental por recuperar Italia en el segundo cuarto del siglo VI causó gran agitación y pronto fracasó debido a las nuevas incursiones germánicas. Este dramático desmoronamiento de la unidad mediterránea acabó con extensas redes de patrimonios de una élite afincada en Roma que ya no era capaz de controlar sus posesiones fuera de Italia y a la postre en grandes partes del país.

La creciente descentralización política acabó con el estrato superior de la alta sociedad romana occidental. Un proceso que había dado comienzo en el interior de la cuenca mediterránea en el siglo V llegó a la península italiana en los siglos VI y VII. Las propiedades de los residentes de Roma quedaron prácticamente confinadas a la región circundante de Latium, e incluso los papas se vieron privados de fincas de la Iglesia en el sur de Italia y Sicilia. Este colapso nos ayuda a entender por qué, según los *Diálogos*, compuestos por el papa Gregorio en el año 593 e. c., un romano de la élite como el obispo Redemptus creía que «se avecinaba el fin de la carne», ya que los hombres ingresaban en monasterios para hallar refugio de un mundo «plagado de tantas miserias y aflicciones diversas». Las aristocracias pasaron a estar mucho más localizadas y eran mucho menos ricas que antaño. El declive se manifestó de varias formas, desde la degradación o el abandono de elegantes casas de campo hasta la brusca desaparición del venerable Senado en los archivos y el hecho de que no encontramos a ninguna familia senatorial desde

principios del siglo VII. Los escritos del papa Gregorio ofrecen la que tal vez sea la ilustración más asombrosa de la caída que habían sufrido las familias otrora adineradas. El líder de la Iglesia menciona repetidas veces a aristócratas destituidos a los que ayudó a mantener a flote con pequeños actos de caridad. Un antiguo gobernador de Samnium, una región italiana, recibió cuatro monedas de oro y un poco de vino; viudas y huerfanos de casas nobles cuyos miembros habían ostentado en generaciones anteriores los puestos estatales más destacados también recibieron donaciones modestas.[10]

La desaparición de los superricos de Roma difícilmente pudo haber sido más espectacular y presagió la caída de la aristocracia Tang: la principal diferencia es que, en el caso de Roma, los asesinatos, aunque no fueron desconocidos, sí resultaron mucho menos habituales. No obstante, la violencia había sido crucial para este proceso, aplicada generosamente para construir el imperio. La erradicación del estrato superior de la sociedad romana occidental debió de reducir la desigualdad. Asimismo, la descentralización se extendió a los estratos más bajos de la clase propietaria, ya que «incluso las élites regionales y subregionales desaparecieron» en gran parte del antiguo Imperio Romano occidental. Y, si bien afloraron nuevas élites militares en medio de la agitación, a falta de una reunificación imperial a gran escala, algo remotamente parecido a los niveles romanos de concentración de riqueza estaba fuera de su alcance. La mayor autonomía de los campesinos, al menos en algunas regiones, dificultó la extracción de recursos incluso al nivel local.[11]

Este último hecho plantea la cuestión de si el igualitarismo no solo se vio impulsado por las pérdidas en lo más alto de la pirámide sino también por las ganancias en lo más bajo. Los restos de esqueletos humanos, una prueba que podría ser considerada un ejemplo de riqueza material, son compatibles con esta idea, pero demasiado ambiguos para corroborarla firmemente. Los indicadores de bienestar físico, como la altura y la incidencia de lesiones dentales y óseas, mejoraron con la caída del Imperio Romano occidental. Esto denota que la gente corriente estaba en mejor forma que bajo el dominio imperial. Lamentablemente, no podemos identificar con seguridad la causa principal de esos cambios: aunque la pérdida de población y la

desurbanización que sobrevinieron tras la desintegración política pudieron reducir las cargas parasitarias, incrementar los ingresos reales y mejorar las dietas, una pandemia simultánea pero causalmente no relacionada de peste bubónica (comentada en el próximo capítulo) probablemente desencadenó efectos similares.[12]

Otra categoría de material arqueológico es considerablemente más prometedora, ya que nos permite calcular la desigualdad de recursos de una manera más sencilla. En una reciente disertación en Stanford, Robert Stephan estudió los cambios en el tamaño de las casas en diferentes zonas del mundo romano antes, durante y después del dominio imperial. El tamaño de las casas es un indicativo aceptable de bienestar económico per cápita: los ingresos y el tamaño de la vivienda residencial de las familias están fuertemente correlacionados en todas las culturas, y las casas normalmente son un indicador de estatus. Los cálculos sobre la Gran Bretaña antigua y de principios de la Edad Media son especialmente útiles para nuestros fines. Los datos relevantes están muy repartidos en el espacio y el tiempo, la calidad de los estudios modernos es alta y, lo que tal vez sea más importante, el desmoronamiento del Estado romano fue excepcionalmente severo en esa región. Una vez que el dominio romano desapareció a principios del siglo V e. c., ningún Estado centralizado reclamó Gran Bretaña durante varios siglos y predominaron pequeños sistemas de gobierno. La complejidad socioeconómica se vio enormemente reducida cuando las casas fueron abandonadas, las economías urbanas se disiparon y la producción de cerámica cesó, con la salvedad de su variedad más básica: la fabricación manual sin ayuda siquiera del torno de alfarero. Los restos de los asentamientos no reflejan indicios reales de jerarquía en cuanto a diferenciación espacial o la naturaleza de los pequeños hallazgos, y rara vez se documentan sepulturas con objetos funerarios ostentosos en gran parte de Gran Bretaña. En resumen, las élites locales, en la medida en que existieran, no dejaron demasiada huella en el archivo histórico de finales del siglo V y el VI e. c. Las estructuras de la época romana fueron borradas de manera más absoluta que en el resto del imperio: la isla experimentó desmoronamientos de sistemas generalizados y no un mero derrumbamiento del estado.[13]

Este proceso afectó profundamente al tamaño medio de las estructuras residenciales, así como al grado en que las casas variaban de tamaño. Ambos se redujeron drásticamente en comparación con la época imperial. Esta compresión invirtió el anterior aumento de los cálculos asociados a la conquista romana en el siglo I e. c., que había incrementado la producción y la estratificación económicas (Figs. 9.1-3).[14]

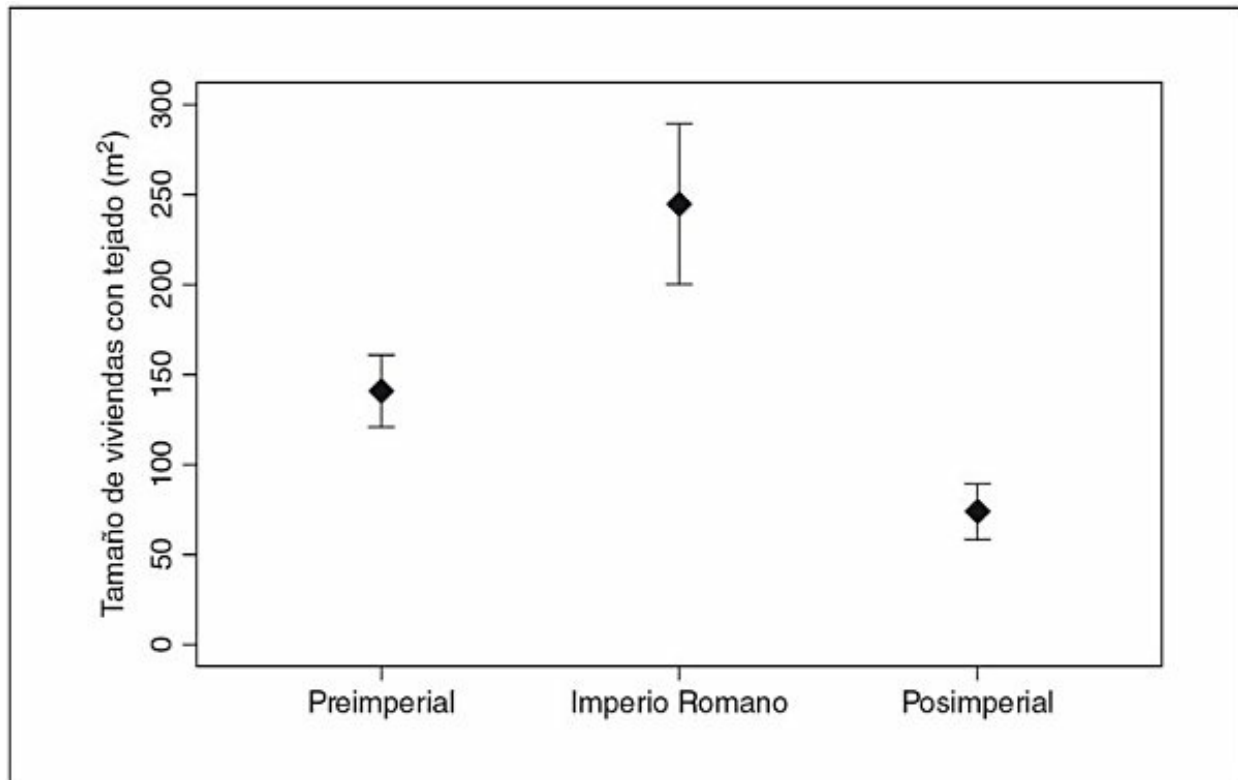


FIGURA 9.1. Tamaño medio de las viviendas en Gran Bretaña desde la Edad de Hierro hasta principios de la Edad Media

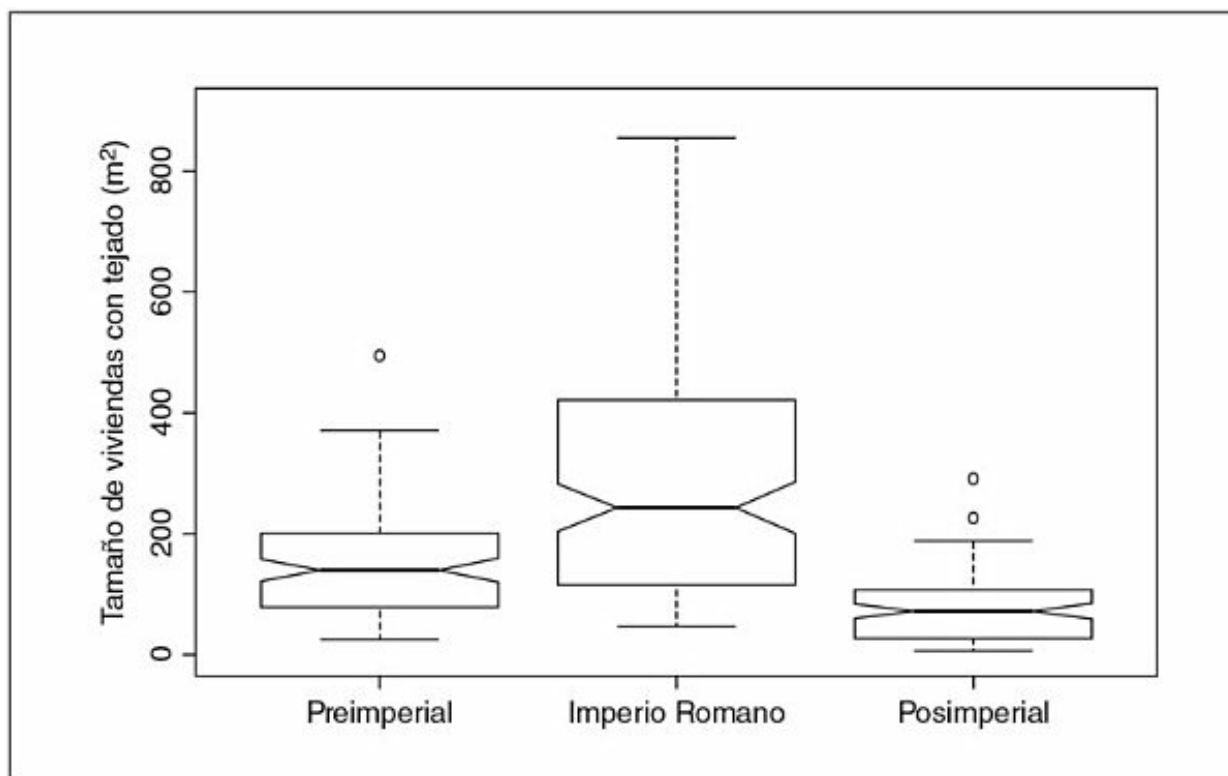


FIGURA 9.2. Cuartiles de tamaño de las viviendas en Gran Bretaña desde la Edad de Hierro hasta principios de la Edad Media

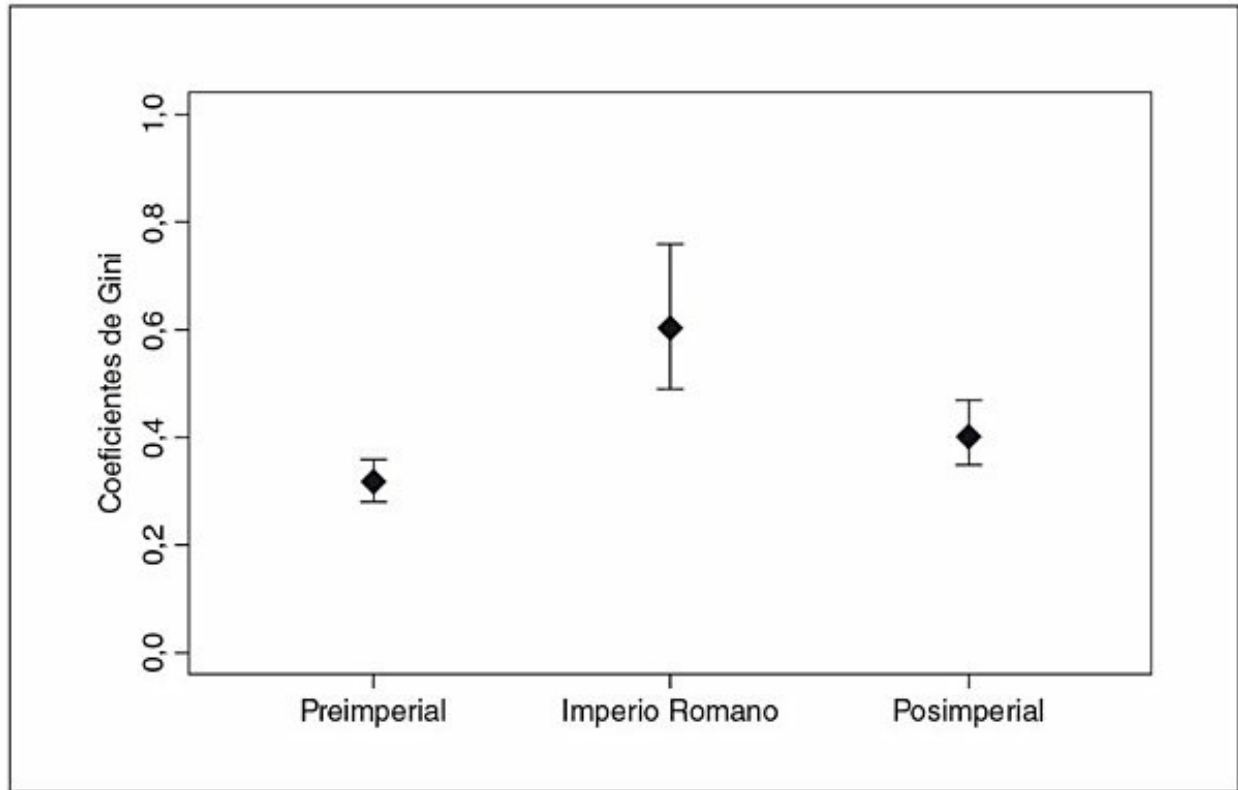


FIGURA 9.3. Coeficientes de Gini del tamaño de las viviendas en Gran Bretaña desde la Edad de Hierro hasta principios de la Edad Media

Estos hallazgos hacen que sea aún más desafortunado que las muestras de datos de otras regiones del mundo romano que han sido estudiados de igual modo acusen varios defectos, por ejemplo, que están limitados a un número reducido de yacimientos o que carecen de datos representativos para periodos concretos, y por tanto no respaldan adecuadamente otras valoraciones de cambios en la desigualdad de la vivienda. A pesar de ello, la arqueología nos brinda una mirada a las correlaciones entre el dominio imperial por un lado y el crecimiento económico y la desigualdad por el otro.

Pese a sus limitaciones geográficas, estos datos demuestran que la desconcentración de riqueza posimperial fue un proceso bastante sistemático que no se vio confinado a los que ocupaban lo más alto de la pirámide. Aunque no podemos calcular el grado total de igualitarismo posterior al imperio, el impacto del desmoronamiento del Estado en un entorno en el que los ricos habían gobernado durante siglos debió de ser más que considerable.

Las consecuencias de la caída del Estado diferían mucho de las de la conquista que preservaba el alcance y las características de estructuras estatales anteriores: mientras que la conquista normanda de Inglaterra mantuvo o incluso aumentó durante un corto periodo la desigualdad de riqueza, la fragmentación de una esfera anteriormente muy grande que había sido explotada por una pequeña clase gobernante central tuvo el efecto contrario.[15]

«MUCHAS CIUDADES DE ESE PERIODO NO NOS RESULTAN ESPECIALMENTE IMPONENTES EN LA ACTUALIDAD»: DERRUMBAMIENTO DE SISTEMAS EN EL MEDITERRÁNEO DEL FINAL DE LA EDAD DE BRONCE Y LAS AMÉRICAS PRECOLOMBINAS

En el siglo XIII a. e. c., el Mediterráneo oriental se había convertido en un sistema de estados poderosos interconectados por la diplomacia, la guerra y el comercio: el Egipto ramésida y el imperio hitita de Anatolia pugnaban por la supremacía, el imperio asirio medio se expandió en Mesopotamia, afloraron ciudades-estado en el Levante y el Egeo estaba dominado por grandes palacios que gestionaban la producción y distribución económica. Nadie habría sido capaz de pronosticar el rápido desmoronamiento de este sistema de estados en las décadas posteriores al año 1200 a. e. c. Por toda la región, incluyendo Grecia, Anatolia, Siria y Palestina, las ciudades sufrieron daños o una destrucción total. Justo después de 1200 a. e. c., el imperio hitita cayó, y su capital, Hattusa, fue parcialmente destruida y abandonada. La importante ciudad de Ugarit, en la costa de Siria, fue arrasada pocos años después, como ocurrió también con otros asentamientos situados tierra adentro. Ciudades como Megiddo (en la llanura del bíblico Armagedón) siguieron sus pasos. En Grecia, los poderosos palacios fueron destruidos uno a uno. Las obras de reconstrucción de algunos de ellos habían sido arrasadas hacia finales de siglo. Más al sur, el estado egipcio perdió el control de

Palestina, y aproximadamente desde el año 1100 a. e. c. empezó a desmoronarse, dividido entre la élite sacerdotal de Tebas, en el sur, y varias dinastías del delta del Nilo. Asiria tampoco salió indemne. En varios grados, las instituciones de gobierno y la extracción se desmoronaron, algunas ciudades desaparecieron o sobrevivieron muy mermadas, el uso de la escritura disminuyó y los imperios se dividieron en pequeños estados y ciudades-estado. La producción y el intercambio se redujeron, al igual que lo hizo la complejidad social.[16]

Las razones de este gran declive todavía son objeto de intensos debates y, al parecer, intervinieron numerosos factores. Los denominados «pueblos del mar», grupos de atacantes que «viven en barcos» y aparecen en escritos de Egipto, Siria y Anatolia, han cargado tradicionalmente con parte de la culpa. Después de que su ataque a Egipto se viera frustrado en el año 1207 a. e. c., tres décadas más tarde renovaron sus esfuerzos como coalición. Tal como afirmaba Ramsés III,

de repente, las tierras fueron arrebatadas y esparcidas en la refriega. Ninguna tierra podía hacer frente a sus armas ... Pusieron sus manos sobre tierras que llegaban hasta la curvatura del planeta.

Aunque las fuerzas del faraón lograron derrotarlos, otras sociedades no tuvieron tanta suerte. El asentamiento de los filisteos en Palestina pudo ser una consecuencia de esos movimientos, al igual que parte de la destrucción que se aprecia en los restos arqueológicos. Varios yacimientos también presentan daños que coinciden con cierta actividad sísmica, temblores reiterados que pudieron haber afectado a la región como una «tormenta de terremotos» a finales del siglo XIII y principios del XII a. e. c. Además, existen indicios de una sequía hacia el año 1200 a. e. c. y un giro generalizado hacia una mayor aridez. Sea cual sea la configuración exacta de las fuerzas malignas que intervinieron en la época, por lo visto coincidieron distintos factores, probablemente no por azar, sino de manera interrelacionada: el resultado final fue un efecto multiplicador que destruyó el sistema mundial de finales de la Edad de Bronce.[17]

Este declive fue especialmente severo en el Egeo. Hacia la mitad del segundo milenio a. e. c. se multiplicaron los asentamientos en el sur de Grecia a medida que las élites guerreras acumulaban riqueza y establecían centros fortificados. La creciente estratificación es visible en la aparición de tumbas monumentales y objetos funerarios socialmente diferenciados. Pronto se construyeron complejos palaciegos en dichos asentamientos. Varias tablas de arcilla escritas en lo que se conoce como Lineal B y una forma temprana de griego documentan una economía redistributiva centrada en esos palacios, dirigidos por reyes y sus altos funcionarios. Los superiores reclamaban bienes y servicios a quienes se hallaban por debajo de ellos. Este sistema debía mucho a economías palaciegas anteriores que habían aflorado en la isla meridional de Creta (conocida como la cultura minoica), pero muestra más signos de violencia y fortificación y una menor difusión de la afluencia. Se crearon grandes reinos alrededor de los centros palaciegos más importantes de la Grecia continental, lo cual generó una red de sistemas de gobierno ahora conocida como la cultura micénica.[18]

Aunque sabemos mucho menos de lo que nos gustaría acerca de la naturaleza del control político y la distribución de ingresos, la existencia de centros redistributivos de la élite resulta difícil de vincular a cualquier idea de igualitarismo. Por lo que sabemos, las sociedades palaciegas micénicas eran muy jerárquicas. Los patronímicos documentados en las tablas escritas en Lineal B reflejan matrimonios endogámicos entre un reducido número de familias de la élite: al parecer, los nombres personales, la posición social y la riqueza estaban controlados por las mismas familias privilegiadas. Las tablas ofrecen escasos indicios de que se adjudicaran productos acabados prestigiosos a la población trabajadora. Tal como afirman dos eminentes expertos en ese periodo, «casi todo lo que sube, se queda arriba». Los artículos de lujo hechos de oro, plata, marfil y ámbar se encontraron casi exclusivamente en tumbas de la élite. Al menos en un caso, el material arqueológico deja entrever que la circulación de riqueza fue restringiéndose con el paso del tiempo, una observación que coincide con la creciente desigualdad causada por la concentración de poder y riquezas en manos de una pequeña clase gobernante. Es posible que la circulación adoptara la

forma de un intercambio de regalos entre élites palaciegas, complementado con exportaciones e importaciones destinadas a proveerlos de productos extranjeros que denotaran un estatus elevado.[19]

El desmantelamiento de la civilización micénica fue un proceso largo. Los signos de destrucción, posiblemente relacionados con terremotos, aparecen por primera vez en importantes yacimientos de mediados del siglo XIII a. e. c. Se documentan otros daños en años posteriores de ese mismo siglo, seguidos de la construcción de nuevas fortificaciones, un claro indicador de amenazas militares. Hacia el año 1200 a. e. c. llegó una oleada de destrucción que acabó con los palacios de Micenas, Tirinto, Tebas y Orcómeno y, un poco después, con toda Pilos. En este caso, como en los demás, las causas siguen siendo objeto de conjeturas: actividad sísmica, sequías y epidemias han sido invocadas junto con invasiones, rebeliones y cambios en el patrón comercial y el movimiento de personas. El resultado final fue el desmoronamiento de sistemas, que tuvo su origen en la incapacidad del sistema palaciego para responder a los desastres que habían sobrevenido.[20]

En muchos lugares, la civilización micénica continuó hasta principios del siglo XI a. e. c. Aunque los palacios jamás fueron reconstruidos, en ocasiones se reutilizaron y hubo nuevas edificaciones, y en algunos lugares afloraron élites durante algún tiempo. Los refugios que podían defenderse más fácilmente desempeñarían un papel más destacado. Sin embargo, una nueva serie de acontecimientos destructivos hacia 1100 a. e. c. acabaron con gran parte de lo que quedaba. Cuando los palacios hubieron desaparecido, solo sobrevivieron las aldeas, excepto en aquellas zonas en las que los primeros habían sido tan dominantes que apenas quedó nada tras su destrucción y se dio un abandono generalizado, como en el caso de Pilos. La mayoría de las regiones, que sufrieron menos alteraciones, «volvieron a una existencia tribal a más pequeña escala». Los estilos de edificación de alta calidad habían desaparecido, al igual que gran parte de la escritura. El siglo X a. e. c. fue el momento más bajo de desarrollo y complejidad generales. Los mayores asentamientos de Grecia en aquella época debían de albergar a unas mil o dos mil personas, pero buena parte de la población residía en pequeños pueblos y

aldeas y adoptó un estilo de vida más itinerante. Muchos asentamientos fueron abandonados para siempre. Los lazos del comercio internacional habían sido cortados, la mayoría de las viviendas eran muy básicas —con casas de una sola habitación— y las tumbas eran pobres. Los entierros individuales se convirtieron en la norma, lo cual supuso un marcado cambio respecto del énfasis de Micenas en el linaje.[21]

La élite del periodo palaciego había desaparecido. No contamos con información sobre lo que les ocurrió. Puede que algunos partieran hacia el Este para unirse a los invasores activos en aquella época de forma similar a los *thanes* ingleses que huyeron de la conquista normanda 2.000 años después. Al principio, es posible que algunos fueran a lugares remotos para protegerse, ya fueran islas o cerca de la costa. Pero esto no nos concierne; lo que importa es que este grupo desapareció por completo. La superestructura extractiva que el sistema palaciego había impuesto a la población rural fue erradicada y no se sustituyó. En el siglo X a. e. c., solo los asentamientos más grandes —o, mejor dicho, los menos pequeños— mantuvieron algo parecido a un estrato de élite reconocible. El carácter de los objetos funerarios de la época indica que solo unos pocos tenían acceso a productos importados. De hecho, los signos de estratificación y riqueza de la élite escaseaban tanto que los arqueólogos modernos centraron su atención en una única estructura, una casa de Lefkandi, situada en la isla de Eubea, que data aproximadamente de 1000 a. e. c.: la vivienda, con cuarenta y seis metros de largo y nueve de ancho, hecha de ladrillos de arcilla y rodeada de postes de madera, contenía dos tumbas con algunas joyas de oro. Lo que apenas habría llamado la atención un par de siglos antes es un elemento único entre los yacimientos descubiertos en este periodo.[22]

La evidente escasez de grandes estructuras, objetos de prestigio y otros indicadores de riqueza y estatus en la Grecia de los comienzos de la Edad de Hierro contrasta marcadamente con las condiciones del periodo micénico. No solo habían desaparecido sistemas de gobierno, sino que la actividad social y económica también había entrado en declive y se volvió mucho más fragmentada. En tales circunstancias, una extracción y concentración de excedentes considerable habría supuesto un grave desafío aunque hubieran

existido instituciones lo bastante poderosas. Aunque la población general sin duda sufrió grandes privaciones, los ricos y poderosos hicieron frente a una caída mucho más pronunciada. El desmoronamiento de sistemas a esta escala indudablemente redujo disparidades anteriores de ingresos y riqueza. Es más, incluso cuando empezaron a formarse nuevas élites a partir del siglo X y el crecimiento económico despegó en el siglo VIII, la miserable igualdad del empobrecimiento casi universal del periodo pospalaciego probablemente allanó el terreno para el resistente igualitarismo de siglos posteriores de la historia griega, una inusual limitación de la desigualdad que comentaba en el capítulo 6.

Dos mil años después del gran derrumbamiento del sistema palaciego micénico, la civilización maya clásica del sur de Yucatán entró en declive de un modo igual de espectacular. Al final del periodo clásico tardío (hacia 600-800 e. c.), la formación de estados iba más allá de las ciudades-estado: urbes como Tikal y Calakmul se convirtieron en los centros de sistemas de gobierno más grandes que reivindicaban soberanía sobre los mandatarios de otras ciudades-estado, atrayéndolos por medio de un sistema de visitas, intercambio de regalos, rituales compartidos y matrimonios mixtos. Afloraron construcciones monumentales en los centros urbanos, donde se llevaron a cabo enormes inversiones en templos y palacios. La cultura material de la élite alcanzó nuevas cotas de esplendor: los objetos de lujo, que incluían jade y mármol de importación, abundan en los hallazgos de este periodo. Las condiciones cambiaron a finales del siglo VIII y durante el IX, ya que los poderes regionales desaparecieron y fueron suplantados por una intensa rivalidad militar entre gobiernos menores. Los conflictos intergubernamentales cada vez más numerosos al parecer iban de la mano de una creciente explotación y una brecha cada vez mayor entre las clases sociales. La proliferación de palacios en algunas ciudades, la consolidación de la élite que se refleja en el cambio de prácticas funerarias y un mayor énfasis en el linaje y la integración de la élite cultural en todas las esferas políticas denotan una mayor estratificación y, con toda probabilidad, una desigualdad material.[23]

A lo largo del siglo IX e. c. cesaron las nuevas construcciones en algunos de los centros más importantes y después se produjo un declive total, aunque no de golpe: los arqueólogos han descubierto considerables variaciones geográficas y temporales en Yucatán, ya que los acontecimientos de transición en distintas regiones se prolongaron varios siglos. No obstante, al final la pérdida de complejidad social fue generalizada y severa. En Tikal, una de las ciudades más grandes, la actividad de construcción concluyó hacia el año 830 e. c., y se cree que alrededor de un 90 % de la población se fue o había desaparecido ochenta años después. Otros asentamientos importantes también fueron abandonados: las ciudades más grandes fueron las más afectadas, mientras que los asentamientos más pequeños experimentaron una mayor continuidad. Una vez más, las causas de este declive son objeto de debate. Las explicaciones modernas afirman que el derrumbamiento pudo ser una consecuencia sobredeterminada, ya que interactuaron múltiples factores para socavar a las sociedades mayas, en especial la guerra endémica, la presión demográfica y la degradación medioambiental y la sequía.[24]

Sea cual sea la configuración exacta de las circunstancias, está claro que la violencia desempeñó un papel importante en este proceso. Su enorme escala también está bien documentada. De forma parecida a lo que ocurrió en la Grecia micénica, los centros urbanos que contaban con palacios devinieron centros enfrentados y a la postre degeneraron en pequeñas aldeas. En el interior de la parte meridional se perdieron elaboradas estructuras administrativas y residenciales, templos y la práctica de erigir estelas, al igual que la caligrafía y el famoso sistema caléndrico maya. La producción de artículos de lujo cesó. Las instituciones de la élite y las actividades culturales que estas organizaban, como el culto de la estela, dedicado a linajes nobles, simplemente desaparecieron. En la concisa valoración de una destacada autoridad moderna, a la clase gobernante «se la llevó el viento».[25]

La principal diferencia con la Grecia de comienzos de la Edad de Hierro radica en la supervivencia y florecimiento de la cultura de la élite en importantes asentamientos septentrionales, sobre todo Chichen Itza, en el Clásico Terminal de los siglos IX y X, y luego Mayapán y Tulum. La élite de Chichen Itza capeó el catastrófico declive de su gobierno en el siglo XI, que

estuvo relacionado con una larga sequía, lo bastante prolongada como para garantizar una continuidad cultural e institucional hasta el periodo del estado Mayapán, de los siglos XII y XIII en adelante. Sin embargo, en el sur, e igual que en la Grecia de principios de la Edad de Hierro, la gran decadencia no estuvo limitada a los centros urbanos o la clase gobernante, sino que engulló a la población general: los estudios modernos cifran la contracción demográfica hasta en un 85 %. La economía básica de millones de personas había sido destruida.

Esto plantea la pregunta de cómo afectó la caída de los sistemas mayas a la distribución de recursos. La eliminación generalizada de las jerarquías del Estado y los elementos materiales de la cultura de la élite generaron un entorno que habría sido incapaz de mantener los niveles anteriores de estratificación y desigualdad. Aunque la vida de los plebeyos se vio perjudicada por las crecientes dislocaciones, al menos a corto plazo es posible que se beneficiaran de la desaparición de las cargas habituales impuestas por las élites estatales. Más concretamente, un estudio ha descubierto una marcada reducción de las dataciones por radiocarbono en contextos de la élite a partir de mediados del siglo VIII, frente a una mayor continuidad en contextos plebeyos, lo cual podría denotar un desgaste desproporcionado entre los privilegiados, aunque la cuestión sigue abierta a debate. Tal vez los datos más concretos han sido aportados por un exhaustivo estudio de restos humanos encontrados en varios yacimientos de las tierras bajas del sur de Yucatán. En el periodo clásico tardío, las distinciones entre las tumbas de la élite y los subordinados estaban relacionadas con privilegios dietéticos sistemáticos: los individuos de mayor estatus comían mejor. El hecho de que ambas cosas desaparecieran a partir del año 800 e. c., en una época en que productos de la élite como los textos jeroglíficos con fechas de calendario eran mucho menos frecuentes, apunta a una atenuación de la diferencia de estatus, así como de la desigualdad material.[26]

Otros estados del Nuevo Mundo temprano experimentaron procesos similares de descomposición e igualitarismo. Bastarán dos ejemplos ilustrativos. En la primera mitad del primer milenio e. c., Teotihuacán, situada en el centro de México (al noreste de la actual Ciudad de México), era

una de las ciudades más grandes del mundo. En el siglo VI o principios del VII e. c., tras un periodo en el cual las sepulturas muestran una estratificación por estatus cada vez mayor, unos incendios cuidadosamente estudiados destruyeron la arquitectura monumental del centro de la ciudad. Enormes piedras fueron retiradas laboriosamente, se destruyeron estatuas y se arrojaron fragmentos. Los suelos y muros de los palacios del norte y el sur fueron quemados, y se invirtieron grandes esfuerzos en reducir los edificios públicos a escombros. Incluso fueron desmembrados algunos esqueletos enterrados, uno de los cuales lucía ostentosos adornos que denotan que pertenecía a la élite. La presencia de una agenda política parece clara, pero no lo es tanto la identidad de quienes pretendían eliminar Teotihuacán como centro de poder: es posible que la agresión externa viniera precedida de malestar local. Las consecuencias que tuvieron estos ataques contra la élite y los activos del Estado para la desigualdad son bastante claras: cuesta imaginar que el desmantelamiento físico y sistemático de la clase gobernante no estuviera acompañado de la destrucción de las instituciones de control y explotación del sistema de gobierno. Pese a la falta de pruebas textuales, la idea de que la élite existente pudiera sobrevivir más o menos intacta es compatible con los datos arqueológicos, aunque es posible que algunos de sus miembros emigraran e incluso mantuvieran posiciones privilegiadas en otros lugares.[27]

Podemos decir lo mismo sobre la caída de la civilización de Tiahuanaco en las tierras altas andinas, un caso todavía más drástico de desmoronamiento de un sistema. La ciudad de Tiahuanaco, situada a 4.000 metros de altura cerca del lago Titicaca, en el altiplano andino, se convirtió en el centro de un imperio que se amplió a partir del año 400 e. c. y duró hasta el siglo X. En su forma imperial madura, la capital había sido cuidadosamente diseñada como un imponente núcleo ceremonial, espacialmente alineada de acuerdo con principios cosmológicos y rodeada de un gran foso que restringía el acceso y aspiraba a dar al centro un aspecto de isla sagrada. Esta zona cercada no solo contenía los principales edificios ceremoniales del Estado, sino que también incluía numerosas residencias para gobernantes y la élite asociada, e incluso algunos cementerios. Las zonas residenciales de la élite, que contaban con un

trazado y unos suministros opulentos, se beneficiaban de un elaborado sistema de abastecimiento de agua. En las sepulturas locales abundaban los objetos funerarios. Normalmente, las viviendas situadas fuera del foso eran menos espléndidas. Aun así, unas orientaciones espaciales sistemáticas con alineaciones cuidadosamente planificadas, las construcciones de buena calidad y la presencia de una amplia variedad de objetos dejan entrever que albergaban a una clase de personas de menor estatus que la élite aislada pero mucho más acomodada que los plebeyos rurales. Si hemos de guiarnos por las analogías con la posterior cultura inca, esos habitantes más periféricos de las urbes tal vez pertenecían a linajes jóvenes de las familias gobernantes o estaban vinculados a estas últimas por parentesco ficticio. Por tanto, la Tiahuanaco imperial fue construida y reconstruida expresamente como un centro de poder político y religioso que además prestaba servicio a la clase gobernante y sus socios. Este propósito limitó la envergadura de la capital a unas pocas decenas de miles de habitantes en una zona densamente poblada en la que podría haber residido mucha más gente. Por lo que sabemos, los plebeyos rurales estaban excluidos de la ciudad. Al igual que en la Grecia de la Edad de Bronce, los artesanos al parecer vivían cerca del centro para producir artículos destinados a su comercialización en círculos privilegiados. Así pues, la estratificación socioeconómica se veía reforzada por una segregación espacial que separaba a los pocos ricos y poderosos de la población general.[28]

Existen indicios de que el poder de los gobernantes y las élites aumentó en la última fase del imperio, al igual que ocurrió con la desigualdad social. El declive, una vez que empezó, fue rápido y terminal. El cambio climático, que llegó en forma de sequía, al parecer socavó las complejas estructuras de control de Tiahuanaco. El Estado se desmoronó y se llevó a gobernantes y nobles y su centro ceremonial con él. La capital fue abandonada por fases y se había vaciado por completo en el año 1000 e. c. Los arqueólogos han desenterrado claros indicadores de violencia generalizada: los palacios del este y el oeste fueron destruidos; de hecho, el primero fue arrasado hasta sus cimientos. Al igual que en Teotihuacán, existen pruebas de la destrucción deliberada de estructuras rituales monumentales: algunas esculturas, símbolos

del poder de la élite, fueron desfiguradas y enterradas, una tarea que debió de requerir un considerable esfuerzo. El hecho de si fueron los conflictos entre facciones u otras fuentes de violencia los responsables de estas rebeliones sigue siendo objeto de debate y puede que nunca lo sepamos: lo que está claro es que la jerarquía política no sobrevivió a esas convulsiones. La destrucción del centro vino acompañada del declive agrícola en el interior. Durante varios siglos desaparecieron ciudades de la cuenca del lago Titicaca, y la fragmentación política y la actividad económica localizada se convirtieron en la norma. La población disminuyó y se retiró a zonas defendibles, donde la gran fortificación de los asentamientos denota condiciones de violencia e inquietud. Cuando se perdieron fuentes cruciales de riqueza, tales como la extracción de excedentes, la producción de artesanía especializada y el comercio de larga distancia, la vieja élite desapareció.[29]

En otros casos, apenas sabemos nada sobre el ejercicio de poder estatal y cómo afectó su derrumbamiento al poder y la riqueza de la élite. La cultura Harappa del valle del Indo, con sus numerosas ciudades, que afloraron en la segunda mitad del tercer milenio a. e. c., es un célebre ejemplo. Todo el sistema desapareció entre 1900 y 1700 a. e. c., y muchos asentamientos se redujeron o fueron abandonados. Una vez más, cualquier sistema de jerarquía y diferenciación que hubiera existido difícilmente habría podido sobrevivir a ese proceso.[30]

Para las generaciones posteriores, la dimensión física de la destrucción de sistemas a menudo fue la más evidente. Hace más de 2.400 años, el historiador ateniense Tucídides señalaba que las ciudades homenajeadas en los relatos épicos de Homero no resultaban especialmente imponentes en su época. Cuando el conquistador español Hernán Cortés pasó cerca de los asentamientos mayas de Tikal y Palenque, ni siquiera se percató de su existencia, puesto que estaban cubiertos por la jungla y la zona estaba prácticamente deshabitada. Los asentamientos imperiales de Angkor, en el sureste de Asia, corrieron una suerte similar: el abandono de los principales asentamientos no empezó hasta principios del siglo XX, y Preah Khan Kompong Svay, una ciudad enorme que ocupa veintiséis kilómetros cuadrados y fue utilizada esporádicamente como residencia por los

gobernantes jemerres de los siglos XI y XII e. c., se halla en lo que ahora es el medio de la nada. Cuando en 2008 la visité en helicóptero con un compañero, éramos los únicos allí, a excepción de unos cuantos guardias de una aldea cercana aislada y una larga serpiente.[31]

Al eliminar casi todos los archivos históricos, al margen de los restos arqueológicos, la destrucción total de sistemas hace que sea prácticamente imposible evaluar los cambios en la desigualdad de ingresos y riqueza. Al mismo tiempo, esos hechos cataclísmicos implican una compresión a gran escala. Las disparidades y formas de explotación que pudieran sobrevivir después de la destrucción probablemente estaban muy lejos de lo que era factible y a menudo típico en los sistemas de gobierno imperiales muy estratificados. Además, el empobrecimiento general más allá de los círculos de la élite redujo el potencial para la extracción de excedentes y rebajó el techo de la desigualdad de recursos. Teniendo en cuenta la naturaleza excepcional del igualitarismo provocado por la movilización militar de masas, la revolución transformadora y las epidemias catastróficas, la destrucción ozimandiana podría ser el equiparador más potente y fiable de toda la historia. Aunque es más común de lo que cabría pensar —podríamos haber añadido muchos casos menos conocidos—, por suerte era relativamente infrecuente si tenemos en cuenta la cantidad de violencia y sufrimiento que acompañó a tan drásticos cambios. Por el contrario, la rápida regeneración de las estructuras de Estado, con frecuencia debido a conquistas externas, ha sido un resultado habitual. Cuanto menos accidentada era la transición, más fácilmente podían mantenerse o restablecerse las desigualdades.

«QUE CAIGA LA DEPRESIÓN SOBRE VUESTRO PALACIO, CONSTRUIDO PARA LA FELICIDAD»:
ESTADOS FALLIDOS Y DECLIVE DE LA ÉLITE EN EL PRÓXIMO ORIENTE DE LA ANTIGÜEDAD

Los estados se han derrumbado desde que existen. Durante el denominado Imperio Antiguo de Egipto, sus gobernantes mantuvieron unido al país de los siglos XXVII a XXIII a. e. c. y crearon una poderosa corte en Menfis. Las famosas pirámides de Giza son la manifestación más visible del poder centralizado del Estado. La descentralización se produjo en los siglos XXII y XXI a. e. c., a medida que los gobernadores locales fueron ganando autonomía y surgieron dos cortes rivales en las mitades norte y sur del país. Es posible que su efecto sobre la igualdad fuera dispar: los gobernantes y notables provinciales probablemente ganaron, ya que diversificaron recursos que antes se acumulaban en el centro, mientras que la riqueza y el poder del faraón y su círculo próximo disminuyeron. Esto último queda bien ilustrado en la mala calidad de las tumbas cortesanas en la fase terminal de la integridad del Estado. Aunque la ausencia de pruebas más tangibles dificulta incluso las conjeturas, un debilitamiento en lo más alto de la pirámide debería haber acortado, al menos en principio, el extremo más exterior de la cola de distribución de ingresos y riqueza.[32]

La espectacular desaparición del imperio acadio en Mesopotamia y Siria probablemente tuvo consecuencias similares, y tal vez a una escala mayor. Desde el siglo XXIV hasta el XXII a. e. c., una campaña incesante de saqueos benefició a los templos, a los miembros de la familia real y a los socios de la élite. Las tierras de la región de Sumeria, situada en el sur de Mesopotamia, pasaron a manos de los gobernantes acadios y sus parientes, además de altos cargos de la corte. Al permitir la acumulación de activos en diferentes regiones, el imperio precipitó una concentración mucho mayor de riqueza de la que era posible anteriormente —una tendencia que ya abordábamos en el primer capítulo—, y su posterior desaparición invirtió este proceso. En siglos posteriores se imaginó la caída de Acadia de manera claramente teatralizada, invocando una «maldición» divina provocada por los excesos imperiales (la cita del encabezamiento de esta sección pertenece a la crónica más importante). La realidad era más mundana: cuando las luchas de poder en el seno de la alta sociedad acadia, sumadas a la presión exterior y la sequía, desestabilizaron al imperio, los gobiernos locales de Sumeria y otras zonas restablecieron la independencia y la influencia territorial de la ciudad

disminuyó drásticamente. Los ingresos y la riqueza de la élite debieron de menguar proporcionalmente.[33]

Con suma frecuencia, esas contracciones debieron de ser fugaces, ya que los nuevos poderes imperiales recogieron los fragmentos hasta que ellos también sucumbieron a la descentralización o las conquistas. En el Egipto faraónico, los «periodos intermedios» de fragmentación siempre fueron seguidos de una renovada unificación. Desde el siglo XXII hasta el VI a. e. c., Mesopotamia estuvo dominada por los reinos sucesivos de Ur (conocido entre los estudiosos como Ur III), Babilonia (bajo el dominio de Hamurabi y más tarde de los casitas) y Mitani, así como varias iteraciones del imperio asirio y el imperio neobabilónico. Por aportar solo un ejemplo más concreto, cuando Mari, una potencia de nivel medio situada a orillas del Éufrates, cerca de la frontera entre Siria e Irak, fue destruida por el rey babilonio Hamurabi hacia 1759 a. e. c., solo transcurrió una generación hasta que uno de sus antiguos centros secundarios, Terqa, estableció un nuevo reino (Hana) que en la práctica era coextensivo con el antiguo reino de Mari y había conseguido la independencia de Babilonia.[34]

Por el contrario, la destrucción total de la que hablábamos en la sección anterior era relativamente inusual, sobre todo en zonas en las que podían surgir nuevas potencias con rapidez. La ruptura de grandes estados imperiales en varias unidades políticas más pequeñas debió de ejercer cierta presión sobre la concentración de ingresos y riqueza en lo más alto, aunque no llegó ni mucho menos al igualitarismo generalizado que asociamos con formas más exhaustivas de desmoronamiento. Esto nos plantea un complejo desafío: las sociedades premodernas normalmente no dejaban atrás pruebas adecuadas que nos permitan documentar o calcular la atenuación de las disparidades económicas resultante. Sin embargo, no podemos permitirnos darles la espalda, por la sencilla razón de que esas sociedades antiguas eran mucho más proclives a experimentar derrumbamientos estatales y desconcentraciones intermitentes que otros estados recientes o modernos mucho más documentados. Al desechar el potencial igualador inherente al derrumbamiento de un Estado, corremos el riesgo de obviar una potente fuerza equiparadora. En esta situación, lo mejor que podemos hacer es buscar

datos que dejen entrever, aunque sea vagamente, un cambio en esta dirección.

Me limitaré a un solo ejemplo que pretende ilustrar las complejidades y limitaciones de este planteamiento. A partir del año 1069 a. e. c., aproximadamente, tras la crisis de finales de la Edad de Bronce ya descrita, Egipto quedó dividido en el Alto Egipto en el sur, que estaba bajo control de los grandes sacerdotes del dios Amón en Tebas, y el Bajo Egipto en el norte, con Tanis en el centro. La llegada de efectivos militares libios precipitó una mayor descentralización en el norte. Varias bases de poder regional autónomas lucharon por hacerse con el control durante parte del siglo X y, sobre todo, desde finales del siglo IX a. e. c. (un periodo normalmente asociado a las dinastías veintiuno a veintitrés). Es posible que este proceso de descentralización redujera la capacidad de compra de la élite local, ya que esta dependía del acceso a las ganancias del Estado, de otros ingresos asociados con el servicio al Estado y de los beneficios derivados de activos privados o actividades económicas sensibles a la integridad estatal. Una serie de tumbas de Saqqara, el principal camposanto de la vieja capital de Menfis, refleja el relativo empobrecimiento de la élite en este contexto. Los hallazgos se realizaron en un patio anexo a la tumba de Tia, cuñado del famoso faraón Ramsés II, perteneciente a la decimonovena dinastía, en la cúspide de la gloria imperial de Egipto en el siglo XIII a. e. c.; este patio lateral pertenecía a Iuruf, el secretario de Tia. Mucho tiempo después, probablemente en el siglo X a. e. c., este patio y sus cámaras asociadas estaban llenos de ataúdes y sepulturas. Un total de setenta y cuatro individuos fueron enterrados de ese modo, algunos en ataúdes, otros envueltos en esteras y otros sin ataúd. La calidad, en general mala, de los ataúdes llama la atención. Aunque existen indicios de que en la Antigüedad irrumpieron allí ladrones de tumbas, parece que tiraron la toalla muy pronto, tal vez desanimados por el aspecto poco prometedor de la concurrencia. La calidad era marcadamente mediocre en comparación con otros ataúdes del mismo periodo hallados en yacimientos del sur de Egipto: se fabricaron con trozos de madera más pequeños y los ornamentos se limitaban a partes cruciales de los contenedores. Solo aparecen escritos en unos pocos y, en la mayoría de los casos, son inventados, creados

con pseudojeroglíficos sin sentido, o están corruptos o ilegibles.[35]

Y no se trata de un hallazgo aislado: se han excavado tumbas con ataúdes igual de rudimentarios con pseudocaligrafías y momificaciones vestigiales en varios yacimientos de Egipto Medio y fechados aproximadamente en el mismo periodo. Sin embargo, pese a su estado empobrecido, esas sepulturas reflejan prácticas de la élite, ya que solo los privilegiados tenían acceso a ataúdes de madera antropoides, por mal ejecutados que estuvieran. Esto puede interpretarse como una prueba circunstancial de la disminución del poder de gasto y demanda de las clases superiores en la región de Menfis en comparación con la región del sur, esta más estable. Incluso las tumbas monárquicas de Tanis, que a la sazón era el centro más importante del norte, revelan una reutilización generalizada de objetos antiguos, entre ellos recipientes rituales, joyas y sarcófagos.[36]

Es cierto que, por aquel entonces, la reutilización de ataúdes también era habitual entre la élite sureña de Tebas. Sin embargo, en ese caso la causa subyacente no debe buscarse tanto en la incapacidad de la élite para pagar sarcófagos nuevos como en la escasez de materias primas generada por la separación respecto del norte y, sobre todo, por las preocupaciones de seguridad motivadas por los continuos robos en tumbas. Estos últimos hicieron que se renunciara a elementos caros para los ataúdes que pudieran ser arrancados, por ejemplo, los dorados, y pusieron mayor énfasis en la preparación de los cuerpos por medio de embalsamamientos más elaborados, una inversión que los depredadores no ponían en riesgo. El abandono de ostentosas capillas funerarias a favor de tumbas grupales secretas también encaja con este criterio. No es de extrañar que no encontremos indicios manifiestos de empobrecimiento de la élite en Tebas, teniendo en cuenta que este grupo, liderado por los sacerdotes de Amón, no solo ejercía control sobre una gran parte de Egipto, sino que se dedicaba a saquear las riquezas almacenadas en tumbas de la realeza y, por tanto, no estaba falto de fuentes de ingresos. En este sentido, diferían de sus homólogos del norte, donde una fragmentación y unas dislocaciones más intensas deprimieron los ingresos y el gasto de la élite y erosionaron artesanías especializadas que dependían esencialmente de la capacidad de gasto de esa élite.[37]

He elegido este ejemplo a fin de ilustrar las dificultades para identificar signos de igualitarismo en circunstancias de derrumbamiento estatal más limitado. Un colapso total de un sistema normalmente genera pruebas arqueológicas que dejan escasas dudas sobre la erosión de las disparidades de riqueza e ingresos. Las dislocaciones menos dramáticas, por el contrario, no pudieron dejar una huella tan firme en los datos a menudo esporádicos y ambiguos que tenemos a nuestra disposición. En esos contextos, cualquier intento por detectar una caída de la fortuna de la élite, por no hablar de una atenuación general de la desigualdad, está necesariamente plagado de incertidumbres y a menudo no podrá superar el nivel de la conjetura. A este inconveniente se suman graves problemas de interpretación, en especial los peligros que entraña relacionar los cambios en las prácticas funerarias u otros patrones de almacenamiento con las condiciones socioeconómicas, y la pregunta obvia de si es legítimo generalizar a partir de hallazgos concretos. Tener en cuenta un material como las sepulturas del tercer periodo intermedio de Egipto nos lleva a los límites —o quizá más allá— de hasta dónde podemos estudiar la desigualdad. Gran parte del igualitarismo motivado por fragmentaciones políticas se produjo en el pasado premoderno, un fenómeno potencialmente generalizado que en gran parte seguirá siendo un misterio para el observador moderno. Es una especie de «materia oscura» en la historia de la desigualdad, presente casi con total seguridad pero difícil de dilucidar.

«EL PAÍS ESTÁ DESTROZADO»: QUIEBRA DE ESTADO CONTEMPORÁNEA EN SOMALIA

Por grandes que sean las limitaciones de gran parte de los datos históricos, respaldan la tesis de que la destrucción violenta de estados depredadores de la era premoderna frenó la desigualdad privando a las élites establecidas de riqueza y poder. Esto plantea la pregunta de si este tipo de equiparación todavía puede observarse en la historia reciente o incluso en el

mundo actual. A primera vista, la respuesta podría ser negativa: como hemos visto hacia el final del capítulo 6, las guerras civiles en países en vías de desarrollo son más proclives a aumentar la desigualdad. Con todo, aunque esos conflictos tienden a debilitar las instituciones del Estado, rara vez van acompañados del desmoronamiento del sistema de gobierno o de reducciones de la complejidad socioeconómica, como hemos visto en los casos premodernos más dramáticos que comentaba.

Sin embargo, algunos ejemplos contemporáneos pueden acercarse. Somalia, un país del este de África, normalmente es considerado el caso más grave de desmoronamiento estatal en el pasado reciente. Tras el derrocamiento del régimen de Mohamed Siad Barre en 1991, el país se dividió en facciones y territorios rivales y desde entonces carece de instituciones gubernamentales dominantes. Aunque surgieron semiestados como Somalilandia y Puntlandia en la mitad norte del país, el resto ha estado controlado por señores de la guerra, milicias —entre ellos los yihadistas de al-Shabaab— e, intermitentemente, tropas extranjeras de países vecinos. En los últimos años, el gobierno federal nominal ha empezado a ejercer control dentro y fuera de Mogadiscio. Entre 1991 y la intervención etíope de 2006, Somalia fue un Estado fallido.

Los niveles de bienestar humano en general son muy bajos. Un estudio que calcula las privaciones en países árabes (definidas en términos generales), basadas en factores como la mortalidad infantil, la nutrición, la escolarización y el acceso a servicios básicos, sitúa a Somalia en última posición. Los datos son tan escasos que la publicación más reciente del Índice de Desarrollo Humano se abstiene de incluir al país en sus clasificaciones globales, pero asigna a Somalia la sexta peor puntuación en el índice de pobreza multidimensional entre todos los países en vías de desarrollo. Asimismo, descubrió que el país tenía el sexto porcentaje más alto de población viviendo en una situación de pobreza grave. No cabe duda de que, en muchos sentidos, Somalia está «destrozada», como decía en una entrevista su más famosa exportación, la escritora y activista Ayaan Hirsi Ali.^[38]

Lo que nos interesa aquí es una cuestión más concreta: cómo la caída del gobierno central y la posterior fragmentación del país afectó a la desigualdad

de ingresos y riqueza. Debido a las deficiencias de los datos, cualquier respuesta a esta pregunta conlleva inevitablemente una gran incertidumbre y debe interpretarse con suma cautela. Dicho esto, existen varios indicativos de que, cuando se observa en un contexto regional más amplio, la Somalia sin Estado se halla en una situación razonablemente buena no solo en cuanto a desarrollo económico, sino también en lo tocante a la desigualdad.

Los motivos para este hallazgo aparentemente contradictorio radican en el hecho de que las condiciones hasta 1991 fueron muy desfavorables para gran parte de los habitantes del país. Bajo el liderazgo de Siad Barre, entre 1969 y 1991, la extracción de recursos en beneficio del dictador y sus aliados era el propósito más importante del gobierno. Pese a su supuesta política inicial exenta de clanes, Barre favorecía al suyo propio y los que lo apoyaban a la vez que trataba a otros con brutalidad y los sometía a expropiaciones. Los grupos opositores sufrieron una violencia cada vez mayor. La reforma agraria benefició a políticos y empresarios urbanos bien relacionados. Los funcionarios y compinches despojaron a las empresas nacionalizadas de sus activos y desviaron gran parte de los fondos destinados a la ciudadanía, un 90 % de los cuales acabaron en la administración y el ejército. La ayuda extranjera, incrementada por las rivalidades de la guerra fría y la manipulación del número de refugiados, fue desviada al régimen.

La corrupción era extrema incluso para los niveles poco envidiables de la región. Los altos cargos estatales y la familia Barre robaron las reservas de los bancos más importantes, lo cual los llevó a la bancarrota. Un único banco nacionalizado prestaba servicio a una élite con contactos políticos y la sobrevaloración deliberada de la divisa somalí benefició a los consumidores adinerados de importaciones a expensas de las exportaciones de los pobres, por ejemplo la carne. Gestionando un «estado-guardia», el régimen de Barre controlaba la salida y entrada de dinero en el país. En total, esas perversas intervenciones generaron desigualdad tanto en Mogadiscio como entre la capital y el resto del país. El gasto en servicios sociales era mínimo. Por ello, aunque existía un gobierno centralizado, los bienes públicos eran aportados mayoritariamente por el sector informal y entidades o grupos locales, como las redes de los clanes. Los pastores, que constituían la mayoría de la mano

de obra, eran ignorados en el mejor de los casos y, en el peor, explotados por el régimen; apenas recibían fondos públicos.[39]

En estas circunstancias, la pérdida de estructuras de Estado no tuvo efectos importantes en la provisión de bienes públicos. La fisión incluso redujo la violencia, sobre todo en el periodo transcurrido entre la retirada de las fuerzas extranjeras en 1995 y la invasión etíope de 2006: los conflictos violentos se concentraron en los años en que el Estado se desmoronó, de 1990 a 1995, y cuando los esfuerzos por reconstruirlo tomaron impulso, entre 2006 y 2009. Aunque los señores de la guerra y las milicias cobraban arrendamientos a los civiles, al verse limitados por cuestiones de envergadura y competencia, lo hacían menos que en la dictadura anterior, y los impuestos y los obstáculos al comercio y la actividad empresarial eran mucho menores que antes. A consecuencia de ello, Somalia ha superado o igualado a sus vecinos inmediatos, como ocurrió con una comparativa de países de África occidental en diversos cálculos de nivel de vida. La mayoría de los indicadores de desarrollo mejoraron tras el desmoronamiento del Estado, y las únicas excepciones destacables, la escolarización y la alfabetización adulta, se vieron más afectadas por la reducción de la ayuda exterior que por los cambios en los servicios estatales. Una comparación entre Somalia y cuarenta y un países subsaharianos en trece criterios de desarrollo demuestra que, si bien Somalia obtuvo malos resultados en todos los indicadores documentados durante sus últimos años como Estado, desde entonces ha hecho progresos no solo en términos absolutos, sino también en relación con muchos de esos estados, lo cual es sorprendente. Esto es así tanto en comparación con los países que estaban en paz como con aquellos que experimentaron guerras aproximadamente al mismo tiempo que Somalia.[40]

Dos factores debieron de deprimir la desigualdad somalí tras el desmoronamiento del Estado: 1) la desaparición de una élite nacional relativamente unificada que se había beneficiado mucho de la extracción de arrendamientos, y 2) el cese de las políticas sistemáticas de discriminación contra la mayoría rural a favor de las empresas urbanas y los funcionarios del Estado. Por si sirve de algo, la reducida cantidad de información empírica que existe coincide con esta predicción. El coeficiente de Gini de ingresos para

Somalia en 1997, cifrado en 0,4, era más bajo que en los países vecinos (0,47) y África occidental (0,45) en la misma época. La Base de Datos Internacional Estandarizada de Desigualdad de Ingresos registra una caída en la desigualdad de ingresos en Somalia a principios de la década de 2000, aunque los márgenes de incertidumbre son considerables. Es difícil saber cuánta credibilidad podemos otorgar a la observación de que el coeficiente de Gini de ingresos, actualmente situado entre 0,43 y 0,46 para Somalilandia, que se encuentra algo menos despojada de gobierno central que Somalia en 1997, también es más elevado. Teniendo en cuenta la naturaleza de los datos, transitamos terreno más firme relacionando las mejoras en otros indicadores de bienestar con la desaparición de un Estado cleptocrático y brutal: en la Somalia de Barre, el gobierno era el problema y no la solución. El igualitarismo a través de la quiebra de un Estado sigue siendo una cuestión más esquivada. Aun así, el caso de Somalia respalda hasta cierto punto el argumento general desarrollado en este capítulo.[\[41\]](#)

TODOS LOS ESTADOS DEPRADADORES SON IGUALES; CADA DESMORONAMIENTO EQUIPARA A SU MANERA...

La experiencia de un país como Somalia bajo el liderazgo de Barre es de más interés simplemente porque los estados depredadores o «vampiros» del mundo en vías de desarrollo tienen más en común con las tradiciones premodernas de gobierno estatal que combinaban altos grados de depredación por parte de la élite con bajos niveles de provisión de bienes públicos que con las sociedades occidentales modernas. Sin duda, hay que lanzar varias advertencias. Los estados premodernos generalmente carecían del intrusismo del «socialismo científico» de Somalia, lo cual habría limitado el daño que podían infligir a sus súbditos. También es necesario matizar mi definición tolstoiana de estados depredadores, ya que se sabe que los estados premodernos variaban considerablemente respecto de la calidad y cantidad de

bienes públicos que generaban. No existe un patrón que valga para todos. No obstante, es fácil ver que la desaparición de los estados más rapaces pudo generar beneficios para el bienestar humano en general y para la desigualdad en particular con independencia de cuántos habitantes habrían preferido a un gobierno odioso o ninguno en absoluto. Un modelo económico indica que un estado depredador incontrolado podría ser más perjudicial para el bienestar que la anarquía.[42]

En algunos casos, el desmoronamiento influyó en la desigualdad empeorando la situación de todos, pero aún más la de los ricos. Las notables reducciones en la complejidad general, como en la Grecia de principios de la Edad de Hierro, el Yucatán de finales del periodo clásico o la cuenca del Titicaca tras la época de Tihuanaco, tenían más posibilidades de provocar este resultado. En otros contextos en los que las alteraciones estuvieron más limitadas a la esfera política, como ha ocurrido recientemente en Somalia, el igualitarismo no necesariamente conllevó un empeoramiento general de las condiciones de vida, pero pudo conseguirse afectando sobre todo a los más ricos. El entorno de seguridad era una variable importante: las consecuencias distributivas de los estados fallidos pueden variar mucho dependiendo de si exponen a la población general a una depredación invasiva por parte de extranjeros (por ejemplo, intrusos de la estepa que asedian a comunidades agrícolas) o si la afectan menos. Sin embargo, aunque el grado de equiparación también habría variado, los resultados globales probablemente eran los mismos: una reducción de las disparidades de ingresos y riqueza motivada por la desaparición violenta de jerarquías e instituciones extractivas del Estado. La destrucción de estados y civilizaciones representa el tercer jinete del Apocalipsis, que es también el más antiguo y viajado en la historia de la equiparación global: un jinete que pisoteó las desigualdades a la vez que arrasó vidas allá por donde pasaba.

Quinta parte

PLAGAS

Capítulo 10

LA PESTE NEGRA

EL CUARTO JINETE: MICROBIOS, MALTHUS Y LOS MERCADOS

Hasta el momento nos hemos centrado en la violencia infligida entre humanos y su efecto en la desigualdad: movilizaciones militares de masas que alentaron negociaciones a favor de la población general y empobrecieron a los ricos; revoluciones bañadas en sangre que destruyeron a terratenientes, *kulaks* y la burguesía, además del 1 % auténtico; y el desmoronamiento de estados enteros que arrasó con las élites ricas que se habían adueñado de todo el excedente que pudieron. Ahora debemos tener en cuenta otro elemento igualador: el cuarto jinete, es decir, las enfermedades epidémicas. Este difiere de los otros tres en que implica a otras especies, pero no violentamente: sin embargo, algunos ataques bacterianos y víricos a las sociedades humanas fueron mucho más letales que casi todos los desastres causados por el hombre.

¿Cómo reducen las epidemias la desigualdad? Actuando como lo que el reverendo Thomas Malthus definía en *Ensayo sobre el principio de la población*, de 1798, como «obstáculos positivos». De forma muy general, el pensamiento malthusiano se basa en la premisa de que, a largo plazo, la población tiende a crecer con más rapidez que los recursos. Esto a su vez desencadena obstáculos a un mayor crecimiento de la población: los

«obstáculos preventivos» que reducen la fertilidad a través de la «restricción moral» —esto es, el matrimonio y la reproducción demorados— y «obstáculos positivos» que aumentan la mortalidad. Estos últimos, en palabras del propio Malthus,

incluyen cualquier causa ... que contribuya en alguna medida a acortar la duración natural de la vida humana: ... todas las ocupaciones insalubres, el trabajo duro y la exposición a las estaciones, la pobreza extrema, el mal cuidado de los niños, las grandes ciudades, excesos de toda índole, toda la serie de enfermedades comunes y epidemias, las guerras, las plagas, la peste y la hambruna.[1]

Expresado de forma tan generalizada, este inventario de «obstáculos positivos» combina las consecuencias directas de la presión demográfica con acontecimientos como las epidemias, que no necesariamente serían causadas o tan siquiera exacerbadas por las condiciones demográficas, sino que podrían ser exógenas. Los estudios modernos han puesto énfasis en la importancia de las respuestas al crecimiento de la población y el estrés de los recursos que aumentan la productividad y de ese modo ayudan a contener crisis malthusianas. Así pues, los modelos neomalthusianos más sofisticados conciben un efecto de ajuste en el que la población y la producción se desarrollan por medio de compensaciones entre las presiones de la escasez y el progreso tecnológico o institucional. Asimismo, se cree que la transición demográfica de los últimos ciento cincuenta años mitigó las limitaciones malthusianas gracias a una combinación de innovación desbocada y una menor fertilidad ante el aumento de los ingresos reales, una nueva característica de la modernidad que no se observa del mismo modo en periodos anteriores de la historia. Por esta razón, las mecánicas malthusianas son relevantes sobre todo para entender las sociedades premodernas, que también son el objeto de este capítulo. Los mejores datos disponibles para la Inglaterra de finales de la Edad Media y principios de la Edad Moderna indican claramente que las manifestaciones de enfermedades mortales en forma de epidemias representaban, al menos de forma primaria, si bien no necesariamente exclusiva, factores exógenos que frenaban el crecimiento demográfico con independencia de las condiciones de vida imperantes,

aunque coincidieran con periodos de estrés de recursos que pudieron amplificar sus consecuencias.[2]

En las sociedades agrarias premodernas, las plagas equiparaban alterando la proporción de tierra y mano de obra, reduciendo el valor de la primera (tal como documentan los precios y arrendamientos de tierras y los precios de los productos agrícolas) y aumentando el de la segunda (en forma de salarios reales más altos y arrendamientos más bajos). Esto sirvió para que los terratenientes y empresarios fueran menos ricos y los trabajadores mejoraran sus condiciones, lo cual redujo la desigualdad de ingresos y riqueza. Al mismo tiempo, el cambio demográfico interactuó con las instituciones a la hora de determinar ajustes reales de precios e ingresos. Dependiendo de la capacidad de los trabajadores para negociar con los empresarios, las epidemias tuvieron consecuencias distintas: la existencia de mercados que fijaban los precios de la tierra y sobre todo la mano de obra era una condición previa fundamental para un igualitarismo exitoso. Los microbios y los mercados tenían que actuar en tándem para comprimir la desigualdad. Por último, como veremos, cualquier equiparación que se produjera solía durar poco y, salvo en casos inusuales, al final era revertida por la recuperación demográfica, lo cual provocaba una nueva presión de población.

«**TODOS CREÍAN QUE ERA EL FIN DEL MUNDO**»:

LA PANDEMIA DE FINALES DE LA EDAD MEDIA

Hacia finales de la década de 1320, la peste estalló en el desierto de Gobi y empezó a propagarse por casi todo el Viejo Mundo. La peste es provocada por la cepa bacteriana *Yersinia pestis*, que reside en el tracto digestivo de las pulgas. Las pulgas de las ratas son los huéspedes más populares, pero se sabe que docenas de especies de roedores son portadoras de pulgas infectadas con la peste. Esas pulgas normalmente prefieren encaramarse a un roedor y no buscar nuevas víctimas hasta que la población original de huéspedes haya mermado: esto es lo que provoca la peste en humanos. Existen tres

variedades, de las cuales la peste bubónica es la más común. Es especialmente conocida por el evidente agrandamiento de los ganglios linfáticos de la ingle, las axilas o el cuello —lugares habituales de las picaduras de pulga—, pero su nombre proviene de los bubones llenos de sangre provocados por hemorragias subcutáneas. La necrosis celular y la intoxicación del sistema nervioso son las consecuencias, que matan a un 50 % o un 60 % de los infectados en cuestión de días. Una segunda versión aún más perniciosa, la peste neumónica, se transmite directamente entre personas a través de gotas emanadas de los pulmones infectados. Los índices de mortalidad rondan el 100 %. Muy raramente, el patógeno viaja con los insectos y provoca lo que se conoce como peste septicémica, que se desarrolla con gran rapidez y es siempre mortal.[3]

En el segundo cuarto del siglo XIV, los roedores llevaron pulgas infectadas a China, el sur de India, el oeste de Oriente Próximo, el Mediterráneo y Europa. Las rutas de las caravanas en Asia central sirvieron como canales de diseminación. En 1345, la epidemia llegó a la península de Crimea, donde fue recogida por barcos mercantes italianos e introducida en el Mediterráneo. Las fuentes contemporáneas sitúan este proceso en el asedio del asentamiento genovés de Caffa, en Crimea: cuando se produjo un brote de peste entre los tártaros que sitiaban la ciudad, su líder, Janibeg, supuestamente ordenó que los cadáveres de las víctimas fueran catapultados por encima de los muros para infectar a los genoveses que vivían al otro lado. Sin embargo, no era necesario y tampoco hubiera resultado eficaz, ya que la peste bubónica se desarrollaba en roedores y la peste neumónica en huéspedes humanos vivos. Las conexiones comerciales existentes bastaban para garantizar la transferencia de roedores y pulgas.[4]

La peste azotó Constantinopla a finales de 1347 y al emperador bizantino retirado Juan VI Cantacuceno le debemos una crónica especialmente precisa de sus síntomas:

El arte de un médico no era suficiente; la enfermedad tampoco seguía el mismo curso en todas las personas, pero las otras, incapaces de resistir, morían el mismo día y algunas al cabo de unas horas. Los que podían resistir dos o tres días al principio padecían una fiebre muy violenta y la enfermedad en esos casos atacaba a la cabeza ...

En otros, el mal no atacaba a la cabeza, sino al pulmón, e inmediatamente se producía una inflamación en su interior que provocaba dolores muy fuertes de pecho. De dentro salían esputos sanguinolentos y un desagradable y hediondo aliento. La garganta y la lengua, reseca por el calor, estaban negras y congestionadas de sangre ... Se formaban abscesos en los brazos y en algunos también en la mandíbula y otras partes del cuerpo ... Aparecían ampollas negras. Algunos presentaban manchas negras por todo el cuerpo; en algunas personas eran pocas y muy manifiestas; en otras, oscuras y densas. Se formaban voluminosos abscesos en las piernas o los brazos, de los cuales, al practicar un corte, brotaba una gran cantidad de pus nauseabunda ... Siempre que la gente vomitaba no había esperanza de recuperación, pero, al desesperarse, lo cual empeoraba su postración y agravaba enormemente su enfermedad, morían de inmediato.[5]

Una vez que la mortífera carga hubo atravesado el Bósforo y los Dardanelos, la peste azotó las grandes ciudades árabes de Alejandría, El Cairo y Túnez en 1348. Al año siguiente, todo el mundo islámico se había visto engullido por la pandemia y se documentaron enormes pérdidas, sobre todo en los centros urbanos.

Más al oeste, los barcos genoveses que habían zarpado desde la península de Crimea introdujeron la peste en Sicilia en otoño de 1347. En los meses siguientes se propagó por casi todo el sur de Europa. Las poblaciones de Pisa, Génova, Siena, Florencia y Venecia se vieron diezmadas junto a las de muchas otras ciudades menores. La epidemia llegó a Marsella en enero de 1348 y pronto arrasó el sur de Francia y España. La marcha hacia el norte continuó sin freno: la peste atacó París en la primavera de 1348 y después Flandes y los Países Bajos. Desde Escandinavia, donde apareció en 1349, llegó a lugares aún más remotos como Islandia y Groenlandia. En otoño de 1348, la peste entró en Inglaterra por sus puertos meridionales y recaló en Irlanda al año siguiente. Alemania también se vio afectada, aunque menos gravemente que muchas otras regiones de Europa.[6]

Los observadores contemporáneos narraban angustiadas historias de enfermedad, sufrimiento y muerte, del abandono de las costumbres funerarias y del desorden y la desesperación generalizados. Las experiencias de las grandes ciudades recibieron un trato preferencial por parte de los escritores urbanos. Agnolo di Tura dejó una cautivadora crónica de la peste en Siena que resultaba aún más dolorosa por las tribulaciones del propio autor:

La mortalidad en Siena empezó en mayo. Fue algo cruel y horrible y no sé por dónde empezar a hablar de la crueldad e inmisericordia. Casi todo el mundo parecía estupefacto al contemplar el dolor. Y es imposible que la lengua humana relate la triste verdad. De hecho, quien no presenciara tales horrores puede considerarse afortunado. Y las víctimas morían casi inmediatamente. Tenían hinchazones en las axilas y las ingles y se caían al caminar. Los padres abandonaban a sus hijos, las mujeres a sus maridos y los hermanos entre sí, pues esta enfermedad parecía contagiarse a través de la respiración y la vista. Y así morían. Y no había nadie para enterrar a los muertos por dinero o amistad. Los miembros de una familia llevaban a sus difuntos a una zanja lo mejor que podían, sin sacerdote, sin oficios divinos. Las campanas tampoco repicaban a muerto. Y en muchos lugares de Siena se cavaron grandes hoyos, donde apilaron hasta arriba a la multitud de difuntos. Y morían a centenares, día y noche, y todos eran arrojados a esas zanjas y cubiertos con tierra. Y en cuanto se llenaban esas zanjas, se cavaban más. Y yo, Agnolo di Tura ... enterré a mis cinco hijos con mis propias manos ... Y perecieron tantos que todos creían que era el fin del mundo.[7]

Las fosas comunes mencionadas por Agnolo aparecen en muchas otras narraciones, lo cual nos da una idea del gran número de vidas perdidas. Según la descripción clásica de Giovanni Boccaccio sobre la peste en Florencia,

la multitud de cadáveres era tal ... que no había tierra consagrada suficiente para enterrarlos a todos ... Así que, cuando todas las sepulturas estuvieron llenas, se cavaron enormes zanjas en los cementerios, en las cuales se enterraba por centenares a los recién llegados, amontonados capa sobre capa como el cargamento de un barco. Cada estrato de cadáveres se cubría con una fina capa de tierra hasta que la zanja se encontraba a rebosar.

Estas crónicas han sido corroboradas gracias al descubrimiento de fosas comunes en diferentes zonas de Europa que en ocasiones contenían trazas de ADN de la peste.[8]

La devastación del campo, donde residía buena parte de la población medieval, despertó mucho menos interés. Boccaccio tuvo que recordar a sus lectores que

en las aldeas desperdigadas y en el campo, los pobres y desafortunados campesinos y sus familias no tenían médicos ni sirvientes que los ayudaran y se desplomaban en las cunetas, en los sembrados y en sus casas a todas horas del día y de la noche, muriendo más como animales que como seres humanos.[9]

En 1350, la peste había amainado en el Mediterráneo y al año siguiente lo hizo en toda Europa, aunque solo momentáneamente. De poco serviría hacer un recuento del número de víctimas aportado por testigos medievales que intentaban calcular lo incalculable y a menudo recurrían a cifras redondeadas o estereotípicas. Aun así, los 23.840.000 muertos estimados por el papa Clemente VI en 1351 probablemente no se alejaban mucho de la realidad. Los cálculos modernos de pérdidas totales oscilan entre el 25 y el 45 %. Según la última reconstrucción de Paolo Malanima, la población europea pasó de noventa y cuatro millones en 1300 a sesenta y ocho en 1400, una reducción de más de una cuarta parte. El número de muertes fue especialmente acusado en Inglaterra y Gales, que pudieron perder a casi la mitad de su población de hasta seis millones y no recuperaron niveles previos a la epidemia hasta principios del siglo XVIII, e Italia, donde al menos una tercera parte de la población falleció. Es difícil conseguir estimaciones fiables para Oriente Próximo, pero la mortalidad en Egipto o Siria suele situarse en niveles comparables, sobre todo si tenemos en cuenta el total de pérdidas hasta comienzos del siglo XV.[10]

Datos concretos al margen, no cabe duda del gran impacto que tuvo la peste negra. Según escribía Ibn Jaldún en su historia universal,

la civilización, tanto en Oriente como en Occidente, fue visitada por una plaga destructiva que arrasó naciones e hizo desaparecer poblaciones ... Todo el mundo habitado cambió.

Y, en efecto, lo hizo. Durante la pandemia y en los años inmediatamente posteriores, la actividad humana se redujo. Más a largo plazo, las enfermedades y alteraciones que había causado dejaron huella en una amplia variedad de actitudes e instituciones: la autoridad de la Iglesia se vio debilitada, afloraron el hedonismo y el ascetismo y la caridad aumentó, potenciada tanto por el miedo como por la desaparición de los que no tenían herederos; incluso los estilos artísticos se vieron afectados y los practicantes de la medicina tuvieron que reconsiderar principios afianzados desde hacía

mucho tiempo.[11]

Los cambios más fundamentales se produjeron en la esfera económica, sobre todo en los mercados laborales. La peste negra llegó a Europa en una época en que la población había crecido enormemente —se había duplicado o incluso triplicado— en el transcurso de tres siglos. Aproximadamente desde el año 1000 e. c. en adelante, una combinación de innovación tecnológica, mejores métodos agrícolas y cosechas y la reducción de la inestabilidad política permitieron una expansión de los asentamientos, la producción y la población. El tamaño y el número de ciudades aumentaron. Sin embargo, a finales del siglo XIII, el prolongado florecimiento había terminado. Cuando el óptimo climático medieval tocó a su fin, la abundancia de bocas hambrientas hizo aumentar el precio de la comida al tiempo que la productividad se reducía y la demanda empezaba a superar a la oferta. El avance de las tierras cultivables y los pastos se frenó, lo cual redujo el suministro de proteínas pese a que los cereales básicos se convirtieron en un ingrediente dominante de una dieta cada vez más escueta. La presión demográfica redujo el valor de la mano de obra y, a causa de ello, los ingresos reales. En el mejor de los casos, el nivel de vida se estancó. A principios del siglo XIV se produjo un mayor deterioro cuando las inestables condiciones climatológicas provocaron que las cosechas fueran inferiores y estas desencadenaron a su vez unas hambrunas catastróficas. Aunque los niveles de población se redujeron durante el primer cuarto de siglo, las crisis de subsistencia continuaron otra generación y las epizootias mermaron el ganado.[12]

Al parecer, gran parte de Europa cayó en una especie de trampa malthusiana modificada en la que problemas endógenos como una ratio tierra/mano de obra desfavorable provocada por el crecimiento demográfico anterior y sacudidas exógenas como el cambio climático, que redujo la producción, hicieron la vida precaria para las masas de trabajadores y favoreció a las élites que controlaban los medios de producción, en especial la tierra. La peste negra condujo a una espectacular reducción de la población que dejó las infraestructuras físicas intactas. Gracias al aumento de la productividad, la producción se redujo menos que la población, lo cual provocó un aumento de la producción y los ingresos per cápita.

Independientemente de si la peste acabó con más gente en edad de trabajar que con personas más jóvenes o ancianas, como se ha mantenido en ocasiones, la tierra era más abundante en relación con la mano de obra. Los alquileres de tierras y los tipos de interés cayeron tanto en términos relativos como respecto de los salarios. Los terratenientes salieron perdiendo y los trabajadores podían volver a abrigar esperanzas. Sin embargo, el desarrollo de este proceso en la vida real dependía en gran medida de las instituciones y estructuras de poder que tenían potestad para negociar con los trabajadores medievales.

Algunos observadores contemporáneos de Europa occidental no tardaron en hacerse eco del empujón que dio la mortalidad de masas a las exigencias salariales. El fraile carmelita Jean de Venette afirmaba en una crónica escrita hacia el año 1360 que, tras la epidemia,

a pesar de que había mucho de todo, era el doble de caro: los equipamientos domésticos y la comida, así como las mercancías, la mano de obra, los trabajadores de las granjas y los sirvientes. La única excepción eran las propiedades y las casas, de las que todavía hay superabundancia a día de hoy.

Según la crónica de la abadía de Rochester, atribuida a William Dene,

al existir tal escasez de mano de obra, los humildes empezaron a menospreciar el trabajo y era muy difícil convencerlos de que sirvieran a su eminencia por el triple del salario.^[13]

Los empresarios no tardaron en presionar a las autoridades para que frenaran el creciente coste de la mano de obra. Transcurrido menos de un año desde la llegada de la peste negra a Inglaterra, en junio de 1349, la corona aprobó la Ordenanza de Trabajadores:

Dado que gran parte de la población, y en especial los trabajadores y empleados («sirvientes»), ha muerto en esta pestilencia, mucha gente, en vista de las necesidades de los señores y la escasez de empleados, se niega a trabajar a menos que les paguen un salario excesivo ... Hemos ordenado que todo hombre o mujer de nuestro reino de Inglaterra, libre o no, que sea físicamente apto y por debajo de sesenta años de edad, que no viva del comercio o ejerza una artesanía en particular, que no posea tierras propias que deba trabajar y que no trabaje para otros esté obligado, si se le ofrece un

empleo en consonancia con su estatus, a aceptar dicho empleo, y solo les serán abonadas las cuotas, pagos o salarios que eran habituales en la zona del país donde trabajan en el vigésimo año de nuestro reino [1346] u otro salario apropiado de hace cinco o seis años ... Nadie debe abonar o prometer salarios o pagos superiores a los definidos anteriormente so pena de pagar a quien se sienta perjudicado por ello el doble de lo que pagó o prometió ... Los artesanos y trabajadores no deben recibir por sus servicios y artesanías más dinero del que habrían recibido en el susodicho año vigésimo u otro año apropiado allá donde estén trabajando; y si alguien recibe más, que sea encarcelado.[14]

Al parecer, el efecto de esas ordenanzas fue modesto. Solo dos años después, otro decreto, el Estatuto de Trabajadores de 1351, se quejaba de que

dichos empleados, sin consideración por tal ordenanza y buscando satisfacer su tranquilidad y excepcional avaricia, se niegan a trabajar para grandes hombres y otros a menos que les paguen emolumentos y salarios que dupliquen o tripliquen lo que estaban acostumbrados a percibir en el año vigésimo y antes, para gran perjuicio de los grandes hombres y empobrecimiento de todo el colectivo

e intentó remediar este fracaso con restricciones y penas cada vez más detalladas. Sin embargo, al cabo de una generación, esas medidas habían fracasado. A principios de la década de 1390, Henry Knighton, el canónigo agustino de Leicester, señalaba en su crónica que

los trabajadores se daban tantos aires y eran tan tercos que ignoraron la orden del rey. Si alguien quería contratarlos, tenía que ceder a sus exigencias, ya que, o bien perdía su fruta y su maíz, o bien tenía que consentir la arrogancia y avaricia de los trabajadores.
[15]

Por reformularlo en unos términos menos prejuiciosos, las fuerzas del mercado se impusieron a los intentos por contener el crecimiento de los salarios mediante decretos y coacciones del gobierno, ya que los intereses de los empresarios, en especial los terratenientes, obstaculizaban su interés colectivo inaplicable presentando un frente unido ante los trabajadores. Y en todas partes ocurrió lo mismo que en Inglaterra. En 1349, Francia también intentó limitar los salarios a niveles previos a la peste, pero reconoció la derrota aún más pronto: en 1351, una ley revisada ya permitía incrementos salariales de un tercio. Al poco tiempo, los empresarios tenían que pagar el

salario normal siempre que quisieran contratar.[16]

Gracias a los esfuerzos del historiador de la economía Robert Allen y sus colaboradores, ahora gozamos de acceso a extensas series cronológicas de salarios reales para trabajadores urbanos cualificados y no cualificados que en ocasiones se remontan a la Edad Media y han sido estandarizadas para facilitar una comparación sistemática en el tiempo y el espacio. Las tendencias a largo plazo en los salarios no cualificados documentados para once ciudades europeas y levantinas muestran un panorama claro. En los pocos casos en los que podemos acceder a los salarios anteriores a la peste — en Londres, Ámsterdam, Viena y Estambul—, eran bajos antes del brote inicial y aumentaron rápidamente después. Los ingresos reales alcanzaron máximos a principios o mediados del siglo XV, una época en la que aparecen datos en otras ciudades que muestran unos niveles también elevados. A partir de 1500 aproximadamente, los salarios reales en la mayoría de esas ciudades disminuyeron y alcanzaron niveles anteriores a la peste hacia el año 1600 para luego estancarse o reducirse aún más durante los dos siglos posteriores. Londres, Ámsterdam y Amberes fueron las únicas excepciones, ya que mantuvieron niveles más generosos de compensación al principio de la era moderna, si bien en las dos últimas, los salarios reales se redujeron marcadamente a finales del siglo XV, aunque luego volvieron a recuperarse. Tanto el aumento relacionado con la peste como la posterior caída fueron considerables, del orden del 100 % y el 50 %, respectivamente (Fig. 10.1).

[17]

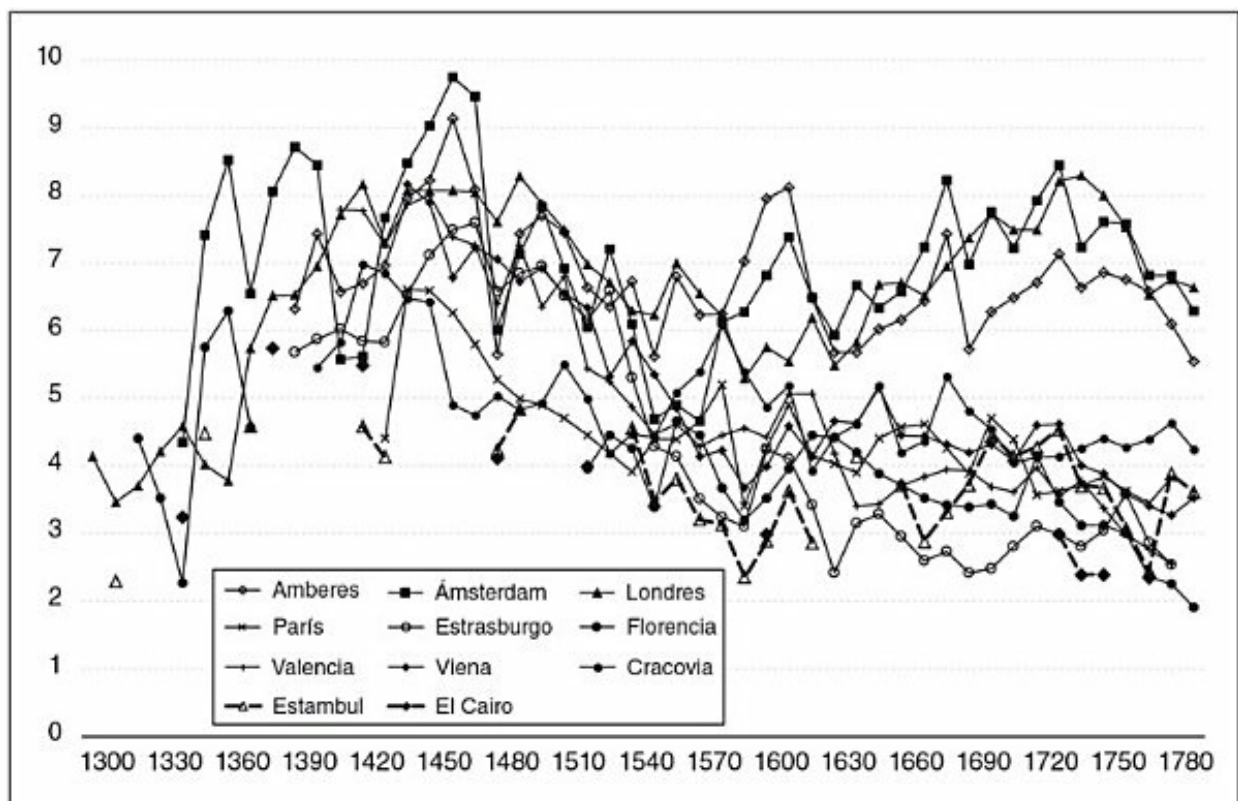


FIGURA 10.1. Salarios reales de los trabajadores no cualificados en Europa y el Levante, 1300-1800

Observamos una situación similar en el caso de los salarios cualificados en catorce ciudades; de nuevo, se duplican entre el periodo inmediatamente anterior a la peste y mediados del siglo XV en todos los casos en los que disponemos de datos y se da una caída generalizada entre 1500 y 1600, seguida de un estacamiento o un mayor declive hasta 1800, con las mismas tres excepciones en el noroeste de Europa que en el otro conjunto de datos (Fig. 10.2).[18]

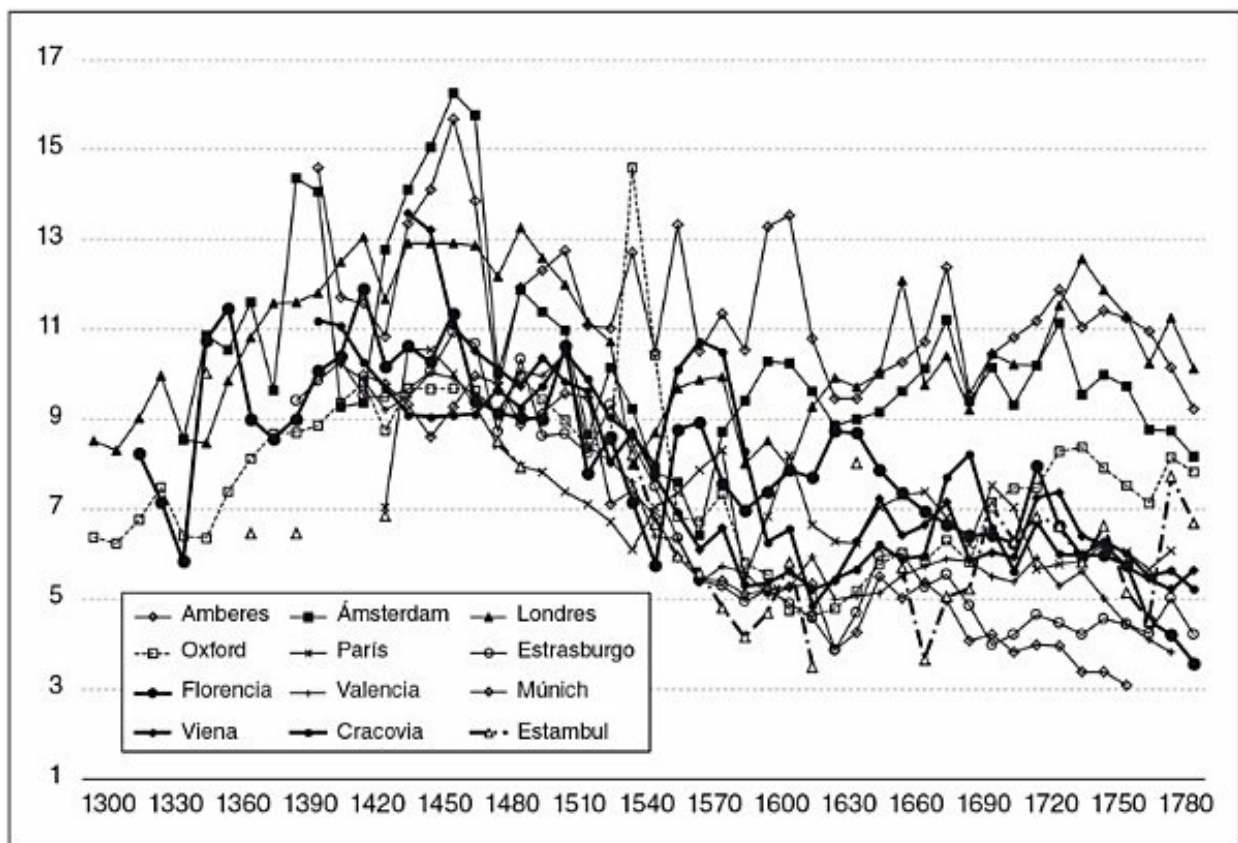


FIGURA 10.2. Salarios reales de los trabajadores cualificados en Europa y el Levante, 1300-1800

El vínculo entre cambio demográfico e ingresos reales es sorprendente: en todas las ciudades evaluadas, los salarios reales alcanzaron máximos poco después de que las cifras de población llegaron a su punto más bajo. La recuperación demográfica revirtió el aumento de los salarios y, en muchos lugares, los salarios reales siguieron disminuyendo a partir de 1600 al tiempo que la población seguía creciendo. Aunque los salarios rurales no están tan bien documentados, se aprecia un fuerte incremento motivado por la peste en el material procedente de Inglaterra (Fig. 10.3).[19]

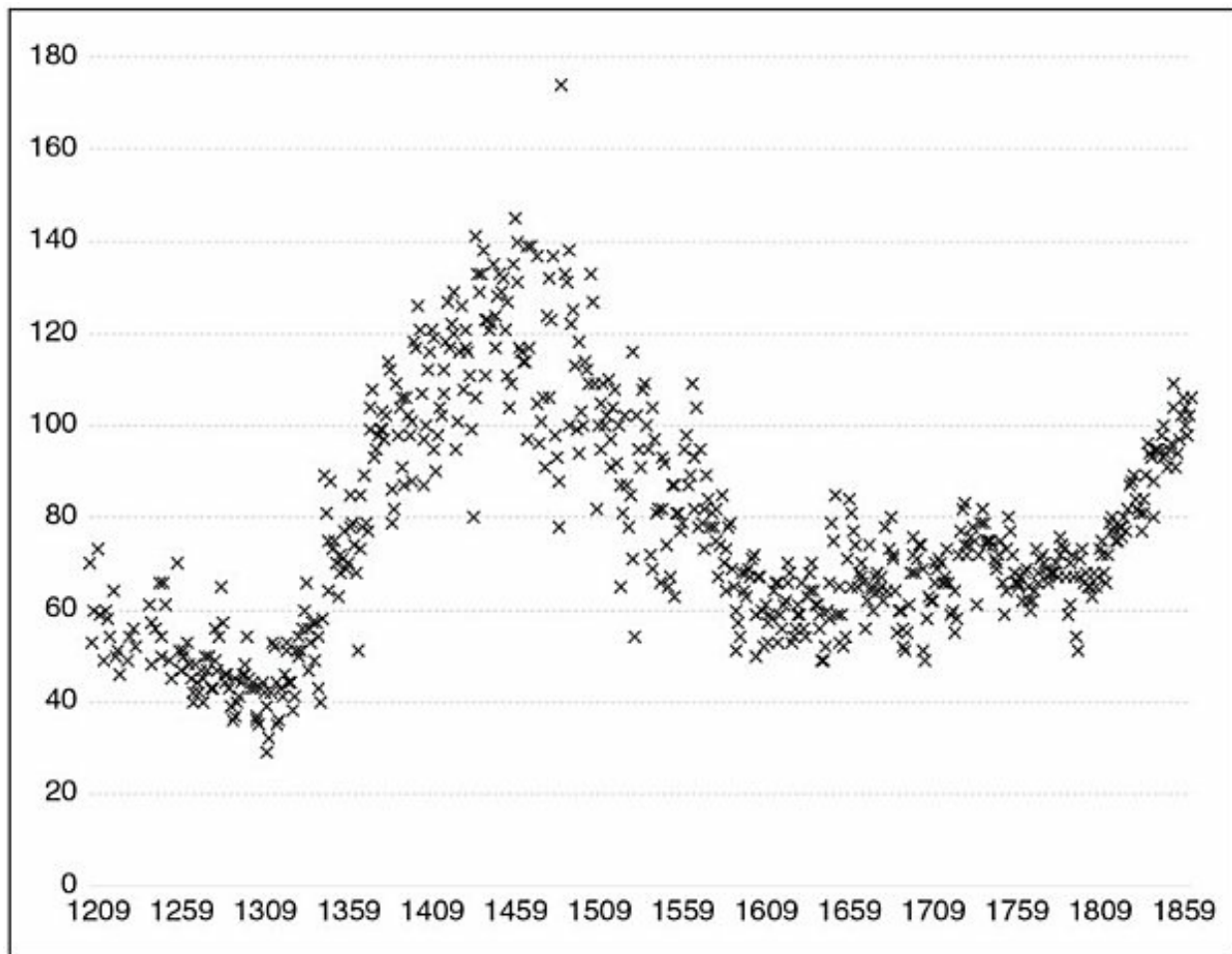


FIGURA 10.3. Salarios rurales reales calculados en cereales en Inglaterra, 1200-1869

Vemos resultados similares en el Mediterráneo oriental. El coste de la mano de obra aumentó rápidamente tras la peste negra, aunque menos tiempo que en Europa. Tal como comentaba el historiador al Maqrizi,

los salarios de artesanos, maleteros, sirvientes, mozos de cuadra, costureros, peones y similares se multiplicaron enormemente; sin embargo, no quedan muchos, ya que la mayoría murieron. Un trabajador de este tipo solo puede encontrarse tras una extenuante búsqueda.

Proliferaban las donaciones religiosas, educativas y filantrópicas, alimentadas por legados de las víctimas de la peste y regalos de supervivientes que habían heredado riquezas. Esto fomentó las obras de construcción en un contexto de escasez de mano de obra, y los artesanos

prosperaron junto a los trabajadores urbanos no cualificados. La mejora temporal del nivel de vida disparó la demanda de carne: según un desglose de ingresos y precios, a principios del siglo XIV el cairota medio podía consumir tan solo 1.154 calorías al día, incluyendo 45,6 gramos de proteínas y veinte gramos de grasa, pero a mediados del siglo XV podía disponer de 1.930 calorías, incluyendo ochenta y dos gramos de proteínas y cuarenta y cinco gramos de grasa.[20]

La calidad de los datos bizantinos y otomanos es desigual, pero en general constatan una situación comparable a la de gran parte de Europa. Hacia 1400, los salarios reales en las urbes bizantinas superaban con creces los niveles previos a la peste, un incremento que refleja la duplicación del precio de los esclavos. Los archivos otomanos demuestran que los ingresos reales de los trabajadores de la construcción en Estambul siguieron siendo altos hasta mediados del siglo XVI y no se superaron sistemáticamente hasta finales del siglo XIX, lo cual pone de manifiesto el carácter inusual del incremento relacionado con la peste.[21]

A pesar de su gravedad, la oleada inicial de la peste negra por sí sola no habría bastado para hacer que los salarios reales urbanos se duplicaran y para mantener ese incremento durante varias generaciones. Fueron necesarios varios brotes para impedir una rápida recuperación demográfica. Toda una serie de visitas posteriores de la peste está bien documentada en las crónicas de finales de la Edad Media. La peste reapareció en 1361 y causó estragos desde la primavera de ese año hasta la siguiente. Conocida como la «peste infantil» (*pestis puerorum*) debido al gran número de jóvenes a los que mató, al parecer atacó sobre todo a los que todavía no estaban vivos cuando apareció el primer brote. Provocó una enorme mortalidad, solo por detrás de la propia peste negra: los cálculos modernos cifran las pérdidas en un 10-20 % de la población europea y una quinta parte de la inglesa. En 1369 llegó una tercera oleada relativamente menos devastadora. Esto marcó la pauta durante el siglo posterior o más. Contando solo las epidemias en Inglaterra, existen datos para 1375, 1390, 1399-1400, 1405-1406, 1411-1412, 1420, 1423, 1428-1429, 1433-1435, 1438-1439, 1463-1465, 1467, 1471 y

1479-1480. Las últimas décadas de este periodo fueron testigo de una mortalidad especialmente masiva que culminó con la epidemia de 1479-1480, probablemente la peor desde 1361. En todos los casos en los que disponemos de recuentos sistemáticos vemos que otros países sufrieron de igual modo: conocemos quince epidemias en Holanda entre 1360 y 1494 y catorce en España entre 1391 y 1457. Por toda Europa, la peste atacaba dos o tres veces por generación, lo cual reducía las cifras de población. A consecuencia de ello, hacia la década de 1430 la población de Europa era la mitad o menos que a finales del siglo XIII. La recuperación demográfica, que variaba según la región, finalmente dio comienzo en la década de 1450, la de 1480 o incluso en el siglo XVI. La mejora que observamos en el nivel de vida de la población trabajadora tuvo su origen en el sufrimiento y la muerte prematura de decenas de millones de personas a lo largo de varias generaciones.[22]

¿Qué sabemos acerca de los efectos de la peste en la desigualdad? La lógica subyacente está clara. Una reducción en el precio de la tierra y la comida y un aumento en el precio de la mano de obra tuvieron que favorecer a los pobres en detrimento de los ricos y, por tanto, es probable que atenuara la desigualdad de ingresos y riqueza. Durante mucho tiempo, los historiadores han recurrido a datos que indican cambios en ese sentido. La demanda de trigo cayó, pero los precios de la carne, el queso y la cebada (utilizada para fabricar cerveza) se mantuvieron, lo cual denota mejoras en la dieta que brindaron a los trabajadores acceso a alimentos que antes estaban reservados a los más adinerados. La demanda de artículos de lujo aumentó de forma más general. Además de unos salarios más altos, los trabajadores ingleses podían pedir y obtener pasteles de carne y cerveza como parte de su compensación. Para los recolectores de Norfolk, el porcentaje de pan en el coste de la dieta se redujo de cerca de la mitad a finales del siglo XIII a un 15-20 % a finales del siglo XIV y principios del XV, mientras que el porcentaje de carne pasó del 4 % al 25-30 % en el mismo periodo.

Dos leyes suntuarias del mismo país aportan fuertes indicios de igualitarismo. En 1337, el Parlamento decretó que solo los nobles y los clérigos con unos generosos ingresos anuales de al menos mil libras tenían

derecho a llevar pieles, consideradas un signo de estatus. Pero quince años después de la llegada de la peste negra, una ley de 1363 permitía lucirlas a todo el mundo, excepto los trabajadores manuales más humildes. Las autoridades simplemente querían estipular qué pieles de animales podían llevar los miembros de cada grupo social, desde conejo y gato en lo más bajo del orden social hasta armiños blancos en lo más alto. El hecho de que incluso esas restricciones más modestas fueran desechadas era un signo de una creciente abundancia de masas y la erosión de las barreras de estatus.[23]

Y mientras los simples mortales podían permitirse lo que antaño eran privilegios de la élite, la nobleza hacía frente a una crisis, ya que el valor de los productos agrícolas de sus fincas decreció y los salarios de quienes los cosechaban aumentaron. A medida que los arrendatarios desaparecían a causa de la enfermedad, los terratenientes tenían que contratar a más trabajadores a cambio de mejores salarios. Los que seguían empleados como arrendatarios gozaban de contratos más prolongados y alquileres más bajos. La sociedad experimentó una inversión generalizada de la tendencia anterior, que hacía al propietario más fuerte y rico y a la mayoría de la gente más pobre: ahora la situación era a la inversa, ya que la élite se adueñaba de menos excedentes y otros recibieron más aproximadamente durante un siglo y medio. Los ingresos derivados de la tierra para los rentistas ingleses menguaron entre un 20 % y un 30 % solo en la primera mitad del siglo XV. Los miembros de la alta burguesía sufrieron una movilidad descendente, mientras que los grandes señores consiguieron mantener su posición con menos ingresos. La peste contribuyó a una drástica contracción de la nobleza: en el transcurso de dos generaciones, tres cuartas partes de las familias nobles se quedaron sin herederos, lo cual hizo que desaparecieran viejas familias aunque surgieran otras nuevas. Tanto la envergadura como la fortuna de la élite menguaron: el número de caballeros escogidos por el rey, que se había triplicado hasta situarse en unos tres mil durante el siglo XIII, cayó hasta los 2.400 en 1400 y 1.300 en 1500, con unos umbrales de ingresos reales comparables. En lo más alto, el número de lores pasó de doscientos en el año 1300 a sesenta en 1500, a menudo gracias a la movilidad descendente y a fusiones concebidas para compensar el declive de las fortunas familiares. Los ingresos aristocráticos

más altos que se han documentado también cayeron drásticamente entre 1300 y el siglo XV.[24]

Hechos generales como estos indican cierto grado de equiparación. Pero hasta hace unos pocos años no han aparecido datos cuantitativos que lo respalden. En una iniciativa sin precedentes, Guido Alfani ha recabado y analizado datos de archivos urbanos del Piamonte, en el norte de Italia. La información sobre la distribución de activos se ha conservado en registros de la propiedad locales. Muchos de ellos únicamente documentan fincas, y solo en algunos casos incluyen otros tipos de activos, como capital, crédito y bienes muebles, algo comparable a la detallada cobertura del famoso *catasto* florentino de 1427. Estas limitaciones nos dejan la desigualdad en la propiedad de tierras como la única variable susceptible a análisis comparativos sistemáticos. Aunque el conjunto de datos más antiguo data de 1366, en la mayoría de los casos los archivos son de finales del siglo XV en adelante. Durante este último periodo observamos una tendencia persistente de creciente desigualdad. En casi todos los casos, las entradas del siglo XVIII para cada ciudad arrojan unos coeficientes de Gini más elevados que los archivos de finales del periodo medieval. Esto es cierto tanto en las comunidades urbanas como rurales y con independencia de si se mide la desigualdad por medio de coeficientes de Gini o de los porcentajes de riqueza del decil más adinerado, todos ellos utilizados en la figura 10.4. Esta tendencia general hacia la concentración de propiedades denota la fase ascendente de una «supercurva» generada por la expansión económica de principios de la era moderna, que comentaba en el tercer capítulo.[25]

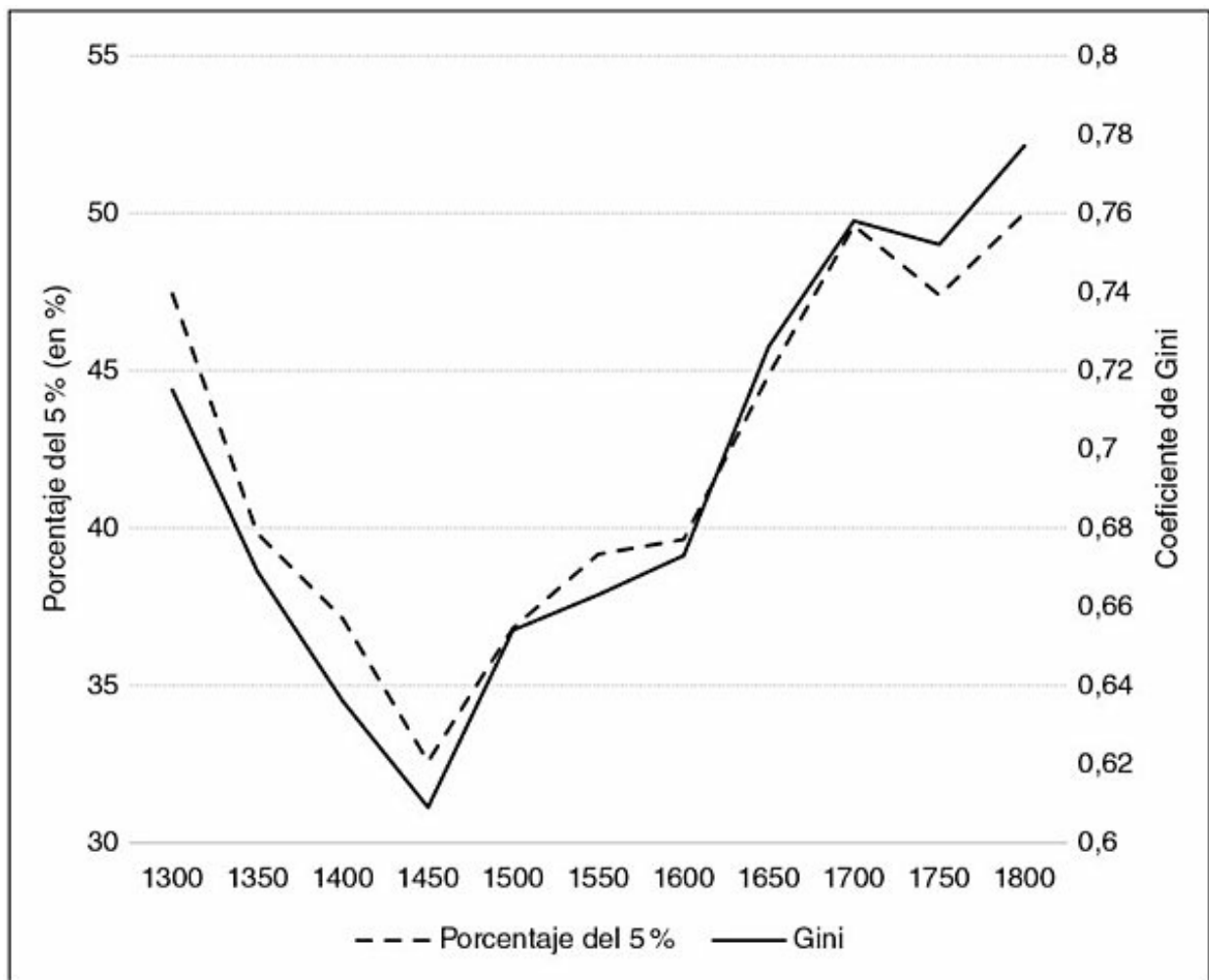


FIGURA 10.4. Porcentajes de riqueza del 5% más adinerado y coeficientes de Gini de distribución de riqueza en las ciudades del Piamonte, 1300-1800

El hallazgo más sorprendente guarda relación con los años previos a la peste y durante la epidemia. En las tres poblaciones para las cuales disponemos de datos sobre ese periodo, Chieri, Cherasco y Moncalieri (que en su conjunto representan los datos urbanos previos a 1450 que se incluyen en la figura 10.4), la desigualdad se redujo en el siglo XIV y a principios del XV, cuando la peste no cesaba de regresar en oleadas sucesivas. En varias comunidades del Piamonte y la Toscana, el porcentaje de familias que poseían al menos diez veces la riqueza media de las familias locales cayó durante el mismo periodo. Este efecto igualador coincide con los datos sobre salarios reales ya evaluados: en la cercana Florencia, los salarios reales de los

trabajadores no cualificados se duplicaron en el mismo periodo (véase la figura 10.1). Unos ingresos disponibles más elevados facilitaron a los trabajadores la adquisición de propiedades incluso cuando las sacudidas de la peste provocaban un traspaso de poderes entre la élite. La forma de la distribución también es importante, teniendo en cuenta que el cambio de rumbo de una desigualdad decreciente a una creciente coincide con el punto de inflexión demográfico, cuando las cifras de población llegaron a sus mínimos e iniciaron su recuperación gradual.[26]

Como en el caso de la mayoría de las series de salarios reales, esta compresión de la desigualdad no duró demasiado. La concentración de tierras se intensificó a partir de mediados del siglo XV y en general fue en aumento, pero, además, la reaparición de la peste en 1630, que supuso la peor crisis de mortalidad regional desde la peste negra y se cree que acabó con la vida de un tercio de la población del norte de Italia, no tuvo un efecto comparable en la desigualdad: los coeficientes de Gini y los porcentajes máximos de riqueza en 1650 o 1700 eran más altos que en 1600 pese a ciento cincuenta años de recuperación. Esto indica que tras la conmoción inicial de la peste negra y sus reapariciones inmediatas, que afectaron a los terratenientes que no estaban preparados para afrontar las consecuencias económicas, las clases con propiedades finalmente desarrollaron estrategias para proteger sus fincas en tiempos de sacudidas demográficas: adaptaciones institucionales como el uso del *fideicommissum* (que permitía que la familia se quedara con las propiedades aunque no existieran herederos adecuados) pudieron ser cruciales para mantener intactos los bienes de la élite. Al parecer, incluso la epidemia más violenta podía ser domesticada mediante el aprendizaje cultural, lo cual mitigó el efecto equiparador de la relajación malthusiana.[27]

Podemos formar una panorámica muy similar a partir de los datos del archivo sobre impuestos a la riqueza en diferentes zonas de la Toscana. Por aportar un ejemplo particularmente sorprendente, la distribución de la riqueza en la población rural de Poggibonsi está bien documentada desde 1338 hasta 1779 y muestra una igualación tras la peste negra y una concentración permanente a partir de entonces (Fig. 10.5). Datos comparables de otras diez comunidades rurales del territorio de Florencia, además de las ciudades de

Arezzo, Prato y San Gimignano, no siempre arrojan resultados tan claros, pero en general revelan las mismas tendencias generales (Fig. 10.6). El único periodo observado de declive significativo está asociado a la peste: en las zonas rurales, la desigualdad en general aumentó a partir de 1450 aproximadamente; más o menos desde 1600, los coeficientes de Gini observados casi siempre fueron más altos que en siglos anteriores y en todos los casos alcanzaron máximos durante el siglo XVIII. Asimismo, en varias comunidades, las curvas de Lorenz se aplanaron justo después de la peste negra, lo cual indica que la igualación fue motivada sobre todo por las pérdidas entre los ricos.[28]

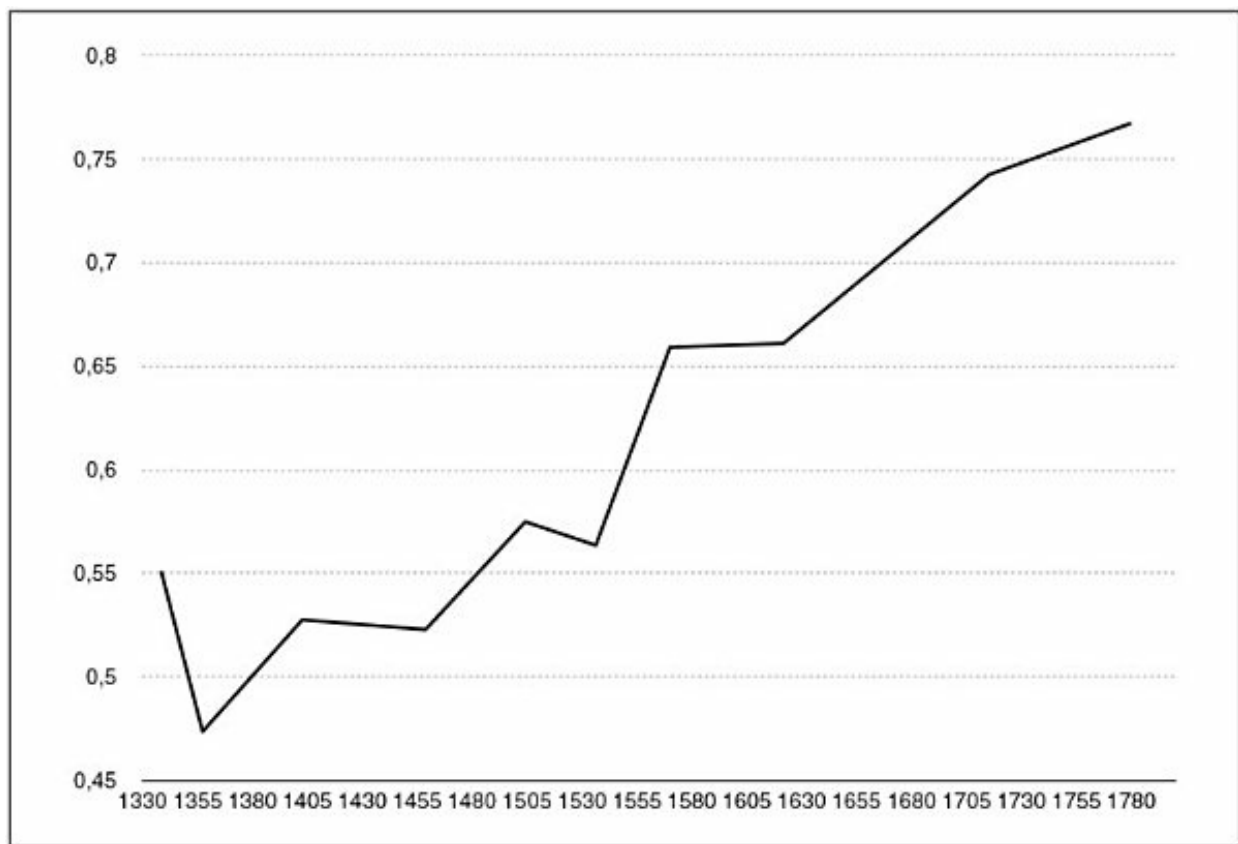


FIGURA 10.5. Coeficientes de Gini de riqueza en Poggibonsi, 1338-1779

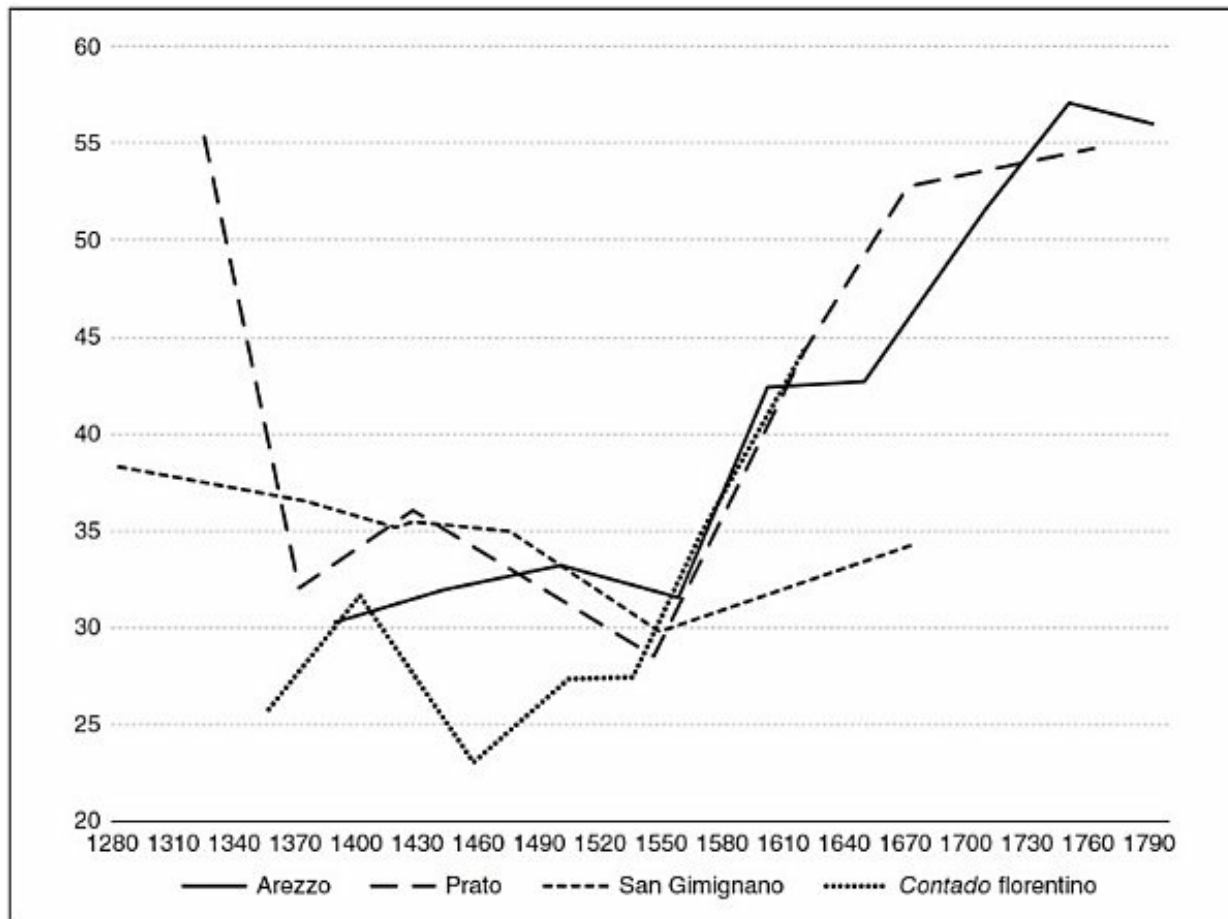


FIGURA 10.6. Porcentaje de riqueza del 5 % más rico en la Toscana, 1283-1792

También corrobora esas dinámicas el territorio de Lucca, donde la desigualdad experimentó una marcada caída y una rápida recuperación durante y después de la epidemia (Fig. 10.7). Ahora también existen datos sobre la creciente concentración de riqueza en Lombardía y Veneto aproximadamente entre 1500 y 1600, pero no disponemos de datos anteriores a la peste.[\[29\]](#)

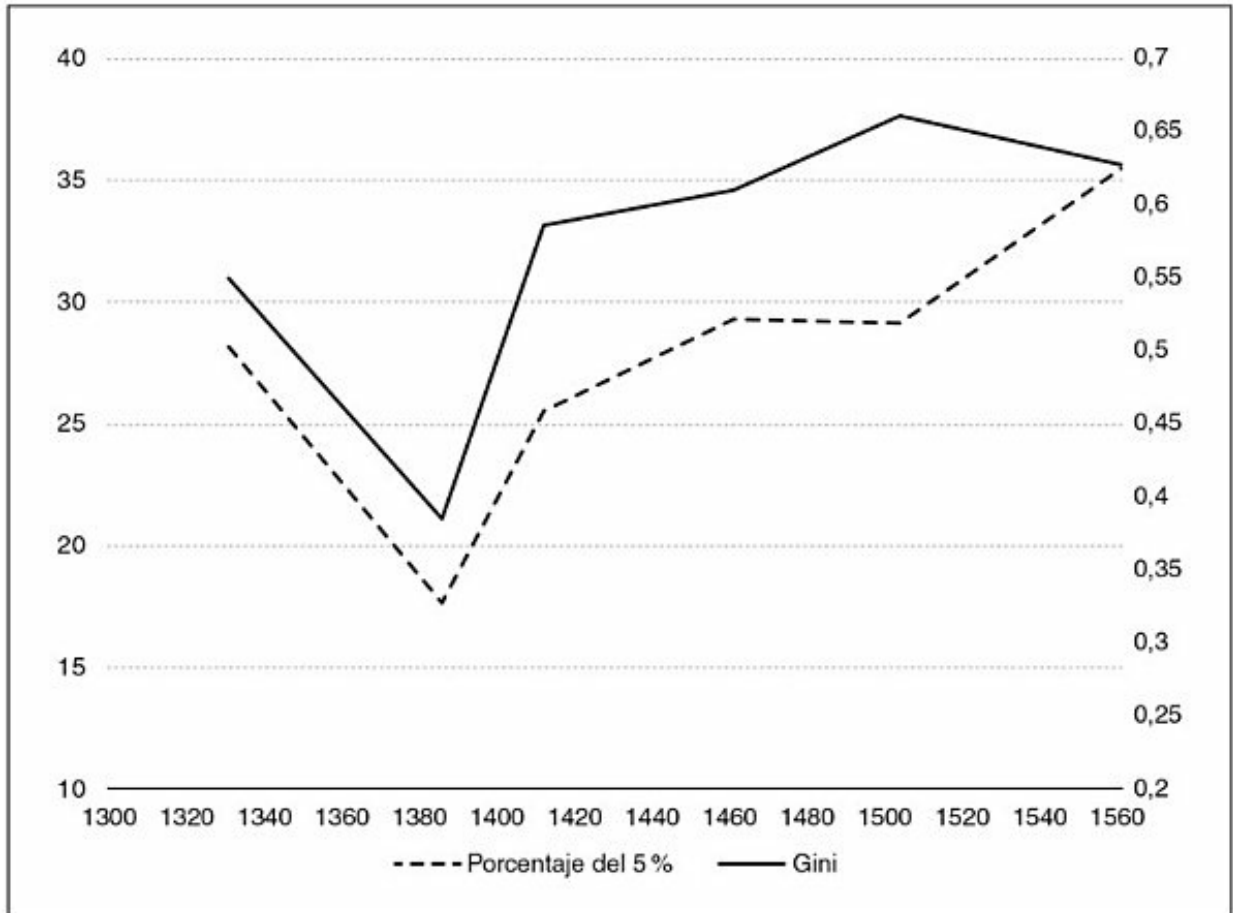


FIGURA 10.7. Porcentajes de riqueza del 5 % más adinerado y coeficientes de Gini de distribución de riqueza en Lucca, 1331-1561

La experiencia italiana del siglo XVII pone de relieve la importancia de otros factores aparte del cambio demográfico como tal. Ya hemos mencionado los intentos fallidos por estabilizar los salarios a niveles previos a la peste. Las élites tenían grandes incentivos para contener los efectos igualadores de la peste negra y sus reapariciones. El éxito de dichas medidas variaba enormemente de una sociedad a otra dependiendo de su estructura de poder e incluso de su ecología. En Europa occidental, los trabajadores se beneficiaron porque se embolsaban las ganancias de la escasez de mano de obra. No solo fracasaron las restricciones a los salarios y la movilidad, sino que el *shock* demográfico de la peste también acabó con la institución medieval de la servidumbre. Los campesinos ejercían su movilidad y se mudaban a otras casas de campo si ofrecían mejores condiciones laborales.

Esto hizo bajar los alquileres y condujo a la conmutación y posterior eliminación de servicios laborales que habían sido un rasgo habitual de la economía feudal. Los arrendatarios acabaron pagando solo el alquiler y tenían la oportunidad de trabajar tanta tierra como pudieran gestionar. Esto fomentó la movilidad ascendente y llevó a la creación de una clase de propietarios rurales integrada por campesinos prósperos. Por ofrecer solo un ejemplo, en Redgrave Manor, Inglaterra, los terrenos tenían una media de treinta hectáreas en 1300, de cincuenta en 1400 y de más de setenta en 1450. Por toda Europa occidental se produjeron cambios similares. Hacia el año 1500, lo que se conoce como tenencia consuetudinaria se había convertido en el arrendamiento dominante en el oeste, el sur y el centro de Europa: los contratos estipulaban pagos anuales fijos basados en el mejor acuerdo al que pudieran llegar los arrendatarios-agricultores por medio de una negociación. [30]

En ocasiones, los trabajadores recurrían a la violencia para resistirse a los intentos de la élite por negarles sus recién descubiertas ganancias. Como veíamos en el capítulo 8, el resultado fueron rebeliones populares como la Jacquerie de Francia (1358) o la revuelta de los campesinos ingleses en 1381. Esta última estuvo motivada por la aprobación de impuestos de capitación para compensar la reducción de las rentas estatales, pero en la práctica la provocó el deseo de los trabajadores de preservar unos ingresos más elevados ante señores que querían mantener su posición económica privilegiada: una de las exigencias de los rebeldes era el derecho a negociar libremente los contratos laborales. A corto plazo, la revuelta fue aplastada por medio de la fuerza, pero, aunque se aprobaron nuevos estatutos restrictivos y Ricardo II prometió a los campesinos que seguirían «atados, no como antes, sino con una dureza incomparable», el movimiento procuró concesiones a los agricultores: los impuestos de capitación fueron derogados y la capacidad de negociación de los campesinos se amplió con el tiempo. Los poetas conservadores de la época se quejaban de los «trabajadores vagabundos» que «ven el mundo necesitado de sus servicios y su labor y ... son arrogantes porque hay muy pocos»: «por lo poco que hacen exigen el salario más alto». En general, los trabajadores consiguieron beneficiarse de la escasez de mano

de obra, al menos mientras duró.[31]

Sin embargo, en otras regiones los terratenientes fueron más diestros a la hora de limitar la capacidad de negociación de los trabajadores. En algunos países de Europa del Este —Polonia, Prusia, Hungría— se introdujo la servidumbre después de la peste negra. La descripción clásica de este proceso se remonta a Jerome Blum, quien observaba en 1957 que Europa central y oriental hacían frente a los mismos problemas de despoblación, tierras abandonadas y reducción del precio de la tierra y los cereales que otras zonas situadas más al oeste. La nobleza propietaria de tierras recurrió a medidas legales para frenar la mengua de beneficios, imponiendo límites a los salarios y al precio de los productos urbanos. A diferencia de Europa occidental, los poderosos se afanaron en incrementar las obligaciones de los trabajadores en lugar de reducirlas, sobre todo las cuotas, los pagos en efectivo y las restricciones a la libertad de movimientos. En varios países, como Prusia, Silesia, Bohemia, Moravia, Rusia, Lituania, Polonia y Livonia, se prohibió a los arrendatarios que se ausentaran sin permiso o sin pagar una abultada cuota o todos los atrasos, o excepto en ciertos momentos o en algunos casos. Se prohibió la búsqueda de trabajadores por ley o acuerdo señorial; podía ordenarse a las ciudades que rechazaran a los emigrantes y los gobernantes aprobaron tratados para su retorno a sus países natales. La deuda de los arrendatarios era un poderoso instrumento de retención. Las obligaciones y restricciones siguieron ampliándose en el siglo XVI. Varios factores conspiraron para constreñir a los trabajadores, en especial el creciente poder político de la nobleza, que ejercía una influencia jurisdiccional cada vez mayor sobre los campesinos que trabajaban en sus fincas, además de hechos desfavorables en los ámbitos de la comercialización y el urbanismo. A medida que los nobles aumentaban sus poderes a expensas del Estado y que las ciudades eran incapaces de ofrecer un contrapeso, los trabajadores se vieron atrapados en unos acuerdos cada vez más coercitivos. Aunque los estudios revisionistas sobre esta cuestión han arrojado muchas dudas acerca de esta reconstrucción clásica, lo cierto es que las repercusiones para los trabajadores diferían mucho de las de Europa occidental.[32]

En el Egipto mameluco se aplicó otra serie de limitaciones. Como ya

hemos señalado, el país se había visto fuertemente azotado por la peste negra y los salarios reales y los niveles de consumo en las ciudades habían aumentado como en otros lugares, al menos al principio. Sin embargo, una configuración inusual del poder político y económico permitió a la élite resistirse a las demandas de los trabajadores. En su condición de clase conquistadora extranjera, los mamelucos controlaban la tierra y otros recursos de una manera centralizada y colectivista. Los miembros de la clase gobernante mameluca obtenían ingresos de sus *iqta'* individuales, unas asignaciones provenientes de sus tierras y otras fuentes. Cuando se redujeron las ganancias debido a la escasez de mano de obra y las perturbaciones agrarias, la respuesta del Estado fue aumentar los privilegios ahogando más a un número de contribuyentes cada vez menor. En entornos urbanos, esto no supuso solo impuestos más altos, sino también confiscaciones, compras forzadas y la creación de monopolios. Esas respuestas coercitivas ayudan a explicar la fugaz naturaleza de las ganancias salariales documentadas en El Cairo a finales de la Edad Media.[33]

La represión fue aún más acusada en el campo. Los mamelucos eran rentistas ausentes desconectados de sus fincas que ni podían ni querían actuar como terratenientes dispuestos a negociar para hacer frente a unas circunstancias de cambio. Mantener los flujos de arrendamiento era responsabilidad de una burocracia centralizada que constituía un estrato intermedio que separaba a los mamelucos de los productores agrícolas. Esos gestores presionaban a los campesinos y recurrían a la violencia si era necesario. Los campesinos respondieron emigrando a las ciudades e incluso con revueltas. Algunos beduinos se infiltraron en tierras abandonadas, un proceso que redujo aún más la base de beneficios. Por añadidura, debido a las peculiaridades del entorno egipcio, las pérdidas de mano de obra causadas por la peste y las huidas dañaron un elaborado sistema de riego que exigía un mantenimiento constante. Eso hizo que los activos agrícolas fueran más vulnerables que en Europa. Por tanto, es posible que el cambio en la ratio tierra/mano de obra no fuera tan grande como en Europa si la cantidad de tierra cultivable disminuyó con rapidez. La combinación de esas características —el abrumador poder de negociación de los mamelucos que

recurrían a la explotación colectivista y controlaban el Estado, su distanciamiento de la tierra utilizando intermediarios, la falta de mejoras tecnológicas para sustituir capital por mano de obra, el incumplimiento de las demandas por parte de los productores y el consiguiente deterioro de la base de recursos— deprimió la producción y los ingresos en las zonas rurales. El contraste con el auge del contractualismo en Europa occidental, que supuso unos ingresos reales más altos para los trabajadores e importantes efectos igualadores, difícilmente pudo ser más pronunciado.[34]

Las diferentes repercusiones de la peste negra y la persistencia de la desigualdad durante su reaparición en Italia en el siglo XVII demuestran que ni siquiera las epidemias más devastadoras pueden igualar por sí solas la distribución de riqueza o ingresos. Las disposiciones institucionales eran capaces de contener la fuerza de las sacudidas demográficas, manipulando los mercados laborales por medios coercitivos. Una forma de violencia podía verse compensada por otra: si los ataques microbianos eran recibidos con suficiente fuerza humana para eliminar la capacidad de negociación, las élites podían mantener o restablecer rápidamente unos elevados niveles de desigualdad. Esto significa que los efectos igualadores de las epidemias se contuvieron de dos maneras: con el paso del tiempo, en la medida en que casi siempre eran erradicados cuando se recuperaban las cifras de población, y gracias al entorno social y político en el que se desarrollaban. Por ello, la epidemia solo redujo notablemente la desigualdad en algunos casos y durante un tiempo determinado.

Capítulo 11

PANDEMIAS, HAMBRUNA Y GUERRA

«NACIMOS PARA MORIR»: LA NUEVA PANDEMIA MUNDIAL

La peste negra de mediados del siglo XIV, junto con sus reapariciones periódicas, que se prolongaron al menos hasta el siglo XVII en Europa y bien entrado el XIX en Oriente Próximo, probablemente sea la pandemia más conocida de la historia, pero no fue en modo alguno la única. Cuando empezó a amainar en Europa, las travesías españolas por el Atlántico desataron en el Nuevo Mundo una serie de pandemias igual de masivas y puede que aún más catastróficas.

Desde que el aumento del nivel del mar cortó la conexión de Beringia entre Alaska y Siberia al final de la última glaciación, los entornos de población y enfermedades del Viejo y el Nuevo Mundo se habían desarrollado de forma independiente. Interactuando con una mayor variedad de animales infestados de patógenos que sus homólogos americanos, los habitantes de Afroeurasia habían estado cada vez más expuestos a enfermedades infecciosas a menudo mortales como la viruela, el sarampión, la gripe, la peste, la malaria, la fiebre amarilla y el tifus. A finales del periodo medieval, la fusión gradual de los focos de enfermedad regionales del Viejo Mundo tras los contactos comerciales y a la postre militares garantizaron una cobertura máxima, lo cual hizo que esas enfermedades mortales se volvieran

endémicas. Por el contrario, los indígenas americanos vivían en un entorno de enfermedades menos graves y carecían de exposición previa a esos azotes del Viejo Mundo. La exploración y las conquistas iniciaron lo que Alfred Crosby denominaba el «intercambio colombino», contactos transatlánticos que introdujeron rápidamente toda una serie de infecciones letales en las Américas. Y aunque el Nuevo Mundo les devolvió el favor enviando la sífilis en la otra dirección, la aportación europea de patógenos a las Américas fue mucho más diversa e inmensamente más catastrófica.[1]

La viruela y el sarampión fueron las enfermedades más devastadoras introducidas por los europeos. Durante mucho tiempo habían sido endémicas en el Viejo Mundo en los primeros años de infancia y azotaron las Américas en brotes epidémicos. Aunque la mayoría de los marineros debieron de estar expuestos a esas enfermedades en la infancia y estaban protegidos de adultos, en ocasiones se unían portadores activos a las expediciones por el Atlántico. Los adultos no eran inmunes a la gripe, la tercera enfermedad más letal. Esas tres eran las nuevas infecciones más contagiosas, ya que se transmitían por gotas o contacto físico. Otras, como la malaria, el tifus y la peste, requerían portadores adecuados, esto es, mosquitos, piojos y pulgas, respectivamente. Pero era solo cuestión de tiempo.

Transcurrido un año desde el primer viaje de Cristóbal Colón, las infecciones empezaron a arrasarse la isla de La Española, el primer asentamiento europeo. Su población indígena pasó de probablemente centenares de miles de individuos a 60.000 en 1508, 33.000 en 1510, 18.000 en 1519 y menos de 2.000 en 1542. Varias epidemias avanzaron por el Caribe y no tardaron en llegar al continente. La primera pandemia de viruela se produjo en 1518 y arrasó las islas, y en 1519 causó una enorme mortalidad entre los aztecas y los mayas de Mesoamérica. Su impacto fue tal que los supervivientes aztecas contarían las fechas desde su aparición, reconociendo así un acontecimiento trascendental que inició una nueva era de horrores. Transmitida por contacto y sin remedios existentes, afectó a poblaciones vírgenes con toda su fuerza. Según un observador azteca,

nos salían llagas en la cara, los pechos y la barriga; estábamos cubiertos de llagas

agonizantes de pies a cabeza. La enfermedad era tan terrible que nadie podía hablar o moverse. Los enfermos se hallaban tan indefensos que solo podían tumbarse en la cama cual cadáveres, incapaces de mover las extremidades o tan siquiera la cabeza. No podían yacer boca abajo ni de lado. Si se movían, gritaban de dolor.

Con su descontrolada ferocidad, la epidemia allanó el terreno para la conquista española: tal como afirmaba Bernardino de Sahagún sobre la toma de la poderosa capital azteca de Tenochtitlán,

las calles estaban tan repletas de muertos y enfermos que nuestros hombres solo pisaban cuerpos.[2]

En la década de 1520, la viruela llegó al imperio andino de los incas, donde acabó con un gran número de personas, probablemente incluido el líder Huayna Cápac. La segunda gran pandemia comenzó en 1532, esta vez causada por el sarampión. Una vez más, las pérdidas fueron enormes y se extendieron desde México hasta los Andes. Una epidemia especialmente grave, con toda probabilidad el tifus, devastó la Mesoamérica central entre 1545 y 1548. En sucesos posteriores aparecieron simultáneamente varias enfermedades, como a finales de la década de 1550 y principios de la siguiente, cuando la gripe al parecer tuvo un papel destacado. Se documentaron cada vez más desastres, que culminaron en la pandemia compuesta de 1576 a 1591, cuando toda una serie de brotes diezmaron al resto de la población, primero el tifus y más tarde una combinación de viruela y sarampión (1585-1591), uno de los hechos más violentos hasta la fecha. Las epidemias continuaron durante la primera mitad del siglo XVII, posiblemente con menos fuerza y gran variación regional, pero aun así fueron muy perturbadoras. Aunque la mortalidad masiva y la consiguiente dislocación contribuyeron al avance español, los nuevos gobernantes pronto intentaron contener la marea y a finales del siglo XVI utilizaron más médicos e impusieron cuarentenas con la esperanza de preservar mano de obra indígena a la que pudieran explotar. Los efectos de esas medidas fueron pequeños en el mejor de los casos: las epidemias llegaban por oleadas, más o menos una vez por generación, y aproximadamente durante los primeros

ciento cincuenta años el número de víctimas solo se redujo de forma moderada. Asimismo, la violencia de la propia conquista, a través de las múltiples sacudidas económicas, sociales y políticas que infligió a las poblaciones indígenas, sin duda exacerbó la crisis de mortalidad generalizada.

El impacto demográfico acumulativo fue catastrófico. El único interrogante real es la escala de la pérdida de vidas, un problema que han abordado varias generaciones de estudiosos pero que es difícil de solventar debido a la ausencia de información fiable sobre los niveles de población antes del contacto. En el caso de México, la bibliografía propone una mortalidad acumulativa de entre el 20 % y el 90 % aproximadamente. Parece razonable concluir que los niveles de mortalidad asociados a la peste negra deberían considerarse mínimos en el Nuevo Mundo. Es probable que México perdiera al menos a la mitad de su población y que los niveles fueran mucho más altos, al menos en zonas más limitadas.[3]

Durante mucho tiempo ha planeado el interrogante de si esta drástica contracción demográfica limitó la desigualdad de recursos. La evolución de la riqueza debió de verse condicionada por los cambios en el poder estatal, ya que los imperios estratificados de los aztecas y los incas fueron sustituidos por dominios españoles también jerarquizados. Necesitamos datos contrastados para determinar cómo afectó el cambio demográfico a los mercados laborales. Jeffrey Williamson, en un osado intento por esbozar una «historia sin pruebas» de la desigualdad latinoamericana, observaba simplemente que la lógica malthusiana estándar predecía un aumento de los salarios reales en respuesta a las enormes pérdidas de población que sobrevinieron en el siglo XVI, pero fue incapaz de citar datos que apoyaran esa conjetura. En 2014, un estudio pionero sobre ingresos en Latinoamérica durante tres siglos a partir de la década de 1530 cambió finalmente esta situación. La figura 11.1 muestra el incremento y la caída de los salarios reales de los trabajadores en la zona de Ciudad de México.[4]

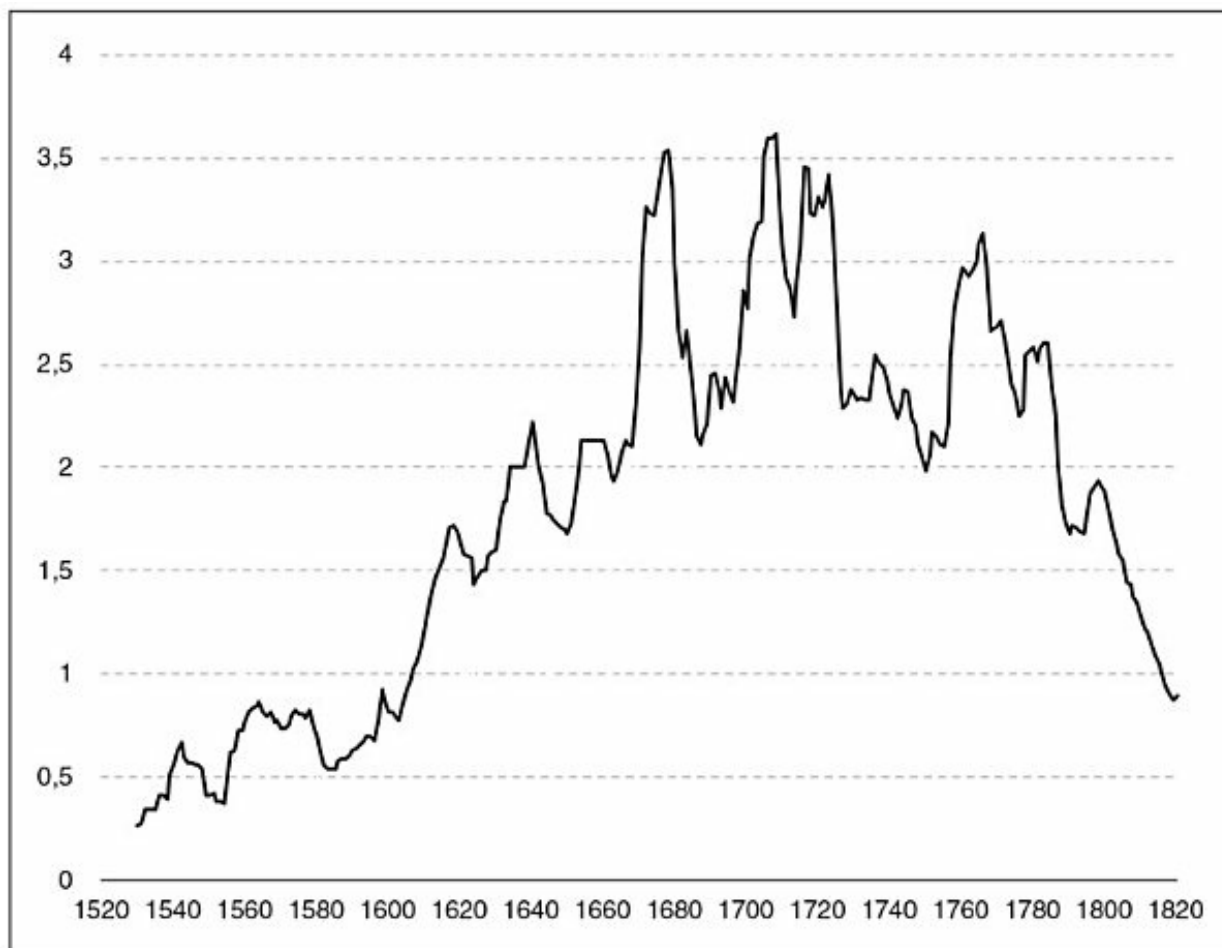


FIGURA 11.1. Salarios reales expresados en múltiplos de cestas de la compra mínimas en México central, 1520-1820

La curva invertida invita a una interpretación malthusiana de los cambios salariales en respuesta al declive de población y su posterior recuperación, pero la falta de progreso en el siglo XVI, cuando la mortalidad epidémica fue especialmente acusada, requiere alguna explicación. La respuesta probablemente radique en que los españoles recurrieron a la coacción para conseguir mano de obra ante la contracción demográfica, una práctica que tenía su origen en regímenes precolombinos de trabajos forzados. Por tanto, es posible que la intervención del gobierno eliminara las negociaciones salariales durante mucho tiempo. Esta interpretación encajaría con el hecho de que la coacción fue especialmente intensa en las primeras fases del gobierno español en México. Así pues, la «encomienda» —una concesión

para obtener mano de obra y tributos de la población indígena que era asignada a beneficiarios individuales— era la forma estándar de remuneración de la élite en la primera generación después de la conquista. Esta disposición fue abolida en 1601 con la salvedad de la minería, aunque en realidad persistió hasta bien entrada la década de 1630. Aun así, el número total de encomiendas ya había pasado de quinientas treinta y siete en 1550 a ciento veintiséis en 1560.

Al principio, los salarios también se vieron sometidos a severas limitaciones que fueron relajándose con el tiempo. En el México del siglo XVI, el virreinato marcaba los salarios y la coacción era omnipresente. Desde principios del siglo XVII, la liberalización de los mercados laborales permitió un aumento de los salarios reales. Los resultados fueron extraordinarios: mientras que en 1590 los trabajadores estaban remunerados a un nivel de subsistencia mínimo, hacia 1700 los salarios reales no iban muy a la zaga de los del noroeste de Europa, que por aquel entonces se consideraban los más altos del mundo. Si la caída observada en el siglo XVI estuvo motivada por una intervención estatal, la posterior liberalización permitió que la escasez de mano de obra se viera reflejada en los niveles de compensación reales. A diferencia de los estatutos del trabajo de Europa occidental en tiempos de la peste negra, que en general apenas tuvieron efecto, el trabajo forzado en México, que estaba más afianzado, otorgaba mayores poderes de intervención a las autoridades. Y los beneficios de los trabajadores no persistieron mucho tiempo: los salarios reales se redujeron a partir de la década de 1770 y en 1810 habían vuelto al nivel de la subsistencia básica.[5]

Con diferencia, el rasgo más sorprendente del aumento de los salarios reales en México es su tremenda escala, ya que se cuadruplicaron, a diferencia de las ciudades de Europa occidental después de la peste negra, donde «solo» se duplicaron. El incremento en México coincidiría con un número de muertes muy superior. El posterior decrecimiento de los ingresos reales recuerda a acontecimientos análogos en gran parte de Europa a principios de la era moderna, aunque, una vez más, es más notable que este último caso y más marcado de lo que predice la recuperación demográfica. Aunque la escala de esos cambios puede plantear dudas sobre la fiabilidad de

la documentación, la panorámica general parece clara. Varias generaciones de trabajadores se beneficiaron de la escasez de mano de obra cuando fue tan acusada que no pudo evitarse que las instituciones del mercado negociaran los niveles de compensación. Esta fase vino seguida por un regreso al infeliz *statu quo* cuando la población fue en aumento y se redujo el poder negociador de los trabajadores.

Indicadores de bienestar como el nivel de vida general y la estatura humana son muy compatibles con el aumento observado en los salarios reales. Sin embargo, como ocurre con tanta frecuencia en la historia premoderna, carecemos de los datos necesarios para dilucidar el impacto de esos elementos en la desigualdad de ingresos como tal. En los términos más generales, cuesta imaginar que el hecho de que se cuadruplicaran los ingresos reales de los trabajadores no tuviera algún efecto igualador, pero por ahora no podemos ir más allá de esta intuición básica. A riesgo de entrar en un razonamiento circular, es justo decir que los datos sobre el Nuevo Mundo que están apareciendo, pese a sus limitaciones, son compatibles con la lógica de la equiparación motivada por la peste y con los datos empíricos posteriores a la peste provenientes de la Europa de unos siglos antes. Aunque las élites conquistadoras de España debieron de asumir cargos antes ocupados por la clase gobernante azteca, preservando así la concentración de activos en los estratos más altos de la sociedad, un fuerte aumento de los ingresos reales de al menos algunos trabajadores tuvo que atenuar en cierta medida la desigualdad general, por temporal que fuera este efecto. Es probable que el México del siglo XVII compartiera este rasgo con la Europa occidental del siglo XV.[\[6\]](#)

«HABÍA MÁS MUERTOS QUE VIVOS»: LA PLAGA DE JUSTINIANO

La búsqueda de otros ejemplos de igualación causada por pandemias nos hace retroceder en el tiempo. La peste negra del siglo XIV no fue la primera

pandemia del Viejo Mundo. Ochocientos años antes ya había azotado la misma enfermedad, que arrasó Europa y Oriente Próximo en una pandemia conocida como la plaga de Justiniano, que duró desde el año 541 hasta aproximadamente 750 e. c. En esa ocasión, la plaga apareció por primera vez en Pelusium, en la costa entre Egipto y Palestina, en julio del año 541 y se extendió a la cercana Gaza en agosto y a la metrópolis egipcia de Alejandría en septiembre. El 1 de marzo del año siguiente, Justiniano, emperador del Imperio Romano de Oriente, afirmaba que «la incidencia de la muerte ha viajado por doquier», aunque la capital, Constantinopla, no se vio afectada hasta un mes más tarde, con consecuencias devastadoras:

La enfermedad en Bizancio iba por el cuarto mes y su mayor virulencia duró unos tres. Y al principio las muertes eran un poco más numerosas de lo normal; después, la mortalidad aumentó aún más y, luego, el recuento de muertos llegaba a cinco mil cada día. Más tarde ascendió a diez mil e incluso más. Al principio, cada hombre ayudaba en los sepelios de los suyos, que arrojaban incluso a las tumbas de otros, ya fuera evitando ser vistos o empleando la violencia; pero luego, la confusión y el desorden eran absolutos ... Y cuando todas las tumbas ya existentes estuvieron llenas de cadáveres, cavaban por toda la ciudad, dejaban a los muertos allí como podían y se iban. Pero, más tarde, los que estaban cavando esas trincheras ya no podían hacer frente al número de muertos, así que se subían a las torres de las fortificaciones de Sycae, arrancaban los techos, lanzaban los cuerpos sin orden ni concierto y los apilaban según caían. Llenaron prácticamente todas las torres de cuerpos y luego volvieron a ponerles los techos.

Como ocurriría ocho siglos después, la epidemia era imparable: Siria se vio afectada en el verano de 542, el norte de África ese mismo año, e Italia, España, el sur de Francia y los Balcanes en el año 543. Luego llegaron numerosas oleadas: un recuento moderno identifica hasta dieciocho brotes entre 541 y 750, entre ellos en Irán y Mesopotamia, en el este; la península ibérica en el oeste; Gran Bretaña, Irlanda y Escandinavia al norte; Yemen al sur; y todas las regiones intermedias.[7]

Las crónicas históricas coincidirían con la *Y. pestis*. Las fuentes bizantinas mencionan repetidamente hinchazones en la ingle, el clásico síntoma de la peste bubónica. Se decía que también aparecían bultos en las axilas, detrás de las orejas y en los músculos, además de forúnculos negros, considerados presagios de una muerte inminente, comas, delirios, vómitos

sanguinolentos y fuertes fiebres. Es más, la biología molecular actual ha confirmado la presencia de *Y. pestis* en la época. Diez de doce esqueletos de un cementerio del Imperio Romano tardío en Aschheim, Bavaria, muestran elementos de ADN de la *Y. pestis*, dos de ellos en cantidades suficientes para reconstruir toda la secuencia genética del bacterio. Los abalorios encontrados en uno de los esqueletos lo sitúan aproximadamente en el segundo cuarto del siglo VI e. c., momento del brote inicial de la plaga de Justiniano.[8]

Las cifras de mortalidad documentadas suelen ser muy altas, pero normalmente parecen poco fiables. Los observadores imaginaban que el brote inicial en Constantinopla acabó con la vida de miles de personas —tal vez diez mil— cada día, lo cual redujo su población a la mitad. En ocasiones se vertían afirmaciones igual de extremas sobre brotes posteriores en el mismo lugar o en otras ubicaciones. De lo que no cabe duda es de la abrumadora impresión de la mortalidad masiva, a la cual los observadores achacaron cifras estereotipadas. Teniendo en cuenta que la enfermedad era la misma que en la Baja Edad Media y permaneció activa un periodo de tiempo comparable, cabe sospechar que el número de víctimas totales fue similar, tal vez una cuarta o una tercera parte de la población de Eurasia occidental y el norte de África. La mortalidad masiva a esta escala debió de tener un marcado efecto en la oferta de mano de obra. En Constantinopla, el líder eclesiástico Juan de Éfeso se quejaba con bastante insensibilidad de los beneficios que habían cosechado quienes se deshacían de los cuerpos de las víctimas de la peste y del aumento del precio del lavado de ropa. Solo tres años después de la primera aparición de la plaga, el emperador Justiniano condenaba las crecientes demandas de los trabajadores e intentaba prohibirlas por decreto gubernamental:

Hemos corroborado que, pese al castigo infligido por Dios nuestro Señor, algunas personas dedicadas al comercio y las actividades literarias, además de artesanos y agricultores de distinta índole y marineros, cuando deberían llevar una vida mejor, han optado por adquirir ganancias y exigen pagas y salarios dobles y triples, lo cual incumple las costumbres ancestrales. De ahí que nos haya parecido aconsejable, por medio de este edicto imperial, prohibir a todas las personas que cedan a la detestable pasión de la avaricia a fin de que nadie que sea maestro de un arte o profesión, o cualquier mercader del tipo que sea, o quien se dedique a actividades agrícolas, pueda

exigir en adelante un salario o paga superior a lo que dictamina la costumbre ancestral. Decretamos asimismo que los medidores de edificios, tierras arables y otras propiedades no cobren por sus servicios más de lo que sea justo y que observen la práctica establecida en este sentido. Ordenamos el cumplimiento de estas normas por parte de quienes tienen control del trabajo y de quienes comprenden los materiales. No les permitimos pagar más de lo autorizado por uso común. Por la presente, se notifica a todos aquellos que exijan más y que sean condenados por haber aceptado o dado más de lo pactado al principio que estarán obligados a pagar el triple de dicha cantidad al erario.[9]

Este es el intento más antiguo que se conoce de limitar el poder de negociación ante una epidemia, un precursor de medidas similares en la Inglaterra y la Francia medievales y los primeros años de dominio español en México. Pero dado que la epidemia persistía y la demanda de mano de obra iba a más, el efecto de este decreto en los salarios debió de ser como mucho limitado. Podemos deducir legítimamente que el crecimiento de los salarios reales fue generalizado, como han conjeturado los economistas, aunque las pruebas empíricas se circunscriben a Oriente Próximo, en especial Egipto, donde ha sobrevivido una cantidad de datos documentales sin parangón. Los archivos egipcios de salarios reales se remontan al siglo III a. e. c. Pero dichos datos son discontinuos: durante los primeros mil años, la documentación hace referencia a los salarios rurales no cualificados; en el periodo medieval, a los salarios urbanos no cualificados. Por tanto, aunque no podemos situar esos datos en igualdad de condiciones, sí reflejan las mismas tendencias y constituyen una sola narrativa general. En los salarios rurales nos encontramos mayoritariamente con unos jornales de 3,5 a 5 litros de trigo equivalente, lo cual entra en el rango básico de 3,5 a 6,5 litros típico de las sociedades premodernas y asociado a un nivel de vida próximo a la subsistencia fisiológica. Por el contrario, a finales del siglo VI y en el VII y VIII se observan unos salarios en trigo mucho más altos que superan los diez litros (Fig. 11.2).[10]

Este aumento de los ingresos reales se deriva de pruebas papirologógicas para la compensación de trabajadores rurales no cualificados tras la plaga de Justiniano. En varios archivos de finales del siglo VI y el VII e. c., cuando el impacto demográfico de la peste debió de alcanzar sus cotas máximas, se

afirma que quienes se dedicaban al riego recibían unos salarios monetarios equivalentes a 13,1-13,4 litros de trigo al día, más o menos el triple que antes. En otros casos del mismo periodo vemos salarios y dietas que superan los 7,7-10,9 litros de trigo al día, más o menos el doble que antes. Esos hallazgos se ven respaldados por datos sobre salarios aún más altos para los trabajadores cualificados de hasta veinticinco litros por día. Otra corroboración es que de la primera a la segunda mitad del siglo VI —esto es, desde antes del primer brote de peste hasta inmediatamente después—, la proporción de arrendamientos de tierras de duración infinita pasó del 17 % al 39 % aproximadamente, mientras que los de un año de duración se redujeron del 29 % al 9 % del total, lo cual indica que los arrendatarios no tardaron en obtener condiciones más favorables. Esto, y especialmente el extraordinario aumento de los ingresos reales, solo se explica en el contexto de un enorme incremento del poder de negociación de los trabajadores de todas las profesiones, tanto cualificados como no cualificados, en respuesta a una gran mengua demográfica.[\[11\]](#)

La segunda parte de la historia la proporcionan los salarios en trigo para los trabajadores urbanos no cualificados de El Cairo. Como demuestra la figura 11.2, esos datos no estuvieron disponibles hasta los últimos estadios de la peste a principios del siglo VIII, pero continúan hasta el final de la Edad Media. Los ingresos reales aumentaron aproximadamente hasta el año 850, un siglo después de la última aparición de la peste en Egipto durante la década de 740, hasta niveles históricos de unos diez litros de trigo equivalente por día o casi el triple de la subsistencia básica para una familia de cuatro miembros. A lo largo de trescientos cincuenta años, a medida que la población se recuperaba, los salarios en trigo de El Cairo se redujeron más de la mitad, a los niveles fisiológicamente sostenibles más bajos, hasta su recuperación temporal tras la peste negra a finales del siglo XIV. Unos datos de menor calidad obtenidos en Bagdad también muestran una reducción de los ingresos reales entre los siglos VIII y XIII, aunque en menor escala. Observamos una panorámica similar en la reconstrucción de cestas de consumo que relacionan los salarios nominales de los trabajadores urbanos

no cualificados de El Cairo con el precio de toda una serie de artículos básicos de consumo. Este ejercicio también deja entrever unos ingresos reales más altos durante y justo después de la peste, seguidos de un declive y otra recuperación en la época de la peste negra: aunque el alcance de la variación es algo inferior que en el caso de los salarios en trigo, el patrón general es el mismo.[12]

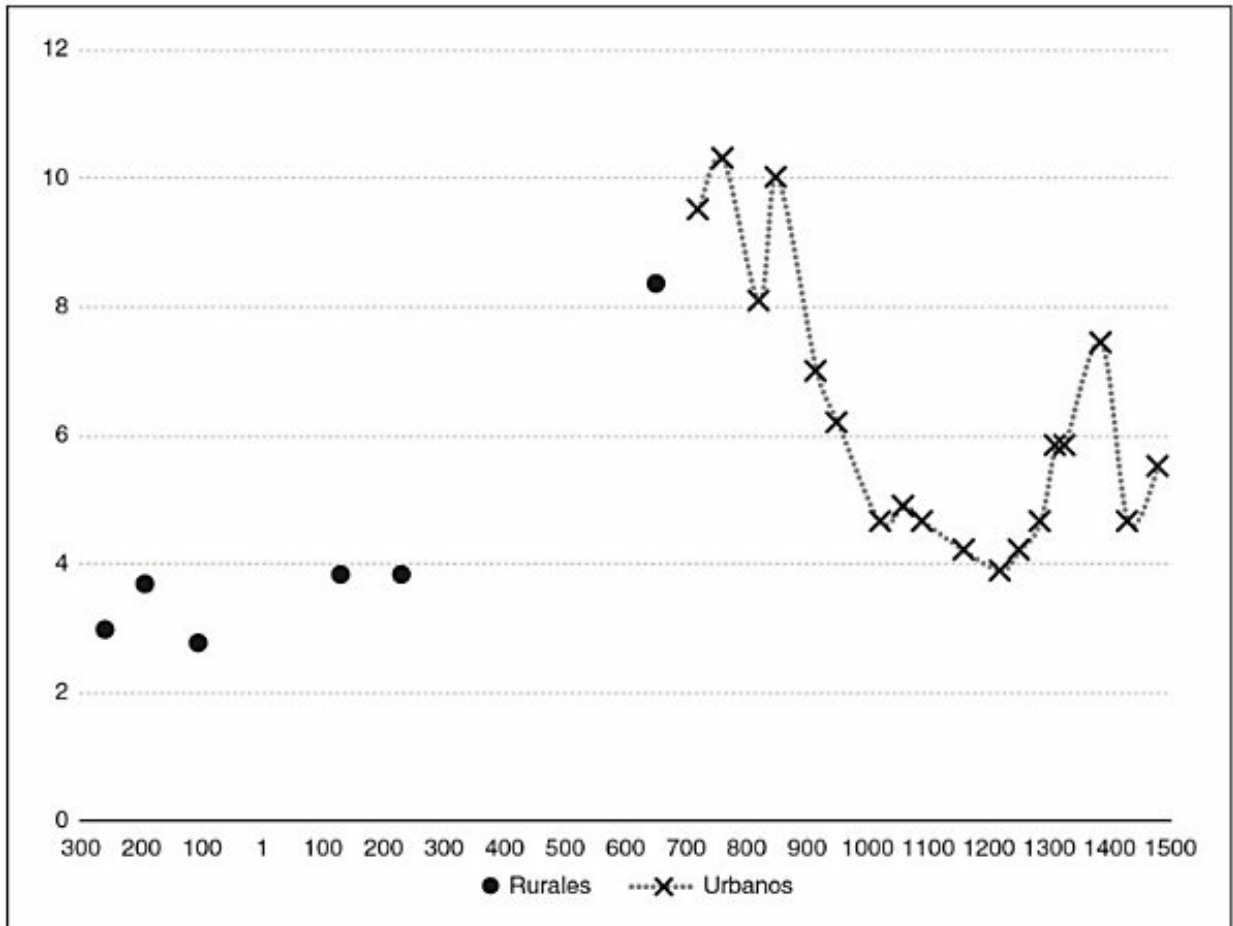


FIGURA 11.2. Salarios diarios en trigo de los trabajadores rurales y urbanos no cualificados en Egipto, siglo III a. e. c. al siglo XV e. c.

Al igual que al final de la Edad Media, las reapariciones periódicas de la plaga de Justiniano redujeron durante mucho tiempo las cifras de población. En Egipto conocemos diez episodios que abarcan treinta años entre 541 y 744, o uno cada seis años. El sur de Mesopotamia experimentó catorce episodios que duraron treinta y ocho años entre 558 y 843, o una vez cada

siete años y medio. Existen más testimonios sobre Siria y Palestina, regiones para las cuales no disponemos de datos de ingresos. Şevket Pamuk y Maya Shatzmiller relacionan la que a menudo se considera la «edad de oro del islam», desde el siglo VIII hasta el XI e. c., con el entorno de salarios altos creado por la peste, que en su opinión se asemejaba en ciertos sentidos al efecto de la peste negra en los gustos y el consumo en ciertas regiones de la Europa medieval tardía. Un indicio son las referencias de las fuentes a un consumo generalizado de carne y productos lácteos entre las clases medias asalariadas, lo cual obedecía al aumento de la cría de animales. Otros factores fueron la urbanización y la creciente división del trabajo y la demanda de productos manufacturados, así como alimentos importados y ropa, más allá de las pequeñas élites.[13]

Sin embargo, una vez más solo podemos sacar conjeturas sobre el efecto de esos procesos en la desigualdad de ingresos o riqueza: a falta de documentación directa, podemos aceptar que el gran incremento de los salarios reales de los trabajadores rurales es un indicador creíble de contracción de la desigualdad de ingresos y una erosión de la riqueza de la élite. En un entorno en el que los salarios reales no cualificados eran sumamente bajos y los niveles documentados de desigualdad de activos eran muy altos, un efecto igualador más generalizado resulta plausible. Al igual que la peste negra en la Europa medieval, la plaga de Justiniano había llegado en un momento de considerable y afianzada desigualdad de recursos. Los listados de tierras e impuestos egipcios arrojan algo de luz a la desigualdad en la posesión de tierras desde el siglo III hasta el VI e. c. Lo que tienen en común esos archivos es que, al omitir tanto la riqueza transregional como a aquellos que no poseían tierras, subestiman —probablemente mucho— la desigualdad general de tenencia de tierras. Aun así, los datos, que por tanto solo pueden presentar umbrales más bajos de concentración real de propiedades, dejan entrever una elevada desigualdad: para las muestras de terratenientes urbanos, los Gini de tierras computados oscilan entre 0,623 y 0,815, y para los aldeanos, de 0,431 a 0,532. Una reconstrucción de la estructura de la propiedad de tierras en todo un *nome*, o gran distrito administrativo, indica un Gini de 0,56 solo para los terratenientes, quienes, al

menos en teoría, no debían de suponer más de un tercio de la población total. Suponiendo más moderadamente que solo la mitad de los habitantes de un *nome* fueran trabajadores sin tierras o arrendatarios (o que había menos sin tierras pero algunos miembros de la élite también poseían tierras en otros *nomes*), el Gini total habría rondado 0,75. De ser cierto, este nivel de concentración sería similar a los elevados Gini de tierras de 0,611 (para todos los terratenientes) y 0,752 (para toda la población) en el Egipto de 1950, justo antes de la reforma agraria. El potencial de equiparación motivado por la peste en la desigualdad de ingresos era bastante considerable.[14]

La desigualdad al final de la Antigüedad y principios de la Edad Media en Egipto es totalmente desconocida y siempre lo será. Con todo, esos acontecimientos coincidirían con ganancias para los trabajadores y, teniendo en cuenta el cambio de tierra por mano de obra, en pérdidas para la élite rica tradicional, si bien la diferenciación económica y la urbanización habrían creado nuevos mecanismos para generar desigualdad. Lo más importante es que, a diferencia del periodo mameluco, cuando el absentismo colectivista erradicó las negociaciones laborales, predominaban las propiedades privadas y unos mercados laborales relativamente libres crearon un entorno que hacía que las valoraciones de activos y los salarios fueran sensibles a los cambios en las ratios tierra/mano de obra. En tales circunstancias, la importante escasez de mano de obra sin duda tuvo que atenuar la desigualdad general de ingresos, al igual que la reducción del valor de la tierra probablemente atenuó la desigualdad de riqueza. Los ingresos reales sorprendentemente elevados de los trabajadores no cualificados son el elemento más sólido de esta reconstrucción, el mejor indicativo de la compresión de ingresos que podemos esperar. Demuestran que los intentos del Estado por contener el aumento de los salarios fueron un fracaso absoluto, como ocurriría también en Europa occidental tras la peste negra. De igual importancia es la erosión gradual de las ganancias salariales en respuesta a la recuperación demográfica. La sacudida violenta de lo que podríamos denominar la «primera peste negra» fue capaz de procurar unos considerables beneficios para el estado de bienestar, pero desaparecieron junto con la sacudida demográfica. En este sentido, las dos grandes pandemias tuvieron mucho en

común.

«SOLO QUEDARON RUINAS Y BOSQUES»: LA PESTE ANTONINA

La información sobre los efectos igualadores de las pandemias se reduce inevitablemente al retroceder más en el tiempo. El caso más prometedor es un acontecimiento anterior conocido como la peste antonina. Esta epidemia fue descubierta por las fuerzas militares romanas durante una campaña llevada a cabo en Mesopotamia en el año 165 e. c., llegó a la ciudad de Roma al año siguiente y en 168 al parecer se propagó por grandes extensiones del imperio, en palabras del historiador Amiano, «desde las fronteras de Persia hasta el Rin y la Galia». Su causa médica no está clara, pero muchos datos apuntan a la viruela (*Variola major*). El contagio entre personas se produce por inhalación del virus *Variola*, transmitido por el aire, y la enfermedad provoca sarpullidos que se convierten en pústulas acompañadas de una fiebre alta. También se conoce una versión hemorrágica más grave. Si, en efecto, la peste antonina era la viruela y atacó a una población virgen, pudieron morir entre un 20 % y un 50 % de los infectados, con unos índices de contagio que alcanzaron el 60-80 % de la población total. El único modelo epidemiológico personalizado para estos hechos predice unas pérdidas totales de alrededor del 25 %, que es el mejor cálculo que conseguiremos.[15]

Gracias a la conservación de papiros relevantes, Egipto aporta la única información detallada sobre el alcance y las consecuencias de esta pandemia. Según esos archivos, en la aldea de Karanis, el número de contribuyentes se redujo entre un tercio y la mitad desde la década de 140 hasta principios de la de 170 e. c. En algunas aldeas pequeñas del delta del Nilo, las pérdidas fueron aún mayores y oscilaron del 70 % a más del 90 % entre 160 y 170 e. c. Aunque es posible que las huidas, y no las muertes, fueran parcialmente responsables de esas contracciones, una huida no puede separarse de un brote epidémico si tenemos en cuenta que esto último provoca lo primero.

Asimismo, los datos concretos sobre defunciones refuerzan la impresión de la mortalidad masiva: en la aldea de Soknopaiou Nesos, setenta y ocho de los doscientos cuarenta y cuatro varones registrados murieron solo en enero y febrero del año 179 e. c.[16]

Se han confirmado arrendamientos de tierras en especies en varios distritos de Egipto Medio. En todas las zonas documentadas, los arrendamientos anuales se redujeron significativamente entre el periodo preepidémico y los años posteriores al brote para los cuales se dispone de datos. En el oasis de Fayún, los arrendamientos medios y medianos eran un 62 % y un 53 % más bajos durante el periodo de 211 a 268 e. c. (sobre el cual se conocen diecinueve casos) que entre los años 100 y 165 e. c. (treinta y cuatro casos). En el territorio de la ciudad de Oxirrinco, la media y la mediana disminuyeron un 29 % y un 25 % entre los años 103 y 165 e. c. (doce casos) y el periodo de 205 a 262 e. c. (quince casos). Se aprecian reducciones similares en un conjunto de datos menos fiable de Hermópolis. [17]

Los cambios de precios y salarios abonados en efectivo son más difíciles de evaluar, ya que los niveles generales de precios se duplicaron en el transcurso de una generación tras el primer brote de la epidemia, probablemente a consecuencia de las dislocaciones provocadas por ese hecho, incluida una gran devaluación de la moneda causada muy posiblemente por exigencias fiscales relacionadas. Esto significa que hay que ajustar los datos de los periodos pre y posepidemia para realizar una comparación directa. Este ejercicio ofrece una panorámica general que denota un cambio sistemático del valor de la tierra al de la mano de obra entre los periodos que van desde principios del segundo siglo hasta la década de 160 e. c. y desde la década de 190 hasta la de 260 e. c. La interrupción obedece a la escasez de documentos durante los años de la peste, lo cual es un indicativo revelador de la gravedad del desastre. En este estudio, todos los valores se expresan en relación con el precio del trigo, que se estandariza al 100 % en ambos periodos pero aumentó alrededor de un 125 % en términos nominales. Por tanto, los valores que aumentaron menos en términos nominales están por debajo del 100 % en el periodo posterior a la epidemia y viceversa (Fig.

11.3).[18]

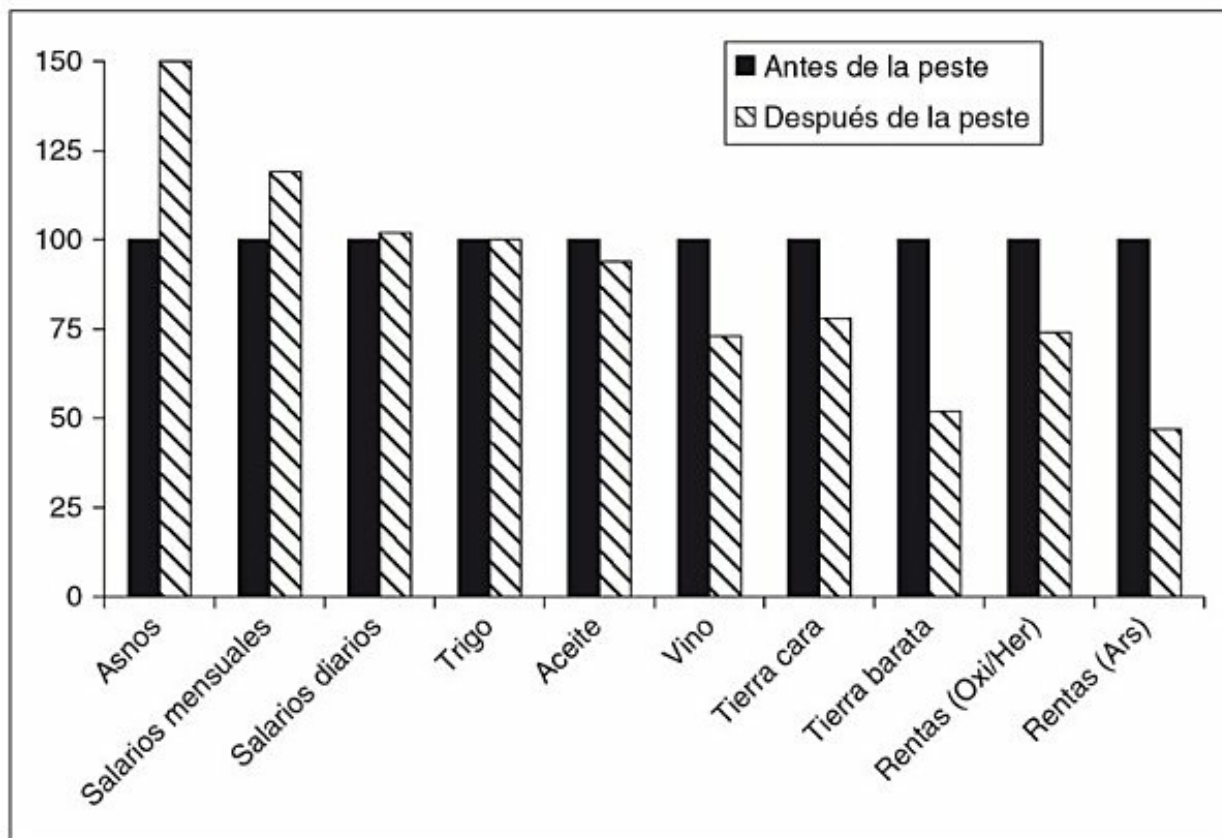


FIGURA 11.3. Cambios en los precios y alquileres reales entre las décadas de 110 y 160 y 190 y 250 e. c. en el Egipto romano

El valor de la mano de obra rural según se ha documentado aumentó en varios puntos porcentuales y cerca de una quinta parte dependiendo de la duración del empleo, mientras que el precio real de los asnos, que también representa la mano de obra y está muy bien documentado, subió un 50%. En cambio, el precio de los alimentos no esenciales, como el aceite y sobre todo el vino, se redujo en relación con el del trigo, lo cual permitía a los trabajadores comprar productos de mayor estatus. Expresados en aceite y vino, los salarios reales aumentaron considerablemente más que los salarios en trigo. El valor de la tierra es difícil de comparar en el tiempo, ya que su calidad no es constante: aun así, un sucinto estudio arroja unos resultados muy similares a los de la caída de los arrendamientos reales de tierra, estos

mejor corroborados. Lo más importante aquí es que, pese a la calidad desigual de los diferentes conjuntos de datos, todas las variables se mueven en direcciones que coinciden con un modelo de la relajación de las limitaciones malthusianas tras el declive demográfico: si la mano de obra ganaba, la tierra perdía. Asimismo, el precio del trigo —a diferencia del vino y el aceite locales, para los cuales no existía una demanda extranjera comparable— pudo incrementarse por las exportaciones a gran escala impuestas por el Estado romano: en su ausencia, si la demanda local hubiera sido el único determinante, los precios del trigo probablemente habrían disminuido en relación con los salarios u otros alimentos básicos. Esto complica la panorámica e impide dilucidar la escala real del cambio en los precios reales, que, según los datos sobre el valor de la tierra, al parecer fue mucho más notable.[19]

Existe una instantánea de cómo cambiaron los patrones de cultivo después de la epidemia. En el pueblo de Teadelfia, El Fayún, en 158 y 159 e. c., años antes de la llegada de la enfermedad, entre 1.600 y 1.750 hectáreas de tierra estaban cultivadas con cereales y unas ciento cuarenta con cepas y árboles frutales. En el año 216 e. c., la tierra cultivada se había reducido a unas mil hectáreas, o alrededor del 60 % del total anterior, mientras que la tierra dedicada a la arboricultura se había ampliado a más de cuatrocientas hectáreas, o el triple del área plantada anterior. Por tanto, aunque se utilizaba menos tierra que antes de la epidemia, se dedicaba mucha más a cultivos de más valor. Esto recuerda al patrón que vemos tras la peste negra, cuando se producía más vino siempre que lo permitiera el clima y los árboles frutales se propagaron, al igual que ocurrió con la caña de azúcar en el Mediterráneo. La demanda de ingredientes básicos cayó al reducirse los niveles de población y el abandono de tierras marginales elevó la producción; había más tierras e ingresos disponibles para productos más lujosos. Esto podría ser un claro indicio de un mayor nivel de vida para las masas.[20]

Teniendo en cuenta la falta de datos equivalentes para Egipto, no podemos documentar este proceso de manera más sistemática, pero encaja con el movimiento relativo de los precios agrícolas. En términos más generales, los estudiosos han descubierto indicios de una mayor movilidad de

los arrendatarios-agricultores y aldeanos, del abandono de tierras por parte de los campesinos, de migración a las ciudades y de un incremento generalizado de los niveles de urbanización, lo cual coincide con un escenario posepidemia de más oportunidades para los trabajadores y prosperidad urbana, como ocurrió después de la peste negra. Una vez más, no existe información directa cuantificable sobre el efecto de la epidemia en la desigualdad como tal, lo cual no es de extrañar si tenemos en cuenta la falta de información de esa índole sobre cualquier pandemia premoderna, con la rara excepción de los registros italianos de finales de la Edad Media y principios de la era moderna que comentábamos antes. Por norma general, los efectos igualadores de la mortalidad provocada por la epidemia deben inferirse del aumento de los ingresos reales y de la mejora de los regímenes de consumo, que en este caso están documentados. Es bastante probable que el Egipto de mediados del siglo II e. c. experimentara una considerable presión demográfica: su población podía alcanzar los siete millones de habitantes, lo cual es comparable a las condiciones de hacia 1870, y el índice de urbanización llegó al menos a un cuarto, aunque hay quienes afirman incluso que era más de un tercio. En otras zonas del mundo romano, el prolongado aumento de población fomentó dos siglos de paz que quizá también pusieron a prueba los límites de la economía agrícola. En este entorno, el potencial de igualitarismo era grande. Los acuerdos laborales en el Egipto romano estaban gobernados por las instituciones del mercado, y los terratenientes solían vivir cerca de sus propiedades, como ocurría en Europa occidental en la época de la peste negra pero no en el periodo mameluco del Egipto de finales de la Edad Media. No existían poderosas limitaciones institucionales que impidieran que la escasez de mano de obra y la devaluación de la tierra se expresaran en una distribución más equitativa de los ingresos y la riqueza.[21]

«ESO NO SERVIRÍA DE GRAN COSA»: ¿LA
HAMBRUNA COMO ELEMENTO IGUALADOR?

Antes de concluir nuestro análisis de las epidemias como fuerza igualadora, debemos tener en cuenta la aportación de otro agente no muy distinto de mortalidad de masas: la hambruna. Si moría un elevado número de personas por falta de comida, ¿podía alterar la distribución de recursos materiales entre los supervivientes igual que ocurriría con una epidemia? La respuesta no está del todo clara, pero difícilmente será positiva. Para empezar, las hambrunas normalmente no han sido tan letales como las grandes epidemias. Por lo que sabemos, una escasez de alimentos que haya duplicado como mínimo la mortalidad de base durante dos años consecutivos —un umbral conservador de «hambruna»— es poco frecuente en la historia y los acontecimientos mucho más serios han sido extremadamente raros. Solo por este motivo, la hambruna en general ha desempeñado un papel bastante modesto en la regulación del tamaño de población. También es indicativo que el número de muertos provocados por las hambrunas tienda a correlacionarse inversamente con la calidad de los datos: cuanto menos fiables son los datos, más grave se afirma que es el declive demográfico. Asimismo, los cálculos de mortalidad son difíciles, si no imposibles de separar de los efectos de la migración, ya que los habitantes abandonaban las zonas afectadas, y de la enfermedad epidémica, que normalmente ha acompañado a las hambrunas. Incluso un acontecimiento extraordinariamente catastrófico como la hambruna que azotó el norte de China en 1877 y 1878 y que, según se cree, acabó con la vida de entre nueve y trece millones de personas, como mucho habría triplicado la mortalidad de base en la población afectada de ciento ocho millones de habitantes. No podemos saber si este desastre influyó en la desigualdad, y lo mismo sucede con las hambrunas de Bengala en 1770 y 1943, esta última durante una época de compresión provocada por la guerra. [22]

Esta observación introduce otra calificación. Aunque algunas de las hambrunas más dramáticas que se han registrado ocurrieron durante periodos de gran equiparación, no fueron responsables de ese proceso. No fue la hambruna ucraniana de 1932 a 1933 la que eliminó las disparidades materiales, sino el programa de colectivización forzada puesto en marcha en aquella época. La devastadora hambruna desencadenada en China por el Gran

Salto Adelante de 1959 a 1961 se produjo después de la redistribución y la posterior colectivización que culminó a mediados de la década de 1950 y que ya había garantizado un igualitarismo masivo.[23]

Dos hambrunas históricas merecen una mayor atención debido a su escala y potencial para remodelar la distribución de ingresos y riqueza. Una es la «gran hambruna» de 1315 a 1318, que precedió a la peste negra por una generación. En esos años, un clima excepcionalmente frío y húmedo en el noroeste de Europa provocó la destrucción generalizada de las cosechas y coincidió con epizootias que diezmaron el ganado. La mortalidad de masas al parecer tuvo una escala sin precedentes. Pero ¿precipitó esta calamidad algún cambio en los precios y la mano de obra similar a los que ocasionó la peste? No. Aunque los salarios de los trabajadores subieron un poco, los precios al consumo aumentaron con mucha más rapidez tanto en las ciudades como en el campo. Los terratenientes se vieron presionados, ya que una menor producción compensaba los precios más elevados, pero capearon el temporal mucho mejor que los plebeyos, que a menudo tenían problemas para sobrevivir.[24]

Los datos son escasos, pero la poca información de la que disponemos no deja entrever una igualación destacable. Los archivos italianos de distribución de riqueza que ya he utilizado llegan demasiado tarde o su resolución es demasiado baja como para revelar cambios en la primera mitad del siglo XIV. Las ratios de bienestar en Londres y Florencia que relacionan los salarios urbanos cualificados y no cualificados con los precios no muestran ninguna mejora en el periodo entre 1300 o 1320 y 1340. Tampoco lo hicieron los salarios reales en la Inglaterra rural, que se mantuvieron más o menos estables de 1300 a 1349 y no experimentaron un incremento secular hasta después de la peste negra. En este sentido, el contraste entre las consecuencias de los dos desastres es sorprendente. La ausencia de equiparación motivada por la hambruna no es difícil de entender: la mortalidad de masas se limitó a unos pocos años y al parecer fue bastante más modesta que durante la oleada inicial de la epidemia. El desgaste, contenido por el subempleo existente, no fue lo bastante prolongado ni grave como para anticipar los efectos de la epidemia recurrente.[25]

La hambruna irlandesa de la patata entre 1845 y 1848 es el segundo candidato. La epidemia (vegetal), que también fue una crisis alimentaria, fue desencadenada por la propagación del hongo acuático *Phytophthora infestans*, que en 1846 y 1848 provocó la práctica desaparición de las cosechas de patatas, que se habían convertido en un ingrediente indispensable de la dieta irlandesa. Hasta un millón de irlandeses perdieron la vida. Sumado a la emigración y a la bajada de la natalidad, este hecho redujo la población censada de 8,2 millones en 1841 a 6,8 millones diez años después. El número de trabajadores agrarios se redujo aún con más rapidez, y pasó de 1,2 millones en 1845 a 900.000 en 1851. A primera vista, esta contracción demográfica guarda un gran parecido con la que provocó la oleada inicial de la peste negra de 1347 a 1350. Y, al igual que esa oleada por sí sola quizá no habría sido lo suficientemente devastadora como para propiciar cambios duraderos, el número de muertos provocados por la hambruna irlandesa, según un observador inglés de la época, «no serviría de gran cosa» en lo relativo a mejorar las condiciones de vida generales. Las consecuencias demográficas de las reapariciones de la peste al final de la Edad Media fueron imitadas hasta cierto punto por las de la emigración constante, que no solo impidió una recuperación, sino que siguió reduciendo la población de Irlanda: cuatro millones de personas abandonaron la isla entre 1850 y 1914, con lo cual la población era casi la mitad de su cifra máxima a principios de la década de 1840. Sin embargo, a diferencia de la peste, las huidas dependían de la edad y se concentraban sobre todo en adolescentes o personas que apenas habían superado los veinte años. Además, y nuevamente a diferencia de la peste, el infortunio de las cosechas de patata perjudicó al capital social reduciendo la producción. Esto limita el valor de las analogías funcionales.

[26]

En ciertos aspectos, las masivas pérdidas demográficas causadas por la hambruna y la posterior migración, así como la reducción de la fertilidad, generaron unos beneficios económicos comparables a los de una gran pandemia. A diferencia de tendencias anteriores, los salarios reales y el nivel de vida aumentaron de forma continuada tras la hambruna. Las zonas con unos salarios más bajos experimentaron mayores índices de migración, lo

cual debió de reducir las desigualdades interregionales. Al mismo tiempo, los pobres eran menos proclives a marcharse que quienes podían permitirse el viaje. Tampoco está claro si las mejoras en las condiciones de vida generales fueron acompañadas de una mayor calidad en la distribución de activos o ingresos. Debido a las deserciones y los desahucios, durante los años de hambruna se produjo una drástica reducción del número de propiedades más pequeñas, esto es, las de menos de media hectárea, un proceso que aumentó la desigualdad en el acceso a la tierra. El cambio distributivo fue modesto durante los sesenta años posteriores: en buena parte se produjo en los estratos más bajos, ya que el porcentaje de fincas pequeñas fue aumentando gradualmente. Las propiedades de media hectárea a seis perdieron terreno pese a que las más extensas fueron en aumento, lo cual suponía una tendencia regresiva. Ni siquiera una sacudida demográfica tan potente como la hambruna de la patata y las persistentes migraciones que produjo desembocaron en un igualitarismo comparable al de la peste negra. Cuando se trataba de reducir la desigualdad, las epidemias no tenían rival.[27]

«TODO EL MUNDO HABITADO CAMBIÓ»: LAS PANDEMIAS COMO IGUALADORES Y LOS LÍMITES DE NUESTRO CONOCIMIENTO

Gran parte de nuestro conocimiento actual sobre el papel de las pandemias en la reducción de la desigualdad es bastante nuevo. Mientras que las consecuencias socioeconómicas de la peste negra se determinaron hace mucho tiempo, hasta hace poco no se ha analizado el impacto de otros desastres demográficos en los ingresos y la riqueza. Los datos egipcios sobre los cambios de precios asociados a las plagas de Antonino y Justiniano no fueron analizados hasta el siglo XX y los primeros estudios sobre salarios reales en el México de principios de la era moderna y sobre el cambio de la desigualdad de riqueza en el norte de Italia aparecieron en la década de 2010. Esta continua expansión alimenta la esperanza de que exista más material que

esté esperando a ser recopilado e interpretado. Los archivos de la época de la peste y los años posteriores parecen los candidatos más prometedores. También necesitamos estudios sobre el efecto igualador de las grandes epidemias en China, donde se han confirmado varias tanto en la época de la plaga de Antonino como de la peste negra.

Sin embargo, en otros casos la información que ha llegado hasta nosotros tal vez nunca baste para arrojar luz sobre las cuestiones de los ingresos reales y la desigualdad. Un buen ejemplo de ello es lo que se conoce como la plaga de Cipriano, una gran pandemia que azotó el Imperio Romano en las décadas de 250 y 260 e. c. Al parecer, la caída demográfica fue absolutamente dramática. Un observador contemporáneo, Dionisio, obispo de Alejandría — la segunda ciudad más grande del imperio— escribía acerca de «esas pestilencias continuas ... esta variada y vasta destrucción de la humanidad», que había menguado tanto a la población alejandrina que los residentes de cuarenta a ochenta años eran menos numerosos de lo que lo eran los de cuarenta a setenta antes del inicio de la epidemia. Puesto que se afirma que este recuento procede de los registros del subsidio público de maíz, no debe de ser del todo ficticio, y la escala de la mortalidad que implica es asombrosa: según varias tablas de vida modelo, el cambio corresponde a una pérdida de más del 60 % de la población metropolitana. Los datos contemporáneos sobre salarios reales y desigualdad de ingresos y riqueza no están disponibles. Aun así, un aumento grande y repentino de los salarios nominales de los trabajadores rurales de dos fincas egipcias en la década de 250 e. c. podrían reflejar una escasez de mano de obra provocada por esta epidemia.[\[28\]](#)

Una vez que entramos en la era precristiana, la luz se oscurece aún más. El que podría ser el primer indicio de aumento de los salarios reales provocado por pérdidas de población viene de Babilonia en el siglo VI a. e. c. En el sur de Babilonia, durante el reinado de Nabucodonosor en la década de 570 a. e. c., los trabajadores que estaban construyendo el palacio real percibían entre cuatrocientos cincuenta y quinientos cuarenta litros de cebada, o unos cinco siclos de plata al mes, que se traduce en un salario diario en trigo de 11,3 a 12 litros. Se han corroborado salarios en trigo elevados en el sur de Babilonia durante el reino de Nabonido en la década de 540 a. e. c., y

oscilan entre 9,4 y 14,4 litros al día para una mediana de doce litros. Todos estos valores superan con creces el rango de 3,5 a 6,5 litros por día que al parecer era la norma premoderna y también son más altos que los salarios en trigo documentados una generación después con Darío I, hacia 505 a. e. c., cuando los trabajadores tan solo recibían el equivalente a 7,3 litros o menos. Más adelante, los salarios reales en Babilonia son aún más bajos, llegando incluso a los 4,8 litros a principios del siglo I a. e. c.[29]

Todavía no se ha hallado explicación para este incremento temporal neobabilónico. Un observador optimista podría sentir la tentación de imaginar un florecimiento temporal motivado por el aumento de la producción en la agricultura de mercado, la alta especialización de la mano de obra y la creciente monetización, todo ello corroborado en este periodo. Sin embargo, la reducción de las ganancias provocada por las pérdidas demográficas durante el sangriento desmoronamiento del imperio asirio hacia finales del siglo VII a. e. c. es otra opción. Esto pudo estimular unas pérdidas de población a la misma escala que la peste en Babilonia, situada más al Sur y un actor clave en este conflicto cataclísmico. Sin embargo, todo ello son especulaciones, y el deterioro aparentemente rápido de los salarios reales a finales del siglo VI a. e. c. sería difícil de explicar en relación con una recuperación demográfica.

Sin embargo, pese a esas persistentes lagunas en nuestro conocimiento, ahora podemos demostrar que los procesos de igualación provocados por la epidemia en su día asociados eminentemente, o incluso exclusivamente, a la peste negra han sido un fenómeno recurrente en la historia universal. Todos los hallazgos presentados en este capítulo respaldan un escenario malthusiano de igualitarismo forzado por la población y propiciado por los contextos institucionales. Lo que también tuvieron en común estos episodios de equiparación fue la extraordinaria pérdida de vidas, que en los casos más relevantes se contó por decenas de millones de personas. La transitoriedad del igualitarismo era otra característica común, ya que la recuperación demográfica casi siempre absorbía esas ganancias. Así pues, las pandemias fueron un mecanismo para reducir las desigualdades de ingresos y riqueza, que en su día eran extremadamente brutales y, en última instancia,

insostenibles. En ambos sentidos, son buenas compañeras de los otros procesos de igualación evaluados hasta el momento: los sacrificios de la movilización militar de masas, las atrocidades de la revolución transformadora y los estragos causados por los estados fallidos. Todos estos hechos redujeron la desigualdad material infligiendo un enorme baño de sangre y sufrimiento humano. Nuestro cuarteto de jinetes ya está completo.

«DIOS HUMILLÓ A LO QUE ERA ALTO»:
AUGSBURGO EN LA GUERRA DE LOS TREINTA
AÑOS

Cuatro partes para cuatro jinetes: la clara separación de los principales igualadores en la historia ha ayudado a estructurar el debate, pero, inevitablemente, no hace justicia a las circunstancias más caóticas de la vida real en el pasado. Muy a menudo, dos o más jinetes unían fuerzas y diferentes mecanismos igualadores operaban e interactuaban hombro con hombro. La experiencia de la ciudad de Augsburgo, en el sur de Alemania, en el siglo XVII es una excelente ilustración de la influencia común de diferentes factores, en este caso, la guerra y la peste.[\[30\]](#)

Augsburgo era uno de los centros económicos del sur de Alemania a principios de la era moderna, un motor de recuperación de la peste negra a finales de la Edad Media. Tras pasar de 20.000 habitantes en 1500 a 48.000 en 1600, se convirtió en la segunda ciudad más grande de Alemania. El desarrollo económico y la urbanización aumentaron la desigualdad de recursos, ya que la riqueza se multiplicó y su distribución era cada vez más desigual. Los registros detallados de impuestos a la riqueza, que estaban basados en evaluaciones periódicas de todas las familias urbanas, constituyen una representación bastante exacta de los activos reales y su distribución. Debemos tener en cuenta diversas variables confusas. Incluso los residentes que en principio no poseían propiedades gravables debían de tener algunas pertenencias cuya inclusión podría haber reducido un poco la desigualdad. Al

mismo tiempo, se aplicaba una exención a los primeros quinientos gulden de una familia, una cantidad que, con un impuesto del 0,5 %, equivalía a un pago de 2,5 gulden, o más de lo que pagaba en 1618 cualquiera que estuviese por debajo de la quinta parte más alta de la distribución de ingresos. Las joyas y la plata también estaban exentas de impuestos. Todas estas excepciones favorecían a los ricos y debieron de compensar con creces la omisión de las posesiones más exiguas de los pobres que no pagaban impuestos. En general, las tendencias observadas se antojan bastante representativas. Los datos documentan un sorprendente grado de cambio con el tiempo. Gracias a la acumulación y concentración de capital, el coeficiente de Gini de desigualdad en los impuestos a la riqueza pasó de 0,66 en 1498 a 0,89 en 1604 (Fig. 11.4).[31]

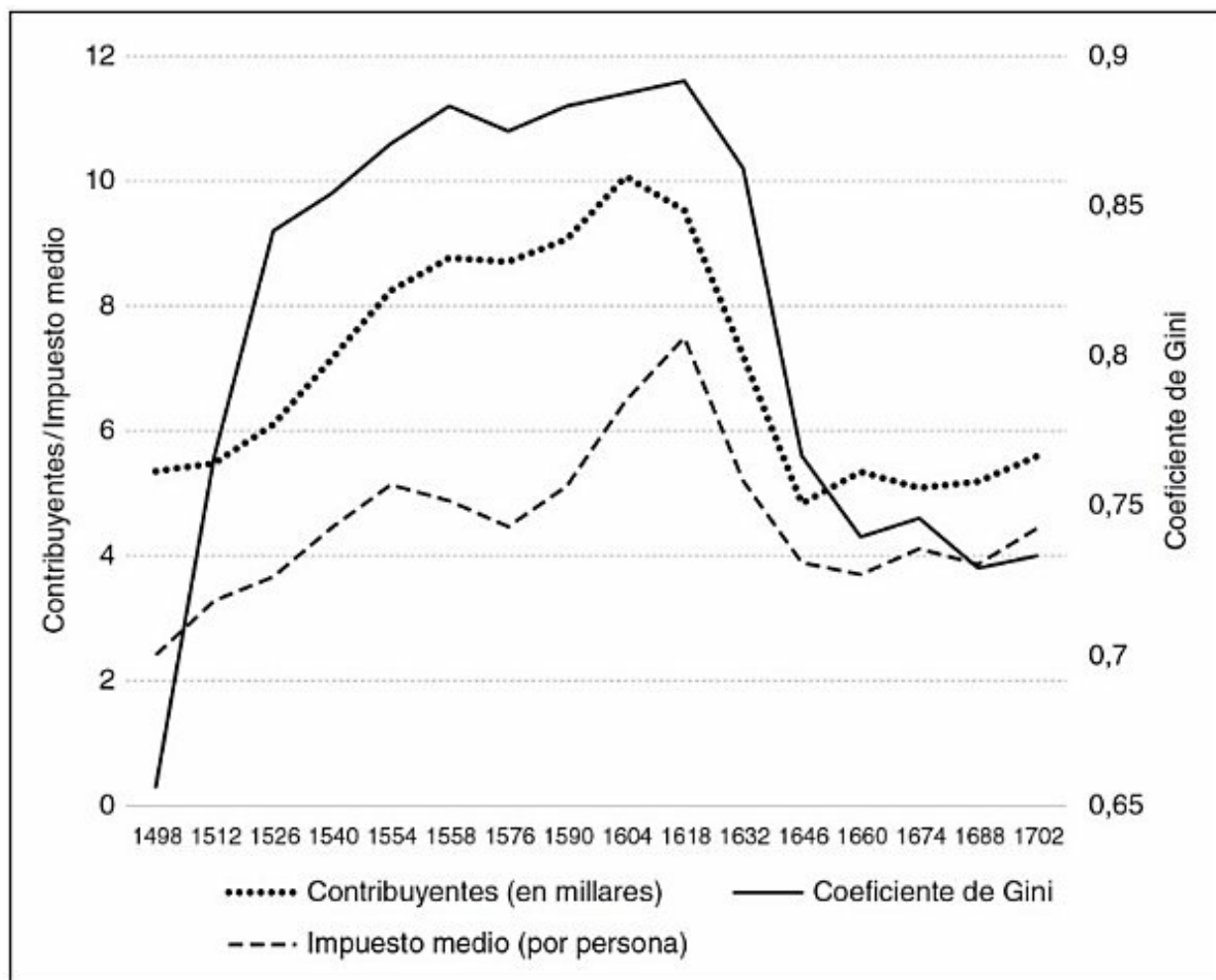


FIGURA 11.4. Desigualdad de riqueza en Augsburgo: número de contribuyentes, pago de impuestos medio y coeficientes de Gini de pago de impuestos, 1498-1702

La estratificación económica en 1618 era intensa: el 10 % más rico de la familias pagaba el 91,9 % de los impuestos, con un coeficiente de Gini de 0,933. Incluso este grupo privilegiado estaba sumamente estratificado: el 1 % superior, que comprendía a los aristócratas y los mercaderes más adinerados, representaba casi la mitad de los ingresos por impuestos a la riqueza. Dos tercios de los tejedores y trabajadores de la construcción registrados no debían ningún impuesto, al igual que ocurría con un 89 % de los jornaleros. En lo más bajo de la sociedad de Augsburgo nos encontramos con un gran estrato empobrecido de unos 6.000 habitantes, incluidos unos 1.000 vagabundos, 1.700 personas que vivían eminentemente de limosnas y otras 3.500 que lo hacían en parte. Con solo un 2 % de la población que podría considerarse rica o bienestante, un tercio de nivel medio y dos tercios pobres (y al menos la mitad de esos vivían en los márgenes de la subsistencia), no existen indicios de una clase media emergente sostenida por el crecimiento económico. Por el contrario, observamos una caída de los salarios reales, igual que en muchas de las poblaciones urbanas analizadas en el capítulo anterior.[32]

Esa era la situación justo al principio de la guerra de los Treinta Años, una compleja y prolongada serie de operaciones militares que provocaron una devastadora conflagración sin precedentes en la historia de Alemania. Las hostilidades, que ocasionaron una destrucción generalizada de las viviendas y el capital y enormes pérdidas de vidas, coincidieron y en gran medida provocaron reapariciones de la peste y la propagación del tifus, una enfermedad relativamente nueva que disparó aún más la mortalidad. Durante las primeras fases de la guerra, la ciudad de Augsburgo no era un objetivo importante y solo se vio afectada indirectamente, sobre todo por la depreciación de la divisa. Esta medida, aplicada para sufragar la guerra, incrementó la inflación de los precios en las décadas de 1620 y 1630, e inicialmente la multiplicó por diez. Al parecer fueron los estratos más bajos de la sociedad los que más sufrieron, mientras que las ganancias netas se

concentraron en los mercaderes ricos que compraban viviendas, sobre todo a propietarios de nivel medio que estaban pasando apuros. Una comparación de las contribuciones fiscales de 1625 y 1618 revela que más mercaderes pagaban aún más que antes y que su contribución total había subido tres cuartas partes, un signo de la rápida concentración de riqueza entre los miembros más prósperos de este grupo. Entre los aristócratas, representantes del «viejo dinero», ganadores y perdedores estaban equilibrados. Los sagaces propietarios de capital mercantil estaban mejor posicionados para explotar la desestabilización de la divisa relacionada con la guerra. Los pobres eran más pobres, mientras que se han documentado más ganancias entre los residentes de nivel medio más adinerados: los ganadores incluyen a orfebres y mesoneros, gracias a su acceso directo a bienes escasos como los metales preciosos y la comida.[33]

Pero esas ganancias no tardaron en evaporarse cuando la peste y la guerra azotaron Augsburgo. La peste asestó el primer golpe, parte de una oleada mayor que arrasó desde Ámsterdam hasta Alemania e Italia. La guerra contribuyó a llevar la epidemia a la ciudad a través de los soldados acantonados en octubre de 1627. La peste siguió arrasando la ciudad el resto del año y en 1628, y acabó con la vida de unos 9.000 habitantes de un total de 40.000-50.000. Las distribuciones estatales de los desembolsos sociales y la concentración de la población de Augsburgo entre 1625 y 1635 son muy similares, lo cual indica que la peste mató a un número desproporcionado de pobres. Un segundo brote en 1632 y 1633 produjo el mismo efecto. Este desequilibrio contribuyó al efecto igualador experimentado en toda la ciudad. Las dislocaciones resultantes también redujeron la liquidez. En 1629, la ciudad impuso un recorte a sus acreedores reduciendo los elevados intereses de los préstamos contraídos en años anteriores. Los acreedores que intentaron presentar denuncias fueron disuadidos por la cancelación de cualquier pago de intereses o capital mientras esas denuncias eran adjudicadas.[34]

Las fuerzas suecas llegaron en abril de 1632. Aun así, la conquista pacífica provocó elevados costes de ocupación con los que cargaron los residentes, en especial las familias católicas. Unos 2.000 efectivos fueron destinados a la ciudad y había que pagar unas enormes obras de fortificación.

Se aprobaron gravámenes especiales, incluido un impuesto de capitación moderadamente progresivo. Los pagos de intereses municipales cesaron por completo cuando la ciudad se vio abocada a la bancarrota. Los propietarios de capital fueron las principales víctimas. Durante la ocupación, la mortalidad volvió a dispararse, esta vez debido a la reaparición de la peste en 1632, a la cual siguió la hambruna provocada por un bloqueo por parte de las fuerzas católicas.[35]

Las condiciones se deterioraron aún más tras la derrota sueca en la batalla de Nördlingen, en septiembre de 1634. Las tropas imperiales se apresuraron a asediar Augsburgo. El sitio duró casi seis meses, hasta marzo de 1635, y causó tremendas estrecheces. Los pobres son los que más sufrieron: el cronista Jacob Wagner habla de gente que se vio obligada a comer piel de animal, gatos, perros y cadáveres humanos. Esto quizá no sea un simple tópico, ya que algunos enterradores denunciaron la falta de carne en senos y otras partes del cuerpo, y se vio a algunos ciudadanos mordisqueando huesos de caballos muertos que yacían en la calle. El hedor de los fallecidos y moribundos pendía sobre la ciudad. Entre tanto, la guarnición sueca sometía a una incesante presión al consejo local, que se vio obligado a imponer unas enormes contribuciones extraordinarias: el primer impuesto equivalía a las obligaciones fiscales de un año entero. Los únicos que podían satisfacer esas exigencias eran los ricos.[36]

En marzo de 1635, la guarnición aceptó las condiciones de rendición, lo cual le permitió partir, pero obligó a la ciudad a albergar a tropas imperiales y pagar una indemnización. Puesto que las familias católicas habían llevado casi todo el peso de los impuestos anteriores, ahora era el turno de los protestantes con propiedades, que tuvieron que renunciar a muchos de sus activos. Un censo confeccionado ese mismo año arroja un poco de luz sobre la situación. La distribución de fincas había cambiado poco, pero la vivienda había perdido gran parte de su valor, ya que los alquileres habían bajado, las casas en venta estaban en malas condiciones y los posibles especuladores no podían adquirir activos de escaso valor por falta de fondos líquidos. Cuatro años después, Jacob Wagner aseguraba que el precio de la vivienda había caído hasta un tercio del nivel previo a la ocupación y que los talleres de los

artesanos estaban medio vacíos. La élite de la ciudad se quejaba de las cargas a las que estaba sometida. En 1636, una delegación enviada al emperador Habsburgo en Núremberg afirmaba que las 1.600 familias protestantes que quedaban en Augsburgo se habían empobrecido sobremanera, ya que se habían visto obligadas a gastar enormes sumas en alojamiento para los militares y otros servicios. En 1640, un año después de la retirada de la guarnición, otra delegación aseguraba que, en los cinco años anteriores, los protestantes de Augsburgo habían tenido que pagar ocho veces más impuestos y habían perdido más de un millón de gulden, que, de ser cierto, supondría un múltiplo de los ingresos anuales de la ciudad.[37]

La hoja de balance del impacto acumulativo de la peste y la guerra hasta 1646 es una lectura triste. La población de Augsburgo se redujo un 50 % o 60 % entre 1616 y 1646, igual que ocurrió en otras ciudades que se vieron gravemente afectadas, como Múnich, Núremberg y Maguncia. Sin embargo, su composición socioeconómica cambió aún más radicalmente en ambos extremos del espectro (Tabla 11.1). El número de residentes pobres se redujo desproporcionadamente: cuatro quintas partes de las familias de tejedores desaparecieron, no solo debido a muertes o emigración, sino porque muchos tuvieron que abandonar su profesión. Como la mayoría de ellos ya eran pobres, esa pérdida, junto con el enorme número de víctimas entre los desposeídos, que al principio representaban un considerable porcentaje de los habitantes de la ciudad, fomentó la igualación reduciendo significativamente el porcentaje de aquellos que vivían en situación de pobreza.[38]

TABLA 11.1. Porcentaje y número de familias gravables en Augsburgo por horquilla tributaria, 1618 y 1646

Contribución	Porcentaje, en % (número)		Cambio, en %	
	1618	1646	de porcentaje	de cifra
Nada	48,5 (4.240)	37,2 (1.570)	-23,3	-63
1-15 kr.	13,2 (1.152)	4,2 (176)	-68,2	-84,7
16-30 kr.	7,0 (614)	22,0 (928)	+214,3	+51,1
31-60 kr.	6,7 (587)	12,4 (522)	+85,1	-11,1
1-10 fl.	16,5 (1.440)	18,0 (761)	+9,1	-47,2

10-100 fl.	6,6 (577)	5,7 (241)	-13,6	-58,2
100-500 fl.	1,35 (118)	0,5 (20)	-63,0	-83,1
500+ fl.	0,01 (10)	0 (0)	-100	-100
Total	100 (8.738)	100 (4.218)	-51,7	

Kr.: kreutzer; fl.: gulden

También cambiaron muchas cosas en los estratos más altos de la sociedad urbana. Familias que habían sido superricas ahora eran simplemente ricas, mientras que el número de familias simplemente ricas se redujo en cinco sextas partes. El número de personas acomodadas o moderadamente adineradas se había reducido a la mitad, pero más o menos se mantuvo constante como proporción de la población total (muy menguada). El porcentaje de personas situadas en niveles de ingresos por encima de la mera subsistencia se disparó pese a que la proporción de pobres y desposeídos disminuía. El efecto igualador general fue masivo.

Esos cambios vinieron acompañados de una reducción de la riqueza gravable que fue incluso más severa que la caída demográfica, unas tres cuartas partes frente a la mitad. Un desglose de ingresos fiscales por deciles de riqueza desvela que esta marcada caída obedeció casi por completo a pérdidas entre el 10 % más rico. Mientras que en 1618 el decil más alto había aportado un 91,9 % del impuesto a la riqueza, en 1646 fue un 84,55 %. En términos absolutos, los pagos en este grupo habían pasado de 52.732 a 11.650 gulden, lo cual representa más de un 94 % de la reducción total de los ingresos por impuestos a la riqueza. El «viejo dinero», simbolizado por las familias aristócratas, fue el que sufrió la mayor sacudida: su aportación fiscal media cayó casi cuatro quintas partes.[39]

Y todavía no había terminado: en 1646 se produjo otro sitio de las fuerzas francesas y suecas, que, aunque fracasó, duplicó el índice anual de mortalidad. Una memoria compuesta ese año por mercaderes locales se quejaba del declive del comercio debido a ataques, saqueos y aranceles nuevos o más altos, todo ello motivado por la guerra, al igual que los bloqueos y los costes de acuartelamiento. En total, esos factores supuestamente redujeron las oportunidades de inversión y crédito, cosa que

perjudicó a los intereses de los propietarios de capital. El último año de la guerra, 1648, trajo otro riesgo de asedio, y 2.400 soldados fueron destinados a la ciudad hasta que finalmente se negoció la paz.[40]

La ciudad sobrevivió, pero era una sombra de lo que había sido. Reducida a menos de la mitad de su población de preguerra, miles de sus habitantes más pobres murieron a causa de la peste y la hambruna mientras su élite capitalista era despojada de todo cuanto tenía. Habían desaparecido grandes fortunas y el número de patrimonios menores se había reducido sobremanera. La vivienda había perdido valor, los préstamos no valían nada y las oportunidades de inversión segura se habían visto reducidas: en resumen, el capital se había erosionado enormemente. A la postre, las graves pérdidas de población aumentaron la demanda de mano de obra entre los supervivientes, lo cual mejoró las circunstancias de las clases trabajadoras, que dejaron atrás la pobreza abyecta que muchos habían sufrido con anterioridad. Al final de la guerra, el coeficiente de Gini de riqueza gravable (aproximado) había pasado de 0,9 a aproximadamente 0,75, todavía alto —de hecho, mucho más alto que después de la peste negra—, pero ni mucho menos tan extremo como antes. Este efecto igualador, que se pagó a un precio dolorosamente alto, persistió durante buena parte del siglo XVII.[41]

La experiencia de Augsburgo en la que fue una de las guerras más horribles jamás libradas en Europa occidental, en la época de la peor epidemia desde la peste negra, podría antojarse extraordinaria. Sin embargo, las fuerzas motrices que impulsaron la reducción de la desigualdad de ingresos y riqueza no fueron ni mucho menos inusuales. Fueron necesarias una violencia masiva y sufrimiento humano para desposeer a los ricos y reducir la población activa de tal manera que los supervivientes mejoraran notablemente sus condiciones. Distintas formas de desgaste tanto en lo más alto como en lo más bajo del espectro social comprimieron la distribución de ingresos y riqueza. Como hemos visto en esta y en las tres partes anteriores de este libro, se desarrollaron procesos similares en entornos muy diferentes y por una amplia variedad de razones, desde la Grecia de la Edad de Bronce hasta

Japón en la segunda guerra mundial, Inglaterra durante la peste negra, México en los últimos estertores del intercambio atlántico o la república popular de Mao. Al margen de que todos estos casos abarcan gran parte de la historia humana documentada y varios continentes, lo que tienen en común es que las notables reducciones de la desigualdad de recursos dependieron de desastres violentos. Ello plantea dos preguntas acuciantes: ¿No ha habido otra forma de reducir la desigualdad? ¿Y la hay actualmente? Ha llegado el momento de explorar alternativas menos sangrientas a los cuatro jinetes.

Sexta parte

ALTERNATIVAS

Capítulo 12

REFORMA, RECESIÓN Y REPRESENTACIÓN

«¿PADRE Y REY DE TODAS LAS COSAS?»: EN
BUSCA DE UN IGUALITARISMO PACÍFICO

Hasta el momento, todos los capítulos han sido una lectura bastante deprimente. Una y otra vez hemos visto que las reducciones considerables de la brecha entre ricos y pobres se han producido pagando un alto precio y con gran sufrimiento humano. Sin embargo, no toda la violencia sirve a este fin. La mayoría de las guerras han sido tan proclives a aumentar la desigualdad como a reducirla, dependiendo del bando en el que estuviera la persona. Las guerras civiles han generado consecuencias igual de inconsistentes, pero casi todas han tendido a aumentar en lugar de atenuar la desigualdad. La movilización militar de masas ha resultado el mecanismo más prometedor y la violencia excepcional ha generado grandes resultados. Pero, aunque esto normalmente era cierto de las peores guerras de la historia humana —las dos guerras mundiales—, este fenómeno y sus consecuencias igualadoras eran infrecuentes en periodos anteriores: es posible que la antigua Grecia sea el único precursor. Y si las guerras más intensas eran las más proclives a limitar las disparidades de ingresos y riqueza, aún lo eran más las revoluciones más intensas: las revoluciones comunistas del siglo XX, al fin y al cabo, propiciaron un igualitarismo a gran escala. Por el contrario, empresas menos

ambiciosas como la Revolución Francesa generaron efectos más tenues, y la mayoría de los disturbios de la historia no fomentaron en absoluto el igualitarismo.

Los estados fallidos fueron un medio más fiable de equiparación, pues destruyeron las disparidades y las jerarquías de riqueza y poder. Al igual que las movilizaciones militares de masas y las revoluciones transformadoras, la equiparación vino acompañada de gran miseria y devastación humanas, y podemos decir lo mismo de la mayoría de las epidemias catastróficas: aunque las mayores pandemias tuvieron un gran efecto igualador, cuesta imaginar un remedio para la desigualdad que fuera dramáticamente peor que la enfermedad. En gran medida, el grado de igualación era una función de la escala de la violencia: cuanta más fuerza se utilizaba, mayor era el efecto igualador. Si bien esta no es una ley irrefutable —por ejemplo, no todas las revoluciones comunistas fueron particularmente violentas y no todas las guerras de masas ejercieron un efecto igualador—, quizá sea lo más cerca que estaremos de una premisa general. Esta es, sin duda alguna, una conclusión sumamente desalentadora. Pero ¿era la única manera? ¿La violencia siempre ha sido la fuente del igualitarismo, del mismo modo que la guerra, según Demócrito, es «padre y rey de todas las cosas»? ¿Existen alternativas pacíficas que hayan generado resultados similares? En este capítulo y el siguiente analizaré una amplia variedad de posibles candidatos, en especial la reforma agraria, las crisis económicas, la democratización y el desarrollo económico. Concluiré evaluando alternativas hipotéticas. A falta de sacudidas violentas de masas, ¿cómo se habría desarrollado la desigualdad en el transcurso del siglo XX?[1]

«¿HASTA QUE SE CONVIRTIERA EN UNA
TEMPESTAD QUE LO DESTRUYE TODO?»:
REFORMA AGRARIA

La reforma agraria merece un lugar destacado por la sencilla razón de que

en el pasado la mayoría de la gente vivía de la tierra, y la tierra cultivada en general representaba el grueso de la riqueza privada. Hace trescientos años, en Francia la tierra suponía dos tercios de todo el capital; en Gran Bretaña representaba alrededor de un 60 %. Probablemente fue algo habitual durante cientos, si no miles de años de historia en todo el mundo. La distribución de la tierra, por tanto, era un determinante clave de la desigualdad. Los intentos por cambiar la propiedad de tierras a favor de los pobres fueron una constante en toda la historia documentada. La reforma agraria no está asociada inherentemente a la violencia: en teoría, nada impide a las sociedades adaptar de manera pacífica la propiedad de la tierra para beneficiar a los pobres. Sin embargo, en la práctica las cosas normalmente funcionaban de otra manera: como veremos, una reforma agraria satisfactoria casi siempre dependía del ejercicio o la amenaza de la violencia.[2]

Los ejemplos más sorprendentes ya se han comentado en el capítulo 7. No ponemos en tela de juicio ni la naturaleza violenta ni el poder igualador de las revoluciones soviética y china, aunque en algunos casos —por ejemplo, el de Cuba—, la violencia fue más latente que manifiesta. Las reformas agrarias radicales de esta índole desaparecieron con el final de la guerra fría: Camboya, Etiopía y Nicaragua en las décadas de 1970 y 1980 son algunos de los ejemplos más recientes documentados. Desde entonces, Zimbabue ha sido el único caso importante de redistribución agraria coercitiva. En ese país, la reforma agraria se había desarrollado lentamente durante la década de 1980 y gran parte de la siguiente y alrededor de una décima parte de la tierra cultivable fue transferida de los agricultores blancos a 70.000 familias negras, la mayoría de ellas pobres. La radicalización comenzó en 1997, cuando los ex combatientes de la guerra de liberación organizaron «invasiones de tierras» ocupando las propiedades de grandes terratenientes blancos. En respuesta a ello, una octava parte de las tierras de cultivo fueron destinadas a adquisición obligatoria. En aquel momento, aproximadamente un 90 % de la tierra controlada por 6.000 agricultores blancos en 1980 había sido repartida entre un cuarto de millón de familias. El porcentaje de grandes granjas propiedad de blancos respecto del total de la tierra había pasado del 39 % al 0,4 %. Esto representa una enorme

transferencia de riqueza neta de una pequeña élite a familias pobres. La segunda fase de la reforma de 1997 en adelante, esta más agresiva, obedeció en gran medida a la agitación violenta de los ex combatientes. Cuando el gobierno de Mugabe se negó a cumplir sus promesas de bienestar social y apoyo económico, los ex combatientes y aquellos a los que ayudaron a movilizar no solo desafiaron a los colonos blancos, sino también a las autoridades, lo cual obligó a Mugabe a consentir la apropiación forzada de granjas comerciales de los blancos. Tras unos intentos iniciales por contener este movimiento, Mugabe se unió a él en 2000 convirtiendo esas granjas en objetivos y aprobando medidas para proteger a los ocupantes. Aquí vemos algunos ecos de la revolución mexicana de principios del siglo XX, cuando la ocupación local de fincas también impulsó acciones del gobierno. La violencia local fue un medio fundamental para aumentar el alcance de la redistribución de tierra y, por tanto, la equiparación de la riqueza.[3]

Muchas reformas agrarias a lo largo de la historia fueron consecuencia de una guerra. En el cuarto capítulo abordaba un caso particularmente extremo: la reforma agraria en Japón durante la ocupación estadounidense, que conllevó una confiscación descompensada y una reestructuración integral de la propiedad de tierras en todo el país. Este fue un nuevo fenómeno de la era posterior a la segunda guerra mundial: hasta ese momento, los ocupantes extranjeros nunca habían fomentado una agenda redistributiva. El gobierno soviético en Europa central fue la principal manifestación de igualitarismo propiciado por las fuerzas conquistadoras. Históricamente, la guerra había dado impulso a la reforma agraria de otras maneras. Un mecanismo establecido era la reforma en respuesta a la amenaza de un conflicto bélico, utilizada como un medio para apoyar las capacidades militares de un país.

Según algunos, las reformas Taika («gran cambio») de Japón a partir del año 645 e. c. pueden interpretarse como un ejemplo temprano de este proceso. Inspirándose en los planes de igualitarismo llevados a cabo por gobernantes Sui y Tang en la cercana China, las tierras de cultivo debían ser inspeccionadas y reorganizadas en una cuadrícula de parcelas iguales, los arrozales debían ser asignados a familias basándose en su número de miembros productivos y se planearon reasignaciones periódicas para

adaptarse a unas circunstancias cambiantes. Las parcelas asignadas, que técnicamente eran públicas, debían ser inalienables. Como ocurre con tanta frecuencia, no podemos saber con certeza hasta qué punto se ejecutó de forma generalizada o fielmente este ambicioso programa. Lo importante aquí es que se llevó a cabo en el contexto de una reforma continuada ante la amenaza de una guerra interna y externa. La intervención en Corea en la década de 660 enfrentó a Japón con la China Tang, lo cual despertó inquietudes por una posible invasión militar de la superpotencia vecina. A continuación se inició un proceso de militarización, interrumpido por la guerra de sucesión Jinshin en 672 y 673. El primer censo de la historia fue creado en 689 y se aprobó el reclutamiento universal para todos los varones adultos. Al parecer, la amenaza de la guerra propició unas reformas nacionales concebidas para eliminar a las élites locales y fomentar la cohesión entre la población general, que había de prepararse para la movilización militar.[4]

Transitamos terreno más seguro en la Rusia zarista. Un mes después de la derrota en la guerra de Crimea, librada entre 1853 y 1856, el zar Alejandro II prometió «leyes iguales para todos». Las reformas incluían la emancipación de los siervos en un periodo de cinco años, una medida que pretendía crear un ejército más numeroso respaldado por el reclutamiento universal. Ahora, los campesinos podían ser propietarios de las parcelas que cultivaban. Sin embargo, el igualitarismo se vio limitado por la obligación de los campesinos de pagar amortizaciones que equivalían al 75 % o el 80 % del valor de la tierra. La financiación provenía de bonos del gobierno que los campesinos tenían que pagar a un 6 % de interés en cuarenta y nueve años, una prolongada erosión de sus recursos que a menudo los dejaba con parcelas más pequeñas que las que habían trabajado antes. La diferenciación aumentó cuando algunos recibieron tierras pero otros no, los campesinos más pobres se proletarizaron y las familias más adineradas se apartaron del resto. La agitación tras la derrota en la guerra contra Japón en 1905 desencadenó otra oleada de reformas agrarias. En aquel momento, los campesinos solo eran propietarios del 3,5 % de toda la tierra. Negándose a pagar más amortizaciones, convocaron una huelga y atacaron fincas y saquearon más de

mil casas de campo. En respuesta a esta violencia, todas las amortizaciones pendientes fueron canceladas y los campesinos adquirieron el derecho a reclamar su tierra como una propiedad hereditaria. A consecuencia de ello, en la época de la primera guerra mundial más de la mitad de la tierra estaba en manos del campesinado. Aun así, la persistente brecha de riqueza entre unas pocas fincas de gran extensión y muchas propiedades pequeñas incrementó la desigualdad general de tierras y las bestias de carga estaban distribuidas de manera menos equitativa que antes.[5]

Este no era un ejemplo aislado. Las reformas agrarias motivadas por la guerra que acabaron exacerbando la desigualdad tienen un viejo pedigrí. Las guerras napoleónicas habían desencadenado reformas agrarias en varios países, con resultados desagradables a más largo plazo. En Prusia, la conmoción por la derrota de 1806 dio pie a la prohibición de la servidumbre al año siguiente, y aunque se permitía a los arrendatarios comprar tierras a la nobleza y la corona, los precios eran altos y los grandes terratenientes —los *junkers*— fortalecieron su control sobre la tierra y mantuvieron una posición dominante hasta que, en 1945, los comunistas expropiaron todas las grandes fincas sin compensación alguna. En España, las guerras napoleónicas también alentaron la liberalización. Las transmisiones hereditarias fueron abolidas en 1812 y los terrenos públicos se pusieron a la venta, pero las guerras civiles posteriores provocaron una concentración aún mayor de las propiedades, igual que sucedió en Portugal. En Austria fue la revolución de 1848 la que convenció al gobierno de liberar a los siervos de las obligaciones feudales: las leyes a este propósito, teóricamente aprobadas en la década de 1780, todavía no habían sido aplicadas. Los precios de las tierras transferidas equivalían a veinte veces las ganancias anuales y eran compartidas en igual proporción por los campesinos, el Estado y los señores (que de este modo perdieron un tercio de su riqueza), un ejemplo de compra de la paz en respuesta a la agitación popular.[6]

Otros intentos de reforma motivados por la guerra fueron más radicales pero breves. Fundada en 1901, la Unión Nacional Agraria Búlgara no consiguió llegar a las masas rurales hasta que la sacudida masiva de la derrota en la primera guerra mundial, que condujo a la rendición, el caos político y

pérdidas territoriales, la llevó al poder en 1920. Su programa de reforma agraria era ambicioso: la propiedad quedaba limitada a treinta hectáreas, los terrenos sobrantes estaban sujetos a venta obligatoria a una escala proporcional (los niveles de compensación se reducían con la envergadura) y fueron transferidos a los campesinos sin tierras y los pequeños propietarios, y las tierras y propiedades de la Iglesia obtenidas por medio de la especulación y las ganancias de guerra fueron confiscadas. Esto no tardó en desencadenar una reacción violenta por parte de la clase dirigente, lo cual desembocó en el derrocamiento del gobierno. Los efectos de la guerra se dejaron notar de manera más indirecta en Guatemala durante y después de la segunda guerra mundial. Durante el conflicto, el dominio opresor de los grandes terratenientes se vio debilitado por la pérdida del mercado cafetero alemán y la nacionalización de muchas plantaciones de propiedad alemana, emprendida bajo presión estadounidense. Esto allanó el terreno para la reforma agraria de un gobierno elegido democráticamente en 1952: la tierra de grandes fincas fue redistribuida y los propietarios compensados con bonos del Estado cuyo precio estaba en consonancia con las declaraciones de impuestos, normalmente muy infravaloradas, que solían presentar. En 1954, en un proceso pacífico y ordenado, un 40 % de la población rural había recibido tierras. Sin embargo, un golpe de Estado instaló ese año un régimen militar que anuló la reforma agraria y retomó la represión. Un total de 150.000 personas fallecieron en la prolongada guerra civil. En la década de 1990, un 3 % de los propietarios poseía dos tercios de la tierra y el 90 % de la población rural tenía pocas o ninguna. La violencia se manifestó en este proceso de distintas maneras: primero remotamente, al facilitar el cambio, y después por medio de su ausencia bajo un gobierno pacífico que no fue rival para la intervención y la represión violentas.[7]

En otros casos, la preocupación por una posible violencia, interna o externa, precipitó la reforma agraria. El anticomunismo fue un factor de motivación especialmente potente. Al final de la segunda guerra mundial, la desigualdad de tierras en Corea del Sur era elevada: menos de un 3 % de las familias rurales poseían dos tercios de toda la tierra, mientras que un 58 % no poseía ninguna. La posterior reforma agraria estuvo motivada por el temor a

que los comunistas norcoreanos, que habían expropiado tierras en su zona ya en 1946, pudieran movilizar a los campesinos del sur. El apoyo estadounidense y un compromiso para llevar a cabo una reforma agraria de todos los partidos que se presentaron a las primeras elecciones en 1948 resultó en una expropiación y redistribución a gran escala. Primero fueron confiscadas todas las propiedades coloniales japonesas. A principios de los años cincuenta, la propiedad privada fue limitada a tres hectáreas de buena tierra de cultivo, la tierra sobrante fue transferida a los campesinos por confiscación o venta por una compensación mínima (una vez y media el alquiler anual) y los arrendamientos fueron fijados a niveles bajos para quienes seguían trabajando tierras de otros. Algo más de la mitad de toda la tierra cambió de manos. El efecto redistributivo fue enorme: los terratenientes perdieron un 80 % de sus ingresos, mientras que el 80 % de las familias rurales más pobres los incrementaron entre un 20 % y un 30 %. En 1956, el 6 % más rico de los terratenientes poseía tan solo un 18 % de toda la tierra, y el porcentaje de arrendatarios había caído del 49 % al 7 %. El coeficiente de Gini de propiedad de tierras, que alcanzaba 0,72 o 0,73 en 1945, se redujo a 0,30 en la década de 1960. El efecto igualador de la reforma agraria se vio amplificado por las consecuencias de la guerra de Corea: puesto que la mayoría de las propiedades industriales y comerciales fueron destruidas y la hiperinflación hizo que la compensación perdiera todo su valor, la élite con tierras desapareció por completo y nació una sociedad sumamente igualitaria que más tarde se vio respaldada por un acceso generalizado a la educación. En este caso, la preocupación por una guerra o una revolución se vio sobrepasada por una guerra con movilización de masas, cuyos efectos igualadores son similares a los que encontramos en el capítulo 5.[8]

La ansiedad por la revolución y la guerra también convergieron en Vietnam del Sur, que instituyó la reforma agraria en 1970 a instancias de Estados Unidos: toda la tierra arrendada debía ser entregada a los cultivadores, que habían de recibir cierta cantidad gratuitamente; los propietarios fueron compensados. La reforma se llevó a cabo en tres años y el índice de arrendamiento se redujo drásticamente, por ejemplo, de un 60 % a un 15 % en el delta del Mekong. En Taiwán, por el contrario, la preocupación

general por la guerra más que la guerra en sí misma fue el principal agente del igualitarismo. Expulsado en 1949 del territorio taiwanés por los comunistas victoriosos, el gobierno del Kuomintang se embarcó en una reforma agraria para conseguir apoyo local. Sus partidarios estadounidenses también alentaron la redistribución para contrarrestar el comunismo. La motivación era fuerte y los obstáculos institucionales débiles: los líderes no tenían obligaciones con los terratenientes locales y muchos achacaron la derrota al fracaso de la reforma agraria en el territorio. Al igual que en Corea del Sur, se pusieron límites a las propiedades individuales y se redujeron los arrendamientos. Tras la venta de terrenos públicos a los arrendatarios, en 1953 los terratenientes se vieron obligados a vender los excedentes de tierras a cambio de compensaciones muy por debajo de los precios de mercado. A consecuencia de ello, los ingresos de las granjas fueron en aumento, el porcentaje de arrendatarios pasó del 38 % en 1950 al 15 % diez años después y el coeficiente de Gini de propiedad de tierras cayó de aproximadamente 0,6 a entre 0,39 y 0,46 durante el mismo intervalo. El Gini de ingresos totales se redujo drásticamente de 0,57 en 1953 a 0,33 en 1964.[9]

La reforma agraria llevada a cabo en Rumanía en 1921 podría ser un ejemplo temprano de esta estrategia de contención: benefició a los campesinos más pobres y a los pequeños propietarios que recibieron tierras expropiadas, y a veces se considera que estuvo motivada por el temor a que la revolución de la vecina Unión Soviética pudiera extenderse. El miedo a la agitación comunista también propició reformas en varios países latinoamericanos. La Alianza por la Paz, creada por Estados Unidos en 1960 en respuesta a la toma de poder de Castro en Cuba, fomentó una reforma agraria y EE. UU. proporcionó asesoramiento y apoyo económico a este fin. Chile era una de las candidatas: tras unos primeros pasos tímidos, la inquietud por una derrota electoral en 1964 llevó a una coalición de signo derechista y centrista a adoptar una reforma agraria más amplia con apoyo extranjero. En 1970, muchas grandes fincas habían sido expropiadas, pero los desembolsos fueron moderados. El gobierno de izquierdas de Allende hizo progresos hasta que fue derrocado por un golpe de Estado en 1973. Aunque esto puso freno al proceso, para entonces un tercio de la tierra estaba en

manos de pequeños propietarios, frente a una décima parte solo una década antes.[10]

En un contexto de gran desigualdad y violencia rural en Perú a lo largo de la década de 1960, los líderes de un golpe militar perpetrado en 1968, que se oponían a la oligarquía tradicional y estaban entrenados en los principios estadounidenses de la contrainsurgencia, optaron por la reforma agraria como una manera de impedir una guerra civil total. En unos pocos años, la mayoría de las grandes fincas habían sido expropiadas, un tercio de las tierras de cultivo fueron transferidas y una quinta parte de la mano de obra de las granjas se benefició de ello. Acabar con el poder de los grandes terratenientes favoreció sobre todo al ejército y a los campesinos de nivel medio y no a los pobres. En Ecuador, Colombia, Panamá y República Dominicana se tomaron medidas con motivaciones similares. En El Salvador, una junta lanzó una reforma agraria en 1980, un año después de que estallara la guerra de guerrillas, con el respaldo y apoyo económico de Estados Unidos.[11]

Una década antes, el miedo a la revolución también había contribuido a emprender una reforma agraria en Egipto. La tierra había estado distribuida de manera bastante (aunque no extremadamente) desigual, ya que el 1 % de terratenientes más adinerados controlaba una quinta parte y el 7 % más rico era propietario de dos tercios. Los arrendamientos eran caros y la posición de los arrendatarios era igual de precaria que la de los trabajadores. En la década previa al golpe militar de Nasser en 1952, el país se había visto azotado por la inestabilidad y vivió una rápida sucesión de diecisiete gobiernos, ley marcial, huelgas y altercados. Los miembros de la clase dominante eran asesinados. El nuevo régimen lanzó una reforma agraria el año que subió al poder. Al igual que en Asia oriental por la misma época, Estados Unidos prestó asesoramiento y apoyo para contener la influencia comunista. Sayed Marei, el ministro de Agricultura, invocaba esos miedos al justificar la reforma:

Recordamos los días previos a la revolución de julio de 1952; recordamos que la aldea egipcia estaba inquieta a consecuencia de una peligrosa agitación; recordamos los hechos que desembocaron en un baño de sangre y la destrucción de la propiedad ... ¿Habrían preferido los grandes terratenientes verse expuestos al viento que soplaba a través de esa agitación, explotando la necesidad y la pobreza, hasta que se convirtiera

en una tempestad que todo lo destruye...?

Se impusieron límites a la propiedad privada de tierras, pero los dueños recibieron compensación y a quienes habían obtenido terrenos se les exigió que restituyeran al Estado durante varias décadas en un plan que no distaba mucho de la Rusia zarista posterior a 1861. Puesto que esos pagos eran mucho más bajos que los arrendamientos anteriores, dicha disposición fue ventajosa para los campesinos. La distribución de riqueza no se vio tan afectada como la de ingresos, ya que alrededor de una décima parte de la tierra cambió de manos. En Irak, varios golpes de estado y el gobierno baazista tuvieron un efecto más pronunciado y la colectivización redujo enormemente la desigualdad de posesión de tierras en las décadas de 1960 y 1970. En 1971, un levantamiento comunista fallido en Sri Lanka, que según se cree costó miles de vidas, propició reformas agrarias al año siguiente; estas supusieron la expropiación de las tierras privadas, y más tarde también corporativas, que superaran un umbral determinado. Fomentada una vez más por la violencia, esta intervención representó un distanciamiento radical de todos los gobiernos anteriores, que desde la independencia no habían abordado la desigualdad de tierras.[\[12\]](#)

Todos estos ejemplos dejan entrever la importancia crucial de la violencia, ya sea aplicada o latente, a la hora de poner en práctica una reforma agraria de consideración. Sin embargo, los resultados variaban sobremanera. De hecho, el historial de la reforma agraria como paliativo de la desigualdad es mediocre. Un estudio de veintisiete reformas durante la segunda mitad del siglo XX demuestra que en la gran mayoría de los casos (veintiuno, o un 78 %), la desigualdad de tierras permaneció inalterada o incluso aumentó con el tiempo. El nepotismo podía socavar una reforma agraria pacífica. En los años sesenta, el gobierno venezolano, elegido democráticamente, redistribuyó una décima parte de las tierras de cultivo del país —la mitad obtenidas a través de expropiaciones y la mitad pertenecientes a propiedades estatales— a una cuarta parte de los pobres sin terrenos. En aquel momento, el país estaba realizando la transición de una economía eminentemente agraria a una economía urbana basada en las

exportaciones petrolíferas. Esto permitió al gobierno pagar generosas compensaciones con los beneficios derivados del petróleo. De hecho, fueron tan generosas que los terratenientes organizaron huelgas y demandas de tierras por parte de sus trabajadores para poder ser sometidos a expropiaciones y recibir unas compensaciones que superaban los niveles de mercado. Las reformas de esta índole apenas mitigaron la desigualdad material.[13]

En ocasiones, la compensación llegó por la puerta de atrás. Durante su expansión por la península italiana, la antigua república romana había confiscado gran cantidad de tierra cultivable a los enemigos derrotados y la había convertido en terrenos públicos que o bien eran asignados a los colonos o bien arrendados. Estos últimos beneficiaron a quienes podían permitirse cultivar e invertir en grandes extensiones de tierra e hizo que las propiedades públicas quedaran concentradas en manos de los ricos. Tras un esfuerzo inicial por imponer límites legales al acceso a este tipo de tierras, se alcanzó un punto de inflexión en el año 133 a. e. c., cuando Tiberio Graco, un reformador populista perteneciente a la clase gobernante oligárquica, aprobó un programa de redistribución que limitaba a cada propietario un máximo de ciento veinte hectáreas. Las propiedades sobrantes fueron confiscadas sin compensación por inversiones previas y adjudicadas a los ciudadanos pobres. Los campos asignados se convirtieron en inalienables para impedir que los ricos y poderosos los compraran o que desplazaran a los pequeños propietarios. La élite opositora de esta reforma procedió por fases. Las iniciativas para mejorar este programa ofreciendo fondos iniciales a los colonos le costaron la vida a Graco, asesinado por oligarcas enfurecidos. El plan de redistribución tan solo sobrevivió cuatro años a su instigador, y en la década de 110 a. e. c. los arrendamientos fueron abolidos y todos los propietarios de terrenos públicos —incluidos aquellos que poseían la cantidad máxima permitida— empezaron a disfrutarlos como propiedades privadas que podían venderse. Así, aunque este programa pudo crear un número respetable de nuevos propietarios modestos (equivalente a un pequeño porcentaje de la población), su efecto a más largo plazo en la distribución de riqueza en forma de tierras fue a lo sumo leve.[14]

En la Filipinas moderna, la falta de una amenaza creíble de guerra o revolución permitió a las élites de terratenientes actuar con lentitud: aunque la reforma agraria continuó siendo un eslogan de campaña perenne, durante décadas cambiaron pocas cosas. Incluso cuando se llevó a cabo un intento más serio en 1988, los resultados fueron modestos, igual que había sucedido en India, Pakistán e Indonesia. En la década de 1970, aunque la mayoría de los aparceros iraníes obtuvieron algunas tierras gracias a ventas obligatorias de propiedades sobrantes de los terratenientes, el proceso aumentó la desigualdad entre los pequeños propietarios debido al favoritismo de los vendedores, sumado a las exigencias de compensación y la falta de apoyo estatal, lo cual otorgó ventaja a los campesinos más acomodados. El Gran Mahele hawaiano de 1848 es un ejemplo especialmente extremo de reforma agraria pacífica que generó unos resultados injustos. En aquel momento, la tierra, que se cultivaba colectivamente, era compartida por los reyes, los jefes y la población general. Puesto que eran necesarias unas solicitudes formales para establecer la propiedad privada —algo que muchas familias plebeyas no hicieron—, y puesto que la Ley de Propiedad de la Tierra para Extranjeros pronto permitió a los no nativos adquirir tierras, con el tiempo, la mayoría de los terrenos no reclamados por la corona cayeron en manos de propietarios comerciales no hawaianos.[15]

La reforma agraria no violenta solo prosperó en circunstancias excepcionales. La distribución de tierras comunes en la España de finales del siglo XVIII es, como mucho, un ejemplo parcial. Desencadenada por unos altercados que obligaron al rey Carlos III a huir de Madrid en 1766 —y no sin un ímpetu violento—, produjo resultados muy variados que vinieron determinados por circunstancias locales. Frecuentemente, solo quienes podían permitirse aperos obtuvieron beneficios. En algunas regiones, la reforma fracasó debido a la falta de fondos entre los trabajadores rurales y a intervenciones manipulativas de la élite. Solo prosperó cuando las clases altas no tenían un interés especial en la propiedad de tierras —como en Málaga, que estaba dominada por élites comerciales— o cuando la relativa escasez de trabajadores rurales, sumada a la abundancia de tierras, limitaba el poder negociador de los terratenientes, como en el caso de Guadalajara.[16]

En la Serbia del siglo XIX, la reforma agraria igualadora fue posible gracias a la creciente independencia respecto del gobierno imperial. Los otomanos habían impuesto un régimen feudal que adjudicó tierras a beneficiarios musulmanes bien relacionados. Asimismo, los poderosos turcos establecieron concesiones ilícitas de propiedades casi privadas acosando a los campesinos serbios. La población rural de la zona se vio obligada a pagar altos arrendamientos y a prestar servicios. Cuando las rebeliones iniciadas en 1804 precipitaron un periodo transitorio de gobierno dual —autonomía serbia bajo protectorado otomano— que duró de 1815 a 1830, se rescindieron las concesiones ilegales y los señores feudales y los arrendamientos de tierras se vieron presionados. A principios de la década de 1830, una resolución ordenó a la mayoría de los turcos que abandonaran Serbia pocos años después de vender sus tierras a los lugareños. El feudalismo fue abolido y los serbios consiguieron derechos privados sobre la tierra. Parte de las tierras cedidas por los turcos fueron repartidas entre pequeños propietarios. A los grandes terratenientes que quedaban se les exigió que vendieran las casas de los campesinos y cierta cantidad de tierras de cultivo a los peones que trabajaban en sus fincas. A consecuencia de ello, los grandes patrimonios desaparecieron casi por completo y la propiedad de tierras se volvió extremadamente generalizada: en 1900, un 91,6 % de las familias serbias poseían casas y otras fincas. En este caso, la desigualdad se atenuó a expensas de una élite «extranjera» que fue expulsada de su posición tradicional de privilegio. En otros países también se llevaron a cabo reformas agrarias que afectaron a antiguos patrimonios coloniales o de la élite.[17]

Al parecer, una reforma auténticamente pacífica con frecuencia requería alguna forma de control extranjero que limitara el poder de las élites locales. Funcionó en Puerto Rico a finales de la década de 1940, e incluso allí fue el resultado de unas reformas igualitaristas en Estados Unidos que habían sido motivadas por la Gran Depresión y la segunda guerra mundial y que coincidieron con una reforma agraria total en Japón durante la ocupación estadounidense. El gobierno colonial también fue fundamental en la reforma agraria irlandesa. A finales de la década de 1870, la denominada «guerra de la tierra», la agitación por unos arrendamientos justos y la protección de los

arrendatarios ante desahucios, conllevó una resistencia organizada en forma de huelgas y boicots, pero muy poca violencia como tal. El Parlamento británico abordó estas protestas con una serie de leyes que regulaban los alquileres y ofrecían préstamos a interés fijo para los arrendatarios que quisieran comprar tierras a propietarios dispuestos a vender. En 1903, la Ley Wyndham finalmente trajo la paz, ya que el gobierno aceptó cubrir con ganancias estatales una prima del 12 % entre la compensación ofrecida por los arrendatarios y los precios impuestos por los terratenientes, subvencionando así la privatización de pequeños patrimonios. Esto permitió a los pequeños propietarios hacerse con el control de más de la mitad de las tierras de cultivo irlandesas cuando llegó la independencia a principios de la década de 1920.[18]

La búsqueda de reformas agrarias que fueran a un tiempo pacíficas y eficaces no ha sido especialmente exitosa. Las intervenciones más redistributivas fueron posibles gracias a revoluciones —a menudo violentas— y guerras civiles, como es el caso de la Francia revolucionaria, México, Rusia, China, Vietnam, Bolivia, Cuba, Camboya, Nicaragua y Etiopía, así como otras formas de agitación violenta, como en Zimbabue. En otros casos, las reformas agrarias igualitarias fueron resultado de una guerra que desembocó en una ocupación extranjera (en Japón, Europa central y, hasta cierto punto, Corea del Norte y del Sur tras la segunda guerra mundial), la amenaza de una guerra (en el Japón de comienzos de la Edad Media, Prusia y Taiwán) y otras alteraciones relacionadas con la guerra (en Guatemala), la inquietud por una posible revolución (en Chile, Perú, Egipto y Sri Lanka) o una combinación de esas preocupaciones y una guerra real (en Corea del Sur y Vietnam del Sur). Según el estudio más reciente, al menos un 87 % de las reformas agrarias importantes llevadas a cabo fuera de Latinoamérica entre 1900 y 2010 se produjeron tras una guerra mundial, una descolonización, una toma de poder comunista o una amenaza de agitación comunista.[19]

Una reforma pacífica podía beneficiar a los ricos, como en Hawái o Venezuela, o podía aplicarse a distancia, como en Irlanda y Puerto Rico. Los datos sobre reformas agrarias autónomas que se desarrollaron pacíficamente y produjeron un igualitarismo significativo son escasos. Este hallazgo no es

sorprendente: en las sociedades cuyo nivel de desarrollo convirtió a la reforma agraria en una aspiración, la resistencia de la élite siempre era proclive a bloquear o diluir las políticas redistributivas a menos que unas sacudidas violentas o la amenaza de violencia alentaran concesiones más sustanciales. Esto ayuda a explicar la aparente falta de reformas agrarias no violentas caracterizadas por «suelos» altos (la envergadura de las nuevas propiedades de pequeño tamaño) y «techos» bajos (los límites impuestos a las propiedades de los señores).[20]

Esta panorámica no varía si nos remontamos a un pasado más distante. Se ha corroborado en repetidas ocasiones que los planes supuestamente ambiciosos de redistribución de la tierra son un rasgo de la creación de estados, como en el periodo de Reinos Combatientes y las dinastías Sui y Tang de China, y de la lucha de los gobernantes por reducir la riqueza de la élite, como en la China Han: ya he hecho referencia a todo ello en capítulos anteriores. En la antigua Grecia, la reforma agraria y otras medidas similares, en especial el alivio de la deuda, normalmente estuvieron asociadas a golpes de estado violentos. Las crónicas se extienden a lo largo de varios siglos, desde el periodo arcaico hasta el helenístico. Cuando en el siglo VII a. e. c., Cípselo, el primer tirano de Corinto, mató o expulsó a los miembros de un clan rival, es posible que confiscara sus tierras para redistribuirlas. Por la misma época o algo más tarde, Teágenes, de la polis vecina de Megara, mató a los rebaños de los ricos, que habían sido llevados a pastar a los campos de los pobres. Más tarde, durante una época de democracia radical, los ricos fueron exiliados y sus bienes confiscados; se dice que los pobres entraron en las casas de los bienestantes para obtener comida gratis o ejercer la violencia. Se ordenó a los prestamistas que devolvieran los intereses, aunque no existen indicios de una cancelación total de la deuda. En el año 280 a. e. c., un tal Apolodoro se hizo con el poder de la ciudad de Casandrea con la ayuda de esclavos y trabajadores manufactureros. Según cuentan, confiscó «las propiedades de los ricos y las repartió entre los pobres, además de aumentar el salario de los soldados», unas circunstancias que tan solo duraron cuatro años. En un contexto similar, Clearco se convirtió en tirano de Heraclea Póntica en el año 364 a. e. c. esgrimiendo un programa de redistribución de la

tierra y cancelación de las deudas.[21]

La reforma agraria pacífica tampoco prosperó demasiado en Esparta. Como hemos visto en el capítulo 6, la riqueza en forma de tierras estaba distribuida de manera cada vez más desigual y marginó a una proporción aún mayor de la ciudadanía. A mediados del siglo IV a. e. c., el número de ciudadanos de pleno derecho se había reducido a setecientos (frente a más de diez veces esa cifra un siglo y medio antes), unos cien de los cuales eran considerados ricos y los otros sus deudores. Unos dos mil hombres espartanos fueron clasificados como ciudadanos de segunda clase en parte porque sus ingresos habían caído por debajo del umbral requerido. La extrema desigualdad entre la ciudadanía, por no hablar de otros estratos subordinados de la sociedad espartana, allanaron el terreno para los intentos de reforma.

La primera intervención, que el rey Agis IV pretendía conseguir sin derramamiento de sangre en la década de 240 a. e. c., aspiraba a la cancelación de la deuda y la redistribución de la tierra en 4.500 adjudicaciones iguales, no solo para los ciudadanos, sino también para miembros aptos de la *poleis*. Cuando esas iniciativas se vieron frustradas mientras participaba en una campaña militar, Agis se fue al exilio y la reforma fracasó. La siguiente ronda fue un poco más violenta, ya que el rey Cleómenes III organizó un golpe de estado en 227 a. e. c. con ayuda de mercenarios, asesinó a cinco altos magistrados de Esparta (los éforos) y a otras diez personas y expulsó a ochenta. Su programa era similar al de Agis, y esta vez fue puesto en práctica, acompañado de una reforma del ejército que pronto se vio recompensada con éxitos tanto militares como diplomáticos. Cleómenes, a la postre derrocado por el ejército en el año 222 a. e. c., huyó del país y no existen indicios de que sus redistribuciones se vieran alteradas. Sin embargo, la enorme pérdida de vidas en esta derrota debió de reducir marcadamente el número de terratenientes. Otro desastre militar en 207 a. e. c. fomentó la tercera y más radical tanda de reformas, dirigida por Nabis, que liberó y concedió derechos de ciudadanía a miles de «esclavos», probablemente ilotas. Supuestamente mató, torturó o exilió a los espartanos ricos y dio sus tierras a los pobres. Una vez que fue depuesto debido a una

intervención extranjera en 188 a. e. c., un acuerdo reaccionario impuso la expulsión o venta de los ilotas recientemente liberados. Este es otro ejemplo de que la aplicación fructífera de la reforma agraria suele requerir cierta violencia, pero también demuestra que puede desencadenar más represalias violentas.[22]

«ROMPER LAS TABLAS»: ALIVIO DE LA DEUDA Y EMANCIPACIÓN

Por lo que sabemos, la reforma agraria no asociada de un modo u otro con la violencia raras veces o nunca ha sido un medio contundente para combatir las desigualdades de ingresos y riqueza. Lo mismo podría decirse del alivio de la deuda. Esta sin duda ha sido un impulsor de la desigualdad que ha obligado a los agricultores a vender sus tierras y reducir los ingresos disponibles. Al menos en teoría, la reducción o cancelación de la deuda podría haber ayudado a mejorar la posición de los prestatarios pobres a expensas de los prestamistas ricos. En la práctica, no existen pruebas sólidas de que esas medidas hayan supuesto algún cambio real. Se conocen programas de alivio de la deuda en las primeras sociedades alfabetizadas que se han documentado: Michael Hudson ha recabado más de veinticinco referencias sobre la cancelación de intereses o deudas y la liberación de ciudadanos esclavizados por deudas en Mesopotamia entre 2400 y 1600 a. e. c., una tradición ancestral de Oriente Próximo que se refleja en las restituciones semicentenarias del Jubileo que ordena el Libro del Levítico, perteneciente al Antiguo Testamento. Los decretos reales de cancelación de la deuda de los sumerios, babilonios y asirios se entienden mejor como un elemento de la batalla perenne entre los gobernantes del Estado y las élites ricas por el control de los excedentes y la capacidad de instaurar impuestos y reclutar tropas que ya comentaba en el primer capítulo. Si el alivio era eficaz y recurrente, cabría esperar que fuese incluido en las condiciones de los préstamos (lo cual podría explicar los elevados tipos de interés documentados); si era eficaz pero infrecuente o frecuente pero ineficaz, no

pudo tener mucho efecto en la desigualdad. Sea como fuere, cuesta interpretar el alivio de la deuda como un instrumento potente de igualitarismo.[23]

La abolición de la esclavitud podría parecer una fuerza prometedora de igualitarismo. En las sociedades —relativamente escasas— en las que gran parte del capital de la élite consistía en esclavos, la emancipación tenía potencial para limitar la desigualdad de activos. Sin embargo, en la práctica, los procesos abolicionistas a gran escala a menudo estaban relacionados con sucesos violentos. Tras un intento fallido en 1792, el Parlamento británico aprobó la prohibición del comercio de esclavos en 1806 como una medida que inicialmente solo iba dirigida a las colonias no británicas y pretendía servir a los intereses nacionales británicos y, más concretamente, a los militares debido al enfrentamiento con los franceses durante la guerra napoleónica. La abolición fue el resultado de grandes revueltas de esclavos en Demerara en 1823 y especialmente en Jamaica en 1831 y 1832. La Ley de Emancipación llegó en 1833 y obligaba a los esclavos liberados a trabajar gratis para sus antiguos dueños durante varios años y ofrecía compensación a los propietarios. El desembolso requerido de veinte millones de libras fue enorme, equivalente al 40 % del gasto público y 2.300 millones de dólares de la actualidad (o más de 100.000 millones de dólares si se expresa como porcentaje de la economía británica entonces y ahora). Aunque estaba por debajo del valor de mercado de los esclavos liberados —los cálculos de la época mencionan quince millones, veinticuatro millones y hasta setenta millones de libras—, sumado a entre cuatro y seis años de aprendizaje no remunerado, el valor total del paquete de compensación no debió de provocar un déficit importante. Más de la mitad de los pagos fueron para propietarios ausentes y acreedores, en su mayoría mercaderes y rentistas que residían en Londres. Hasta donde sabemos, ninguno de los rentistas a gran escala renunció a la compensación. En tales circunstancias, el igualitarismo estaba abocado a ser, como mucho, limitado. Por añadidura, en una época en la que la renta estatal británica dependía sobremanera de gravámenes indirectos como las aduanas y los impuestos al consumo, la necesidad de afrontar una gran cantidad de deuda para financiar este plan redistribuyó los ingresos de la

mayoría de la población a propietarios de esclavos más adinerados y compradores de deuda pública.[24]

Otros casos de emancipación estuvieron relacionados de manera aún más directa con conflictos violentos. Francia abolió la esclavitud en 1794 en el momento álgido de la Revolución Francesa como una medida táctica diseñada para atraer a los esclavos rebeldes de Santo Domingo (actualmente Haití) a su bando y alejarlos de sus enemigos. Dicha medida fue revertida posteriormente por Napoleón. En 1804, cuando Haití declaró la independencia, los antiguos propietarios de esclavos fueron expulsados, y los que se quedaron fueron asesinados en la masacre de blancos de aquel año. Fue necesaria otra sacudida violenta para poner fin a la esclavitud en el resto de las posesiones coloniales francesas: la revolución de 1848, parte de una oleada de agitación en toda Europa, derrocó una vez más a la monarquía francesa y desembocó en una emancipación inmediata. Los propietarios recibieron compensaciones en dinero y crédito, aunque con unas condiciones menos generosas que en Gran Bretaña. La guerra fue crucial para abolir la mayoría de las colonias españolas en Latinoamérica. Cuando el gobierno colonial sucumbió a rebeliones locales desencadenadas por la invasión de España por parte de Napoleón en 1808, los nuevos estados no tardaron en aprobar leyes de emancipación. En el capítulo 6 comentaba la destrucción violenta de la esclavitud en la guerra civil estadounidense, en la que la expropiación no remunerada a los propietarios de esclavos en parte se vio compensada por daños colaterales a grupos no pertenecientes a la élite, lo cual redujo el alcance general de la igualdad. Entre tanto, la eliminación del comercio de esclavos en el Atlántico por parte de Gran Bretaña, que en esencia fue un acto de violencia de Estado, había contribuido al declive de la esclavitud que quedaba en Latinoamérica. Brasil y Cuba eran los principales bastiones. En el caso de Cuba (y Puerto Rico), lo que precipitó el cambio político fue, una vez más, un conflicto violento. La revolución cubana de 1868 desembocó en la emancipación en parte de la isla durante una guerra que se prolongó una década. Las reformas frenaron la esclavitud a partir de 1870 hasta que se consiguió la abolición en 1886. Cuando Brasil siguió importando mano de obra africana en un incumplimiento de los compromisos

diplomáticos, la armada británica atacó sus puertos en 1850 para destruir barcos de esclavos, lo cual obligó al país a prohibir el comercio esclavista. Solo la última fase del proceso no estuvo motivada primordialmente por la violencia: la esclavitud fue desmantelada de forma gradual a partir de 1871, y la abolición final de 1888 no vino acompañada de ninguna compensación a los propietarios.[25]

En términos generales, cuanto más violencia había, ya fuese por una guerra o una revolución, más eficaz podía ser el igualitarismo (como en Haití, gran parte de Latinoamérica y Estados Unidos), mientras que, cuanto más pacífico era el proceso, más compensación se ofrecía y más posibilidades de negociación tenían los propietarios en la transición (como en las colonias británicas y francesas). Solo Brasil constituye una excepción parcial. Por tanto, las emancipaciones que redujeron la desigualdad de riqueza normalmente estuvieron asociadas a las fuerzas igualadoras violentas que mencionábamos en capítulos anteriores de este libro. Por el contrario, las emancipaciones que fueron a la vez pacíficas y significativamente igualadoras (en términos materiales) eran infrecuentes, puede que incluso inexistentes. De manera más general, las aboliciones tuvieron un efecto aún más débil en la desigualdad de ingresos, teniendo en cuenta que los propietarios solían conservar el control de la tierra y podían beneficiarse de otras explotaciones de la mano de obra, como el trabajo de mediero en el sur de posguerra.

«SOBRE UNA BASE SÓLIDA Y PRÓSPERA»: CRISIS ECONÓMICAS

Como hemos visto, las contracciones económicas eran capaces de reducir la desigualdad. Las deceleraciones masivas causadas por la quiebra de sistemas, comentadas en el capítulo 9, tuvieron efectos igualadores que podemos discernir a partir de pruebas arqueológicas. Varias dislocaciones económicas que llegaron después de revoluciones transformadoras podían generar resultados similares, aunque a una escala menos drástica. Pero ¿cuál

fue el papel de las crisis macroeconómicas «pacíficas», de las deceleraciones que no tuvieron su origen en sacudidas violentas? Durante casi toda la historia humana, las consecuencias de esas crisis para el desarrollo de la desigualdad son imposibles de investigar. Uno de los primeros ejemplos es una depresión prolongada en España durante la cual la producción per cápita real disminuyó en la primera mitad del siglo XVII cuando se redujeron las exportaciones de lana, el comercio y la actividad urbana. La desigualdad difiere dependiendo de los ejemplos que elijamos: mientras que la ratio de los arrendamientos de tierras respecto de los salarios cayó durante este periodo, lo cual indica mayores ganancias para la mano de obra que para la tierra y, por tanto, una menor desigualdad de ingresos, la ratio de producción nominal per cápita respecto de los salarios nominales se mantuvo bastante estable, lo cual implica una ausencia de cambios importantes en la distribución de ingresos. Esto, que en parte podría ser consecuencia de las limitaciones de los datos disponibles, pone de relieve las dificultades para estudiar la equiparación provocada por fuerzas económicas en sociedades premodernas.[26]

Solo disponemos de datos sustanciales sobre el pasado más reciente. Las grandes crisis económicas no han tenido un efecto negativo sistemático en la desigualdad. El estudio más exhaustivo realizado hasta la fecha evalúa setenta y dos crisis sistémicas de la banca desde 1911 hasta 2010, además de cien caídas del consumo de al menos un 10 % desde sus máximos y ciento una reducciones del PIB por el mismo margen entre 1911 y 2006. Este tipo de sucesos solo se solaparon moderadamente: por ejemplo, tan solo dieciocho de las crisis bancarias coincidieron con las recesiones. Treinta y siete de setenta y dos crisis bancarias sistémicas en veinticinco países aportaron información utilizable. Los resultados tendieron a una mayor disparidad: mientras que la desigualdad de ingresos solo se redujo en tres casos, aumentó en siete, una cifra que llega hasta trece si incluimos los casos en los que no disponemos de datos precrisis. Las bajadas del consumo eran más proclives a generar resultados diferentes: de treinta y seis casos utilizables, la desigualdad cayó en siete y solo aumentó en dos. No existe ninguna tendencia discernible para las contracciones del PIB. Entre ambos tipos de crisis macroeconómicas, la mayoría de los casos registraron muy pocos

cambios en la desigualdad. Otro estudio con sesenta y siete ejemplos de caída del PIB en países en vías de desarrollo identifica diez casos en los que estos hechos provocaron un aumento de la desigualdad, lo cual indica que los países más pobres pueden ser más vulnerables a este tipo de sacudidas. Debemos llegar a la conclusión de que las crisis macroeconómicas no son un medio importante de equiparación y que las crisis de la banca incluso tienden al efecto contrario.[27]

Un estudio sobre dieciséis países entre 1880 y 2000 confirma este último hallazgo, pero añade una dimensión temporal. Las crisis económicas tendieron a aumentar la desigualdad antes de la primera guerra mundial y después de la segunda, deprimiendo los ingresos más bajos con más rapidez que los más altos. La principal excepción es la Gran Depresión, cuando los salarios reales aumentaron pese a que los ingresos de los más adinerados, que dependían sobremanera de las rentas de capital, cayeron. La Gran Depresión fue la única crisis macroeconómica que tuvo un impacto potente en la desigualdad económica en Estados Unidos: el porcentaje de riqueza del 1 % de estadounidenses más adinerados pasó del 51,4 % al 47 % entre 1928 y 1932, mientras que el 1 % de ingresos más elevados pasó del 19,6 % en 1928 al 15,3 % tres años después, y del 23,9 % al 15,5 % en el mismo periodo si incluimos las ganancias de capital. Las pérdidas entre el 0,01 % más rico fueron especialmente pronunciadas: su porcentaje de ingresos incluyendo las ganancias de capital se redujo del 5 % al 2 % entre 1928 y 1932. El número de ricos también mermó: la cifra de miembros de la Asociación Nacional de Fabricantes disminuyó más de dos tercios desde principios de la década de 1920 hasta 1933, y el de bancos de unos 25.000 a 14.000 entre 1929 y 1933. [28]

El efecto global de la Gran Depresión sobre la desigualdad en general fue más modesto. En Australia, el 1 % de ingresos más altos pasó del 11,9 % en 1928 al 9,3 % en 1932, pero presentó una media del 10,6 % de 1936 a 1939, lo cual no está muy por debajo del nivel precrisis. En Francia, cayó del 17,3 % en 1928 al 14,6 % en 1931 antes de recuperarse ligeramente, y pasó del 18,6 % al 14,4 % en Holanda entre 1928 y 1932 para luego recuperarse parcialmente. Las correspondientes caídas fueron débiles y breves en Japón y

aún más en Nueva Zelanda. Durante esos años, los porcentajes de ingresos más elevados se mantuvieron estables en Alemania, Finlandia y Sudáfrica y aumentaron en Canadá y Dinamarca. Por tanto, las consecuencias igualadoras de la Gran Depresión al parecer estuvieron limitadas eminentemente a Estados Unidos. Aun así, incluso allí tuvo repercusiones variadas: tras varios años de igualación, la concentración de ingresos se mantuvo estable hasta el comienzo de la guerra, mientras que distintos cálculos de desigualdad de riqueza muestran tendencias contradictorias.[29]

El presidente Herbert Hoover erró al afirmar en un discurso pronunciado cuatro días antes de la caída de la bolsa, acaecida el 29 de octubre de 1929, que «el negocio fundamental del país, que es la fabricación y distribución de productos, se halla en una situación estable y próspera». Pero es posible que la situación de la desigualdad en Estados Unidos fuera más estable de lo que parecía: los indicios de un repunte de los ingresos y la riqueza de la élite a finales de la década de 1930 deberían hacernos reflexionar sobre cuánto tiempo podría haber continuado esta tendencia de no haberse visto interrumpida por una nueva guerra mundial. Al fin y al cabo, la resistencia y los repuntes de los porcentajes de ingresos más altos también son típicos del pasado más reciente. La caída de la bolsa de 1987 no logró frenar el aumento de los ingresos máximos en la época y el modesto efecto igualador del estallido de la burbuja de las puntocom en 2000 y las dislocaciones del 11-S del año siguiente había desaparecido por completo en 2004. Lo mismo ocurrió con la Gran Recesión de 2008, cuyo efecto negativo sobre los porcentajes de ingresos más elevados también se había disipado totalmente al cabo de cuatro años. Esto es así con independencia de si tenemos o no en cuenta el 1 %, el 0,1 % o el 0,01 % de ingresos más altos en Estados Unidos. Los efectos igualadores en otros países desarrollados fueron heterogéneos, pero también modestos. Las crisis económicas pueden ser sacudidas serias, pero en ausencia de presiones violentas, normalmente no son capaces de reducir la desigualdad por sí solas.[30]

«PERO NO PODEMOS TENER AMBAS COSAS»:

DEMOCRACIA

A primera vista, la expansión de las instituciones democráticas puede parecer un candidato plausible como medio pacífico de igualación. Sin embargo, como hemos observado en los capítulos 5 y 6, la democratización formal no puede ser tratada como un hecho autónomo y desvinculado de acciones violentas. Al igual que la evolución de la antigua democracia ateniense estuvo salpicada de movilizaciones militares de masas, la ampliación del sufragio en muchos países occidentales en momentos concretos de la primera mitad del siglo XX estuvo muy ligada a las sacudidas de las dos guerras mundiales. Solo por esta razón, aunque pueda demostrarse que la democratización tuvo un efecto igualador en la distribución de recursos materiales en esas sociedades, un proceso de esa índole habría estado motivado, al menos en parte, por las presiones de la guerra.^[31]

Asimismo, los estudios sobre la relación entre democracia y desigualdad han arrojado durante mucho tiempo resultados contradictorios. Esta ambigüedad ha sido confirmada por el análisis más ambicioso y exhaustivo sobre este problema que se ha realizado hasta la fecha. Basándose en quinientas treinta y ocho evaluaciones de ciento ochenta y cuatro países desde la independencia o 1960 (lo que ocurriera más tarde) hasta 2010, Daron Acemoglu y sus compañeros no han detectado ningún efecto sistemático de la democracia en la desigualdad del mercado o incluso de los ingresos disponibles. Un efecto negativo observado en el coeficiente de Gini de distribución de ingresos disponibles no es estadísticamente significativo. Es cierto que la falta de precisión de muchos de los cálculos subyacentes de la desigualdad deja margen de dudas. Sin embargo, la ausencia de una relación importante resulta aún más sorprendente porque la democracia sí tiene un gran efecto en la recaudación tributaria como porcentaje del PIB. Esto indica que el papel de la democracia a la hora de condicionar la distribución neta de recursos es complejo y heterogéneo y que la asociación que a menudo se presupone entre democracia y políticas redistributivas igualitarias no está ni mucho menos clara. Destacan dos motivos para todo esto: la igualación puede verse frustrada si la democracia es «capturada» por electorados

poderosos, y la democratización ofrece oportunidades para el desarrollo económico, que puede aumentar la desigualdad de ingresos.[32]

Estudios más específicos de Kenneth Scheve y David Stasavage socavan la idea de que la democratización en Occidente limitó la desigualdad material. Según descubrieron, la parcialidad —independientemente de si los gobiernos estaban controlados por la izquierda o no— no tuvo ningún efecto en la desigualdad general de ingresos en trece países entre 1916 y 2000 y solo un pequeño efecto amortiguador en el 1 % de ingresos más elevados. La negociación salarial centralizada en el ámbito nacional tampoco supuso cambios relevantes. También estudian la relación entre la ampliación del sufragio y el partidismo por un lado y las tasas impositivas a los ingresos más altos por otro. Puesto que las tasas a los ingresos más altos suelen correlacionarse negativamente con la desigualdad y a menudo están mejor documentadas que la desigualdad como tal, pueden ser una representación aproximada del periodo anterior a la existencia de cálculos de desigualdad fiables. Scheve y Stasavage han observado que la introducción del sufragio universal masculino no tuvo un efecto marcado en las tasas impositivas a los ingresos más altos: en quince países, la tasa media más alta en los cinco años anteriores al sufragio universal masculino solo era ligeramente más baja que en la década posterior. Las ampliaciones del sufragio, como en Gran Bretaña entre la Ley de Reforma de 1832 y la aprobación del sufragio universal masculino en 1918, tampoco incrementó las tasas más altas. Dichas tasas fueron en aumento con la primera guerra mundial, y las reformas electorales llegaron después de este rápido incremento. Por último, una comparación de las tasas impositivas a los ingresos más altos y después de la transición a un gobierno de izquierdas solo revela un pequeño repunte medio del 3 % (del 48 % al 51 %) entre los cinco periodos anuales de antes y después de esos acontecimientos.[33]

Por el contrario, la fuerza de los sindicatos se correlaciona negativamente con la desigualdad. Sin embargo, como he demostrado en el capítulo 5, los índices de sindicalización fueron muy sensibles a las sacudidas de las dos guerras mundiales y, por tanto, no pueden considerarse una consecuencia o manifestación directa de la democracia propiamente dicha. Louis Brandeis,

juez del Tribunal Supremo de EE. UU., opinaba: «Podemos tener democracia en este país o podemos tener las grandes riquezas concentradas en las manos de unos pocos, pero no podemos tener ambas cosas». En realidad, sí podemos tener ambas cosas, al menos siempre que definamos la democracia en términos formales y no en el sentido más amplio al que hace referencia este eminente estudioso. Por el contrario, incluso fuera de los países comunistas, la ausencia de un gobierno democrático fuerte no ha sido incompatible con la igualdad económica: Corea del Sur y Taiwán tenían un excelente historial en la preservación de las ganancias igualitarias generadas por sacudidas violentas anteriores mucho antes de que la democratización cobrara impulso a finales de la década de 1980, y lo mismo ocurrió en el caso de Singapur.[34]

Capítulo 13

DESARROLLO ECONÓMICO Y EDUCACIÓN

«UNA PROLONGADA OSCILACIÓN»:
CRECIMIENTO, APTITUDES Y DESIGUALDAD

Los procesos que he evaluado hasta el momento han generado pocas pruebas tangibles de igualación pacífica: las reformas agrarias no violentas, las crisis económicas y la democratización pueden funcionar en ocasiones, pero no ejercen un efecto negativo sistemático en la desigualdad. Curiosamente, las reformas agrarias igualadoras o la emancipación de esclavos por lo común estuvieron asociadas con acciones violentas, una conexión que respalda aún más la tesis fundamental de este libro. La emigración a gran escala de individuos con ingresos bajos tiene el potencial de reducir la desigualdad en cualquier población: por ejemplo, se ha conjeturado que la migración al Nuevo Mundo de muchos millones de italianos durante la generación anterior a la primera guerra mundial ayudó a estabilizar o quizá incluso a reducir el coeficiente de Gini de ingresos y porcentajes de ingresos más altos en Italia en una época de industrialización desigualadora. Las transferencias de esta índole actúan como un mecanismo demográfico igualador similar a —pero más benigno que— las pandemias comentadas en los capítulos 10 y 11. Sin embargo, aunque la emigración puede ser un mecanismo de igualación pacífico y eficaz, debe producirse a

gran escala para tener un efecto palpable y —al menos para todas las poblaciones, a excepción de las más pequeñas— depende de circunstancias muy concretas e históricamente infrecuentes, en especial el enorme flujo de emigrantes que llegó a Estados Unidos entre mediados del siglo XIX y la primera guerra mundial y, en menor medida, desde la década de 1980. Los resultados reales pueden ser bastante complejos, dependiendo de la composición del grupo migrante en relación con el de la población de origen y el papel de las remesas. En la actualidad, debido a los recursos necesarios y a las políticas de muchos países de acogida, los emigrantes suelen pertenecer a los sectores más acomodados o cultivados de la sociedad. Asimismo, cualquier análisis de las consecuencias de la migración para la desigualdad sería incompleto sin tener en cuenta sus efectos desigualadores en las poblaciones anfitrionas.[1]

Esto nos deja la que en ocasiones se considera una de las fuerzas de comprensión más poderosas: el desarrollo económico. A primera vista, la idea de que una mayor riqueza nacional puede reducir las disparidades de ingresos resultaría plausible: al fin y al cabo, las economías más ricas del mundo actualmente gozan de unos niveles de desigualdad más bajos que hace varias generaciones, y también suelen ser prósperas en comparación con muchas economías menos desarrolladas. Pero las cosas no son ni mucho menos tan simples. Si contáramos con datos más fiables sobre los países ricos en petróleo, por ejemplo, los del golfo Pérsico, encontraríamos casi con total seguridad unos niveles más altos de desigualdad, sobre todo si incluyéramos a los residentes extranjeros. Por tanto, deberíamos valorar cualquier asociación entre un PIB per cápita alto y una desigualdad moderada excluyendo el desarrollo económico que dependa en gran medida de la exportación de productos. Pero esta complicación es insignificante en comparación con los problemas que surgen, ya que el desarrollo de las economías occidentales ricas con una desigualdad relativamente baja, además de Japón, Corea del Sur y Taiwán, en general estuvo condicionado por las sacudidas violentas de la primera mitad del siglo XX y las políticas y consecuencias económicas que estas ayudaron a generar. Dicho de manera simple, esto significa que, si bien esas sociedades son ricas y no

especialmente desiguales, esta última condición no tiene por qué ser producto de la primera. Teniendo en cuenta la gravedad de estas sacudidas transformadoras y la naturaleza polifacética de su efecto en el desarrollo social, político y económico, la pregunta de hasta qué punto estuvieron determinados los niveles posteriores de desigualdad por el crecimiento económico y la producción per cápita carecería de sentido.[2]

A continuación abordaré de dos maneras la aportación del desarrollo económico a la desigualdad de ingresos: tomando en consideración las afirmaciones de que el PIB per cápita en sí está correlacionado sistemáticamente con los cálculos de la desigualdad y centrándome en partes del mundo que no participaron en las dislocaciones violentas de 1914 a 1945 —o hasta la década de 1970 si incluimos las revoluciones comunistas en Asia— o, para ser más exactos, que no participaron tan directamente como la mayoría de los países occidentales ricos y grandes regiones de Asia: África, Oriente Próximo y, sobre todo, Latinoamérica.

La formulación clásica de la idea de que la desigualdad de ingresos está vinculada a y motivada por el desarrollo económico se la debemos al Nobel de Economía Simon Kuznets. En la década de 1950, Kuznets, un pionero del estudio de las disparidades de ingresos en Estados Unidos, propuso un modelo deliberadamente simple. Los avances económicos más allá del modo agrario tradicional al principio aumentan la desigualdad si los ingresos altos son más elevados —y están distribuidos de forma más desigual— en las ciudades que en el campo y la urbanización incrementa el porcentaje urbano de la población y el peso del sector urbano en la economía nacional, inflando así los diferenciales de ingresos y también la desigualdad general. Una vez que la mayoría de la población ha pasado al sector no agrario, esas disparidades se reducen, un proceso reforzado por el aumento de los salarios en el sector urbano en respuesta a condiciones más asentadas y al creciente poder político de los trabajadores de las ciudades. Este último factor a su vez compensa el efecto desigualador del índice de ahorro más elevado de los ricos limitándolo por medio de políticas fiscales como los impuestos, la inflación y los controles a la renta de capital. A consecuencia de ello, en palabras del propio Kuznets,

podemos suponer que una prolongada oscilación en la desigualdad caracteriza la estructura de ingresos secular: ampliándose en las primeras fases de crecimiento económico cuando la transición de la civilización preindustrial a industrial era más rápida, estabilizándose durante un tiempo y después reduciéndose en las fases posteriores.

Cabe mencionar que el autor otorgaba una importancia considerable a los factores políticos, sobre todo en relación con el desarrollo de la desigualdad de ingresos netos después de impuestos y transferencias: las medidas fiscales y los beneficios sociales,

al reducir la desigualdad de ingresos ... deben de haber acentuado la fase descendiente de la prolongada oscilación, contribuyendo así a invertir la tendencia de la ampliación y reducción secular de la desigualdad de ingresos.

No obstante, en este modelo, incluso estos factores vinieron precedidos y lógicamente estuvieron condicionados por el cambio económico; por esta razón,

la prolongada oscilación de la desigualdad de ingresos debe interpretarse como parte de un proceso de crecimiento económico más amplio.

Aunque el propio Kuznets describía humildemente su aportación como

quizá un 5 % información empírica y un 95 % especulación, parte de ella posiblemente contaminada por la ilusión ... una colección de intuiciones que requieren más investigación,

este modelo a la postre obtuvo gran importancia. No se popularizó, como observa Piketty un tanto cáusticamente, solo porque fuera una perspectiva optimista y diera a las economías capitalistas «buenas noticias en plena guerra fría», sino también porque parecía encajar bien con una creciente cantidad de datos empíricos de todo el mundo a los que Kuznets todavía no tenía acceso.[3]

Los conjuntos de datos entre países que relacionan el PIB per cápita en

diferentes lugares con una medida de desigualdad, normalmente el coeficiente de Gini de distribución de ingresos, al parecer ofrecen una sorprendente ilustración de la predicción de Kuznets. Cuando se aplica a conjuntos de datos globales y se expresa en una tabla, este procedimiento suele dar como resultado una curva invertida. Los países con ingresos bajos suelen presentar una menor desigualdad de ingresos que aquellos con ingresos medios, mientras que la desigualdad es, de nuevo, más baja entre los países ricos (Fig. 13.1).

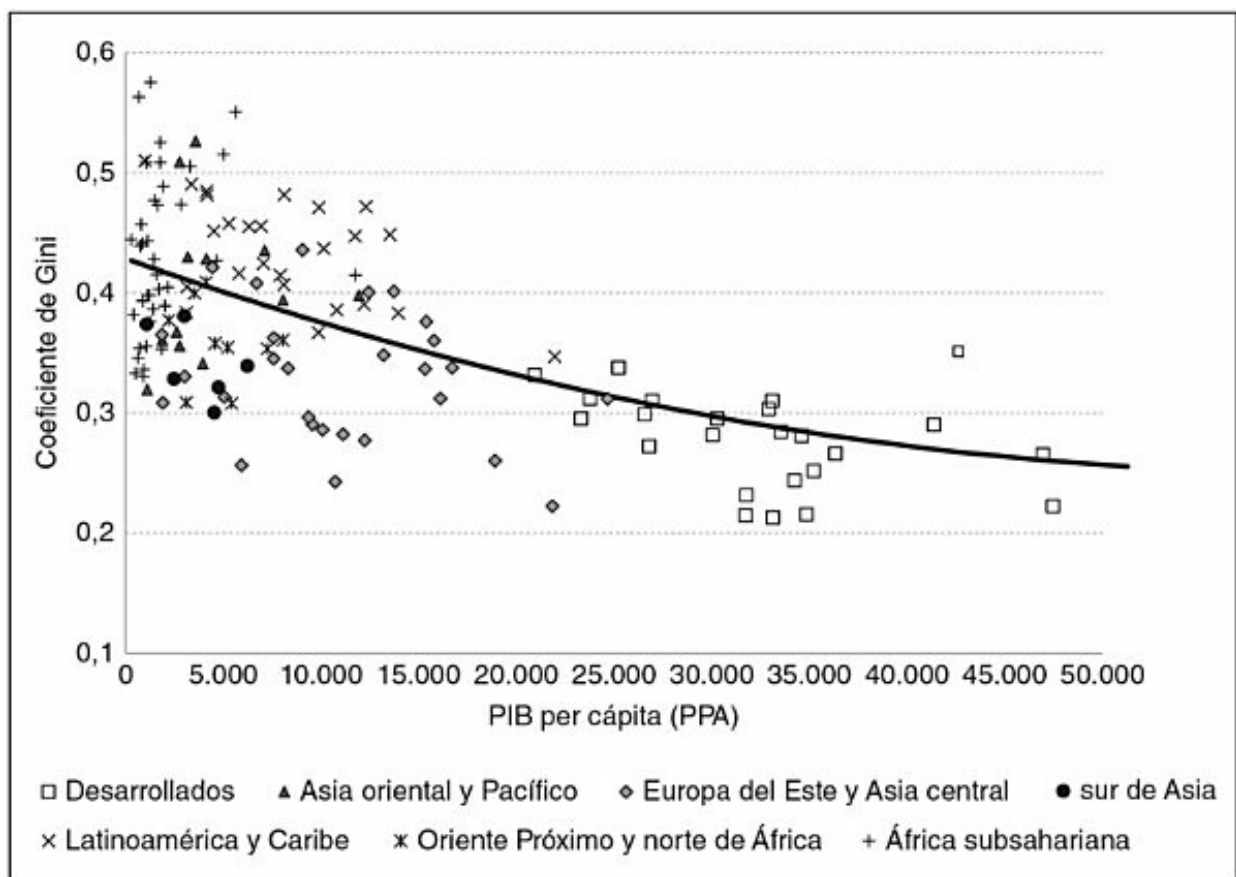


FIGURA 13.1. Producto Interior Bruto y coeficientes de Gini en diferentes países, 2010

Esta tendencia fundamental en diferentes países ha sido utilizada como un indicador de cambio a lo largo del tiempo para respaldar la idea de que la desigualdad de ingresos primero aumenta y luego disminuye con un crecimiento económico intensivo. Por tanto, cabría esperar que la desigualdad en una economía típica e ideal que esté experimentando un desarrollo

económico siguiera esta curva invertida al madurar.[4]

Sin embargo, este planteamiento adolece de problemas múltiples y muy serios. Una de las preocupaciones es la calidad de los datos: los estudios basados en un gran número de observaciones de diferentes partes del mundo solo son factibles si incluyen pruebas de precisión y fiabilidad cuestionable. Unos hallazgos sólidos requieren que los datos sean totalmente compatibles entre países, y no siempre es el caso. Además, cada vez está más claro que los cuadros entre países quedan invalidados por enormes idiosincrasias macrorregionales. Por ello, la aparición de una curva invertida en esos cuadros obedece sobre todo a unos niveles excepcionalmente altos de desigualdad en países con ingresos medios en dos zonas diferentes del planeta: Latinoamérica y el sur de África. Según un estudio de coeficientes de Gini en ciento treinta y cinco países en 2005 o años próximos a él, los países latinoamericanos se encuentran sumamente concentrados en lo más alto del espectro de la desigualdad. En aquel momento, el porcentaje de ingresos del 10 % más rico equivalía a una media del 41,8 % en Latinoamérica frente a una media del 29,5 % en el resto del mundo. Si Latinoamérica y unos cuantos países del sur de África (Sudáfrica, Namibia y Botsuana) con un gran nivel de desigualdad son excluidos o sustituidos por variables regionales ficticias, la U invertida desaparece de los cuadros entre países. Eso es cierto con independencia de si se utilizan coeficientes de Gini o deciles de ingresos máximos para calcular la desigualdad. En gran parte del mundo, países con unos ingresos per cápita sumamente distintos, desde naciones con ingresos bajos del África subsahariana y el sur de Asia hasta países con ingresos medios en Asia y Europa del Este y países desarrollados con ingresos altos, a menudo se concentran en un rango Gini de ingresos de entre 0,35 y 0,45. No existe ninguna curva de desigualdad sistemática que no dependa de los ingresos. Los resultados de la desigualdad en relación con el PIB per cápita son bastante heterogéneos en general, y sobre todo en los estratos más altos, cosa que Estados Unidos, con una elevada desigualdad, comparte con Japón y algunas zonas de Europa, con una desigualdad baja.[5]

Por tanto, un análisis dentro de un mismo país es la única manera fiable de documentar el cambio durante el crecimiento per cápita. Un estudio

pionero de datos longitudinales llevado a cabo en 1998 no respaldaba las tesis de Kuznets. En cuarenta de cuarenta y nueve países evaluados no afloró ninguna curva invertida en la relación entre el PIB per cápita y la desigualdad a medida que esos países iban desarrollándose. En cuatro de los nueve casos restantes, los datos dejaban entrever el escenario opuesto a una distribución en forma de U que parece subvertir el modelo. Solo cinco de los cuarenta y nueve países mostraron un patrón marcado de U invertida, aunque dos de ellos planteaban anomalías de datos que arrojaban dudas sobre este hallazgo. Esto significa que los tres países presentan una importante correlación kuznetiana entre desarrollo y desigualdad económicos; uno de ellos, Trinidad y Tobago, es bastante pequeño (los otros dos son México y Filipinas). Aunque debemos señalar que la cronología de este estudio quizá sea demasiado breve para ofrecer observaciones más sólidas, estos hallazgos no inspiran demasiada confianza en la tesis de Kuznets.[6]

Desde entonces, otros estudios dentro de un mismo país y más a largo plazo tampoco han secundado de manera tangible la hipótesis de la correlación. El mejor ejemplo del que disponemos ahora mismo parece ser España, donde el coeficiente de Gini de ingresos primero aumentó y después cayó entre 1850 y 2000. Si estamos dispuestos a obviar fluctuaciones a corto plazo en las décadas de 1940 y 1950, después de la guerra civil y la instauración del régimen de Franco que comentábamos en el capítulo 6, podemos observar un incremento secular de la desigualdad de ingresos desde un valor Gini de alrededor de 0,3 en la década de 1860, cuando el PIB per cápita rondaba los 1.200 dólares (expresados en dólares internacionales de 1990), hasta un máximo de poco más de 0,5 a finales de la década de 1910, cuando el PIB per cápita era de unos 2.000 dólares, y una posterior caída hasta 0,35 hacia 1960, cuando el PIB per cápita había alcanzado los 3.000 dólares, todo ello supuestamente a consecuencia de un paso gradual de la agricultura a la industria. Por el contrario, como veremos, las series cronológicas a largo plazo en países latinoamericanos no suelen mostrar un patrón de curva invertida relacionado con el desarrollo económico. Y lo que es más importante, los primeros industrializadores tampoco alcanzan un punto de inflexión en las tendencias de desigualdad asociadas a un PIB per

cápita de 2.000 dólares: Gran Bretaña alcanzó ese nivel hacia 1800, Estados Unidos hacia 1850 y Francia y Alemania veinte años después, y en ninguno de esos países empezó a reducirse la desigualdad de ingresos (o riqueza) ni tampoco había caído visiblemente a niveles más bajos cuando esas economías llegaron a 3.000 dólares, como ocurrió entre 1865 y 1907.[7]

Otro estudio más reciente se centraba en la relación entre el porcentaje relativo de población agraria y la desigualdad para poner a prueba el modelo bisectorial original de Kuznets. Una vez más, la correlación pronosticada no es corroborada por los datos: no se aprecia de unos países a otros y no es significativa en naciones individuales. Por último, cuando comparamos varias series en un mismo país por medio de regresiones no paramétricas apenas encontramos corroboración de un vínculo habitual entre producción económica y desigualdad. Este planteamiento demuestra que los acontecimientos en diferentes países varían mucho incluso a niveles comparables de PIB per cápita: tanto los países en vías de desarrollo como los desarrollados presentan una considerable variación en la cronología y dirección de las tendencias de desigualdad en relación con el desarrollo económico. En general, pese a los continuos esfuerzos por identificar patrones de U invertida y la existencia de algunos casos que los constatan, la preponderancia de las pruebas no respalda la idea de una relación sistemática entre crecimiento económico y desigualdad de ingresos tal como la concibió Kuznets hace sesenta años.[8]

¿Existe una conexión predecible entre desarrollo económico y desigualdad? La respuesta depende de nuestro marco de referencia. Debemos tener en cuenta la posibilidad de que haya múltiples ciclos kuznetianos, o al menos oscilaciones cuya presencia interfiera con las pruebas concebidas para buscar una única curva. En los términos más generales, no cabe duda de que las transiciones económicas fomentan la desigualdad, no solo de sistemas agrarios a industriales, sino de búsqueda de alimentos a modo agrario y, en la actualidad, de una economía de servicios industriales a posindustriales. Pero ¿qué hay del igualitarismo? Tal como argumento en el apéndice, la desigualdad efectiva —relacionada con el máximo grado teóricamente posible de concentración de ingresos en una sociedad determinada— no

siempre tiene por qué reducirse cuando las economías se enriquecen. Los cálculos convencionales de desigualdad nominal no respaldan demasiado la idea de que, en ciertas fases de desarrollo, los avances económicos predicen una atenuación de la desigualdad. La principal alternativa —que, en ausencia de sacudidas violentas, los incrementos transitorios de la desigualdad difícilmente podrán ser revertidos— concuerda mucho más con los datos que poseemos a lo largo de la historia.

Otra perspectiva popular se centra en lo que se conoce como la «carrera entre la educación y la tecnología». El cambio tecnológico condiciona la demanda de cualificaciones específicas: si la oferta va por detrás de la demanda, los diferenciales de ingresos o las «primas por especialización» aumentan; si la oferta está al nivel de la demanda o la supera, las primas disminuyen. Sin embargo, cabe mencionar algunas advertencias. Esta relación está vinculada primordialmente a las rentas del trabajo pero es menos proclive a afectar a las rentas de capital. En sociedades con altos niveles de desigualdad de rentas de la riqueza, atenuará los efectos de la relación entre la demanda y la oferta de tipos concretos de mano de obra sobre la desigualdad general. Además, en periodos anteriores, las limitaciones a las rentas del trabajo distintas de las cualificaciones podían desempeñar un papel importante: la esclavitud y otras formas de trabajo coaccionado o semidependiente podían distorsionar los diferenciales de ingresos.[9]

Factores como estos podrían ayudar a explicar por qué, en las sociedades premodernas, las primas por especialización y la desigualdad no estaban sistemáticamente relacionadas. En algunas regiones de Europa, las tendencias cronológicas se remontan al siglo XIV. Las primas por especialización se derrumbaron en respuesta a la peste negra, puesto que los salarios reales de los trabajadores no cualificados fueron en aumento, un proceso que comentaba en el capítulo 10. En el centro y el sur de Europa, volvieron a aumentar cuando la población se recuperó, pero se mantuvieron bajas y bastante estables en Europa occidental hasta finales del siglo XIX. Este último resultado es inusual y al parecer fue posibilitado en parte por un suministro flexible de mano de obra cualificada y en parte por el aumento de la

productividad en el sector agrícola, que ayudaba a mantener los salarios no cualificados, y ambas cosas se beneficiaron de una mejor integración en el mercado laboral. Sin embargo, aunque la caída de las primas por especialización al final de la Edad Media fue de la mano de una reducción general de la desigualdad de ingresos, la relación entre esas dos variables era menos clara posteriormente: unas primas por especialización estables en Europa occidental entre 1400 y 1900 no se tradujeron en una desigualdad estable.[10]

Cuanto más avanzada es una economía y mejor funcionan sus mercados laborales, más pueden contribuir las primas por especialización a la desigualdad de ingresos general. Debemos preguntarnos hasta qué punto los mecanismos que regulan la oferta de cualificaciones, en especial la educación, están condicionados por factores subyacentes. La escolarización masiva ha sido un resultado de la formación de estados modernos en Occidente, un proceso asociado al crecimiento económico pero motivado también por la competencia interestatal. Más concretamente, la interacción entre demanda y oferta de educación era sensible a sacudidas violentas puntuales. Esto queda bien ilustrado en la evolución de las primas por especialización en Estados Unidos desde finales del siglo XIX. Las ratios de especialización en los trabajos manuales eran mucho más bajas en 1929 que en 1907. Sin embargo, gran parte de esta caída se concentró a finales de la década de 1910: en cuatro de las cinco ocupaciones sobre las cuales disponemos de datos, la reducción total neta en este periodo de veintidós años se produjo entre 1916 y 1920. En aquella época, la primera guerra mundial aumentó la demanda relativa de trabajadores no cualificados y remodeló la distribución de los salarios para los trabajadores manuales. La inflación durante la guerra y la reducción de los flujos de inmigración precipitados por el conflicto también contribuyeron a este repentino y potente cambio igualador. La ratio de ganancias de trabajadores administrativos y obreros siguió el mismo patrón: una vez más, la caída neta entre 1890 y 1940 se produjo en el transcurso de unos pocos años, entre 1915 y principios de los años veinte.[11]

Se ha documentado una segunda compresión de la dispersión salarial en

la década de 1940. La segunda guerra mundial generó una fuerte demanda de mano de obra no especializada, inflación y una intervención estatal cada vez mayor en los mercados laborales. Esto provocó un estrechamiento de la ratio de porcentajes salariales descendentes para todos los trabajadores varones y redujo la brecha de ganancias entre trabajadores con educación secundaria y universitaria. Las rentas derivadas de la educación experimentaron una drástica caída entre 1939 y 1949, tanto para los trabajadores con nueve años de escolarización en comparación con los graduados de secundaria como para estos en comparación con quienes poseían una educación universitaria. Aunque, más tarde, la GI Bill contribuyó a esta presión igualadora, ni siquiera un mayor acceso a la universidad pudo impedir una recuperación parcial que ya estaba en marcha en la década de 1950. Las abruptas caídas de finales de las décadas de 1910 y 1940 son los únicos cambios de esta magnitud que se han documentado. Por tanto, aunque los aumentos constantes en la oferta de oportunidades educativas fueron cruciales a la hora de limitar las variables salariales hasta que finalmente se incrementaron en los años ochenta, el igualitarismo estuvo limitado casi por completo a periodos relativamente cortos en los que el país padeció sacudidas violentas causadas por la guerra.[12]

«SI COMBINAS CAPACIDAD INTELECTUAL Y PROFESIONAL CON CONCIENCIA SOCIAL, PUEDES CAMBIAR LAS COSAS»: ¿IGUALITARISMO SIN SACUDIDAS VIOLENTAS?

Ahora abordaré mi segunda estrategia para identificar fuerzas económicas igualadoras analizando ejemplos de atenuación de la desigualdad en países que no se vieron afectados directamente por las sacudidas violentas de 1914 a 1945 y sus efectos colaterales durante la generación posterior y que tampoco sufrieron transformaciones revolucionarias. En casi todo el mundo, este planteamiento aporta pocas pruebas irrefutables sobre la existencia de

igualitarismo por medios pacíficos. Desde la década de 1980, los países occidentales en general no han registrado más que caídas sumamente temporales de la desigualdad de ingresos. Las reducciones del coeficiente de Gini de ingresos de mercado en Portugal y Suiza en los años noventa chocan con la información relativa a los porcentajes de ingresos más elevados. Los países postsoviéticos se han recuperado parcialmente del aumento de la desigualdad que tuvo lugar después de 1989 y 1991, provocado por un enorme incremento de la pobreza. Países muy grandes como China e India han experimentado una creciente desigualdad, al igual que otras naciones muy pobladas como Pakistán y Vietnam. Esos cuatro países suponen alrededor del 40 % de la población mundial. Las compensaciones en esa parte del mundo, como en Tailandia, han sido escasas y poco frecuentes. En Oriente Próximo, Egipto experimentó caídas de la desigualdad en las décadas de 1980 y 2000, pero los estudios más recientes ponen énfasis en las deficiencias de los datos. La fluctuación moderada desde la atenuación de la desigualdad que provocó la reforma en los años cincuenta y sesenta (comentada en la sección sobre la reforma agraria del capítulo 12) podría ser el escenario más plausible para este país. Otros ejemplos incluyen a Irán en la década de 1990 y sobre todo la de 2000, y a Turquía en la de 2000. La desigualdad de ingresos disponibles en Israel ha ido en aumento pese a que la desigualdad de ingresos de mercado se ha mantenido bastante estable, un patrón confuso que indica una redistribución regresiva.[13]

En ocasiones, el África subsahariana es considerada beneficiaria de una equiparación de ingresos pacífica durante la primera década de este siglo. Sin embargo, los fundamentos de esta afirmación son débiles: en el caso de todos menos uno de los veintiocho países para los cuales disponemos de coeficientes de Gini de ingresos estandarizados en ese periodo, los datos subyacentes son precarios y los márgenes de incertidumbre en general muy amplios. En el único caso que ha generado información de alta calidad, Sudáfrica, la desigualdad se mantuvo bastante estable a un nivel muy alto. No pudo observarse ninguna tendencia significativa en trece de los otros veintisiete países, y en cinco más la desigualdad fue en aumento. Solo diez de los veintiocho países registraron una reducción, y solo representan una quinta

parte de la población de toda la muestra. Es más, los intervalos de confianza para los coeficientes de Gini relevantes tienden a ser muy amplios: en el nivel de confianza del 95 %, la media ronda el 12 %, pero predomina un 9-13 % (la media es más o menos la misma en los países con desigualdad decreciente y en todos los demás). En muchos casos, esos márgenes superan la escala de los cambios implícitos en la desigualdad. En tales circunstancias, es difícil, si no imposible, identificar una tendencia general. Sin embargo, aunque estuviéramos dispuestos a tomarnos estos resultados al pie de la letra, no denotarían un proceso sistemático de atenuación de la desigualdad. Aunque algunos países de la región pueden haber gozado de cierto igualitarismo pacífico en los últimos años, no existen suficientes datos fiables en los que basar conclusiones más generales sobre la naturaleza, alcance y sostenibilidad de tales hechos.[14]

Esto nos deja el caso más grande y mejor documentado: Latinoamérica. La mayoría de los países de la región sobre los cuales disponemos de datos han mostrado una importante reducción de las disparidades de ingresos desde principios de este siglo. Hay buenos motivos para examinar la situación en Latinoamérica con más detalle. En cuanto a las fuerzas igualadoras violentas comentadas en los capítulos anteriores, toda la región representa el mayor contraste con el Viejo Mundo y Norteamérica que podemos encontrar en el planeta. Con contadas excepciones que no se han visto afectadas por sacudidas violentas e intensas como la movilización militar de masas y las revoluciones transformadoras, Latinoamérica nos permite explorar la evolución de la desigualdad en un entorno más protegido.[15]

Algunas series de datos indirectos y reconstrucciones modernas creativas se remontan a hace varios siglos. A menudo solo disponemos de coeficientes de Gini de ingresos fiables a partir de la década de 1970, cuando más estados empezaron a llevar a cabo estudios, y han mejorado mucho su calidad desde los años noventa. Por tanto, hay que ser cautelosos con los hallazgos de periodos anteriores. Aun así, ahora es posible evaluar la evolución a largo plazo de la desigualdad de ingresos en Latinoamérica, al menos en términos generales. La primera era de la globalización sostuvo el crecimiento económico desde la década de 1870 hasta la de 1920 gracias a las

exportaciones de productos orgánicos y minerales al mundo occidental, que se hallaba en fase de industrialización. Este proceso fue desproporcionadamente beneficioso para las élites y aumentó la desigualdad. [16]

El desarrollo impulsado por las exportaciones se ralentizó por primera vez después de la primera guerra mundial, que redujo la demanda europea, y se detuvo del todo cuando la Gran Depresión afectó a Estados Unidos en 1929. La segunda guerra mundial obstaculizó aún más algunas formas de comercio. Los años transcurridos de 1914 a 1945 han sido descritos como un periodo de transición y deceleración del crecimiento. En seis países documentados, la desigualdad de ingresos siguió aumentando durante este periodo, de 0,377 en 1913 a 0,428 en 1938, unos datos ponderados por población. Aunque Latinoamérica no participó de forma directa en la guerra, estuvo expuesta a las sacudidas violentas y macroeconómicas que se produjeron fuera de la región. Las interrupciones del comercio y la llegada de ideas diferentes fueron algunas de las consecuencias más relevantes. Esas sacudidas supusieron el preámbulo del final de la primera fase de globalización, un declive del liberalismo económico y un giro hacia una mayor intervención estatal. [17]

En las siguientes décadas, los gobiernos latinoamericanos se adaptaron a esta tendencia global fomentando de manera más intensa la capacidad industrial, destinada sobre todo a los mercados nacionales, y recurriendo a medidas proteccionistas para facilitar este desarrollo. Ello reavivó finalmente el crecimiento económico y dejó su huella en la distribución de ingresos. Los resultados variaban mucho en la región. En las economías más desarrolladas, el crecimiento impulsó a la clase media, el sector urbano y el porcentaje de trabajadores administrativos de la población activa asalariada. Esos cambios en ocasiones estuvieron acompañados y reforzados por políticas más redistributivas y sociales. Las influencias externas tuvieron un papel importante, ya que el Beveridge Report de 1942 en Gran Bretaña, dedicado al seguro social, y otros programas occidentales de posguerra inspiraron planes de seguridad social en la Sudamérica meridional. La desigualdad se vio afectada de varias maneras. En ocasiones, las disparidades de ingresos se

debilitaron, como en Argentina y posiblemente también en Chile; a veces aumentaron, sobre todo en Brasil; y en otros países crecieron al principio y se atenuaron después, como en México, Perú, Colombia y Venezuela, donde grandes excedentes de mano de obra no cualificada y la alta demanda de trabajadores especializados potenció la desigualdad hasta que esas presiones remitieron en las décadas de 1960 y 1970.[18]

Aunque en la bibliografía suele citarse un avance generalizado hacia una mayor igualdad de ingresos, los coeficientes de Gini ponderados por población hablan otro lenguaje, sobre todo si nos centramos en resultados netos durante periodos de tiempo más largos. En seis países para los cuales disponemos de datos que se remontan a 1938, la desigualdad aumentó en todos menos en uno entre ese año y 1970, y el coeficiente de Gini de ingresos ponderado por población pasó de 0,464 a 0,548. En una muestra más amplia de quince países, la desigualdad aumentó en trece de ellos entre 1950 y 1970 y más moderadamente, de 0,506 a 0,535, un nivel muy alto según criterios internacionales. Curiosamente, en dos de los tres países que experimentaron reducciones netas de la desigualdad, esas mejoras se limitaron a la década de 1950: en Argentina coincidieron con el gobierno agresivamente centralizador y redistributivo de Juan Perón, y en Guatemala se produjeron durante y después de una sangrienta guerra civil. Por tanto, Venezuela es la principal candidata a un igualitarismo pacífico por medio del desarrollo económico, posiblemente sumada a Chile si aceptamos una serie alternativa de cálculos de desigualdad que denotan una reducción entre 1930 y 1970, la cual pudo estar motivada por un cambio económico y político (pacífico).[19]

Los préstamos públicos para sostener las políticas proteccionistas y las industrias nacionalizadas en la década de 1970 desencadenaron las crisis de deuda en los años ochenta, denominadas la «década perdida», durante la cual el crecimiento económico se estancó y la pobreza aumentó. Esto a su vez dio pie a una liberalización económica que abrió las economías de la región y potenció su integración en los mercados globales. Los resultados para la desigualdad variaron considerablemente entre distintos países, mientras que, en las décadas de 1980 y 1990, la región en su conjunto experimentó aumentos moderados del coeficiente de Gini de ingresos ponderado por

población en algo menos de dos puntos por década y alcanzó sus máximos hacia 2002.[20]

Lo que demuestra todo esto es que la desigualdad de ingresos en Latinoamérica aumentó al verse expuesta a una amplia variedad de condiciones económicas: el crecimiento provocado por las exportaciones, la industrialización y el proteccionismo estatales, el estancamiento económico y la liberalización. En los cuatro países con las series cronológicas más extensas, los coeficientes de Gini de ingresos ponderados por población pasaron de 0,348 en 1870 a 0,552 en 1990; en seis países, de 0,377 en 1913 a 0,548 en 1990; y en quince, de 0,506 en 1950 a 0,537 en 1990. Aunque esto no incluye la variación local y atenúa las oscilaciones temporales, y aunque los valores exactos a menudo son desconocidos, la tendencia a largo plazo no podría estar más clara. En la medida en que encontramos progreso, estuvo limitado a una simple desaceleración del aumento de la desigualdad en la segunda mitad del siglo XX. Como podemos ver en la figura 13.2, la igualación ocasional fue fugaz y estuvo limitada a periodos de recesión económica, desencadenada por crisis macroeconómicas extranjeras primero en Gran Bretaña y luego en Estados Unidos en las décadas de 1900 y 1930 y, finalmente, por una profunda recesión provocada por factores nacionales e internacionales en los años ochenta.[21]

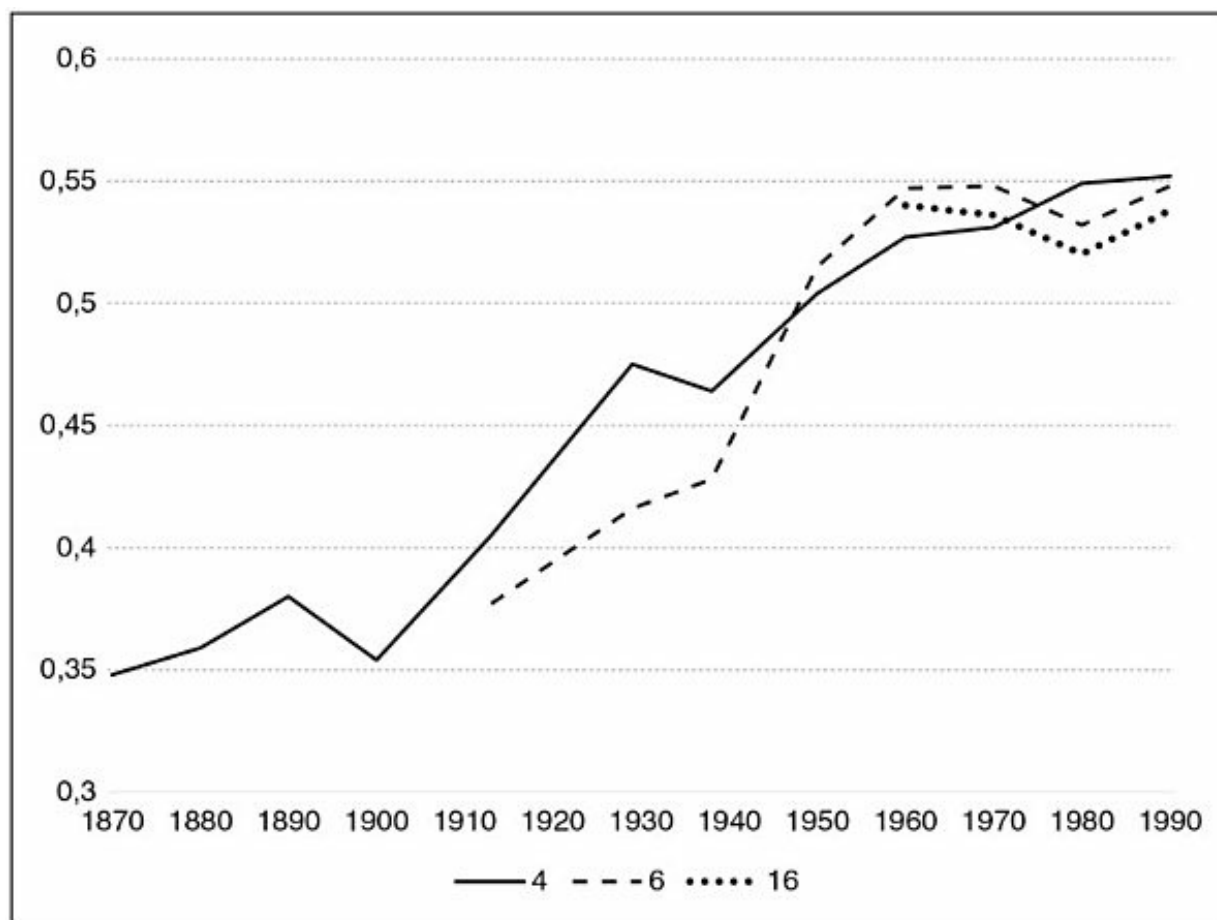


FIGURA 13.2. Coeficientes de Gini de ingresos calculados y conjeturados para Latinoamérica, 1870-1990 (medias ponderadas por población para cuatro, seis y dieciséis países)

La fase más reciente en la evolución de la desigualdad de ingresos en Latinoamérica empezó poco después de 2000. Quizá por primera vez en la historia documentada, la desigualdad disminuyó en toda la región. En catorce de diecisiete países que han generado series de datos relevantes, los coeficientes de Gini de ingresos en 2010 fueron más bajos que en 2000. Costa Rica, Honduras y probablemente Guatemala son las únicas excepciones documentadas. En el caso de los otros catorce países, el Gini medio de ingresos de mercado cayó de 0,51 a 0,457 y el Gini medio de ingresos disponibles de 0,49 a 0,439, o más de cinco puntos en ambos cálculos. Sin duda, esta compresión es impresionante tanto en escala como en alcance geográfico, pero debe situarse en la perspectiva adecuada. Redujo la

desigualdad de ingresos de mercado de un nivel típico de India, una sociedad muy desigual, a un nivel más próximo al de Estados Unidos, mientras que la caída de la desigualdad neta llevó a Latinoamérica de máximos propios de China e India a un Gini que aún se encontraba siete puntos por encima del de Estados Unidos, el líder indiscutible de la desigualdad entre los países occidentales. Por tanto, no debemos exagerar el efecto de esos cambios en la distribución excepcionalmente dispar de los ingresos en Latinoamérica.[22]

Para complicar más las cosas, desde 2010 esta tendencia descendente se ha mantenido en menos de la mitad de los países para los cuales poseemos datos (en Argentina, Bolivia, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, Uruguay y Venezuela). En esos años, la desigualdad se ha mantenido bastante estable en Brasil, Chile, Guatemala, Panamá y Perú y ha empezado a crecer de nuevo en México y Paraguay y posiblemente también en Honduras, donde los datos son escasos. Costa Rica siempre ha contradicho la tendencia regional con una desigualdad que ha ido aumentando ligeramente desde los años ochenta. Todo esto plantea interrogantes serios sobre las causas y la sostenibilidad del igualitarismo que afloró en la primera década de este siglo: ¿pudo tratarse de una mejora fugaz que ya se ha agotado?

Es imposible explicar este igualitarismo como el resultado de la presión descendente kuznetiana sobre la desigualdad una vez que los países de la región habían superado una especie de punto de inflexión en su desarrollo, en el cual las economías eran lo suficientemente ricas como para que los ingresos estuvieran distribuidos de manera más equitativa. En 2000, el PIB per cápita en los catorce países con una desigualdad decreciente varió por un factor de 7,6 entre el más rico y el más pobre (Argentina y Bolivia, respectivamente). La dispersión en esta amplia variedad era bastante regular aunque tendiera hacia el extremo más bajo: el PIB per cápita anual medio cayó entre 1.000 y 2.000 dólares en cinco países, entre 2.000 y 4.000 dólares en otros cinco y entre 5.000 y 8.000 en los cuatro restantes. Esto por sí solo descarta la posibilidad de que la igualación sincronizada que observamos en la década posterior guardara relación con los niveles de desarrollo económico *per se*. Pruebas formales han confirmado que, a pesar del marcado crecimiento económico en esos años, el modelo de Kuznets no puede explicar

gran parte de la caída observada.[23]

Estudios recientes han identificado varias razones para este proceso: la reducción de las primas por especialización y la fuerte demanda extranjera que comprimió la desigualdad de ingresos de mercado atenuando las diferencias salariales entre sectores, la recuperación de crisis macroeconómicas desigualadoras que anteriormente habían exacerbado la pobreza, sólidos mercados laborales impulsados por un crecimiento económico más rápido y el efecto redistributivo de ciertas transferencias gubernamentales en la desigualdad de ingresos disponibles. Al menos en teoría, el primero de esos factores es especialmente prometedor como posible impulsor pacífico del igualitarismo a largo plazo. Las reformas del mercado en la década de 1990 tendían a estar acompañadas de una ampliación del sistema educativo, una ampliación que ha continuado e incrementado la oferta de trabajadores cualificados, lo cual a su vez redujo los rendimientos de la educación de alto nivel y las primas por especialización y, por tanto, la desigualdad de ingresos salariales en general. No existe una única respuesta a la pregunta de si la reducción de las primas por especialización obedecía más a una mayor oferta o a una bajada de la demanda. En algunos países, las primas se redujeron en respuesta a una demanda más baja, como en Argentina, lo cual arroja dudas sobre futuras posibilidades de desarrollo económico. En El Salvador y Nicaragua, la desigualdad disminuyó porque las ganancias reales (y no solo relativas) de los trabajadores con una educación secundaria o terciaria cayeron debido a una menor demanda. El Salvador es un caso especialmente preocupante: los salarios reales cayeron en todos los niveles de educación académica, pero aún más en el caso de los trabajadores con más estudios. Esto es un recordatorio de que los resultados igualadores no siempre son producto de acontecimientos económicos deseables.[24]

En algunos casos, los beneficios distributivos de una reducción de las primas por especialización han supuesto un alto precio. Según un hallazgo sorprendente, la educación ahora se valora tan poco en Bolivia que la prima salarial para los trabajadores que poseen una educación terciaria comparada con los que solo estudiaron primaria es de cero. Esto apunta a una causa alternativa, o al menos complementaria, de la reducción de las primas por

especialización. Es posible que la calidad de la educación se haya deteriorado debido a un mayor acceso a la escolarización más allá de los niveles básicos, y las demandas de la enseñanza y el mercado laboral quizá no estén equiparadas. Esta visión pesimista cuenta con cierto apoyo de los datos de rendimientos negativos de la educación superior en Perú y Chile debido a una menor calidad de la enseñanza y a las consecuencias de la disparidad entre la escolarización secundaria y la demanda de empleo en Argentina, Brasil y Chile.[25]

Otros factores económicos han sido más transitorios. La gran demanda internacional de mercancías ayudó a los trabajadores rurales a acortar la brecha salarial con sus homólogos urbanos, pero desde entonces se ha reducido. Parte de la igualación desde 2002 simplemente representó una recuperación del aumento temporal de la desigualdad provocado por crisis económicas. El caso más conocido es Argentina, donde una enorme crisis económica entre 1998 y 2002 sumió a un gran número de habitantes en la pobreza. Desde entonces, una recuperación económica constante, sumada a un salto a sectores poco cualificados que ha reducido la demanda de mano de obra cualificada y deprimido las primas por especialización, ha beneficiado desproporcionadamente a la mitad menos acomodada de la población. Lo mismo ha ocurrido con unos sindicatos más fuertes y mayores transferencias gubernamentales. Colombia, Ecuador, Uruguay y Venezuela también experimentaron cierta atenuación de la desigualdad con recuperaciones similares. Según un cálculo, si hemos de excluir los efectos igualadores de la recuperación de la crisis, la reducción media de la desigualdad de ingresos en la primera mitad de la década de 2000 sería bastante moderada, del orden de un solo punto Gini. En términos más generales, la atenuación de las consecuencias desfavorables de la liberalización en los años noventa ejerció una influencia mitigadora. El fuerte crecimiento económico, con una media del 4% anual en términos reales o el doble que en décadas anteriores, impulsó el empleo, pero se calcula que solo representaba una pequeña fracción del cambio observado en la desigualdad. Asimismo, estas condiciones favorables ya no proceden, puesto que el crecimiento del PIB anual en la región disminuyó durante cinco años consecutivos a partir de

2010, pasando del 6 % ese año a un 0,9 % previsto para 2015. En el momento en que escribo estas líneas, Brasil, con diferencia la economía más grande de la región, estaba sufriendo su peor recesión desde la Gran Depresión. Todo esto plantea dudas sobre las posibilidades de un mayor igualitarismo.[26]

Finalmente, un mayor número de transferencias gubernamentales ha atraído una considerable publicidad como una manera de combatir la desigualdad de ingresos disponibles. En Brasil, por ejemplo, donde los cambios en la envergadura, cobertura y distribución de los pagos de transferencia supusieron más o menos la mitad de la reducción de la desigualdad en la primera década de este siglo, el programa Bolsa Familia ha llegado a once millones de familias pobres. No obstante, en comparación con lo que se observa en los países desarrollados, la escala real de las transferencias redistributivas en Latinoamérica ha seguido siendo muy baja. Es cierto que la presencia de gran cantidad de familias pobres hace posible que se lleven a cabo incluso transferencias relativamente modestas (del orden de varias décimas del porcentaje del PIB) para cambiar la vida de muchas personas y generar efectos igualadores. Sin embargo, en Europa occidental los ingresos brutos tienden a diferir mucho de los ingresos disponibles, mientras que en Latinoamérica apenas hay diferencias. Se han esgrimido varias razones. El volumen de recaudación de impuestos respecto del PIB es pequeño según criterios internacionales, y los impuestos sobre la renta son especialmente bajos. Al mismo tiempo, la evasión de impuestos es moneda corriente, en parte por la desconfianza hacia el gobierno y en parte gracias a la gran envergadura del sector informal. El nivel medio de exención para el impuesto sobre la renta es más o menos el doble del PIB per cápita medio para la región en su conjunto, y en varios países solo se aplican tasas progresivas a niveles de ingresos muy altos. La falta de rentas estatales limita gravemente el potencial para transferencias. Para empeorar las cosas, algunos planes sociales son propicios a la desigualdad neta. Las pensiones y prestaciones por desempleo benefician desproporcionadamente a quienes se hallan en el quintil más alto de la distribución de ingresos, sobre todo trabajadores urbanos con contratos de trabajo formales, y discriminan a la población rural y a los miembros del sector informal. Solo las transferencias

directas de efectivo son diferentes en el sentido de que ayudan sobre todo a aquellos que se encuentran en la mitad más baja de la distribución de ingresos, pero solo pueden hacerlo en la medida en que no se ven frustradas por las limitaciones de beneficios y compensadas por formas más regresivas de prestaciones sociales.[27]

¿Por qué es tan débil la redistribución fiscal en Latinoamérica? Esta pregunta nos lleva de nuevo al tema central de este libro: el poder transformador de las sacudidas violentas. Como hemos visto, los sistemas fiscales progresivos de Occidente están firmemente enraizados en las dos guerras mundiales, al igual que la redistribución bajo los regímenes comunistas tenía su origen en otras formas de agitación violenta. Por el contrario, el desarrollo económico como tal no es un indicador útil del grado de redistribución fiscal. En 1950, cuando las naciones occidentales y Japón estaban cobrando impuestos a los ricos y creando ambiciosos programas sociales, el PIB per cápita (en dólares internacionales de 1990) oscilaba entre 4.000 y 7.000 dólares en Alemania, Francia, Holanda, Suecia, Reino Unido y Canadá, se acercaba más a 2.000 dólares en Japón e incluso en Estados Unidos no era mucho más alto que en Europa occidental. Esos valores coinciden con importantes economías sudamericanas como Argentina y Venezuela incluso en aquella época y con un rango más alto de países latinoamericanos en la actualidad: el PIB per cápita medio equivalente en los ocho países más desarrollados de la región era de 7.800 dólares en 2010 y arrojó una media de 6.800 dólares en una muestra mucho mayor. Según este cálculo, el argentino, chileno y uruguayo medio viven mejor ahora que el estadounidense medio en 1950.[28]

Esto demuestra que la restricción fiscal en los países latinoamericanos no ha estado determinada por el rendimiento económico. En todo el mundo, las sacudidas violentas han sido una condición previa esencial para la expansión de los sistemas fiscales, no solo en la primera mitad del siglo XX, sino también durante cientos e incluso miles de años. Las guerras interestatales sangrientas y las revoluciones transformadoras han desempeñado un papel menor en los dos últimos siglos de historia de Latinoamérica. Esto nos ayuda a comprender por qué han persistido unos elevados niveles de desigualdad en

casi toda la región. Se han esgrimido varios rasgos específicos de la zona para explicar este fenómeno, en especial la influencia perniciosa del racismo y las instituciones coloniales del trabajo forzado y la esclavitud y la persistencia del clientelismo y el poder oligárquico. Sin embargo, lo que no ocurrió es igual de importante o incluso más si pretendemos entender las perdurables diferencias en la escala de desigualdad entre Latinoamérica y casi todo el resto del mundo. En este contexto, es muy cuestionable si son factibles, por no hablar de plausibles, los avances en la equiparación de ingresos.[29]

Las decisiones políticas relacionadas con el gasto público en educación, inversión extranjera y rentas fiscales y transferencias, explican gran parte del igualitarismo que se ha producido en Latinoamérica desde los primeros años de este siglo. También contribuyeron factores más puramente económicos en forma de condiciones internacionales favorables y recuperaciones de crisis anteriores, pero han sido más efímeros. Puesto que la recuperación ha terminado y la demanda externa está disminuyendo, una mayor equiparación requeriría una reestructuración fiscal más agresiva para mejorar la educación (teniendo en cuenta que la caída de las primas por especialización es un arma de doble filo si obedece a una menor demanda o a malos resultados educativos) y ampliar las transferencias redistributivas. Es demasiado pronto para saber si el proceso de equiparación que comenzó hace más de una década continuará o si, en muchos casos, volverá a comenzar. Dentro de cinco o diez años tendremos una idea más aproximada de la sostenibilidad de esta tendencia.[30]

Mi conclusión es que la experiencia latinoamericana aporta datos muy limitados sobre la atenuación pacífica de la desigualdad y, al menos por ahora, ninguno sobre una equiparación persistente y considerable en ausencia de sacudidas violentas. Durante los últimos ciento cincuenta años, las fases de desigualdad creciente han estado intercaladas con inversiones episódicas relacionadas con factores externos como las crisis macroeconómicas en Occidente o, en unos pocos casos, con políticas agresivas o violentas. Aunque es difícil discrepar con la máxima de Evo Morales, el presidente de Bolivia, según el cual, «si combinas capacidad intelectual y profesional con

conciencia social, puedes cambiar las cosas», la historia de Latinoamérica difícilmente pone en tela de juicio la preponderancia del igualitarismo por medios violentos.[31]

Es más, ninguna de las fuerzas comentadas en este capítulo y el anterior ha demostrado un efecto sistemáticamente reductor de la desigualdad material. Esto es cierto de las reformas pacíficas de la agricultura y la deuda, de las crisis económicas, de la democracia y del crecimiento económico. Lo que tienen en común todas ellas es que en ocasiones alivian la desigualdad y en ocasiones no: en resumen, no existe una tendencia ni remotamente uniforme en los resultados. Es cierto que, puesto que el desarrollo económico moderno ha hecho que la importancia del capital humano aumente en relación con el capital físico y que la desigualdad en la distribución del capital humano es sobre todo el resultado de la educación, las políticas igualadoras en relación con esto último pueden antojarse especialmente prometedoras. Sin embargo, aunque la inversión en educación, por medio de sus efectos en las diferencias salariales, puede ser un mecanismo viable de equiparación no violenta, históricamente ha estado involucrada en procesos menos pacíficos: las oscilaciones documentadas en las primas por especialización en Estados Unidos a lo largo del siglo XX ponen de relieve una vez más la importancia de la guerra a la hora de modelar las políticas sociales y las retribuciones económicas. Las políticas fiscales y sociales redistributivas reducen la desigualdad de ingresos disponibles, pero su escala y estructura también suelen estar vinculadas al legado de las sacudidas violentas y sus repercusiones más a largo plazo: el contraste entre la desigualdad en Occidente y Asia oriental, por un lado, y las condiciones en Latinoamérica, por otro, nos recuerda esta asociación fundamental. Incluso después de evaluar causas alternativas de la compresión de la desigualdad, no podemos obviar que la violencia, real o latente, ha sido durante mucho tiempo un catalizador fundamental de las medidas políticas igualadoras.

Capítulo 14

¿Y SI...? DE LA HISTORIA A LA HIPÓTESIS

«¿NADA NUEVO BAJO EL SOL?»: LECCIONES DE
LA HISTORIA

¿Cuánto puede enseñarnos la historia acerca de la dinámica de la desigualdad? La respuesta es que mucho, pero no todo lo que necesitamos saber. Empecemos por lo primero. Los desequilibrios cada vez mayores en la distribución de recursos materiales son posibles por un crecimiento económico intensivo, pero no (siempre) son causados por él. Aunque la desigualdad efectiva podría alcanzar y, por lo que sabemos, frecuentemente ha alcanzado niveles extremos incluso en economías muy subdesarrolladas, la desigualdad nominal en última instancia era un resultado de la envergadura de la producción por encima de los niveles de subsistencia: cuanto más productiva es una economía, más concentraciones de recursos en manos de unos pocos puede sustentar, al menos en teoría, aunque no necesariamente en la práctica (una calificación que abordo en el apéndice). Esta conexión básica entre crecimiento y desigualdad se manifestó en su forma más pura durante la gran transición de la humanidad de la búsqueda de alimentos a la domesticación, un cambio que intensificó mucho la distribución desigual de recursos haciéndola en general posible. Cabe mencionar que esta transición carecía de una dimensión kuznetiana: no podemos aplicar un modelo

bisectorial de aumento de la desigualdad transitorio a menos que estemos dispuestos a imaginar sociedades que consistían en parte en buscadores de comida y en parte en agricultores. Y lo que es más importante, el avance hacia la domesticación no entrañaba ninguna promesa de posterior igualitarismo. El sedentarismo, la agricultura y la ampliación de los activos materiales hereditarios simplemente aumentaron la desigualdad potencial y real sin proporcionar ningún mecanismo para su reducción, a excepción de las sacudidas violentas.[1]

Una vez que la domesticación y las economías agrarias o basadas en el combustible orgánico estuvieron establecidas, los cambios transitorios siguieron siendo comparativamente modestos durante milenios, limitados en primera instancia a las transferencias laborales de la producción de comida al sector urbano, lo cual tendía a aumentar las presiones desigualadoras ya existentes. Una vez más, no existían mecanismos de compensación, ya que el sector no agrícola no podía crecer más allá de cierto nivel, lo cual convierte cualquier transición kuznetiana en algo inviable. Sin embargo, el cambio económico fue solo uno de los factores que propiciaron la evolución de la desigualdad. La domesticación aumentó las capacidades coercitivas y alentó la depredación a una escala antes impensable. Los ingresos y fortunas más cuantiosos en particular recibieron un enorme impulso de la formación de estados y el creciente alcance, profundidad y asimetría de las relaciones de poder político. En esas circunstancias, un igualitarismo notable era a lo sumo improbable —y, de hecho, casi imposible— a menos que algún desastre violento desplazara temporalmente las estructuras atrincheradas de jerarquía, explotación y propiedad. Puesto que las políticas redistributivas surgidas de la movilización militar de masas o la revolución eran muy infrecuentes en la historia premoderna, esas sacudidas en buena medida adoptaron la forma de estados fallidos o pandemias. En su ausencia, la desigualdad simplemente se habría mantenido alta en todo momento, condicionada en cualquier nivel de desarrollo económico por los antojos de la creación de estados, la competición interestatal y el equilibrio de poder entre gobernantes y élites.

Evaluándolo a largo plazo, el archivo histórico indica que es fútil buscar un vínculo sistemático entre los cambios en la desigualdad y el rendimiento

económico más allá de la asociación muy básica que acabamos de esbozar. Las dos principales fuerzas igualadoras en las sociedades premodernas tendían a ir de la mano de tendencias económicas divergentes. Por ello, aunque el desmoronamiento de estados o sistemas normalmente deprimía la producción per cápita media, lo cual hacía que la igualdad coincidiera con una mayor pobreza, las grandes epidemias tuvieron el efecto contrario, equiparando por medio de un aumento de la producción per cápita y el consumo de la no élite a medida que se relajaban las limitaciones malthusianas. También observamos una falta de relación nítida entre desigualdad y crecimiento económico en los siglos posteriores a la peste negra, cuando la desigualdad aumentó tanto en economías europeas dinámicas como estancadas e incluso países estructuralmente similares como la España y la Portugal de principios de la era moderna experimentaron resultados de desigualdad distintos. Hablando en términos muy genéricos, las relaciones de poder político y la demografía desempeñaron un papel mucho más importante en la evolución de la desigualdad preindustrial que los elementos más precisos del desarrollo económico.[2]

La siguiente gran transición, de una economía agraria a una industrial y de una economía orgánica a otra basada en los combustibles fósiles, varió en sus efectos sobre la desigualdad de ingresos y riqueza. Aunque muchos elementos dependían de hasta qué punto había aumentado la desigualdad en una sociedad en particular antes de este cambio, la revolución industrial normalmente mantuvo las disparidades materiales o incluso las intensificó. Ese estado de las cosas, que puede observarse tanto en países industrializados como en productores de mercancías del siglo XIX y principios del XX, se desvaneció con algunas de las sacudidas más violentas de la historia documentada, causadas por la movilización militar de masas y la revolución transformadora.

Miles de años de historia se reducen a una simple verdad: desde los albores de la civilización, los continuos avances en la capacidad económica y la creación de estados favorecieron la creciente desigualdad pero hicieron poco o nada por tenerla bajo control. Hasta la gran compresión de 1914 a 1950, es difícil identificar reducciones razonablemente bien atestiguadas y no

triviales en la desigualdad material que no estuvieran asociadas de un modo u otro a sacudidas violentas. Como veíamos antes, los ejemplos premodernos parecen limitarse a algunas zonas de Portugal desde el siglo XVI hasta el XVIII y posiblemente Japón durante su periodo de aislamiento desde el siglo XVII hasta mediados del XIX. En el mundo moderno, las atenuaciones repentinas en Suecia, Noruega y posiblemente Alemania solo unos años antes de que estallara la primera guerra mundial hacen difícil saber cómo se habrían desarrollado las tendencias más a largo plazo. Los acontecimientos en Italia son demasiado inciertos como para aportar gran cosa a esta muestra. Incluso si he obviado algunos casos o salen a la luz nuevos datos, no cabe duda de que la igualación pacífica era un fenómeno extraordinariamente infrecuente. Y, si bien es cierto que en muchos países la equiparación de ingresos y sobre todo de riquezas se mantuvo durante una generación tras la violenta década de 1940 y empezó a avanzar en varios países en vías de desarrollo, este proceso en general es difícil, si no imposible de desentrañar de sus raíces excepcionalmente violentas. Incluso Latinoamérica, que hace solo unos años habría parecido el candidato más prometedor a una equiparación pacífica, aún podría decepcionarnos.[3]

La desigualdad en la distribución de ingresos (disponibles) no puede aumentar para siempre. En cualquier nivel de desarrollo, está limitada por unos techos que son sensibles a la producción per cápita media, pero también bastante rígidos a largo plazo: comento la dinámica subyacente en el apéndice incluido al final de este libro. La historia demuestra que, en ausencia de acontecimientos igualadores violentos, la desigualdad normalmente era bastante alta en relación con su máximo teórico y podía mantenerse elevada a lo largo periodos de tiempo prolongados. Durante las fases de recuperación de las sacudidas violentas se produjeron notables incrementos en la concentración de ingresos y riqueza: la Alta Edad Media, los siglos transcurridos entre 1500 y 1900 en Europa, periodos más breves en las Américas y, probablemente, las últimas décadas en casi todo el planeta. Estas tendencias recurrentes apuntan a una norma general que se ha aplicado en fases muy diversas de desarrollo: sociedades agrarias, industriales y posindustriales y economías prósperas y estancadas. Esta convergencia pone

de manifiesto la necesidad de una investigación y teorización intercultural más ambiciosa: como decía al principio, una crónica formal de las distintas fuerzas que aumentaron repetidamente la desigualdad tras una equiparación intermitente requeriría otro libro de una extensión similar o aún mayor.

«UNA DE LAS PRINCIPALES CAUSAS FUE LA GRAN DESIGUALDAD DE FORTUNAS»: ¿DE LA DESIGUALDAD A LA VIOLENCIA?

Quedan pendientes dos preguntas importantes: si las sacudidas violentas fueron cruciales para frenar y subvertir la desigualdad, ¿era inevitable que ocurrieran? Si no se hubieran producido, ¿cómo habría resistido la desigualdad en su ausencia? La primera pregunta es más tradicional y versa sobre la causación histórica, mientras que la segunda nos invita a tomar en consideración resultados hipotéticos. Empezaré por el primer problema.

No existen indicios que denoten que las sociedades preindustriales contenían las semillas para una equiparación pacífica y considerable. Pero ¿cómo podemos saber si las dislocaciones violentas que alteraban las jerarquías establecidas de poder, ingresos y riqueza eran hechos aleatorios y exógenos o fueron generadas en gran medida por tensiones resultantes de la marcada desigualdad? Las mismas políticas elitistas y disparidades de poder que hacían de la mayoría de sociedades antiguas tan desiguales pueden haber precipitado su posterior desintegración. Este podría ser el caso de las grandes formaciones imperiales, que no solo se enfrentaron a contendientes externos, sino que también tuvieron que controlar la rapacidad de élites nacionales ansiosas por desviar y privatizar excedentes, privando así a los gobernantes de los medios necesarios para mantener unidos sus reinos. En el segundo capítulo mencionaba ya esas tendencias en la historia china y romana. Sin embargo, no basta con evaluar interacciones homeostáticas por medio de las cuales, en palabras de Branko Milanovic,

una creciente desigualdad pone en marcha fuerzas, a menudo de una naturaleza destructiva, que en última instancia conducen a su disminución pero que en el proceso destruyen muchas cosas, entre ellas millones de vidas humanas y gran cantidad de riqueza. Una desigualdad muy alta a la postre se vuelve insostenible, pero no se atenúa por sí sola; por el contrario, genera procesos, tales como guerras, luchas sociales y revoluciones que la reducen.[4]

El uso de «a la postre» pone de manifiesto una grave flaqueza de esta perspectiva: si una alta desigualdad es una condición por defecto de la civilización humana, es sumamente fácil imaginar una conexión entre esta condición y casi cualquier sacudida violenta que se haya producido y bastante más complicado explicar la ausencia de sacudidas igual de plausibles que no llegaron a materializarse.

El intento más ambicioso por teorizar y endogenizar la desintegración de un Estado y sus consecuencias igualadoras es obra de Peter Turchin, un ecologista de la población convertido en historiador. Su teoría sintética de ciclos seculares delinea una secuencia ideal típica de acontecimientos que socavan y restablecen estructuras macrosociales en un marco temporal más o menos predecible. El aumento de población ejerce presión sobre la capacidad de volumen y devalúa la mano de obra en relación con la tierra, un proceso que propicia el enriquecimiento de la élite y una desigualdad más marcada, que a su vez genera una mayor competición intraélites y, en última instancia, una desintegración del Estado. Esta crisis se retroalimenta con las dinámicas de población reduciendo la presión demográfica, expone a las élites establecidas a mayores peligros y favorece la aparición de una nueva élite de guerreros que reconstruye las instituciones del Estado. Los estudios históricos que analizan estas predicciones ponen de relieve la importancia crucial de la conducta de la élite y la competencia por factores demográficos y fiscales.[5]

Los planteamientos endogenizadores de este tipo corren el riesgo de restar importancia a fuerzas mayoritarias o totalmente exógenas como las epidemias, cuyos efectos fueron propiciados por las condiciones sociales, incluida la desigualdad, pero en modo alguno fueron causadas por ellas. Sin embargo, incluso en la medida en que las sacudidas violentas pueden endogenizarse legítimamente para crear un modelo más homeostático de las

oscilaciones en la concentración de ingresos y riqueza, ello no afecta a la tesis fundamental de este libro. Con independencia de sus causas originales, las sacudidas necesarias fueron siempre violentas. La cuestión es simplemente hasta qué punto tenían su origen en desequilibrios políticos, sociales y económicos que se manifestaron en una desigualdad material. Cuantas más eran —y los ejemplos de revolución transformadora y desintegración de estados son un terreno especialmente fértil para poner a prueba esta proposición—, mejor podríamos incorporar la equiparación violenta a una narrativa analítica coherente de la formación de estados y la desigualdad estructural motivada por la conducta de la élite y la demografía. Ahondar con seriedad en este particular requeriría un libro aparte. Por ahora, tan solo quiero dar una voz de alerta. Aunque sería relativamente fácil elegir ejemplos pertinentes que respalden una teoría del ciclo secular o modelos independientes comparables, tales perspectivas deben ser juzgadas en última instancia por su rendimiento en toda la extensión de la historia documentada.

Evaluemos los casos de Francia, Inglaterra, Holanda, España y las colonias españolas de las Américas hacia 1800. Por lo que sabemos, la desigualdad había sido alta o había ido en aumento en todos esos lugares durante algún tiempo. Podríamos aceptar la Revolución Francesa como un caso estándar de finalización violenta de un ciclo de presión demográfica, rapacidad de la élite y dolorosa desigualdad. En Holanda, que durante mucho tiempo había estado caracterizada por niveles crecientes de desigualdad de riqueza, la facción antimonárquica recurrió a la intervención armada francesa para declarar la República Bátava, resultado de un prolongado conflicto nacional que puede explicarse en referencia a condiciones internas y también influencias exógenas. La desigualdad en España también había aumentado durante siglos, pero sin precipitar ninguna crisis relevante. Fueron necesarias múltiples invasiones extranjeras, una serie de acontecimientos mayoritariamente exógenos, para alterar la distribución de ingresos de una manera mensurable. Esto a su vez desencadenó levantamientos contra el gobierno español en América del Sur y central, un proceso que podemos achacar a tensiones nacionales y al desencadenante exógeno de la guerra de la independencia española. Por último, Inglaterra, que presentaba un grado de

mala distribución de los recursos materiales similar al que encontramos en todas esas otras sociedades, no experimentó turbulencias nacionales significativas. Es tentador atribuir diferentes resultados a la variación en las instituciones políticas o el rendimiento en la guerra, pero cuantas más variables confusas pongamos sobre la mesa, más difícil será aplicar una teoría endogeneizadora coherente a una gama amplia de casos reales. Todavía queda mucho trabajo por hacer.[6]

«PAZ PARA NUESTRO TIEMPO»: CONSECUENCIAS ALTERNATIVAS

Esto también es aplicable a mi segunda pregunta. La historia tiene sus límites. Cualquier crónica histórica de la desigualdad se centra en lo que (creemos que) ocurrió e intenta explicar por qué. Lo que no ocurrió queda fuera del relato. En mi condición de historiador, me resulta fácil mostrarme complaciente en este sentido. Si consideramos que la labor del historiador es la de explorar, según la célebre cita de Leopold Ranke en 1824, «*wie es eigentlich gewesen*» —esto es, lo que sucedió en realidad—, el trabajo está hecho: el archivo histórico demuestra que las sacudidas violentas fueron las fuerzas más poderosas de igualación desde tiempos ancestrales hasta bien entrado el siglo XX y que los mecanismos no violentos normalmente no lograron generar resultados comparables. Pero quienes sientan más inclinación por la sociología discreparán. Una consideración explícita de hipótesis hilvana una historia más adecuada, aunque solo sea porque nos ayuda a identificar con más fiabilidad los factores que resultaron esenciales para precipitar las consecuencias observadas. Por tanto, debemos formular otra pregunta: ¿y si las sacudidas violentas igualadoras simplemente estropearon lo que podría haber sido una historia de correcciones pacíficas?

Durante casi toda la historia humana, es cierto, esta línea de investigación parece un callejón sin salida. Si no se hubiera producido la caída del Imperio Romano, ¿los aristócratas habrían compartido su fabulosa riqueza con las masas oprimidas? Si la peste negra no hubiera azotado, ¿los trabajadores

ingleses habrían podido convencer a sus jefes de que duplicaran o triplicaran sus salarios? La respuesta a este y otros interrogantes similares sin duda ha de ser negativa. No existían alternativas remotamente plausibles, mecanismos pacíficos que hubieran generado cambios equivalentes. Además, muy a largo plazo, esta pregunta no es tan siquiera relevante. Los imperios normalmente no duraban para siempre y en un momento u otro había de aparecer una epidemia. Un Imperio Romano interminable o un mundo sin plagas no son datos hipotéticos realistas. Si las sacudidas no se hubieran producido, otras habrían acabado ocupando su lugar. En este sentido, hasta hace poco no había una alternativa factible a la igualación violenta periódica.

Pero ¿y si la modernidad cambió las normas del juego en ciertos aspectos? Esta es una pregunta más seria, ya que es muy fácil plantear posibles candidatos para una equiparación pacífica, como la educación de masas, la ampliación del sufragio, el trabajo organizado y otros rasgos novedosos de la era industrial. Es justo afirmar que el mensaje de este libro ha sido implacablemente desalentador. Para un observador más optimista — por ejemplo, un economista que analice una curva de Kuznets reciente o un politólogo embebido de las glorias de la democracia de estilo occidental y otras instituciones ilustradas—, la agitación de la guerra de los Treinta Años y sus prolongados efectos colaterales pueden haber evitado una equiparación pacífica, ordenada y bien endogenizada provocada por los diversos beneficios de la modernidad. El hecho de que la historia se haya negado a servir esta crónica en su necesaria pureza no significa, en términos estrictos, que esto no hubiera podido suceder.

Aunque nunca lo sabremos con certeza, vale la pena abordar este hecho hipotético con mayor profundidad. ¿Y si no hubiera habido guerras mundiales ni revoluciones comunistas? Un siglo XX totalmente pacífico podría considerarse una perspectiva hipotética demasiado implausible. Teniendo en cuenta el equilibrio de poder y las características de los principales estados europeos y sus clases gobernantes de la época, es posible que fuera inevitable algún tipo de guerra a escala industrial. Pero eso no es necesariamente cierto de la cronología de las guerras o su duración e intensidad o, menos aún, de la renovación del conflicto una vez que hubo

terminado una gran guerra. El triunfo del bolchevismo o el maoísmo tampoco fue una conclusión ineludible.[7]

Lo ideal sería poder estudiar dos mundos occidentales, uno arrasado por la guerra total y la depresión económica y otro totalmente ileso. Solo esto nos permitiría mantener una ecología y unas instituciones constantes y centrarnos en la interacción del desarrollo económico, social y político y sus consecuencias para la desigualdad. No es posible un experimento natural de esa índole. Inoportunamente para nosotros, y trágicamente para los implicados, las guerras mundiales deben su etiqueta a su extraordinario alcance geográfico. A consecuencia de ello, las aproximaciones en la vida real al desarrollo hipotético son raras, aunque no del todo inexistentes. Estados Unidos y Japón participaron en la primera guerra mundial de una manera comparativamente tangencial. Con diecinueve meses de intervención formal y un periodo de campaña bastante más breve, la participación estadounidense fue corta y los índices de reclutamiento mucho más bajos que en Europa. La aportación japonesa fue bastante mínima, no solo en comparación con otros actores, sino también según los criterios de su trascendental enfrentamiento con Rusia una década antes. En ambos países, a diferencia de los principales contendientes europeos, la caída de los porcentajes de ingresos más altos fue efímera y se vio revertida rápidamente por el repunte de la desigualdad.

La segunda guerra mundial, más global que la primera, ofrece aún menos alternativas. Tal como argumentaba en el capítulo 5, la búsqueda de países desarrollados que no participaron o no se vieron afectados materialmente se antoja bastante fútil. Suiza podría ser la mejor opción, con caídas leves y temporales de los porcentajes de riqueza más elevados durante ambas guerras mundiales y un 1% de ingresos más altos bastante estable desde que empezaron a documentarse en 1933. Esto nos deja a los países latinoamericanos más avanzados, dudosos elementos comparativos si tenemos en cuenta las considerables diferencias institucionales y ecológicas respecto de Occidente, y, sin embargo, es a lo máximo que podemos aspirar. Aquí resulta llamativo que Argentina (al igual que Sudáfrica) experimentó una creciente desigualdad de ingresos durante la segunda guerra mundial e

iba a la zaga de los países desarrollados tanto en equiparación como en expansión fiscal, que no llegó hasta 1945 y no sin influencia extranjera. Por tanto, los pocos datos de los que disponemos coinciden con la idea de que una equiparación relevante tal vez no se habría producido en ausencia de la movilización militar de masas y la revolución.[8]

Huelga decir que esta conjetura no es en modo alguno concluyente, y podríamos argumentar que la equiparación pacífica de las naciones industrializadas habría requerido más tiempo. Si se hubiera concedido más tiempo y dejamos el escepticismo a un lado para imaginar un mundo sin grandes sacudidas violentas durante todo el siglo XX —o, de forma algo menos implausible, un mundo en el que esas guerras sí ocurrieron pero se decidieron rápidamente y condujeron a un nuevo y duradero equilibrio de poder—, ¿cómo se habría desarrollado la desigualdad global y sobre todo la occidental? De lo único que podemos estar seguros es de lo que no habría sucedido: sin la destrucción y devaluación del capital, una redistribución fiscal agresiva y múltiples intervenciones estatales en la esfera económica, la desigualdad de ingresos y riqueza no habría caído tanto como ocurrió desde 1914 hasta finales de los años cuarenta. El grado observado de igualitarismo fue tan drástico que ningún mecanismo hipotético remotamente plausible podría haber generado cambios similares en una sola generación. Pero ¿qué habría ocurrido entonces?

Evaluemos cuatro resultados ideales y típicos de la totalidad del siglo XX (1-4 en la figura 14.1). El primero, que podemos calificar de escenario «pesimista», es una continuación del patrón que ya caracterizó el siglo XIX y que en Europa se remontaba a la desaparición de la peste negra hacia el final de la Edad Media y en Estados Unidos al menos a la independencia, una secuencia de fases sucesivas de concentración de ingresos y riqueza en aumento o estabilizada. En ese mundo, la desigualdad occidental (y japonesa) habría sido alta pero relativamente estable, una edad dorada interminable dominada por plutócratas muy atrincherados. En algunas sociedades occidentales y en toda Latinoamérica, la desigualdad habría aumentado aún más y se habría reducido en otros lugares donde ya había alcanzado sus máximos, sobre todo en Gran Bretaña.

Esta consecuencia, aunque perfectamente realista durante periodos prolongados de estabilidad en la historia premoderna, puede parecer excesivamente conservadora cuando se trata del siglo XX. Durante varias décadas antes de 1914, numerosos países occidentales ya habían empezado a aprobar legislaciones de seguridad social e impuestos sobre la renta o el patrimonio y habían ampliado el sufragio y permitido la sindicalización. Aunque esas iniciativas fueron modestas para los criterios de generaciones posteriores, pusieron los cimientos institucionales y conceptuales para la gran expansión de los organismos redistributivos y el estado del bienestar que se desarrollaron aproximadamente a lo largo de las dos generaciones siguientes. En nuestro pacífico mundo hipotético, esas políticas supuestamente habrían continuado, aunque a un ritmo más lento. Ello podría haber servido para frenar la desigualdad a largo plazo.

Pero ¿hasta dónde nos habría llevado? Mi segundo escenario es el ejemplo hipotético más «optimista». En esta versión, las políticas sociales y la educación de masas habrían conducido de forma lenta pero segura a una desconcentración gradual de los ingresos y la riqueza, al punto de que este proceso benigno ahora se habría situado más o menos al mismo nivel que la equiparación que en la vida real había desaparecido parcial o completamente hace varias décadas, sobre todo en las de 1970 o 1980. Sin embargo, hay varios obstáculos serios a la suposición de que, incluso sin la violenta gran compresión, la desigualdad se habría visto atenuada de manera similar, aunque más tarde. Uno tiene que ver con el papel del capital y las rentas derivadas del mismo. Aunque el ascenso de la democracia social pudo erosionar los márgenes de las rentas de capital ajustando los impuestos estatales e interviniendo en la economía de mercado, es difícil imaginar que el capital hubiera podido ser destruido y devaluado a una escala comparable en ausencia de sacudidas violentas. En la medida en que la equiparación en el siglo XX fue un fenómeno del capital, un entorno menos perturbador habría dificultado mucho más una caída comparable de la desigualdad general, con independencia del tiempo del que dispusiera.

También es improbable que se aplicaran otras medidas reales en nuestro mundo hipotético de paz: tasas fiscales marginales que superaran el 90 %,

impuestos estatales confiscatorios, una gran injerencia del Estado en las actividades empresariales y las rentas de capital, como control de salarios, alquileres y dividendos, y muchas más. Tampoco se habrían producido brotes catastróficos de inflación que acabaran con los rentistas de varios países. También debemos eliminar los efectos igualadores del comunismo, no solo en sus manifestaciones directas en Rusia a partir de 1917, en Europa central a partir de 1945 y en el este y el sureste de Asia a partir de 1950, sino también a través de su impacto indirecto como medida disciplinaria para los capitalistas de Occidente y Asia oriental. Por último, un mundo pacífico hipotético no habría experimentado la misma interrupción de la globalización después de 1914, que obstaculizó el comercio y los flujos de capitales y fomentó varias barreras comerciales, incluyendo aranceles, cupos y otros controles. En el mundo real, sus consecuencias fueron superadas gradualmente después de la segunda guerra mundial por las economías de mercado industrializadas y tuvieron una influencia aún mayor y más duradera en los países en vías de desarrollo. Según algunos cálculos, la globalización no se recuperó del todo hasta los años setenta. En ausencia de sacudidas violentas, ahora podríamos estar ante ciento cincuenta años de integración económica ininterrumpida y verdaderamente global, sumada a una descolonización tardía o tal vez aún incompleta y a beneficios inesperados para las élites del núcleo y la periferia.[9]

Teniendo en cuenta la ausencia hipotética de todas estas fuerzas igualadoras poderosas, el resultado más plausible sería una equiparación pacífica a una escala mucho más pequeña (¿mucho?, ¿hasta qué punto?) que la observada en la historia real. Pero incluso mi tercer escenario, el «intermedio», probablemente también sea demasiado optimista. Si damos por sentado que el desarrollo tecnológico en nuestro mundo hipotético refleja el de la vida real, lo cual parece razonable a largo plazo, ¿las numerosas presiones desigualadoras que atormentan a los observadores contemporáneos—desde la resurgente diferencia de ingresos según el sector hasta la creciente globalización posibilitada por el progreso tecnológico de la informática—no se habrían dejado sentir mucho antes de que la desigualdad se hubiera reducido hasta prácticamente alcanzar los niveles de nuestro mundo? ¿Y las

sociedades que no hubieran sido moldeadas por las sacudidas violentas de las guerras mundiales no habrían sido menos capaces de soportarlas?

En este cuarto y último escenario, la desigualdad podría haberse reducido hasta cierto punto durante el segundo y el tercer cuarto del siglo XX, cuando la socialdemocracia y la educación masiva frenaron la acumulación de riquezas en círculos de la élite, pero desde entonces habría repuntado, como ha ocurrido en el mundo real, sobre todo en los países anglosajones. En este caso, tal vez el más plausible de mis cuatro escenarios hipotéticos, la desigualdad bien podría haber vuelto a los niveles que prevalecían hace un siglo, lo cual nos sitúa en un lugar peor del que nos hallamos actualmente (Fig. 14.1).

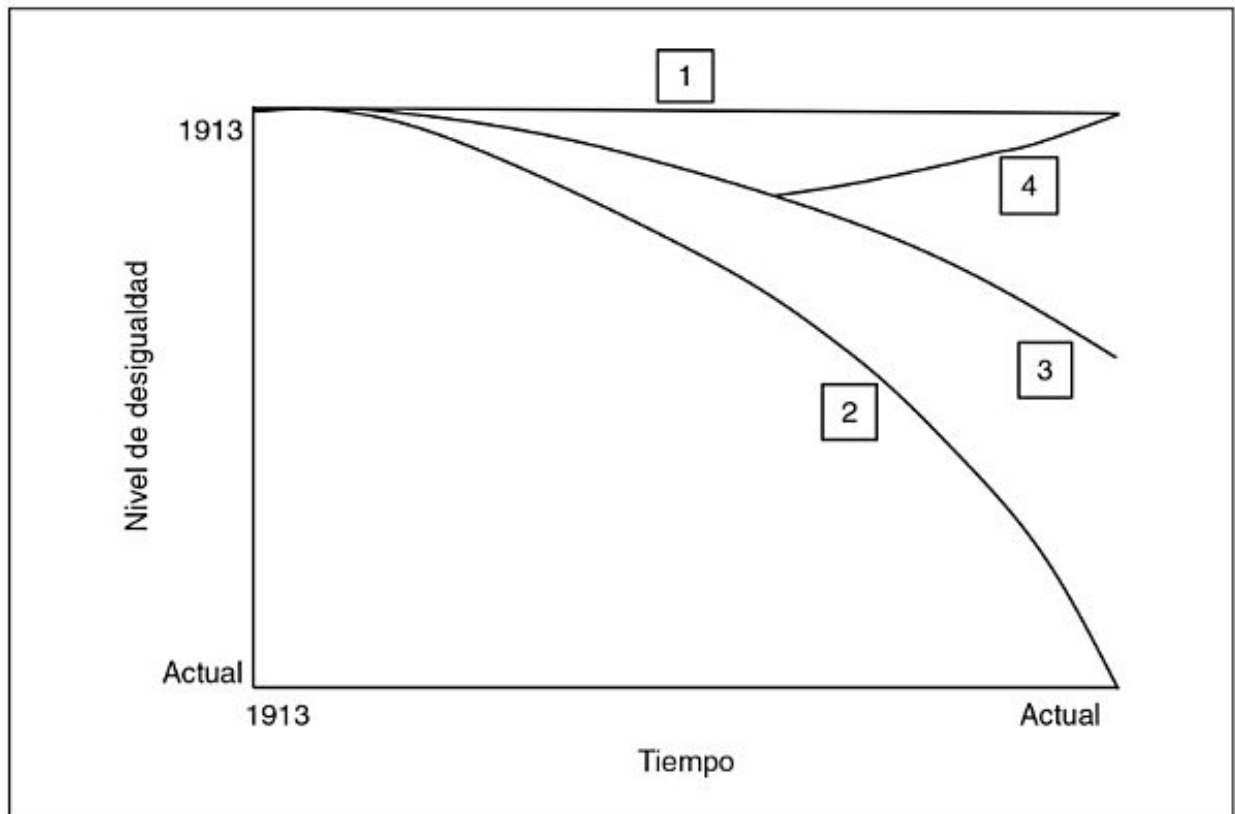


FIGURA 14.1. Tendencias de desigualdad hipotéticas en el siglo XX

Aunque podría ser infructuoso ponderar más los méritos relativos de estas situaciones hipotéticas, nos ayudan a entender cuántas cosas tendrían que

haber sido distintas para que se hubiera producido un igualitarismo considerable en ausencia de sacudidas violentas. En primer lugar, no podemos descartar la posibilidad de una equiparación gradual pacífica en condiciones de modernidad, si bien existen pocas pruebas empíricas que respalden esta idea. En segundo lugar, debemos plantear otro siglo de condiciones relativamente pacíficas: cualquier sacudida hipotética de una gravedad comparable, con independencia de su cronología y características concretas, nos llevaría de nuevo a una aproximación del mundo real y simplemente reforzaría la preponderancia de la igualación violenta. En tercer lugar, debemos dar por sentado que la concentración de capital que existía en los primeros años del siglo XX podría haber desaparecido incluso sin recurrir a grandes dislocaciones violentas, lo cual probablemente requiere aún más imaginación. Y, en cuarto lugar, debemos creer que una equiparación de esa índole no se habría visto atenuada por las fuerzas desiguales que hemos observado en la última generación. Deben darse las tres primeras condiciones para que se produzca cualquier equiparación no violenta, y las cuatro para que existan niveles comparables de desigualdad en el mundo en el que vivimos hoy en día. Este es un reto excesivo e indica que, sin sacudidas violentas importantes, los países desarrollados actualmente experimentarían niveles de ingresos y riqueza bastante más altos. La única pregunta real es cuánto.

Algunos podrían sentir la tentación de juzgar irrelevante esta observación, no solo porque es imposible de verificar, sino, sobre todo, porque no es el mundo en el que vivimos en realidad. Pero ello sería un error. La hipótesis de una equiparación pacífica en condiciones de modernidad es importante por una razón muy concreta: si no podemos saber cuánta desigualdad se habría visto reducida en ausencia de la violencia global de la gran compresión, ¿cómo podemos valorar las posibilidades de igualación en el presente o el futuro? Pese a todas las crisis regionales que compiten por nuestra atención, el mundo de paz y estabilidad relativas e integración económica perfilado en mi hipótesis es en realidad el mundo que habita la mayoría de la humanidad en la actualidad. ¿Cómo han influido esas condiciones en las desigualdades actuales y qué implican para el futuro de la equiparación?

Séptima parte

EL REGRESO DE LA
DESIGUALDAD Y EL
FUTURO DE LA
EQUIPARACIÓN

Capítulo 15

EN NUESTRO TIEMPO

DESIGUALDAD RESURGENTE

La última generación que ha vivido la gran compresión está desapareciendo con rapidez. Un 95 % de los estadounidenses que combatieron en la segunda guerra mundial han fallecido y la mayoría de los que siguen vivos son nonagenarios. Lo mismo está sucediendo con la equiparación. En los países desarrollados, la enorme reducción de la desigualdad que comenzó en 1914 se ha agotado hace mucho tiempo. Durante más o menos una generación, década arriba, década abajo, las disparidades de ingresos han aumentado en todos los países sobre los cuales disponemos de datos fiables (Tabla 15.1 y Fig. 15.1).[\[1\]](#)

TABLA 15.1. Tendencias en los porcentajes de ingresos máximos y desigualdad de ingresos en países seleccionados, 1980-2010

País	Medida	1980	1990	2010	Más bajo (año)
Alemania	1 % superior	10,4	10,5 (1989)	13,4 (2008)	9,1 (1983)
	Gini (m)	34,4	42,2	48,2	
	Gini (d)	25,1	26,3	28,6	
Australia	1 % superior	4,8	6,3	9,2	4,6 (1981)
	Gini (m)	35,5	38,1	43,3	
	Gini (d)	26,9	30,3	33,3	
Austria	Gini (m)	38,3 (1983)	44,0	42,3	

	Gini (d)	26,6 (1983)	28,4	27,4	
Bélgica	Gini (m)	33,0	30,7	33,1	
	Gini (d)	22,6	23,0	25,2	
Canadá	1 % superior	8,1	9,4	12,2	7,6 (1978)
	Gini (m)	34,9	37,6	42,2	
	Gini (d)	28,2	23,0	25,2	
Corea	1% superior	7,5	–	11,8	(6,9 (1995))
Dinamarca	1% superior	5,6	5,2	6,4	5,0 (1994)
	Gini (m)	43,1	43,6	46,7	
	Gini (d)	25,5	25,8	25,3	
España	1 % superior	7,5 (1981)	8,4	8,1 ^b	7,5 (1981) ^c
	Gini (m)	35,4	35,9	40,9	
	Gini (d)	31,8	30,2	33,3	
Estados Unidos	1 % superior	8,2	13,0	17,5	7,7 (1973)
	1 % superior (cg)	10,0	14,3	19,9	8,9 (1976)
	Gini (m)	38,6	43,3	46,9	
	Gini (d)	30,4	34,2	37,3	
Finlandia	1 % superior	4,3	4,6	7,5 (2009)	3,5 (1983)
	Gini (m)	37,5	38,2	45,1	
	Gini (d)	21,7	21,0	25,6	
Francia	1 % superior	7,6	8,0	8,1	7,0 (1983)
	Gini (m)	36,4	42,6	46,1	
	Gini (d)	29,1	29,1	30,0	
Grecia	Gini (m)	41,3 (1981)	38,6	43,2	
	Gini (d)	33,0 (1981)	32,7	33,3	
Holanda	1 % superior	5,9	5,6	6,5	5,3 (1998)
	Gini (m)	33,8	38,0	39,3	
	Gini (d)	24,8	26,6	27,0	
Irlanda	1 % superior	6,7	7,3	10,5 (2009)	5,6 (1977)
	Gini (m)	41,3	42,6	45,2	
	Gini (d)	31,1	33,1	29,4	
Italia	1 % superior	6,9	7,8	9,4 (2009)	6,3 (1983)
	Gini (m)	37,0	39,7	47,2	
	Gini (d)	29,1	30,1	32,7	
Japón	1 % superior	7,2	8,1	9,5	6,9 (1983) ^a
	Gini (m)	28,3	31,3	36,3	
	Gini (d)	24,4	25,9	29,4	

Luxemburgo	Gini (m)	–	31,3	43,5	
	Gini (d)	–	24,0	26,9	
Noruega	1 % superior	4,6	4,3	7,8	4,1 (1989)
	Gini (m)	33,8	36,8	36,9	
Nueva Zelanda	Gini (d)	23,5	22,9	23,1	
	1 % superior	5,7	8,2	7,4 ^b	5,4 (1988)
	Gini (m)	29,7	36,0	35,5	
Portugal	Gini (d)	28,1	22,9	23,1	
	1 % superior	4,3	7,2	9,8 (2005)	4,0 (1981)
	Gini (m)	33,9	45,1	50,5	
Reino Unido	Gini (d)	22,4	30,8	33,3	
	1 % superior	5,9-6,7 ^d	9,8	12,6	5,7 (1973)
	Gini (m)	37,0	44,4	47,4	
Singapur	Gini (d)	26,7	32,8	35,7	
	Gini (m)	(41,3)	(43,7)	46,9	
Sudáfrica	Gini (d)	(38,3)	(40,8)	43,3	
	1 % superior	10,9	9,9	16,8	8,8 (1987)
Suecia	1 % superior	4,1	4,4	6,9	4,0 (1981)
	Gini (m)	39,3	41,9	48,5	
	Gini (d)	20,0	21,4	25,8	
Suiza	1 % superior	8,4	8,6-9,2	10,6	8,4 (1983)
	Gini (m)	46,3	39,7	40,7	
	Gini (d)	30,3	32,2	29,8	
Taiwán	1 % superior	6,0	7,8	11,2	5,9 (1981)
	Gini (m)	27,8	29,2	32,4	
	Gini (d)	26,3	27,2	29,6	
Media	1 % superior ^e	6,7	7,8	10,0	6,1 (1983) ^f
	Gini (m)	36,2	38,7	42,7	
	Gini (d)	28,0	28,1	29,8	
	Transferencias	8,2	10,6	12,9	

m = ingresos de mercado, d = ingresos disponibles, cg = incluyendo rentas de capital

^a 6,4 en 1945.

^b Véase nota 3.

^c Sin datos antes de 1980.

^d 1979 y 1981.

^e Sin Sudáfrica. Con Sudáfrica (más bajo, 1983).

Resultados basados en datos inciertos entre paréntesis.

^f Media y modo.

En una muestra de veintiséis países, los porcentajes de ingresos más elevados crecieron la mitad entre 1980 y 2010, mientras que la desigualdad de ingresos de mercado aumentó 6,5 puntos de Gini, un incremento que solo pudo ser absorbido parcialmente por una expansión casi universal de las transferencias redistributivas. Estadísticamente, 1983 fue un gran punto de inflexión, y las tendencias a la baja de la desigualdad se revirtieron en Finlandia, Francia, Alemania, Italia, Japón y Suiza, y moderadamente en toda la muestra. Las economías anglosajonas partieron con ventaja, sobre todo en la década de 1970: la desigualdad empezó a aumentar en 1973 en Reino Unido, en 1973 o 1976 en Estados Unidos, en 1977 en Irlanda, en 1978 en Canadá y en 1981 en Australia. La dispersión salarial en Estados Unidos comenzó hacia 1970. Otros cálculos confirman esta panorámica. Los Gini de ingresos disponibles para las familias y las ratios de porcentajes de ingresos en general aumentaron desde las décadas de 1970 o 1980. A partir de los años ochenta, la proporción de la población con ingresos medios ha ido disminuyendo en relación con las horquillas más altas o más bajas en varios países de la OCDE.[2]

Si las examinamos más atentamente, las excepciones, incluso parciales, a esta tendencia son casi inexistentes. Debido a la inconsistencia de los datos para los porcentajes de ingresos más elevados, solo utilizo años de referencia en la tabla 15.1, lo cual hace que parezca que la desigualdad cayó ligeramente en España y Nueva Zelanda y se mantuvo igual en Francia. Si en lugar de eso aplicamos medias variables cada cinco años, queda claro que no hay un solo país en este grupo en el que los porcentajes de ingresos más elevados no hayan aumentado al menos mínimamente más o menos desde 1990. Si seguimos el mismo método para obtener coeficientes de Gini, descubriremos que la desigualdad de ingresos disponibles aumentó en todos los países excepto en Austria, Irlanda y Suiza, y que la desigualdad de ingresos creció sin excepciones. Y, en la mayoría de los casos, la concentración de ingresos ha sido mucho más pronunciada: en once de los veintiún países que publicaron porcentajes de ingresos máximos, la proporción de todos los

ingresos obtenidos por el 1 % se incrementó entre el 50 % y más del 100 % entre 1980 y 2010.[3]

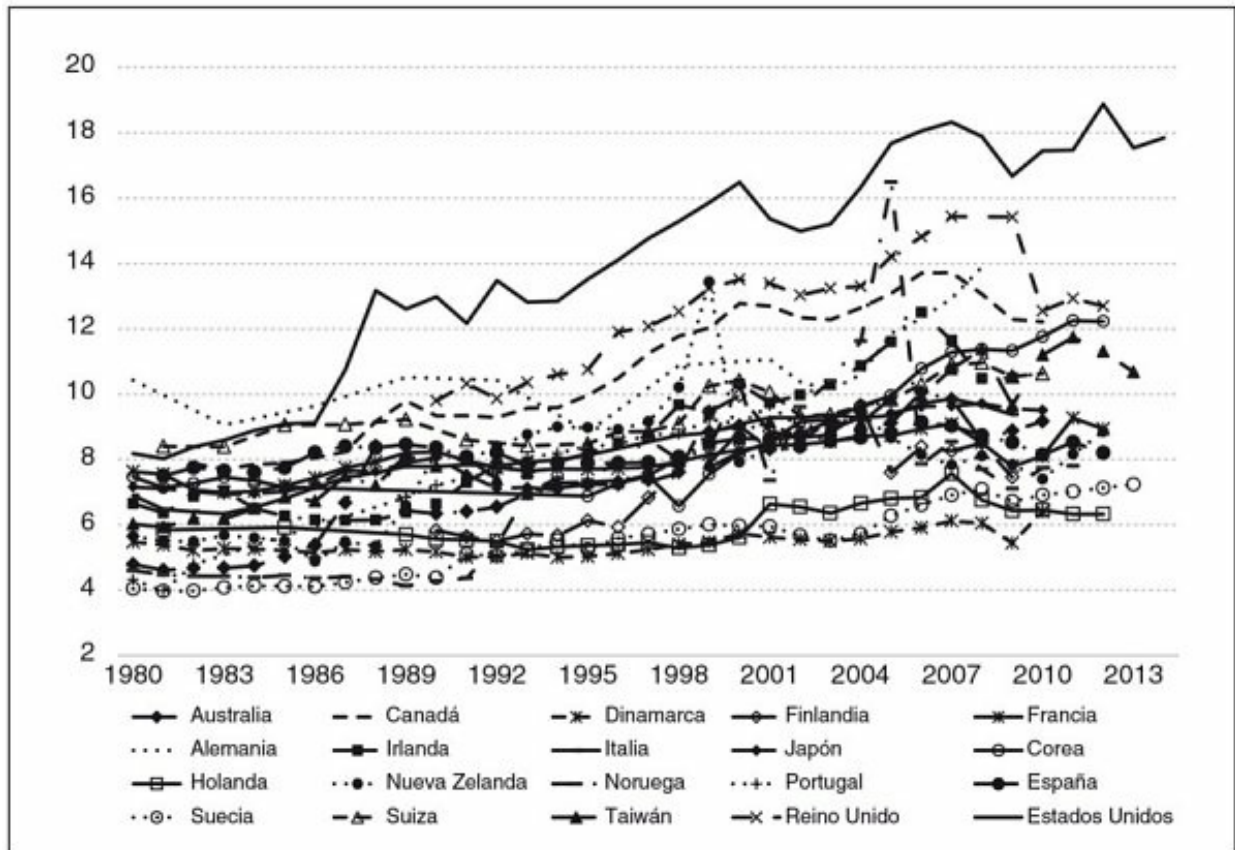


FIGURA 15.1. Porcentaje de ingresos del 1 % más rico en veinte países de la OCDE, 1980-2013

En 2012, la desigualdad en Estados Unidos incluso batió varios récords: ese año, el 1 % de ingresos más elevados (con y sin rentas de capital) y el porcentaje de riqueza en manos del 0,01 % de familias más adineradas superó por primera vez la marca de 1929. Asimismo, es muy probable que los coeficientes de Gini de distribución de ingresos publicados minimicen los niveles reales de desigualdad, pues se derivan de estudios que tuvieron problemas para recabar información sobre las familias más adineradas. En el caso de Estados Unidos, varios ajustes apuntan a unos valores Gini bastante más altos y progresivos con el paso del tiempo. Por tanto, entre 1970 y 2010, los Ginis oficiales de distribución de ingresos de mercado pasaron de 0,4 a

0,48, pero es posible que rondaran 0,41 a 0,45 en 1970 y llegaran a 0,52-0,58 en 2010. Incluso las correcciones más conservadoras presentan una desigualdad que aumenta más de un cuarto, de 0,41 en 1970 a 0,52 en 2010. La redistribución solo ha mitigado moderadamente esta tendencia: entre 1979 y 2011, el crecimiento anual de ingresos para el 1 % más adinerado tuvo una media del 3,82 % antes de impuestos y transferencias y de un 4,05 % después, frente a un 0,46 % y un 1,23 %, respectivamente, entre el quintil más bajo.[4]

Esta tendencia no ha estado limitada a los países analizados en la tabla 15.1. Como mostraba con más detalle en el capítulo 7, las sociedades formales o efectivamente poscomunistas han experimentado grandes incrementos de la desigualdad material. Este hecho ha sido especialmente drástico en China, donde el Gini de ingresos de mercado se duplicó con creces, pasando de 0,23 en 1984 a alrededor de 0,55 en 2014, y el cálculo correspondiente de concentración de riqueza aumentó rápidamente de 0,45 en 1995 a más de 0,7 a principios de la década de 2010, lo mismo que en Rusia, donde el Gini de ingresos de mercado ha superado 0,5 desde 2008, frente a 0,37 en 1991, cuando se disolvió la Unión Soviética, y a 0,27 a principios de la década de 1980. Algunas grandes economías en vías de desarrollo han experimentado cambios similares: los Gini de ingresos de mercado en India pasaron de 0,44-0,45 a mediados de los años setenta a 0,5-0,51 a finales de la década de 2000, y el 1 % de ingresos más elevados se duplicó desde finales de los años ochenta hasta 1999. El Gini de ingresos de mercado en Pakistán pasó de poco más de 0,3 hacia 1970 a 0,55 en 2010. Sin embargo, en gran parte del mundo en vías de desarrollo es difícil discernir unas tendencias coherentes a largo plazo. En Indonesia, por ejemplo, aunque se ha recuperado de un gran aumento de la concentración de ingresos durante la década de 1990, los coeficientes de Gini y los porcentajes de ingresos más elevados siguen siendo más altos que hacia 1980. Ya he mencionado las complejidades de la desigualdad en África y Latinoamérica en el capítulo 13. Desde finales de la década de 1980 hasta 2000, los ingresos estuvieron distribuidos de manera más desigual en toda clase de economías, excepto en los países con ingresos bajos —medios bajos y medios altos—, y también en países con ingresos altos. En todas las regiones del mundo, el porcentaje de ingresos del

20 % más adinerado creció desde los años noventa hasta principios de la década de 2000.[5]

Es sorprendente que una gran variedad de países con distintos niveles de desarrollo hayan formado parte de este proceso de desigualación. Por nombrar solo dos ejemplos, Rusia y China han experimentado una drástica concentración de ingresos y riqueza, pese a que uno de ellos sufrió una desintegración económica mientras el otro gozaba de un crecimiento excepcionalmente fuerte. A consecuencia de ello, entre 1990 y 2010 el índice de extracción —la proporción del grado máximo teóricamente posible de desigualdad que se ha alcanzado— se mantuvo casi siempre inalterado en China, ya que el PIB per cápita y los coeficientes de Gini aumentaron de forma simultánea, pero se duplicó en Rusia, donde la producción no logró superar los niveles soviéticos. En líneas más generales, la desigualdad de ingresos se incrementó en Europa central y oriental y en Asia central a consecuencia de la transición de la planificación central a las economías de mercado, pero se vio impulsada por un fuerte crecimiento económico en Asia oriental y, aproximadamente hasta 2002, por las crisis macroeconómicas y las transformaciones estructurales de Latinoamérica. A todo ello debemos sumarle toda una serie de causas a las que se atribuyen cambios análogos en países occidentales ricos.[6]

Con la excepción de Latinoamérica, lo que tienen en común todas estas sociedades es que participaron en la gran compresión de la década de 1910 a 1940 y en su etapa posterior, esta más moderadamente igualadora. Los países que intervinieron directamente en las guerras mundiales en la actualidad suponen más de tres cuartas partes del PIB nominal global, y cuando incluimos a los espectadores europeos y antiguas colonias que se vieron notablemente afectadas, esta proporción crece a más de cuatro quintas partes. Por tanto, es más sencillo entender el reciente aumento generalizado de la desigualdad como una atenuación de las consecuencias igualadoras de sacudidas violentas anteriores que la llevaron a unos niveles inusual y tal vez insosteniblemente bajos.

MERCADOS Y PODER

Empezaba este libro con un resumen de la evolución de la desigualdad de ingresos y riqueza desde los albores de la humanidad hasta el siglo XX. Escrutando los archivos históricos de varios milenios pude achacar la concentración de recursos en manos de unos pocos a dos factores principales: el desarrollo económico y la conducta depredadora de quienes atesoraban poder suficiente para apropiarse de riquezas que superaban con creces lo que podían procurarles sus actividades en mercados competitivos, esto es, lo que los economistas denominan «rentas». Estos mecanismos siguen activos a día de hoy. Reducidos a sus elementos esenciales, los debates actuales sobre las causas de la creciente desigualdad tienden a girar en torno a una cuestión fundamental: la importancia relativa de las fuerzas de mercado que operan a través de la oferta y la demanda por un lado y de las instituciones y las relaciones de poder por otro. Aunque pocos o ningún observador serio negarían que todo ello ha contribuido significativamente a las crecientes disparidades de ingresos en las economías avanzadas, los detalles son objeto de intensos debates. En los últimos años, las explicaciones institucionales y basadas en el poder han ganado terreno, ya que los defensores de la oferta y la demanda han ideado modelos cada vez más sofisticados que ponen énfasis en la importancia de la tecnología, la especialización y los mercados eficientes.[7]

Varios observadores han achacado el aumento de la desigualdad a unos mayores rendimientos de la educación secundaria, sobre todo en Estados Unidos. Entre 1981 y 2005, la diferencia salarial media entre los graduados de secundaria y quienes habían tenido una educación universitaria pasó del 48 % al 97 %. Este hecho va mucho más allá de los simples desequilibrios de ganancias: de 1980 a 2012, las ganancias reales de los licenciados universitarios varones aumentaron entre un 20 % y un 56 %, y los mayores beneficios recayeron en los poseedores de títulos de posgrado, pero disminuyeron un 11 % en el caso de los graduados de secundaria y un 22 % en el caso de aquellos que habían abandonado el instituto. Alrededor de dos

tercios del aumento de la dispersión salarial entre 1980 y principios de la década de 2000 han sido atribuidos a las mayores primas percibidas por los trabajadores con educación universitaria. Después de que el porcentaje de licenciados universitarios en todas las horas trabajadas aumentara rápidamente en los años sesenta y setenta, el incremento se ralentizó a partir de 1982 y las primas se elevaron cuando la demanda de mano de obra especializada superó a la demanda. El cambio tecnológico, así como la globalización, han podido desempeñar un papel fundamental, sustituyendo la automatización por trabajos humanos rutinarios, desplazando la fabricación a productores extranjeros y disparando la demanda de educación formal, experiencia técnica y, en términos más generales, capacidad cognitiva. Esto agudizó la polarización entre las ocupaciones con salarios bajos y manuales y los empleos con salarios altos y abstractos, ya que los trabajos de nivel medio se vieron desplazados y los estratos intermedios de la distribución de ingresos se vaciaron. En los países en vías de desarrollo, es posible que el cambio tecnológico haya tenido consecuencias desigualadoras aún mayores.[8]

Una mayor inversión en educación es una de las razones que se esgrimen. Entre 2004 y 2012, un renovado incremento en la oferta de trabajadores con formación universitaria en Estados Unidos coincidió con menores primas (aunque a un nivel alto). Excepto en Reino Unido, las primas por especialización se mantuvieron bastante iguales o incluso se redujeron en la mayoría de los países europeos y algunos del este de Asia. Las diferencias entre países están asociadas al nivel de oferta de trabajadores con formación académica. De hecho, los rendimientos de la educación varían sobremanera de un país a otro: los de Estados Unidos pueden duplicar a los de Suecia. Esto es importante, sobre todo porque las primas por una educación superior están asociadas a una menor movilidad de ganancias intergeneracional.[9]

Aun así, algunos detractores han destacado varias limitaciones de esta perspectiva. El fenómeno de la polarización entre las ocupaciones con altos y bajos salarios tal vez no se vea respaldado por los datos, y el cambio tecnológico y la automatización no pueden explicar adecuadamente el desarrollo de las ratios salariales desde la década de 1990. Por el contrario, la variación de ganancias dentro, y no entre ocupaciones, parece ser un motor

crucial de la desigualdad. Asimismo, el marcado aumento de los ingresos máximos es especialmente difícil de explicar en referencia a la educación, un problema sobre el que volveré más adelante. Otro giro es la observación de una creciente discordancia en Estados Unidos entre educación y empleo, en el sentido de que los trabajadores cada vez están más sobrecualificados para la labor que desempeñan, un proceso que también ha contribuido a una dispersión salarial en alza.[10]

En general, la globalización es considerada una potente fuerza desigualadora. Sus altibajos han sido asociados durante mucho tiempo a oscilaciones en la desigualdad: mientras que la primera oleada de globalización en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX coincidió con una desigualdad creciente o estable (y alta) —no solo en Occidente, sino también en Latinoamérica y Japón—, disminuyó en el periodo de 1914 a la década de 1940 a causa de la guerra y la Gran Depresión. Un estudio de tendencias en unos ochenta países entre 1970 y 2005 ha descubierto que la libertad del comercio internacional y la consiguiente desregulación aumentaron significativamente la desigualdad. Aunque la globalización en general favorece el crecimiento económico, las élites suelen beneficiarse desproporcionadamente tanto en los países desarrollados como en los países en vías de desarrollo. Hay varias razones para este desequilibrio. Según un cálculo, la adopción del capitalismo por parte de China, las reformas de mercado en India y la caída del bloque soviético duplicaron el número de trabajadores en la economía global aunque el capital no aumentó al mismo ritmo y la proporción de mano de obra cualificada en la población activa global disminuyó, acentuando así la desigualdad en las economías ricas. La globalización económica en forma de inversión extranjera directa ejerce una presión ascendente sobre las primas por especialización y posiblemente también sobre las rentas de capital, y eleva la desigualdad dentro de las horquillas de ingresos más altos. Por el contrario, la competencia de los países con salarios bajos a través del comercio de productos acabados parece haber tenido un efecto modesto en la desigualdad en Estados Unidos. Las compensaciones en la integración económica global reducen el efecto total, ya que las consecuencias igualadoras de la globalización comercial compiten

con la movilidad desigualadora del capital.[11]

La globalización también es capaz de influir en la política. La mayor competencia, la liberalización económica y la eliminación de obstáculos al flujo de capitales pueden alentar reformas fiscales y la desregulación económica. A consecuencia de ello, la globalización convierte los gravámenes empresariales y personales en impuestos al gasto, que tienden a estar asociados con una distribución menos igualitaria de los ingresos netos. Aun así, al menos hasta este momento, la integración económica y la competencia internacional en teoría solo limitan ciertos tipos de políticas redistributivas y en la práctica no han socavado el gasto social en líneas generales.[12]

En los países ricos, algunos factores demográficos han afectado a la distribución de ingresos de distintas maneras. La inmigración solo ha tenido un efecto menor en la desigualdad en Estados Unidos e incluso ha generado consecuencias igualadoras en ciertos países europeos. Por otro lado, el apareamiento selectivo —o, más concretamente, la creciente similitud económica de los miembros de un matrimonio— ha acrecentado las brechas entre las familias y se cree que es el causante de entre un 25 % y un 30 % del aumento de la desigualdad de ganancias en Estados Unidos entre 1967 y 2005, aunque es posible que dicho efecto se concentrara sobre todo en los años ochenta.[13]

El cambio institucional es otro de los culpables más destacados. El decreciente número de afiliaciones sindicales y la erosión de los salarios mínimos han contribuido a aumentar la desigualdad de ingresos. La redistribución gubernamental guarda relación con la densidad sindical y las negociaciones salariales colectivas. Una mano de obra organizada más fuerte y la protección al empleo reducen las rentas de la especialización. En términos más generales, la afiliación sindical tiende a limitar la desigualdad salarial institucionalizando las normas de equidad. Lo inverso —la desindicalización y la presión descendente de los salarios mínimos reales—, por tanto, ha inclinado la distribución de ganancias: en Estados Unidos, la caída de la afiliación privada a sindicatos del 34 % al 8 % en el caso de los hombres y del 16 % al 6 % en el de las mujeres entre 1973 y 2007 coincidió

con un aumento de la desigualdad en los salarios por horas de más del 40 % y supuso un porcentaje considerable de la desigualdad general en este periodo, en una escala similar al aumento de las primas por especialización. Los salarios mínimos, por el contrario, desempeñaron un papel mucho menor en este proceso. Al mismo tiempo, unas instituciones del mercado laboral más equitativas en la Europa continental fueron más eficaces a la hora de frenar la creciente desigualdad.[14]

Al igual que las instituciones del mercado laboral ayudan a dirimir cómo se adjudican las compensaciones por el trabajo, las instituciones fiscales son cruciales para determinar la distribución de ingresos disponibles. Durante y después de la segunda guerra mundial, las tasas impositivas marginales sobre la renta en numerosos países desarrollados habían alcanzado cotas históricas. Esta tendencia se invirtió más o menos cuando la desigualdad de ingresos empezaba a recuperarse: un estudio de dieciocho países de la OCDE observó que, en todos menos dos, los índices marginales máximos se han reducido desde las décadas de 1970 o 1980. Los porcentajes de ingresos más elevados en particular están fuertemente relacionados con la carga impositiva: los países que aplicaron importantes recortes de impuestos experimentaron un notable aumento de los ingresos más altos aunque otros no lo hicieran. El nivel de impuestos a la riqueza ha seguido la misma dirección: mientras que unos elevados impuestos de sucesión habían dificultado la reconstrucción de grandes fortunas en el periodo de posguerra, las posteriores bajadas de impuestos han facilitado una renovada acumulación. En Estados Unidos, unos impuestos más bajos a las rentas de capital han incrementado su porcentaje de ingresos netos totales, y los grandes aumentos del peso relativo de las rentas de capital y los dividendos acompañaron a los recortes impositivos de la década de 2000. Entre 1980 y 2013, la tasa fiscal media sobre la renta para el 0,1 % de familias más adineradas pasó del 42 % al 27 %, y la tasa media sobre la riqueza del 54 % al 40 %. La reducción de la progresividad fiscal explicaría más o menos la mitad de los recientes aumentos de la dispersión de riqueza en Estados Unidos, mientras que la creciente desigualdad de ingresos se ha visto impulsada eminentemente por la divergencia en los salarios. Aunque en las últimas décadas el grado de

distribución aumentó en la mayoría de los países de la OCDE, los impuestos y las transferencias no han seguido el ritmo de la creciente desigualdad de ingresos de mercado y, desde la década de 1990, se han convertido en un medio de igualación menos eficaz.[15]

Dado que los impuestos, las regulaciones empresariales, las leyes de inmigración y varias instituciones del mercado nacional vienen determinados por la clase política, varias de las fuentes de desigualdad antes mencionadas están firmemente integradas en la esfera política. Ya he referido que las presiones competitivas de la globalización pueden influir en los resultados legislativos en el ámbito nacional. Pero las políticas y la desigualdad económica interactúan de varias maneras. En Estados Unidos, los dos partidos dominantes han virado hacia el capitalismo de libre mercado. Si bien los análisis de votaciones nominales demuestran que, desde la década de 1970, los republicanos se han desplazado más a la derecha de lo que los demócratas se han movido hacia la izquierda, estos últimos fueron fundamentales para poner en práctica la desregulación económica en los años noventa y se han centrado cada vez más en aspectos culturales como el género, la raza y la identidad sexual y menos en políticas sociales tradicionales. La polarización política del Congreso, que había alcanzado mínimos en la década de 1940, ha aumentado con rapidez desde los años ochenta. Entre 1913 y 2008, el desarrollo de los porcentajes de ingresos más altos siguió de cerca al grado de polarización, pero con una demora de más o menos una década; los cambios en esto último precedieron a los cambios en los primeros, pero en general avanzaron en la misma dirección: primero hacia abajo y luego hacia arriba. Lo mismo ha sucedido con los salarios y los niveles de educación en el sector financiero en comparación con todos los demás ámbitos de la economía estadounidense, un indicador de que la polarización de los partidos también ha ido a la zaga. Por tanto, los ingresos de la élite en general y los del sector financiero en particular han sido muy sensibles al grado de cohesión legislativa y se han beneficiado de un mayor estancamiento.

Por añadidura, la participación de los votantes se inclina claramente a favor de las familias adineradas. Desde la década de 1970, la participación

tradicionalmente baja entre los votantes menos acomodados se ha visto amplificada por la inmigración masiva de trabajadores residentes con ingresos bajos. En las elecciones de 2008 y 2010, la participación de los votantes estuvo íntimamente ligada a los ingresos y caracterizada por un aumento bastante lineal de las familias con ingresos bajos a altos: en 2010, solo una cuarta parte de las familias más pobres pero más de la mitad de aquellas que gozaban de unos ingresos de más de 150.000 dólares ejercieron su derecho a voto. El 1 % estadounidense es políticamente más activo y más conservador respecto de los impuestos, las regulaciones y la seguridad social que la población en su conjunto, y este sesgo es aún mayor en los estratos más altos de esta horquilla de ingresos. Por último, a pesar del gran incremento en el número de donaciones pormenorizadas, las aportaciones a las campañas se han vuelto más concentradas con el tiempo. El 0,01 % que más gana aportaba entre un 10 % y un 15 % de los fondos de las campañas en los años ochenta, pero en 2012 representaba más de un 40 % del total. Por tanto, los candidatos y los partidos dependen cada vez más de donantes muy ricos, una tendencia que refuerza aún más un sesgo observable de los legisladores a favor de las preferencias de los votantes con ingresos altos.[16]

Esto respalda sobradamente la conclusión de que los cambios en las relaciones de poder han sido cruciales para complementar y exacerbar las presiones desigualadoras surgidas del cambio tecnológico y la integración económica global. Ahora existe un consenso cada vez mayor de que los cambios en lo más alto de la distribución de ingresos y riqueza han sido especialmente sensibles a factores institucionales y políticos, a veces con consecuencias dramáticas. En Estados Unidos, un 60 % del aumento de los ingresos de mercado entre 1979 y 2007 fue absorbido por el 1 %, mientras que solo un 9 % del incremento total fue al 90 % menos adinerado. El mismo grupo de élite se embolsó un 38 % del crecimiento de los ingresos netos, frente a un 31 % para el 80 % menos acomodado. El porcentaje del 0,01 % de familias con más ingresos se duplicó con creces entre principios de los años noventa y principios de la década de 2000. La dispersión se ha concentrado de manera sistemática en las horquillas de ingresos más altos: aunque la ratio de ingresos en Estados Unidos en el nonagésimo percentil respecto del

quincuagésimo ha aumentado de manera continuada desde la década de 1970, la ratio de ingresos en el quincuagésimo percentil respecto del décimo (esto es, entre los niveles medio y bajo) ha sido bastante constante desde los años noventa. En otras palabras, los bien remunerados están distanciándose de todos los demás. Esta tendencia ha sido típica de los países anglosajones en general, pero es mucho menos marcada o incluso inexistente en buena parte de los países de la OCDE. Aun así, la desigualdad general de ingresos ha sido universalmente sensible a los porcentajes de ingresos más elevados a largo plazo: en varios países, el porcentaje del 9 % de familias por debajo del 1 % más adinerado ha sido estable (entre el 20 % y el 25 %, aproximadamente) desde la década de 1920 hasta nuestros días, mientras que los porcentajes más elevados han sido mucho más volátiles. Se han observado tendencias similares en los porcentajes de riquezas más cuantiosas. Todo esto demuestra que la envergadura relativa de los ingresos más altos ha sido uno de los principales determinantes de la desigualdad general y, por tanto, merece especial atención.[\[17\]](#)

¿Por qué quienes más ganan han superado a todos los demás? Los economistas y sociólogos han planteado muchas explicaciones diferentes. Algunos se centran en factores económicos como la relación entre una mayor compensación a los directivos y el valor cada vez mayor de las empresas, una mayor demanda de cualificaciones de gestión concretas, la extracción de rentas por parte de los directivos que son hábiles a la hora de manipular a las juntas y la creciente importancia de los ingresos de capital. Otros esgrimen razones políticas como el partidismo y la influencia política que favorecen medidas conservadoras, la desregulación del sector financiero y la caída de las tasas fiscales o ponen énfasis en el papel de procesos sociales como las comparativas de mercado y el uso de muestras sesgadas para estipular los salarios más altos y, de manera más general, cambios en las normas sociales y las ideas de equidad. Pese al énfasis cada vez mayor en causas institucionales, las explicaciones que sitúan en primer término la oferta y la demanda han sido resistentes. La envergadura cada vez mayor de las empresas, expresada en capitalización de mercado, podría otorgar mucha importancia incluso a pequeñas diferencias en la capacidad de dirección: por

ello, se ha afirmado que el hecho que las grandes empresas hayan multiplicado por seis su valor en bolsa entre 1980 y 2003 podría explicar que haya ocurrido lo mismo con los salarios de los consejeros delegados en Estados Unidos. Siguiendo la premisa de que el ganador se lo lleva todo, la creciente envergadura del mercado podría disparar por sí sola la compensación en los estratos más altos.

Sin embargo, la correlación entre envergadura de la empresa y salario de los directivos no se sostiene a largo plazo, e incluso en las últimas décadas, el aumento desproporcionado de los ingresos más elevados se ha ampliado más allá de los directivos y otras «superestrellas»: en Estados Unidos, los altos directivos y los artistas y deportistas de élite representan solo una cuarta parte de los que más ganan. Las explicaciones que ponen énfasis en el poder de los directivos, que solo son relevantes para un grupo relativamente reducido de consejeros delegados, tienen dificultades para argumentar aumentos salariales similares o incluso más grandes para otros cargos. Una combinación de los efectos del cambio tecnológico, sobre todo en la tecnología de la información y las comunicaciones, y la escala cada vez más global de ciertas empresas puede aumentar la productividad relativa de los que más rinden en línea con sus porcentajes de ingresos cada vez mayores.[18]

Con todo, los detractores aducen contundentemente que «la opulencia se ve muy influida por factores que guardan poca o ninguna relación con la productividad económica». En el sector financiero, los niveles de compensación han estado muy vinculados a la desregulación, pero son tan altos que no pueden ser explicados solo por factores observables. Aunque, hasta los años noventa, los trabajadores del sector financiero en Estados Unidos ganaban los mismos salarios ajustados a la educación que los de otros ámbitos, en 2006 disfrutaban de una subida del 50 % que llegó al 250 % o el 300 % en el caso de los directivos. Un porcentaje considerable de esta dispersión no tiene explicación. Esas ganancias tan desproporcionadas para los profesionales de las finanzas, así como para los directivos de empresas, apuntan a percepción de rentas, definida como ingresos que superan lo que se necesita para ofrecer servicios en mercados competitivos. Entre 1978 y 2012, la compensación de los consejeros delegados en Estados Unidos aumentó un

876 % en dólares constantes de 2012, lo cual superaba drásticamente los incrementos del 344 % y el 389 % en los índices de Standard & Poor y Dow Jones. Durante la década de 1990, también aumentó sobremanera con otros respecto a ingresos o salarios muy elevados.

La oferta de educación en relación con la demanda no afecta a estos hechos y no puede explicar la dispersión de ingresos en los mismos grupos educativos. De hecho, las habilidades sociales importan más que la educación formal en algunos de los ámbitos más rentables del empleo y las actividades empresariales, y los altos directivos pueden ser valorados en parte por su posición en redes no transferibles de clientes, proveedores y directores a las que las empresas necesitan acceder y controlar. Los efectos colaterales también merecen atención: aunque las elevadas compensaciones de los directivos y la «financiarización» de la economía solo son directamente responsables de parte del creciente aumento de los ingresos más altos, su influencia en otros sectores, como la ley y la medicina, ha amplificado su efecto desigualador. Asimismo, el trato preferencial que reciben los trabajadores bien situados también se extiende más allá del sector privado a la esfera pública, ya que los porcentajes de ingresos más altos se han beneficiado de las reducciones de las tasas fiscales marginales más elevadas en todos los países de la OCDE. Aunque la creación de grandes fortunas con frecuencia le debe mucho a la influencia política y los comportamientos depredadores, las relaciones de poder son aún más importantes en las sociedades no occidentales: en la República Popular China, los consejeros delegados con experiencia o contactos en la esfera política reciben mejores compensaciones que otros, sobre todo por ese motivo.[19]

Por último está el capital. Dado que la riqueza siempre está distribuida de manera más desigual y más concentrada entre las familias acomodadas que los ingresos, cualquier aumento de la importancia relativa de los ingresos de capital o de la concentración de riqueza probablemente incrementará la desigualdad de ingresos. El resurgimiento del capital es un tema fundamental del trabajo reciente de Piketty. Esta tendencia se aprecia con especial claridad en la recuperación de la ratio de riqueza nacional y renta nacional, que se había desplomado durante la gran compresión. Desde entonces, la

envergadura relativa de la riqueza ha crecido considerablemente en varios países desarrollados y en todo el mundo. Algunas tendencias análogas han elevado la ratio de riqueza privada y renta nacional y de capital privado e ingresos disponibles. El impacto general de esto último sobre la desigualdad sigue siendo objeto de debate. Sus detractores argumentan que gran parte de este aumento refleja el creciente valor de la vivienda privada y que los ajustes a los cálculos de la aportación de la vivienda a las reservas de capital apuntan a unas ratios estables de capital/ingresos en varias economías importantes desde la década de 1970. Y, aunque el porcentaje de renta de capital en la renta nacional ha aumentado en varios países de la OCDE durante este periodo, el peso relativo de la renta de capital y las ganancias salariales de aquellos situados en las horquillas más altas de ingresos no ha cambiado de manera sistemática entre los años setenta y principios de la década de 2000. [20]

La desigualdad de riqueza ha seguido trayectorias divergentes. Desde los años setenta, el porcentaje de riqueza privada en manos del 1 % de familias más adineradas ha cambiado poco en Francia, Noruega, Suecia y Reino Unido, se ha reducido en Holanda y ha aumentado de forma moderada en Finlandia y más marcadamente en Australia y Estados Unidos. La riqueza en EE. UU. se ha concentrado con más rapidez que los ingresos. Este proceso ha sido especialmente pronunciado entre los muy ricos: desde finales de la década de 1970 hasta 2012, el porcentaje de riqueza privada en manos del 1 % prácticamente se duplicó, pero se triplicó entre el 0,1 % más rico y se quintuplicó entre el 0,01 %. Esto ha tenido enormes repercusiones para la distribución de las rentas de capital. En el mismo periodo, el porcentaje del 1 % en todas las rentas de capital gravables se duplicó, pasando de un tercio a dos tercios del total nacional. En 2012, este grupo poseía tres cuartas partes de todos los dividendos e intereses gravables. El incremento más espectacular corresponde al porcentaje de todos los intereses obtenidos por el 0,01 % de familias más ricas en esta categoría, que se multiplicó por trece, del 2,1 % en 1977 al 27,3 % en 2012. [21]

Estos cambios han contribuido a aumentar la desigualdad de ingresos en toda la sociedad estadounidense: entre 2001 y 2010, el coeficiente de Gini de

distribución de valor neto pasó de 0,81 a 0,85 y el de activos financieros de 0,85 a 0,87. Aunque las distribuciones de ingresos obtenidos y rentas de capital han estrechado su vínculo, la importancia relativa de los ingresos salariales se ha reducido ligeramente entre el 1 %. Desde la década de 1990, los ingresos derivados de inversiones han adquirido más importancia para quienes ganan más, unos impuestos más bajos han aumentado su aportación a los ingresos netos y una mayor porción de la élite depende por completo de las rentas de inversiones. Entre 1991 y 2006, los cambios en las ganancias de capital y dividendos fueron de una importancia crucial para incrementar la desigualdad de ingresos netos.[22]

Aunque Estados Unidos es un ejemplo destacado, la creciente concentración de riqueza es un fenómeno global. Entre 1987 y 2013, la riqueza de los superricos —un grupo minoritario definido como la persona más rica entre veinte o cien millones de habitantes de la Tierra— gozó de un crecimiento anual medio del 6 %, frente a un 2 % en el caso del adulto medio en todo el mundo. Además, se calcula que un 8 % de la riqueza económica de las familias del mundo se encuentra actualmente en paraísos fiscales y que gran parte de ella no está documentada. Teniendo en cuenta que los ricos llevarán a cabo estas prácticas de forma desproporcionada y que el porcentaje estimado de activos en EE. UU. (4 %) es mucho más bajo que en Europa (10 %), el grado real de concentración de riqueza en países europeos teóricamente más igualitarios podría ser bastante más alto de lo que indican los archivos fiscales. Las élites de los países en vías de desarrollo almacenan un porcentaje aún mayor de sus activos en el extranjero, puede que incluso la mitad de la riqueza privada nacional, como es el caso de Rusia.[23]

El resurgimiento generalizado de la desigualdad de ingresos y riqueza de las últimas décadas perpetúa los argumentos expuestos en los capítulos iniciales. Muchas de las variables analizadas en esta sección están estrechamente vinculadas a las relaciones internacionales. La globalización del comercio y las finanzas, un potente impulsor de la creciente desigualdad, se basa en un orden internacional relativamente pacífico y estable como el que consiguió el

Imperio Británico cuando dio comienzo la integración económica internacional en el siglo XIX, se restableció de nuevo bajo la hegemonía de Estados Unidos y se vio reforzado aún más por el final de la guerra fría. Mecanismos cruciales de igualación como la sindicalización, la intervención pública en la estipulación de salarios del sector privado y unos impuestos sumamente progresivos a los ingresos y la riqueza empezaron a cobrar importancia en el contexto de la guerra global, igual que ocurrió con el pleno empleo durante y después de la segunda guerra mundial. En Estados Unidos, el fenómeno desigualador de la polarización política amainó rápidamente tras la Gran Depresión y durante la segunda guerra mundial. Y, aunque el cambio tecnológico continuado es un hecho, la oferta compensatoria de educación es una cuestión de política ciudadana. En el último análisis, las fuerzas motrices que impulsan los cambios desigualadores de las últimas décadas reflejan la evolución de las relaciones interestatales y la seguridad global desde la «gran compresión»: después de que varias sacudidas violentas trastocaran las redes de intercambio globales, impulsaran la solidaridad social y la cohesión política y sustentaran agresivas políticas fiscales, su aplacamiento ha empezado a erosionar esas limitaciones a la dispersión de ingresos y la concentración de riqueza.[24]

Capítulo 16

¿QUÉ NOS DEPARA EL FUTURO?

BAJO PRESIÓN

Antes de abordar esta cuestión, merece la pena recordar que, en todo el planeta, la desigualdad económica es mayor de lo que pueda parecer si recurrimos simplemente a cálculos estándar. En primer lugar, los coeficientes de Gini, el cálculo más utilizado para medir la desigualdad de ingresos, tienen un valor limitado para comprender la aportación de los ingresos más altos. Los ajustes para este déficit apuntan a unos niveles bastante más altos de desigualdad total. En segundo lugar, si pudieran incorporarse los fondos no declarados en paraísos fiscales a las estadísticas de riqueza privada familiar, la desigualdad sería más alta también en esa categoría. En tercer lugar, he seguido la práctica común al centrarme en índices relativos de distribución de ingresos y riqueza. Sin embargo, en términos de desigualdad absoluta —la envergadura de la brecha entre ingresos altos y bajos—, incluso los coeficientes de Gini bastante constantes o con un aumento suave y los porcentajes de ingresos más altos observados en algunos países de Europa occidental se traducen en crecientes desequilibrios de los ingresos reales (en euros u otras divisas nacionales) cuando se tiene en cuenta el crecimiento económico.

Este efecto ha sido mucho más marcado en sociedades que, como Estados Unidos, han experimentado una distribución de recursos cada vez más

desigual y unos mayores índices de crecimiento. En China, donde el coeficiente de Gini de distribución de ingresos se ha duplicado con creces y la producción per cápita real media se ha multiplicado por seis desde la década de 1980, la desigualdad absoluta se ha disparado. Las diferencias de ingresos absolutos han seguido creciendo incluso en Latinoamérica, donde una reciente reducción de la desigualdad de ingresos relativos coincidió con un fuerte crecimiento económico. En todo el mundo, la desigualdad de ingresos absolutos ha alcanzado nuevas cotas. Entre 1988 y 2008, los ingresos reales del 1% más rico del mundo presentaban unas ganancias similares a los del quinto, sexto y séptimo decil internacional, pero se multiplicaron por cuarenta en términos per cápita. Por último, como comento con más detalle en el apéndice, el grado máximo de desigualdad de ingresos que es teóricamente factible en cualquier sociedad varía con el PIB per cápita. Cuando contemplamos el hecho de que las economías avanzadas son sistémicamente menos tolerantes con una mala distribución extrema de los recursos que sus precursoras agrarias, no queda en absoluto claro que el Estados Unidos de la actualidad sea menos desigual de lo que lo era hace cien o ciento cincuenta años.[1]

Es cierto que la última advertencia solo es aplicable a economías modernas con unos niveles relativamente altos de desigualdad nominal. No cabe duda de que en gran parte de la Europa continental, donde los altos niveles de desarrollo económico se suman a una distribución más equitativa de los ingresos disponibles, la desigualdad efectiva —definida como la proporción de desigualdad máxima factible que se está alcanzando— en la actualidad es mucho más baja que antes de las guerras mundiales. Con todo, aunque los porcentajes de ingresos más elevados en esos países suelen ser más bajos que en Estados Unidos, una desigualdad relativamente moderada en los ingresos disponibles de las familias es producto de una gran redistribución que compensa unos niveles generalmente altos de desigualdad de ingresos de mercado. En 2011, el coeficiente de Gini para los ingresos de mercado —antes de impuestos y transferencias— en cinco sociedades célebres por su carácter redistributivo —Dinamarca, Finlandia, Francia, Alemania y Suecia— presentó una media de 0,474, una cifra prácticamente

indistinguible de la de Estados Unidos (0,465) y Reino Unido (0,472). Solo el Gini medio de ingresos disponibles (0,274) fue mucho más bajo que en Reino Unido (0,355) y Estados Unidos (0,372).

Aunque varios países europeos disfrutaban de una desigualdad de ingresos de mercado algo más baja que los cinco casos aquí mencionados, el hecho de que la escala de distribución sea, con muy pocas excepciones, más alta (y a menudo mucho más alta) que en Estados Unidos demuestra que la distribución más equilibrada de ingresos finales típica de la eurozona y Escandinavia depende sobre todo del mantenimiento de un sistema expansivo y costoso de intervenciones estatales sumamente igualadoras. Ello no es un buen presagio para el futuro de la igualdad europea. El gasto público social y redistributivo ya es muy alto en grandes zonas de Europa. En 2014, once países europeos destinaron entre una cuarta y una tercera parte del PIB a gasto social, y en esos países, los gobiernos centrales absorbieron entre un 44,1 % y un 57,6 % del PIB, con una media del 50,9 %. En vista del efecto negativo de la envergadura del gobierno en el crecimiento económico, parece dudoso que este porcentaje pueda crecer mucho más. Desde principios de los años noventa hasta finales de la década de 2000, el gasto social como proporción de la producción nacional se había mantenido bastante estable en la Unión Europea, Estados Unidos y todos los países de la OCDE, lo cual indica que se había llegado a una situación de estancamiento. En 2009, volvió a aumentar debido a un mal rendimiento económico y en respuesta a una mayor demanda provocada por la crisis económica mundial, pero se ha mantenido en esos niveles altos desde entonces.[2]

No sabemos a ciencia cierta cómo resistirán estos sistemas de bienestar equilibrados dos desafíos demográficos cada vez mayores. El envejecimiento de la población europea es uno de ellos. Los índices de fertilidad han estado desde hace mucho tiempo muy por debajo del nivel de reemplazo y seguirán estándolo en un futuro inmediato. Se calcula que la media de edad de la población europea habrá aumentado de treinta y nueve a cuarenta y nueve años en 2050, mientras que el número de personas en edad de trabajar ya ha alcanzado sus máximos y puede caer alrededor de un 20 % hasta entonces. Desde ahora hasta 2050 o 2060, la ratio de dependencia —la proporción de

personas de sesenta y cinco años o más en relación con las personas de quince a sesenta y cuatro años— pasará de 0,28 a 0,5 o más, y el porcentaje de personas de treinta años o más pasará del 4,1 % en 2005 al 11,4 % en 2050. La demanda de pensiones, asistencia sanitaria y atención a largo plazo también aumentará y podría representar el 4,5 % del PIB. Esta reestructuración fundamental de la distribución etaria vendrá acompañada de menores índices de crecimiento económico que en décadas anteriores, y se prevé una media del 1,2 % de 2031 a 2050 o del 1,4-1,5 % por año desde 2020 hasta 2060, o mucho menos entre los principales miembros de la Unión Europea.[3]

El índice más modesto de envejecimiento en las últimas décadas no ha tenido un efecto significativo en la desigualdad, pero es probable que eso cambie. En principio, se espera que la decreciente ratio de jubilados/trabajadores aumente la desigualdad, al igual que el incremento del porcentaje de familias formadas por un solo adulto. Las pensiones privadas, que probablemente cobrarán más importancia, suelen mantener o aumentar la desigualdad. Un estudio predice una desigualdad mucho mayor en Alemania en 2060 a consecuencia del envejecimiento. En Japón, donde los nacidos en el extranjero constituyen una proporción mucho menor de los residentes que en la Unión Europea o Estados Unidos y la ratio de dependencia ya ha alcanzado el 0,4, la creciente desigualdad de ingresos ha sido atribuida en gran medida al envejecimiento de su población. Este es un hallazgo llamativo si tenemos en cuenta que, al igual que en Corea del Sur y Taiwán, su política de inmigración, sumamente restrictiva, había ayudado a mantener una distribución de ingresos antes de impuestos y transferencias bastante igualitaria.[4]

Todos estos pronósticos dan por sentado un volumen considerable de inmigración continuada: sin su aportación demográfica, la ratio de dependencia en Europa podría llegar a 0,6 en 2050. La llegada de muchos millones de personas simplemente mitigará las consecuencias a largo plazo del proceso de envejecimiento secular. Al mismo tiempo, la inmigración puede poner a prueba las políticas redistributivas de maneras nunca vistas. En su estudio pionero de lo que denomina la «tercera transición demográfica», el

eminente demógrafo David Coleman estima que, incluso realizando cálculos conservadores sobre los índices de inmigración y la fertilidad de los inmigrantes, en 2050 el porcentaje de población nacional de origen extranjero (un concepto cuya definición varía por países) se situará entre una cuarta parte y un tercio en seis de cada siete países analizados: Austria, Inglaterra y Gales, Alemania, Holanda, Noruega y Suecia. Estos países albergan más o menos a la mitad de la población de Europa occidental y muchos otros experimentarán cambios similares. Por añadidura, la presencia de individuos pertenecientes a esta categoría será mucho mayor entre los niños estudiantes y los trabajadores jóvenes, en algunos casos hasta la mitad del total de ciudadanos. Se prevé que los inmigrantes no occidentales supondrán una sexta parte de las poblaciones alemana y holandesa. Puesto que no existe ninguna razón convincente para suponer que esas tendencias amainarán a mitad de siglo, Holanda y Suecia podrían convertirse en países cuya mayoría sea de origen extranjero hacia 2100.[5]

Un reemplazo demográfico a esta escala no solo sería algo inédito en la historia de esa región del mundo desde el nacimiento de la agricultura, sino que podría influir en la desigualdad de maneras impredecibles. Desde una perspectiva económica, depende en buena parte de la exitosa integración de los inmigrantes. Sus logros académicos son y seguirán siendo mucho menores que los de los ciudadanos europeos, y los índices de empleo son bajos en varios países, sobre todo en el caso de las mujeres. La persistencia o empeoramiento de esos problemas puede tener consecuencias desigualadoras para las sociedades en cuestión. Asimismo, el crecimiento de las comunidades de inmigrantes de primera generación y aquellas con un pasado extranjero reciente puede afectar a las actitudes y políticas en relación con la seguridad social y el gasto redistributivo. Alberto Alesina y Edward Glaeser afirman que las políticas sociales guardan relación con la homogeneidad étnica, lo cual ayuda a explicar por qué EE. UU. desarrolló un estado del bienestar más débil que los países europeos. Según pronostican, una mayor inmigración socavaría la generosidad de los estados del bienestar europeos y el sentimiento antiinmigración podría ser utilizado para desmantelar políticas redistributivas y «a la postre llevar al continente hacia unos niveles de

redistribución más estadounidenses». Al menos hasta ahora, dicha predicción no se ha visto corroborada por hechos. Un estudio reciente y exhaustivo no ha hallado confirmación de la idea de que la inmigración socave el apoyo público a las políticas sociales.[6]

Pero observaciones más específicas demuestran que hay razones para preocuparse. Una mayor heterogeneidad y más inmigración en realidad están asociadas a unas políticas sociales menos amplias y a mayores niveles de pobreza y desigualdad. En los países europeos de la OCDE, la diversidad étnica quizá solo mantenga una débil relación inversa con los niveles de gasto social público, pero ejerce un efecto negativo más fuerte en las actitudes, propiciado por los índices de desempleo. Los europeos adinerados —que llevan buena parte de la carga fiscal— expresan menos apoyo a la redistribución si muchos de los miembros de su sociedad con ingresos bajos pertenecen a minorías étnicas. Según varios sondeos británicos, las preferencias redistributivas en el contexto de los impuestos se debilitan si la diversidad étnica hace que los pobres sean percibidos como diferentes. Las fuentes y dimensiones de la heterogeneidad son de vital importancia: la heterogeneidad de la inmigración y la religión tienen un efecto adverso más potente sobre las políticas sociales que la presencia de minorías etnoraciales. Los primeros dos factores ya se han convertido en rasgos definitorios de la experiencia europea, y la probabilidad de presiones migratorias persistentes llegadas de Oriente Próximo y África mantendrá y probablemente aumentará su relevancia. En todo esto es importante tener presente que la «tercera transición demográfica» europea, que transformará la composición de las poblaciones nacionales en respuesta a la fertilidad por debajo del nivel de reemplazo y la inmigración, todavía se encuentra en sus primeros estadios. A lo largo de la próxima generación puede alterar patrones establecidos de redistribución y desigualdad de maneras que son imposibles de predecir. Teniendo en cuenta los elevados costes de los sistemas actuales y las presiones desigualadoras ejercidas por el envejecimiento, la inmigración y la creciente heterogeneidad, es probable que esos cambios aumenten la desigualdad en lugar de mantenerla bajo control.[7]

No todos los factores demográficos son igual de proclives a tener un

efecto importante en la evolución de la desigualdad. No existen datos fiables de que la frecuencia de los apareamientos selectivos, que podrían aumentar las disparidades de ingresos y riqueza entre las familias, haya ido en aumento en Estados Unidos durante los últimos años. Asimismo, la movilidad intergeneracional en relación con los ingresos no parece haberse ralentizado, aunque tal vez necesitaríamos un marco cronológico más prolongado para generar hallazgos concluyentes. Por otro lado, la creciente segregación residencial por ingresos, que ha ido en aumento en Estados Unidos, a largo plazo puede tener un mayor efecto sobre la desigualdad. En la medida en que los ingresos de nuestros vecinos afectan indirectamente a nuestros resultados socioeconómicos y la concentración espacial de grupos de ingresos concretos condiciona la distribución de bienes públicos financiados localmente, los crecientes desequilibrios económicos en la distribución física de la población pueden perpetuar —e incluso reforzar— la desigualdad en generaciones futuras.[8]

El argumento de Piketty, según el cual la continua acumulación de capital aumentará su porcentaje en la renta nacional y su importancia en relación con la renta nacional cuando las tasas de las rentas de capital superen el crecimiento económico, ejerciendo así una presión ascendente sobre la desigualdad, ha suscitado bastantes críticas y llevado a su principal valedor a poner énfasis en las incertidumbres asociadas a esas predicciones. Sin embargo, no escasean otras fuerzas económicas y tecnológicas capaces de exacerbar las disparidades existentes en la distribución de ingresos y riqueza. La globalización, a la que se han atribuido efectos desigualadores, sobre todo en los países desarrollados, no da señales de amainar en un futuro próximo. Está por ver si este proceso creará una especie de superélite global libre de las limitaciones de las políticas nacionales, ejemplificada por la vilipendiada imagen del «hombre de Davos» y pregonada en la prensa popular. Por su propia naturaleza, la automatización y la informatización son procesos más abiertos que sin duda influirán en la distribución de los rendimientos de la mano de obra. Según un cálculo, casi la mitad de todos los empleos en setecientos dos ocupaciones del mercado laboral estadounidense están en riesgo de informatización. Pese a las predicciones de que la automatización

no servirá para polarizar indefinidamente los mercados laborales entre ingresos altos y bajos, los futuros avances en inteligencia artificial que permitirían a las máquinas estar a la altura de los humanos o incluso superarlos en inteligencia general cuestionan cualquier intento por predecir resultados a largo plazo.[9]

La transformación del cuerpo humano abrirá nuevas fronteras en la evolución de la desigualdad. La creación de organismos cibernéticos y la ingeniería genética tienen potencial para acrecentar las disparidades entre individuos e incluso sus descendientes más allá de sus talentos naturales y los recursos extrasomáticos que dominan, y puede que al hacerlo influyan en la futura distribución de ingresos y riqueza. A medida que los avances en nanotecnología amplíen enormemente el uso y utilidad de los implantes artificiales, las aplicaciones podrán pasar del restablecimiento de funciones a su mejora. En los últimos años, los avances en la edición genética han hecho posible borrar e insertar fragmentos de ADN en placas de Petri y en organismos vivos con una facilidad sin precedentes. Aunque las consecuencias de esas intervenciones pueden estar limitadas a organismos individuales, también pueden convertirse en hereditarias manipulando la configuración genética de espermatozoides, óvulos y pequeños embriones. Los resultados del primer experimento de modificación del genoma de embriones humanos (no viables) fueron publicados en 2015. Los progresos recientes en este terreno han sido extremadamente rápidos y seguirán llevándonos a territorios desconocidos. Dependiendo del coste y la disponibilidad, es posible que los adinerados gocen de un acceso privilegiado a algunos de esos avances biomecánicos y genéticos.

Hay motivos para poner en duda que las limitaciones políticas bastarían para eliminar esas oportunidades: a diferencia de la sanidad pública, las mejoras constituyen un avance y, por tanto, son más proclives a un suministro desigual. Las restricciones legales en las democracias occidentales, que ya están siendo propuestas, podrían precipitar resultados aún más desiguales otorgando ventaja a quienes puedan permitirse tratamientos privados en los países en los que sean ofrecidos, con toda probabilidad algunas regiones de Asia. A largo plazo, la creación de bebés de

diseño para los ricos y bien relacionados podría restringir la movilidad entre ricos y pobres genéticos o cíborgs e incluso, al menos en teoría, provocar una bifurcación entre dos especies diferentes, como la élite genética de los «GenRich» y los «Naturals» o todos los demás, imaginados por Lee Silver, el genetista de Princeton.[\[10\]](#)

Desde hace mucho tiempo, la educación ha sido la respuesta por defecto al cambio tecnológico. Puede que siga siéndolo durante la continuada globalización y —aunque quizá solo hasta cierto punto— en caso de más avances en la informatización. Pero, cuando los humanos sean más desiguales gracias a la ingeniería genética o la hibridación cuerpo-máquina —o, más probablemente, ambas cosas—, este paradigma llegará a un punto de inflexión. ¿Sería capaz la educación de contrarrestar grados totalmente nuevos de mejora física y mental artificial? Pero no debemos precipitarnos. Mucho antes de que tengamos que preocuparnos de superrobots que obedezcan órdenes de superhumanos, el mundo hace frente al desafío más mundano de la desigualdad de ingresos y riqueza ya existente. Ahora volveré por última vez al tema central de este libro: la reducción de la desigualdad. ¿Cuáles son, entonces, las perspectivas para el igualitarismo?

RECETAS

Actualmente hay numerosas propuestas para reducir la desigualdad. Los nobel de Economía se han unido a sus compañeros, con menos condecoraciones pero a veces con más ventas, y periodistas diversos en el lucrativo negocio de publicar extensas listas de medidas concebidas para reequilibrar la distribución de ingresos y riqueza. La reforma fiscal ocupa un lugar destacado (a menos que se indique lo contrario, lo siguiente hace referencia a las condiciones en Estados Unidos). Los ingresos deberían ser gravados de manera más progresiva; las ganancias de capital deberían ser gravadas como ingresos ordinarios y establecer impuestos más elevados a los ingresos de capital en general; los impuestos regresivos a las nóminas deberían ser eliminados. La riqueza debería ser gravada directamente y de

manera que se limite su transmisión de una generación a otra. Sanciones como los aranceles comerciales y la creación de un registro de riqueza global ayudarían a prevenir la evasión de impuestos a paraísos fiscales. Deberían gravarse los beneficios globales de las empresas y poner fin a subsidios ocultos. Los economistas franceses han propuesto incluso un impuesto anual global a la riqueza retenido en el lugar de origen. Además, un impuesto excepcional más pronunciado sobre el capital reduciría la deuda pública y ayudaría a reequilibrar la ratio de riqueza privada y pública. El planteamiento de oferta y demanda sobre las cualificaciones antes mencionado ha puesto el foco sobre el papel de la educación. Las políticas públicas deberían intentar potenciar la movilidad intergeneracional equiparando el acceso y la calidad de la escolarización. Desconectar la financiación de las escuelas de los impuestos locales a la propiedad sería un paso en esa dirección. La oferta universal de estudios preescolares resultaría útil y podrían imponerse controles de precios en la educación terciaria. En términos más generales, una mejora de la educación potenciaría la cualificación de la población activa en un entorno global competitivo.

En el ámbito del gasto, las políticas públicas deberían proporcionar seguros que protejan el valor de los activos de los grupos con ingresos más bajos ante sacudidas exógenas, desde el valor de la vivienda y las cooperativas de trabajadores hasta la salud de las personas. La atención sanitaria universal contendría dichas sacudidas. Sería más fácil para los menos adinerados conseguir crédito para actividades empresariales y la ley de bancarrota debería ser más indulgente con los deudores. A los prestamistas deberían ofrecerles incentivos u obligarlos a reestructurar las hipotecas. Algunos planes más ambiciosos incluyen unos ingresos básicos mínimos, equiparar las concesiones para ahorros personales hasta un límite y proporcionar a cada niño una dote mínima de acciones y bonos. La regulación empresarial es otro punto de la agenda. La distribución de ingresos de mercado podría ajustarse cambiando las leyes de patentes y contratos y antimonopolio, conteniendo los monopolios y regulando de manera más estricta el sector financiero. Los impuestos a las empresas podrían estar vinculados a la ratio de compensación de directivos respecto del

salario medio del trabajador. La captación de rentas por parte de los directivos debería abordarse por medio de una reforma de la gestión empresarial. La posición de los accionistas y los empleados debería apuntalarse garantizando la representación y el derecho a voto de estos últimos y obligando a las empresas a compartir los beneficios con los trabajadores. Unas reformas institucionales deberían reavivar el poder de los sindicatos, aumentar los salarios mínimos, mejorar el acceso al empleo para los grupos poco representados y crear programas de empleo federal. Las políticas de inmigración deberían favorecer la importación de mano de obra cualificada para reducir las primas por especialización. El impacto desigualador de la globalización podría mitigarse por medio de la coordinación internacional de criterios laborales y gravando las ganancias extranjeras y los beneficios empresariales con independencia del lugar de producción. Los flujos de capital internacional deberían estar regulados y, según una propuesta particularmente osada, Estados Unidos podría exigir a sus socios comerciales que instituyeran salarios mínimos equivalentes a la mitad de sus respectivos sueldos medios nacionales. En la esfera política, Estados Unidos también debería combatir la desigualdad aprobando reformas de la financiación de campañas y adoptar medidas para aumentar la participación de los votantes. La intervención en los medios de comunicación podría democratizar su cobertura.[11]

Algunos debates recientes se han centrado sobre todo (o casi exclusivamente) en el contenido de las medidas políticas sin prestar la debida atención a la probable escala de sus costes y beneficios y su viabilidad en la vida real. Unos pocos ejemplos bastarán. François Bourguignon calcula que la tasa fiscal efectiva para el 1 % más rico de Estados Unidos casi debería duplicarse, pasando del 35 % al 67,5 %, a fin de reducir su porcentaje de los ingresos disponibles para las familias incluso al nivel de 1979, un objetivo que «no parece del todo factible desde un punto de vista político». Piketty considera «óptima» una tasa fiscal del 80 % a los ingresos más altos en términos de costes económicos respecto de los beneficios para la igualdad, pero reconoce que «se antoja bastante improbable que se adopten políticas de esa índole a corto plazo». Las propuestas cuyo éxito se basaría en una

coordinación efectiva de las políticas globales suben el listón a cotas mareantes. Ravi Kanbur aboga por la creación de un organismo internacional para coordinar la normativa laboral —lo cual sería un arma milagrosa en la lucha contra las presiones de la globalización—, «dejando al margen la viabilidad política o la funcionalidad operativa de dicho organismo». Piketty afirma claramente que esta propuesta de «impuesto global al capital es una idea utópica», pero no ve «motivos técnicos» por los que un impuesto a la riqueza en todo el territorio europeo no pueda ser realista. Sin embargo, propuestas idealistas como estas han sido tachadas de inútiles y potencialmente contraproducentes, ya que amenazan con desviar la atención de medidas más factibles. En todo ello brilla por su ausencia un análisis serio de los medios necesarios para movilizar a las mayorías políticas a fin de poner en práctica estas propuestas.^[12]

El programa igualitario más detallado y preciso presentado hasta la fecha, el reciente proyecto de Anthony Atkinson para la reducción de la desigualdad en Reino Unido, ilustra las limitaciones de este planteamiento orientado a la política. Numerosas y a menudo ambiciosas medidas se suman a un paquete de reformas exhaustivo: el sector público debería tratar de influir en el cambio tecnológico «alentando una innovación que incremente las posibilidades de contratación de los trabajadores»; los legisladores deberían intentar «reducir el poder del mercado en los mercados de consumo» y restablecer el poder negociador de las organizaciones de trabajadores; las empresas deberían compartir sus beneficios con los trabajadores de maneras que «reflejen principios éticos» o prohibírseles prestar servicio a organismos públicos; la tasa fiscal a los ingresos más altos debería aumentar hasta el 65 %, las rentas de capital deberían ser gravadas más agresivamente que las ganancias derivadas del trabajo y los impuestos a la propiedad deberían basarse en evaluaciones actualizadas; los bonos de ahorros nacionales deberían garantizar un «tipo de interés real positivo (y probablemente subvencionado) a los ahorros» hasta un límite personal; debería estipularse un salario mínimo estatutario «suficiente para vivir»; todos los ciudadanos deberían recibir una dote de capital al llegar a la madurez o en una fecha posterior; y «el gobierno debería ofrecer empleo garantizado con un salario

mínimo a todo el mundo que lo busque» (lo cual, reconoce Atkinson, «puede parecer una extravagancia»). Otras posibilidades incluyen un impuesto anual a la riqueza y un «régimen impositivo global para los contribuyentes personales basado en la riqueza total». Asimismo, debería convencerse a la Unión Europea de que introduzca «unos ingresos universales básicos para niños» como beneficio gravable indexado a los ingresos nacionales medios.

En este extenso debate sobre si podría conseguirse realmente, Atkinson se centra en los costes para la economía (que no están claros); las presiones compensadoras de la globalización, que él espera contrarrestar por medio de una coordinación de políticas europeas o globales; y la viabilidad fiscal. A diferencia de otros defensores de reformas igualitarias, Atkinson también aventura un cálculo del probable efecto de este paquete de medidas: si se aplicaran cuatro grandes políticas —unos impuestos de la renta más altos y progresivos, un descuento para los niveles de ingresos más bajos, cuantiosos subsidios gravables para cada niño y unos ingresos máximos para todos los ciudadanos—, el coeficiente de Gini de ingresos disponibles equivalentes se reduciría un 5,5 %, lo cual acortaría la actual brecha de la desigualdad entre Gran Bretaña y Suecia en algo más de la mitad. Unos cambios más limitados se traducirían en mejoras menores del orden de tres o cuatro puntos porcentuales. Para poner todo esto en perspectiva, según el propio Atkinson, el mismo Gini británico había aumentado un 7 % desde finales de los años setenta hasta 2013. Por ello, incluso una combinación de varias intervenciones gubernamentales bastante radicales y sin precedentes históricos solo revertiría parcialmente los efectos de la renaciente desigualdad y unas políticas más moderadas generarían ventajas aún más pequeñas.^[13]

¿UN MUNDO SIN JINETES?

Tout cela est-il utopique?^[14] Incluso cuando no son absolutamente utópicas, muchas de estas recomendaciones políticas adolecen de una falta de conciencia histórica. Las reformas en los márgenes difícilmente tendrán un efecto importante en las tendencias actuales de distribución de ingresos y

riqueza de mercado. El debate de Atkinson atesora el singular mérito de tener en cuenta tanto el precio de un ambicioso paquete de medidas como su probable efecto en la desigualdad de ingresos disponibles, que para cualquier configuración política es relativamente modesto. En líneas más generales, parece existir un interés sorprendentemente escaso en cómo convertir esas propuestas en realidades o incluso en si podrían tan siquiera suponer un gran cambio. Y, sin embargo, la historia nos enseña dos cosas importantes sobre el igualitarismo. Una es que las intervenciones políticas radicales ocurren en tiempos de crisis. Las sacudidas de las guerras mundiales y la Gran Depresión, por no hablar de las diversas revoluciones comunistas, generaron medidas políticas igualadoras que debían mucho a esos contextos concretos y quizá no sean factibles en otras circunstancias o, al menos, en la misma escala. La segunda lección es aún más clara: la política solo puede llevarnos hasta ciertos extremos. Una y otra vez, la compresión de los desequilibrios materiales en las sociedades estuvo motivada por fuerzas violentas que estaban fuera del control humano o que ahora no están al alcance de ninguna agenda política viable. Ninguno de los mecanismos igualadores más eficaces está en activo en el mundo actual: los cuatro jinetes se han bajado de sus corceles. Y nadie en su sano juicio querría que volvieran a montar.

La movilización militar de masas ha seguido su curso natural. El formato de los conflictos militares siempre ha estado condicionado decisivamente por la tecnología. En ocasiones, esto favoreció la inversión en activos de gran valor, como las antiguas cuádrigas o los caballeros medievales, y a veces otorgó ventaja a infanterías masivas de bajo coste. En Occidente, los grandes ejércitos nacionales sustituyeron a los mercenarios cuando los estados fiscales-militares maduraron a principios de la era moderna. La movilización militar popular alcanzó nuevas cotas con la Revolución Francesa y culminó en los ejércitos de millones de soldados reclutados para librar las dos guerras mundiales. Desde entonces, las tendencias han vuelto a avanzar en la dirección contraria, de cantidad a calidad. En teoría, las armas nucleares dejaron obsoleta la guerra convencional a gran escala ya a finales de la década de 1940, aunque en la práctica sobrevivió para conflictos menos relevantes y aquellos que implicaban a potencias que no poseían capacidades

nucleares. El reclutamiento ha desaparecido, sustituido cada vez más por ejércitos de voluntarios profesionales que deben utilizar equipos más sofisticados.

En los relativamente pocos países desarrollados que siguen participando en operaciones militares, el servicio a menudo se ha distanciado de la sociedad de a pie, y los efectos igualadores de la movilización han desaparecido. En Estados Unidos, el año 1950 fue el último en que se aprobaron subidas de impuestos para la guerra sin un debate serio. Incluso en una época en la que seguía existiendo el reclutamiento, la Ley de Ingresos Presupuestarios de 1964 supuso los mayores recortes impositivos de la historia estadounidense antes de 1981, pese a que la participación militar en Vietnam iba en aumento. Los incrementos del gasto militar estadounidense en la década de 1980 y durante las invasiones de Afganistán e Irak en la de 2000 estuvieron acompañados de bajadas de impuestos, así como de una mayor desigualdad de ingresos y riqueza, lo contrario de lo ocurrido durante las guerras mundiales. Lo mismo sucedió en Reino Unido antes y después de la guerra de las Malvinas en 1982.

Aunque los conflictos recientes han tenido una escala modesta o —en el caso de la guerra fría— nunca degeneraron en hostilidades abiertas, si estallaran guerras de más envergadura es improbable que alteraran esta trayectoria en las próximas décadas. Es difícil pensar que el conflicto más grande que podamos imaginar, a no ser que se trate de una guerra termonuclear entre Estados Unidos y China, pudiera implicar a ejércitos muy numerosos. Hace más de setenta años, la guerra del Pacífico ya recurrió a barcos y aviones caros en detrimento de las fuerzas de infantería, y cualquier enfrentamiento futuro en esta región utilizaría potencia aérea y marítima, misiles, satélites y medios de ciberguerra, ninguno de los cuales es proclive a la movilización de masas. En un caso extremo, la guerra nuclear tampoco lo es. En la actualidad, Rusia está renunciando a los reclutas a favor de los voluntarios, y una gran mayoría de países de la Unión Europea ya han abolido por completo el servicio militar. Incluso Israel, cuyas capacidades militares superan a las de sus vecinos, cada vez más inestables, está planteándose una transición de este tipo.

En última instancia, no está claro qué podrían conseguir unos ejércitos de infantería muy numerosos en las batallas del siglo XXI. Los pronósticos actuales sobre la naturaleza de los combates futuros se centran en «la robótica, las municiones inteligentes, la detección ubicua y la interconexión extrema, además del impacto potencialmente masivo de la ciberguerra». Habrá menos combatientes humanos, pero de mayor rendimiento, efectivos física y cognitivamente complementados con exoesqueletos, implantes y, a la postre, incluso mejoras genéticas. Compartirán los campos de batalla con robots de todas las formas y tamaños, tan pequeños como insectos y tan grandes como vehículos, y podrían utilizar armas de energía como láseres y rayos microondas, además de campos de fuerza. La miniaturización de las armas permitirá disparos de precisión al nivel de individuos concretos, sustituyendo la proyección de fuerza más indiscriminada, y superdrones de alta velocidad y altitud podrían reemplazar a los pilotos humanos. Estos escenarios son sumamente distintos de formas anteriores de guerra industrializada y reforzarán aún más la separación del ejército y el dominio civil. Cualquier efecto igualador en esos conflictos probablemente se concentrará en los mercados financieros y desencadenará dislocaciones parecidas a las de la reciente crisis económica global, que solo deprimen temporalmente a la élite hasta que reflota años después.[15]

Lo mismo ocurriría con las guerras en las que interviniera el uso táctico limitado de pequeños dispositivos nucleares. Solo una guerra termonuclear podría transformar por completo la distribución de recursos existente. Si la escalada se contuviera en un punto en que las instituciones públicas siguen funcionando y permanecen intactas suficientes infraestructuras fundamentales, los gobiernos y las autoridades militares congelarían salarios, precios y alquileres, bloquearían las retiradas no esenciales de los bancos, impondrían un sistema de racionamiento de alimentos, requisarían bienes necesarios, adoptarían formas de planificación central, incluida la adjudicación de recursos escasos a favor de la campaña bélica, las operaciones del gobierno y la fabricación de productos esenciales para la supervivencia, adjudicarían viviendas y probablemente recurrirían incluso al trabajo forzado. En la planificación estadounidense para el «día después», el

reparto de pérdidas de guerra en toda la economía ha sido un objetivo clave de la política durante mucho tiempo. Cualquier intercambio estratégico de cabezas nucleares entre grandes potencias destruiría capital físico a gran escala y arrasaría los mercados financieros. La consecuencia más probable no solo sería una caída drástica del PIB, sino también un reequilibrio igualador de los recursos disponibles y un salto del capital a la mano de obra.

Un escenario catastrófico de guerra nuclear sin restricciones llevaría el igualitarismo más allá de estos pronósticos. Representaría una versión extrema de la desintegración de sistemas, superando en gravedad incluso a la dramática caída de civilizaciones antiguas comentada en el capítulo 9. Aunque la ciencia ficción contemporánea a veces plasma un mundo posapocalíptico con altos niveles de desigualdad entre quienes controlan recursos vitales escasos y las mayorías desposeídas, la experiencia de las comunidades extremadamente pobres y menos estratificadas de la historia moderna podría ser una mejor orientación sobre las condiciones de un futuro «invierno nuclear». Pero es improbable que suceda. Aunque la proliferación nuclear puede cambiar las normas del juego en los escenarios regionales, siguen en vigor los mismos riesgos existenciales que han impedido una guerra nuclear entre las grandes potencias desde la década de 1950. Además, la mera existencia de arsenales nucleares hace menos probable que regiones importantes como Estados Unidos se involucren incluso en guerras convencionales y sirve para desplazar el conflicto a las periferias globales, lo cual reduce a su vez las posibilidades de daños graves a las grandes economías del mundo.[\[16\]](#)

La tecnología armamentística solo es parte de la historia. También debemos contemplar la posibilidad de que la humanidad se haya vuelto más pacífica con el tiempo. Varias series de datos que se remontan a la Edad de Piedra indican que la probabilidad media que tiene una persona de morir por causas violentas ha descendido a lo largo de la historia y que esta tendencia se mantiene. Aunque este cambio secular parece estar motivado por el creciente poder del Estado y las correspondientes adaptaciones culturales, un factor más específico que ya ha sido mencionado está a punto de reforzar la pacificación de nuestras especies. Si todo lo demás sigue igual, el

envejecimiento de las poblaciones, que ya ha comenzado en Occidente y al final se extenderá a todo el mundo, puede reducir la probabilidad de conflictos violentos. Esto es especialmente relevante para los análisis de las relaciones futuras entre Estados Unidos y China y entre los países del este de Asia, muchos de los cuales hacen frente a un marcado cambio demográfico de jóvenes a ancianos. Todo esto respalda la esperanza de Milanovic en que «la humanidad, enfrentándose a una situación muy similar hoy a la de hace cien años, no permita que el cataclismo de una guerra mundial sea el remedio para los males de la desigualdad».[17]

Los dos siguientes jinetes de la igualación apocalíptica no requieren mucha atención. La revolución más transformadora ha pasado más de moda que la movilización militar de masas. Como he expuesto en el capítulo 8, las revueltas rara vez prosperan y no suelen conseguir un igualitarismo destacable. Solo las revoluciones comunistas fueron capaces de atenuar los desequilibrios de ingresos y riqueza. Sin embargo, la enorme expansión del gobierno comunista entre 1917 y 1950 tuvo su origen en las guerras mundiales y nunca se ha repetido. Movimientos comunistas posteriores, patrocinados por la Unión Soviética, solo se han anotado victorias ocasionalmente —en Cuba, Etiopía, Yemen del Sur y, sobre todo, el sureste de Asia hasta 1975— antes de empezar a apagarse. A finales de los años setenta se produjeron las últimas tomas de poder en Afganistán, Nicaragua y Granada, que fueron efímeras o políticamente moderadas. Las notables insurgencias comunistas de Perú fueron aplastadas en los años noventa, y en 2006, los maoístas de Nepal habían abjurado de la guerra civil y se habían unido a la política electoral. Las reformas del mercado han erosionado los cimientos socialistas del resto de repúblicas populares existentes. Ni siquiera Cuba y Corea del Norte han conseguido eludir esta tendencia global. En este momento no se atisban más revoluciones izquierdistas en el horizonte y no ha entrado en escena ningún movimiento alternativo con un potencial comparable de equiparación violenta.[18]

La desintegración de estados y sistemas comentada en el capítulo 9 también es extremadamente inusual. Los ejemplos recientes de desmoronamiento de un Estado suelen limitarse al centro y el este de África y

las periferias de Oriente Próximo. En 2014, el Índice de Fragilidad Estatal del Centro de Paz Sistemática asignó las peores puntuaciones del mundo a la República Centroafricana, Sudán del Sur, la República Democrática del Congo, Sudán, Afganistán, Yemen, Etiopía y Somalia. Con la sola excepción de Myanmar, los siguientes diecisiete países más frágiles también se encuentran en África u Oriente Próximo. Aunque la disolución de la Unión Soviética y Yugoslavia a principios de la década de 1990 y los acontecimientos en Ucrania demuestran que ni siquiera los países industrializados con rentas medias son inmunes a las presiones desintegradoras, los países desarrollados de la actualidad —y muchos en vías de desarrollo— difícilmente seguirán el mismo camino. Gracias al crecimiento económico moderno y a la expansión fiscal, las instituciones estatales de los países con altos ingresos en general se han vuelto demasiado poderosas y afianzadas en la sociedad como para que se produzca un desmoronamiento total de las estructuras de gobierno y la correspondiente nivelación. E incluso en las sociedades más desfavorecidas, la quiebra del Estado a menudo ha estado asociada a una guerra civil, un tipo de sacudida violenta que normalmente no produce efectos igualadores.[19]

Esto nos deja el cuarto y último jinete: las epidemias graves. El riesgo de brotes nuevos y potencialmente catastróficos no es ni mucho menos desdeñable. Las infecciones zoonóticas que saltan de animales a humanos van en aumento debido al crecimiento de la población y la deforestación en países tropicales. El consumo de carne de caza también mantiene esta cadena de transmisión y la cría de ganado industrial facilita que los microorganismos se adapten a nuevos entornos. La utilización de patógenos como armas y el bioterrorismo son preocupaciones cada vez más acuciantes. Aun así, los mismos factores que propician la aparición y propagación de nuevas enfermedades infecciosas —el desarrollo económico y la interconectividad global— también nos ayudan a controlar y responder a esas amenazas. La rápida secuenciación del ADN, la miniaturización del material de laboratorio para su uso sobre el terreno y la capacidad para detectar brotes creando centros de control y explotando recursos digitales son armas potentes de nuestro arsenal.

Para los propósitos de este estudio hay dos puntos cruciales. En primer lugar, cualquier cosa que pueda aproximarse a la escala relativa de las grandes pandemias premodernas comentadas en los capítulos 10 y 11 requeriría la muerte de centenares de millones de personas en el mundo, lo cual supera sobradamente los escenarios más pesimistas. Por otro lado, cualquier epidemia global futura podría verse limitada a los países en vías de desarrollo. Incluso hace un siglo, en una época en la que la intervención terapéutica existente servía de poco o nada, el número de muertos por la pandemia global de gripe entre 1918 y 1920 se vio enormemente condicionada por los niveles de ingresos per cápita. Hoy en día, la intervención médica reduciría el impacto total de un brote de una cepa comparablemente grave y las cifras de mortalidad estarían mucho más sesgadas a favor de los países con ingresos altos. Extrapolando los índices de mortalidad de la pandemia de gripe a 2004, un 96 % de los cincuenta a ochenta millones de muertes previstas en todo el mundo podrían producirse en países en vías de desarrollo. Aunque una armamentización sofisticada podría crear un supermicrobio más potente, dejar suelto a un agente de esa índole difícilmente interesaría a ningún actor estatal. El bioterrorismo, por otro lado, quizá solo tenga unas posibilidades de éxito mínimas y es aún menos probable que provocara una mortalidad masiva a una escala nacional o más amplia.

El segundo punto guarda relación con las consecuencias de futuras epidemias para la distribución económica. No es ni mucho menos seguro que una mortalidad catastrófica y repentina provocada por una enfermedad infecciosa redujera la desigualdad de ingresos y riqueza como ocurrió en la era agrícola. No podemos saber si la pandemia global de gripe de 1918 a 1920, que se cree que acabó con la vida de entre cincuenta y cien millones de personas, esto es, un 3-5 % de la población mundial en aquel momento, tuvo un efecto importante en la distribución de recursos materiales, pues coincidió con las repercusiones igualadoras de la primera guerra mundial. Aunque infecciones genéricas como la gripe actualmente afectan más a los pobres, no podemos conjeturar una crisis de mortalidad específica que incrementara el valor de la mano de obra poco cualificada aunque la economía en su conjunto

se mantuviera eminentemente intacta. Para que una epidemia contemporánea fuera realmente catastrófica y se cobrara la vida de centenares de millones de personas en todo el mundo, debería ser imposible de contener, al menos a corto plazo, y matar a gente de varias naciones y todo el espectro socioeconómico. En ese caso, su impacto destructivo en economías modernas complejas e interconectadas y sus mercados laborales altamente diferenciados podría superar cualquier efecto nivelador en relación con la oferta de mano de obra y la valoración de las reservas de capital. Incluso en las sociedades agrarias, estas mucho menos integradas, las epidemias provocaron dislocaciones a corto plazo que perjudicaron a la gente de manera indiscriminada. A largo plazo, las consecuencias distributivas estarían condicionadas por nuevas maneras de sustituir capital por mano de obra: en unas economías menguadas por una epidemia, los robots podrían acabar ocupando el lugar de muchos de los trabajadores faltantes.[20]

No podemos saber con certeza si los próximos años estarán exentos de las sacudidas violentas que han salpicado la historia desde los albores de la civilización. Siempre cabe la posibilidad, por pequeña que sea, de que una gran guerra o una nueva peste negra destruya el orden establecido y altere la distribución de ingresos y riqueza. Lo mejor que podemos hacer es identificar la predicción más prudente, y es esta: los cuatro igualadores tradicionales han desaparecido por ahora y es improbable que vuelvan en breve. Esto arroja serias dudas sobre la viabilidad de una equiparación en el futuro. Muchos factores contribuyen a las repercusiones históricas y la historia de la nivelación no es una excepción: las medidas institucionales han sido fundamentales para determinar las consecuencias distributivas de las sacudidas compresoras. La variación en el poder coercitivo de los gobernantes y los propietarios de capital permitió que la peste elevara los salarios reales en algunas sociedades pero no en otras; las guerras mundiales allanaron la distribución de ingresos de mercado en ciertas economías pero alentaron ambiciosos planes redistributivos en otras; la revolución de Mao acabó con los terratenientes, pero fomentó desigualdades entre las ciudades y el campo.

Pero siempre ha habido una razón importante para cada episodio

conocido de igualación considerable. Había una razón importante por la que John D. Rockefeller era un orden de magnitud más rico en términos reales que sus compatriotas más adinerados una y dos generaciones más tarde, por la que la Gran Bretaña de Downtown Abbey dio paso a una sociedad conocida por una sanidad universal gratuita y unos sindicatos poderosos, por la que, en naciones industrializadas de todo el planeta, la brecha entre ricos y pobres fue mucho menor en el tercer cuarto del siglo XX que al principio y, de hecho, por la que cien generaciones antes, los espartanos y atenienses habían adoptado los ideales de igualdad y habían intentado ponerlos en práctica. Hubo una razón importante por la que, en la década de 1950, la aldea china de Zhangzhuangcun atesoraba una distribución totalmente igualitaria de las tierras de cultivo. Hubo una razón importante por la que los poderosos del Bajo Egipto hace 3.000 años tenían que enterrar a sus muertos con ropa usada o en ataúdes precarios, por la que los restos de la aristocracia romana hacían cola para recibir limosnas del papa y por la que los sucesores de los jefes mayas subsistían con la misma dieta que los *hoi polloi*. Y hubo una razón importante por la que los campesinos humildes de Bizancio y el Egipto islámico, los carpinteros de la Inglaterra de finales de la Edad Media y los trabajadores del México de principios de la modernidad ganaban más y comían mejor que sus homólogos anteriores y posteriores. Estas razones importantes no son iguales, pero compartían una raíz común: alteraciones masivas y violentas del orden establecido. A lo largo de toda la historia documentada, las compresiones periódicas de la desigualdad provocadas por la movilización militar de masas, la revolución transformadora, la desintegración de estados y las pandemias siempre han superado en envergadura a todos los ejemplos conocidos de equiparación por medios enteramente pacíficos.

La historia no determina el futuro. Puede que la modernidad sea distinta. Muy a largo plazo, quizá lo sea. Es posible que nos sitúe en una trayectoria hacia la singularidad, un punto en que todos los seres humanos se unan en un superorganismo cuerpo-máquina globalmente interconectado y ya no tengan que preocuparse de la desigualdad. O puede que los avances tecnológicos lleven las desigualdades a nuevos extremos separando a una élite

biomecánica y genéticamente mejorada de los simples mortales, estos siempre controlados por las capacidades cada vez mayores de sus superiores. O también es posible que no ocurra nada de todo esto. Quizá estemos avanzando hacia resultados que ni siquiera podemos concebir. Pero la ciencia ficción solo puede llevarnos hasta un punto determinado. Por ahora, estamos atrapados en las mentes y cuerpos que tenemos y en las instituciones que estos han creado. Esto indica que las perspectivas para una igualdad futura son escasas. Será un desafío para las democracias sociales de la Europa continental el mantener y adaptar sistemas elaborados de impuestos elevados y una amplia redistribución o para las democracias más ricas de Asia el preservar su adjudicación inusualmente equitativa de ingresos brutos para contener la creciente marea de desigualdad, que solo puede cobrar más fuerza a medida que la globalización y unas transformaciones demográficas sin precedentes aumentan la presión. No sabemos si podrán resistir: la desigualdad ha ido en aumento en todas partes, una tendencia que sin duda va contra el *statu quo*. Y si la estabilización de las distribuciones existentes de ingresos y riqueza es cada vez más difícil de conseguir, cualquier intento por que sean más equitativas necesariamente hará frente a obstáculos aún mayores.

Durante miles de años, la historia ha alternado largos periodos de desigualdad creciente, alta y estable con compresiones violentas. A lo largo de seis o siete décadas, desde 1914 hasta los años setenta u ochenta, tanto las economías ricas como aquellos países que habían caído bajo regímenes comunistas experimentaron algunas de las equiparaciones más intensas de la historia documentada. Desde entonces, gran parte del mundo ha entrado en lo que podría convertirse en el siguiente gran periodo prolongado, un regreso a la acumulación permanente de capitales y concentración de ingresos. Si hemos de guiarnos por la historia, una reforma política pacífica podría ser desigual para los desafíos cada vez mayores que se avecinan. Pero ¿qué hay de las alternativas? Todos aquellos que valoramos una mayor igualdad económica haríamos bien en recordar que, con las más raras excepciones, siempre ha venido acompañada de tristeza. Cuidado con lo que deseas.

Apéndice

LOS LÍMITES DE LA DESIGUALDAD

¿Hasta qué punto puede aumentar la desigualdad? En un aspecto importante, los cálculos de desigualdad de ingresos difieren de los de desigualdad de riqueza. No existe límite para la desigualdad con la que puede distribuirse la riqueza en una población determinada. En teoría, una persona podría ser propietaria de todo lo que pueda poseerse mientras que todos los demás no deberían nada pero sobrevivirían de los ingresos derivados del trabajo o las transferencias. La distribución generaría un coeficiente de Gini de ~ 1 o un porcentaje de riqueza máxima del 100 %. En términos puramente matemáticos, los Gini de ingresos también podrían partir de 0, para una igualdad perfecta, hasta ~ 1 , para una desigualdad completa. Sin embargo, en la práctica nunca puede alcanzarse ~ 1 , ya que todo el mundo necesita una cantidad de ingresos mínima para seguir vivo. Para explicar este requisito básico, Branko Milanovic, Peter Lindert y Jeffrey Williamson desarrollaron el concepto de la «frontera de la posibilidad de desigualdad» (IPF, por sus siglas en inglés), un cálculo que establece el grado más alto teóricamente posible de desigualdad en un nivel determinado de producción per cápita media. Cuanto más bajo es el PIB per cápita, menor el excedente per cápita por encima del nivel de subsistencia básico y más restrictiva la frontera de posibilidad de ingresos.

Imaginemos una sociedad en la que el PIB per cápita medio es igual a la subsistencia mínima. En este caso, el Gini de ingresos debe ser 0, porque

incluso unas disparidades pequeñas en los ingresos situarían a algunos miembros de este grupo por debajo del nivel necesario para su supervivencia. Aunque esto sin duda es posible —algunos se harían más ricos mientras otros se mueren de hambre—, no sería sostenible a largo plazo, ya que la población iría disminuyendo gradualmente. Si el PIB per cápita medio supera por poco el nivel de subsistencia —pongamos, 1,05 veces en una población de cien individuos—, una persona podría recibir el séxtuple de los ingresos de subsistencia mientras todos los demás viven con los niveles de ingresos mínimos. El coeficiente de Gini sería de 0,047, y el 1 % de ingresos más altos sería del 5,7 %. Con un PIB medio del doble de la subsistencia mínima —un escenario más realista para una economía pobre en la vida real— en el que una persona acaparara todo el excedente disponible, dicha persona obtendría el 50,5 % de todos los ingresos y el coeficiente de Gini llegaría a 0,495. Por tanto, la IPF aumenta con un PIB per cápita más alto: con una producción per cápita media de cinco veces el nivel de subsistencia, el Gini máximo factible se acercaría a 0,8 (Fig. A.1).[\[1\]](#)

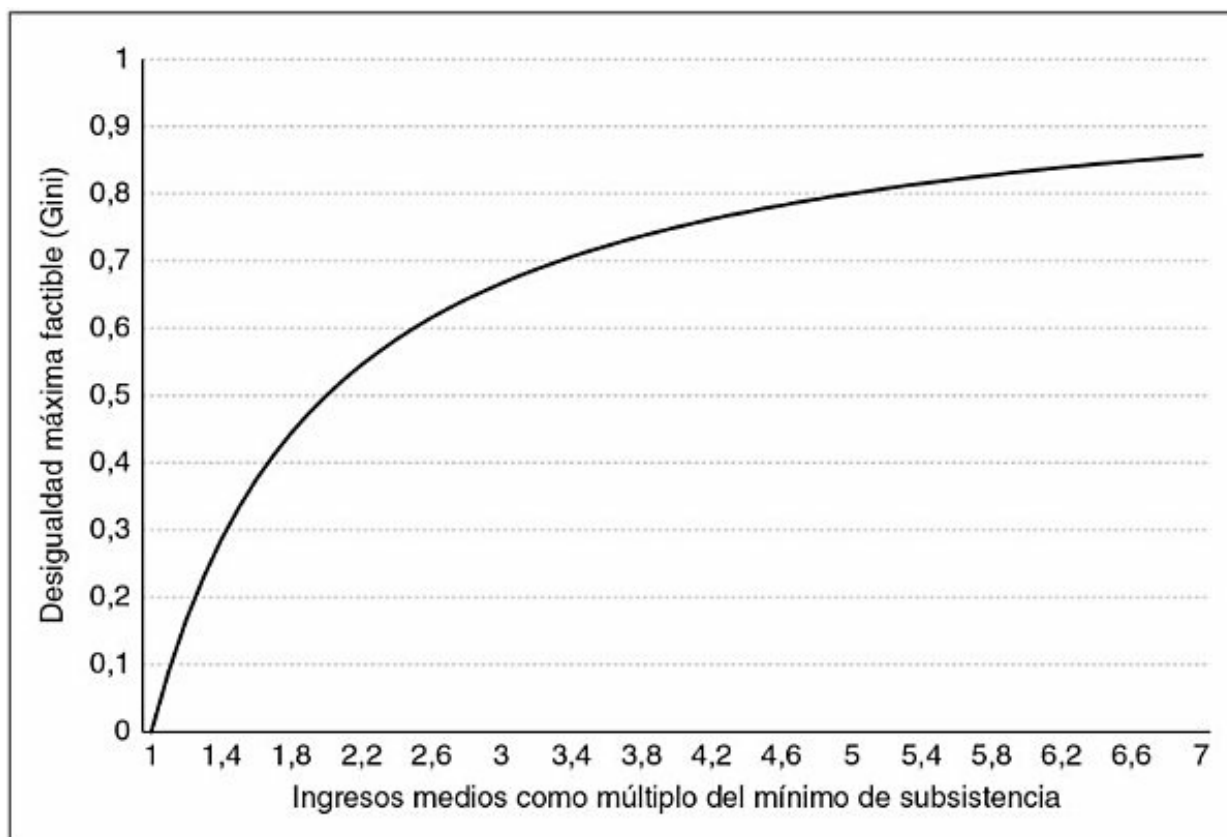


FIGURA A.1. Frontera de la posibilidad de desigualdad

La figura A.1 muestra que los cambios más pronunciados en la IPF se producen a niveles muy bajos de PIB per cápita. Una vez que este aumenta a un múltiplo grande de la subsistencia mínima, que es lo que suele ocurrir en los países desarrollados modernos, la IPF se incrementa hasta 0,9 o más y es cada vez más indistinguible del techo formal de ~ 1 . Por este motivo, esta IPF básica es relevante sobre todo para comprender la desigualdad en las sociedades premodernas y en países contemporáneos con rentas bajas. Si la subsistencia mínima se define como unos ingresos de trescientos dólares anuales en dólares internacionales de 1990 —un punto de referencia convencional, aunque serían más plausibles unos niveles un poco más altos—, las economías que generan un PIB per cápita anual de hasta 1.500 dólares se ven más afectadas por ajustes basados en la IPF de su potencial de desigualdad. Todas o casi todas las economías premodernas entrarían en esta categoría, lo cual significa que el rango expresado en la figura A.1 abarca

buena parte de la historia humana. En el campo, el umbral del quintuple de los ingresos de subsistencia, situado en trescientos dólares, se alcanzó por primera vez en Holanda a principios del siglo XVI, en Inglaterra hacia 1700, en Estados Unidos hacia 1830, en Francia y Alemania a mediados del siglo XIX y en Japón en la década de 1910. En China en su conjunto no se alcanza hasta 1985 y en India una década después.[2]

Si dividimos un coeficiente de Gini de ingresos por el valor máximo posible (IPF) obtenemos la «tasa de extracción», que mide la proporción de desigualdad teóricamente posible extraída por quienes perciben ingresos por encima del nivel de subsistencia. La tasa de extracción puede oscilar desde 0 en condiciones de igualdad perfecta hasta el 100 %, cuando una persona absorbe toda la producción más allá de la subsistencia per cápita total. Cuanto menor es la diferencia entre los Gini observados y la IPF, más se acerca la tasa de extracción al 100 %. Milanovic, Lindert y Williamson calculan tasas de extracción para veintiocho sociedades premodernas desde el Imperio Romano hasta la India británica recurriendo a una combinación de tablas sociales que aporta un índice aproximado de la distribución de ingresos —un formato que se remonta a la famosa tabla social de Gregory King para Inglaterra en 1688, que diferencia entre treinta y una clases, desde lores hasta indigentes— e información censal siempre que esté disponible (Fig. A.2).[3]

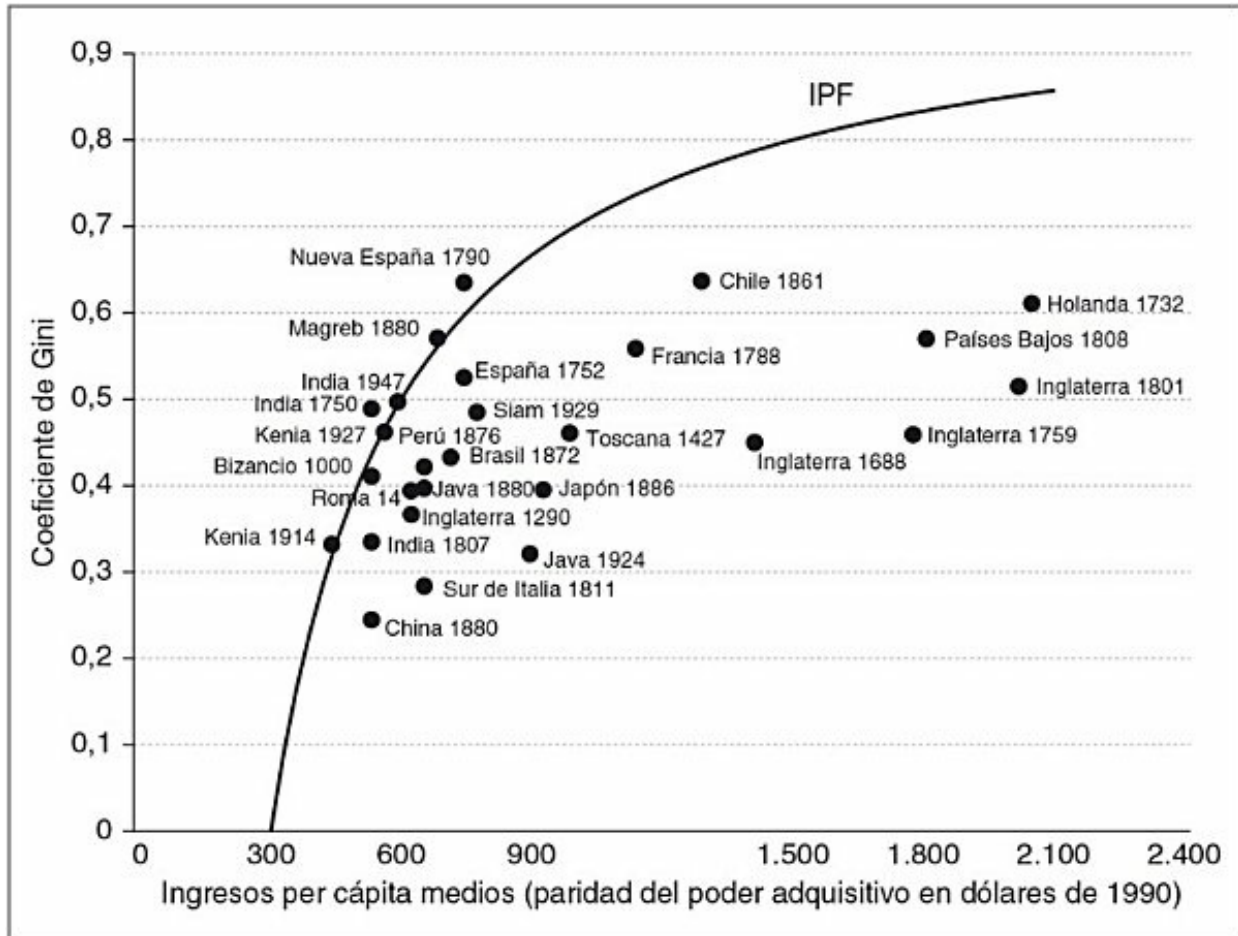


FIGURA A.2. Coeficientes de Gini de ingresos estimados y frontera de posibilidad de desigualdad en sociedades preindustriales

El coeficiente de Gini medio de ingresos en esas veintiocho sociedades ronda 0,45 y la tasa de extracción presenta una media del 77 %. Las sociedades más pobres tienden a acercarse más a la IPF que los países más desarrollados. En el caso de esas veintiuna sociedades de la muestra con un PIB per cápita medio por debajo de 1.000 dólares en dólares internacionales de 1990, la tasa de extracción media es del 76 %, en la práctica la misma que la media del 78 % para siete sociedades con un PIB per cápita medio de entre 1.000 y 2.000 dólares. Solo se reduce una vez que el rendimiento económico mejora hasta alcanzar un nivel per cápita de entre cuatro y cinco veces la subsistencia mínima: la tasa de extracción para Inglaterra y Holanda o los Países Bajos entre 1732 y 1808 es una media del 61 %. Las cinco tasas más altas de la muestra, que oscilan entre el 97 % y el 113 %, pueden ser el

resultado de datos inadecuados, especialmente en aquellos casos en los que los Gini putativos superaron con creces la IPF implícita. En la vida real, los niveles de desigualdad nunca deberían haber alcanzado o ni siquiera haberse acercado a la IPF, aunque solo sea porque es difícil imaginar una sociedad en la que un gobernante o una pequeña élite hayan podido controlar a una población en la que todos los demás se vean reducidos a la subsistencia mínima. Aun así, cabe señalar que estas cinco sociedades estaban gobernadas por potencias coloniales o por una élite conquistadora extranjera, unas condiciones que pudieron situar la extracción depredadora en unos niveles excepcionalmente altos.[4]

El cálculo de la IPF y las tasas de extracción ofrece dos reflexiones importantes. Pone de manifiesto el hecho de que las sociedades antiguas tendían a ser lo más desiguales posibles. Solo las sociedades en las que un 1% rico y otro porcentaje integrado por soldados, administradores e intermediarios comerciales estaban superimpuestos a una población agrícola empobrecida podrían haber generado unas tasas de extracción próximas a la IPF. Aun así, al parecer era un patrón habitual. La consistencia interna de los cálculos presentados en la figura A.2 supone cierto consuelo: parece improbable que todos estos conjuntos de datos nos lleven a errar en la misma dirección y, al hacerlo, causar una impresión profundamente engañosa de los niveles de desigualdad en el pasado. La segunda observación importante es que el crecimiento económico intensivo a la postre redujo las tasas de extracción. La escala del fenómeno queda ilustrada por una comparación entre las veintiocho sociedades analizadas y dieciséis de los mismos países hacia el año 2000 (Fig. A.3).[5]

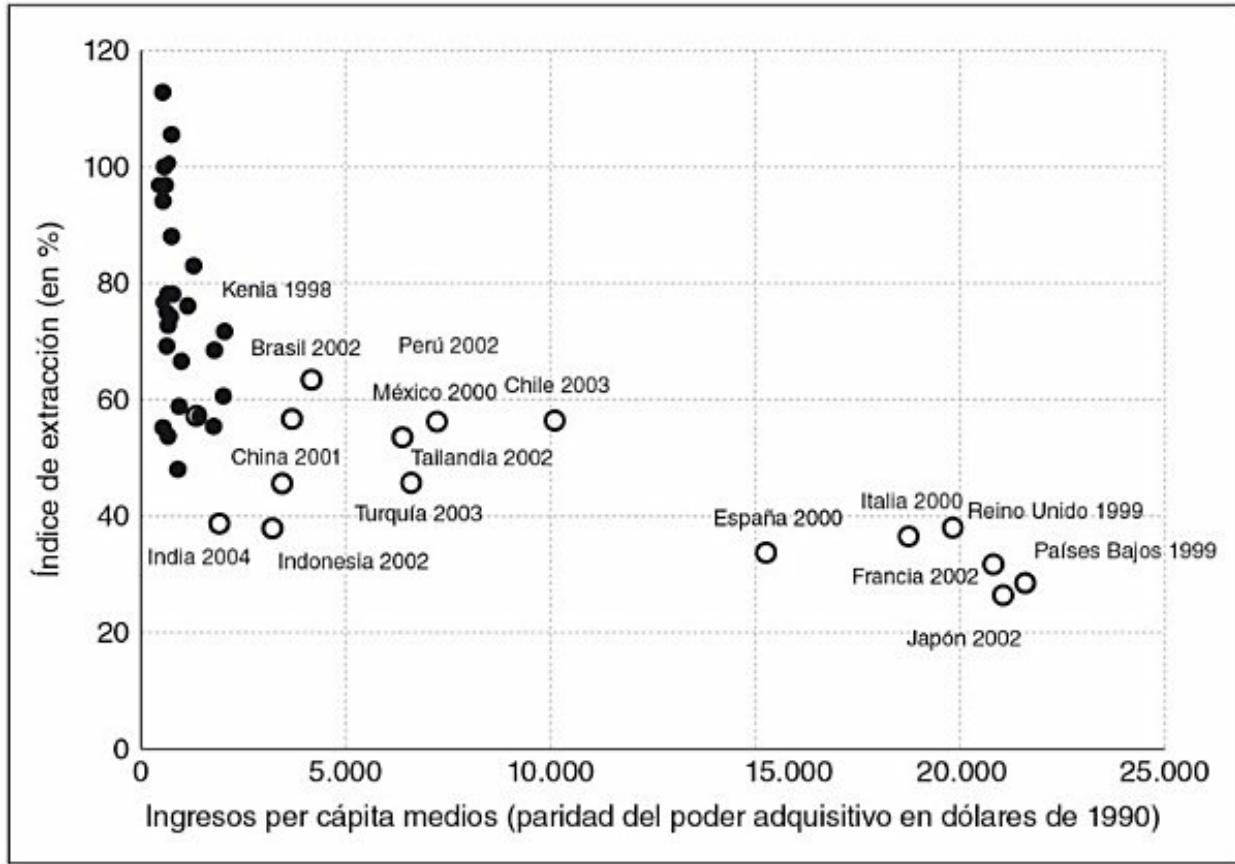


FIGURA A.3. Índices de extracción para sociedades preindustriales (sólidos) y sus sociedades modernas homólogas (vacíos)

La discontinuidad observada en las tasas de extracción demuestra lo engañoso que puede ser comparar coeficientes de Gini de ingresos en niveles muy diferentes de PIB per cápita medio. Con 0,45 y 0,41, los valores Gini medios para las muestras premodernas y casi contemporáneas son bastante similares. Si nos los tomamos al pie de la letra, solo denotarían una leve atenuación de la desigualdad en el transcurso de la modernización. Sin embargo, puesto que el PIB per cápita medio era once veces más alto en la muestra moderna que en la antigua, la tasa media de extracción era mucho más baja: un 44 % frente un 76 %. Según este cálculo, en 2000, esas sociedades eran mucho menos desiguales que en el pasado más lejano. Una comparación no ajustada de porcentajes de ingresos máximos puede ser aún más problemática. Recordemos mi ejemplo de un individuo acomodado y noventa y nueve pobres en una sociedad ficticia con un PIB per cápita medio

equivalente a 1,05 veces el nivel de subsistencia medio y un porcentaje de ingresos del 1 % más adinerado del 5,7 %. Precisamente ese porcentaje de ingresos del 1 % fue descubierto en Dinamarca en 2000 cuando el PIB per cápita medio era al menos setenta y tres veces más grande que en mi experimento. Unos niveles de desarrollo económico drásticamente distintos pueden traducirse en unos niveles superficialmente similares de desigualdad. La lección está clara: unos cálculos no ajustados de distribuciones de ingresos históricas pueden empañar nuestra comprensión de lo que yo denomino «desigualdad efectiva» —definida en relación con el grado de desigualdad teóricamente factible— transformada a lo largo del tiempo. Dejando a un lado la cuestión de la fiabilidad de esas cifras, los coeficientes de Gini de ingresos para Inglaterra, situados en 0,37 hacia 1290, 0,45 en 1688, 0,46 en 1759 y 0,52 en 1801, indican un aumento gradual de la desigualdad, mientras que la tasa de extracción se redujo durante gran parte de este periodo a medida que la producción económica aumentaba, de 0,69 a 0,57 y 0,55 antes de recuperarse en un 0,61. En Holanda o los Países Bajos, los Gini de ingresos pasaron de 0,56 en 1561 a 0,61 en 1732 y luego cayeron hasta 0,57 en 1808 pese a que las tasas de extracción seguían bajando del 76 % al 72 % y el 69 %. Teniendo en cuenta el considerable grado de incertidumbre que rodea a estas cifras, sería poco inteligente atribuir demasiada importancia a esas observaciones concretas. El principio es lo que cuenta: las tasas de extracción nos aportan una idea más adecuada de la desigualdad real que los coeficientes de Gini por sí solos.

¿Significa esto que los cálculos convencionales de desigualdad exageran el alcance de la desigualdad de ingresos real en las sociedades modernas en relación con la que encontramos en el pasado más lejano o en los países en vías de desarrollo más pobres de la actualidad y que el desarrollo económico mantuvo, por tanto, una notable igualación pacífica después de todo? La respuesta a esta pregunta depende en gran medida de cómo definamos la desigualdad efectiva. Los ajustes contextuales a los cálculos de desigualdad estándar destapan la caja de Pandora. Los mínimos de ingresos reales no solo están determinados por la subsistencia fisiológica mínima, sino también por poderosos factores sociales y económicos. Poco después de introducir los

conceptos de la IPF y la tasa de extracción, Milanovic perfeccionó este planteamiento teniendo en cuenta la dimensión social de la subsistencia. Unos ingresos anuales mínimos de trescientos dólares en dólares internacionales de 1990 es suficiente para la supervivencia física y puede que incluso sea un criterio viable de las sociedades con ingresos muy bajos. Sin embargo, las necesidades de subsistencia aumentan en términos relativos cuando las economías se hacen más ricas y las normas sociales cambian. Solo en los países más pobres de la actualidad coinciden las líneas de pobreza con unos niveles de subsistencia mínimos convencionales. Los niveles más generosos en otros lugares obedecen a un PIB per cápita más alto. Las valoraciones subjetivas de qué constituye una subsistencia mínima socialmente aceptable también muestran cierta sensibilidad a los niveles de vida generales. La definición que elabora Adam Smith de los requisitos mínimos en su época es un ejemplo famoso. En su opinión, estos incluyen «no solo los servicios indispensables para la vida, sino todo aquello que según la costumbre del país sea indecente que las personas honorables, incluso en los estratos más bajos, no posean», como —en Inglaterra— una camisa de lino y unos zapatos de piel. Sin embargo, los niveles de pobreza no cambian al mismo ritmo que el PIB, sino que suelen ir a la zaga: su elasticidad en relación con los ingresos medios es limitada. Con una elasticidad de 0,5, Milanovic demuestra que, ajustada a mínimos sociales, la IPF para un nivel determinado de PIB per cápita medio es significativamente más baja que la que viene determinada solo por necesidades de subsistencia fisiológicas mínimas. Para una población con un PIB per cápita medio de 1.500 dólares, pasa de 0,8 a 0,55, y con un PIB de 3.000 dólares, de 0,9 a 0,68 (Fig. A.4).[6]

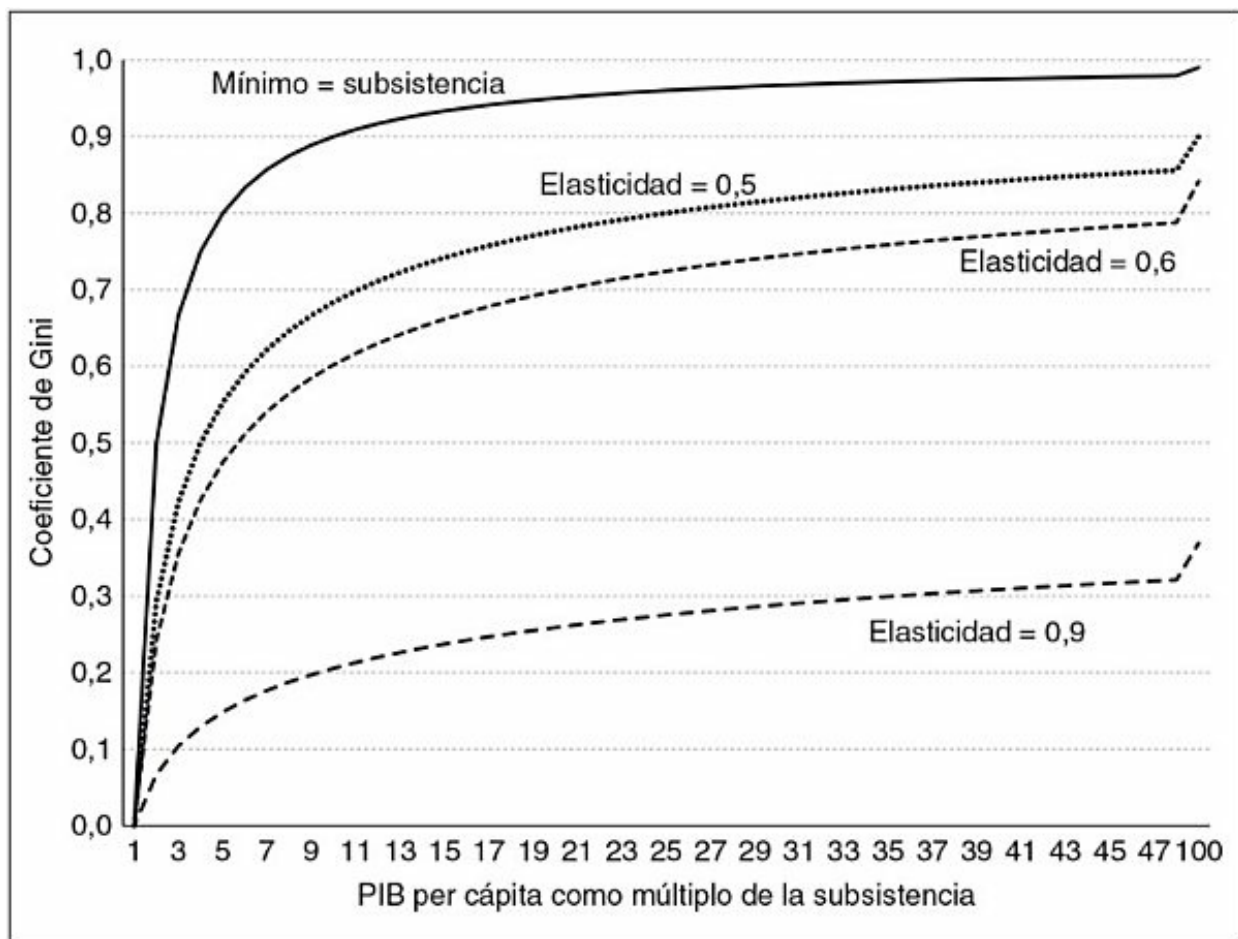


FIGURA A.4. Frontera de la posibilidad de desigualdad para diferentes valores del mínimo social

Teniendo en cuenta o no los mínimos sociales cambiantes, las tasas de extracción se mantuvieron estables en Inglaterra entre 1688 y 1867 y en Estados Unidos entre 1774 y 1860. Sin embargo, si incorporamos al cálculo de la IPF una elasticidad de 0,5 de mínimos sociales en relación con el PIB, la tasa de extracción es aproximadamente de un 80 % para estos dos periodos, mucho mayor que el 60 % obtenido para la desigualdad observada para una subsistencia fisiológica mínima. Por el contrario, las tasas de extracción, definidas de ambas formas, han sido mucho más bajas desde la segunda guerra mundial. La desigualdad efectiva se mantuvo alta antes del siglo XX, ya que las élites seguían embolsándose un porcentaje bastante constante del excedente disponible incluso cuando la producción económica iba en aumento. Esto indica que, con la salvedad de periodos de compresión

violenta, la desigualdad efectiva —limitada por mínimos de subsistencia determinados socialmente— en general fue alta no solo durante la historia premoderna, sino también en los primeros años de la industrialización. Los cálculos de desigualdad nominal, expresados en coeficientes de Gini o porcentajes de ingresos más elevados y desigualdad real ajustada a los mínimos sociales, respaldan la impresión de unas grandes disparidades de ingresos antes de la «gran compresión».[7]

Pero ¿y qué hay del presente? A finales de la primera década del siglo XX, con o sin ajuste para mínimos sociales, las tasas de extracción en Estados Unidos y Gran Bretaña rondaban el 40 %, esto es, solo la mitad que en la década de 1860. ¿Significa esto que incluso después del reciente resurgimiento de la desigualdad, esos dos países son ahora mucho más igualitarios en términos reales que en el pasado? No necesariamente. La clave es esta: en una economía que no dependa primordialmente de la extracción de combustibles fósiles, sino de una combinación de producción de alimentos, fabricación y servicios, ¿cuál es el nivel máximo de desigualdad de ingresos económicamente factible en cierto nivel de PIB per cápita? El coeficiente de Gini de ingresos disponibles máximo teóricamente posible en Estados Unidos es 0,99 en un escenario en el que una persona se adueña de todos los excedentes por encima de la subsistencia fisiológica mínima o de aproximadamente 0,9 si una persona solo se adueña de todos los excedentes por encima de unos ingresos mínimos socialmente determinados. Suponiendo que una sociedad de esa índole fuera políticamente viable —aunque ello requeriría que el monoplutócrata contratara a un ejército de robots para controlar a sus trescientos veinte millones de conciudadanos—, debemos preguntarnos si podría sostener una economía que genera un PIB per cápita anual de 53.000 dólares. Sin duda, la respuesta será negativa: una sociedad extravagantemente desigual como esta sería incapaz de producir y reproducir el capital humano y mantener el volumen de consumo nacional (que supone casi un 70 % del PIB de Estados Unidos) necesario para alcanzar esos niveles de producción. Por tanto, la IPF «real» debería ser considerablemente más baja.[8]

Pero ¿cuánto más baja? El coeficiente de Gini para los ingresos

disponibles en Estados Unidos actualmente se acerca a 0,38. Supongamos, de nuevo, solo por argumentar, que pudiera ser de hasta 0,6, la puntuación de Namibia en 2010, sin deprimir el PIB per cápita medio por debajo de los niveles existentes. Ello se traduciría en una tasa de extracción efectiva del 63 %. En un contexto diferente, Milanovic afirma que, incluso haciendo suposiciones bastante extremas sobre la mano de obra y la desigualdad de rentas de capital, el coeficiente de Gini para la distribución de ingresos total en Estados Unidos no superaría 0,6. Pero incluso 0,6 podría ser demasiado alto para una economía del estilo de EE. UU.: el PIB per cápita de Namibia es solo una séptima parte de la cifra estadounidense en términos reales, y su economía depende sobremanera de las exportaciones de minerales. Si el techo real fuera 0,5, la actual tasa de extracción en Estados Unidos sería del 76 %, equivalente a la media computada para las veintiocho sociedades premodernas antes mencionadas y próxima al 84 % para Estados Unidos en 1860. En 1929, el coeficiente de Gini para los ingresos del país casi alcanzaba 0,5, y una IPF ajustada para mínimos sociales de casi 0,8 implica una tasa de extracción de aproximadamente el 60 %. Sin embargo, en 1929, cuando el PIB per cápita real era menos de una cuarta parte del de hoy, el Gini máximo económicamente factible debería haber sido menos de 0,8, aunque más alto que ahora. En este momento, experimentar con otras cifras no tiene muchas ventajas. Si es posible calcular el efecto negativo de la desigualdad en el crecimiento económico, también debería ser posible calcular el grado de desigualdad en el que los niveles actuales de producción ya no podrían conseguirse. Espero que los economistas aborden esta cuestión.

[9]

A lo largo de toda la historia el potencial para la desigualdad de ingresos ha estado delimitado por una sucesión de diferentes factores. A niveles muy bajos de rendimiento económico, la desigualdad se ve limitada en primer lugar por el volumen de producción más allá del necesario para garantizar una subsistencia fisiológica mínima. Un coeficiente de Gini de 0,4 —medio para los criterios estándar— apunta a una desigualdad efectiva extremadamente alta en una sociedad en la que un PIB per cápita medio es solo el doble de la subsistencia mínima y el potencial para la desigualdad se

limita a un Gini de ingresos que ronda 0,5. En niveles intermedios de desarrollo, los mínimos sociales se convierten en la principal limitación. Por ejemplo, en 1860, cuando el PIB per cápita medio en Estados Unidos septuplicaba la subsistencia mínima, el Gini factible más elevado o la IPF derivada de mínimos sociales era considerablemente más bajo que el determinado solo por la subsistencia mínima —0,63 frente a 0,86— y la tasa de extracción efectiva también era más elevada: un 84 % en lugar de un 62 %. En aquel momento, la IPF derivada de mínimos sociales era, casi con total certeza, más baja que el techo impuesto por la complejidad económica como tal: en una época en la que más de la mitad de la población todavía se dedicaba a la agricultura, el potencial teórico de desigualdad de ingresos habría sido bastante elevado. Esto cambió cuando los Gini sociales mínimos ascendieron a 0,7 y 0,8 o más pese a que la IPF asociada al desarrollo económico moderno disminuyó. En un momento dado, las dos fronteras se cruzaron, convirtiendo a la última en la limitación más poderosa para la desigualdad potencial (Fig. A.5).[10]

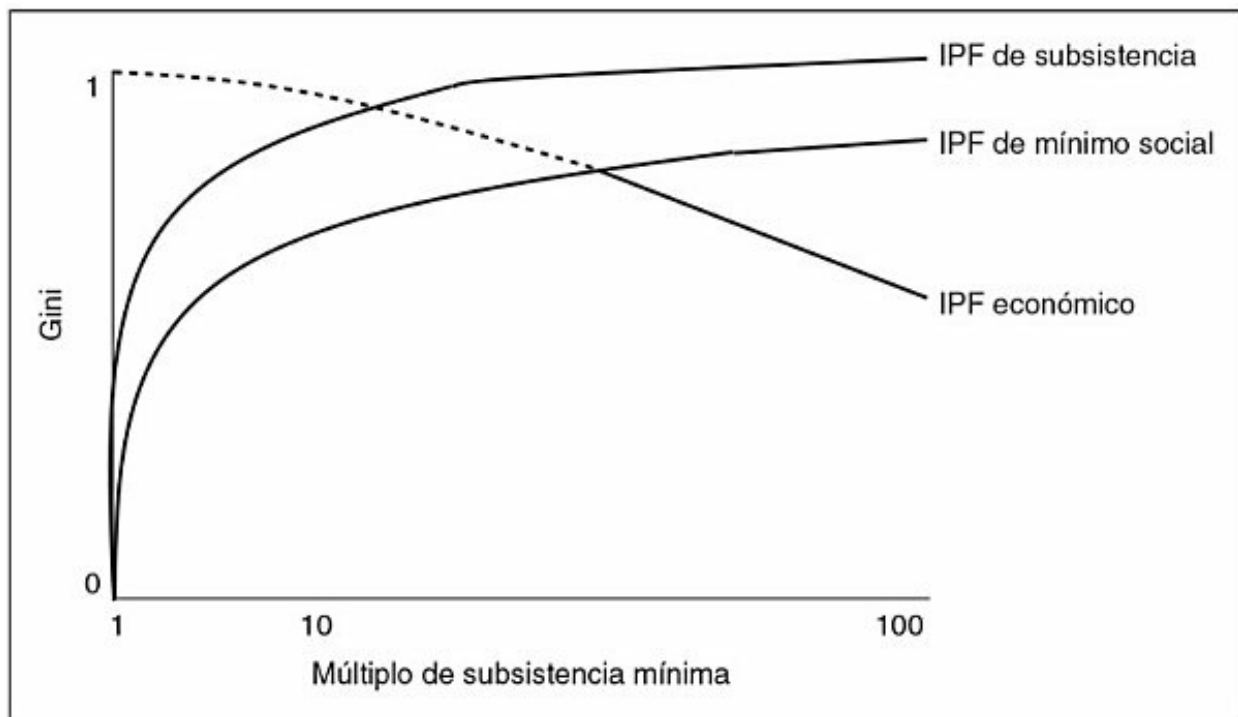


FIGURA A.5. Diferentes tipos de fronteras de posibilidad de la desigualdad

Mi modelo sugiere que la IPF sigue siendo bastante estable a lo largo de todo el espectro histórico de distribución de ingresos. Los Gini máximos factibles de 0,5 a 0,6 o más en sociedades con un PIB per cápita medio equivalente a dos o tres veces la subsistencia mínima se acercan a los de las sociedades agrarias más avanzadas y las primeras sociedades industrializadas, con un PIB per cápita medio equivalente a entre cinco y diez veces la subsistencia mínima, que a su vez no puede ser muy distinto de aquellos aplicados a economías con altos ingresos de la actualidad que generan el equivalente a cien veces la subsistencia mínima por persona. Lo que sí cambia es la naturaleza de la principal limitación, de subsistencia mínima a mínimos sociales a complejidad económica. Yo defino la falta de sensibilidad de la IPF al rendimiento económico como «la paradoja de desigualdad del desarrollo», otra variación sobre el tema de *plus ça change, plus c'est la même chose*. Esta estabilidad a largo plazo es de gran ayuda para las valoraciones comparativas de la desigualdad de ingresos a lo largo de casi toda la historia: si la IPF no varía mucho entre diferentes fases de desarrollo económico, entonces es legítimo comparar directamente los coeficientes de Gini de la Antigüedad y el presente.[11]

El hecho de si la verdadera tasa de extracción de desigualdad en Estados Unidos o en Reino Unido hoy en día es tan alta como era hace ciento cincuenta años sigue siendo objeto de debate, pero no cabe duda de que no se ha reducido a la mitad ni ha caído a unos niveles ni remotamente comparables entre entonces y ahora, como podrían indicar los cálculos basados únicamente en los mínimos sociales. Aunque la tasa de extracción efectiva actual en Estados Unidos es, casi sin lugar a dudas, más baja que en 1929, la desigualdad ha sido notablemente persistente —o resurgente— en términos reales. Pero no en todas partes: los coeficientes de Gini para ingresos disponibles que rondan 0,25, como es el caso de los países escandinavos, hoy son mucho más bajos que en el pasado más lejano con independencia de cómo definamos las IPF. Concluyo esta digresión técnica con una breve ilustración de cómo las limitaciones a la desigualdad potencial afectan a las comparaciones internacionales. ¿Hasta qué punto se distribuyen de manera más desigual los ingresos disponibles en Estados Unidos que en

Suecia? Con unos Gini de alrededor de 0,23 a 0,38, podría decirse que la desigualdad en Estados Unidos es más o menos dos tercios mayor. Esta ratio no cambia si imponemos una IPF para establecer un máximo teórico: suponiendo una IPF relacionada con el PIB de 0,6 para ambos países, la tasa de extracción en Estados Unidos, cifrada en el 63 %, es dos tercios más alta que la de Suecia, situada en el 38 %. Sin embargo, el potencial para la desigualdad de ingresos no solo se limita por la parte alta. En las economías de mercado, la desigualdad de ingresos disponibles debe estar muy por encima de cero para mantener unos niveles altos de producción per cápita. La inserción de un Gini factible mínimo de, por ejemplo, 0,1, además del techo anterior de 0,6, crearía lo que podemos denominar un «espacio de posibilidad para la desigualdad» del 50 %. La desigualdad observada en Suecia abarca más o menos una cuarta parte de ese espacio, frente a algo más de la mitad en Estados Unidos. Este ajuste haría que la distribución de ingresos disponibles en Estados Unidos fuera al menos el doble de desigual en términos reales que la de Suecia.

BIBLIOGRAFÍA

- Aaberge, R. y Atkinson, A. B. 2010. «Top incomes in Norway». En Atkinson y Piketty, eds. 2010: 448-481.
- Abdullah, Abdul Jabbar, Doucouliagos, Hristos y Manning, Elizabeth. 2015. «Is there a Kuznets process in Southeast Asia?». *Singapore Economic Review* 60. doi:10.1142/S0217590815500174.
- Abelshauser, Werner. 1998. «Germany: guns, butter y economic miracles». En Harrison, ed. 1998b: 122-176.
- . 2011. *Deutsche Wirtschaftsgeschichte: von 1945 bis zur Gegenwart*. 2.^a ed. Múnich: C. H. Beck.
- Abul-Magd, Adel Y. 2002. «Wealth distribution in an ancient Egyptian society». *Physical Review E* 66: 057104, 1-3.
- Acemoglu, Daron y Autor, David. 2012. «What does human capital do? A review of Goldin and Katz's *The race between education and technology*». *Journal of Economic Literature* 50: 426-463.
- Acemoglu, Daron, Naidu, Suresh, Restrepo, Pascual y Robinson, James A. 2015. «Democracy, redistribution, and inequality». En Atkinson y Bourguignon, eds. 2015: 1883-1966.
- Acemoglu, Daron y Robinson, James A. 2000. «Why did the West extend the franchise? Democracy, inequality, and growth in historical perspective». *Quarterly Journal of Economics* 115: 1167-1199.
- . 2002. «The political economy of the Kuznets curve». *Review of Development Economics* 6: 183-203.
- . 2015. «The rise and decline of general laws of capitalism». *Journal of Economic Perspectives* 29: 3-28.
- Acosta, Pablo, Calderon, Cesar, Fajnzylber, Pablo y López, Humberto. 2008. «What is the impact of international remittances on poverty and inequality in Latin America?». *World Development* 36: 89-114.
- Adam, Hussein. 2008. *From tyranny to anarchy: the Somali experience*. Trenton, NJ: Red Sea Press.
- Adams, Robert McC. 1988. «Contexts of civilizational collapse: a Mesopotamian view». En Yoffee and Cowgill, eds. 1988: 20-43.
- Addison, Paul. 1994. *The road to 1945: British politics and the Second World War*. Rev.

- ed. Londres: Pimlico.
- Adema, Willem, Fron, Pauline y Ladaique, Maxime. 2014. «How much do OECD countries spend on social protection and how redistributive are their tax/benefit systems?» *International Social Security Review* 76: 1-25.
- Aftalion, Florin. 1990. *The French Revolution: an economic interpretation*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Aghion, Philippe, et al. 2016. «Innovation and top income inequality». Documento de trabajo de NBER n.º 21247.
- Aidt, Toke S. y Jensen, Peter S. 2011. «Workers of the world, unite! Franchise extensions and the threat of revolution in Europe, 1820-1938». Documento de trabajo de CESIFO 3417.
- Albertus, Michael. 2015. *Autocracy and redistribution: the politics of land reform*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Albuquerque Sant'Anna, André. 2015. «A spectre has haunted the West: did socialism discipline income inequality?». Documento de MPRA n.º 64756.
- Ales, Laurence, Kurnaz, Musab y Sleet, Christopher. 2015. «Technical change, wage inequality y taxes». *American Economic Review* 105: 3061-3101.
- Alesina, Alberto y Glaeser, Edward L. 2004. *Fighting poverty in the US and Europe: a world of difference*. Nueva York: Oxford University Press.
- Alfani, Guido. 2010. «Wealth inequalities and population dynamics in early modern Northern Italy». *Journal of Interdisciplinary History* 40: 513-549.
- . 2015. «Economic inequality in northwestern Italy: a long-term view (fourteenth to eighteenth centuries)». *Journal of Economic History* 75: 1058-1096.
- . 2016. «The rich in historical perspective: evidence for preindustrial Europe (ca. 1300-1800)». Documento del Innocenzo Gasparini Institute for Economic Research n.º 571.
- Alfani, Guido y Ammannati, Francesco. 2014. «Economic inequality and poverty in the very long run: the case of the Florentine state (late thirteenth to nineteenth century)». Documento de Dondena n.º 70, Università Bocconi, Milán.
- Alfani, Guido y di Tullio, Matteo. 2015. «Dinamiche di lungo periodo della disuguaglianza in Italia settentrionale: una nota di ricerca». Documento de Dondena n.º 71, Università Bocconi, Milán.
- Alfani, Guido y Ryckbosch, Wouter. 2015. «Was there a “Little Convergence” in inequality? Italy and the Low Countries compared, ca. 1500-1800». Innocenzo Gasparini Institute for Economic Research, documento n.º 557.
- Alfani, Guido y Sardone, Sergio. 2015. «Long-term trends in economic inequality in southern Italy. The kingdoms of Naples and Sicily, 16th-18th centuries: first results». Reunión anual de la Economic History Association en 2015, Nashville TN, 11-13 de septiembre de 2015.
- Allen, Robert C. 2001. «The great divergence in European wages and prices from the Middle Ages to the First World War». *Explorations in Economic History* 31: 411-447.
- . 2003. *Farm to factory: a reinterpretation of the Soviet industrial revolution*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- . 2009. «Engels' pause: technical change, capital accumulation y inequality in the British industrial revolution». *Explorations in Economic History* 46: 418-435.
- Allen, Robert C., Bassino, Jean-Pascal, Ma, Debin, Moll-Murata, Christine y van Zanden,

- Jan Luiten. 2011. «Wages, prices, and living standards in China, 1738-1925: in comparison with Europe, Japan y India». *Economic History Review* 64: S8-S38.
- Allison, Graham. 2014. «Just how likely is another world war? Assessing the similarities and differences between 1914 and 2014». *The Atlantic* 30 de julio de 2014. <http://www.theatlantic.com/international/archive/2014/07/just-how-likely-is-another-world-war/375320/>.
- Alvaredo, Facundo. 2010a. «The rich in Argentina over the twentieth century, 1932-2004». En Atkinson y Piketty, eds. 2010: 253-298.
- . «Top incomes and earnings in Portugal, 1936-2005». En Atkinson y Piketty, eds. 2010: 560-624.
- . 2011. «A note on the relationship between top income shares and the Gini coefficient». *Economics Letters* 110: 274-277.
- Alvaredo, Facundo, Atkinson, Anthony B., Piketty, Thomas y Saez, Emmanuel. 2013. «The top 1 percent in international and historical perspective». *Journal of Economic Perspectives* 27: 3-20.
- Alvaredo, Facundo y Gasparini, Leonardo. 2015. «Recent trends in inequality and poverty in developing countries». En Atkinson y Bourguignon, eds. 2015: 697-806.
- Alvaredo, Facundo y Piketty, Thomas. 2014. «Measuring top incomes and inequality in the Middle East: data limitations and illustration with the case of Egypt». Documento de la Escuela de Economía de París.
- Alvaredo, Facundo y Saez, Emmanuel. 2010. «Income and wealth concentration in Spain in a historical and fiscal perspective». En Atkinson y Piketty, eds. 2010: 482-559.
- Álvarez-Nogal, Carlos y Prados de la Escosura, Leandro. 2013. «The rise and fall of Spain (1270-1850)». *Economic History Review* 66: 1-37.
- Ammannati, Francesco. 2015. «La distribuzione della proprietà nella Lucchesia del tardo Medioevo (sec. XIV-XV)». Documento de Dondena n.º 73, Università Bocconi, Milán.
- Anand, Sudhir y Segal, Paul. 2015. «The global distribution of income». En Atkinson y Bourguignon, eds. 2015: 937-980.
- Andermahr, Anna Maria. 1998. *Totus in praediis: senatorischer Grundbesitz in Italien in der frühen und hohen Kaiserzeit*. Bonn, Alemania: Habelt.
- Anderson, Thomas P. 1971. *Matanza: El Salvador's communist revolt of 1932*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Andreski, Stanislav. 1968. *Military organization and society*. 2.^a ed. Berkeley: University of California Press.
- Andress, David, ed. 2015. *The Oxford handbook of the French Revolution*. Oxford: Oxford University Press.
- Andrews, Dan y Leigh yrew. 2009. «More inequality, less social mobility». *Applied Economics Letters* 16: 1489-1492.
- Ángeles, Luis. 2010. «An alternative test of Kuznets' hypothesis». *Journal of Economic Inequality* 8: 463-473.
- Anghelincu, Mircea. 2012. «On Palaeolithic social inequality: the funerary evidence». En Kogalniceanu, Raluca, Curca, Roxana-Gabriela, Gligor, Mihai y Stratton, Susan, eds., *Homines, funera, astra: proceedings of the international symposium on funeral anthropology 5-8 June 2011 "1 Decembrie 1918" University (Alba Iulia, Romania)*. Oxford: Archaeopress, 31-43.

- Aristázabal-Ramírez, María, Canavire-Bacarezza, Gustavo y Jetter, Michael. 2015. «Income inequality in Bolivia, Colombia y Ecuador: different reasons». Documento de trabajo.
- Arroyo Abad, Leticia. 2013. «Persistent inequality? Trade, factor endowments, and inequality in Republican Latin America». *Journal of Economic History* 73: 38-78.
- Arroyo Abad, Leticia, Davies, Elwyn y van Zanden, Jan Luiten. 2012. «Between conquest and independence: real wages and demographic change in Spanish America, 1530-1820». *Explorations in Economic History* 49: 149-166.
- Assunção, Juliano 2006. «Land reform and landholdings in Brazil». Documento de investigación de UNI-WIDER n.º 2006/137.
- Atkinson, Anthony B. 2007. «The distribution of top incomes in the United Kingdom 1908-2000». En Atkinson y Piketty, eds. 2007a: 82-140.
- . 2014a. «After Piketty?». *British Journal of Sociology* 65: 619-638.
- . 2014b. «The colonial legacy: income inequality in former British African colonies». Documento de trabajo de WIDER.
- . 2015. *Inequality: what can be done?* Cambridge, MA: Harvard University Press.
- . n.d. «Income distribution and taxation in Mauritius: a seventy-five year history of top incomes». Documento de trabajo.
- Atkinson, Anthony B. y Bourguignon, François, eds. 2000. *Handbook of income distribution*. Vol. 1. Ámsterdam: Elsevier.
- . 2015. *Handbook of income distribution*. Volúmenes 2A-B. Ámsterdam: North-Holland.
- Atkinson, Anthony B. y Brandolini, Andrea. 2004. «Global world income inequality: absolute, relative or intermediate?». Documento de trabajo www.iiw.org/papers/2004/brand.pdf.
- Atkinson, Anthony B. y Leigh, Andrew. 2013. «The distribution of top incomes in five Anglo-Saxon countries over the long run». *Economic Record* 89 (S1): 31-47.
- Atkinson, Anthony B. y Morelli, Salvatore. 2011. «Economic crises and inequality». Informes sobre desarrollo humano de UNDP 2011/06.
- Atkinson, Anthony B. y Morelli, Salvatore. 2014. «Chartbook of economic inequality». Documento n.º 324, ECINE: Society for the Study of Economic Inequality (también disponible en <http://www.chartbookofeconomicinequality.com>).
- Atkinson, Anthony B. y Piketty, T., eds. 2007a. *Top incomes over the twentieth century: a contrast between continental European and English-speaking countries*. Oxford: Oxford University Press.
- . 2007b. «Towards a unified data set on top incomes». En Atkinson y Piketty, eds. 2007a: 531-565.
- . 2010. *Top incomes: a global perspective*. Oxford: Oxford University Press.
- Atkinson, Anthony B. y Sogaard, Jakob E. 2016. «The long-run history of income inequality in Denmark». *Scandinavian Journal of Economics* 118: 264-291.
- Auerbach, Alan J. y Hassett, Kevin. 2015. «Capital taxation in the twenty-first century». *American Economic Review* 105: 38-42.
- Autor, David H. 2014. «Skills, education, and the rise of earnings inequality among the “other 99 percent”». *Science* 344: 843-850.
- . 2015. «Why are there still so many jobs? The history and future of workplace automation». *Journal of Economic Perspectives* 29: 3-30.

- Autor, David y Dorn, David. 2013. «The growth of low-skill service jobs and the polarization of the U.S. labor market». *American Economic Review* 103: 1553-1597.
- Autor, David, Levy, Frank y Murnane, Richard J. 2003. «The skill content of recent technological change: an empirical exploration». *Quarterly Journal of Economics* 116: 1279-1333.
- Autor, David, Manning, Alan y Smith, Christopher. 2010. «The contribution of the minimum wage to U.S. wage inequality over three decades: a reassessment». Documento de NBER n.º 16533.
- Bagchi, Sutirtha y Svejnar, Jan. 2015. «Does wealth inequality matter for growth? The effect of billionaire wealth, income distribution, and poverty». *Journal of Comparative Economics* 43: 505-530.
- Bagnall, Roger S. 1992. «Landholding in late Roman Egypt: the distribution of wealth». *Journal of Roman Studies* 82: 128-149.
- Balch, Stephen H. 2014. «On the fragility of the Western achievement». *Society* 51: 8-21.
- Banco Mundial. 2008. *Land reforms in Sri Lanka: a poverty and social impact analysis (PSIA)*. Washington, DC: World Bank.
- Banerjee, Abhijit y Piketty, Thomas. 2010. «Top Indian incomes, 1922-2000». En Atkinson y Piketty, eds. 2010: 1-39.
- Bang, Peter F., Bayly, Christopher A. y Scheidel, Walter, eds. Pendiente de publicación. *The Oxford world history of empire*. 2 vols. Nueva York: Oxford University Press.
- Bang, Peter F. y Turner, Karen. 2015. «Kingship and elite formation». En Scheidel 2015a: 11-38.
- Bank, Steven A., Stark, Kirk J. y Thorndike, Joseph J. 2008. *War and taxes*. Washington, DC: Urban Institute Press.
- Barbiera, Irene y Dalla Zuanna, Gianpiero. 2009. «Population dynamics in Italy in the Middle Ages: new insights from archaeological findings». *Population and Development Review* 35: 367-389.
- Barfield, Thomas J. 1989. *The perilous frontier: nomadic empires and China, 221 BC to AD 1757*. Cambridge, MA: Blackwell.
- Barker, Graeme. 2006. *The agricultural revolution in prehistory: why did foragers become farmers?* Oxford: Oxford University Press.
- Barker, John W. 2004. «Late Byzantine Thessalonike: a second city's challenges and responses». En Alice-Mary Talbot, ed., *Symposium on late Byzantine Thessalonike*. Washington, DC: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 5-33.
- Barraclough, Solon L. 1999. «Land reform in developing countries: the role of the state and other actors». Documento de debate de UNRISD n.º 101.
- Barrett, Anthony M., Baum, Seth D. y Hostetler, Kelly R. 2013. «Analyzing and reducing the risks of inadvertent nuclear war between the United States and Russia». *Science and Global Security* 21: 106-133.
- Bartels, Larry M. 2008. *Unequal democracy: the political economy of the new Gilded Age*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Bassino, Jean-Pascal, Fukao, Kyoji y Takashima, Masanori. 2014. «A first escape from poverty in late medieval Japan: evidence from real wages in Kyoto (1360-1860)». Documento de trabajo.
- Bassino, Jean-Pascal, Fukao, Kyoji, Settsu, Tokihiko y Takashima, Masanori. 2014.

- «Regional and personal inequality in Japan, 1850-1955». Documento de la conferencia «Accounting for the Great Divergence», Universidad de Warwick en Venice, 22-24 de mayo de 2014.
- Baten, Joerg y Mumme, Christina. 2013. «Does inequality lead to civil wars? A global long-term study using anthropometric indicators (1816-1999)». *European Journal of Political Economy* 32: 56-79.
- Baten, Joerg y Schulz, Rainer. 2005. «Making profits in wartime: corporate profits, inequality, and GDP in Germany during the First World War». *Economic History Review* 58: 34-56.
- Batten, Bruce. 1986. «Foreign threat and domestic reform: the emergence of the Ritsuryo state». *Monumenta Nipponica* 41: 199-219.
- Bauer, Michal, *et al.* 2016. «Can war foster cooperation?». Documento de trabajo de NBER n.º 22312.
- Bekar, Cliff T. y Reed, Clyde G. 2013. «Land markets and inequality: evidence from medieval England». *European Review of Economic History* 17: 294-317.
- Bentzel, Ragnar. 1952. *Inkomstfördelningen i Sverige*. Estocolmo: Victor Peterssons Bokindustri Aktiebolag.
- Bercé, Yves-Marie. 1987. *Revolt and revolution in early modern Europe: an essay on the history of political violence*. Manchester, Reino Unido: Manchester University Press.
- Bergh, Andreas. 2011. «The rise, fall and revival of the Swedish welfare state: what are the policy lessons from Sweden?». Documento de trabajo de IFN n.º 871.
- Bergh, Andreas y Henrekson, Magnus. 2011. «Government size and growth: a survey and interpretation of the evidence». *Journal of Economic Surveys* 25: 872-897.
- Bergh, Andreas y Nilsson, Therese. 2010. «Do liberalization and globalization increase income inequality?». *European Journal of Political Economy* 26: 488-505.
- Berkowitz, Edward y McQuaid, Kim. 1988. *Creating the welfare state: the political economy of twentieth-century reform*. 2.ª ed. Nueva York: Praeger.
- Bernhardt, Kathryn. 1992. *Rents, taxes y peasant resistance: the Lower Yangzi region, 1840-1950*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Bertelsmann Stiftung. 2012. *BTI 2012—Cuba country report*. Gütersloh, Alemania: Bertelsmann Stiftung.
- Bértola, Luis, Castelnovo, Cecilia, Rodríguez, Javier y Willebald, Henry. 2009. «Income distribution in the Latin American Southern Cone during the first globalization boom and beyond». *International Journal of Comparative Sociology* 50: 452-485.
- Bértola, Luis y Ocampo, José Antonio. 2012. *The economic development of Latin America since independence*. Oxford: Oxford University Press.
- Besley, Timothy y Persson, Torsten. 2014. «Why do developing countries tax so little?». *Journal of Economic Perspectives* 28 (4): 99-120.
- Beveridge, Sir William. 1942. *Social insurance and allied services*. Londres: His Majesty's Stationery Office.
- Biehl, Peter F. y Marciniak, Arkadiusz. 2000. «The construction of hierarchy: rethinking the Copper Age in southeastern Europe». En Diehl, Michael W., ed., *Hierarchies in action: cui bono?* Center for Archaeological Investigations, documento ocasional n.º 27: 181-209.
- Bircan, Cagatay, Brück, Tilman y Vothknecht, Marc. 2010. «Violent conflict and

- inequality». Documento de debate de DIW n.º 1013.
- Bivens, Josh y Mishel, Lawrence. 2013. «The pay of corporate executives and financial professionals as evidence of rents in top 1 percent incomes». *Journal of Economic Perspectives* 27: 57-77.
- Björklund, Anders y Jäntti, Markus. 2009. «Intergenerational income mobility and the role of family background». En Salverda, Nolan y Smeeding, eds. 2009: 491-521.
- Blanton, Richard. 1998. «Beyond centralization: steps toward a theory of egalitarian behavior in archaic states». En Feinman, Gary M. y Marcus, Joyce, eds., *Archaic states*. Santa Fe: School of American Research, 135-172.
- Blanton, Richard y Fargher, Lane. 2008. *Collective action in the formation of pre-modern states*. Nueva York: Springer.
- Blanton, Richard E., Kowalewski, Stephen A., Feinman, Gary M. y Finsten, Laura M. 1993. *Ancient Mesoamerica: a comparison of change in three regions*. 2.ª ed. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Blickle, Peter. 1983. *Die Revolution von 1525*. 2.ª ed. Múnich: Oldenbourg.
- . 1988. *Unruhen in der ständischen Gesellschaft 1300-1800*. Múnich: Oldenbourg.
- Blum, Jerome. 1957. «The rise of serfdom in Eastern Europe». *American Historical Review* 62: 807-836.
- Blume, Lawrence E. y Durlauf, Steven N. 2015. «Capital in the twenty-first century: a review essay». *Journal of Political Economy* 123: 749-777.
- Bodde, Derk. 1986. «The state and empire of Ch'in». En Twitchett y Loewe, eds. 1986: 20-102.
- Boehm, Christopher. 1999. *Hierarchy in the forest: the evolution of egalitarian behavior*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Boix, Carles. 2015. *Political order and inequality: their foundation and their consequences for human welfare*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Boix, Carles y Rosenbluth, Frances. 2014. «Bones of contention: the political economy of height inequality». *American Political Science Review* 108: 1-22.
- Bonica, Adam, McCarty, Nolan, Poole, Keith T. y Rosenthal, Howard. 2013. «Why hasn't democracy slowed rising inequality?». *Journal of Economic Perspectives* 27: 103-123.
- Bonnet, Odran, Bono, Pierre-Henri, Chapelle, Guillaume y Wasmer, Etienne. 2014. «Does housing capital contribute to inequality? A comment on Thomas Piketty's *Capital in the 21st century*». SciencesPo, Department of Economics, Discussion Paper 2014-07.
- Bordo, Michael D. y Meissner, Christopher M. 2011. «Do financial crises always raise inequality? Some evidence from history». Documento de trabajo.
- Borgerhoff Mulder, Monique, et al. 2009. «Intergenerational wealth transmission and the dynamics of inequality in small-scale societies». *Science* 326: 682-688, con material de apoyo en www.sciencemag.org/cgi/content/full/326/5953/682/DC1.
- Borsch, Stuart J. 2005. *The Black Death in Egypt and England: a comparative study*. Austin: University of Texas Press.
- Boserup, Ester. 1965. *The conditions of agricultural growth: the economics of agrarian change under population pressure*. Londres: Allen and Unwin.
- . 1981. *Population and technological change: a study of long-term trends*. Chicago: University of Chicago Press.
- Bostrom, Nick. 2003. «Human genetic enhancements: a transhumanist perspective».

- Journal of Value Inquiry* 37: 493-506.
- . 2014. *Superintelligence: paths, dangers, strategies*. Oxford: Oxford University Press.
- Bosworth, Barry, Burtless, Gary y Zhang, Kan. 2016. «Later retirement, inequality in old age, and the growing gap in longevity between rich and poor». Washington, DC: Brookings Institution.
- Bourguignon, François. 2015. *The globalization of inequality*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Bower, John M. 2001. *The politics of «Pearl»: court poetry in the age of Richard II*. Woodbridge, Reino Unido: Boydell and Brewer.
- Bowles, Samuel. 2006. «Group competition, reproductive leveling and the evolution of human altruism». *Science* 314: 1569-1572.
- . 2012a. *The new economics of inequality and redistribution*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- . 2012b. «Warriors, levelers y the role of conflict in human social evolution». *Science* 336: 876-879.
- . 2015. «Political hierarchy, economic inequality & the first Southwest Asian farmers». Documento de trabajo de SFI 2015-06-015.
- Bowles, Samuel y Choi, Jung-Kyoo. 2013. «Coevolution of farming and private property during the early Holocene». *Proceedings of the National Academy of Sciences* 110: 8830-8835.
- Bowles, Samuel y Gintis, Herbert. 2002. «The inheritance of inequality». *Journal of Economic Perspectives* 16: 3-30.
- Bowman, Alan K. 1985. «Landholding in the Hermopolite nome in the fourth century AD». *Journal of Roman Studies* 75: 137-163.
- Bracken, Paul. 2012. *The second nuclear age: strategy, danger y the new power politics*. Nueva York: Times Books.
- Brady, David y Finnigan, Ryan. 2014. «Does immigration undermine public support for social policy?». *American Sociological Review* 79: 17-42.
- Brandolini, Andrea y Smeeding, Timothy M. 2009. «Income inequality in richer and OECD countries». En Salverda, Nolan y Smeeding, eds. 2009: 71-100.
- Brandolini, Andrea y Vecchi, Giovanni. 2011. «The well-being of Italians: a comparative historical approach». *Quaderni di Storia Economica (Documento de trabajo)*, n.º 19.
- Brandt, Loren y Sands, Barbara. 1992. «Land concentration and income distribution in Republican China». En Rawski, Thomas G. y Li, Lillian M., eds., *Chinese history in economic perspective*. Berkeley: University of California Press, 179-207.
- Brenner, Y. S., Kaelble, Hartmut y Thomas, Mark, eds. 1991. *Income distribution in historical perspective*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Briggs, Asa. 1961. «The welfare state in historical perspective». *European Journal of Sociology* 2: 221-258.
- Britnell, Richard. 2004. *Britain and Ireland 1050-1500: economy and society*. Oxford: Oxford University Press.
- Broadberry, Stephen y Gupta, Bishnupriya. 2006. «The early modern great divergence: wages, prices and economic development in Europe and Asia, 1500-1800». *Economic History Review* 59: 2-31.
- Broadberry, Stephen y Harrison, Mark, eds. 2005a. *The economics of World War I*.

- Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- . 2005b. «The economics of World War I: an overview». En Broadberry y Harrison, eds. 2005a: 3-40.
- Broadberry, Stephen y Howlett, Peter. 2005. «The United Kingdom during World War I: business as usual?». En Broadberry y Harrison, eds. 2005a: 206-234.
- Brown, Peter. 2012. *Through the eye of a needle: wealth, the fall of Rome y the making of Christianity in the West, 350-550 AD*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Brown, T. S. 1984. *Gentlemen and officers: imperial administration and aristocratic power in Byzantine Italy A.D. 554-800*. Roma: British School at Rome.
- Brown, Kyle S., et al. 2012. «An early and enduring advanced technology originating 71,000 years ago in South Africa». *Nature* 491: 590-593.
- Brownlee, W. Elliot. 2004. *Federal taxation in America: a short history*. 2.^a ed. Washington, DC: Woodrow Wilson Center Press.
- Broeckner, Markus y Lederman, Daniel. 2015. «Effects of income inequality on aggregate output». Documento de debate de la política del Banco Mundial n.º 7317.
- Brynjolfsson, Erik y McAfee, Andrew. 2014. *The second machine age: work, progress y prosperity in a time of brilliant technologies*. Nueva York: Norton.
- Buffett, Warren E. 2011. «Stop coddling the super-rich». *New York Times* 15 de agosto de 2011: A21.
- Burbank, Jane y Cooper, Frederick. 2010. *Empires in world history: geographies of power, politics of difference*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Burgers, Peter. 1993. «Taxing the rich: confiscation and the financing of the Claudian Principate (AD 41-54)». *Laverna* 4: 55-68.
- Byrne, Joseph P. 2006. *Daily life during the Black Death*. Westport, CT: Greenwood Press.
- Campbell, Bruce M. S. 2008. «Benchmarking medieval economic development: England, Wales, Scotland, and Ireland, c. 1290». *Economic History Review* 61: 896-945.
- Campos-Vazquez, Raymundo y Sobarzo, Horacio. 2012. *The development and fiscal effects of emigration on Mexico*. Washington, DC: Migration Policy Institute.
- Canbakal, Hülya. 2012. «Wealth and inequality in Ottoman Bursa, 1500-1840». Documento de la conferencia «New perspectives in Ottoman economic history», Universidad de Yale, 9-10 de noviembre de 2012.
- Canbakal, Hülya y Filiztekin, Alpay. 2013. «Wealth and inequality in Ottoman lands in the early modern period». Documento de la conferencia «AALIMS – Rice University conference on the political economy of the Muslim world», 4-5 de abril de 2013.
- Card, David. 2009. «Immigration and inequality». *American Economic Review* 99: 1-21.
- Carneiro, Robert L. 1970. «A theory of the origin of the state». *Science* 169: 733-738.
- . 1988. «The circumscription theory: challenge and response». *American Behavioral Scientist* 31: 497-511.
- Cartledge, Paul y Spawforth, Antony. 1989. *Hellenistic and Roman Sparta: a tale of two cities*. Londres: Routledge.
- Cederman, Lars-Erik, Weidmann, Nils B. y Skrede, Kristian. 2011. «Horizontal inequalities and ethnonationalist civil war: a global comparison». *American Political Science Review* 105: 478-495.
- Center for Genetics and Society. 2015. «Extreme genetic engineering and the human future: reclaiming emerging biotechnologies for the common good». Center for

- Genetics and Society.
- Cerman, Markus. 2012. *Villagers and lords in Eastern Europe, 1300-1800*. Basingstoke, Reino Unido: Palgrave Macmillan.
- Champlin, Edward. 1980. «The Volcei land register (CIL X 407)». *American Journal of Ancient History* 5: 13-18.
- Cherry, John F. y Davis, Jack L. 2007. «An archaeological homily». En Galaty y Parkinson, eds. 2007b: 118-127.
- Chetty, Raj, et al. 2014. «Is the United States still a land of opportunity? Recent trends in intergenerational mobility.» *American Economic Review* 104: 141-147.
- Christian, David. 2004. *Maps of time: an introduction to Big History*. Berkeley: University of California Press.
- Ch'ü, T'ung-tsu. 1972. *Han social structure*. Seattle: University of Washington Press.
- Church, George y Regis, ed. 2014. *Regenesi: how synthetic biology will reinvent nature and ourselves*. Nueva York: Basic Books.
- Cingano, Federico. 2014. «Trends in income inequality and its impact on economic growth». Documento de trabajo Social, Empleo y Migración de la OCDE n.º 163.
- Cioffi-Revilla, Claudio, Rogers, J. Daniel, Wilcox, Steven P. y Alterman, Jai. 2011. «Computing the steppes: data analysis for agent-based models of polities in Inner Asia». En Brosseder, Ursula y Miller, Bryan K., eds., *Xiongnu archaeology: multidisciplinary perspectives of the first steppe empire in Inner Asia*. Bonn, Alemania: Rheinische Friedrich-Wilhelms-Universität Bonn, 97-110.
- Claessen, Henry J. M. y Skalník, Peter. 1978a. «The early state: models and reality». En Claessen y Skalník, eds. 1978b: 637-650.
- Claessen, Henry J. M. y Skalník, Peter, eds. 1978b. *The early state*. La Haya: De Gruyter.
- Clark yrew E. y D'Ambrosio, Conchita. 2015. «Attitudes to income inequality: experimental and survey evidence». En Atkinson y Bourguignon, eds. 2015: 1147-1208.
- Clark, Gregory. 2007a. *A farewell to alms: a brief economic history of the world*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- . 2007b. «The long march of history: farm wages, population y economic growth, England 1209-1869». *Economic History Review* 60: 97-135.
- . 2014. *The son also rises: surnames and the history of social mobility*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Clarke, Walter S. y Gosende, Robert. 2003. «Somalia: can a collapsed state reconstitute itself ?». En Rotberg, Robert I., ed., *State failure and state weakness in a time of terror*. Washington, DC: Brookings Institution Press, 129-158.
- Clausewitz, Carl von. 1976. *On war*. Trad. Peter Paret y Michael Howard. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Cline, Eric C. 2014. *1177 B.C.: the year civilization collapsed*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Cobham, Alex y Sumner yy. 2014. «Is inequality all about the tails? The Palma measure of income inequality». *Significance* 11 (1): 10-13.
- Coe, Michael D. 2003. *Angkor and the Khmer civilization*. Nueva York: Thames and Hudson.
- . 2005. *The Maya*. 7th ed. Nueva York: Thames and Hudson.
- Cohen, Joel. 1995. *How many people can the earth support?* Nueva York: W. W. Norton.

- Cohen, Ronald. 1978. «State origins: a reappraisal». En Claessen y Skalník, eds. 1978b: 31-75.
- Cohn, Samuel K., Jr. 2004. *Popular protest in late medieval Europe: Italy, France y Flanders*. Manchester, Reino Unido: Manchester University Press.
- . 2006. *Lust for liberty. The politics of social revolt in medieval Europe, 1200-1425: Italy, France y Flanders*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Coleman, David. 2006. «Immigration and ethnic change in low-fertility countries: a third demographic transition». *Population and Development Review* 32: 401-446.
- Collier, Paul y Hoeffler, Anke. 2004. «Greed and grievance in civil war». *Oxford Economic Papers* 56: 563-595.
- Collins, Chuck y Hoxie, Josh. 2015. «Billionaire bonanza: the Forbes 400... and the rest of us». Washington, DC: Institute for Policy Studies.
- Comisión Económica para Latinoamérica y el Caribe (ECLAC) 2015. *Latin America and the Caribbean in the world economy, 2015*. Santiago, Chile: United Nations.
- Comisión Europea. 2007. *Europe's demographic future: facts and figures on challenges and opportunities*. Luxemburgo: Office for Official Publications of the European Communities.
- . 2013. «Demography and inequality: how Europe's changing population will impact on income inequality». http://europa.eu/epic/studies-reports/docs/eaf_policy_brief_-_demography_and_inequality_final_version.pdf.
- . 2015. *The 2015 aging report: economic and budgetary projections for the 28 EU member states (2013-2060)*. Luxemburgo: Publications Office of the European Union.
- Consejo estatal. 2013. «Some opinions on deepening the reform of the system of income distribution». http://www.gov.cn/zwggk/2013-02/05/content_2327531.htm.
- Canyon, Martin J., He, Lerong y Zhou, Xin. 2015. «Star CEOs or political connections? Evidence from China's publicly traded firms». *Journal of Business Finance and Accounting* 42: 412-443.
- Cook, Noble David. 1998. *Born to die: disease and the New World conquest, 1492-1650*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Cooney, Kathlyn M. 2011. «Changing burial practices at the end of the New Kingdom: defensive adaptations in tomb commissions, coffin commissions, coffin decoration, and mummification». *Journal of the American Research Center in Egypt* 47: 3-44.
- Corak, Miles. 2013. «Income inequality, equality of opportunity y intergenerational mobility.» *Journal of Economic Perspectives* 27: 79-102.
- Cornia, Giovanni Andrea, ed. 2014a. *Falling inequality in Latin America: policy changes and lessons*. Oxford: Oxford University Press.
- . 2014b. «Inequality trends and their determinants: Latin America over the period 1990-2010». En Cornia, ed. 2014a: 23-48.
- . 2014c. «Recent distributive changes in Latin America: an overview». En Cornia, ed. 2014a: 3-22.
- Courtois, Stéphane. 1999. «Introduction: the crimes of communism». En Courtois *et al.* 1999: 1-31.
- Courtois, Stéphane, Werth, Nicolas, Panné, Jean-Louis, Paczkowski, Andrzej, Bartosek, Karel y Margolin, Jean-Louis. 1999. *The black book of communism: crimes, terror, repression*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

- Cowell, Frank A. y Flachaire, Emmanuel. 2015. «Statistical methods for distributional analysis». En Atkinson y Bourguignon, eds. 2015: 359-465.
- Cowen, Deborah. 2008. *Military workfare: the soldier and social citizenship in Canada*. Toronto: University of Toronto Press.
- Cowgill, George. 2015. *Ancient Teotihuacan: early urbanism in central Mexico*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Crafts, Nicholas y Mills, Terence C. 2009. «From Malthus to Solow: how did the Malthusian economy really end?». *Journal of Macroeconomics* 31: 68-93.
- Credit Suisse. 2014. *Global wealth report*. Zurich: Credit Suisse AG. Credit Suisse. 2015. *Global wealth report*. Zürich: Credit Suisse AG.
- Crivellaro, Elena. 2014. «College wage premium over time: trends in Europe in the last 15 years». Ca' Foscari Universidad de Venecia, Departamento de Economía, documento de trabajo n.º 03/WP/2014.
- Crone, Patricia. 2003. *Pre-industrial societies: anatomy of the pre-modern world*. 2.^a ed. Oxford: Oneworld Publications.
- Cronin, James E. 1991. *The politics of state expansion: war, state and society in twentieth-century Britain*. Londres: Routledge.
- Crosby, Alfred. 1972. *The Columbian exchange: biological and cultural consequences of 1492*. Westport, CT: Westview Press.
- . 2004. *Ecological imperialism: the biological expansion of Europe, 900-1900*. 2.^a ed. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Culbert, T. Patrick, ed. 1973. *The Classic Maya collapse*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Culbert, T. Patrick. 1988. «The collapse of classic Maya civilization». En Yoffee y Cowgill, eds. 1988: 69-101.
- Dabla-Norris, Era, et al. 2015. «Causes and consequences of income inequality: a global perspective». Nota de debate del FMI.
- D'Amuri, Francesco y Peri, Giovanni. 2014. «Immigration, jobs y employment protection: evidence from Europe before and after the Great Recession». *Journal of the European Economic Association* 12: 432-464.
- Davies, John K. 1971. *Athenian propertied families, 600-300 B.C.* Oxford: Oxford University Press.
- . 1981. *Wealth and the power of wealth in classical Athens*. Nueva York: Ayer.
- Davies, R. W. 1998. *Soviet economic development from Lenin to Khrushchev*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Davis, Gerald F. y Kim, Suntae. 2015. «Financialization of the economy». *Annual Review of Sociology* 41: 203-221.
- De Ferranti, David, Perry, Guillermo E., Ferreira, Francisco H. G. y Walton, Michael. 2004. *Inequality in Latin America: breaking with history?* Washington, DC: World Bank.
- Deger-Jalkotzy, Sigrid. 2008. «Decline, destruction, aftermath». En Shelmerdine, ed. 2008: 387-416.
- Deininger, Klaus y Squire, Lyn. 1998. «New ways of looking at old issues: inequality and growth». *Journal of Development Economics* 57: 259-287.
- De Jong, Herman. 2005. «Between the devil and the deep blue sea: the Dutch economy

- during World War I». En Broadberry y Harrison, eds. 2005a: 137-168.
- De Ligt, Luuk y Garnsey, Peter. 2012. «The album of Herculaneum and a model of the town's demography». *Journal of Roman Archaeology* 24: 69-94.
- Dell, Fabien. 2005. «Top incomes in Germany and Switzerland over the twentieth century». *Journal of the European Economic Association* 3: 412-421.
- . 2007. «Top incomes in Germany throughout the twentieth century: 1891-1998». En Atkinson y Piketty, eds. 2007a: 365-425.
- Dell, F., Piketty, F. y Saez, E. 2007. «Income and wealth concentration in Switzerland over the twentieth century». En Atkinson y Piketty, eds. 2007a: 472-500.
- Demarest, Arthur A. 2006. *The Petexbatun regional archaeological project: a multidisciplinary study of the Maya collapse*. Nashville, TN: Vanderbilt University Press.
- Demarest, Arthur A., Rice, Prudence M. y Rice, Don S., eds. 2004a. «The Terminal Classic in the Maya lowlands: assessing collapse, terminations y transformations». En Demarest, Rice y Rice, eds. 2004b: 545-572.
- . 2004b. *The Terminal Classic in the Maya lowlands: collapse, transition y transformation*. Boulder: University Press of Colorado.
- Deng, Gang. 1999. *The premodern Chinese economy: structural equilibrium and capitalist sterility*. Londres: Routledge.
- Departamento de Estado. 1946. *Occupation of Japan: policy and progress*. Washington, DC: U.S. Government Printing Office.
- D'Errico, Francesco y Vanhaeren, Marian. 2016. «Upper Palaeolithic mortuary practices: reflection of ethnic affiliation, social complexity y cultural turnover». En Renfrew, Colin, Boyd, Michael J. y Morley, Iain, eds., *Death rituals, social order and the archaeology of immortality in the ancient world: «death shall have no dominion»*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 45-64.
- De Vries, Jan. 1984. *European urbanization, 1500-1800*. Londres: Methuen.
- De Vries, Jan y Van der Woude, Ad. 1997. *The first modern economy: success, failure y perseverance of the Dutch economy, 1500-1815*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Diamond, Jared. 1997. *Guns, germs, and steel: the fates of human societies*. Nueva York: W. W. Norton.
- . 2005. *Collapse: how societies choose to fail or succeed*. Nueva York: Viking.
- Dikötter, Frank. 2013. *The tragedy of liberation: a history of the Chinese revolution, 1945-1957*. Nueva York: Bloomsbury.
- Diskin, Martin. 1989. «El Salvador: reform prevents change». En Thiesenhausen, ed. 1989b: 429-450.
- Dobado González, Rafael y García Montero, Héctor. 2010. «Colonial origins of inequality in Hispanic America? Some reflections based on new empirical evidence». *Revista de historia económica* 28: 253-277.
- Dobson, R. B. 1983. *The peasants' revolt of 1381*. 2.^a ed. Londres: Macmillan.
- Docquier, Frederic, Ozden, Caglar y Peri, Giovanni. 2014. «The labour market effects of immigration and emigration in OECD countries». *Economic Journal* 124: 1106-1145.
- Dols, Michael W. 1977. *The Black Death in the Middle East*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

- Dore, R. P. 1984. *Land reform in Japan*. Londres: Athlone Press.
- Doyle, Michael. 1986. *Empires*. Ithaca: Cornell University Press.
- Doyle, William. 2009. *Aristocracy and its enemies in the age of revolution*. Oxford: Oxford University Press.
- Draper, Nicholas. 2010. *The price of emancipation: slave-ownership, compensation and British society at the end of slavery*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Drexler, Madeline. 2009. *Emerging epidemics: the menace of new infections*. Nueva York: Penguin.
- Drinkwater, John F. 1992. «The bacaudae of fifth-century Gaul». En Drinkwater, John y Elton, Hugh, eds., *Fifth-century Gaul: a crisis of identity?* Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 208-217.
- Dubreuil, Benoît. 2010. *Human evolution and the origins of hierarchies: the state of nature*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Duch, Raymond M. y Rueda, David. 2014. «Generosity among friends: population homogeneity, altruism and insurance as determinants of redistribution?». Documento de trabajo.
- Dumke, Rolf. 1991. «Income inequality and industrialization in Germany, 1850-1913: the Kuznets hypothesis re-examined». En Brenner, Kaelble y Thomas, eds. 1991: 117-148.
- Duncan-Jones, Richard. 1982. *The economy of the Roman empire: quantitative studies*. 2.^a ed. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- . 1994. *Money and government in the Roman empire*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- . 1996. «The impact of the Antonine plague». *Journal of Roman Archaeology* 9: 108-136.
- Dunn, Alastair. 2004. *The peasants' revolt: England's failed revolution of 1381*. Stroud: Tempus.
- Durevall, Dick y Henrekson, Magnus. 2011. «The futile quest for a grand explanation of long-run government expenditure». *Journal of Public Economics* 95: 708-722.
- Du Rietz, Gunnar, Henrekson, Magnus y Waldenström, Daniel. 2012. «The Swedish inheritance and gift taxation, 1885-2004». Documento de trabajo de IFN 936.
- Du Rietz, Gunnar, Johansson, Dan y Stenkula, Mikael. 2013. «The evolution of Swedish labor income taxation in a 150-year perspective: an in-depth characterization». Documento de trabajo de IFN n.º 977.
- . 2014. «A 150-year perspective on Swedish capital income taxation». Documento de trabajo de IFN n.º 1004.
- Dutton, Paul V. 2002. *Origins of the French welfare state*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Dyer, Christopher. 1998. *Standards of living in the later Middle Ages: social change in England c. 1200-1520*. Rev. ed. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Easterly, William. 2007. «Inequality does cause underdevelopment: insights from a new instrument». *Journal of Development Economics* 84: 755-776.
- Ebrey, Patricia. 1986. «The economic and social history of Later Han». En Twitchett y Loewe, eds. 1986: 608-648.
- Economist Intelligence Unit. 2014. «Economic challenges in Somaliland».

- <http://country.eiu.com/Somalia/ArticleList/Updates/Economy>.
- Edo, Anthony y Toubal, Farid. 2015. «Selective immigration policies and wages inequality». *Review of International Economics* 23: 160-187.
- Ehrenreich, Robert M., Crumley, Carole L. y Levy, Janet E., eds. 1995. *Heterarchy and the analysis of complex societies*. Washington, DC: American Anthropological Association.
- Eidelberg, Philip Gabriel. 1974. *The great Rumanian peasant revolt of 1907: origins of a modern jacquerie*. Leiden, Holanda: Brill.
- Eika, Lasse, Mogstad, Magne y Zafar, Basit. 2014. «Educational assortative mating and household income inequality».
- Eisenstadt, Shmuel N. 1993. *The political systems of empires*. Pb. ed. New Brunswick: Transaction Publishers.
- Elhaik, Eran, et al. 2014. «The “extremely ancient” chromosome that isn’t: a forensic investigation of Albert Perry’s X-degenerate portion of the Y chromosome». *European Journal of Human Genetics* 22: 1111-1116.
- Elton, Hugh. 2007. «Military forces». En Sabin, van Wees y Whitby, eds. 2007: 270-309.
- Elvin, Mark. 1973. *The pattern of the Chinese past*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Esmonde Cleary, Simon. 1989. *The ending of Roman Britain*. Londres: Routledge.
- Estevez-Abe, Margarita. 2008. *Welfare and capitalism in postwar Japan: party, bureaucracy y business*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Faik, Jürgen. 2012. «Impacts of an ageing society on macroeconomics and income inequality—the case of Germany since the 1980s». Documento de trabajo de ECINEQ 2012-272.
- Falkenhausen, Lothar von. 2006. *Chinese society in the age of Confucius (1000-250 BC): the archaeological evidence*. Los Ángeles: Cotsen Institute of Archaeology.
- Farber, Samuel. 2011. *Cuba since the revolution of 1959: a critical assessment*. Chicago: Haymarket Books.
- Farris, William Wayne. 1993. *Heavenly warriors: the evolution of Japan’s military, 500-1300*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Fearon, James D. y Laitin, David. 2003. «Ethnicity, insurgency, and civil war». *American Political Science Review* 97: 75-90.
- Feinstein, Charles. 1988. «The rise and fall of the Williamson curve». *Journal of Economic History* 48: 699-729.
- Ferguson, Niall. 1999. *The pity of war: explaining World War I*. Nueva York: Basic Books.
- Fernandez, Eva y Santiago-Caballero, Carlos. 2013. «Economic inequality in Madrid, 1500-1840». Documento de trabajo. http://estructuraehistoria.unizar.es/personal/vpinilla/documents/Fernandez_Santiago.pdf
- Figes, Orlando. 1997. *A people’s tragedy: the Russian revolution 1891-1924*. Londres: Pimlico.
- Findlay, Ronald y Lundahl, Mats. 2006. «Demographic shocks and the factor proportion model: from the plague of Justinian to the Black Death». En Findlay, Ronald, Henriksson, Rolf G. H., Lindgren, Hakan y Lundahl, Mats, eds., *Eli Heckscher, international trade. and economic history*. Cambridge, MA: MIT Press, 157-198.
- Fine, John V. A. 1987. *The late medieval Balkans: a critical survey from the late twelfth*

- century to the Ottoman conquest*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Finlayson, Bill y Warren, Graeme M. 2010. *Changing natures: hunter-gatherers, first farmers and the modern world*. Londres: Duckworth.
- Finseraas, Henning. 2012. «Poverty, ethnic minorities among the poor, and preferences for redistribution in European regions». *Journal of European Social Policy* 22: 164-180.
- Fisher, Jonathan D., Johnson, David S. y Smeeding, Timothy M. 2013. «Measuring the trends in inequality of individuals and families: income and consumption». *American Economic Review* 103: 184-188.
- Fitzgerald, F. Scott. 1926. «The rich boy». *Red Magazine* enero/febrero de 1926. <http://gutenberg.net.au/fsf/THE-RICH-BOY.html>.
- Flakierski, Henryk. 1992. «Changes in income inequality in the USSR». En Aslund yers, ed., *Market socialism or the restoration of capitalism?* Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 172-193.
- Flannery, Kent y Marcus, Joyce. 2012. *The creation of inequality: how our prehistoric ancestors set the stage for monarchy, slavery y empire*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Fochesato, Mattia y Bowles, Samuel. 2015. «Nordic exceptionalism? Social democratic egalitarianism in world-historic perspective». *Journal of Public Economics* 127: 30-44.
- Ford, Martin. 2015. *Rise of the robots: technology and the threat of a jobless future*. Nueva York: Basic Books.
- Formicola, Vincenzo. 2007. «From the Sungir children to the Romito dwarf: aspects of the Upper Paleolithic funerary landscape». *Current Anthropology* 48: 446-453.
- Förster, Michael F. y Tóth, István György. 2015. «Cross-country evidence of the multiple causes of inequality changes in the OECD área». En Atkinson y Bourguignon, eds. 2015: 1729-1843.
- Fortun Vargas, Jonathan M. 2012. «Declining inequality in Bolivia: how and why». Documento de MPRA n.º 41208.
- Foster, Benjamin R. 2016. *The age of Agade: inventing empire in ancient Mesopotamia*. Londres: Routledge.
- Fourquin, Guy. 1978. *The anatomy of popular rebellion in the Middle Ages*. Ámsterdam: North-Holland.
- Foxhall, Lin. 1992. «The control of the Attic landscape». En Wells, ed. 1992: 155-159.
- Foxhall, Lin. 2002. «Access to resources in classical Greece: the egalitarianism of the polis in practice». En Cartledge, Paul, Cohen, Edward E. y Foxhall, Lin, eds., *Money, labour and land: approaches to the economies of ancient Greece*. Londres: Routledge, 209-220.
- Frankema, Ewout. 2012. «Industrial wage inequality in Latin America in global perspective, 1900-2000». *Studies in Comparative International Development* 47: 47-74.
- Frankfurt, Harry G. 2015. *On inequality*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Fraser, Derek. 2009. *The evolution of the British welfare state: a history of social policy since the Industrial Revolution*. Basingstoke, Reino Unido: Palgrave Macmillan.
- Frazer, Garth. 2006. «Inequality and development across and within countries». *World Development* 34: 1459-1481.
- Freeland, Chrystia. 2012. *Plutocrats: the rise of the new global super-rich and the fall of everyone else*. Nueva York: Penguin.

- Freeman, Richard B. 2009. «Globalization and inequality». En Salverda, Nolan y Smeeding, eds. 2009: 575-598.
- Freu, Christel. 2015. «Labour status and economic stratification in the Roman world: the hierarchy of wages in Egypt». *Journal of Roman Archaeology* 28: 161-177.
- Frey, Carl Benedikt y Osborne, Michael A. 2013. «The future of employment: how susceptible are jobs to computerization?». Documento de trabajo de Oxford Martin School.
- Frier, Bruce W. 2001. «More is worse: some observations on the population of the Roman empire». En Scheidel, Walter, ed., *Debating Roman demography*. Leiden, Holanda: Brill, 139-159.
- Frydman, Carola y Molloy, Raven. 2012. «Pay cuts for the boss: executive compensation in the 1940s». *Journal of Economic History* 72: 225-251.
- Fuentes-Nieva, Ricardo y Galasso, Nick. 2014. «Working for the few: political capture and economic inequality». Oxford: Oxfam.
- Fuks, Alexander. 1984. *Social conflict in ancient Greece*. Jerusalén: Magnes Press.
- Fukuyama, Francis. 2011. *The origins of political order: from prehuman times to the French Revolution*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- Furceri, Davide y Karras, Georgios. 2011. «Tax design in the OECD: a test of the Hines-Summers hypothesis». *Eastern Economic Journal* 37: 239-247.
- Fussell, Paul. 1989. *Wartime: understanding and behavior in the Second World War*. Nueva York: Oxford University Press.
- Gabaix, Xavier y Landier, Augustin. 2008. «Why has CEO pay increased so much?». *Quarterly Journal of Economics* 121: 49-100.
- Gabaix, Xavier, Landier, Augustin y Sauvagnat, Julien. 2014. «CEO pay and firm size: an update after the crisis». *Economic Journal* 124: F40-F59.
- Galassi, Francesco y Harrison, Mark. 2005. «Italy at war, 1915-1918». En Broadberry y Harrison, eds. 2005a: 276-309.
- Galaty, Michael L. y Parkinson, William A. 2007a. «2007 introduction: Mycenaean palaces rethought». En Galaty y Parkinson, eds. 2007b: 1-17.
- . 2007b. *Rethinking Mycenaean palaces II*. Rev. y exp. 2.^a ed. Los Ángeles: Cotsen Institute of Archaeology.
- Gallagher, Thomas. 1982. *Paddy's lament: Ireland 1846-1847. Prelude to hatred*. San Diego, CA: Harcourt Brace.
- García-Montero, Héctor. 2015. «Long-term trends in wealth inequality in Catalonia, 1400-1800: initial results». Documento de trabajo de Dondena n.º 79.
- Gärtner, Svenja y Prado, Svante. 2012. «Inequality, trust and the welfare state: the Scandinavian model in the Swedish mirror». Documento de trabajo.
- Gasparini, Leonardo y Lustig, Nora. 2011. «The rise and fall of income inequality in Latin America». En Ocampo, José Antonio y Ros, Jaime, eds., *The Oxford handbook of Latin American Economics*. Nueva York: Oxford University Press, 691-714.
- Gasparini, Leonardo, Cruces, Guillermo y Tornarolli, Leopoldo. 2011. «Recent trends in income inequality in Latin America». *Economía* 11 (2): 147-190.
- Gat, Azar. 2006. *War in human civilization*. Oxford: Oxford University Press.
- Gatrell, Peter. 2005. *Russia's First World War: a social and economic history*. Harlow, Reino Unido: Pearson.

- Geary, Frank y Stark, Tom. 2004. «Trends in real wages during the Industrial Revolution: a view from across the Irish Sea». *Economic History Review* 57: 362-395.
- Gellner, Ernest. 1983. *Nations and nationalism*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Giannecchini, Monica y Moggi-Cecchi, Jacopo. 2008. «Stature in archaeological samples from Central Italy: methodological issues and diachronic changes». *American Journal of Physical Anthropology* 135: 284-292.
- Giddens, Anthony. 1987. *The nation-state and violence: volume two of a contemporary critique of historical materialism*. Berkeley: University of California Press.
- Gilens, Martin. 2012. *Affluence and influence: economic inequality and political power in America*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Gilmour, John. 2010. *Sweden, the swastika and Stalin: the Swedish experience in the Second World War*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Gilmour, John y Stephenson, Jill, eds. 2013. *Hitler's Scandinavian legacy: the consequences of the German invasion for the Scandinavian countries, then and now*. Londres: Bloomsbury.
- Gindling, T. H. y Trejos, Juan Diego. 2013. «The distribution of income in Central America». Documento de debate de IZA n.º 7236.
- Goetzmann, William N. 2016. *Money changes everything: how finance made civilization possible*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Goldin, Claudia y Katz, Lawrence F. 2008. *The race between education and technology*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Goldin, Claudia y Margo, Robert A. 1992. «The Great Compression: the wage structure in the United States at mid-century». *Quarterly Journal of Economics* 107: 1-34.
- Goñi, Edwin, López, J. Humberto y Servén, Luis. 2008. «Fiscal redistribution and income inequality in Latin America». Documento de investigación sobre políticas del Banco Mundial n.º 4487.
- Goodin, Robert E. y Dryzek, Jon. 1995. «Justice deferred: wartime rationing and post-war welfare policy». *Politics and Society* 23: 49-73.
- Goos, Maarten y Manning, Alan. 2007. «Lousy and lovely jobs: the rising polarization of work in Britain». *Review of Economics and Statistics* 89: 118-133.
- Gordon, Robert J. 2016. *The rise and fall of American growth: the U.S. standard of living since the Civil War*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Gottfried, Robert S. 1983. *The Black Death: natural and human disaster in medieval Europe*. Nueva York: Free Press.
- Graeber, David. 2011. *Debt: the first 5,000 years*. Brooklyn, NY: Melville House.
- Grant, Oliver Wavell. 2002. «Does industrialisation push up inequality? New evidence on the Kuznets curve from nineteenth-century Prussian tax statistics». University of Oxford Discussion Papers in Economic and Social History, n.º 48.
- Gray, Lewis C. 1933. *History of agriculture in the southern United States to 1860*. Vol. I. Washington, DC: Carnegie Institution of Washington.
- Greenwood, Jeremy, Guner, Nezih, Kocharkov, Georgi y Santos, Cezar. 2014. «Marry your like: assortative mating and income inequality». *American Economic Review* 104: 348-353.
- Gregory, Paul R. 1982. *Russian national income, 1885-1913*. Nueva York: Cambridge University Press.

- Grigg, David. 1980. *Population growth and agrarian change: an historical perspective*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Grimnes, Ole Kristian. 2013. «Hitler's Norwegian legacy». En Gilmour y Stephenson, eds. 2013: 159-177.
- Grogger, Jeffrey y Hanson, Gordon H. 2011. «Income maximization and the selection and sorting of international migrants». *Journal of Development Economics* 95: 42-57.
- Gross, Jean-Pierre. 1997. *Fair shares for all: Jacobin egalitarianism in practice*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Grütter, Alfred. 1968. «Die eidgenössische Wehrsteuer, ihre Entwicklung und Bedeutung». Tesis de doctorado, Zúrich.
- Guasti, Cesare, ed. 1880. *Il sacco di Prato e il ritorno de' Medici in Firenze nel MDXII*. Bologna, Italia: Gaetano Romagnoli.
- Gurven, Michael, et al. 2010. «Domestication alone does not lead to inequality: intergenerational wealth transmission among agriculturalists». *Current Anthropology* 51: 49-64.
- Gustafsson, Björn y Johansson, Mats. 2003. «Steps toward equality: how and why income inequality in urban Sweden changed during the period 1925-1958». *European Review of Economic History* 7: 191-211.
- Haas, Ain. 1993. «Social inequality in aboriginal North America: a test of Lenski's theory». *Social Forces* 72: 295-313.
- Haber, Stephen. 2006. «The political economy of Latin American industrialization.» In Bulmer-Thomas, Victor, Coatsworth, John y Cortes Conde, Roberto, eds., *The Cambridge economic history of Latin America*. Vol. 2. *The long twentieth century*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 537-584.
- Haber, Stephen. 2012. «Climate, technology y the evolution of political and economic institutions». Documento de trabajo de PERC.
- Haldon, John F. 1993. *The state and the tributary mode of production*. Londres: Verso.
- . 1997. *Byzantium in the seventh century: the transformation of a culture*. Ed. rev. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Hamilton, Malcolm B. 1989. *Democratic socialism in Britain and Sweden*. Basingstoke, Reino Unido: Macmillan Press.
- Haney, Emil B., Jr. y Haney, Wava G. 1989. «The agrarian transition in Highland Ecuador: from precapitalism to agrarian capitalism in Chimborazo». En Thiesenhausen, ed. 1989b: 70-91.
- Hansen, Mogens H. 1985. *Demography and democracy: the number of Athenian citizens in the fourth century B.C.* Herning, Dinamarca: Systime.
- . 1988. *Three studies in Athenian demography*. Copenhagen: Royal Danish Academy of Sciences and Letters.
- . ed. 2000. *A comparative study of thirty city-state cultures: an investigation conducted by the Copenhagen Polis Centre*. Copenhagen: Royal Danish Academy of Sciences and Letters.
- . 2006a. *Polis: an introduction to the ancient Greek city-state*. Oxford: Oxford University Press.
- . 2006b. *The shotgun method: the demography of the ancient Greek city-state culture*. Columbia: University of Missouri Press.

- Hansen, Mogens H. y Nielsen, Thomas H., eds. 2004. *An inventory of archaic and classical poleis*. Oxford: Oxford University Press.
- Hanus, Jord. 2013. «Real inequality in the early modern Low Countries: the city of 's-Hertogenbosch, 1500-1660». *Economic History Review* 66: 733-756.
- Hanushek, Eric A., Schwerdt, Guido, Wiederhold, Simon y Woessmann, Ludger. 2013. «Returns to skills around the world: evidence from PIAAC». Documento de trabajo de NBER n.º 19762.
- Hara, Akira. 1998. «Japan: guns before rice». En Harrison, ed. 1998b: 224-267.
- . 2003. «Wartime controls». En Nakamura y Odaka, eds. 2003a: 247-286.
- Harari, Yuval Noah. 2015. «Upgrading inequality: will rich people become a superior biological caste?». *The World Post* 4 de febrero de 2015. http://www.huffingtonpost.com/dr-yuval-noah-harari/inequality-rich-superior-biological_b_5846794.html.
- Hardoon, Deborah, Ayele, Sophia y Fuentes-Nieva, Ricardo. 2016. «An economy for the 1 %: how privilege and power in the economy drive extreme inequality and how this can be stopped». Oxford: Oxfam GB.
- Harper, Kyle. 2015a. «Landed wealth in the long term: patterns, possibilities, evidence». En Erdkamp, Paul, Verboven, Koenraad y Zuiderhoek, Arjan, eds., *Ownership and exploitation of land and natural resources in the Roman world*. Oxford: Oxford University Press, 43-61.
- . 2015b. «Pandemics and passages to late antiquity: rethinking the plague of c. 249-270 described by Cyprian». *Journal of Roman Archaeology* 28: 223-260.
- Harris, John. 2010. *Enhancing evolution: the ethical case for making better people*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Harrison, Mark. 1998a. «The economics of World War II: an overview». En Harrison, ed. 1998b: 1-42.
- . ed. 1998b. *The economics of World War II: six great powers in international comparison*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Hartung, J. 1898. «Die direkten Steuern und die Vermögensentwicklung in Augsburg von der Mitte des 16. bis zum 18. Jahrhundert». *Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft im Deutschen Reich* 22 (4): 166-209.
- Hashim, Alice B. 1997. *The fallen state: dissonance, dictatorship and death in Somalia*. Lanham, MD: University Press of America.
- Hashimoto, Jurô. 2003. «The rise of big business». En Nakamura y Odaka, eds. 2003a: 190-222.
- Hatzfeld, Jean. 2005. *Machete season: the killers in Rwanda speak*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- Hautcoeur, Pierre-Cyrille. 2005. «Was the Great War a watershed? The economics of World War I in France.» In Broadberry and Harrison, eds. 2005a: 169-205.
- Hayami, Akira. 2004. «Introduction: the emergence of 'economic society.'» In Hayami, Saitô y Toby, eds. 2004: 1-35.
- Hayami, Akira, Saitô, Osamu y Toby, Ronald P. 2004. *The economic history of Japan: 1600-1990*. Vol. 1. *Emergence of economic society in Japan, 1600-1859*. Oxford: Oxford University Press.
- Hegyí, Géza, Néda, Zoltán y Santos, Maria Augusta. 2005. «Wealth distribution of Pareto's

- law in the Hungarian medieval society». *arXiv*. <http://arxiv.org/abs/physics/0509045>.
- Henken, Ted A., Celeya, Miriam y Castellanos, Dimas, eds. 2013. *Cuba*. Santa Barbara, CA: ABC-CLIO.
- Henrekson, Magnus y Waldenström, Daniel. 2014. «Inheritance taxation in Sweden, 1885-2004: the role of ideology, family firms and tax avoidance». Documento de trabajo de IFN 1032.
- Henshilwood, Christopher S., *et al.* 2001. «An early bone tool industry from the Middle Stone Age at Blombos Cave, South Africa: implications for the origins of modern human behavior, symbolism and language». *Journal of Human Evolution* 41: 631-678.
- Hernani-Limarino, Werner L. y Eid, Ahmed. 2013. «Unravelling declining income inequality in Bolivia: do government transfers matter?». Documento de trabajo.
- Higham, Tom, *et al.* 2007. «New perspectives on the Varna cemetery (Bulgaria)—AMS dates and social implications». *Antiquity* 81: 640-654.
- Hilton, Rodney. 1973. *Bond men made free: medieval peasant movements and the English rising of 1381*. Londres: Temple Smith.
- Hilton, R. H. y Aston, T. H., eds. 1984. *The English rising of 1381*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Hines, James R., Jr. 2006. «Will social welfare expenditures survive tax competition?». *Oxford Review of Economic Policy* 22: 330-348.
- Hines, James R., Jr. y Summers, Lawrence H. 2009. «How globalization affects tax design». *Tax Policy and the Economy* 23: 123-158.
- Hinton, William. 1966. *Fanshen: a documentary of revolution in a Chinese village*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Ho, Hoang-Anh. 2013. «Not a destiny: ethnic diversity and redistribution examined». Tesis de doctorado, Universidad de Gotemburgo.
- Hodkinson, Stephen. 2000. *Property and wealth in classical Sparta*. Londres: Duckworth.
- Hoffman, Philip T. 1996. *Growth in a traditional society: the French countryside, 1450-1850*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Hoffman, Philip T., Jacks, David S., Levin, Patricia A. y Lindert, Peter H. 2005. «Sketching the rise of real inequality in early modern Europe». En Allen, Robert C., Bengtsson, Tommy y Dribe, Martin, eds., *Living standards in the past: new perspectives on well-being in Asia and Europe*. Oxford: Oxford University Press, 131-172.
- Hoffner, Harry A. Jr. 1998. *Hittite myths*. 2.^a ed. Atlanta: Scholars Press.
- Hoggarth, Julie A., *et al.* 2016. «The political collapse of Chichén Itza in climatic and cultural context». *Global and Planetary Change* 138: 25-42.
- Holtermann, Helge. 2012. «Explaining the development-civil war relationship». *Conflict Management and Peace Science* 29: 56-78.
- Holtfrerich, Carl-Ludwig. 1980. *Die deutsche Inflation 1914-1923: Ursachen und Folgen in internationaler Perspektive*. Berlín: Walter de Gruyter.
- Hooglund, Eric J. 1982. *Land and revolution in Iran, 1960-1980*. Austin: University of Texas Press.
- Hopkins, Keith. 1978. *Conquerors and slaves: sociological studies in Roman history 1*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Hopkins, Keith. 2002. «Rome, taxes, rents y trade» (1995/96). En Scheidel, Walter y von

- Reden, Sitta, eds., *The ancient economy*. Edimburgo: Edinburgh University Press, 190-230.
- Hordey, Peregrine. 2005. «Mediterranean plague in the age of Justinian». En Mass, Michael, ed. *The Cambridge companion to the age of Justinian*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 134-160.
- Horn, Jeff. 2015. «Lasting economic structures: successes, failures, legacies». En Andress, ed. 2015: 607-624.
- Horrox, Rosemary, trad. y ed. 1994. *The Black Death*. Manchester, Reino Unido: Manchester University Press.
- Hossmann, Iris, et al. 2008. «Europe's demographic future: growing imbalances». Berlin: Berlin Institute for Population and Development.
- Hsu, Cho-yun. 1965. *Ancient China in transition: an analysis of social mobility, 722-222 B.C.* Stanford, CA: Stanford University Press.
- Hsu, Cho-yun. 1980. *Han agriculture: the formation of early Chinese agrarian economy (206 B.C.-A.D. 220)*. Seattle: University of Washington Press.
- Huber, John D., Ogorzalek, Thomas K. y Gore, Radhika. 2012. «Democracy, targeted redistribution and ethnic inequality». Documento de trabajo.
- Hudson, Michael. 1993. «The lost tradition of biblical debt cancellations». <http://michael-hudson.com/wp-content/uploads/2010/03/HudsonLostTradition.pdf>.
- . 1996a. «Privatization: a survey of the unresolved controversies». En Hudson y Levine, eds. 1996: 1-32.
- . 1996b. «The dynamics of privatization, from the Bronze Age to the present». En Hudson y Levine, eds. 1996: 33-72.
- . 1996c. «Early privatization and its consequences». En Hudson y Levine, eds. 1996: 293-308.
- Hudson, Michael y Levine, Baruch, eds. 1996. *Privatization in the Ancient Near East and classical world*. Cambridge, MA: Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University.
- Hudson, Michael y Van De Mierop, Marc, eds. 2002. *Debt and economic renewal in the Ancient Near East*. Bethesda, MD: CDL.
- Human development report*. 2014. *Human development report 2014. Sustaining human progress: reducing vulnerabilities and building resilience*. Nueva York: United Nations Development Programme.
- Hungerford, Thomas L. 2013. «Changes in income inequality among U.S. tax filers between 1991 and 2006: the role of wages, capital income, and taxes». Documento de trabajo de SSRN n.º 2207372.
- Informe n.º 682 del Banco de la Reserva Federal de Nueva York.
- Jabbari, Eric. 2012. *Pierre Laroque and the welfare state in post-war France*. Oxford: Oxford University Press.
- Jackson, R. V. 1987. «The structure of pay in nineteenth-century Britain». *Economic History Review* 40: 561-570.
- . 1994. «Inequality of incomes and lifespans in England since 1688». *Economic History Review* 47: 508-524.
- Jacobs, Harrison. 2015. «Here's the ridiculous loot that's been found with corrupt Chinese officials». *Business Insider* 22 de enero de 2015.

- Janowitz, Morris. 1976. *Social control of the welfare state*. Chicago: University of Chicago Press.
- Jäntti, Markus y Jenkins, Stephen P. 2015. «Income mobility». En Atkinson y Bourguignon, eds. 2015: 807-935.
- Jäntti, M., Riihelä, M., Sullström, R. y Tuomala, M. 2010. «Trends in top income shares in Finland». En Atkinson y Piketty, eds. 2010: 371-447.
- Janusek, John Wayne. 2004. *Identity and power in the ancient Andes: Tiwanaku cities through time*. Nueva York: Routledge.
- Jarvis, Lovell S. 1989. «The unraveling of Chile's agrarian reform, 1973-1986». En Thiesenhausen, ed. 1989b: 240-275.
- Jaumotte, Florence, Lall, Subir y Papageorgiou, Chris. 2013. «Rising income inequality: technology, or trade and financial globalization?». *IMF Economic Review* 61: 271-309.
- Jaumotte, Florence y Osorio Buitron, Carolina. 2015. «Inequality and labor market institutions. Nota de debate de IMF 15/14.
- Jaworski, Taylor. 2009. «War and wealth: economic opportunity before and after the Civil War, 1850-1870». Documento de trabajo de LSE n.º 114/09.
- Jenkins, Stephen P., Brandolini, Andrea, Micklewright, John y Nolan, Brian, eds. 2013. *The Great Recession and the distribution of household income*. Oxford: Oxford University Press.
- Jenkins, Stephen P. y Van Kerm, Philippe. 2009. «The measurement of economic inequality». En Salverda, Nolan y Smeeding, eds. 2009: 40-67.
- Johnson, Allen W. y Earle, Timothy. 2000. *The evolution of human societies: from foraging group to agrarian state*. 2.^a. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Johnson, Harold B. Jr. 2001. «Malthus confirmed? Being some reflections on the changing distribution of wealth and income in Portugal [1309-1789]». Documento de trabajo.
- Jongman, Willem. 1988. *The economy and society of Pompeii*. Ámsterdam: Gieben.
- . 2006. «The rise and fall of the Roman economy: population, rents and entitlement». En Bang, Peter F., Ikeguchi, Mamoru y Ziche, Hartmut G., eds., *Ancient economies, modern methodologies: archaeology, comparative history, models and institutions*. Bari, Italia: Edipuglia, 237-254.
- Jordan, William C. 1996. *The great famine: northern Europe in the early fourteenth century*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Jursa, Michael. 2010. *Aspects of the economic history of Babylonia in the first millennium BC*. Münster, Alemania: Ugarit-Verlag.
- . 2015. «Economic growth and growing economic inequality? The case of Babylonia». Documento para conferencia «The haves and the have-nots: exploring the global history of wealth and income inequality», 11 de septiembre de 2015, Universidad de Viena.
- Justman, Moshe y Gradstein, Mark. 1999. «The industrial revolution, political transition y the subsequent decline in inequality in 19th-century Britain». *Explorations in Economic History* 36: 109-127.
- Kaboski, Joseph P. 2005. «Supply factors and the mid-century fall in the skill Premium». Documento de trabajo.
- Kage, Rieko. 2010. «The effects of war on civil society: cross-national evidence from World War II». En Kier y Krebs, eds. 2010: 97-120.

- Kaimowitz, David. 1989. «The role of decentralization in the recent Nicaraguan agrarian reform». En Thiesenhausen, ed. 1989b: 384-407.
- Kanbur, Ravi. 2015. «Globalization and inequality». En Atkinson y Bourguignon, eds. 2015: 1845-1881.
- Kaplan, Steve N. y Rauh, Joshua. 2010. «Watt Street and Main Street: what contributes to the rise in the highest incomes?». *Review of Financial Studies* 23: 1004-1050.
- . 2013. «It's the market: the broad-based rise in return to top talent». *Journal of Economic Perspectives* 27 (3): 35-55.
- Kapteijns, Lidwien. 2013. *Clan cleansing in Somalia: the ruinous legacy of 1991*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Kasza, Gregory J. 2002. «War and welfare policy in Japan». *Journal of Asian Studies* 61: 417-435.
- Katajala, Kimmo, ed. 2004. *Northern revolts: medieval and early modern peasant unrest in the Nordic countries*. Helsinki: Finnish Literature Society.
- Kautsky, John H. 1982. *The politics of aristocratic empires*. New Brunswick, NJ: Transaction Publishers.
- Kawagoe, Toshihiko. 1993. «Land reform in postwar Japan». En Teranishi y Kosai, eds. 1993: 178-204.
- . 1999. «Agricultural land reform in postwar Japan: experiences and issues». Documento de trabajo de investigación política del Banco Mundial n.º 2111.
- Kay, Philip. 2014. *Rome's economic revolution*. Oxford: Oxford University Press.
- Kaymak, Baris y Poschke, Markus. 2016. «The evolution of wealth inequality over half a century: the role of taxes, transfers and technology». *Journal of Monetary Economics* 77: 1-25.
- Keister, Lisa A. 2014. «The one percent». *Annual Review of Sociology* 40: 347-367.
- Keister, Lisa A. y Lee, Hang Y. 2014. «The one percent: top incomes and wealth in sociological research». *Social Currents* 1: 13-24.
- Kelly, Robert L. 2013. *The lifeways of hunter-gatherers: the foraging spectrum*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Kemp, Barry J. 1983. «Old Kingdom, Middle Kingdom and Second Intermediate Period, c. 2686-1552 BC». En Trigger, Bruce G., Kemp, Barry J., O'Connor, David y Lloyd, Alan B., *Ancient Egypt: a social history*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 71-182.
- Kennett, Douglas J., et al. 2012. «Development and disintegration of Maya political systems in response to climate change». *Science* 338: 788-791.
- Kier, Elizabeth y Krebs, Ronald, R., eds. 2010. *In war's wake: international conflict and the fate of liberal democracy*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Klausen, Jytte. 1998. *War and welfare: Europe and the United States, 1945 to the present*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Klein, Richard. 2009. *The human career: human biological and cultural origins*. 3.^a ed. Chicago: University of Chicago Press.
- Knapp, A. Bernhard y Manning, Sturt W. 2015. «Crisis in context: the end of the Late Bronze Age in the Eastern Mediterranean». *American Journal of Archaeology* 120: 99-149.
- Koeniger, Winfried, Leonardi, Marco y Nunziata, Luca. 2007. «Labor market institutions

- and wage inequality». *Industrial and Labor Relations Review* 60: 340-356.
- Koepke, Nicola y Baten, Jörg. 2005. «The biological standard of living in Europe during the last two millennia». *European Review of Economic History* 9: 61-95.
- Kolata, Alan. 1993. *The Tiwanaku: portrait of an Andean civilization*. Cambridge, MA: Blackwell.
- Komlos, John, Hau, Michel y Bourguinat, Nicolas. 2003. «An anthropometric history of early-modern France». *European Review of Economic History* 7: 159-189.
- Kopczuk, Wojciech. 2015. «What do we know about the evolution of top wealth shares in the United States?». *Journal of Economic Perspectives* 29: 47-66.
- Kopczuk, Wojciech, Saez, Emmanuel y Song, Jae. 2010. «Earnings inequality and mobility in the United States: evidence from Social Security data since 1937». *Quarterly Journal of Economics* 125: 91-128.
- Kott, Alexander, et al. 2015. «Visualizing the tactical ground battlefield in the year 2050: workshop report». US Army Research Laboratory ARL-SR-0327.
- Kozol, Jonathan. 2005. *The shame of the nation: the restoration of apartheid schooling in America*. Nueva York: Random House.
- Kron, Geoffrey. 2011. «The distribution of wealth in Athens in comparative perspective». *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 179: 129-138.
- . 2014. «Comparative evidence and the reconstruction of the ancient economy: Greco-Roman housing and the level and distribution of wealth and income». En Callataÿ, Francois de, ed., *Quantifying the Greco-Roman economy and beyond*. Bari, Italia: Edipuglia, 123-146.
- Kršljanin, Nina. 2016. «The land reform of the 1830s in Serbia: the impact of the shattering of the Ottoman feudal system». Documento para conferencia «Old and new words: the global challenges of rural history», Lisboa, 27-30 de enero de 2016.
- Kuehn, John T. 2014. *A military history of Japan: from the age of the Samurai to the 21st century*. Santa Barbara: ABC-CLIO.
- Kuhn, Dieter. 2009. *The age of Confucian rule: the Song transformation of China*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Kuhn, Philip A. 1978. «The Taiping Rebellion». En Fairbank, John F., ed., *The Cambridge history of China*. Vol. 10. *Late Ch'ing, 1800-1911, Part I*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 264-317.
- Kuhrt, Amélie. 1995. *The ancient Near East c. 3000-330 BC*. 2 vols. Londres: Routledge.
- Kuroda, Masahiro. 1993. «Price and goods control in the Japanese postwar inflationary period». En Teranishi y Kosai, eds. 1993: 31-60.
- Kuznets, Simon. 1955. «Economic growth and income inequality». *American Economic Review* 45: 1-28.
- Labuda, Damian, Lefebvre, Jean-Francois, Nadeau, Philippe y Roy-Gagnon, Marie-Hélène. 2010. «Female-to-male breeding ratio in modern humans—an analysis based on historical recombinations». *American Journal of Human Genetics* 86: 353-363.
- Lakner, Christoph y Milanovic, Branko. 2013. «Global income distribution: from the fall of the Berlin Wall to the Great Recession». Documento de trabajo de investigación política del Banco Mundial n.º 6719.
- Larrimore, Jeff. 2014. «Accounting for United States household income inequality trends: the changing importance of household structure and male and female labor earnings

- inequality». *Review of Income and Wealth* 60: 683-701.
- Laybourn, Keith. 1995. *The evolution of British social policy and the welfare state*. Keele, Reino Unido: Keele University Press.
- Lee, Richard B. 1979. *The !Kung San: men, women y work in a foraging society*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- . 1984. *The Dobe !Kung*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- Lee, Ronald D. 1986a. «Malthus and Boserup: a dynamic synthesis». En Coleman, David y Schofield, Roger, eds., *The state of population theory: forward from Malthus*. Oxford: Blackwell, 96-130.
- . 1986b. «Population homeostasis and English demographic history». En Rotberg, Robert I. y Rabb, Theodore K., eds., *Population and economy: population and history from the traditional to the modern world*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 75-100.
- Leeson, Peter T. 2007. «Better off stateless: Somalia before and after government collapse». *Journal of Comparative Economics* 35: 689-710.
- Leigh, Andrew. 2007. «How closely do top income shares track other measures of inequality?». *Economic Journal* 117: F619-F633.
- Leigh, Andrew, Jencks, Christopher y Smeeding, Timothy M. 2009. «Health and economic inequality». En Salverda, Nolan y Smeeding, eds. 2009: 384-405.
- Leitner, Ulrich. 2011. *Imperium: Geschichte und Theories eines politischen Systems*. Francfort, Alemania: Campus Verlag.
- Lemieux, Thomas. 2006. «Post-secondary education and increasing wage inequality». *American Economic Review* 96: 195-199.
- Leonard, Carol S. 2011. *Agrarian reform in Russia: the road to serfdom*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Le Roy Ladurie, Emmanuel. 1966. *Les paysans de Languedoc*. 2 vols. París: Mouton.
- Levy, Frank y Temin, Peter. 2007. «Inequality and institutions in 20th century America». Documento de trabajo de NBER n.º 13106.
- Lewis, Joanna. 2000. *Empire state-building: war and welfare in Kenya 1925-52*. Oxford: James Currey.
- Lewis, Mark Edward. 1990. *Sanctioned violence in early China*. Albany: State University of New York Press.
- . 1999. «Warring States: political history». En Loewe, Michael y Shaughnessy, Edward L., eds., *The Cambridge history of ancient China: from the origins to 211 B.C.* Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 587-650.
- . 2007. *The early Chinese empires: Qin and Han*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Lewis, Mark Edward. 2009a. *China between empires: the Northern and Southern dynasties*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- . 2009b. *China's cosmopolitan empire: the Tang dynasty*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Li, Feng. 2013. *Early China: a social and cultural history*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Li, Shi. 2014. «Rising income and wealth inequality in China». <http://unsdsn.org/wp-content/uploads/2014/05/TG03-SI-Event-LI-Shi-income-inequality.pdf>.
- Liang, Puping, et al. 2015. «CRISPR/Cas9-mediated gene editing in human tripronuclear

- zygotes». *Protein and Cell* 6: 363-372.
- Lin, Ken-Hou y Tomaskovic-Devey, Donald. 2013. «Financialization and US income inequality, 1970-2008». *American Journal of Sociology* 118: 1284-1329.
- Lindert, Peter H. 1991. «Toward a comparative history of income and wealth inequality». En Brenner, Kaelble y Thomas, eds. 1991: 212-231.
- . 2000a. «Three centuries of inequality in Britain and America». En Atkinson y Bourguignon, eds. 2000: 167-216.
- . 2000b. «When did inequality rise in Britain and America?». *Journal of Income Distribution* 9: 11-25.
- . 2004. *Growing public: social spending and economic growth since the eighteenth century*. 2 vols. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- . 2015. «Where has modern equality come from? Lucky and smart paths in economic history». Documento de la conferencia «Unequal chances and unequal outcomes in economic history», All-UC Economic History Group/Caltech Conference, 6-7 de febrero 2015.
- Lindert, Peter H. y Williamson, Jeffrey G. 2014. «American colonial incomes, 1650-1774». Documento de trabajo de NBER 19861.
- . 2016. *Unequal gains: American growth and inequality since 1700*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Lindqvist, Erik y Östling, Robert. 2013. «Identity and redistribution». *Public Choice* 155: 469-491.
- Lindsay, Craig. 2003. «A century of labour market change: 1900 to 2000». *Labour Market Trends* 111 (3).
www.statistics.gov.uk/downloads/theme_labour/LMT_March03_revised.pdf.
- Link, Stefan. 1991. *Landverteilung und sozialer Frieden im archaischen Griechenland*. Stuttgart, Alemania: Steiner.
- Lipton, Michael. 2009. *Land reform in developing countries: property rights and property wrongs*. Abingdon, Reino Unido: Routledge.
- Little, Lester K., ed. 2007. *Plague and the end of antiquity: the pandemic of 541-750*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Livi Bacci, Massimo. 2008. *Conquest: the destruction of the American Indios*. Cambridge, Reino Unido: Polity Press.
- Lo Cascio, Elio. 2001. «Recruitment and the size of the Roman population from the third to the first century BCE». En Scheidel, Walter, ed., *Debating Roman demography*. Leiden, Holanda: Brill, 111-137.
- . ed. 2012. *L'impatto della «peste antonina»*. Bari, Italia: Edipuglia.
- Lodin, Sven-Olof. 2011. *The making of Swedish tax law: the development of the Swedish tax system*. Trad. Ken Schubert. Uppsala, Suecia: Iustus.
- Loewe, Michael. 1986a. «The Former Han dynasty». En Twitchett y Loewe, eds. 1986: 103-222.
- . 1986b. «Wang Mang, the restoration of the Han dynasty y Later Han». En Twitchett y Loewe, eds. 1986: 223-290.
- Lovejoy, Paul E. 2011. *Transformations in slavery: a history of slavery in Africa*. 3.^a ed. Nueva York: Cambridge University Press.
- Lowe, Rodney. 1990. «The second world war, consensus y the foundation of the welfare

- state». *Twentieth Century British History* 1: 152-182.
- Lustig, Nora, Lopez-Calva, Luis F. y Ortiz-Juarez, Eduardo. 2012. «Declining inequality in Latin America in the 2000s: the cases of Argentina, Brazil, and Mexico». Documento de trabajo de investigación política del Banco Mundial n.º 6248.
- Lustig, Nora, Lopez-Calva, Luis F. y Ortiz-Juarez, Eduardo. 2014. «Deconstructing the decline in inequality in Latin America». Documento de trabajo.
- Lutz, Wolfgang y Scherbov, Sergei. 2007. «The contribution of migration to Europe's demographic future: projections for the EU-25 to 2050». Laxenburg, Austria: International Institute for Applied Systems Analysis, IR-07-024.
- Machin, Stephen. 2008. «An appraisal of economic research on changes in wage inequality». *Labour* 22: 7-26.
- Magness, Phillip W. y Murphy, Robert P. 2015. «Challenging the empirical contribution of Thomas Piketty's *Capital in the twenty-first century*». *Journal of Private Enterprise* 30: 1-34.
- Mahler, Vincent A. 2010. «Government inequality reduction in comparative perspective: a cross-national study of the developed world». *Polity* 42: 511-541.
- Maisels, Charles K. 1990. *The emergence of civilization: from hunting and gathering to agriculture, cities y the state in the Near East*. Londres: Routledge.
- Malinen, Tuomas. 2012. «Estimating the long-run relationship between income inequality and economic development». *Empirical Economics* 42: 209-233.
- Malthus, T. R. 1992. *An essay on the principle of population; or a view of its past and present effects on human happiness; with an inquiry into our prospects respecting the future removal or mitigation of the evils which it occasions*. Seleccionado y presentado por Donald Winch utilizando el texto de la edición de 1803 preparada por Patricia James para la Royal Economic Society, 1990, con las adiciones y correcciones realizadas en las ediciones de 1806, 1807, 1817 y 1826. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Mango, Cyril. 1985. *Le développement urbain de Constantinople (IVe-VIIIe siècles)*. París: De Boccard.
- Mansfield, Edward D. y Snyder, Jack. 2010. «Does war influence democratization?». En Kier y Krebs, eds. 2010: 23-49.
- Mansvelt Beck, B. J. 1986. «The fall of Han». En Twitchett y Loewe, eds. 1986: 317-376.
- Marean, Curtis W. 2014. «The origins and significance of coastal resource use in Africa and Western Eurasia». *Journal of Human Evolution* 77: 17-40.
- . 2015. «An evolutionary anthropological perspective on modern human origins». *Annual Review of Anthropology* 44: 533-556.
- Margolin, Jean-Louis. 1999a. «Cambodia: a country of disconcerting crimes». En Courtois *et al.* 1999: 577-644.
- . 1999b. «China: a long march into night». En Courtois *et al.* 1999: 463-546.
- Markoff, John. 1996a. *The abolition of feudalism: peasants, lords and legislators in the French Revolution*. University Park: Pennsylvania State University Press.
- . 1996b. *Waves of democracy: social movements and political change*. Thousand Oaks, CA: Pine Forge Press.
- Marlowe, Frank W. 2010. *The Hadza: hunter-gatherers of Tanzania*. Berkeley: University of California Press.

- Marwick, Arthur. 1988. «Conclusion». En Marwick, Arthur, ed. 1988. *Total war and social change*. Houndmills, Reino Unido: Macmillan Press, 119-125.
- Marzagalli, Silvia. 2015. «Economic and demographic developments». En Andress, ed. 2015: 3-20.
- Massey, Douglas S. 2007. *Categorically unequal: the American stratification system*. Nueva York: Russell Sage Foundation.
- Masson, Marilyn A. y Peraza Lope, Carlos. 2014. *Kukulcan's realm: urban life at ancient Mayapan*. Boulder: University Press of Colorado.
- Mau, Steffen y Burkhardt, Christoph. 2009. «Ethnic diversity and welfare state solidarity in Western Europe». *Journal of European Social Policy* 19: 213-229.
- Mayer, Emanuel. 2012. *The ancient middle classes: urban life and aesthetics in the Roman empire, 100 BCE—250 CE*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Mayshar, Joram, Moav, Omer, Neeman, Zvika y Pascali, Luigi. 2015. «Cereals, appropriability and hierarchy». Documento de trabajo de Barcelona GSE n.º 842.
- McCaa, Robert. 2000. «The peopling of Mexico from origins to revolution». En Haines, Michael R. Y Steckel, Richard H., eds., *A population history of North America*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 241-304.
- McCormick, Michael. 2015. «Tracking mass death during the fall of Rome's empire (I)». *Journal of Roman Archaeology* 28: 325-357.
- McDougall, Ian, Brown, Francis H. y Fleagle, John G. 2005. «Stratigraphic placement and age of modern humans from Kibish, Ethiopia». *Nature* 433: 733-736.
- McEvedy, Colin y Jones, Richard. 1978. *Atlas of world population history*. Nueva York: Penguin.
- McKenzie, David y Rapoport, Hillel. 2007. «Network effects and the dynamics of migration and inequality: theory and evidence from Mexico». *Journal of Development Economics* 84: 1-24.
- Medeiros, Marcelo y Ferreira de Souza, Pedro H. G. 2013. «The state and income inequality in Brazil». Documento de trabajo de IRLE n.º 153-13.
- . 2015. «The rich, the affluent and the top incomes». *Current Sociology Review* 63: 869-895.
- Mehrotra, Ajay K. 2013. *Making the modern America fiscal state: law, politics y the rise of progressive taxation, 1877-1929*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Meloy, John L. 2004. «The privatization of protection: extortion and the state in the Circassian Mamluk period». *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 47: 195-212.
- Meyer, Bruce D. y Sullivan, James X. 2013. «Consumption and income inequality and the Great Recession». *American Economic Review* 103: 178-183.
- Michelsmore, Molly C. 2012. *Tax and spend: the welfare state, tax politics y the limits of American liberalism*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Middleton, Guy D. 2010. *The collapse of palatial society in LBA Greece and the postpalatial period*. Oxford: Archaeopress.
- Milanovic, Branko. 1997. *Income, inequality y poverty during the transition from planned to market economy*. Washington, DC: World Bank.
- . 2005. *Worlds apart: measuring international and global inequality*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

- . 2006. «An estimate of average income and inequality in Byzantium around year 1000». *Review of Income and Wealth* 52: 449-470.
- . 2010. «Income level and income inequality in the Euro-Mediterranean region: from the Principate to the Islamic conquest». Documento de MPRA n.º 46640.
- . 2012. «Global inequality recalculated and updated: the effect of new PPP estimates on global inequality and 2005 estimates». *Journal of Economic Inequality* 10: 1-18.
- . 2013. «The inequality possibility frontier: extensions and new applications». Documento de investigación política del Banco Mundial n.º 6449.
- . 2015. «A note on “máximum” US inequality». *globalinequality* 19 de diciembre de 2015. <http://glineq.blogspot.com/2015/12/a-note-on-maximumus-inequality.html?m=1>.
- . 2016. *Global inequality: a new approach for the age of globalization*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Milanovic, Branko, Lindert, Peter H. y Williamson, Jeffrey G. 2011. «Pre-industrial inequality». *Economic Journal* 121: 255-272.
- Millar, Fergus. 1977. *The emperor in the Roman world (31 BC—AD 337)*. Londres: Duckworth.
- Miller, Joseph C. 2012. *The problem of slavery as history: a global approach*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Millon, René. 1988. «The last years of Teotihuacan dominance». En Yoffee y Cowgill, eds. 1988: 102-164.
- Minami, Ryoshin. 1998. «Economic development and income distribution in Japan: as assessment of the Kuznets hypothesis». *Cambridge Journal of Economics* 22: 39-58.
- Mishel, Lawrence, Shierholz, Heidi y Schmitt, John. 2013. «Don't blame the robots: assessing the job polarization explanation of growing wage inequality». Economic Policy Institute—Center for Economic and Policy Research, Documento de trabajo.
- Mithen, Steven. 2003. *After the ice: a global human history, 20,000-5000 BC*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Miwa, Ryôchi. 2003. «Postwar democratization and economic reconstruction». En Nakamura y Odaka, eds. 2003a: 333-370.
- Miyamoto, Matayo. 2004. «Quantitative aspects of Tokugawa economy». En Hayami, Saitô y Toby, eds. 2004: 36-84.
- Miyazaki, Masayasu y Itô, Osamu. 2003. «Transformation of industries in the war years». En Nakamura y Odaka, eds. 2003a: 287-332.
- Modalsli, Jorgen. 2015. «Inequality in the very long run: inferring inequality from data on social groups». *Journal of Economic Inequality* 13: 225-247.
- Moise, Edwin E. 1983. *Land reform in China and North Vietnam: consolidating the revolution at the village level*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Mokyr, Joel y Ó Gráda, Cormac. 1988. «Poor and getting poorer? Living standards in Ireland before the famine». *Economic History Review* 41: 209-235.
- Mollat, Michel y Wolff, Philippe. 1973. *The popular revolutions of the late Middle Ages*. Londres: Allen and Unwin.
- Mollick, André Varella. 2012. «Income inequality in the U.S.: the Kuznets hypothesis revisited». *Economic Systems* 36: 127-144.
- Monson, Andrew y Scheidel, Walter, eds. 2015. *Fiscal regimes and the political economy of premodern states*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.

- Morelli, Salvatore y Atkinson, Anthony B. 2015. «Inequality and crises revisited». *Economia Politica* 32: 31-51.
- Morelli, Salvatore, Smeeding, Timothy y Thompson, Jeffrey. 2015. «Post-1970 trends in within-country inequality and poverty: rich and middle-income countries». En Atkinson y Bourguignon, eds. 2015: 593-696.
- Moriguchi, Chiaki y Saez, Emmanuel. 2010. «The evolution of income concentration in Japan, 1886-2005: evidence from income tax statistics». En Atkinson y Piketty, eds. 2010: 76-170.
- Morris, Ian. 1994. «The Athenian economy twenty years after *The Ancient Economy*». *Classical Philology* 89: 351-366.
- . 2000. *Archaeology as cultural history: words and things in Iron Age Greece*. Malden, MA: Polity.
- . 2004. «Economic growth in ancient Greece». *Journal of Institutional and Theoretical Economics* 160: 709-742.
- . 2010. *Why the West rules—for now: the patterns of history y what they reveal about the future*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- . 2013. *The measure of civilization: how social development decides the fate of nations*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- . 2014. *War! What is it good for? Conflict and the progress of civilization from primates to robots*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- . 2015. *Foragers, farmers y fossil fuels: how human values evolve*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Morris, Ian y Scheidel, Walter, eds. 2009. *The dynamics of ancient empires: state power from Assyria to Byzantium*. Nueva York: Oxford University Press.
- Morris, Marc. 2012. *The Norman conquest*. Londres: Hutchinson.
- Morrison, Cécile y Cheynet, Jean-Claude. 2002. «Prices and wages in the Byzantine world». En Laiou, Angeliki E., ed., *The economic history of Byzantium: from the seventh through the fifteenth century*. Washington, DC: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 815-878.
- Morrison, Christian. 2000. «Historical perspectives on income distribution: the case of Europe». En Atkinson y Bourguignon, eds. 2000: 217-260.
- Morrison, Christian y Snyder, Wayne. 2000. «The income inequality of France in historical perspective». *European Review of Economic History* 4: 59-83.
- Moselle, Boaz y Polak, Benjamin. 2001. «A model of a predatory state». *Journal of Law, Economics and Organization* 17: 1-33.
- Motesharrei, Safa, Rivas, Jorge y Kalnay, Eugenia. 2014. «Human and nature dynamics (HANDY): modeling inequality and the use of resources in the collapse or sustainability of societies». *Ecological Economics* 101: 90-102.
- Motyl, Alexander J. 2001. *Imperial ends: the decay, collapse y revival of empires*. Nueva York: Columbia University Press.
- Mouritsen, Henrik. 2015. «Status and social hierarchies: the case of Pompeii». En Kuhn, Annika B., ed., *Social status and prestige in the Graeco-Roman world*. Stuttgart, Alemania: Steiner, 87-114.
- Mousnier, Roland. 1970. *Peasant uprisings in seventeenth-century France, Russia y China*. Nueva York: Harper & Row.
- Moyo, Sam. 2013. «Land reform and distribution in Zimbabwe since 1980». En Moyo y

- Chambati, eds. 2013b: 29-77.
- Moyo, Sam y Chambati, Walter. 2013a. «Introduction: roots of the Fast Track Land Reform». En Moyo y Chambati, eds. 2013b: 1-27.
- . eds. 2013b. *Land and agrarian reform in Zimbabwe: beyond white-settler capitalism*. Dakar, Senegal: CODESRIA.
- Mratschek-Halfmann, Sigrid. 1993. *Divites et praepotentes: Reichtum und soziale Stellung in der Literatur der Prinzipatszeit*. Stuttgart, Alemania: Steiner.
- Mubarak, Jamil. 1997. «The “hidden hand” behind the resilience of the stateless economy in Somalia». *World Development* 25: 2027-2041.
- Mulligan, Casey B., Gil, Ricard y Sala-i-Martin, Xavier. 2004. «Do democracies have different public policies than nondemocracies?». *Journal of Economic Perspectives* 18: 51-74.
- Murphey, Rhoads. 1999. *Ottoman warfare, 1500-1700*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.
- Murray, Charles. 2012. *Coming apart: the state of white America*. Nueva York: Crown Forum.
- Murray, Christopher J. L., et al. 2006. «Estimation of potential global pandemic influenza mortality on the basis of vital registry data from the 1918-20 pandemic: a quantitative analysis». *Lancet* 368: 2211-2218.
- Murray, Sarah C. 2013. «Trade, imports y society in early Greece: 1300-900 B.C.E». Tesis de doctorado, Universidad de Stanford.
- Nafziger, Steven y Lindert, Peter. 2013. «Russian inequality on the eve of revolution». Documento de trabajo.
- Nakamura, Takafusa. 2003. «The age of turbulence: 1937-1954». En Nakamura y Odaka, eds. 2003a: 55-110.
- Nakamura, Takafusa y Odaka, Kônosuke, eds. 2003a. *The economic history of Japan: 1600-1990*. Vol. 3. *Economic history of Japan 1914-1955. A dual structure*. Trad. Noah S. Brannen. Oxford: Oxford University Press.
- . 2003b. «The inter-war period: 1914-37, an overview». En Nakamura y Odaka, eds. 2003a: 1-54.
- National Military Strategy. 2015. «The national military strategy of the United States of America 2015: the United States’ military contribution to national security.» http://www.jcs.mil/Portals/36/Documents/Publications/2015_National_Military_Strateg
- Nau, Michael. 2013. «Economic elites, investments y income inequality». *Social Forces* 92: 437-461.
- Nawar, Abdel-Hameed. 2013. «Poverty and inequality in the non-income multidimensional space: a critical review in the Arab states». Documento de trabajo n.º 103. Brasília, Brasil: International Policy Centre for Inclusive Growth.
- Neal, Larry y Williamson, Jeffrey G., eds. 2014. *The Cambridge history of capitalism*. 2 vols. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Nenova, Tatiana y Harford, Tim. 2005. «Anarchy and invention: how does Somalia’s private sector cope without government?». Banco Mundial: hallazgos n.º 254.
- Neveux, Hugues. 1997. *Les révoltes paysannes en Europe (XIVe-XVIIe siècle)*. París: Albin Michel.
- Newson, Linda A. 2006. «The demographic impact of colonization». En Bulmer-Thomas,

- V., Coatsworth, John H. y Conde, Roberto Cortes, eds., *The Cambridge economic history of Latin America*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 143-184.
- Nguyen, Ngoc-Luu. 1987. «Peasants, party and revolution: the politics of agrarian transformation in Northern Vietnam, 1930-1975». Tesis de doctorado, Ámsterdam.
- Nishikawa, Shunsaku y Amano, Masatoshi. 2004. «Domains and their economic policies». En Hayami, Saitô y Toby, eds. 2004: 247-267.
- Noah, Timothy. 2012. *The great divergence: America's growing inequality crisis and what we can do about it*. Nueva York: Bloomsbury Press.
- Nolan, B. 2007. «Long-term trends in top income shares in Ireland». En Atkinson y Piketty, eds. 2007a: 501-530.
- North, Douglass C., Wallis, John J. y Weingast, Barry R. 2009. *Violence and social orders: a conceptual framework for interpreting recorded human history*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Nunn, Nathan y Qian, Nancy. 2010. «The Columbian exchange: a history of disease, food e ideas». *Journal of Economic Perspectives* 24: 163-188.
- Ober, Josiah. 2015a. *The rise and fall of classical Greece*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- . 2015b. «Classical Athens». En Monson y Scheidel, eds. 2015: 492-522.
- . 2016. «Inequality in late-classical democratic Athens: evidence and models». Documento de trabajo.
- Obinger, Herbert y Schmitt, Carina. 2011. «Guns and butter? Regime competition and the welfare state during the Cold War». *World Politics* 63: 246-270.
- Oded, Bustenay. 1979. *Mass deportations and deportees in the Neo-Assyrian empire*. Wiesbaden, Alemania: Reichert.
- O'Donnell, Owen, Van Doorslaer, Eddy y Van Ourti, Tom. 2015. «Health and inequality». En Atkinson y Bourguignon, eds. 2015: 1419-1533.
- OCDE. 2010. *Economic policy reforms: going for growth*. París: OECD Publishing.
- . 2011. *Divided we stand: why inequality keeps rising*. París: OECD Publishing.
- . 2014. «Social expenditure update—social spending is falling in some countries, but in many others it remains at historically high levels». <http://www.oecd.org/els/soc/OECD2014-Social-Expenditure-Update-Nov2014-8pages.pdf>.
- . 2015. *In it together: why less inequality benefits all*. París: OECD Publishing.
- Oechslin, Hanspeter. 1967. *Die Entwicklung des Bundessteuersystems der Schweiz von 1848 bis 1966*. Einsiedeln, Suiza: Etzel.
- Ó Gráda, Cormac. 1994. *Ireland: a new economic history, 1780-1939*. Oxford: Oxford University Press.
- Ohlsson, Henry, Roine, Jesper y Waldenström, Daniel. 2006. «Long run changes in the concentration of wealth: an overview of recent findings». Documento de trabajo de WIDER.
- . 2014. «Inherited wealth over the path of development: Sweden, 1810-2010». Documento de trabajo de IFN. 1033.
- Ohtake, Fumio. 2008. «Inequality in Japan». *Asian Economic Policy Review* 3: 87-109.
- Okazaki, Tetsuji. 1993. «The Japanese firm under the wartime planned economy». *Journal*

- of the Japanese and International Economies* 7: 175-203.
- Olson, Jan Marie y Smith, Michael E. 2016. «Material expressions of wealth and social class at Aztecperiod sites in Morelos, Mexico». *Ancient Mesoamerica* 27: 133-147.
- Organización de las Naciones Unidas. 2015. «World population prospects: the 2015 revision, key findings and advance tables». Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, División de Población, documento de trabajo n.º ESA/P/WP.241.
- Osborne, Robin. 1992. «“Is it a farm?” The definition of agricultural sites and settlements in ancient Greece». En Wells, ed. 1992: 21-27.
- Oshima, Takayoshi. 2014. *Babylonian poems of pious sufferers: Ludlul Bel Nemeqi and the Babylonian Theodicy*. Tubinga, Alemania: Mohr Siebeck.
- Ostby, Gudrun. 2008. «Polarization, horizontal inequalities and violent civil conflict». *Journal of Peace Research* 45: 143-162.
- Östling, Johan. 2013. «Realism and idealism. Swedish narratives of the Second World War: historiography and interpretation in the post-war era». En Gilmour y Stephenson, eds. 2013: 179-196.
- Ostry, Jonathan D., Berg, Andrew y Tsangarides, Charalambos G. 2014. «Redistribution, inequality, and growth». Nota de debate de IM.
- Özmucur, Süleyman y Pamuk, Şevket. 2002. «Real wages and standards of living in the Ottoman empire, 1489-1914». *Journal of Economic History* 62: 292-321.
- Page, Benjamin I., Bartels, Larry M. y Seawright, Jason. 2013. «Democracy and the policy preferences of wealthy Americans». *Perspectives on Politics* 11: 51-73.
- Palma, José Gabriel. 2011. «Homogeneous middles vs. heterogeneous tails y the end of the “inverted-U”: it’s all about the share of the rich». *Development and Change* 42: 87-153.
- Palme, Bernhard. 2015. «Shifting income inequality in Roman and late antique Egypt». Documento de la conferencia «The haves and the have-nots: exploring the global history of wealth and income inequality», 11 de septiembre de 2015, Universidad de Viena.
- Pamuk, Şevket. 2005. «The Ottoman economy in World War I». En Broadberry y Harrison, eds. 2005a: 112-136.
- . 2007. «The Black Death and the origins of the “Great Divergence” across Europe, 1300-1600». *European Review of Economic History* 11: 289-317.
- . Próxima publicación. *Uneven progress: economic history of Turkey since 1820*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Pamuk, Şevket y Shatzmiller, Maya. 2014. «Plagues, wages y economic change in the Islamic Middle East, 700-1500». *Journal of Economic History* 74: 196-229.
- Parkin, Tim G. 1992. *Demography and Roman society*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- Patlagean, Evelyne. 1977. *Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance, 4e—7e siècles*. París: Mouton.
- Patterson, Orlando. 1982. *Slavery and social death: a comparative study*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Payne, Richard. 2016. «Sex, death y aristocratic empire: Iranian jurisprudence in late antiquity». *Comparative Studies in Society and History* 58: 519-549.
- Petersen, Michael B. y Skaaning, Svend-Erik. 2010. «Ultimate causes of state formation:

- the significance of biogeography, diffusion y Neolithic Revolutions». *Historical Social Research* 35: 200-226.
- Pettitt, Paul B., Richards, Michael, Maggi, Roberto y Formicola, Vincenzo. 2003. «The Gravettian burial known as the Prince (“Il Principe”): new evidence for his age and diet». *Antiquity* 77: 15-19.
- Philippon, Thomas y Reshef, Ariell. 2012. «Wages and human capital in the U.S. finance industry: 1909-2006». *Quarterly Journal of Economics* 127: 1551-1609.
- Piachaud, David. 2014. «Piketty’s capital and social policy». *British Journal of Sociology* 65: 696-707.
- Pigou, A. C. 1918. «A special levy to discharge war debt». *Economic Journal* 28: 135-156.
- Piketty, Thomas. 2007. «Income, wage y wealth inequality in France, 1901-98». En Atkinson y Piketty, eds. 2007a: 43-81.
- . 2011. «On the long-run evolution of inheritance: France 1820-1998». *Quarterly Journal of Economics* 126: 1071-1131.
- . 2013. *Le capital au XXIe siècle*. París: Éditions du Seuil.
- . 2014. *Capital in the twenty-first century*. Trad. Arthur Goldhammer. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- . 2015a. «Vers une économie politique et historique: réflexions sur le capital au XXIe siècle». *Annales: Histoire, Sciences Sociales*, 125-138.
- . 2015b. «Putting distribution back at the center of economics: reflections on *Capital in the twenty-first century*». *Journal of Economic Perspectives* 29: 67-88.
- Piketty, Thomas, Postel-Vinay, Gilles y Rosenthal, Jean-Laurent. 2006. «Wealth concentration in a developing economy: Paris and France, 1807-1994». *American Economic Review* 96: 236-256.
- Piketty, Thomas y Saez, Emmanuel. 2007. «Income and wage inequality in the United States, 1913-2002». En Atkinson y Piketty, eds. 2007a: 141-225.
- . 2013. «Top incomes and the Great Recession: recent evolutions and policy implications». *IMF Economic Review* 61: 456-478.
- . 2014. «Inequality in the long run». *Science* 344: 838-842.
- Piketty, Thomas, Saez, Emmanuel y Stantcheva, Stefanie. 2013. «Optimal taxation of top incomes: a tale of three elasticities». *American Economic Journal: Economic Policy* 6: 230-271.
- Piketty, Thomas y Zucman, Gabriel. 2015. «Wealth and inheritance in the long run». En Atkinson y Bourguignon, eds. 2015: 1303-1368.
- Pines, Yuri. 2009. *Envisioning eternal empire: Chinese political thought of the Warring States era*. Honolulu: University of Hawai’i Press.
- Pinker, Steven. 2011. *The better angels of our nature: why violence has declined*. Nueva York: Viking.
- Plack, Noelle. 2015. «Challenges in the countryside, 1790-2». En Andress, ed. 2015: 346-361.
- Platt, Stephen R. 2012. *Autumn in the heavenly kingdom: China, the West y the epic story of the Taiping civil war*. Nueva York: Knopf.
- Plavcan, J. Michael. 2012. «Sexual size dimorphism, canine dimorphism y male-male competition in primates». *Human Nature* 23: 45-67.
- Ponthieux, Sophie y Meurs, Dominique. 2015. «Gender inequality». En Atkinson y

- Bourguignon, eds. 2015: 981-1146.
- Porter, Bruce D. 1994. *War and the rise of the state: the military foundations of modern politics*. Nueva York: Free Press.
- Postel-Vinay, Gilles. 1989. «À la recherche de la révolution économique dans les campagnes (1789-1815)». *Revue Économique* 40: 1015-1045.
- Postles, Dave. 2011. «Inequality of wealth in the early sixteenth centuries». Documento para la Conferencia Anual de la Asociación de Historia Económica de 2011, Cambridge.
- . 2014. *Microcynicon: aspects of early-modern England*. Loughborough, Reino Unido: autoeditado.
- Powell, Benjamin, Ford, Ryan y Nowrasteh, Alex. 2008. «Somalia after state collapse: chaos or improvement?». *Journal of Economic Behavior and Organization* 67: 657-670.
- Powelson, John P. 1988. *The story of land: a world history of land tenure and agrarian reform*. Cambridge, MA: Lincoln Institute of Land Policy.
- Poznik, G. David, et al. 2013. «Sequencing Y chromosomes resolves discrepancy in time to common ancestor of males versus females». *Science* 341: 562-565.
- Pozzi, Luca, et al. 2014. «Primate phylogenetic relationships and divergence dates inferred from complete mitochondrial genomes». *Molecular Phylogenetics and Evolution* 75: 165-183.
- Prados de la Escosura, Leandro. 2007. «Inequality and poverty in Latin America: a long-run exploration». En Hatton, Timothy, O'Rourke, Kevin H. y Taylor, Alan M., eds., *The new comparative economic history: essays in honor of Jeffrey G. Williamson*. Cambridge, MA: MIT Press, 291-315.
- . 2008. «Inequality, poverty and the Kuznets curve in Spain, 1850-2000». *European Review of Economic History* 12: 287-324.
- Preiser-Kapeller, Johannes. 2016. «Piketty in Byzanz? Ungleichverteilungen von Vermögen und Einkommen im Mittelalter». Documento de trabajo. <http://www.dasanderemittelalter.net/news/piketty-in-byzanz-ungleichverteilungen-von-vermogen-und-einkommen-im-mittelalter/>.
- Prentiss, Anne Marie, et al. 2007. «The emergence of status inequality in intermediate scale societies: a demographic and socio-economic history of the Keatley Creek site, British Columbia». *Journal of Anthropological Archaeology* 26: 299-327.
- . 2012. «The cultural evolution of material wealth-based inequality at Bridge River, British Columbia». *American Antiquity* 77: 542-564.
- Price, T. Douglas y Bar-Yosef, Ofer. 2010. «Traces of inequality at the origins of agriculture in the Ancient Near East». En Price, T. Douglas y Feinman, Gary M., eds., *Pathways to power: new perspectives on the emergence of social inequality*. Nueva York: Springer, 147-168.
- . 2011. «The origins of agriculture: new data, new ideas. An introduction to Supplement 4». *Current Anthropology* 52: S163-S174.
- Pringle, Heather. 2014. «The ancient roots of the 1 %». *Science* 344: 822-825.
- Pritchard, David M. 2010. «The symbiosis between democracy and war: the case of ancient Athens». En Pritchard, David M., ed., *War, democracy and culture in classical Athens*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 1-62.

- Pritchett, Lant y Woolcock, Michael. 2002. «Solutions when the solution is the problem: arraying the disarray in development». Documento de trabajo del Center for Global Development n.º 10.
- Proyecto Maddison. «Maddison Project». <http://www.ggdcd.net/maddison/maddison-project/home.htm>.
- Psacharopoulos, George, *et al.* 1995. «Poverty and income inequality in Latin America during the 1980s». *Review of Income and Wealth* 41: 245-264.
- Pyzyk, Mark. Forthcoming. «Onerous burdens: liturgies and the Athenian elite».
- Quammen, David. 2013. *Spillover: animal infections and the next human pandemic*. Nueva York: W. W. Norton.
- Raghavan, Srinath. 2016. *India's war: the making of modern South Asia, 1939-1945*. Nueva York: Basic Books.
- Ranis, Gustav y Kosack, Stephen. 2004. «Growth and human development in Cuba's transition». Miami, FL: University of Miami.
- Rankov, Boris. 2007. «Military forces». En Sabin, van Wees y Whitby, eds. 2007: 30-75.
- Ravaillon, Martin. 2014. «Income inequality in the developing world». *Science* 344: 851-855.
- Raven, Maarten J. 1991. *The tomb of Iurudef: a Memphite official in the reign of Ramesses II*. Londres: Egypt Exploration Society.
- Raven, Maarten J., *et al.* 1998. «The date of the secondary burials in the tomb of Iurudef at Saqqara». *Oudheidkundige Mededelingen uit het Rijksmuseum van Oudheden* 78: 7-30.
- . 2017. «Third Intermediate Period burials in Saqqara». En Amenta, A. y Guichard, H., eds., *Proceedings First Vatican coffin conference. no. I*. Edizione Musei Vaticani: 419-424.
- Reardon, Sean F. y Bischoff, Kendra. 2011a. «Income inequality and income segregation». *American Journal of Sociology* 116: 1092-1153.
- . 2011b. «Growth in the residential segregation of families by income, 1970-2009». US 2010 Project Report.
- Reich, Robert B. 2015. *Saving capitalism: for the many, not the few*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Reis, Jaime, Santos Pereira, Alvaro y Andrade Martins, Conceição. n.d. «How unequal were the Latins? The "strange" case of Portugal, 1550-1770». Documento de trabajo.
- Renfrew, Colin. 1979. «Systems collapse as social transformation: catastrophe and anastrophe in early state societies». En Renfrew, Colin y Cooke, Kenneth L., eds., *Transformations: mathematical approaches to cultural change*. Nueva York: Academic Press, 481-506.
- Reno, Philip L. y Lovejoy, C. Owen. 2015. «From Lucy to Kadanuumuu: balanced analyses of *Australopithecus afarensis* assemblages confirm only moderate skeletal dimorphism». *PeerJ* 3:e925; DOI 10.7717/peerj.925.
- Reno, Philip L., McCollum, Melanie A., Meindl, Richard S. y Lovejoy, C. Owen. 2010. «An enlarged postcranial sample confirms *Australopithecus afarensis* dimorphism was similar to modern humans». *Philosophical Transactions of the Royal Society B* 365: 3355-3363.
- Rigoulot, Pierre. 1999. «Crimes, terror y secrecy in North Korea». En Courtois *et al.* 1999: 547-576.

- Ritschl, Albrecht. 2005. «The pity of peace: Germany's economy at war, 1914-1918 and beyond». En Broadberry y Harrison, eds. 2005a: 41-76.
- Ritter, Gerhard A. 2010. *Der Sozialstaat: Entstehung und Entwicklung im internationalen Vergleich*. 3.^a ed. Múnich: Oldenbourg.
- Rivaya-Martínez, Joaquín. 2012. «Becoming Comanches: patterns of captive incorporation into Comanche kinship networks, 1820-1875». En Adams, David Wallace y DeLuzio, Crista, eds., *On the borders of love and power: families and kinship in the intercultural American Southwest*. Berkeley: University of California Press, 47-70.
- Roach, Neil T., Venkadesan, Madhusudhan, Rainbow, Michael J. y Lieberman, Daniel E. 2013. «Elastic energy storage in the shoulder and the evolution of high-speed throwing in *Homo*». *Nature* 498: 483-486.
- Rockoff, Hugh. 2005. «Until it's over, over there: the US economy in World War I». En Broadberry y Harrison, eds. 2005a: 310-343.
- Rodríguez Weber, Javier E. 2015. «Income inequality in Chile since 1850». Programa de Historia Económica y Social-Unidad Multidisciplinaria-Facultad de Ciencias Sociales —Universidad de la República. Documento *on-line* n.º 36.
- Roeck, Bernd. 1989. *Eine Stadt in Krieg und Frieden: Studien zur Geschichte der Reichsstadt Augsburg zwischen Kalenderstreit und Parität*. 2 vols. Göttingen, Alemania: Vandenhoeck & Ruprecht.
- Rognlie, Matthew. 2015. «Deciphering the fall and rise in the net capital share: accumulation, or scarcity?». Documento de trabajo.
- Roine, Jesper y Waldenström, Daniel. 2008. «The evolution of top incomes in an egalitarian society: Sweden, 1903-2004». *Journal of Public Economics* 92: 366-387.
- Roine, Jesper y Waldenström, Daniel. 2010. «Top incomes in Sweden over the twentieth century». En Atkinson y Piketty, eds. 2010: 299-370.
- . 2010. «Top incomes in Sweden over the twentieth century». En Atkinson y Piketty, eds. 2010: 299-370.
- . 2015. «Long-run trends in the distribution of income and wealth». En Atkinson y Bourguignon, eds. 2015: 469-592.
- Roselaar, Saskia T. 2010. *Public land in the Roman republic: a social and economic history of ager publicus in Italy, 396-89 BC*. Oxford: Oxford University Press.
- Rosenbloom, Joshua y Dupont, Brandon. 2015. «The impact of the Civil War on Southern wealth mobility». Documento presentado en el encuentro anual de la Asociación de Historia Económica, Nashville.
- Rosenbloom, Joshua L. y Stutes, Gregory W. 2008. «Reexamining the distribution of wealth in 1870». En Rosenbloom, Joshua L., ed., *Quantitative economic history: the good of counting*. Londres: Routledge, 146-169.
- Rosenstein, Nathan. 2008. «Aristocrats and agriculture in the Middle and Late Republic». *Journal of Roman Studies* 98: 1-26.
- Rossi, Nicola, Toniolo, Gianni y Vecchi, Giovanni. 2001. «Is the Kuznets curve still alive? Evidence from Italian household budgets, 1881-1961». *Journal of Economic History* 61: 904-925.
- Rotberg, Robert I. 2003. «The failure and collapse of nation-states: breakdown, prevention y repair». En Rotberg, Robert I., ed. *When states fail*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1-25.

- Rothkopf, David. 2008. *Superclass: the global power elite and the world they are making*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- Roxana, Maurizio. 2014. «Labour formalization and declining inequality in Argentina and Brazil in 2000s [sic]». Documento de investigación de ILO n.º 9.
- Roy, Kaushik. 2016. *Military manpower, armies and warfare in South Asia*. Milton Park, Reino Unido: Routledge.
- Rubin, Amir y Segal, Dan. 2015. «The effects of economic growth on income inequality in the US». *Journal of Macroeconomics* 45: 258-273.
- Ryckbosch, Wouter. 2010. «Vroegmoderne economische ontwikkeling en sociale repercussies in de zuidelijke Nederlanden». *Tijdschrift voor Sociale en Economische Geschiedenis* 7: 26-55.
- . 2014. «Economic inequality and growth before the industrial revolution: a case study of the Low Countries (14th-19th centuries)». Documento de trabajo de Dondena n.º 67, Università Bocconi, Milán.
- Sabin, Philip, van Wees, Hans y Whitby, Michael, eds. 2007. *The Cambridge history of Greek and Roman warfare*. Vol. II. *Rome from the late Republic to the late Empire*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Sadao, Nishijima. 1986. «The economic and social history of Former Han». En Twitchett y Loewe, eds. 1986: 545-607.
- Sadomba, Zvakanyorwa W. 2013. «A decade of Zimbabwe's land revolution: the politics of the war veteran vanguard». En Moyo y Chambati, eds. 2013b: 79-121.
- Saez, Emmanuel y Veall, Michael R. 2007. «The evolution of high incomes in Canada, 1920-2000». En Atkinson y Piketty, eds. 2007a: 226-308.
- Saez, Emmanuel y Zucman, Gabriel. 2016. «Wealth inequality in the United States since 1913: evidence from capitalized income tax data». *Quarterly Journal of Economics* 131: 519-578.
- Saito, Osamu. 2015. «Growth and inequality in the great and little divergence debate: a Japanese perspective». *Economic History Review* 68: 399-419.
- Sallares, Robert. 1991. *The ecology of the ancient Greek world*. Londres: Duckworth.
- Salverda, Wiemer y Atkinson, Anthony B. 2007. «Top incomes in the Netherlands over the twentieth century». En Atkinson y Piketty, eds. 2007a: 426-471.
- Salverda, Wiemer y Checchi, Daniele. 2015. «Labor market institutions and the dispersion of wage earnings». En Atkinson y Bourguignon, eds. 2015: 1535-1727.
- Salverda, Wiemer, Nolan, Brian y Smeeding, Timothy M., eds. 2009. *The Oxford handbook of economic inequality*. Oxford: Oxford University Press.
- Samaraweera, Vijaya. 1982. «Land reform in Sri Lanka». *Third World Legal Studies* 1 (7). Valparaiso University Law School.
- Sanderson, Stephen K. 1999. *Social transformations: a general theory of historical development*. Exp. ed. Lanham, MD: Rowman and Littlefield.
- Sandmo, Angar. 2015. «The principal problem in political economy: income distribution in the history of economic thought». En Atkinson y Bourguignon, eds. 2015: 3-65.
- Santiago-Caballero, Carlos. 2011. «Income inequality in central Spain, 1690-1800». *Explorations in Economic History* 48: 83-96.
- Sapolsky, Robert M. y Share, Lisa J. 2004. «A pacific culture among wild baboons: its emergence and transmission». *PLoS Biology* 2 (4): e106.

doi:10.1371/journal.pbi0.0020106.

- Sarris, Peter. 2007. «Bubonic plague in Byzantium: the evidence of non-literary sources». En Little, ed. 2007: 119-132.
- Sassaman, Kenneth E. 2004. «Complex hunter-gatherers in evolution and history: a North American perspective». *Journal of Archaeological Research* 12: 227-280.
- Scheidel, Walter. 2001. *Death on the Nile: disease and the demography of Roman Egypt*. Leiden, Holanda: Brill.
- . 2002. «A model of demographic and economic change in Roman Egypt after the Antonine plague». *Journal of Roman Archaeology* 15: 97-114.
- . 2005a. «Human mobility in Roman Italy, II: the slave population». *Journal of Roman Studies* 95: 64-79.
- . 2005b. «Military commitments and political bargaining in classical Greece». Documento de trabajo de Princeton/Stanford.
- . 2006. «Stratification, deprivation and quality of life». En Atkins, Margaret y Osborne, Robin, eds., *Poverty in the Roman world*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 40-59.
- . 2007. «A model of real income growth in Roman Italy». *Historia* 56: 322-346.
- . 2008. «Roman population size: the logic of the debate». En De Ligt, Luuk y Northwood, Simon J., eds., *People, land y politics: demographic developments and the transformation of Roman Italy, 300 BC-AD 14*. Leiden, Holanda: Brill, 17-70.
- . 2009a. «From the “Great Convergence” to the “First Great Divergence”». En Scheidel, Walter, ed. *Rome and China: comparative perspectives on ancient world empires*. Nueva York: Oxford University Press, 11-23.
- . 2009b. «Sex and empire: a Darwinian perspective». En Morris y Scheidel 2009: 255-324.
- . 2010. «Real wages in early economies: evidence for living standards from 1800 BCE to 1300 CE». *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 53: 425-462.
- . 2012. «Roman wellbeing and the economic consequences of the Antonine Plague». En Lo Cascio, ed. 2012: 265-295.
- . 2013. «Studying the state». En Bang, Peter Fibiger y Scheidel, Walter, eds., *The Oxford handbook of the state in the ancient Near East and Mediterranean*. Nueva York: Oxford University Press, 5-57.
- . 2015a. «The early Roman monarchy». En Monson y Scheidel, eds. 2015: 229-257.
- . ed. 2015b. *State power in ancient China and Rome*. Nueva York: Oxford University Press.
- . 2015c. «State revenue and expenditure in the Han and Roman empires». En Scheidel 2015b: 150-180.
- . 2016. «Empires of inequality: ancient China and Rome». Documento de trabajo. <http://papers.ssrn.com/abstract=2817173>.
- Scheidel, Walter y Friesen, Stephen J. 2009. «The size of the economy and the distribution of income in the Roman empire». *Journal of Roman Studies* 99: 61-91.
- Schepartz, Lynne A., Miller-Antonio, Sari y Murphy, Joanne M. A. 2009. «Differential health among the Mycenaeans of Messenia: status, sex y dental health at Pylos». En Schepartz, Lynne A., Fox, Sherry C. y Bourbou, Chryssi, eds., *New directions in the skeletal biology of Greece*. Princeton, NJ: American School of Classical Studies at

- Athens, 155-174.
- Scheve, Kenneth y Stasavage, David. 2009. «Institutions, partisanship y inequality in the long run». *World Politics* 61: 215-253.
- . 2010. «The conscription of wealth: mass warfare and the demand for progressive taxation». *International Organization* 64: 529-561.
- . 2012. «Democracy, war y wealth: lessons from two centuries of inheritance taxation». *American Political Science Review* 106: 81-102.
- . 2016. *Taxing the rich: fairness and fiscal sacrifice in the United States and Europe*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Schlozman, Kay L., Verba, Sidney y Brady, Henry E. 2012. *The unheavenly chorus: unequal political voice and the broken promise of American democracy*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Schmidt-Nowara, Christopher. 2010. «Emancipation». En Paquette, Robert L. y Smith, Mark M., eds., *The Oxford handbook of slavery in the Americas*. Oxford: Oxford University Press, 578-597.
- . 2011. *Slavery, freedom y abolition in Latin America and the Atlantic world*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Schulze, Max-Stephan. 2005. «Austria-Hungary's economy in World War I». En Broadberry y Harrison, eds. 2005a: 77-111.
- Schütte, Robert. 2015. *Civilian protection in armed conflicts: evolution, challenges and implementation*. Wiesbaden, Alemania: Springer.
- Schwartz, Christine. 2010. «Earnings inequality and the changing association between spouses' earnings». *American Journal of Sociology* 115: 1524-1557.
- Seidel, Frederick. 2016. *Widening income inequality: poems*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- Seker, Sirma Demir y Jenkins, Stephen P. 2015. «Poverty trends in Turkey». *Journal of Economic Inequality* 13: 401-424.
- Sharp, Michael. 1999. «The village of Theadelphia in the Fayyum: land and population in the second century». En Bowman, Alan K. y Rogan, E., eds., *Agriculture in Egypt: from Pharaonic to modern times*. Oxford: British Academy, 159-192.
- Shatzman, Israel. 1975. *Senatorial wealth and Roman politics*. Bruselas: Latomus.
- Shaw, Brent D. 2011. *Sacred violence: African Christians and sectarian hatred in the age of Augustine*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Sheen, Seongho. 2013. «Northeast Asia's aging population and regional security: "demographic peace?"». *Asia Survey* 53: 292-318.
- Shelmerdine, Cynthia W., ed. 2008. *The Cambridge companion to the Aegean Bronze Age*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Shennan, Stephen. 2011. «Property and wealth inequality as cultural niche construction». *Philosophical Transactions: Biological Sciences* 366: 918-926.
- Shultziner, Doron, et al. 2010. «The causes and scope of political egalitarianism during the Last Glacial: a multi-disciplinary perspective». *Biology and Philosophy* 25: 319-346.
- Sidrys, Raymond y Berger, Rainer. 1979. «Lowland Maya radiocarbon dates and the Classic Maya collapse». *Nature* 277: 269-74.
- Silver, Lee M. 1997. *Remaking Eden: cloning and beyond in a brave new world*. Nueva York: Avon Books.

- Singer, Peter W. 2009. *Wired for war: the robotics revolution and conflict in the 21st century*. Nueva York: Penguin.
- Slonimczyk, Fabián. 2013. «Earnings inequality and skill mismatch in the U.S.: 1973-2002». *Journal of Economic Inequality* 11: 163-194.
- Smith, Eric A., et al. 2010a. «Production systems, inheritance y inequality in premodern societies». *Current Anthropology* 51: 85-94.
- . 2010b. «Wealth transmission and inequality among hunter-gatherers». *Current Anthropology* 51: 19-34.
- Smith, Michael E., et al. 2014. «Quantitative measures of wealth inequality in ancient central Mexican communities». *Advances in Archaeological Practice* 2: 311-323.
- Smith, Roger S. 1995. «The personal income tax: average and marginal rates in the post-war period». *Canadian Tax Journal* 43: 1055-1076.
- Smolensky, Eugene y Plotnick, Robert. 1993. «Inequality and poverty in the United States: 1900 to 1990». Institute for Research on Poverty, documento de la Universidad de Wisconsin-Madison n.º 998-93.
- Snyder, Timothy. 2010. *Bloodlands: Europe between Hitler and Stalin*. Nueva York: Basic Books.
- Söderberg, Johan. 1991. «Wage differentials in Sweden, 1725-1950». En Brenner, Kaelble y Thomas, eds. 1991: 76-95.
- Soltow, Lee. 1968. «Long-run changes in British income inequality». *Economic History Review* 21: 17-29.
- . 1975. *Men and wealth in the United States, 1850-1870*. New Haven, CT: Yale University Press.
- . 1979. «Wealth distribution in Denmark in 1789». *Scandinavian Economic Review* 27: 121-138.
- . 1985. «The Swedish census of wealth at the beginning of the 19th century». *Scandinavian Economic Review* 33: 60-70.
- Soltow, Lee y van Zanden, Jan Luiten. 1998. *Income and wealth inequality in the Netherlands 16th-20th century*. Ámsterdam: Het Spinhuis.
- Spant, Roland. 1981. «The distribution of income in Sweden, 1920-76». En Klevmarcken, N. A. y Lybeck J. A., eds., *The statics and dynamics of income*. Clevedon, Reino Unido: Tieto, 37-54.
- Sparrow, James T. 2011. *Warfare state: World War II Americans and the age of big government*. Nueva York: Oxford University Press.
- Speller, Camilla F., Yang, Dongya Y. y Hayden, Brian. 2005. «Ancient DNA investigation of prehistoric salmon resource utilization at Keatley Creek, British Columbia, Canada». *Journal of Archaeological Science* 32: 1378-1389.
- Spence, Jonathan D. 1996. *God's Chinese son: the Taiping heavenly kingdom of Hong Xiuquan*. Nueva York: W. W. Norton.
- Stanley, Marcus. 2003. «College education and the midcentury GI bills». *Quarterly Journal of Economics* 118: 671-708.
- Sthakopoulos, Dionysios C. 2004. *Famine and pestilence in late Roman and early Byzantine empire: a systematic survey of subsistence crises and epidemics*. Aldershot, Reino Unido: Ashgate.
- Steckel, Richard H. 2009. «Heights and human welfare: recent developments and new

- directions». *Explorations in Economic History* 46: 1-23.
- Stenkula, Mikael, Johansson, Dan y Du Rietz, Gunnar. 2014. «Marginal taxation on labour income in Sweden from 1862 to 2010». *Scandinavian Economic History Review* 62: 163-187.
- Stephan, Robert Perry. 2013. «House size and economic growth: Regional trajectories in the Roman world.» PhD dissertation, Stanford University.
- Stiglitz, Joseph E. 2013. *The price of inequality: how today's divided society endangers our future*. Nueva York: W. W. Norton.
- Strasma, John. 1989. «Unfinished business: consolidating land reform in El Salvador». En Thiesenhausen, ed. 1989b: 408-428.
- Stratfor. 2013. «Bioterrorism and the pandemic potential». *Security Weekly* 7 de marzo de 2013. <https://www.stratfor.com/weekly/bioterrorism-and-pandemic-potential>.
- Stringer, Randy. 1989. «Honduras: toward conflict and agrarian reform». En Thiesenhausen, ed. 1989b: 358-383.
- Sullivan, Michael. 1996. *The development of the British welfare state*. Londres: Prentice Hall.
- Sussman, Nathan. 2006. «Income inequality in Paris in the heyday of the commercial revolution». Documento de trabajo. http://degit.sam.sdu.dk/papers/degit_11/C011_043.pdf.
- Sutherland, Donald M. G. 2003. *The French Revolution and empire: the quest for a civic order*. Malden, MA: Blackwell.
- Swann, Nancy Lee. 1950. *Food and money in ancient China: the earliest economic history of China to A.D. 25. Han shu 24 with related texts, Han shu 91 and Shih-chi 129*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- SWIID. «The standardized world income inequality database». <http://fsolt.org/swiid/>.
- Taagepera, Rein. 1978. «Size and duration of empires: systematics of size». *Social Science Research* 7: 108-127.
- Tackett, Nicolas. 2014. *The destruction of the medieval Chinese aristocracy*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Tainter, Joseph A. 1988. *The collapse of complex societies*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University.
- Takigawa, Tsutomu. 1972. «Historical background of agricultural land reform in Japan». *The Developing Economies* 10: 290-310.
- Tan, James. 2017. Forthcoming. *Politics and public finance at Rome (264-49 BCE)*. Nueva York: Oxford University Press.
- TeBrake, William H. 1993. *A plague of insurrection: popular politics and peasant revolt in Flanders, 1323-1328*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Teranishi, Juro. 1993a. «Inflation stabilization with growth: the Japanese experience, 1945-50». En Teranishi y Kosai, eds. 1993: 61-85.
- . 1993b. «Financial sector reform after the war». En Teranishi y Kosai, eds. 1993: 153-177.
- Teranishi, Juro y Kosai, Yutaka, eds. 1993. *The Japanese experience of economic reforms*. Basingstoke, Reino Unido: Macmillan.
- Thayer, Bradley A. 2009. «Considering population and war: a critical and neglected aspect of conflict studies». *Philosophical Transactions of the Royal Society of London B* 263:

3081-3092.

- Therborn, Göran. 2013. *The killing fields of inequality*. Cambridge, Reino Unido: Polity.
- Thiesenhausen, William C. 1989a. «Conclusions: searching for agrarian reform in Latin America». En Thiesenhausen, ed. 1989b: 483-503.
- . ed. 1989b. *Searching for agrarian reform in Latin America*. Londres: Unwin Hyman.
- Thomas, Hugh M. 2003. «The significance and fate of the native English landholders of 1086». *English Historical Review* 118: 303-333.
- . 2008. *The Norman conquest: England after William the Conqueror*. Lanham, MD: Rowman and Littlefield.
- Thompson, Edward A. 1952. «Peasant revolts in late Roman Gaul and Spain». *Past and Present* 2: 11-23.
- Thomson, Henry. 2015. «Rural grievances, landholding inequality and civil conflict». Documento de trabajo de SSRN. <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.2551186>.
- Thorp, Rosemary. 1998. *Progress, poverty and exclusion: an economic history of Latin America in the 20th century*. Washington, DC: Inter-American Development Bank.
- Ticchi, Davide y Vindigni, Andrea. 2008. «War and endogenous democracy». Documento de debate de IZA 3397.
- Tilly, Charles. 1985. «War making and state making as organized crime». En Evans, Peter B., Rueschemeyer, Dietrich y Skocpol, Theda, eds., *Bringing the state back in*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 169-191.
- . 1992. *Coercion, capital y European states, AD 990-1992*. Cambridge, MA: Blackwell.
- . 2003. *The politics of collective violence*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Tinbergen, Jan. 1974. «Substitution of graduate by other labour». *Kyklos* 27: 217-226.
- Tinh, V. N., et al. 2011. «Mitochondrial evidence for multiple radiations in the evolutionary history of small apes». *BMC Evolutionary Biology* 10: 74. doi:10.1186/1471-2148-10-74.
- Titmuss, Richard M. 1958. «War and social policy». En Titmuss, Richard M., ed., *Essays on the welfare state*. Londres: George Allen and Unwin, 75-87.
- Toynbee, Arnold J. 1946. *A study of history: abridgment of volumes I-VI by David C. Somervell*. Oxford: Oxford University Press.
- Treisman, David. 2012. «Inequality: the Russian experience». *Current History* 111: 264-268.
- Trigger, Bruce G. 2003. *Understanding early civilizations: a comparative study*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Trinkaus, Erik, Buzhilova, Alexandra P., Mednikova, Maria B. y Dobrovolskaya, Maria V. 2014. *The people of Sunghir: burials, bodies y behavior in the Earlier Upper Paleolithic*. Oxford: Oxford University Press.
- Tsounta, Evridiki y Osueke, Anayochukwu I. 2014. «What is behind Latin America's declining income inequality?». Documento de trabajo de IMF 14/124.
- Tuma, Elias H. 1965. *Twenty-six centuries of agrarian reform: a comparative analysis*. Berkeley: University of California Press.
- Turchin, Peter. 2009. «A theory for formation of large empires». *Journal of Global History* 4: 191-217.
- . 2016a. *Ages of discord: a structural-demographic analysis of American history*.

- Chaplin, CT: Beresta Books.
- . 2016b. *Ultrasociety: how 10,000 years of war made humans the greatest cooperators on earth*. Chaplin, CT: Beresta Books.
- Turchin, Peter, Currie, Thomas E., Turner, Edward A. L. y Gavrilets, Sergey. 2013. «War, space, and the evolution of Old World complex societies». *Proceedings of the National Academy of Science* 110: 16384-16389.
- Turchin, Peter y Gavrilets, Sergey. 2009. «Evolution of complex hierarchical societies». *Social Evolution and History* 8: 167-198.
- Turchin, Peter y Nefedov, Sergey A. 2009. *Secular cycles*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Turner, Michael. 1996. *After the famine: Irish agriculture, 1850-1914*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Twitchett, Denis y Loewe, Michael, eds. 1986. *The Cambridge history of China*. Vol. 1. *The Ch'in and Han empires, 221 B.C.-A.D. 220*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- United States strategic bombing survey 1946. Summary report (Pacific war)*. Washington, DC: United States Government Printing Office.
- Vanhaeren, Marian y d'Errico, Francesco. 2005. «Grave goods from the Saint-Germain-la-Rivière burial: evidence for social inequality in the Upper Palaeolithic». *Journal of Anthropological Archaeology* 24: 117-134.
- van Praag, Bernard y Ferrer-i-Carbonell, Ada. 2009. «Inequality and happiness». En Salverda, Nolan y Smeeding, eds. 2009: 364-383.
- van Treeck, Till. 2014. «Did inequality cause the U.S. financial crisis?». *Journal of Economic Surveys* 28: 421-448.
- van Wees, Hans. 2004. *Greek warfare: myths and realities*. Londres: Duckworth.
- van Zanden, Jan Luiten. 1995. «Tracing the beginning of the Kuznets curve: western Europe during the early modern period». *Economic History Review* 48: 643-664.
- . 2009. «The skill premium and the “Great Divergence”». *European Review of Economic History* 13: 121-153.
- Veltmeyer, Henry y Rushton, Mark. 2012. *The Cuban revolution as socialist human development*. Leiden, Holanda: Brill.
- Verme, Paolo, et al. 2014. *Inside inequality in the Arab Republic of Egypt: facts and perceptions across people, time y space*. Washington, DC: World Bank.
- Villette, Michel y Vuillermot, Catherine. 2009. *From predators to icons: exposing the myth of the business hero*. Ithaca: Cornell University Press.
- Virén, Matti. 2000. «Financing the welfare state in the global economy». Documento de trabajo n.º 732, Elinkeinoelämän Tutkimuslaitos, Helsinki.
- Visser, Jelle. 1989. *European trade unions in figures*. Deventer, Holanda: Kluwer.
- Visser, Jelle y Checchi, Danielle. 2009. «Inequality and the labor market: unions». En Salverda, Nolan y Smeeding, eds. 2009: 230-256.
- Voitchovsky, Sarah. 2009. «Inequality and economic growth». En Salverda, Nolan y Smeeding, eds. 2009: 549-574.
- Volscho, Thomas W. y Kelly, Nathan J. 2012. «The rise of the super-rich: power resources, taxes, financial markets y the dynamics of the top 1 percent, 1949 to 2008». *American Sociological Review* 77: 679-699.
- Waglé, Udaya R. 2013. *The heterogeneity link of the welfare state and redistribution*:

- ethnic heterogeneity, welfare state policies, poverty y inequality in high income countries*. Cham, Suiza: Springer.
- Wagner, David M., et al. 2014. «Yersinia pestis and the Plague of Justinian 541-543 AD: a genomic analysis». *The Lancet Infectious Diseases* 14 (4): 319-326.
- Waldenström, Daniel. 2015. «Wealth-income ratios in a small, late-industrializing, welfare-state economy: Sweden, 1810-2014». Documento de trabajo del Centro de Estudios Fiscales de Uppsala 2015:6.
- Walder, Andrew G. 2015. *China under Mao: a revolution derailed*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Wang, Chen, Caminada, Koen y Goudswaard, Kees. 2012. «The redistributive effect of social transfer programmes and taxes: a decomposition across countries». *International Social Security Review* 65 (3): 27-48.
- Ward, Eric E. 1990. *Land reform in Japan 1946-1950, the Allied role*. Tokio: Nobunkyo.
- Watkins, Susan Cotts y Menken, Jane. 1985. «Famines in historical perspective». *Population and Development Review* 11: 647-675.
- Weber, Max. 1950. *General economic history*. Nueva York: Free Press.
- Wehler, Hans-Ulrich. 2013. *Die neue Umverteilung: soziale Ungleichheit in Deutschland*. 2.ª ed. Múnich: Beck.
- Weisbrot, Mark, Ray, Rebecca, Montecino, Juan A. y Kozameh, Sara. 2011. «The Argentine success story and its implications». Washington, DC: Center for Economic and Policy Research.
- Wells, Berit, ed. 1992. *Agriculture in ancient Greece*. Estocolmo: Swedish Institute at Athens.
- Wengrow, David y Graeber, David. 2015. «Farewell to the “childhood of man”: ritual, seasonality, and the origins of inequality». *Journal of the Royal Anthropological Institute* 21: 597-619.
- Werth, Nicolas. 1999. «A state against its people: violence, repression y terror in the Soviet Union». En Courtois et al. 1999: 33-268.
- Western, Bruce y Rosenfeld, Jake. 2011. «Unions, norms y the rise of U.S. wage inequality». *American Sociological Review* 76: 513-537.
- Wickham, Chris. 2005. *Framing the early Middle Ages: Europe and the Mediterranean, 400-800*. Oxford: Oxford University Press.
- Wilensky, Harold L. 1975. *The welfare state and equality: structural and ideological roots of public expenditures*. Berkeley: University of California Press.
- Willey, Gordon R. y Shimkin, Demetri B. 1973. «The Maya collapse: a summary view». En Culbert, ed. 1973: 457-501.
- Williamson, Jeffrey G. 1985. *Did British capitalism breed inequality?* Winchester, MA: Allen and Unwin.
- . 1991. «British inequality during the Industrial Revolution: accounting for the Kuznets curve». En Brenner, Kaelble y Thomas, eds. 1991: 56-75.
- . 2009. «History without evidence: Latin American inequality since 1491». Documento de trabajo del National Bureau of Economic Research n.º 14766.
- . 2015. «Latin American inequality: colonial origins, commodity booms, or a missed 20th century leveling?». Documento de trabajo de NBER n.º 20915.
- Wimmer, Andreas. 2014. «War». *Annual Review of Sociology* 40: 173-197.

- Windler, Anne, Thiele, Rainer y Müller, Johannes. 2013. «Increasing inequality in Chalcolithic Southeast Europe: the case of Durankulak». *Journal of Archaeological Science* 40: 204-210.
- Winters, Jeffrey A. 2011. *Oligarchy*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Wolfe, Nathan. 2011. *The viral storm: the dawn of a new pandemic age*. Nueva York: Times Books.
- Wolff, Edward N. 1996. «International comparisons of wealth inequality». *Review of Income and Wealth* 42: 433-451.
- Wood, Ellen Meiksins. 2003. *Empire of capital*. Londres: Verso.
- Wood, James W. 1988. «A theory of preindustrial population dynamics». *Current Anthropology* 39: 99-135.
- Wright, Gavin. 2006. *Slavery and American economic development*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- Wright, James C. 2008. «Early Mycenaean Greece». En Shelmerdine, ed. 2008: 230-257.
- Wright, Katherine I. 2014. «Domestication and inequality? Households, corporate groups and food processing tools at Neolithic Catalhöyük». *Journal of Anthropological Archaeology* 33: 1-33.
- Wright, Lisa. 2006. *Diet, health y status among the Pasión Maya: a reappraisal of the collapse*. Nashville, TN: Vanderbilt University Press.
- Wright, Rita. 2010. *The ancient Indus: urbanism, economy y society*. Nueva York: Cambridge University Press.
- WWID. «The world wealth and income database». <http://www.wid.world>.
- Xie, Y. y Zhou, X. 2014. «Income inequality in today's China». *Proceedings of the National Academy of Sciences* 111: 6928-6933.
- Yamada, Shigeo. 2000. *The construction of the Assyrian empire: a historical study of the inscriptions of Shalmaneser III (859-824 BC) relating to his campaigns to the west*. Leiden, Holanda: Brill.
- Yamamoto, Yûzô. 2003. «Japanese empire and colonial management». En Nakamura y Odaka, eds. 2003a: 223-246.
- Yaycioglu, Ali. 2012. «Wealth, power and death: capital accumulation and imperial seizures in the Ottoman empire (1453-1839)». Documento de trabajo, programa de Yale en Historia de la Economía, Universidad de Yale.
- Yoffee, Norman. 1988. «The collapse of ancient Mesopotamian states and civilization». En Yoffee y Cowgill, eds. 1988: 44-68.
- Yoffee, Norman y Cowgill, George L., eds. 1988. *The collapse of ancient states and civilizations*. Tucson: University of Arizona Press.
- Yonekura, Seiichiro. 1993. «Postwar reform in management and labour: the case of the steel industry». En Teranishi y Kosai, eds. 1993: 205-238.
- Yoshikawa, Hiroshi y Okazaki, Tetsuji. 1993. «Postwar hyper-inflation and the Dodge Plan, 1945-50: an overview». En Teranishi y Kosai, eds. 1993: 86-104.
- You, Jong-sung. 2015. *Democracy, inequality and corruption: Korea, Taiwan and the Philippines compared*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- . n.d. «Inequality and corruption: the role of land reform in Korea, Taiwan y the Philippines». Documento de trabajo.
- Yuen, Choy Leng. 1982. «The struggle for land reform in Japan: a study of the major land

- legislation, 1920-1943». Tesis de doctorado, Universidad de Harvard.
- Yun-Casalilla, Bartolomé y O'Brien, Patrick K., con Comín Comín, Francisco, eds. 2012. *The rise of fiscal states: a global history, 1500-1914*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Zala, Sacha. 2014. «Krisen, Konfrontation, Konsens (1914-1949)». En Kreis, Georg, ed. *Geschichte der Schweiz*. Basilea, Suiza: Schwabe, 490-539.
- Zamagni, Vera. 2005. «Italy: how to lose the war and win the peace». En Harrison, ed. 1998b: 177-223.
- Zébitch, Milorade. 1917. *La Serbie agricole et sa démocratie*. París: Librairie Berger-Levrault.
- Ze'evi, Dror y Buke, Ilkim. 2015. «Banishment, confiscation y the instability of the Ottoman elite household». En Ze'evi, Dror y Toledano, Ehud, eds., *Society, law y culture in the Middle East: «modernities» in the making*. Berlín: De Gruyter, 16-30.
- Zelener, Yan. 2012. «Genetic evidence, density dependence and epidemiological models of the “Antonine Plague”». En Lo Cascio, ed. 2012: 167-191.
- Zelin, Madeleine. 1984. *The magistrate's tael: rationalizing fiscal reform in eighteenth-century Ch'ing China*. Berkeley: University of California Press.
- Zeuske, Michael. 2013. *Handbuch der Geschichte der Sklaverei: eine Globalgeschichte von den Anfängen bis zur Gegenwart*. Berlín: De Gruyter.
- Zhong, Wei, et al. 2010. «Wealth inequality: China and India». Proyecto de colaboración del Instituto Chino de India *Prosperity and inequality in India and China, 2008-2010*. Documento de trabajo.
- Zubay, Geoffrey, et al. 2005. *Agents of bioterrorism: pathogens and their weaponization*. Nueva York: Columbia University Press.
- Zuckerman, Edward. 1984. *The day after World War III*. Nueva York: Avon.
- Zucman, Gabriel. 2013. «The missing wealth of nations: are Europe and the US net debtors or net creditors?». *Quarterly Journal of Economics* 128: 1321-1364.
- Zucman, Gabriel. 2015. *The hidden wealth of nations: the scourge of tax havens*. Chicago: University of Chicago Press.

NOTAS

INTRODUCCIÓN. EL DESAFÍO DE LA DESIGUALDAD

[1] [Hardoon, Ayele, y Fuentes-Nieva 2016: 2; Fuentes-Nieva y Galasso 2014: 2.](#)

[2] Riqueza global: Credit Suisse 2015: 11. Porcentajes de ingresos máximos en EE. UU. según WWID: el 0,01, 0,1 y 1 % más adinerados, incluyendo rentas de capital, pasaron de 0,85, 2,56 y el 8,87 % en 1975 a 4,89, 10,26 y el 21,24 % en 2014, lo cual representa unos incrementos del 475, 301 y 139 %, respectivamente, y del 74 % para los situados entre el 0,1 y el 1 % de ingresos máximos.

[3] La fortuna de Bill Gates, que ascendía a 75.400 millones de dólares en febrero de 2016, equivale aproximadamente a un millón y 1,4 millones de veces los ingresos medios de una familia estadounidense, mientras que los activos de Daniel Ludwig, que ascendían a 2.000 millones de dólares en la primera lista de Forbes 400, publicada en 1982, equivalían a unas 50.000 y 85.000 veces los ingresos medios familiares de la época. Para los multimillonarios chinos, véase www.economist.com/news/china/21676814-crackdown-corruption-has-spread-anxiety-among-chinas-business-elite-robber-barons-beware.

[4] «Remarks by the President on Economic Mobility», 4 de diciembre de 2013, <https://www.whitehouse.gov/the-press-office/2013/12/04/remarks-president-economic-mobility>. Buffett 2011. Bestseller: Piketty 2014. China: Consejo estatal 2013. Fig. I.1: WWID (incluyendo rentas de capital); <https://books.google.com/ngrams>. La prominencia de esta idea ha sido puesta de relieve recientemente por la publicación de una colección de poemas que lleva el elegante título de *Widening income inequality* (Seidel 2016).

[5] EE. UU.: WWID, y aquí, capítulo 15. Inglaterra: Roine y Waldenström 2015: 579 tabla 7.A4. Para Roma, véase aquí, capítulo 2 (fortunas), capítulo 9 (donativos) y Scheidel y Friesen 2009: 73-74, 86-87 (PIB y coeficiente de Gini de ingresos). Para los niveles totales de desigualdad, véase aquí, apéndice. Para la peste negra, véase aquí, capítulo 10.

[6] Apocalipsis 6:4, 8.

[7] Milanovic 2005; 2012; Lakner y Milanovic 2013; y, más recientemente, Milanovic 2016: 10-45, 118-176 figuran entre los estudios más importantes sobre la desigualdad de ingresos internacional. Anand y Segal 2015 analizan estudios en este ámbito. Ponthieux y Meurs 2015 ofrecen un gran análisis general sobre los trabajos dedicados a la desigualdad económica de género. Véase también Sandmo 2015, sobre la distribución de ingresos en el pensamiento económico.

[8] Para más sobre este tema, véase aquí, capítulo 14.

[9] Pese a lo que suele afirmarse, el coeficiente de Gini G nunca puede llegar a 1, porque $G = 1-1/n$, donde n es el tamaño de la población. Véase Atkinson 2015: 29-33 para un conciso resumen de los diferentes tipos de ingresos y cálculos relacionados, señalando las complicaciones derivadas de la necesidad de controlar el valor de los servicios públicos, además de las transferencias, y la diferencia entre pérdidas devengadas y reales. Para los propósitos de este extenso estudio, esas distinciones pueden dejarse al margen sin problemas. Para las ratios de porcentajes de ingresos, véase más recientemente Palma 2011 (10 % máximo/40 % mínimo) y Cobham y Sumner 2014. Para la metodología del cálculo de la desigualdad, véase Jenkins y Van Kerm 2009 y, con un tono más técnico, Cowell y Flachaire 2015.

[10] Véase Atkinson y Brandolini 2004, esp. 19 fig. 4, y también Ravallion 2014: 835 y aquí, capítulo 16. Milanovic 2016: 27-29 ofrece una defensa de los cálculos de desigualdad relativa.

[11] Véase aquí, apéndice; para el ejemplo, véase *ibid.*

[12] Para la relación entre Ginis y porcentajes de ingresos máximos, véase Leigh 2007; Alvaredo 2011; Morelli, Smeeding y Thompson 2015: 683-687; Roine y Waldenström 2015: 503-606, esp. 504 fig.7.7. Para ajustes de Ginis, véase esp. Morelli, Smeeding y Thompson 2015: 679, 681-683 y aquí, capítulo 15. Palma 2011: 105, Piketty 2014: 266-267, y Roine y Waldenström 2015: 506 insisten en el valor probatorio de los porcentajes de ingresos máximos. Para comparaciones de Ginis, véase, p. ej., Bergh y Nilsson 2010: 492-493 y Ostry, Berg y Tsangarides 2014: 12. Ambos prefieren los valores de Gini incluidos en la Standardized World Income Inequality Database (SWIID), que utilizo en todo el libro salvo cuando cito referencias de otros estudiosos. Los intervalos de confianza pueden visualizarse en la página web de SWIID, <http://fsolt.org/swiid/>; véase también aquí, capítulo 13. Para la ocultación de riqueza, véase Zucman 2015. Kopczuk 2015 comenta las dificultades para calcular porcentajes de riqueza en EE. UU. Para la naturaleza y fiabilidad de los datos de ingresos máximos, véase esp. Roine y Waldenström 2015: 479-491 y las extensas discusiones técnicas de las numerosas contribuciones a Atkinson y Piketty 2007a y 2010. Puede accederse a la World Wealth and Income Database (WWID) en <http://www.wid.world/>.

[13] Todos estos ejemplos y otros se comentan a lo largo de la primera parte y en los capítulos 9 y 10.

[14] De nuevo, utilizo estos planteamientos en gran parte del libro, sobre todo en las partes primera y quinta. Los datos de salarios reales hasta la Edad Media se han recabado de «The IISH list of datafiles of historical prices and wages», alojada en el International Institute of Social History, <http://www.iisg.nl/hpw/data.php>. Scheidel 2010 cubre los datos más antiguos. Para datos históricos, cálculos y conjeturas del PIB, véase «Maddison Project», <http://www.ggdcc.net/maddison/maddison-project/home.htm>.

[15] Frankfurt 2015: 3. En mi condición de historiador, me alegro de dar por sentado que toda la historia merece la pena ser estudiada y que el conocimiento es su recompensa. Aun así, cuando hablamos del mundo en el que vivimos, algunas cuestiones pueden ser más iguales que otras.

[16] Para las dificultades, véase Bourguignon 2015: 139-140 y esp. Voitchovsky 2009: 569, que resume los resultados dispares (562 tabla 22.11). Los estudios que ofrecen consecuencias negativas incluyen Easterly 2007; Cingano 2014; y Ostry, Berg y Tsangarides 2014, esp. 16, 19 (un crecimiento mayor y más prolongado). Los cambios en el porcentaje de ingresos del quintil superior tienen un efecto en el índice de crecimiento en el siguiente periodo de cinco años: Dabla-Norris *et al.* 2015. La creciente desigualdad de ingresos entre 1985 y 2005 redujo el crecimiento acumulativo en un país medio de la OCDE de un 4,7 % en el periodo de 1990 a 2010: OCDE 2015: 59-100, esp. 67. Un estudio de ciento cuatro países indica que entre 1970 y 2010, una mayor desigualdad de ingresos tendió a aumentar el PIB per cápita (así como el capital humano) en países con ingresos bajos, pero tuvo el efecto opuesto en aquellos con ingresos medios o altos: Brueckner y Lederman 2015. Esto coincide con un estudio anterior que no pudo demostrar consecuencias negativas para el crecimiento más allá de las economías avanzadas: Malinen 2012. Si nos limitamos a la desigualdad expresada por medio del tamaño relativo de las fortunas de los multimillonarios, los efectos negativos podrían confinarse a la desigualdad de riqueza asociada a conexiones políticas: Bagchi y Svejnar 2015. Van Treeck 2014 analiza el debate sobre el papel de la desigualdad en la crisis económica. Desigualdad de riqueza y acceso al crédito: Bowles 2012a: 34-72; Bourguignon 2015: 131-132.

[17] Björklund y Jäntti 2009 y Jäntti y Jenkins 2015 son los estudios más recientes. Para la asociación entre desigualdad y movilidad, véase Corak 2013: 82 fig. 1 y Jäntti y Jenkins 2015: 889-890, esp. 890 fig. 10.13. Existen grandes diferencias en la OCDE: Estados Unidos y Reino Unido presentan una alta desigualdad y una baja movilidad, mientras que ocurre lo opuesto con los países nórdicos: OCDE 2010: 181-198. Björklund y Jäntti 2009: 502-504 consideran que el pasado familiar tiene una influencia mayor en el estatus económico en Estados Unidos que en Escandinavia, aunque estudios más amplios sobre varios países indican en ocasiones unos efectos débiles. Los hombres que se criaron en sociedades más desiguales en los años setenta tenían menos posibilidades de haber experimentado movilidad social a finales de los noventa: Andrews y Leigh 2009; Bowles y Gintis 2002 (indicadores); Autor 2014: 848 (perpetuación propia, educación). Reardon y Bischoff 2011a y b comentan la segregación residencial. Kozol 2005 se centra en sus consecuencias para la escolarización. Véase también Murray 2012 para una perspectiva conservadora sobre esta cuestión. Al margen de los cambios en la desigualdad económica, los hallazgos de Clark 2014 indican que la movilidad social tiende a ser modesta en varias sociedades y a largo plazo.

[18] Para desigualdad y guerra civil, véase aquí, capítulo 6, y cf. brevemente Bourguignon 2015: 133-134. Política: Gilens 2012. Bienestar: van Praag y Ferrer-i-Carbonell 2009: 374, y véase también Clark y D'Ambrosio 2015 sobre el efecto de la desigualdad en el bienestar y las actitudes subjetivas. Salud: Leigh, Jencks y Smeeding 2009; O'Donnell, Van Doorslaer y Van Ourti 2015. Sin embargo, la brecha de la esperanza de vida entre diferentes grupos socioeconómicos ha ido en aumento en Estados Unidos y varios países de Europa occidental: Bosworth, Burtless y Zhang 2016: 62-69.

[19] Atkinson 2015: 11-14 distingue entre motivos instrumentales e intrínsecos por los cuales la desigualdad es un problema. Véase también Frankfurt 2015. Para ser justos, el propio Bourguignon 2015: 163 pone comillas al concepto de un «nivel “normal” de desigualdad», pero aun así define las condiciones «antes de las últimas dos o tres décadas» en esos términos.

PRIMERA PARTE. UNA BREVE HISTORIA DE LA DESIGUALDAD

CAPÍTULO 1. EL AUGE DE LA DESIGUALDAD

[1] Boehm 1999: 16-42 es una crónica clásica. Véase esp. 130-137 sobre por qué las relaciones sociales en las tres especies pueden definirse como (más o menos) «despóticas». Nótese que incluso entre primates no humanos, una sacudida violenta en forma de mortalidad masiva puede suavizar las jerarquías y reducir el acoso motivado por el rango: Sapolsky y Share 2004.

[2] Para estas fechas de especiación, véase Pozzi *et al.* 2014: 177 fig. 2, el estudio más reciente y exhaustivo disponible en el momento de escribir este libro. Futuras investigaciones podrían alterar esos cálculos: solo tres años antes, Tinh *et al.* 2011: 4 habían presentado fechas bastante posteriores. Rasgos del ancestro común: Boehm 1999: 154.

[3] Ortodoxia: Klein 2009: 197. Plavcan 2012: 49-50 rechaza la idea de un menor dimorfismo, comparable a los niveles humanos, ya en el *Australopithecus afarensis* propuesto por Reno, McCollum, Meindl y Lovejoy 2010; Reno y Lovejoy 2015. Cf. también Shultziner *et al.* 2010: 330-331. Véase Plavcan 2012: 47 fig. 1 para una comparación del dimorfismo en humanos y otros primates y 50-58 para un debate sobre sus causas probables. Labuda *et al.* 2010 y Poznik *et al.* 2013: 565 presentan pruebas genéticas de una poliginia moderada en humanos modernos. Bowles 2006 defiende el papel de la igualdad reproductiva en la evolución del altruismo humano.

[4] Hombro: Roach, Venkadesan, Rainbow y Lieberman 2013. Fuego: Marean 2015: 543, 547. Puntas de piedra para proyectiles: Henshilwood *et al.* 2001; Brown *et al.* 2012. Boehm 1999: 174-181 atribuye considerables efectos equiparadores a estas evoluciones, seguido más recientemente por Turchin 2016b: 95-111. Véase también Shultziner *et al.* 2010: 329. Lenguaje: Marean 2015: 542. Boehm 1999: 181-183, 187-191 pone énfasis en el poder igualador del lenguaje y la moralidad. Cronología: Boehm 1999: 195-196, 198, con preferencia por cambios relativamente recientes y repentinos, mientras que Dubreuil 2010: 55-90 y Shultziner *et al.* 2010: 329-331 otorgan más peso a cambios anteriores. El fósil más antiguo que conocemos de un *Homo sapiens* data de hace unos 195.000 años: McDougall, Brown y Fleagle 2005. Esto coincide con análisis modernos de ADN por Elhaik *et al.* 2014 que apuntan a una especiación hace algo más de 200.000 años.

[5] Estos términos suelen hacer referencia al periodo transcurrido desde hace unos 300.000 años hasta la aparición de la agricultura. Para las limitaciones de esta perspectiva, véase aquí, capítulo 1.

[6] Limitaciones materiales: p. ej., Shultziner *et al.* 2010: 327. Equiparación necesaria para combatir jerarquías: Boehm 1999: 37, 39. Puesta en práctica: Boehm 1999: 43-89; también, más brevemente, Shultziner *et al.* 2010: 325-327; Kelly 2013: 243-244; Boix 2015: 46-51; Morris 2015: 33-43.

[7] Marlowe 2010: 225-254, esp. 232-234, 237-238, 240-241, 248, 251-254. Carácter típico (de los hadza como «cazadores-recolectores medios»): 255-283. Los aborígenes !Kung son otro caso muy conocido y citado: Lee 1979; 1984.

[8] Crecimiento y excedente: Boix 2015: 54-55 para el argumento sobre resultados heterogéneos. Baja desigualdad: Smith *et al.* 2010b, y véase aquí, «Un estudio realizado con veintiuna sociedades a pequeña escala...» en el capítulo 1.

[9] Contactos exteriores: Sassaman 2004: 229, 236-238. Fósiles no vivientes: Marlowe 2010: 285-286; y Kelly 2013: 269-275 sobre cazadores-recolectores como ejemplo para la historia, una analogía compleja pero útil.

[10] Trinkaus, Buzhilova, Mednikova y Dobrovolskaya 2014 actualmente es el estudio más respetado sobre los hallazgos de Sungir: véase esp. 3-33 para el yacimiento, fecha y conducta mortuoria y 272-274, 282-283, 287-288 para las lesiones y alteraciones. Tamaño de las cuentas: Formicola 2007: 446. Estatus heredado: Anghelinu 2012: 38.

[11] Vanhaeren y d'Errico 2005; Pettitt, Richards, Maggi y Formicola 2003; d'Errico y Vanhaeren 2016: 54-55.

[12] Véase esp. Shultziner *et al.* 2010: 333-334; Anghelinu 2012: 37-38; Wengrow y Graeber 2015. Marean 2014 defiende la antigüedad e importancia de las adaptaciones costeras.

[13] Para la Costa Oeste en general, véase brevemente Boix 2015: 98-101; Morris 2015: 37. En la práctica, la causación podría ser más compleja: p. ej., Sassaman 2004: 240-243, 264-265. Kelly 2013: 252-266, esp. 251 fig. 9.3, ofrece un modelo general. Recolectores acuáticos: Johnson y Earle 2000: 204-217, esp. 211-216.

[14] Prentiss *et al.* 2007; Speller, Yang y Hayden 2005: 1.387 (Keatley Creek); Prentiss *et al.* 2012, esp. 321 (Bridge River).

[15] Flannery y Marcus 2012: 67-71 (Chumash). Complejidad: Kelly 2013: 241-268, esp. 242 tabla 9.

[16] Cronología de la domesticación: Price y Bar-Yosef 2011: S171 tabla 1. Sobre la cuestión de los orígenes de la agricultura, véase esp. Barker 2006 y las aportaciones al número especial de *Current Anthropology* 52, S4 (2011), S161-S512. Diamond 1997 sigue siendo la crónica más accesible sobre la variación global en el alcance y ritmo de la domesticación. No linealidad: Finlayson y Warren 2010.

[17] Natufienses: Barker 2006: 126; Price y Bar-Yosef 2010: 149-152; Pringle 2014: 823; y cf. también Bowles y Choi 2013: 8.833-8.834; Bowles 2015: 3-5.

[18] Impacto del Dryas Reciente: Mithen 2003: 50; Shultziner *et al.* 2010: 335. Neolítico precerámico: Price y Bar-Yosef 2010: 152-158.

[19] Rivaya-Martínez 2012: 49 (Comanche); Haas 1993, esp. 308-309 tablas 1-2 (sociedades norteamericanas).

[20] Borgerhoff Mulder *et al.* 2009: 683 fig. 1 (muestra), 684 tabla 1 (43 cálculos de riqueza para esas sociedades), S34 tabla S4 (desigualdad para diferentes tipos de riqueza), 685 tabla 2, S35 tabla S5 (Ginis). La elevada desigualdad de tierras entre los horticultores circunscritos de Dominica aumenta la desigualdad material media para este modo de subsistencia en relación con los recolectores, lo cual significa que esos dos grupos podrían tener más en común de lo que denota esta pequeña muestra. Para los datos sobre los horticultores, véase Gurven *et al.* 2010.

[21] Borgerhoff Mulder *et al.* 2009: 686, con S37 tabla S7; Smith *et al.* 2010a: 89 fig. 3.

[22] Modelo: Borgerhoff Mulder *et al.* 2009: 682. Correlación: Smith *et al.* 2010a: 91 fig. 5. Shennan 2011 también otorga mucha importancia al paso de propiedades intangibles a materiales y su potencial para generar desigualdad.

[23] Smith *et al.* 2010a: 92 (defensibilidad); Boix 2015: 38 tabla 1.1.B (estudio global); Bowles y Choi 2013 (derechos de propiedad). Estos últimos desarrollan un modelo formal en el que la mejora del clima hace que la agricultura sea más productiva y predecible y ello lleva a una expansión de la misma y a los derechos de propiedad privada (8.834 fig. 2).

[24] Wright 2014.

[25] Mesopotamia: Flannery y Marcus 2012: 261-282, esp. 264-266, 268, 272, 274, 281. Véase también 451 para un cementerio con más de mil tumbas en Susiana (Juzestán), que van desde sepulcros ricos en alfarería de cobre y pintada hasta otros más pobres con enseres de cocina, y véase Price y Bar-Yosef 2010: 159 para la desigualdad entre más de cien tumbas en Tell Halula, en el Éufrates.

[26] Biehl y Marciniak 2000, esp. 186, 189-191; Higham *et al.* 2007, esp. 639-641, 643-647, 649; Windler, Thiele y Müller 2013, esp. 207 tabla 2 (también en otro yacimiento de la zona)

[27] Johnson y Earle 2000 ofrecen un excelente estudio sobre la evolución social. Para la envergadura típica de los grupos, véase 246 tabla 8.

[28] Muestra global: Boix 2015: 38 tabla 1.1.C. Norteamérica: Haas 1993: 310 tabla 3.
SCCS: Boix 2015: 103 tabla 3.1.D.

[29] Cereales: Mayshar, Moav, Neeman y Pascali 2015, esp. 43-45, 47. Agricultura y formación de estados: Boix 2015: 119-121, esp. 120 fig. 3.3. Véase Petersen y Skaaning 2010 para la variación en la cronología de la formación de estados, motivada por rasgos geográficos y climáticos que afectaron a la domesticación, lo cual respalda a Diamond 1997. Cf. también Haber 2012 para el papel del almacenamiento de cosechas en fases posteriores de la formación de estados.

[30] Cita: Haas 1993: 312. Scheidel 2013: 5-9 presenta y comenta varias definiciones del Estado, algunas de las cuales contribuyen al resumen incluido en el texto. Para la naturaleza de los estados premodernos, véase aquí, capítulo 1. Maisels 1990: 199-220, Sanderson 1999: 53-95, y Scheidel 2013: 9-14 ofrecen análisis de teorías modernas de la formación de estados.

[31] Teoría de la circunscripción: Carneiro 1970; 1988. Para modelos simulados de la formación de estados motivada por la guerra, véase Turchin y Gavrilets 2009; Turchin, Currie, Turner y Gavrilets 2013. Boix 2015: 127-170, 252-253 también insiste en el papel de la guerra.

[32] Políticas descentralizadas: p. ej., Ehrenreich, Crumley y Levy 1995; Blanton 1998. Cita: Cohen 1978: 70; véase también Trigger 2003: 668-670 para la extendida jerarquización. Valores: Morris 2015: 71-92, esp. 73-75, 92.

[33] Cálculos: Scheidel 2013, conjeturados a partir de McEvedy y Jones 1978 y Cohen 1995: 400. Sobre la naturaleza de los primeros estados, véase aquí. Para la estructura e historia universal de los imperios, véase esp. Doyle 1986; Eisenstadt 1993; Motyl 2001; Burbank y Cooper 2010; Leitner 2011; Bang, Bayly y Scheidel; y el resumen en Scheidel 2013: 27-30. Para las ciudades-estado, véase esp. Hansen 2000 y muy brevemente, Scheidel 2013: 30-32.

[34] Para la evolución de los imperios de las estepas —que están ausentes en el presente estudio por falta de datos relevantes—, véase Barfield 1989; Cioffi-Revilla, Rogers, Wilcox y Alterman 2011; <http://nomadicempires.modhist.ox.ac.uk/>. Cf. también Turchin 2009 para su papel en la formación de estados a gran escala. Tamaño creciente: Taagepera 1978: 120.

[35] Fig. 1.1 de Gellner 1983: 9 fig. 1 reproducida en Morris 2015: 66 fig. 3.6.

[36] Sobre la naturaleza de los estados premodernos en general, véase esp. Claessen y Skalník 1978b; Gellner 1983: 8-18; Tilly 1985; Giddens 1987: 35-80; Kautsky 1982, esp. 341-348; Haldon 1993; Sanderson 1999: 99-133; Crone 2003: 35-80 (cita: 51); North, Wallis y Weingast 2009: 30-109 y un metaestudio multidisciplinar en Scheidel 2013: 16-26.

[37] Fabricantes y compradores: Balch 2014. Babilonia: Jursa 2015 y comunicaciones personales. El valor real mediano y medio de las dotes es entre un 70 y un 130 % más alto, y los Ginis son 0,43 (n = 82) y 0,55 (n = 84) para ambos periodos, o 0,41 y 0.49 cuando el valor atípico más alto es eliminado de cada conjunto de datos. Para el dinamismo económico neobabilónico, véase Jursa 2010.

[38] Para la distribución regresiva en regímenes despóticos, véase, p. ej., Trigger 2003: 389 y Boix 2015: 259. Winters 2011 analiza los poderes oligárquicos a lo largo de la historia universal, con su frecuente interés en la defensa de la riqueza (esp. 20-26). Las ideas de reciprocidad sobrevivieron sobre todo en el plano ideológico. Elegantemente definido por Claessen y Skalník 1978a: 640, «Los primeros estados son una organización sociopolítica centralizada para la regulación de las relaciones sociales en una sociedad compleja y estratificada dividida en al menos dos estratos básicos o clases sociales emergentes —los gobernantes y los gobernados—, cuyas relaciones se caracterizan por la dominación política de los primeros y las obligaciones tributarias de los segundos, legitimizadas por una ideología común de la cual la reciprocidad es el principio básico».

[39] Para el Egipto mameluco, véase aquí, capítulo 2 «Patrones del imperio»; para la república romana, aquí, capítulo 2 «El Imperio Romano» y capítulo 6.

[40] Emprendedores: Villette y Vullermot 2009. Para la república romana, véase aquí, capítulo 2 «El Imperio Romano» ; para Francia, «Patrones del imperio». Hago referencia a favores políticos «personalizados» para distinguir esos factores del papel de las reducciones de impuestos en el reciente aumento de los porcentajes de ingresos máximos en Estados Unidos y otros países anglosajones que en el total han beneficiado a los bienestantes: véase aquí, capítulo 15. Cita: «Lunch with the FT: Oleg Tinkov», *Financial Times*, 30 de diciembre de 2015.

[41] Para el papel de las rentas de capital y de las sacudidas a estas rentas, véase esp. las concisas exposiciones en Piketty y Saez 2014: 841-842; Piketty 2015b: 73-78, y más generalmente Piketty 2014: 164-208. Para el debate, véase aquí, capítulo 15.

[42] Hudson 1996b: 34-35, 46-49; 1996c: 299, 303; Trigger 2003: 316-321, 333; Flannery y Marcus 2012: 500-501, 515-516. La experiencia sumeria ocupa un papel destacado aquí porque representa el ejemplo más antiguo de estos procesos.

[43] Hudson 1996a: 12-13, 16; Flannery y Marcus 2012: 474-502, esp. 489-491 sobre Lagash. Para el alivio de la deuda, véase aquí, capítulo 12.

[44] Ebla: Hoffner 1998: 65-80, esp. 73-77. Citas: 75 párrafos 46, 48. Los hurritas se hallaban en el norte de Mesopotamia y los hititas en Anatolia.

[45] Foster 2016: 40, 43, 56, 62, 72, 90, 92; también Hudson 1996c: 300. Citas: Foster 2016: 8 (Rimush), 13 (Naram-Sin), 40 (escribas), 43 (élite). Para el desmoronamiento del imperio acadio, véase aquí, capítulo 9. En posteriores formaciones imperiales, las élites y el personal del Estado en las capitales se beneficiaron desproporcionadamente: p. ej., Yoffee 1988: 49-52.

[46] Trigger 2003: 375-394 estudia estos rasgos en varias civilizaciones tempranas. Para los Oyo, véase 393. Las aportaciones en Yun-Casalilla y O'Brien 2012 y Monson y Scheidel 2015 contribuyen a un amplio resumen de los regímenes fiscales en la historia universal.

[47] La primera cita se ha extraído de la denominada «Teodicea babilónica», un texto compuesto en el lenguaje del periodo babilónico medio: Oshima 2014: 167, línea 282, y el segundo es de Trigger 2003: 150-151.

[48] Cita: Fitzgerald 1926. Para la desigualdad de estatura, véase Boix y Rosenbluth 2014: 11-14, retomada en Boix 2015: 188-194; y véase también Payne 2016: 519-520. Scheidel 2009b analiza la desigualdad reproductiva a lo largo de la historia universal.

[49] Véase aquí, «El 1 % original» en el capítulo 1, capítulo 2 «El Imperio Romano», y capítulo 9, (viviendas).

[50] Véase aquí, apéndice (distribuciones), capítulo 6 (griegos), capítulo 3 (América). La curva de Lorenz es una gráfica utilizada para plasmar la distribución de activos en una población determinada. Una fuerte concentración entre unos pocos miembros provoca que el extremo de la curva suba marcadamente.

[51] Oded 1979: 19, 21-22, 28, 35, 60, 78-79, 81-91, 112-113. Véase también aquí, capítulo 6.

[52] Sobre la esclavitud, véase esp. Patterson 1982: 105-171 sobre las distintas maneras de crear y adquirir esclavos, Miller 2012 para la esclavitud en la historia global y Zeuske 2013 para la historia global de la esclavitud. Para Roma, véase Scheidel 2005a; para Sokoto, Lovejoy 2011; y para Estados Unidos, aquí, capítulo 3.

CAPÍTULO 2. IMPERIOS DE LA DESIGUALDAD

[1] Morris 2010 y 2013 observa unos niveles relativamente altos de desarrollo social en los imperios agrarios. Para la equivalencia de la desigualdad preindustrial y principios de la era industrial tanto en términos nominales como reales, véase aquí, «En todos los casos en que pueden calcular...» y apéndice.

[2] Wood 2003: 26-32 propone este contraste ideal-típico. Para desarrollos convergentes y similitudes entre ambos, véase Scheidel 2009a; Bang y Turner 2015. Ofrezco un comentario mucho más detallado sobre la desigualdad en estos dos imperios en Scheidel 2016.

[3] Para las reformas de los Reinos Combatientes y su cultura de la movilización masiva, véase aquí, capítulo 6.

[4] Ch'ü 1972: 196-199; Hsu 1980: 31; Loewe 1986a: 205; Sadao 1986: 555-558. Wang Mang: Hsu 1980: 558; Sadao 1986: 558; Li 2013: 277.

[5] Mercaderes: Swann 1950: 405-464 (biografías); Ch'ü 1972: 115-116, 176; Sadao 1986: 576, 578 (actividades). Sima Qian: Ch'ü 1972: 182-183. Para los cálculos de Wudi, véase Hsu 1980: 40-41; Sadao 1986: 584, 599, 602, 604. Sobre la escala de sus campañas militares, Barfield 1989: 54, 56-57; para sus políticas modernistas en general, Loewe 1986a: 152-179. Una segunda ronda de intervenciones también tenía su origen en hechos violentos, esto es, la usurpación de Wang Mang: Loewe 1986a: 232; Sadao 1986: 580, 606.

[6] Cita: Sadao 1986: 578 (*Shiji* 129); también 584 para fabricantes. Prohibición: Hsu 1980: 41-42; Sadao 1986: 577. Solapamiento con terratenientes y funcionarios: Ch'ü 1972: 119-121, 181.

[7] Los salarios nominales eran relativamente modestos: Scheidel 2015c: 165-174. Favoritismo: Hsu 1980: 46-53. Envergadura de las fortunas: Swann 1950: 463-464. Venta: Mansveldt Beck 1986: 332 (para 178 e. c.). Protección: Ch'ü 1972: 96-97.

[8] Ch'ü 1972: 160-161, 175; Hsu 1980: 49, 54; Lewis 2007: 70.

[9] Ch'ü 1972: 94, 176-178 (continuidades), y también 173-174 para familias concretas;
Hsu 1980: 49 (principio de auge y caída).

[10] Para las purgas de Wudi, véase Hsu 1980: 44-46 (cita de *Hanshu* 16: 2b-3b); Ch'ü 1972: 164-165; Lewis 2007: 69, 120. Han del Este: Loewe 1986b: 275.

[11] Ch'ü 1972: 97, 184, 200-202, 212-213, 218, 226, 228, 237-243; Loewe 1986b: 276-277, 289; Mansvelt Beck 1986: 328-329.

[12] Intervención estatal: Lewis 2007: 67 (sobre el reclutamiento). Feudos: Loewe 1986b: 257, 259. Terratenientes y linaje Han: Li 2013: 295; Lewis 2007: 69-70. Para intentos fallidos de reforma, véase Ch'ü 1972: 204; Hsu 1980: 55; Ebrey 1986: 619-621. Censo: Li 2013: 297.

[13] Ebrey 1986: 635-637, 646 (cierre social, autonomía de la élite); Hsu 1980: 56 (siervos); Lewis 2007: 263 (clientelismo); Lewis 2009a: 135 (magnates).

[14] Redistribuciones de la tierra: Powelson 1988: 164, 166, 168, 171. (Se realizaron intentos similares, inspirados en China, en Vietnam: 290-292.) Para los Tang, véase aquí, capítulo 9. Song: Powelson 1988: 166-167. Ming: Elvin 1973: 235 (primera cita), 236 (segunda cita), 240 (tercera cita, de un texto hacia 1800 sobre el condado de Shanghai).

[15] Planes: Zelin 1984: 241-246. Múltiplos y contramedidas de ingresos: Deng 1999: 217-219.

[16] Jacobs 2015; www.forbes.com/billionaires/.

[17] Shatzman 1975: 237-439 ofrece una «prosopografía económica» exhaustiva de la clase de los senadores de 200 a 30 a. e. c. Para el imperio temprano, véase Duncan-Jones 1982: 343-344 y 1994: 39; para el siglo V e. c., véase aquí, «Aunque la distribución de ingresos...». Las fortunas individuales relevantes se enumeran y comentan en Scheidel 2016. Estandarizo las valoraciones monetarias según denominaciones posteriores: mil sestercios equivalen aproximadamente a los ingresos anuales medios de una familia de cuatro integrantes (para PIB per cápita, véase Scheidel y Friesen 2009: 91).

[18] Para el crecimiento limitado de ingresos reales entre los plebeyos, véase Scheidel 2007. Las cifras de población son cálculos aproximados. Ecuéstres: Scheidel 2006: 50. Para los efectos de la urbanización, véase aquí, «Una mayor división del trabajo...». Esclavos: Scheidel 2005a.

[19] Para el desarrollo económico, véase más recientemente, Kay 2014. Cálculos de fuentes de ingresos: Rosenstein 2008, precedido por Shatzman 1975: 107, quien observó: «Es obvio que los ingresos de la agricultura eran nimios en comparación con los beneficios derivados de la carrera de senador». Los ingresos de gobernadores, prestamistas y recaudadores de impuestos: Shatzman 1975: 53-63, 296-297, 372, 409, 413, 429-437. Guerra: 63-67, 278-281, 378-381. Tan analiza la estructura de los ingresos de la élite y el sistema fiscal de este periodo.

[20] Shatzman 1975: 37-44, 107, 268-272; Scheidel 2007: 332. Para los grandes patrimonios creados por la primera ronda de proscripciones, véase Roselaar 2010: 285-286.

[21] Fortunas de los partidarios: Shatzman 1975: 400, 437-439; Mratschek-Halfmann 1993: 78, 97, 111, 160-161. Para los activos de los emperadores, véase Millar 1977: 133-201. Mratschek-Halfmann 1993: 44 (Augusto). Escala de las confiscaciones: 52-54; Burgers 1993. Hopkins 2002: 208 escribe que al expropiar y repartir riqueza, los emperadores crearon «aristócratas de reemplazo». Riqueza nacional total y riqueza de la élite conjeturadas a partir de Scheidel y Friesen 2009: 74, 76 y Piketty 2014: 116-117 figs. 3.1-2, utilizando la Francia y la Inglaterra de 1700 como análogos de riqueza nacional como un múltiplo del PIB anual.

[22] Mratschek-Halfmann 1993: 106-107, 113-114, 214; *Inscriptiones Latinae Selectae* 1514.

[23] Mratschek-Halfmann 1993: 53, 58, 138-139; Hopkins 2002: 205.

[24] Scheidel 2015a: 234-242, 250-251.

[25] Mouritsen 2015 ofrece un sucinto resumen. Véase también Jongman 1988, esp. 108-112 (población), 207-273 (desigualdad social). Al parecer, un elevado porcentaje de la población de la ciudad vecina de Herculaneum consistía en esclavos y ex esclavos: De Ligt y Garnsey 2012.

[26] Tamaño de las casas: véase aquí, capítulo 9, y más concretamente, Stephan 2013: 82, 86 (Gran Bretaña), 127, 135 (Italia, con resultados dispares para dos conjuntos de datos diferentes), 171, 182 (norte de África). Los restos de esqueletos siguen esperando un análisis exhaustivo para determinar si la desigualdad en la altura del cuerpo humano también aumentó con los romanos. Para las fuentes de ingresos de senadores y caballeros, véase Mratschek-Halfmann 1993: 95-127, 140-206; cf. también Andermahr 1998 para las tierras de los senadores en Italia.

[27] Scheidel y Friesen 2009: 63-74, 75-84 (distribución de ingresos y porcentaje estatal), 86-87 (Gini y tasa de extracción), 91 (PIB). Cf. también Milanovic, Lindert y Williamson 2011: 263 tabla 2 para un coeficiente de Gini de ingresos en Roma de más de 0,3 y una tasa de extracción del 75 %. Para otras sociedades, véase *ibid.* y aquí, «A falta de compresiones violentas...». Para romanos con una economía media, véase Scheidel 2006; Mayer 2012.

[28] Inversión y adquisición de tierras: Jongman 2006: 249-250. Olimpiodoro: Wickham 2005: 162; Brown 2012: 16-17; Harper 2015a: 56-58, 61 (meseta). Si el imperio posterior era más pobre, las fortunas habrían sido más grandes en términos relativos; sin embargo, aunque esto no puede descartarse, hay pocos datos que sostengan la idea de un declive precipitado del PIB per cápita medio tal como conjetura Milanovic 2010: 8 y 2016: 67-68, esp. 68 fig. 2.9; cf. aquí, capítulo 3. Para la caída de la aristocracia romana occidental, véase aquí, capítulo 9.

[29] Egipto: Palme 2015, con Harper 2015a: 51. Para concentración de tierra anterior en el Egipto romano, véase aquí, capítulo 11. Italia: Champlin 1980, con Harper 2015a: 54. Registros de tierras más detallados del Egeo del siglo IV e. c. documentan propiedades más pequeñas de no más de cuatrocientas hectáreas: Harper 2015a: 52 table 3.6. Superricos: Wickham 2005: 163-165.

[30] Desigualdad bizantina: Milanovic 2006.

[31] Borsch 2005: 24-34 para el sistema mameluco; Meloy 2004 para los fraudes.

[32] Yaycioglu 2012; y véase también Ze'evi y Buke 2015 para la prohibición y confiscación de las posesiones de los funcionarios de más alto rango (pashas).

[33] Powelson 1988: 84-85, 220-229; aquí, capítulo 8.

[34] Powelson 1988: 234-239.

[35] Turchin y Nefedov 2009: 172-173; con http://gpih.ucdavis.edu/files/Paris_1380-1870.xls (salarios).

[36] Veintiocho sociedades: Milanovic, Lindert y Williamson 2011: 263 tabla 2, y aquí, apéndice. Atenas en la década de 330 a. e. c.: utilizando conversiones de 1 dracma = 7,37 kg de trigo = 8,67 dólares en dólares internacionales, el PIB per cápita y el Gini de ingresos eran 1.647 dólares y 0,38 según Ober 2016: 8, 22; y véase 9 para la tasa de extracción. Cf. Ober 2015a: 91-93; 2015b: 502-504 para valores de 1.118 dólares/0,45 (escenario «pesimista») y 1.415/0,4 («optimista»). Comparaciones de Milanovic, Lindert y Williamson 2011: 263 tabla 2; proyecto Maddison. Aunque los conjuntos de datos de Milanovic, Lindert y Williamson arrojan dudas sobre la idea de experiencias discrepantes de desigualdad para monarquías y repúblicas, según conjetura Boix 2015: 258-259, el caso de la Atenas clásica puede respaldar este modelo siempre y cuando nos centremos en el contraste entre democracias directas y otras formas de gobierno.

CAPÍTULO 3. ARRIBA Y ABAJO

[1] Para Varna, véase aquí. Para el desmoronamiento micénico, véase aquí, capítulo 9. Para la Grecia clásica, véase aquí, capítulo 6. También debemos tener en cuenta una variación en el mundo romano: la parte occidental del imperio en el siglo IV y principios del V tal vez representó la cúspide de la desigualdad en la época: véase aquí, «Aunque la distribución de ingresos...».

[2] Quiebra del Estado: aquí, capítulo 9. Peste: aquí, capítulo 11.

[3] Para lo que considero un intento muy imaginativo de analizar el declive posromano en la desigualdad de ingresos, véase Milanovic 2010: 8 y 2016: 67-68. Para las condiciones en Constantinopla en este periodo, véase Mango 1985: 51-62; Haldon 1997: 115-117.

[4] Bekar y Reed 2013, sobre Inglaterra. En su modelo, estos factores pueden quintuplicar los Gini de tierra de 0,14 a 0,68 (308), mientras que las ventas de tierras o el crecimiento de la población generan efectos mucho menores; véase 302-311 para la simulación. Véase también Turchin y Nefedov 2009: 51-53 para un modelo de propiedad campesina de seis hectáreas que apenas permitía a los arrendatarios cubrir gastos. Alquileres y parcelas: Grigg 1980: 68; Turchin y Nefedov 2009: 50-51.

[5] Turchin y Nefedov 2009: 55-58.

[6] Desigualdad bizantina: Milanovic 2006. Inglaterra y Gales: Milanovic, Lindert y Williamson 2011: 263 tabla 2 (c. 0,36), basado en Campbell 2008. El siguiente cálculo más antiguo, para la Toscana de 1427, es posterior a la peste negra pero más elevado (0,46), cosa que cabría esperar en un entorno muy urbanizado. Concentración de riqueza en París y Londres: Sussman 2006, esp. 20 tabla 9, para Gini de riqueza (extraídos de pagos de impuestos) de 0,79 en París en 1313 y 0,76 en Londres en 1319. El Gini parisino sería aún más alto si los muy pobres no hubieran sido omitidos de los archivos fiscales (cf. 4).

[7] Véase aquí, capítulo 10.

[8] Los estudios sobre esta transformación son numerosos. Para una panorámica a vista de pájaro, lo cual es apropiado en este contexto, véase Christian 2004: 364-405. Las aportaciones en Neal y Williamson 2014 estudian las muchas facetas del auge del capitalismo, y Goetzmann 2016 pone énfasis en el papel de las finanzas en la evolución global de la civilización. Ni que decir tiene, la apropiación sigue siendo una exitosa estrategia de enriquecimiento y desigualdad en gran parte del mundo actual: véase aquí, «La corrupción de los altos funcionarios...», para la China contemporánea, o la referencia de Piketty 2014: 446 al «robo» como mecanismo de acumulación, ejemplificado por los gobernantes despóticos de Guinea Ecuatorial.

[9] Para este último argumento, véase más recientemente Alfani 2016: 7, con referencias. En adelante, un formato narrativo que ponga de relieve figuras y tendencias destacadas parece más adecuado para los límites e idiosincrasias de varios conjuntos de datos locales y evita falsas impresiones de precisión que de lo contrario podrían transmitir unas tabulaciones consolidadas.

[10] *Catasto* florentino: van Zanden 1995: 645 tabla 1. (La distribución de capital entre 522 familias de comerciantes en la Florencia de 1427 muestra un coeficiente de Gini de 0,782: Preiser-Kapeller 2016: 5, basado en <http://home.uchicago.edu/~jpadgett/data.html>.) Toscana: Alfani y Ammannati 2014: 19 fig. 2. Piamonte: Alfani 2015: 1.084 fig. 7.

[11] Alemania: van Zanden 1995: 645-647, esp. 647 fig. 1 sobre Augsburgo y aquí, capítulo 11. Holanda: van Zanden 1995: 647-649; Soltow y van Zanden 1998: 46 tabla 3.10. Inglaterra: Postles 2011: 3, 6-9; 2014: 25-27. Soltow 1979: 132 tabla 3 calcula un Gini de riqueza de 0,89 para Copenhague en 1789. Índices de urbanización: De Vries 1984: 39 tabla 3.7.

[12] De Vries y Van der Woude 1997: 61 (urbanización); Soltow y van Zanden 1998: 23-25 (condiciones generales), 42, 46, 53-54 (capital y mano de obra).

[13] Soltow y van Zanden 1998: 38 tabla 3.6, 39 (Leiden); van Zanden 1995: 652-653; Soltow y van Zanden 1998: 35 tabla 3.4 (valores de alquileres); cf. 139 para un Gini de 0,65 en 1808. Quince ciudades: Ryckbosch 2014: 13 fig. 1; cf. también 13 fig. 2 y 14 fig. 3 para tendencias cronológicas por ciudad, que muestran más variación con el tiempo. El Gini de alquileres de casas en Nijvel aumentó de 0,35 en 1525 a 0,47 en 1800: Ryckbosch 2010: 46 tabla 4. En Hertogenbosch, la desigualdad nominal de alquiler de viviendas entre 1500 y 1550 enmascara un incremento en la desigualdad real ajustada a tamaño y precio de la vivienda: Hanus 2013.

[14] Soltow y van Zanden 1988: 40 (crecimiento estancado); Ryckbosch 2014: 17-18, esp. 18 fig. 5, 22 (norte/sur), quien concluye que la desigualdad holandesa y flamenca era baja en fases de producción de artículos de lujo y servicios y alta en periodos de producción estandarizada a gran escala con salarios bajos (23); Alfani y Ryckbosch 2015: 28 (impuestos); van Zanden 1995: 660 tabla 8; Soltow y van Zanden 1998: 43-44, 47 (salarios).

[15] Alfani y Ammannati 2014: 16 tabla 3 (Toscana), 29 tabla 4 (porcentajes de riqueza); Alfani 2015: 1.069 tabla 2 (Piamonte); Alfani 2016: 28 tabla 2 (Apulia); 12 fig. 2, 13 (múltiple de valor medio). Dos conjuntos de datos sicilianos también apuntan a una mayor desigualdad de riqueza: Alfani y Sardone 2015: 22 fig. 5.

[16] Alfani 2014: 1.084-1.090; Alfani y Ryckbosch 2015: 25-30.

[17] Fig. 3.2 de Alfani y Ryckbosch 2015: 16 fig. 2b y Alfani y Sardone 2015: 28 fig. 9. Cf. también Alfani 2016: 26 fig. 4 y 30 fig. 6 para tendencias similares de los porcentajes máximos de riqueza y un «índice de riqueza». Alfani y Ryckbosch 2015: 30 ofrecen un análisis comparativo de las diferentes causas de la creciente desigualdad en Holanda e Italia. Para Inglaterra, véase Postles 2011: 3, 6-9; 2014: 27.

[18] España: Álvarez-Nogal y Prados de la Escosura 2013. Fig. 3.3 de las tablas S2 y S4 (<http://onlinelibrary.wiley.com/doi/10.1111/j.1468-0289.2012.00656.x/supinfo>). Madrid: Fernández y Santiago-Caballero 2013. En Cataluña, el 1 % y 5 % de los porcentajes más altos de riqueza aumentaron o se mantuvieron bastante estables entre 1400 y 1800, y el coeficiente de Gini de riqueza total no muestra ninguna tendencia clara: García-Montero 2015: 13 fig. 1, 16 fig. 3. Santiago-Caballero 2011 documenta una desigualdad bastante estable en la provincia de Guadalajara en el siglo XVIII, salvo por una modesta caída a final del periodo asociada a la reforma agraria (véase aquí, capítulo 12). Para la caída de los salarios reales en Europa, véase aquí, capítulo 10.

[19] Francia: el estudio clásico es Le Roy Ladurie 1966, esp. 239-259, y también 263-276 para la caída de los salarios reales. Portugal: Reis, Santos Pereira y Andrade Martins n.d., esp. 27 fig. 2, 30-32, 36-37 figs. 5-6. En 1770, la desigualdad era más baja en Oporto que en 1700 y también que en Lisboa en 1565, más baja en ciudades pequeñas y zonas rurales que en 1565, pero más alta en las grandes ciudades que en 1565 y 1700 (27 fig. 2). Su trabajo se basa en datos sobre impuestos a la renta, mejorando el estudio de material de 1309 a 1789 de Johnson 2001, que indica una tendencia similar. Poco se sabe acerca de Europa central: véase Hegyi, Néda y Santos 2005 para la distribución de la élite representada por el número de siervos en Hungría en 1550.

[20] Milanovic, Lindert y Williamson 2011: 263 tabla 2. Supuestamente, Nápoles en 1811 presentaba un Gini de ingresos muy bajo, con 0,28, lo cual parece dudoso.

[21] Índices de extracción: para el concepto, véase aquí, apéndice. Los índices de extracción aumentaron en el Piamonte, la Toscana y el sur de los Países Bajos cuando el PIB per cápita se estancó o incluso disminuyó: Alfani y Ryckbosch 2015: 24 fig. 5b, con 18 tabla 2. En la república de Holanda e Inglaterra, los índices de extracción no ajustados (en relación con la subsistencia mínima) disminuyeron en la primera y fluctuaron en la segunda en el contexto de un crecimiento económico intensivo, mientras que los índices de extracción ajustados a los crecientes mínimos sociales permanecieron inalterados: Milanovic, Lindert y Williamson 2011: 263 tabla 2; Milanovic 2013: 9 fig. 3. Para los salarios reales, véase aquí, capítulo 10. La desigualdad «real» era más alta en Inglaterra, Francia y Holanda en 1800 que en 1450 o 1500: Hoffman, Jacks, Levin y Lindert 2005: 161-164, esp. 163 fig. 6.3(a-c). Comento de pasada que la desigualdad económica también podría traducirse en importantes disparidades del peso corporal: Komlos, Hau y Bourguinat 2003: 177-178, 184-185, sobre Francia.

[22] Canbakal y Filiztekin 2013: 2, 4, 6-7, 8 fig. 7 (Ginis urbanos), 19 fig. 9 (decil superior), 20 fig. 10 (Ginis rurales), 22. Para un estudio más detallado de Bursa, una de esas ciudades, véase también Canbakal 2012. Pamuk estudia hechos posteriores a 1820.

[23] Para la desigualdad Han, véase aquí, «Presento dos estudios prácticos...». La evolución en el periodo de Desunión es resumida por Lewis 2009a.

[24] Para los Tang, véase aquí, capítulo 9. Para dinastías posteriores, véase brevemente aquí, «La experiencia de la dinastía Han...». China en 1880, India en 1750 y 1947: Milanovic, Lindert y Williamson 2011: 263 tabla 2. China prerrevolucionaria: aquí, capítulo 7. Los estudios formales sobre la desigualdad asiática siguen escaseando. Broadberry y Gupta 2006: 14 tabla 5, 18 tabla 7 consideran que los salarios reales de los trabajadores no cualificados en el delta del Yantsé eran más bajos a mediados del periodo Qing (1739-1850) que en el periodo Ming tardío (1573-1614), que en el norte y el oeste e India eran más bajos en 1874 que con los mogoles, y que en el sur de India eran más bajos en 1790 que en 1610. Aunque todo esto apunta a una creciente desigualdad, estos hallazgos deberían contextualizarse de manera más completa para tener más certidumbre. Para Japón, véase aquí, capítulo 4.

[25] Véase aquí, «Pero el imperio también condicionó...» (desigualdad precolombina), y aquí, capítulo 11 (epidemias) y capítulo 13. La fig. 3.4 se basa en Williamson 2015: 35 tabla 3 y Prados de la Escosura 2007: 296-297 tabla 12.1, ajustando los niveles de desigualdad de Williamson para que coincidan con los Ginis de ingresos más bajos del segundo y para que tomen en consideración la presencia de los imperios azteca e inca y los efectos de la mortalidad epidémica.

[26] Riqueza: Lindert 2000b: 181 tabla 2. La concentración de ingresos en lo más alto era tan extrema que el porcentaje del siguiente 4 % más adinerado bajó del 43 % al 18 % mientras el porcentaje total del 5 % más elevado pasaba del 82 % al 87 %. Propiedad de tierras: Soltow 1968: 28 tabla 3. Desigualdad de ingresos hasta la primera década del siglo XIX: Lindert 2000b: 18-19, 24.

[27] Para la idea de una «curva de Kuznets» (para la cual, véase aquí, capítulo 13) durante la industrialización británica, véase Williamson 1985 y 1991, esp. 64 tabla 2.5, en mi opinión cuestionada convincentemente por Feinstein 1988. Dispersión salarial: Williamson 1991: 61-62 tabla 2.2, basada en seis ocupaciones no especializadas y doce especializadas, cf. también 63 tabla 2.3. Feinstein 1988: 705-706 demuestra que la curva de las doce ocupaciones especializadas está integrada por siete que presentan un aumento gradual de las ganancias nominales anuales y cinco que presentan cambios erráticos. Según su conclusión, «la estructura de los salarios cualificados presentó un alto grado de estabilidad a lo largo del siglo: no hubo aumentos de la desigualdad en la primera mitad ni igualación en la segunda» (710; y véase también Jackson 1987). Para una crítica de los pagos de vivienda, véase 717-718. Porcentajes de ingresos máximos: Williamson 1991: 63 tabla 2.4, con Feinstein 1988: 718-720. Tablas sociales: Feinstein 1988: 723 tabla 6, y véase también Jackson 1994: 509 tabla 1: 0.47-0.54 en 1688 (con y sin indigentes), 0,52-0,58 en 1901 y 1903, y 0,48 en 1867 y 1913. Jackson 1994: 511 considera improbable que la desigualdad alcanzara máximos a mediados del siglo XIX, y Soltow 1968: 22 tabla 1 ya había llegado a una conclusión similar de estabilidad generalizada en este periodo. Lindert 2000b: 21-24 demuestra que las tendencias en la desigualdad real en Inglaterra durante el siglo XIX dependen del cálculo que elijamos. Esto es cierto con independencia del estancamiento de los salarios de los trabajadores ingleses en la primera mitad del siglo XIX y el aumento de los mismos en la segunda: véase Allen 2009 para una explicación de este fenómeno. La observación de que la desigualdad «real» —es decir, específica de las clases— se redujo durante todo el siglo XIX (Hoffman, Jacks, Levin y Lindert 2005: 162 fig. 6.3(a)) también coincide con un escenario seguido de una reducción de la desigualdad. La debilidad de cualquier afirmación según la cual la desigualdad en la Gran Bretaña industrializada siguió una curva de Kuznets hace difícil explicar la popularidad de esta idea en los estudios posteriores a 1988: véase, p. ej., Williamson 1991; Justman y Gradstein 1999: 109-110; Acemoglu y Robinson 2000: 1192-1193; 2002: 187 tabla 1; y más recientemente, Milanovic 2016: 73 fig. 2.11, 74-75, que hace referencia a la crítica de Feinstein en una nota final (248-249 n. 25).

[28] Italia: Rossi, Toniolo y Vecchi 2001: 916 tabla 6 muestran un declive gradual de los Gini y los porcentajes de ingresos del decil más alto entre 1881 y 1969, mientras que Brandolini y Vecchi 2011: 39 tabla 8 presentan varios cálculos que denotan estabilidad entre 1871 y 1931. Francia: Piketty, Postel-Vinay y Rosenthal 2006: 243 fig. 3, 246 fig. 7; Piketty 2014: 340 fig. 10.1. España: Prados de la Escosura 2008: 298 fig. 3; véase aquí, capítulo 13.

[29] Prusia: Dell 2007: 367 fig. 9.1, 371, 420 tabla 9I.6 (porcentajes de ingresos). Apenas hubo reducción del porcentaje de ingresos del 1 % más adinerado, alrededor de un 0,8 % entre 1900 y 1913, menos de lo que se suponía: estudios anteriores calculaban una reducción del 1-2 % entre 1896/1900 o 1901/1910 y 1913: Morrison 2000: 234, y véase 233, 257, también para Sajonia. Dumke 1991: 128 fig. 5.1a descubre porcentajes de desigualdad y capital en alza de 1850 a 1914. Gini prusiano: Grant 2002: 25 fig. 1, con 27-28. Holanda: Soltow y van Zanden 1998: 145-174, esp. 152, 163-165, 171. Señalan la ausencia de dispersión salarial kuznetiana durante la industrialización cuando cayeron las primas por especialización: 161-162, 174.

[30] El coeficiente de Gini de distribución de ingresos para 1870 es alto, entre los extremos de 0,53 y 0,73. Con un PIB per cápita danés de 2.000 dólares en dólares internacionales de la época, un valor intermedio de 0,63 implicaría un índice de extracción de tres cuartos, lo cual no es imposible pero es similar al de sociedades premodernas muy desiguales. Solo un valor situado en la parte baja del cálculo de Gini lo situaría a la par con Inglaterra y Gales en 1801, que era muy desigual. Sin embargo, en 1870, un Gini que rondara 0,55 estaría situado dentro de los intervalos de confianza para los cálculos de 1903 y 1910, lo cual imposibilitaría descartar la hipótesis de que no hubo cambios significativos en la desigualdad entre 1870 y 1910. Véase Atkinson y Sogaard 2016: 274, que señalan eufemísticamente la «limitada cobertura de los datos» para el periodo de 1870 a 1903. Gini implícito para 1870: 277 fig. 5. Para 1789: Soltow 1979: 136 tabla 6, de la cual Atkinson y Sogaard 2016: 275 infieren un porcentaje de ingresos del 1 % más adinerado de un 30 %, lo cual es extravagantemente alto. El PIB per cápita danés rondaba los 1.200 dólares en dólares internacionales hacia 1820, lo cual habría dado un Gini de ingresos de hasta 0,75, y supuestamente era más bajo aún en 1789.

[31] Desigualdad de riqueza: Soltow 1979: 130 tabla 2, 134, con Roine y Waldenstrom 2015: 572 tabla 7.A2 (para una caída del porcentaje de ingresos del 1 % más adinerado del 56 % en 1789 al 46 % en 1908; pero cf. 579 tabla 7.A4 para deciles máximos inalterados en este periodo).

[32] Noruega: Aaberge y Atkinson 2010: 458-459 (quienes señalan que los primeros datos son poco fiables: 456); Roine y Waldenström 2015: 572 tabla 7.A2 (pero cf. 579 tabla 7.A4 para un porcentaje de riqueza del 10 % más adinerado en 1930 que era más alto que en 1789). Cf. también Morrison 2000: 223-224 para una igualación gradual en dos condados noruegos entre 1855 y 1920, basado en un trabajo muy anterior de Soltow. Suecia: WWID; Soltow 1985: 17; Söderberg 1991; Piketty 2014: 345 fig. 10.4.

[33] Para el periodo colonial, véase Lindert y Williamson 2014: 4, 28-29. Para 1774: Lindert y Williamson 2016: 36-41, esp. 38 tabla 2-4 para un Gini de ingresos de 0,44 y unos porcentajes de ingresos del 1 % más adinerado del 8,5 % para todas las familias y de 0,41 y un 7,6 % para las familias libres. Con 0,37 y un 4,1 %, Nueva Inglaterra era excepcionalmente igualitaria. Periodo revolucionario: 82-90. La prima salarial urbana/rural para las ganancias de varones no cualificados cayó del 26 % al 5 % y del 179 % al 35 % para las ganancias medias urbanas/rurales. La prima para los trabajadores administrativos urbanos en relación con las ganancias para los varones urbanos no cualificados cayó del 593 % al 100 %. Creciente desigualdad hasta 1860: 114-139. Las disparidades aumentaron entre los libres y esclavos y entre la población libre. Para Gini y porcentajes de ingresos, véase 115-116 tablas 5-6 y 5-7. Desigualdad de propiedades y ganancias: 122 tablas 5-8 y 5-9.

[34] Para el periodo de 1860 a 1870, véase aquí, capítulo 6. Para 1870-1910: Lindert y Williamson 2016: 171-193, esp. 172 (porcentajes de ingresos más altos hacia 1910, con WWID), 192-193. Smolensky y Plotnick 1993: 6 fig. 2 (no referenciado por Lindert y Williamson 2016 pero utilizado por Milanovic 2016: 49 fig. 2.1, 72 fig. 2.10) extrapolan un Gini de ingresos nacionales de alrededor de 0,46 en 1913 a partir de la relación entre los Ginis de ingresos, el porcentaje de ingresos del 5 % más adinerado y la tasa de desempleo entre 1948 y 1989 (9, 43-44), que, de ser correcto, indicaría una caída importante en la desigualdad de ingresos total entre 1870 y 1913. Sin embargo, la validez de este procedimiento y la comparabilidad de los cálculos para estas fechas siguen siendo inciertas y, lo que es más importante, esta idea parece incompatible con el marcado aumento de los porcentajes de ingresos más altos en este periodo. Porcentajes de riqueza: Lindert 1991: 216 fig. 9.1; Piketty 2014: 348; Roine y Waldenström 2015: 572 tabla 7.A2. Fortunas más cuantiosas: Turchin 2016a: 81 tabla 4.2.

[35] Cálculos de Ginis latinoamericanos: Bértola y Ocampo 2012: 120 tabla 3.15; Prados de la Escosura 2007: 296-297 tabla 12.1. Rodríguez Weber 2015: 9-19 ofrece una crónica más acertada para Chile. Utilizando ratios de arrendamientos (tierra)/salarios (urbanos), Arroyo Abad 2013: 40 fig. 1 descubre incrementos netos de la desigualdad en Argentina y Uruguay entre 1820 y 1900 pero no en México y Venezuela. Japón: Bassino, Fukao y Takashima 2014; Bassino, Fukao, Settsu y Takashima 2014; Hayami 2004: 16-17, 29-31; Miyamoto 2004: 38, 43, 46-47, 55; Nishikawa y Amano 2004: 247-248. Para la creciente desigualdad durante la modernización, véase aquí, capítulo 4.

[36] Mi estudio confirma la observación de Alfani, basada en un conjunto de datos mucho más limitado, de que el proceso de la concentración de riqueza en el siglo XIX descrito por Piketty «en realidad era solo la parte final de un proceso mucho más largo» (Alfani 2016: 34).

[37] Los regímenes comunistas controlaban aproximadamente a 860 millones de personas de un total de 2.560 millones en 1950. Porcentajes de ingresos: WWID, resumidos por Roine y Waldenström 2015: 493 fig. 7; y véase aquí, capítulo 5, para un análisis más detallado (solo contamos con datos esporádicos para los porcentajes de ingresos del 1 % más adinerado en Reino Unido, que experimentó una compresión comparable, reflejada en una caída de un tercio solo entre 1937 y 1949. La ratio entre los índices de pérdida del 0,1 % y el 1 % de 1913 o 1918 a 1949 nos permite inferir un porcentaje de ingreso del 1 % más adinerado de aproximadamente un 25 % en 1913 y una caída de algo más de la mitad en 1949). Para Rusia y Asia oriental, véase aquí, capítulo 7. Porcentajes de riqueza: Roine y Waldenström 2015: 572-581 y esp. 539 fig. 7.19, reproducido aquí, capítulo 5. Ratios capital/ingresos: Piketty 2014: 26 fig. 1.2 (reproducido aquí, capítulo 5), 196 fig. 5.8; tabla apéndice TS12.4. (Para críticas al cálculo global extremadamente conjeturado, véase Magness y Murphy 2015: 23-32; pero la tendencia general está bastante clara.) Para la finalización del proceso de igualación, véase aquí, capítulo 15; para el desafío de definir unos niveles de desigualdad efectivos, véase aquí, en el apéndice. Según algunos cálculos de desigualdad multidimensionales, los países escandinavos contemporáneos son tan igualitarios como las sociedades recolectoras: Fochesato y Bowles 2015. Para un resumen muy conciso de la evolución de la desigualdad hasta el siglo XX, véase aquí, capítulo 14.

SEGUNDA PARTE. GUERRA

CAPÍTULO 4. GUERRA TOTAL

[1] Moriguchi y Saez 2010: 133-136 tabla 3A.2 (porcentajes de ingresos); 148 tabla 3B.1 (patrimonios); 81 fig. 3.2 (Ginis), con Milanovic 2016: 85 fig. 2.18.

[2] «Llegar a Dinamarca» es una expresión académica para crear instituciones políticas y económicas muy propicias para el bienestar humano, un concepto que se remonta a Pritchett y Woolcock 2002: 4 y que ha sido popularizado desde entonces, sobre todo por Fukuyama 2011: 14.

[3] Saito 2015: 410; Bassino, Fukao y Takashima 2014: 13; Hayami 2004: 16-17, 29-30.

[4] Según la reconstrucción más reciente, el Gini pasó de 0,35 en 1850 (un cálculo intuitivo) a 0,43 en 1909, 0,5 en 1925, 0,52 en 1935 y 0,55 en 1940: Bassino, Fukao y Takashima 2014: 20 tabla 5. Véase 19 tabla 1 para los porcentajes de ingresos del 1 % más adinerado. Señalan una falta de consenso respecto de las tendencias en la desigualdad entre las décadas de 1880 y 1930, cuando la desigualdad aumentó continuamente o cayó primero y luego creció (9). Véase también 2015: 413-414 para la posibilidad de un aumento de la desigualdad con el tiempo después del shogunato. Obviando fluctuaciones a corto plazo, el WWID muestra un porcentaje de ingresos del 1 % más adinerado bastante estable en el primer tercio del siglo XX. Desarrollo económico y desigualdad: Nakamura y Odaka 2003b: 9, 12-13, 24-42; Hashimoto 2003: 193-194; Saito 2015: 413 n. 57; Moriguchi y Saez 2010: 100.

[5] Nakamura 2003: 70 tabla 2.5, 82.

[6] Véase Moriguchi y Saez 2010: 100-102 para este trío. Para las diversas intervenciones estatales, véase esp. Hara 2003 y Nakamura 2003; y cf. Moriguchi y Saez 2010: 101 para un resumen muy breve. Controles: Nakamura 2003: 63-66 tabla 2.2.

[7] Nakamura 2003: 85; Okazaki 1993: 187-189, 195.

[8] Takigawa 1972: 291-304; Yuen 1982: 159-173; Dore 1984: 112-114; Kawagoe 1999: 11-26.

[9] Kasza 2002: 422-428; Nakamura 2003: 85. Kasza 2002: 429 concluye que «la guerra superó a todos los demás factores como causa de la transformación del bienestar japonés de 1937 a 1945».

[10] Moriguchi y Saez 2010: 101; 129-130 tabla 3A.1.

[11] Acumulación de capitales: Minami 1998: 52; Yoshikawa and Okazaki 1993: 86; Moriguchi y Saez 2010: 102. Pérdidas: Nakamura 2003: 84; Yoshikawa y Okazaki 1993: 86. Bombardeos: *United States strategic bombing survey* 1946: 17.

[12] Porcentaje de ingresos de capital: Yoshikawa y Okazaki 1993: 91 tabla 4.4; Moriguchi y Saez 2010: 139 tabla 3A.3, y véase también 91 fig. 3.7. Durante el periodo de 1886 a 1937, los ingresos de capital tenían una media de más o menos la mitad del porcentaje de ingresos del 1 % más adinerado (92). Porcentajes de ingresos: Moriguchi y Saez 2010: 88 fig. 3.4; 134-135 tabla 3A.2; WWID.

[13] PIB y exportaciones: Yoshikawa y Okazaki 1993: 87-88.

[14] Moriguchi y Saez 2010: 129-30 tabla 3A.1; cf. Nakamura 2003: 90-92. Para la gran variación según diferentes índices, véase Kuroda 1993: 33-34; y cf. también Teranishi 1993a: 68-69; Yoshikawa y Okazaki 1993: 89.

[15] Nakamura 2003: 87; Miwa 2003: 335-336.

[16] Miwa 2003: 339-341. El PIB real aumentó un 40 % entre 1946 y 1950, sobre todo por el consumo y no por la inversión: Yoshikawa y Okazaki 1993: 87.

[17] Miwa 2003: 347; Minami 1998: 52; Moriguchi y Saez 2010: 102; Nakamura 2003: 98
tabla 2.14; Teranishi 1993b: 171-172; Yoshikawa y Okazaki 1993: 90.

[18] Nakamura 2003: 87; Minami 1998: 52; Estevez-Abe 2008: 103; Miwa 2003: 345; Miyazaki y Itô 2003: 315-316; Yonekura 1993: 213-222. Cita: Miwa 2003: 349.

[19] Miwa 2003: 336-337, 341-345; Nakamura 2003: 86-87, 91 (cita). El objetivo de esta medida y otras relacionadas era la «eliminación de las ganancias de la guerra» (Miwa 2003: 346), que, a juzgar por la compresión de ingresos observada, pudo ser más imaginaria que real.

[20] Yamamoto 2003: 240; Miyazaki e Itô 2003: 309-312.

[21] Teranishi 1993b, esp. 172; Moriguchi y Saez 2010: 138 tabla 3A.3.

[22] Sindicalización: Hara 2003: 261; Nakamura 2003: 88; Miwa 2003: 347; Yonekura 1993: 223-230, esp. 225 tabla 9.3; Nakamura 2003: 88; cf. Minami 1998: 52. Beneficios: Hara 2003: 285; Yonekura 1993: 227-228; Estevez-Abe 2008: 103-111.

[23] Memo: Miwa 2003: 341; y véase también Dore 1984: 115-125 sobre la relación entre arrendamientos, pobreza rural y agresión. Reforma agraria: Kawagoe 1999: 1-2, 8-9, 27-34; Takigawa 1972: 290-291; Yoshi kawa y Okazaki 1993: 90; Ward 1990: 103-104; y véase también Dore 1984: 129-198 y Kawagoe 1993. MacArthur: en una carta al primer ministro Yoshida Shigeru del 21 de octubre de 1949, citada por Ward 1990: 98; Kawagoe 1999: 1.

[24] Moriguchi y Saez 2010: 94 tabla 3.3.

[25] Okazaki 1993: 180; Moriguchi y Saez 2010: 104-105. Para la cita de MacArthur también utilizada en el encabezamiento de la sección, véase Departamento de Estado 1946: 135.

CAPÍTULO 5. LA GRAN COMPRESIÓN

[1] Cita: «Le drame de la guerre de trente ans, que nous venons de gagner...». Discurso de Charles de Gaulle en Bar-le-Duc, 28 de julio de 1946, extraída de <http://mjp.univ-perp.fr/textes/degaulle28071946.htm>. Para comentarios sucintos sobre esta tesis, véase más recientemente Piketty 2014: 146-150; Piketty y Saez 2014: 840; Roine y Waldenström 2015: 555-556, 566-567.

[2] Aquí y a continuación, toda la información relativa a porcentajes de ingresos máximos se ha extraído de WWID. Para mayor consistencia, utilizo cronologías idénticas para cada país, de 1937 a 1967.

[3] Argentina 1938/1945, Australia 1938/1945, Canadá 1938/1945, Dinamarca 1908/1918, 1938/1945, Finlandia 1938/1945, Francia 1905/1918, 1938/1945, Alemania 1913/1918(1925), 1938/1950, India 1938/1945, Irlanda 1938/1945, Japón 1913/1918, 1938/1945, islas Mauricio 1938/1945, Holanda 1914/1918, 1938/1946, Nueva Zelanda 1938/1945, Noruega 1938/1948, Portugal 1938/1945, Sudáfrica 1914/1918, 1938/1945, España 1935/1940/1945, Suecia 1912/1919, 1935/1945, Suiza 1939/1945, Reino Unido 1937/1949 (1 %), 1913/1918, 1938/1945 (0.1 %), Estados Unidos 1913/1918, 1938/1945.

[4] Smolensky y Plotnick 1993: 6 fig. 2, con 43-44, para Ginis extrapolados de alrededor de 0,54 en 1931, 0,51 en 1939 y 0,41 en 1945 y para Ginis documentados de $0,41 \pm 0.025$ entre 1948 y 1980. Atkinson y Morelli 2014: 63 presentan Ginis de ingresos familiares brutos de 0,5 para 1929, 0,447 para 1941 y 0,377 para 1945, también seguidos de igualdad. Para Gran Bretaña, véase Atkinson y Morelli 2014: 61 para una caída de 0,426 en 1938 a 0,355 en 1949, con Milanovic 2016: 73 fig. 2.11 para un Gini de ingresos de mercado estimado de 0,5 en 1913. Para Japón, véase aquí, «Segunda parte. Guerra» n. 1. Entre los conjuntos de datos nacionales recopilados por Milanovic 2016, solo Holanda presenta una reducción de los Ginis de ingresos entre 1962 y 1982 que es comparable en escala a la de 1914 y 1962 (81 fig. 2.15).

[5] Fig. 5.3 de Roine y Waldenström 2015: 539 fig. 7.19 (<http://www.uueconomics.se/danielw/Handbook.htm>). Para los primeros datos escandinavos, véase aquí, capítulo 3.

[6] La única excepción verdadera es Noruega, donde casi toda la desconcentración se produjo a partir de la década de 1940. Todos los datos de Roine y Waldenström 2015: 572-575 tabla 7.A2. Francia: Piketty 2007: 60 fig. 3.5.

[7] Fig. 5.4 de Piketty 2014: 26 fig. 1.2 y 196 fig. 5.8; véase también 118 fig. 5.5 de Roine y Waldenström 2015: 499 fig. 7.5 (<http://www.uueconomics.se/danielw/Handbook.htm>).

[8] Fig. 5.6 de Broadberry y Harrison 2005b: 15 tabla 1.5; Schulze 2005: 84 tabla 3.9 (Austria-Hungría: solo gasto militar).

[9] Riqueza nacional: Broadberry y Harrison 2005b: 28 tabla 1.10. Coste: Harrison 1998a: 15-16 tabla 1.6; Broadberry y Harrison 2005b: 35 tabla 1.13. Para ponerlo en perspectiva, el mismo múltiplo de PIB global hoy se traduciría aproximadamente en un cuatrillón de dólares. PNB/PIB: Alemania: Abelshauser 1998: 158 tabla 4.16. Este porcentaje se reduce al 64 % si se excluyen las contribuciones extranjeras. Japón: Hara 1998: 257 tabla 6.11.

[10] Piketty 2014: 107; Moriguchi y Saez 2010: 157 tabla 3C.1.

[11] Impuestos: Piketty 2014: 498-499. Véase también Scheve y Stasavage 2010: 538 para unas tasas inicialmente bajas. Fig. 5.7 de Roine y Waldenström 2015: 556 fig. 7.23 (<http://www.uueconomics.se/danielw/Handbook.htm>).

[12] Fig. 5.8 de Scheve y Stasavage 2016: 10 fig. 1.1.

[13] Fig. 5.9 de Scheve y Stasavage 2016: 81 fig. 3.9 (para diez países con movilización y siete sin movilización en la primera guerra mundial); véase también Scheve y Stasavage 2012: 83.

[14] Presión política: Scheve y Stasavage 2010: 530, 534-535; 2012: 82, 84, 100. Pigou 1918: 145 es una afirmación clásica, citada en Scheve y Stasavage 2012: 84. Véase también Scheve y Stasavage 2016: 202 fig. 8.1 en el aumento de la frecuencia relativa del «sacrificio igualitario» de Google Ngram durante las guerras mundiales. Para actitudes ciudadanas en Estados Unidos, véase Sparrow 2011. Manifiesto: Scheve y Stasavage 2010: 531, 535. Cita de 529: «Los que han hecho fortuna con la guerra deben pagarla; y el Partido Laborista insistirá en unos impuestos muy graduales con un incremento del límite de excepción. A eso se refiere el Partido Laborista con la conscripción de la riqueza». Cf. también 551 para la idea de «conscripción si los ingresos actuales superan lo absolutamente necesario» en un documento de 1917. Para la idea de sacrificio igualitario en los debates políticos, véase 541. Beneficios extra: Scheve y Stasavage 2010: 541-542. Cita de Roosevelt de Bank, Stark y Thorndike 2008: 88. Impuestos al patrimonio: Piketty 2014: 508; Scheve y Stasavage 2010: 548-549.

[15] Scheve y Stasavage 2016: 83 fig. 3.10.

[16] Piketty 2007: 56, 58 fig. 3.4; Hautcoeur 2005: 171 tabla 6.1. Efectos de la primera guerra mundial: Hautcoeur 2005: 185; Piketty 2007: 60 fig. 3.5.

[17] Piketty 2014: 121, 369-370; Piketty 2014: 273 fig. 8.2; 275 (pérdidas de capital);
Piketty 2007: 55-57, 60 fig. 3.5 (patrimonios más altos).

[18] Broadberry y Howlett 2005: 217, 227; Atkinson 2007: 96-97, 104 tabla 4.3; Ohlsson, Roine y Waldenström 2006: 26-27 figs. 1, 3.

[19] Piketty y Saez 2007, esp. 149-156. Sin embargo, el coeficiente de Gini de ingresos pudo alcanzar máximos en 1933 debido a un desempleo muy alto: Smolensky y Plotnick 1993: 6 fig. 2, con Milanovic 2016: 71. Para la Gran Depresión, véase aquí, capítulo 12.

[20] Para impuestos en la primera guerra mundial, véase esp. Brownlee 2004: 59-72; Bank, Stark y Thorndike 2008: 49-81. Tasas impositivas: Bank, Stark y Thorndike 2008: 65, 69-70, 78; Rockoff 2005: 321 tabla 10.5. Cita: Brownlee 2004: 58. Mehrotra 2013 también considera que la sacudida de la primera guerra mundial fue crucial para la creación de leyes radicales y como base para una mayor elaboración fiscal en la segunda guerra mundial. Relajación: Brownlee 2004: 59; Bank, Stark y Thorndike 2008: 81.

[21] Tasas fiscales: Piketty y Saez 2007: 157; Piketty 2014: 507; Brownlee 2004: 108-119 (cita de 109); Bank, Stark y Thorndike 2008: 83-108. Intervenciones y desigualdad: Goldin y Margo 1992: 16 (cita), 23-24; Piketty y Saez 2007: 215 tabla 5B.2; y aquí, «Para mantener tan extravagante empresa...» (Ginis). Salarios de directivos: Frydman y Molloy 2012. El coeficiente de Gini de salarios cayó de 0,44 en 1938 a 0,36 en 1953: Kopczuk, Saez y Song 2010: 104. La serie Goldsmith-OBE, la ratio de salarios del decil superior a medios, y la brecha salarial entre los percentiles noventa y cincuenta apuntan a un único episodio de igualación en los años cuarenta: solo la ratio de salarios en los percentiles cincuenta y diez muestra una caída secundaria en la década de 1960 tras un desplome inicial más fuerte en los años cuarenta: Lindert y Williamson 2016: 199 fig. 8-2.

[22] Saez y Veall 2007: 301 tabla 6F.1 y 264 figs. 6A.2-3 para visualización. Véase 232 para el efecto de la guerra. Las ganancias en el percentil noventa como múltiplo de la caída media nacional pasaron del 254 % en 1941 al 168 % en 1950 y han cambiado poco desde entonces: Atkinson y Morelli 2014: 15. El porcentaje estatal del PIB pasó del 18,8 % en 1935 al 26,7 % en 1945: Smith 1995: 1059 tabla 2.

[23] Dumke 1991: 125-135; Dell 2007. Fig. 5.10 de WWID. Para índices de movilización y porcentaje estatal del PIB, véase aquí, «Cabe señalar que la compresión de la riqueza...» y Fig. 5.9.

[24] Ingresos máximos: Dell 2007: 372; Dumke 1991: 131; Dell 2005: 416. Los datos de ingresos máximos no respaldan el argumento revisionista de Baten y Schulz 2005, según el cual la desigualdad no aumentó en Alemania durante la primera guerra mundial. Financiación e inflación: Ritschl 2005: 64 tabla 2.16; Schulze 2005: 100 tabla 3.19; Pamuk 2005: 129 tabla 4.4.

[25] Dell 2005: 416; 2007: 373; Holtfrerich 1980: 190-191, 76-92, 327, 39-40 tabla 8, 266, 273, 221 tabla 40, 274, 232-233, 268; Piketty 2014: 503 fig. 14.2, 504-505.

[26] Dell 2005: 416-417; 2007: 374-375; Harrison 1998a: 22; Abelshauser 2011: 45 fig. 4, 68-69; Piketty 2014: 503 fig. 14.2, 504-505; Klausen 1998: 176-177, 189-190.

[27] Ingresos máximos: véase aquí, «Son muy anteriores a los coeficientes de Gini...». Soltow y van Zanden 1998: 176-177, 184 (entre 1939 y 1950, los salarios reales del personal administrativo y los trabajadores cualificados de la industria cayeron en un 23,5 % y un 8 %, respectivamente, pero aumentaron un 6,4 % para los trabajadores no cualificados); Salverda y Atkinson 2007: 454-458; Soltow y van Zanden 1998: 183-185.

[28] Finlandia: Jäntti *et al.* 2010: 412 tabla 8A.1. Dinamarca: Ohlsson, Roine y Waldenström 2006: 28 fig. 5; Atkinson y Søgaaard 2016: 283-284, 287 fig. 10. Noruega: Aaberge y Atkinson 2010: 458-459, y véase aquí, tablas 5.1-2.

[29] Piketty 2014: 146-150, que señala que «las sacudidas presupuestarias y políticas de dos guerras fueron más destructivas para el capital que el propio combate» (148). Cita: Piketty 2014: 275.

[30] Tierras sangrientas: Snyder 2010. Para Italia, véase Brandolini y Vecchi 2011: 39 fig. 8; pero cf. Rossi, Toniolo y Vecchi 2001: 921-922 para un posible igualitarismo a corto plazo durante ambas guerras mundiales. Para la economía de guerra en Italia, véase Galassi y Harrison 2005; Zamagni 2005.

[31] Holanda: Salverda y Atkinson 2007: 441; Dumke 1991: 131; De Jong 2005. Suecia: WWID; Atkinson y Søgaaard 2016: 282-283, 287 fig.10.

[32] Nolan 2007: 516 (Irlanda); Alvaredo 2010b: 567-568 (Portugal). Para España, véase aquí, capítulo 6.

[33] Argentina: Alvaredo 2010a: 267-269, 272 fig. 6.6. Para la rápida equiparación que se produjo entre 1948 y 1953, véase aquí, capítulo 13. Ginis latinoamericanos del SWIID: Argentina 39,5 (1961), Bolivia 42,3 (1968), Brasil 48,8 (Brasil), Chile 44,0 (1968), Colombia 49,8 (1962), Costa Rica 47,8 (1961), Ecuador 46,3 (1968), El Salvador 62,1 (1961), Honduras 54,1 (1968), Jamaica 69,1 (1968), México 49,8 (1963), Panamá 76,0 (1960), Perú 53,3 (1961), Uruguay 43,0 (1967), Venezuela 45,1 (1962). Para acontecimientos durante la guerra, véase aquí, capítulo 13, Rodríguez Weber 2015: 8 fig. 2, 19-24 (Chile); Frankema 2012: 48-49 (desigualdad salarial).

[34] Colonias: Atkinson 2014b. India: Raghavan 2016: 331, 341-344. Sin embargo, esta presión sobre los ricos se vio compensada por la inflación de los precios motivada por la guerra, que benefició a los industriales y grandes propietarios y perjudicó a los grupos con ingresos medios o bajos (348-350). Para tendencias más a largo plazo, véase Banerjee y Piketty 2010: 11-13.

[35] Atkinson n.d. 22, 28 fig. 5.

[36] Zala 2014: 495-498, 502; Oechslin 1967: 75-97, 112; Dell, Piketty y Saez 2007: 486
tabla 11.3.

[37] Zala 2014: 524-525; Oechslin 1967: 150 tabla 43, 152-160; Grütter 1968: 16, 22; Dell, Piketty, y Saez 2007: 486 tabla 11.3.

[38] Oechslin 1967: 236, 239; Grütter 1968: 23; Zala 2014: 534-535; Dell, Piketty y Saez 2007: 494.

[39] Fig. 5.11 de WWID.

[40] Gilmour 2010: 8-10; Hamilton 1989: 158-162; Roine y Waldenström 2010: 310; Ohlsson, Roine y Waldenström 2014: 28 fig. 1. Los diferenciales salariales también disminuyeron en esos años, ya que los ingresos agrícolas eran fuertes y las pagas administrativas perdieron terreno: Söderberg 1991: 86-87. Fig. 5.12 de Stenkula, Johansson y Du Rietz 2014: 174 fig. 2 (adaptado aquí utilizando datos amablemente proporcionados por Mikael Stenkula); y cf. 177 fig. 4 incluyendo impuestos sobre la renta locales, para una panorámica similar. Cf. también Roine y Waldenström 2008: 381. No basta con afirmar, como hacen Ohlsson, Roine y Waldenström 2006: 20 o Henrekson y Waldenström 2014: 12, que Suecia no experimentó sacudidas graves porque no participó activamente en las guerras mundiales: la proximidad a los conflictos y la exposición a varias amenazas exteriores u otras imposiciones relacionadas con la guerra precipitaron un efecto de movilización significativo, aunque a una escala menor que entre los combatientes.

[41] Gilmour 2010: 49 (cita), 47-48, 229-230, 241-242; Hamilton 1989: 179; Fig. 5.12; Roine y Waldenström 2010: 323 fig. 7.9; Stenkula, Johansson y Du Rietz 2014: 178; Du Rietz, Johansson y Stenkula 2014: 5-6. Consenso: Du Rietz, Johansson y Stenkula 2013: 16-17 (Esta información fue omitida en la versión final de Stenkula, Johansson y Du Rietz 2014.) Un gobierno de coalición durante la guerra trajo estabilidad después de las turbulencias en las dos décadas anteriores: Gilmour 2010: 238-239; cf. también Hamilton 1989: 172-177.

[42] Roine y Waldenström 2010: 320 fig. 7.8; Ohlsson, Roine y Waldenström 2014: 28 fig. 1. El porcentaje de riqueza del 1 % más adinerado en Suecia, computado a partir de impuestos a la riqueza, se redujo de manera bastante continua durante unas cuatro décadas a partir de 1930: Ohlsson, Roine y Waldenström 2006: fig. 7. Waldenström 2015: 11-12, 34-35 figs. 6-7 identifica dos rupturas estructurales: en los años treinta para la ratio riqueza nacional/ingresos (tras otra más pequeña en la época de la primera guerra mundial) y a principios de los años cincuenta para la ratio riqueza privada/ingresos, concluyendo que esos «puntos de inflexión ponen de relevancia cambios institucionales políticos asociados a las guerras mundiales que probablemente fueron tan importantes como las contiendas a la hora de moldear las ratios totales de riqueza-ingresos, sobre todo a largo plazo» (12). Gustafsson y Johansson 2003: 205 argumentan que la desigualdad de ingresos en Goteborg cayó desde los años veinte hasta los cuarenta, un proceso motivado sobre todo por la disminución y desconcentración de los ingresos de capital entre 1925 y 1936 y los impuestos de la renta entre 1936 y 1947. Igualación: Bentzel 1952; Spant 1981. Para una notable equiparación en varios grupos de ingresos, véase Bergh 2011: fig. 3 reproducido por Bentzel 1952. Salarios: Gärtner y Prado 2012: 13, 24 gráfica 4, 15, 26 gráfica 7. Los salarios agrarios aumentaron porque estaban exentos de la estabilización salarial: Klausen 1998: 100. El porcentaje de rentas de capital en los ingresos máximos se desplomó entre 1935 y 1951: véase aquí, fig. 2.6.

[43] Gilmour 2010: 234-235, 245-249, 267. Véase también Klausen 1998: 95-107. Citas: Gilmour 2010: 238, 250, 267. Grimnes 2013 describe hechos similares en la Noruega ocupada.

[44] Östling 2013: 191.

[45] Du Rietz, Henrekson y Waldenström 2012: 12. Cita del «Post-War Program» de 1944, en Hamilton 1989: 180. Cf. también Klausen 1998: 132.

[46] Lodin 2011: 29-30, 32; Du Rietz, Henrekson y Waldenström 2012: 33 fig. 6; Du Rietz, Johansson y Stenkula 2013: 17. El impuesto del 40 % a las empresas durante la guerra ya era permanente en 1947: Du Rietz, Johansson y Stenkula 2014: 6.

[47] «Este hecho respalda la idea de que la carga aceptable de impuestos durante las crisis y la aceptación de mayores niveles impositivos se mantiene después de las crisis, lo cual da pie a una mayor función de las tasas tributarias y el gasto público» (Stenkula, Johansson y Du Rietz 2014: 180). Por el contrario, Henrekson y Waldenström 2014, esp. 14-16, quieren negar un efecto de la guerra y exponen los cambios políticos en referencia a la ideología, pero eso no explica por qué los socialdemócratas pudieron aplicar sus ambiciosas políticas. Roine y Waldenström 2008: 380-382 plantean un fuerte impacto de los impuestos en la caída de los porcentajes de ingresos más altos después de la guerra.

[48] Piketty 2014: 368-375. Los impuestos patrimoniales en particular tuvieron un gran efecto en la transmisión de riqueza. En Francia, los flujos de herencias como porcentaje de los ingresos nacionales cayeron abruptamente durante la guerra, del 20-25 % a menos del 5 % (380 fig. 11.1). Dell 2005 compara la experiencia de Francia (donde las graves sacudidas bélicas y la progresividad de los impuestos de posguerra redujeron marcadamente la concentración de riqueza e impidieron una recuperación), Alemania (que también experimentó sacudidas pero optó por una menor progresividad y, por tanto, presentó cierta reconcentración de la riqueza) y Suiza (que no sufrió grandes sacudidas e impuso una progresividad reducida, de modo que la desigualdad de riqueza siguió siendo alta); véase también Piketty 2014: 419-421. En cuanto a los porcentajes de ingresos máximos, la única excepción a la equiparación de posguerra entre los combatientes fue Finlandia: tras una igualación sostenida y considerable entre 1938 y 1947, el país experimentó una considerable recuperación de los porcentajes de ingresos máximos en los años cincuenta y sesenta, además de un fuerte aumento del coeficiente de Gini de ingresos. Hasta los años setenta, el porcentaje de ingresos del 1 % más adinerado no cayó a niveles más bajos que a finales de los años cuarenta, mientras que el coeficiente de Gini nunca volvió a ese nivel tan bajo (WWID; Jäntti *et al.* 2010: 412-413 tabla 8A.1). Los impuestos aumentaron mucho durante la segunda guerra mundial, pero se relajaron para la población general cuando aumentaron los umbrales y la proporción de población que pagaba impuestos disminuyó: Jäntti *et al.* 2010: 384 fig. 8.3(b); y véase también Virén 2000: 8 fig. 6 para una caída de la tasa impositiva bruta en los años cincuenta y principios de los sesenta. No está claro cómo hubiera incrementado esto los ingresos máximos. Instrumentos fiscales: Piketty 2014: 474-479. Véase 475 fig. 13.1 para el porcentaje estatal en el PIB: en Francia, Reino Unido y Estados Unidos, el porcentaje de impuestos en los ingresos nacionales se triplicó entre 1910 y 1950, seguido de diferentes tendencias que iban desde el estancamiento (en Estados Unidos) hasta un crecimiento de otro 50 % (en Francia). Esto generó un nuevo equilibrio y muchos presupuestos estatales acabaron dedicados a la salud y la educación e ingresos de sustitución y transferencias (477). Roine y Waldenström 2015: 555-556, 567 también consideran que unos tipos impositivos marginales altos son un elemento crucial de la desigualdad de posguerra. No es ninguna exageración que Piketty 2011: 10 diga que «las sacudidas políticas y militares de 1914-1945 generaron una oleada de políticas anticapitalistas sin precedentes que tuvieron un impacto mucho mayor en la riqueza privada que las propias guerras».

[49] Scheve y Stasavage 2009: 218, 235; pero cf. 218-219, 235 sobre la cuestión de la causación. Véase también Salverda y Checchi 2015: 1618-1619. Reino Unido: Lindsay 2003. Fig. 5.13 de <http://www.waelde.com/UnionDensity> (las ligeras discontinuidades hacia 1960 son consecuencia de los cambios entre conjuntos de datos). Para estadísticas detalladas, véase esp. Visser 1989.

[50] Weber 1950: 325-326. Andreski 1968: 20-74, esp. 73, argumenta que los niveles de estratificación se correlacionan inversamente con el grado de participación militar en una población determinada.

[51] [Vínculo: Ticchi y Vindigni 2008: 4](#) ofrece referencias. Para un plan, nunca aplicado, para crear una nueva Constitución con sufragio universal que coincidió con la Levée en Masse francesa en 1793, véase 23 y n. 46. Respuestas: p. ej., Acemoglu y Robinson 2000: 1.182-1.186; Aidt y Jensen 2011, esp. 31. Otros casos: el sufragio universal fue aprobado en Nueva Zelanda, Australia y Noruega antes de la primera guerra mundial. Paz: Ticchi y Vindigni 2008: 23-24. Citas en Ticchi y Vindigni 2008: 29 n. 27, 30 n. 38. Para las guerras mundiales y las oleadas de democratización, véase, p. ej., Markoff 1996b: 73-79; Alesina y Glaeser 2004: 220. El hallazgo de Mansfield y Snyder 2010 de que la guerra solo tiene efectos puntuales en la democratización emana de su incapacidad para distinguir entre movilización militar de masas y otros tipos de conflicto.

[52] Ticchi y Vindigni 2008: 30, con referencias, sobre todo a Latinoamérica.

[53] Esta conexión ha sido atribuida a diversos factores, desde la solidaridad social relacionada con la guerra, los ideales de igualdad y el consenso político hasta la asertividad de la clase trabajadora debido al pleno empleo y la sindicalización, el enorme incremento del gasto y las capacidades estatales y la función moralizadora de las promesas de reforma en la posguerra. Titmuss 1958 es una declaración clásica (para un breve análisis del debate sobre su posición, véase Laybourn 1995: 209-210). Entre los estudios recientes, Klausen 1998 aporta el argumento más sólido sobre la importancia de la segunda guerra mundial en la creación del estado de bienestar en diferentes países, mientras que Fraser 2009: 246-248 plantea grandes argumentos sobre Reino Unido y Kasza 2002: 422-428 sobre Japón; este último teoriza también la relación entre la guerra de masas y el bienestar, poniendo énfasis en la demanda de soldados y trabajadores sanos, los efectos de la ausencia del sustento masculino en la familia, los llamamientos a la justicia social y la igualdad de sacrificios incluso para las élites y la urgencia bélica de aplicar cambios rápidos (429-431). Véase también Briggs 1961; Wilensky 1975: 71-74; Janowitz 1976: 36-40; Marwick 1988: 123; Hamilton 1989: 85-87; Lowe 1990; Porter 1994: 179-192, 288-289; Goodin y Dryzek 1995; Laybourn 1995: 209-226; Sullivan 1996: 48-49; Dutton 2002: 208-219; Kasza 2002: 428-433; Cowen 2008: 45-59; Estevez-Abe 2008: 103-111; Fraser 2009: 209-218, 245-286; Jabbari 2012: 108-109; Michelmore 2012: 17-19; Wimmer 2014: 188-189; y cf. más en general Addison 1994. Este efecto podría extenderse incluso a las colonias: véase Lewis 2000 para Kenia. Para el papel de la expansión estatal, véase también Berkowitz y McQuaid 1988: 147-164, esp. 147; Cronin 1991; y cf. Fussell 1989; Sparrow 2011 sobre el impacto cultural de la segunda guerra mundial; también Kage 2010, que observa que la movilización de la segunda guerra mundial propició un mayor compromiso civil en la generación que alcanzó la mayoría de edad hacia esa época. Bauer *et al.* 2016, esp. 42-43 tabla 2 y fig. 1, analizan estudios que demuestran que la exposición a la violencia de la guerra suele aumentar el comportamiento pro social y la participación comunitaria. Ritter 2010: 147-162 ofrece un análisis general de las reformas de posguerra en varios países.

[54] *The Times*, 1 de julio de 1940, citado por Fraser 2009: 358.

[55] Roine y Waldenström 2015: 555.

[56] Beveridge 1942: 6.

[57] Lindert y Williamson 2015: 218 (cita), con 206 para otra lista de esos seis factores. Milanovic 2016: 56 tabla 2.1 argumenta de manera similar diferenciando fuerzas igualadoras «malignas» como guerras, quiebras de Estado y epidemias, de factores «benignos», identificados como presiones sociales a través de la política (ejemplificadas por el socialismo y los sindicatos), la educación, el envejecimiento y el cambio tecnológico a favor de los poco especializados. Therborn 2013: 155-156 separa la «reforma social pacífica de gran alcance» de 1945 a aproximadamente 1980 de las sacudidas violentas anteriores. Para la reducción de la inmigración, véase Turchin 2016a: 61-64. Tal como ilustran Lindert y Williamson 2015: 201 fig. 8-3, los salarios relativos en el sector financiero de EE. UU. se desplomaron precisamente durante la segunda guerra mundial, después de haber aumentado un poco en los años treinta. Para cambios discontinuos en las primas por especialización en EE. UU., véase aquí, capítulo 13; para los índices de sindicalización, véase aquí, «La movilización militar también fue crucial...»; para las consecuencias potencialmente desigualadoras del envejecimiento de la población, véase aquí, capítulo 16.

[58] Véase la bibliografía citada aquí, en la n. 53. La política económica en particular era sensible a los efectos de la guerra: por poner solo un ejemplo, Soltow y van Zanden 1998: 195 señalan que 1918 y 1945 fueron focos de debate público sobre cómo debía organizarse la economía danesa en los Países Bajos. Aunque Durevall y Henrekson 2011 aciertan al sostener que, a largo plazo, el aumento del porcentaje estatal en el PIB fue sobre todo una consecuencia del crecimiento económico y no de saltos relacionados con la guerra. El crecimiento económico en sí mismo no puede explicar la aparición de impuestos progresivos y regulaciones que propiciaban una equiparación sostenida. Lindert 2004, que evalúa el auge del estado de bienestar a largo plazo y en relación con el desarrollo económico, habla de los años treinta y cuarenta como «un momento crucial» en el que la guerra y el miedo potenciaron la democracia social (176), aunque hasta los años setenta, la expansión de los sistemas de bienestar occidentales no terminó.

[59] Obinger y Schmitt 2011 (estado de bienestar); Albuquerque Sant'Anna 2015 (guerra fría). La naturaleza de los factores aproximados (distintos de las tasas de impuestos marginales) a través de los cuales el poder militar soviético pudo haber afectado a los porcentajes de ingresos máximos es una cuestión que requiere investigación. Para el futuro de la guerra, cf. aquí, capítulo 16.

CAPÍTULO 6. GUERRA PREINDUSTRIAL Y GUERRA CIVIL

[1] Fig. 6.1 de Scheve y Stasavage 2016: 177 fig. 7.1.

[2] La presencia de grandes ejércitos no necesariamente satisface ese criterio: por ejemplo, en la China de 1850, cerca de nueve millones de personas habrían tenido que servir en el ejército para obtener un umbral del 2%. Por lo que sabemos, eso no ocurrió ni siquiera durante la rebelión Taiping: véase aquí, capítulo 8.

[3] Bank, Stark y Thorndike 2008: 23-47 sobre la guerra civil, esp. 31-34, 41-42.

[4] Turchin 2016a: 83 tabla 4.4, 139, 161. Para los datos censales, véase aquí, n. 7, y también Soltow 1975: 103. Entre 1860 y 1870, el coeficiente de Gini de propiedad estimado pasó de 0,757 a 0,767, y el porcentaje del 1 % más adinerado del 25 % al 26,5 %, unos cambios que entran dentro de los márgenes de error: Lindert y Williamson 2016: 122 tabla 5-8. Los Ginis de ingresos aumentaron 6,1 puntos en Nueva Inglaterra, 3,1 en los estados del Atlántico medio, 6,7 en los estados centrales del Noreste y 5,9 en los estados centrales del Noroeste, mientras que los porcentajes correspondientes del 1 % más adinerado pasaron del 7 %, 9,1 %, 7 % y 6,9 al 10,4 %, 9,2 %, 9,1 % y 9,7 %: 116 tabla 5-7A, 154 tabla 6-4A.

[5] Esclavos como riqueza: Wright 2006: 60 tabla 2.4, con 59 tabla 2.3 (tierras de cultivo y edificios suponen un 36,7 % de la riqueza privada en el Sur). Cf. también Piketty 2014: 160-161 figs. 4.10-11 para décadas anteriores. Ginis: Lindert y Williamson 2016: 38 tabla 2-4, 116 tabla 5-7; y cf. también 115 tabla 5-6 para 1850. Propiedad de esclavos: Gray 1933: 530 con Soltow 1975: 134 tabla 5.3.

[6] Estoy en deuda con Joshua Rosenbloom y Brandon Dupont, que muy generosamente computaron esos resultados de IPUMS-USA, <https://usa.ipums.org/usa/>. Para la naturaleza de esos datos, véase Rosenbloom y Stutes 2008: 147-148.

[7] Los Ginis de riqueza total para todos los sureños incluidos en los datos de IPUMS-USA fueron 0,8 en 1860 y 0,74 in 1870. Estudios anteriores calculaban una igualación más moderada durante esa década. Soltow 1975: 103 calcula unos Ginis de riqueza de 0,845 para los sureños libres en 1860 y 0,818 para los sureños blancos en 1870. Jaworski 2009: 3, 30 tabla 3, 31, basándose en 6.818 individuos de todo Estados Unidos estudiados en 1860 y 1870, computa una caída del Gini de riqueza de 0,81 a 0,75 en el Atlántico Sur causada por pérdidas en lo más alto y un incremento de 0,79 a 0,82 en la región central sur causado por la rápida acumulación de riqueza entre los trabajadores administrativos. Rosenbloom y Dupont 2015 analizan la movilidad de riqueza en esa época y encuentran un considerable movimiento en lo alto de la distribución de riqueza. Ingresos de propiedad: Lindert y Williamson 2016: 122 tabla 5-8. Tabla 2.4: 116 tabla 5-7, 154 tabla 6-4A (todos los Ginis redondeados a dos dígitos por detrás de la coma decimal). Para una comparación de familias libres en 1860 y familias blancas en 1870, véase 116 tabla 5-7, 155 table 6-4B, para reducciones en los porcentajes de ingresos máximos de un 32 %, 23 % y 49 % de los niveles de 1860 y reducciones de los Ginis de 4, 3 y 8 puntos.

[8] La rápida recuperación de los porcentajes de ingresos más altos en Estados Unidos y Japón en la década de 1920 parecen ser excepciones parciales.

[9] Citado de Schütte 2015: 72.

[10] Clausewitz 1976: 592.

[11] Véase aquí, capítulo 8.

[12] Conforme al eje central de este libro, aquí hago referencia a sociedades sedentarias a nivel estatal, dejando al margen otros tipos como grupos a pequeña escala que participan en guerras esporádicas o estacionales con altos índices de intervención o poblaciones de pastores de la estepa como las hordas de Gengis Kan y sus sucesores, que recurrieron a gran parte de la población adulta.

[13] Kuhn 2009: 50 (Song); Roy 2016: ch. 3 (mogoles); Rankov 2007: 37-58 (las figuras más elevadas para la Antigüedad tardía no son creíbles: Elton 2007: 284-285); Murphey 1999: 35-49 (otomanos).

[14] Hsu 1965: 39 tabla 4, 89; Li 2013: 167-175, 196. El discurso político del periodo mostraba una mayor atención al pueblo, haciéndose eco de su pobreza y malestar, cosa que el Estado debía aliviar: aparecían afirmaciones como «beneficiar al pueblo» o «amar al pueblo»: Pines 2009: 199-203.

[15] Li 2013: 191-194; Lewis 1990: 61-64; Lewis 1999: 607-608, 612.

[16] Li 2013: 197; Lewis 1990: 15-96, esp. 64 (cita).

[17] Campañas: Li 2013: 187-188; Lewis 1999: 628-629; Lewis 1999: 625-628 (envergadura de ejércitos); Li 2013: 199; Bodde 1986: 99-100 (muertes); Li 2013: 194 (Henei). La movilización de 100.000 soldados en un reino de cinco millones de habitantes habría superado el umbral del 2 % antes mencionado.

[18] Lewis 2007: 44-45; Hsu 1965: 112-116; Sadao 1986: 556; Lewis 2007: 49-50. Cita de Lewis 2007: 50.

[19] Falkenhausen 2006: 370-399, esp. 391, y 412, invocando el igualitarismo y la militarización. Esto contrasta de forma marcada con la desaparición de esas armas en las tumbas Qin, probablemente por motivos utilitarios (413).

[20] En cuanto a los impuestos más altos de la dinastía Qin, no podemos estar seguros de si era cierto o simple propaganda hostil: Scheidel 2015b: 178 n. 106.

[21] Scheidel 2008 analiza el debate sobre el número de ciudadanos romanos. Para los índices de movilización, véase esp. Hopkins 1978: 31-35; Scheidel 2008: 38-41. Lo Cascio 2001 defiende una mayor población de base y una menor participación.

[22] Livy 24.11.7-8, con Rosenstein 2008: 5-6. Para Atenas, véase más adelante.

[23] Hansen 2006b: 28-29, 32 (población); Ober 2015a: 34 fig. 2.3 (territorios); Hansen y Nielsen 2004; Hansen 2006a (naturaleza de la polis).

[24] Ober 2015a: 128-137, esp. 128-130 (cita: 130), 131 (citas), 131-132, 135-136.

[25] Algunos estudiosos plantean un vínculo estrecho (causal), mientras que otros lo ponen en duda. Van Wees 2004: 79 y Pritchard 2010: 56 figuran entre las voces más críticas. Véase van Wees 2004: 166-197 para el carácter mixto de las primeras falanges. Derechos: Ober 2015a: 153.

[26] Plutarco, *Licurgo* 8.1 (trad. de Richard J. A. Talbert).

[27] Hodkinson 2000. Concentración: 399-445, esp. 399, 437. Para el efecto desigualador de los recursos hereditarios, véase aquí, capítulo 1.

[28] Véase Scheidel 2005b: 4-9 para una crónica más completa de esta secuencia de acontecimientos. Pritchard 2010: 56-59 anima a la contención. Cita: Herodoto 5.78.

[29] Cita: Viejo oligarca 1.2, obtenida de van Wees 2004: 82-83. Cf. también Aristóteles, *Política* 1304a: «Cuando la armada fue responsable de la victoria de Salamina y, por tanto, de la hegemonía de Atenas, que se basaba en su poder marítimo, hizo más fuerte a la democracia». Nótese que el carácter innegablemente polémico de afirmaciones como esta no las convierte necesariamente en falsas, como afirma Pritchard 2010: 57. Hansen 1988: 27 (bajas atenienses); Hansen 1985: 43 (guerra Lamiaca).

[30] Ober 2015b: 508-512; van Wees 2004: 209-210, 216-217.

[31] Carga: véase Pyzyk más adelante, con Ober 2015b: 502. En este escenario, el 1 % más rico (aproximadamente) de atenienses solo habría recibido un 5-8 % de todos los ingresos privados. Un modelo revisado que duplica los ingresos medios para este grupo rebajaría la carga impositiva a una octava parte (y duplicaría el porcentaje de ingresos del 1 % más adinerado hasta un 13 % aproximadamente), pero aun así implica una carga tributaria más alta para las siguientes ochocientas familias más adineradas: Ober 2015b: 502-503; 2016: 10 (ingresos de la élite duplicados). Para la naturaleza de la riqueza ateniense, véase Davies 1971; 1981. Impuestos sobre la renta: esto obvia el efecto adicional de gravámenes de emergencia a la propiedad muy por encima de la media asumida en mis cálculos: véase Tucídides 3.19.1 para un cambio en 428 a. e. c. que fue equivalente al coste anual de mantener trescientos barcos militares.

[32] Cita: Teofrasto, *Los caracteres* 26.6, extraída de van Wees 2004: 210. Ginis de tierra: Scheidel 2006: 45-46, resumiendo a Osborne 1992: 23-24; Foxhall 1992: 157-158; Morris 1994: 362 n. 53; 2000: 141-142. Véase también Ober 2015a: 91.

[33] Ginis de ingresos y riqueza: Ober 2016: 8 (y cf. 2015a: 91-93); Kron 2011; 2014: 131. La desigualdad de riqueza habría sido muy superior si se hubieran incluido los extranjeros residentes y sobre todo los esclavos, tal como señala Ober 2015a: 343 n. 45. Salarios reales: Scheidel 2010: 441-442, 453, 455-456; Ober 2015a: 96 tabla 4.7. Foxhall 2002 subraya la brecha entre igualitarismo político radical y un igualitarismo más limitado de los recursos. Gasto público: Ober 2015b: 499 tabla 16.1, 504.

[34] Morris 2004: 722; Kron 2014: 129 tabla 2.

[35] Igual que en el periodo moderno, no existen pruebas convincentes de que la democracia por sí misma frenara la desigualdad: véase aquí, capítulo 12. A juzgar por el breve resumen de la historia ateniense ya presentado, la movilización militar de masas y la democratización pudieron estar vinculadas de manera similar al periodo de las guerras mundiales (véase aquí, «Al parecer, la persistente movilización militar de masas...»). Falta de consolidación: Foxhall 2002: 215. Nótese también la alusión de Aristóteles sumamente vaga a leyes ancestrales en «muchos lugares» que había limitado la adquisición de tierras (*Política* 1319a).

[36] Tilly 2003: 34-41; Toynbee 1946: 287. Gat 2006 y Morris 2014 analizan la naturaleza cambiante de la guerra a lo largo de la historia. Lamento citado por Morris 2014: 86.

[37] Yamada 2000: 226-236, esp. 227 (cita), 234, 260; Oded 1979: 78-79, y aquí, capítulo 1 (distribución).

[38] Nobleza: Thomas 2008: 67-71, esp. 68; Morris 2012: 320-321. Nueva distribución: Thomas 2008: 48-49, basado en Thomas 2003; Thomas 2008: 69. Los cambios en la distribución espacial de la propiedad de tierras (las propiedades inglesas desperdigadas fueron sustituidas por fincas normandas más compactas) no habrían afectado a este proceso y el posterior aumento de la primogenitura ayudó a preservar los patrimonios existentes: Thomas 2008: 69-70, 102.

[39] Prato: Guasti 1880; Alfani y Ammannati 2014: 19-20. Augsburgo: aquí, capítulo 11.

[40] Alvarez-Nogal y Prados de la Escosura 2013: 6 fig. 3, 9 fig. 3, 21 fig. 8, y aquí, capítulo 3 fig. 3.3 (España); Arroyo Abad 2013: 48-49 (Venezuela).

[41] Desigualdad general: Fearon y Laitin 2003; Collier y Hoeffler 2004. Desigualdad intergrupala: Ostby 2008, Cederman, Weidmann y Skrede 2011. Desigualdad de altura: Baten y Mumme 2013. Desigualdad de tierras: Thomson 2015.

[42] Bircan, Brück y Vothknecht 2010, esp. 4-7, 14, 27. El título de la sección cita a un asesino huto que rememora el genocidio hacia el final de la guerra civil en Ruanda de 1990-1994: Hatzfeld 2005: 82. Las narrativas de los artífices hacen referencia a algunas de las observaciones vertidas en el estudio: «No podemos decir que echáramos de menos los campos ... Muchos de repente se hicieron ricos ... Los administradores no nos hacían pagar impuestos» (63, 82-83).

[43] Cita: Bircan, Bruck y Vothknecht 2010: 7. Década de 1830: Powelson 1988: 109.

[44] Para la guerra civil y el desarrollo, véase, p. ej., Holtermann 2012. España: Alvaredo y Saez 2010, esp. 493-494; WWID. Fig. 6.2 reproducida de Prados de la Escosura 2008: 302 fig. 6.

[45] Prados de la Escosura 2008: 294 fig. 2 (Gini de salarios); 288 tabla 1 (PIB 1930-1952), 309 fig. 9 (pobreza 1935-1950); 301 (cita).

[46] Shatzman 1975: 37-44.

[47] Scheidel 2007: 329-333.

[48] Cita en el texto: le debo esta hábil descripción de la actividad militar al ex gobernador de Arkansas, Mike Huckabee, ofrecida en el primer debate de las primarias presidenciales republicanas el 6 de agosto de 2015.

TERCERA PARTE. REVOLUCIÓN

CAPÍTULO 7. COMUNISMO

[1] Para Alemania, Francia, Reino Unido y Estados Unidos, véase aquí, capítulo 5. La mayoría de los índices para Italia en Brandolini y Vecchi 2011: 39 fig. 8 muestran una desigualdad moderadamente decreciente entre 1911 y 1921, pero la resolución es insuficiente para desentrañar los acontecimientos durante la guerra e inmediatamente después, lo cual podría haber arrojado una recuperación.

[2] Gatrell 2005: 132-153.

[3] Leonard 2011: 63. Cita: Tuma 1965: 92-93.

[4] Tuma 1965: 92-93 (primer decreto); Davies 1998: 21 (otros decretos); Figes 1997: 523 («antiguo pueblo»). Desurbanización: Davies 1998: 22; para San Petersburgo, véase Figes 1997: 603; véase 603-612 para el hambre y la despoblación en centros urbanos por falta de comida. Figes 1997: 522 (Pravda); Lenin, «Cómo organizar la competencia», diciembre de 1917, citado en Figes 1997: 524.

[5] Powelson 1988: 119 (tierra); Tuma 1965: 91, 94 (citas).

[6] Leonard 2011: 64; Davies 1998: 18-19 (comunismo de guerra); Tuma 1965: 95 (cita); Powelson 1988: 120 (comités); Figes 1997: 620 (extranjeros); Ferguson 1999: 394 (primera cita de Lenin); Figes 1997: 618 (segunda cita de Lenin).

[7] Tuma 1965: 96 (consecuencias); Powelson 1988: 120 (colectivos); Leonard 2011: 67 (familias); Davies 1998: 19 (inflación).

[8] NPE: Leonard 2011: 65; Tuma 1965: 96. Recuperación: Leonard 2011: 66; Tuma 1965: 97. Diferenciación: Tuma 1965: 97; Leonard 2011: 67. Capital: Davies 1998: 25-26.

[9] Davies 1998: 34 (cereales); Tuma 1965: 99 (tierra); Powelson 1988: 123 (Stalin). Allen 2003: 87 señala el potencial para una mayor desigualdad rural en la década de 1920 en ausencia de organización comunal.

[10] Tuma 1965: 99; Powelson 1988: 123; Werth 1999: 147-148.

[11] Leonard 2011: 69 (colectivización); Werth 1999: 146, 150-151, 155; Davies 1998: 51 (violencia).

[12] Werth 1999: 169, 190, 206-207, 191-192, 207; Davies 1998: 46, 48-50. El consumo de plantas por parte de los campesinos se mantuvo estable, mientras que el de animales disminuyó: Allen 2003: 81 tabla 4.7.

[13] Davies 1998: 54.

[14] Porcentaje de ingresos y Gini: Nafziger y Lindert 2013: 38, 26, 39; cf. Gregory 1982. Nafziger y Lindert 2013: 34 (ratio). Ginis: Nafziger y Lindert 2013: 34; SWIID. Ratios: Nafziger y Lindert 2013: 34. Flakierski 1992: 173 documenta una variación de 2,83 a 3,69 entre 1964 y 1981. Para un leve incremento de esta ratio en la década de 1980, véase Flakierski 1992: 183. Estados Unidos: <http://stats.oecd.org/index.aspx?queryid=46189>.

[15] Davies 1998: 70; Flakierski 1992: 178. Por supuesto, el acceso de las élites a importaciones de lujo aumentó la desigualdad efectiva del consumo.

[16] Milanovic 1997: 12-13, 21-22, 40-41, 43-45; Credit Suisse 2014: 53.

[17] Treisman 2012.

[18] Moise 1983: 27 (afirmaciones); Brandt y Sands 1992: 182 (mitad); esto no era extremo para los niveles del periodo (184). Walder 2015: 49-50 cita un cálculo según el cual el 2,5 % de la población poseía casi el 40 % de la tierra a finales de los años treinta. Moise 1983: 28; Hinton 1966: 209.

[19] Moise 1983: 33-34, 37-38.

[20] Moise 1983: 44-45; Dikötter 2013: 65.

[21] Moise 1983: 48, 51, 55-56.

[22] Moise 1983: 56, 67-68, 102-112. Sobre la reforma agraria en general, véase Walder 2015: 40-60. Consecuencias: Margolin 1999b: 478-479; Dikötter 2013: 73-74, 76 (cita).

[23] Dikötter 2013: 74, 82-83. Para cifras más altas, cf. Margolin 1999b: 479 (de dos a cinco millones de muertos, más cuatro a seis millones enviados a campos).

[24] Moise 1983: 138-139; Hinton 1966: 592. Véase también Walder 2015: 49-50: el porcentaje de propiedad de tierras del 2,5 % más rico había caído de cerca del 40 % en los años treinta al 2 % veinte años después, y del 18 % al 6,4 % para el siguiente 3,5 % más rico de la población, mientras que el porcentaje de campesinos pobres y con ingresos medios aumentó del 24 % al 47 %.

[25] Margolin 1999b: 482-484; Dikötter 2013: 166-172; Walder 2015: 76-77.

[26] Dikötter 2013: 237-238, 241; Walder 2015: 95-97. Las unidades de trabajo se convirtieron en proveedoras del bienestar, por ejemplo, atención sanitaria, pensiones y vivienda (*ibid.* 91-94).

[27] Margolin 1999b: 498.

[28] Brandt y Sands 1992: 205 (1930s); véase también Walder 2015: 331 tabla 14.2. Ginis: SWIID; Xie y Zhou 2014: 6.930, 6.932; Walder 2015: 331. Nivel: Xie y Zhou 2014: 6.931 fig. 2 para visualización; para Kuznets, véase aquí, capítulo 13. Para estadísticas similares de riqueza (0,45 en 1995, 0,55 en 1995 y 0,76 en 2010), véase Bourguignon 2015: 59-60, basado en Zhong *et al.* 2010 (atribuido erróneamente por Bourguignon) y Li 2014. Las grandes brechas entre ingresos urbanos y rurales se remontan a los años de Mao: Walder 2015: 331-332.

[29] Desigualdad: Moise 1983: 150-151; cf. Nguyen 1987: 113-114 para la década de 1930. Reforma y consecuencias: Moise 1983: 159-160, 162-165, 167, 178-179, 191-214, 222; Nguyen 1987: 274, 288, 345-347, 385-451, 469-470.

[30] Corea del Norte: Lipton 2009: 193. Rigoulot 1999 resume la naturaleza del terror comunista en ese país. Cuba: Barraclough 1999: 18-19. Nicaragua: Kaimowitz 1989: 385-387; Barraclough 1999: 31-32.

[31] Margolin 1999a.

[32] Courtois 1999: 4 (recuento de muertos).

CAPÍTULO 8. ANTES DE LENIN

[1] Desigualdad: Morrisson y Snyder 2000: 69-70 y 61-70 sobre la desigualdad prerrevolucionaria en general. Véase también Komlos, Hau y Bourguinat 2003: 177-178 para las diferencias de altura según la clase en la Francia del siglo XVIII. Sistema tributario: Aftalion 1990: 12-15; Tuma 1965: 59-60. Acceso a la tierra: Hoffman 1996: 36-37; Sutherland 2003: 44-45. Aftalion 1990: 32-33 (campesinos, empeoramiento); Marzagalli 2015: 9 (alquileres y precios).

[2] Tuma 1965: 56-57, 60-62; Plack 2015: 347-352; Aftalion 1990: 32, 108. Cita: Plack 2015: 347, de Markoff 1996a. Véase también Horn 2015: 609.

[3] Tuma 1965: 62-63; Aftalion 1990: 99-100, 187; Plack 2015: 354-355.

[4] Aftalion 1990: 100, 185-186; Morrisson y Snyder 2000: 71-72; Postel-Vinay 1989: 1.042; Doyle 2009: 297.

[5] Aftalion 1990: 130-131, 159-160.

[6] Doyle 2009: 249-310, esp. 287-289, 291-293.

[7] Citado de Doyle 2009: 297-298.

[8] Igualación: véase esp. Morrisson y Snyder 2000: 70-72 y Aftalion 1990: 185-187.
Salarios reales: Postel-Vinay 1989: 1.025-1.026, 1.030; Morrisson y Snyder 2000: 71.

[9] Morrisson y Snyder 2000: 71; Aftalion 1990: 193; Doyle 2009: 294.

[10] Tabla 8.1 de Morrisson y Snyder 2000: 74 tabla 8. Pero cf. *ibid.* 71: «No hay indicadores viables que puedan utilizarse para calcular cómo cambió la distribución de ingresos entre 1790 y la década de 1830».

[11] Morrisson y Snyder 2000: 69 la tabla 6 situaba el porcentaje de ingresos prerrevolucionario del decil superior en un 47-52 %. Acontecimientos posrevolucionarios: Tuma 1965: 66; Doyle 2009: 295. Para porcentajes de riqueza privada, cf. Piketty 2014: 341.

[12] Kuhn 1978: 273-279 (cita: 278); Platt 2012: 18; Bernhardt 1992: 101; Spence 1996: 173 (cita).

[13] Véase Bernhardt 1992: 102 por la falta de pruebas aunque se mencione en documentos de Jiangnan. Relaciones: Kuhn 1978: 279-280; 293-294; Bernhardt 1992: 103-105, 116.

[14] La cita en el encabezamiento de la sección pertenece a la crónica de Thomas Walsingham sobre la revuelta campesina en Inglaterra en 1381, extraída de Dobson 1983: 132.

[15] Tuma 1965: 111; Powelson 1988: 218-229; Barraclough 1999: 10-11.

[16] Tuma 1965: 121-123; Barraclough 1999: 12; Lipton 2009: 277.

[17] Bolivia: Tuma 1965: 118, 120-123, 127-128; Barraclough 1999: 12, 14-16; Lipton 2009: 277. El Salvador: Anderson 1971; y véase también el final de este capítulo sobre la reforma agraria más en general, aquí, capítulo 12.

[18] Deng 1999: 363-376, 247 tabla 4.4, 251 (cita). Aunque la mayoría de las rebeliones documentadas fracasaron, no menos de cuarenta y ocho nuevos regímenes fueron instaurados por rebeldes en ese periodo (223-224 tabla 4.1). La mayoría de las rebeliones obedecieron al descontento rural.

[19] Mousnier 1970: 290.

[20] *Circumcelliones*: Shaw 2011: 630-720 (citas de san Agustín en 695-696), y 828-839 para una disección de construcciones historiográficas modernas. Bagaudas: p. ej., Thompson 1952, rechazado por Drinkwater 1992.

[21] Véase Fourquin 1978 sobre la rebelión popular en la Edad Media; Cohn 2006 sobre la revuelta social a finales del medievo, con la recopilación de fuentes en Cohn 2004; Mollat y Wolff 1973 sobre el siglo XIV; Neveux 1997 sobre los siglos XIV a XVII; y también Blickle 1988. Para el periodo moderno temprano, véase Mousnier 1970 en la Francia, Rusia y China del siglo XVII, y véase Bercé 1987 sobre las guerras campesinas en los siglos XVI a XVIII. Para los países nórdicos en la Edad Media y principios de la era moderna, véase Katajala 2004. Cifras: Blickle 1988: 8, 13 (Alemania). Cohn 2006 abarca más de mil acontecimientos, unos cien de los cuales están documentados en Cohn 2004. Flandes: TeBrake 1993; véase también Cohn 2004: 36-39 para fuentes. *Chronicon comitum Flandrensium*, citado de Cohn 2004: 36-37.

[22] TeBrake 1993: 113-119, 123, 132-133; *Chronicon comitum Flandrensium*, citado de Cohn 2004: 37.

[23] Cohn 2004: 143-200 sobre la rebelión, y 152 para el caballero. Citas: *Chronique* de Jean de Venette, en Cohn 2004: 171-172.

[24] 1381: Hilton 1973; Hilton y Aston, eds. 1984; Dunn 2004. Dobson 1983 recopila fuentes. Citas: *Chronicon Henrici Knighton*, en Dobson 1983: 136, y Tyler parafraseado por la *Anonimale Chronicle*, en Dobson 1983: 165.

[25] Florencia: Cohn 2006: 49-50, con fuentes en Cohn 2004: 367-370. España: Powelson 1988: 87. Alemania: Blickle 1988: 30; 1983: 24-25. Gaismair: *ibid.*, 224-225, y cf. 223-236 para otros radicales. Fracaso: 246; 1988: 31.

[26] Para Bulgaria, véase Fine 1987: 195-198 (cita: 196). Cosacos: Mousnier 1970: 226.

[27] Edad Media: Cohn 2006: 27-35, 47. Peste negra: esp. Mollat y Wolff 1973, con Cohn 2006: 228-242. Fases posteriores: Bercé 1987: 220.

[28] Bercé 1987: 157, 179, 218 (cita).

[29] Fuks 1984: 19, 21, 25-26.

[30] Argos: Fuks 1984: 30, basado sobre todo en Diodoro 15.57-58.

[31] Tesalónica: Barker 2004: 16-21, esp. 19. Italia: Cohn 2006: 53-75. El encabezamiento de la sección pertenece a *Cronache di Viterbo* de Nicola della Turcia, donde habla del lema de los rebeldes de Viterbo en 1282, cuando los nobles locales fueron expulsados de la ciudad, citado de Cohn 2004: 48. Causas: Cohn 2006: 74, 97. Ciompi: Cohn 2004: 201-260 para fuentes.

[32] Jacquerie: anónimo, hacia 1397-1399, citado de Cohn 2004: 162. El Salvador: Anderson 1971: 135-136, 92 (citas). Cita: aquí, «Esto obedece tanto a sus aspiraciones...». Jacobinos: Gross 1997.

[33] Véase Milanovic 2013: 14 fig. 6.

[34] Ranis y Kosack 2004: 5; Farber 2011: 86; Henken, Celaya y Castellanos 2013: 214; pero cf. también Bertelsmann Stiftung 2012: 6 para cautela y Veltmeyer y Rushton 2012: 304 para un cálculo más bajo en Cuba para 2000 (0,38). SWIID registra una caída de 0,44 en 1962 a 0,35 en 1973 y 0,34 en 1978. En vista de ello, merece la pena reflexionar sobre la cuestión de si el efecto del comunismo en la política social de las naciones occidentales (véase aquí, capítulo 5) ha sido su aportación más duradera a la equiparación económica.

CUARTA PARTE. QUIEBRA

CAPÍTULO 9. ESTADOS FALLIDOS Y DERRUMBAMIENTO DE SISTEMAS

[1] Rotberg 2003: 5-10 enumera rasgos de desmoronamiento estatal desde una perspectiva moderna. Para la naturaleza y las limitaciones de los estados premodernos, véase Scheidel 2013: 16-26. Tilly 1992: 96-99 identifica funciones estatales esenciales con una claridad modélica.

[2] Tainter 1988: 4 (cita), 19-20. Para ejemplos históricos, varios de los cuales se tratan en este capítulo, véase 5-18.

[3] Renfrew 1979: 483.

[4] Planes agrarios Tang: Lewis 2009b: 48-50, 56, 67, 123-125; cf. también Lewis 2009a: 138-140 para planes anteriores de terrenos igualitarios. Cita: Lewis 2009b: 123. Aristocracia: Tackett 2014: 236-238 (cita: 238).

[5] Huang Chao: Tackett 2014: 189-206. Citas: 201-203.

[6] Tackett 2014: 208-215 (cita: 209-210).

[7] Epitafios: Tackett 2014: 236; 225 fig. 5.3: su frecuencia disminuyó de unos 150-200 por década en el periodo de 800 a 880 a nueve por década durante los cuarenta años siguientes. Transición: 231-234.

[8] En sociedades en las que los ingresos de la élite eran en buena medida una consecuencia de las ganancias derivadas directamente del ejercicio del poder político, el fracaso de un Estado afectaba a las élites de manera más desproporcionada que las guerras que solo interferían en la actividad económica. El efecto de la guerra civil estadounidense en los estados sureños es un ejemplo de igualación moderada en el segundo escenario: véase aquí, capítulo 6.

[9] Wickham 2005: 155-168 es el mejor análisis; véase aquí, capítulo 2. Amiano 27.11.1 (cita). Propiedades: *Life of Melania* 11, 19, 20.

[10] Colapso: Wickham 2005: 203-209. Citas: Gregorio el Grande, *Diálogos* 3.38. Caridad papal: Brown 1984: 31-32; cf. Wickham 2005: 205.

[11] Brown 1984: 32 (violencia); Wickham 2005: 255-257 (cita: 255), 535-550, 828.

[12] Koepke y Baten 2005: 76-77; Giannecchini y Moggi-Cecchi 2008: 290; Barbiera y Dalla Zuanna 2009: 375. Para las dificultades de interpretar la altura corporal, véase Steckel 2009: 8. Para la desigualdad de altura, véase Boix y Rosenbluth 2014, y cf. aquí, capítulo 1.

[13] Tamaños de las casas: Stephan 2013. Cf. Abul-Magd 2002 sobre la distribución del tamaño de las casas en Amarna (Nuevo Reino de Egipto), y Smith *et al.* 2014 y Olson y Smith 2016 para la desigualdad en el tamaño y el mobiliario de las casas en la Mesoamérica precolombina. Gran Bretaña: Esmonde Cleary 1989; Wickham 2005: 306-333, esp. 306-314.

[14] Reproducido de Stephan 2013: 86-87, 90.

[15] Véase Stephan 2013: 131 (Italia), 176 (norte de África); pero nótese que el coeficiente de Gini para las estructuras residenciales en el norte de África también es más bajo en el periodo posromano que en el romano: 182. Merece la pena señalar que este estudio práctico ofrece un contrapunto instructivo a los acontecimientos de la antigua Grecia, donde el crecimiento económico y un mayor tamaño de las casas no coincidía con una mayor variación, probablemente gracias a una serie de estructuras y normas sociopolíticas distintas: véase aquí, capítulo 6. Para la igualación posromana, véase aquí, capítulo 3; para la conquista normanda, aquí, capítulo 6.

[16] Cline 2014: 102-138 ofrece el estudio más reciente sobre las pruebas de este desmoronamiento.

[17] Cline 2014: 139-170 y Knapp y Manning 2015 analizan varios factores. Véase esp. Cline 2014: 2-3 (cita), 1-11, 154-160 (destrucción), 140-142 (terremotos), 143-147 (sequía), 165, 173; y Morris 2010: 215-225 (desmoronamiento).

[18] Sobre la primera fase de la cultura micénica, véase Wright 2008, esp. 238-239, 243-244, 246.

[19] Galaty y Parkinson 2007: 7-13; Cherry y Davis 2007: 122 (cita); Schepartz, Miller-Antonio y Murphy 2009: 161-163. En un centro, Pylos, los esqueletos recuperados en las tumbas más ricas muestran incluso una mejor salud dental: 170 (Pylos).

[20] Galaty y Parkinson 2007: 14-15; Deger-Jalkotzy 2008: 387-388, 390-392.

[21] Última fase de la civilización micénica: Deger-Jalkotzy 2008: 394-397. Supervivencia temporal de la élite: Middleton 2010: 97, 101. Para las condiciones en el periodo posmicénico, véase Morris 2000: 195-256; Galaty y Parkinson 2007: 15; Middleton 2010.

[22] Destino de la élite: Galaty y Parkinson 2007: 15; Middleton 2010: 74. Importaciones: Murray 2013: 462-464. Lefkandi: Morris 2000: 218-228.

[23] Willey y Shimkin 1973: 459, y cf. 484-487; Culbert 1988: 73, 76; Coe 2005: 238-239. Coe 2005: 111-160 ofrece un análisis general de este periodo.

[24] Derrumbamiento maya, véase Culbert 1973, 1988; Tainter 1988: 152-178; Blanton *et al.* 1993: 187; Demarest, Rice y Rice 2004b; Coe 2005: 161-176; Demarest 2006: 145-166. Variación: Demarest, Rice y Rice 2004a. Causas: Willey y Shimkin 1973: 490-491; Culbert 1988: 75-76; Coe 2005: 162-163; Diamond 2005: 157-177; Kennett *et al.* 2012; cf. también Middleton 2010: 28.

[25] Coe 2005: 162-163 (cita: 162); también Tainter 1988: 167: «La clase de la élite... dejó de existir».

[26] Declive de Chichen Itza: Hoggarth *et al.* 2016. Mayapán: Masson y Peraza Lope 2014. Plebeyos: Tainter 1988: 167; Blanton *et al.* 1993: 189. Alivio: Tainter 1988: 175-176. Fechas: Sidrys y Berger 1979, con crítica en Culbert 1988: 87-88; Tainter 1988: 167-168. Entierros y dieta: Wright 2006: 203-206. Fechas de calendario: Kennett *et al.* 2012.

[27] Millon 1988: 151-156. Cowgill 2015: 233-239 especula sobre el papel de las élites intermedias que pudieron debilitar al Estado apropiándose de recursos que antes estaban disponibles para las autoridades (236-237). Los emigrados de la élite pudieron estar implicados en el auge de centros regionales tras la caída de Teotihuacán.

[28] Kolata 1993: 104, 117-118, 152-159, 165-169, 172-176, 200-205.

[29] Desigualdad: Janusek 2004: 225-226. Para el derrumbamiento, véase Kolata 1993: 282-302; Janusek 2004: 249-273. Datos concretos: Kolata 1993: 269, 299; Janusek 2004: 251, 253-257.

[30] Wright 2010, esp. 308-338 para declive y transformación; y véase 117 para variación de tamaño entre las casas urbanas.

[31] Tucídides 1.10; Diamond 2005: 175 (Cortés); Coe 2003: 195-224 (caída de la civilización de Angkor).

[32] Como señala Adams 1988: 30 en relación con los sistemas de gobierno mesopotámicos, entre los estados más antiguos que se conocen, «ya fueran inicialmente defensivos o depredadores en su orientación, ni las ciudades ni estados organizados más grandes podían superar permanentemente la vulnerabilidad que les imponían sus entornos físicos y sociales». Egipto: Kemp 1983: 112.

[33] «Imperio»: Scheidel 2013: 27, resumiendo definiciones existentes. Maldición y cita: *The Cursing of Agade*, vieja versión babilónica 245-255 («The electronic corpus of Sumerian literature», <http://etcsl.orinst.ox.ac.uk/section2/tr215.htm>). Kuhrt 1995: 44-55, esp. 52, 55, ofrece un resumen de la historia acadia y su final. Véase también aquí, capítulo 1.

[34] Kuhrt 1995: 115.

[35] Saqqara: Raven 1991: 13, 15-16, 23, y el catálogo de 23-31 con láminas 13-36; véase también Raven más adelante. Para la fecha, véase Raven 1991: 17-23; Raven *et al.* 1998.

[36] Egipto Medio: Raven 1991: 23. Tanis: Raven *et al.* 1998: 12.

[37] Tebas: Cooney 2011, esp. 20, 28, 32, 37.

[38] Nawar 2013: 11-12; *Human development report* 2014: 180-181 (y cf. 163 para la falta de un índice general); <http://www.theguardian.com/world/2010/may/08/ayaan-hirsi-ali-interview>.

[39] Clarke y Gosende 2003: 135-139; Leeson 2007: 692-694; Adam 2008: 62; Powell *et al.* 2008: 658-659; Kapteijns 2013: 77-79, 93. Hashim 1997: 75-122; Adam 2008: 7-79; Kapteijns 2013: 75-130 ofrecen crónicas generales sobre el gobierno de Barre.

[40] Nenova y Harford 2005; Leeson 2007: 695-701; Powell *et al.* 2008: 661-665. Cf. ya en Mubarak 1997 para la resistencia económica de Somalia después de la quiebra.

[41] Desigualdad: Nenova y Harford 2005: 1; SWIID; Economist Intelligence Unit 2014. Parfraseo el discurso inaugural del presidente Ronald Reagan del 20 de enero de 1981: «El gobierno no es la solución a nuestro problema. El gobierno es el problema».

[42] Bienes públicos: Blanton y Fargher 2008, un estudio global y multicultural pionero.
Modelo: Moselle y Polak 2001.

QUINTA PARTE. PLAGAS

CAPÍTULO 10. LA PESTE NEGRA

[1] Citado de Malthus 1992: 23 (libro I, capítulo II), utilizando la edición de 1803.

[2] Respuestas: el trabajo de Ester Boserup es un clásico (Boserup 1965; 1981). Véase esp. Boserup 1965: 65-69; Grigg 1980: 144; Wood 1998: 108, 111. Modelos: Wood 1998, esp. 113 fig. 9, con Lee 1986a: 101 fig. 1. Limitaciones malthusianas: p. ej., Grigg 1980: 49-144; Clark 2007a: 19-111; Crafts y Mills 2009. Datos: véase Lee 1986b, esp. 100 para la exogeneidad de la peste negra y su reaparición en la Inglaterra del siglo XVII.

[3] Me baso principalmente en Gottfried 1983, todavía el estudio más sistemático, Dols 1977 para la narración básica y Horrox 1994 y Byrne 2006 para las fuentes primarias.

[4] Gottfried 1983: 36-37.

[5] Byrne 2006: 79.

[6] Gottfried 1983: 33-76.

[7] Gottfried 1983: 45.

[8] Horrox 1994: 33. Fosas comunes: The Black Death Network, <http://bldeathnet.hypotheses.org>. Cf. también aquí, capítulo 11.

[9] Horrox 1994: 33.

[10] Gottfried 1983: 77; cf. también 53 (35-40 % en el Mediterráneo); trabajos inéditos citados por Pamuk 2007: 294; Dols 1977: 193-223.

[11] Citado por Dols 1977: 67. Gottfried 1983: 77-128 comenta las numerosas consecuencias de la epidemia.

[12] P. ej., Gottfried 1983: 16-32; Pamuk 2007: 293. Véase aquí, «Esta observación introduce otra calificación...», para la crisis de principios del siglo XIV.

[13] Horrox 1994: 57, 70.

[14] Horrox 1994: 287-289.

[15] Horrox 1994: 313, 79.

[16] Gottfried 1983: 95.

[17] Véase esp. Allen 2001; Pamuk 2007; Allen *et al.* 2011. Fig. 10.1 de Pamuk 2007: 297 fig. 2.

[18] Fig. 10.2 de Pamuk 2007: 297 fig. 3.

[19] Población e ingresos: Pamuk 2007: 298-299. Fig. 10.3 recopilada de Clark 2007b: 130-134 tabla A2; véase también 104 fig. 2.

[20] Aumento rápido: Dols 1977: 268-269, y cf. 255-280 sobre las consecuencias económicas regionales de la epidemia en general. Europa: Pamuk 2007: 299-300, y véase aquí, fig. 5.9. Cita de Dols 1977: 270. Legados: 269-270. Dieta: Gottfried 1983: 138, derivado del trabajo de Eliyahu Ashtor.

[21] Bizancio: Morrison y Cheynet 2002: 866-867 (salarios), 847-850 (esclavos).
Estambul: Özmucur y Pamuk 2002: 306.

[22] Gottfried 1983: 129-134 ofrece un resumen sucinto.

[23] Pamuk 2007: 294-295 (artículos de lujo); Dyer 1998 (cambios en el nivel de vida); Gottfried 1983: 94 (cerveza y pasteles); Turchin y Nefedov 2009: 40 (Norfolk); Gottfried 1983: 95-96 (leyes).

[24] Gottfried 1983: 94, 97, 103. Contratos de arrendatarios: Britnell 2004: 437-444. Ingresos de tierras: Turchin y Nefedov 2009: 65. Herederos: Gottfried 1983: 96. Cifras y fortunas de la élite: Turchin y Nefedov 2009: 56, 71-72, 78.

[25] Alfani 2015. Fig. 10.4 de 1084 fig. 7, utilizando los datos de http://didattica.unibocconi.it/mypage/dwload.php?nomefile=Database_Alfani_Piedmont20160113114128.xlsx. Para desgloses por ciudades y pueblos, véase 1.071 figs. 2a-b y 1.072 fig. 3.

[26] Disminución del porcentaje de familias ricas: Alfani 2016: 14 fig. 2 [*recte* fig. 3].
Para este cálculo, véase aquí, capítulo 3.

[27] Véase esp. Alfani 2015: 1.078, 1.080, y también Alfani 2010 para un caso práctico de los efectos de la peste en la ciudad de Ivrea, en el Piamonte, donde la inmigración posterior de los pobres aumentó de inmediato la desigualdad de riqueza urbana. Las figs. 10.1-2 demuestran que la epidemia del siglo XVII no tuvo un efecto sistemático en los salarios urbanos reales. Estas diferencias entre las fases medieval y del siglo XVII de la peste ponen de relieve la necesidad de un estudio comparativo más sistemático.

[28] Alfani y Ammannati 2014: 11-25, esp. 19 gráficas 2a-b, 25 fig. 2. También demuestran por qué las afirmaciones de David Herlihy, según el cual la desigualdad aumentó en la Toscana después de la peste negra, son incorrectas (21-23). Las figs. 10.5-6 son de 15 tabla 2 y 29 tabla 4.

[29] Fig. 10.7 de Ammannati 2015: 19 tabla 2 (Ginis), 22 tabla 3 (quintiles superiores).
Lombardía y Véneto: Alfani y di Tullio 2015.

[30] Gottfried 1983: 136-139.

[31] Gottfried 1983: 97-103; Bower 2001: 44. Véase también Hilton y Aston, eds. 1984, también para Francia y Florencia.

[32] Blum 1957: 819-835. El revisionismo ha culminado en Cerman 2012.

[33] Dols 1977: 275-276. Véase aquí, fig. 11.2. Sin embargo, el argumento de Borsch de que ciertos salarios urbanos reales habían caído marcadamente entre 1300/1350 y 1440/1490 parece difícil de sostener: véase Borsch 2005: 91-112, con Scheidel 2012: 285 n. 94 y, más en general, Pamuk y Shatzmiller 2014.

[34] Dols 1977: 232; véase 154-169 para despoblación rural, y 276-277 para revueltas a finales del siglo XIV. Combinación: Borsch 2005: 25-34, 40-54. Contraste: Dols 1977: 271, 283.

CAPÍTULO 11. PANDEMIAS, HAMBRUNA Y GUERRA

[1] Véase Diamond 1997: 195-214 para las diferencias entre los focos de enfermedades del Viejo y el Nuevo Mundo precolombinos. Crosby 1972 y 2004 son crónicas clásicas del intercambio colombino. Para un resumen muy breve, véase Nunn y Qian 2010: 165-167.

[2] El siguiente estudio se basa en Cook 1998. El encabezamiento de la sección es una cita del *Chilam Balam de Chuyamel* en Cook 1998: 216. Citas: 202, 67.

[3] Para el debate, véase McCaa 2000; Newson 2006; Livi Bacci 2008 (que pone énfasis en la multiplicidad de factores causales). Arroyo Abad, Davies y van Zanden 2012: 158 señalan que la cuatriplicación de los salarios reales en México entre el siglo XVI y mediados del XVII coincide con una pérdida de población de alrededor del 90 %, lo cual respaldaría tentadora pero inconcluyentemente los elevados cálculos de mortalidad; véase aquí. Me baso en McCaa 2000: 258.

[4] Williamson: 2009: 15; Arroyo Abad, Davies y van Zanden 2012. Fig. 11.1 de 156 fig. 1, utilizando los datos de <http://gpih.ucdavis.edu/Datafilelist.htm#Latam>.

[5] Arroyo Abad, Davies y van Zanden 2012: 156-159.

[6] Contra Williamson 2009: 14, en principio no es obvio que la conquista española aumentara mucho la desigualdad respecto de los niveles precolombinos, al menos en el territorio de los imperios azteca e inca, muy explotadores y estratificados.

[7] La bibliografía es bastante amplia: el estudio reciente más exhaustivo es Stathakopoulos 2004: 110-154, que utilizo junto con los casos prácticos de Little 2007. Concretamente para la oleada inicial, véase también el comentario de Horden 2005. La cita del encabezamiento de la sección es de fuentes antiguas mencionadas en Stathakopoulos 2004: 141, y la cita es de Procopio, *Guerra persa* 2.23.

[8] Síntomas: Stathakopoulos 2004: 135-137; ADN: Wagner *et al.* 2014; Michael McCormick, comunicaciones personales. Actualmente están publicándose datos de un segundo yacimiento.

[9] Stathakopoulos 2004: 139-141 (cifras). McCormick 2015 analiza pruebas arqueológicas de fosas comunes de este periodo. Juan de Éfeso: Patlagean 1977: 172. Cita: *Novella* 122 (abril de 544 e. c.).

[10] Economistas: Findlay y Lundahl 2006: 173, 177. Datos egipcios: Fig. 11.2 creada a partir de Scheidel 2010: 448 y Pamuk y Shatzmiller 2014: 202 tabla 2.

[11] Scheidel 2010: 448-449; Sarris 2007: 130-131, informando sobre la disertación inédita de Jairus Banaji en Oxford en 1992.

[12] Para los datos de El Cairo, véase Pamuk y Shatzmiller 2014: 198-204, y 205 para el cálculo de salarios en trigo basados en la suposición de doscientos cincuenta días laborables por año. Bagdad: 204 fig. 2. Cesta de la compra: 206-208, esp. 207 fig. 3.

[13] Pamuk y Shatzmiller 2014: 209 tabla 3A (brotes), 216-218 (Edad de Oro).

[14] Bowman 1985; Bagnall 1992.

[15] Para este acontecimiento, véase esp. Duncan-Jones 1996; Lo Cascio 2012. La cita del encabezamiento de la sección es de Orosio, *Historia contra los paganos* 7.15. Amiano, *Historia* 23.6.24. Viruela: Sallares 1991: 465 n. 367; Zelener 2012: 171-176 (modelo).

[16] Duncan-Jones 1996: 120-121.

[17] Scheidel 2012: 282-283, actualizando Scheidel 2002: 101.

[18] La fig. 11.3 pertenece a Scheidel 2012: 284 fig. 1, sobre todo basándose en Scheidel 2002: 101-107.

[19] Esto podría ayudar a explicar la falta de diferencia en la capacidad de consumo general para las cestas de la compra antes y después de la peste, calculada en Scheidel 2010: 427-436. Distintos niveles de demanda exterior también podrían explicar la falta de aumento en los salarios en trigo después de la peste antonina en comparación con la plaga de Justiniano, como demuestra la fig. 11.2 aquí. Asimismo, el número de muertes causadas por la peste antonina pudo ser más modesto debido a la diferencia en los patógenos y sobre todo a su duración (décadas en lugar de siglos).

[20] Sharp 1999: 185-189, con Scheidel 2002: 110-111.

[21] Escenario: Scheidel 2002: 110, con referencias. Población: Scheidel 2001: 212, 237-242, 247-248 (Egipto); Frier 2001 (imperio). Borsch 2005: 18-19 destaca similitudes con Europa occidental.

[22] Watkins y Menken 1985, esp. 650-652, 665. Para India, véase aquí, capítulo 5.

[23] Véase aquí, capítulo 7.

[24] Jordan 1996: 7-39 (hambruna), 43-60 (precios y salarios), 61-86 (lores), 87-166 (plebeyos).

[25] Para los porcentajes de riqueza, véase aquí, figs. 5.4-7; para las ratios de riqueza, véase aquí, figs. 5.1-2. Clark 2007b: 132-133 tabla A2 computa los salarios rurales reales. Si el salario real medio de 1300 a 1309 se estandariza a 100, la media era 88 en 1310-1319, 99 en 1320-1329 y 114 en 1330-1339 y 1340-1349, pero 167 en 1350-1359, 164 en 1360-1369 y 187 en 1370-1379. Se produjo una clara ruptura entre 1349 (129) y 1350 (198). Para la escala de la mortalidad de la hambruna, véase Jordan 1996: 145-148 (quizá 5-10 % del Flandes urbanizado en 1316).

[26] Para la hambruna, véase Ó Gráda 1994: 173-209, esp. 178-179, 205. «No serviría de gran cosa»: Nassau William Senior según Benjamin Jowett, citado en Gallagher 1982: 85. Ó Gráda 1994: 224, 227 (emigración), 207 (reservas de capitales).

[27] Para el aumento de los salarios reales y el nivel de vida, véase Ó Gráda 1994: 232-233, 236-254; Geary y Stark 2004: 377 fig. 3, 378 tabla 4. Tendencias anteriores: Mokyr y Ó Gráda 1988, esp. 211, 215, 230-231 (aumento de la desigualdad); Ó Gráda 1994: 80-83 (sin rastro de una caída abrupta en los salarios reales); Geary y Stark 2004: 378 tabla 4, 383 (cierto aumento seguido de un estancamiento). Propiedad de tierras: Turner 1996, esp. 69 tabla 3.2, 70, 72, 75, 79 tabla 3.3.

[28] Harper 2015b es el estudio más exhaustivo. Parkin 1992: 63-64 (Dioniso); Freu 2015: 170-171 (salarios).

[29] Jursa 2010: 811-816; véase también Scheidel 2010: 440-441. Para este periodo, véase también aquí, capítulo 1.

[30] Esta sección se basa en el monumental estudio de Roeck 1989. La cita del encabezamiento de la sección (790) es de Jacob Wagner, el cronista de Augsburgo.

[31] Para los registros, véase Roeck 1989: 46-62. La fig. 11.4 se basa en Hartung 1898: 191-192 tablas IV-V; véase también van Zanden 1995: 647 fig. 1.

[32] Roeck 1989: 400-401 (10 %), 432 (1 %), 407, 413-414 (trabajadores), 512 (sin clase media). El coeficiente de Gini de Roeck para 1618 es más preciso que otro más bajo derivado de Hartung 1898. Para la caída de los salarios reales en otros lugares, véase aquí, fig. 10.1-2.

[33] Roeck 1989: 553-554 (inflación), 555-561 (vivienda), 562-564 (ganadores).

[34] Roeck 1989: 630-633, 743-744, 916.

[35] Roeck 1989: 575, 577 (servicio por deudas), 680-767 (ocupación sueca), esp. 720-722, 731-732, 742.

[36] Siegel: Roeck 1989: 15-21. Canibalismo: 18 y 438 n. 467.

[37] Roeck 1989: 765 (guarnición y compensación), 773 (protestantes), 790 (vivienda), 870, 875 (legados).

[38] Roeck 1989: 880-949 (pérdidas de población: 881-882). Tabla 11.1 basada en Roeck 1989: 398 tabla 28, 905 tabla 120.

[39] Las peculiaridades de los registros indican que los cambios en la valoración de las fortunas ocultan una pérdida aún mayor de riqueza real: Roeck 1989: 907-908. Porcentajes: 909 tabla 121 (decil superior), 945 (patricios).

[40] Roeck 1989: 957-960 (asedio), 307, 965 (muertes), 966 (inversión), 973-974 (1648).

[41] Roeck 1989: 975-981 para un resumen final. Persistencia: aquí, fig. 11.4.

CUARTA PARTE. ALTERNATIVAS

CAPÍTULO 12. REFORMA, RECESIÓN Y REPRESENTACIÓN

[1] ¿Qué hay del papel de las ideas o, más concretamente, de la ideología igualitaria, a la hora de equiparar la distribución de ingresos y riqueza? Huelga decir que, al igual que otros elementos de lo que podríamos definir como la reserva del conocimiento, las ideologías que abordan un espectro amplio que va desde varias doctrinas religiosas, abolicionismo y democracia social hasta hipernacionalismo, fascismo y socialismo científico han formado parte durante mucho tiempo de los procesos igualadores. Las ideologías han precipitado sacudidas violentas y ayudado a mantener las ganancias de igualdad resultantes (más recientemente, en los estados de bienestar modernos) y a su vez han sido moldeadas y en ocasiones enormemente potenciadas por esas sacudidas (cf. aquí, capítulo 5). Además, las ideas normativas suelen estar relacionadas con niveles concretos de desarrollo: hay buenos motivos por los que las creencias igualitarias son más generalizadas en las sociedades recolectoras y las sociedades modernas con altos ingresos que entre las sociedades agrícolas (Morris 2015). No obstante, lo más importante para los fines de este estudio es si puede demostrarse que la ideología ha actuado como un medio autónomo y pacífico de igualación: si ha propiciado una equiparación económica notable fuera del contexto de las sacudidas violentas. Normalmente no ha ocurrido: comento una posible excepción —los acontecimientos recientes en Latinoamérica— más adelante. Una segunda cuestión relacionada —si a lo largo del último siglo la ideología habría tenido posibilidades de hacerlo en ausencia de sacudidas violentas— implica un escenario hipotético que valoro al final del capítulo 14.

[2] Francia y Gran Bretaña: Piketty 2014: 116-117 figs. 3.1-2.

[3] Moyo y Chambati 2013a: 2; Moyo 2013: 33-34, 42, 43 tabla 2.2; Sadomba 2013: 79-80, 84-85, 88. Para México, cf. aquí, capítulo 8.

[4] Powelson 1988: 176 (reformas); para el contexto, véase Batten 1986; Farris 1993: 34-57; Kuehn 2014: 10-17.

[5] Leonard 2011: 2 (cita), 32-33; Tuma 1965: 74-81, 84-91; Leonard 2011: 52-58.

[6] Powelson 1988: 104-105, 109.

[7] Powelson 1988: 129-131 (Bulgaria); Barraclough 1999: 16-17 (Guatemala).

[8] You n.d.: 13, 15-16; Barraclough 1999: 34-35; You n.d.: 43 tabla 3; Lipton 2009: 286 tabla 7.2; You n.d.: 23; y véase esp. You 2015: 68-75. Los cálculos para la década de 1960 varían de 0,2 a 0,55, pero se centran en el nivel de 0,30: 0,34, 0,38 o 0,39. Para la importancia crucial de las preocupaciones de seguridad y la influencia estadounidense en la puesta en práctica de políticas, véase You 2015: 85-86.

[9] Vietnam del Sur: Powelson 1988: 303. Taiwán: Barraclough 1999: 35; You n.d.: 13-14, 16-17, 27; You 2015: 68-69, 75-78, 86-87; también Albertus 2015: 292-297. Chen Cheng, el artífice de la reforma agraria, la definió como un medio para privar a los agitadores comunistas de «armas propagandísticas» (citado por You 2015: 86).

[10] Rumanía: véase Eidelberg 1974: 233 n. 4 para referencias a esta posición, no compartida por el propio Eidelberg (234). Chile: Barraclough 1999: 20-28. Véase también Jarvis 1989 sobre el desmoronamiento posterior de los efectos redistributivos de la reforma, sobre todo por medio de ventas de pequeños propietarios.

[11] Perú: Barraclough 1999: 29-30; Albertus 2015: 190-224, que pone énfasis en la ruptura entre el ejército gobernante y la élite con tierras. Aun así, teniendo en cuenta que el Gini de tierras en Perú era extremadamente alto de buen principio (alrededor de 0,95), unas medidas redistributivas firmes lo dejaron alto, hacia 0,85: Lipton 2009: 280. Otros países: Lipton 2009: 275; Diskin 1989: 433; Haney y Haney 1989; Stringer 1989: 358, 380. El Salvador: Strasma 1989, esp. 408-409, 414, 426.

[12] Cita Al-Ahram el 4 de septiembre de 1952, mencionado por Tuma 1965: 152. Albertus 2015: 282-287 (Egipto); Lipton 2009: 294 (Irak). Sri Lanka: Samaraweera 1982: 104-106. Desde entonces, la expansión de los pueblos y la regularización de las usurpaciones han sido los principales mecanismos para añadir tierra a las pequeñas propiedades: Banco Mundial 2008: 5-11.

[13] Lipton 2009: 285-286 tabla 7.2. Cf. también Thiesenheusen 1989a: 486-488. Albertus 2015: 137-140 ofrece una valoración más optimista sobre Latinoamérica, donde más de la mitad de las tierras de cultivo estaban sujetas a transferencias relacionadas con la reforma entre 1930 y 2008 (8-9), pero es llamativo que algunas de las redistribuciones más exitosas tuvieran lugar en Bolivia, Cuba y Nicaragua, además de Chile, México y Perú (140). Venezuela: Barraclough 1999: 19-20.

[14] Roselaar 2010, esp. 221-289.

[15] You 2015: 78-81 (Filipinas); Lipton 2009: 284-294 (sur de Asia); Hooglund 1982: 72, 89-91 (Irán). Una mayor desigualdad en la propiedad de tierras no es una consecuencia infrecuente de la reforma agraria: véase, p. ej., Assunção 2006: 23-24 para Brasil.

[16] España: Santiago-Caballero 2011: 92-93. En Guadalajara, su efecto sobre la desigualdad fue modesto: 88-89.

[17] Zébitch 1917: 19-21, 33; Kršljanin 2016, esp. 2-12. Para otros casos desde 1900, véase Albertus 2015: 271-273 tabla 8.1.

[18] Barraclough 1999: 17 (Puerto Rico); Tuma 1965: 103 (Irlanda).

[19] Estudio: Albertus 2015: 271-273 tabla 8.1 (veintisiete de treinta y una «grandes» reformas agrarias, definidas como aquellas en las que al menos un 10 % de la tierra cultivable cambió de manos en un periodo continuo con al menos un año en el que más de un 1 % fue expropiado). Para dos de las otras cuatro —Egipto y Sri Lanka—, véase aquí. De las cincuenta y cuatro reformas agrarias, treinta y cuatro, o un 63 %, en los datos de Albertus están asociadas con los factores antes mencionados. El propio Albertus insiste en la importancia crucial de rupturas entre las élites con tierras y las políticas que hicieron posible la reforma agraria, a menudo en condiciones de autocracia (esp. 2015: 26-59). Sus hallazgos coinciden plenamente con mi perspectiva.

[20] Lipton 2009: 130. Por las razones aquí expuestas, sus ejemplos —Corea del Sur y Taiwán— no pueden considerarse reformas auténticamente no violentas. Para problemas con la aplicación de la reforma agraria en general, véase 127, 131-132, 145-146. Tuma 1965: 179 deriva esta conclusión de su estudio global de la reforma agraria: «Cuanto más fundamental y extendida es la crisis, más imperativa, radical y probable parece la reforma». También distingue entre reformas que se desarrollan en un marco privado y son limitadas, lo cual preserva la desigualdad o incluso puede incrementarla, y las que eliminan la propiedad privada por medio de la colectivización y erradican la concentración de riqueza (222-230).

[21] Para China, véase aquí, capítulo 2 y capítulo 6. Por lo que sabemos, las reformas solónicas en Atenas no incluyeron una redistribución de la tierra, y desconocemos la naturaleza del alivio de la deuda. Asimismo, puede que estuvieran influidas por incentivos de política exterior: véase aquí, capítulo 6. Link 1991: 56-57, 133, 139; Fuks 1984: 71, 19.

[22] Hodkinson 2000: 399; Cartledge y Spawforth 1989: 42-43, 45-47, 54, 57-58, 70, 78. Los datos griegos también coinciden con el énfasis de Albertus 2015 en la importancia de la autocracia para poner en práctica la reforma agraria.

[23] Hudson 1993: 8-9, 15-30, 46-47 (Mesopotamia); Levítico 25, con Hudson 1993: 32-40, 54-64. Véase también, más generalmente, Hudson y Van De Mierop 2002. Es asombroso que Graeber 2011, en su estudio global de la deuda, no aborde adecuadamente esta cuestión.

[24] Draper 2010, esp. 94-95, 106-107, 164, 201.

[25] Schmidt-Nowara 2010; 2011: 90-155 proporciona análisis recientes.

[26] Álvarez-Nogal y Prados de la Escosura 2013: 9, 18-21. Véase también aquí, capítulo 3 fig. 3.3.

[27] Atkinson y Morelli 2011: 9-11, 35-42; Alvaredo y Gasparini 2015: 753. Atkinson y Morelli 2011: 42-48; Morelli y Atkinson 2015 observan que la creciente desigualdad no se ha correlacionado significativamente con el estallido de crisis económicas.

[28] Bordo y Meissner 2011: 11-14, 18-19 (periodización); Saez y Zucman 2016: Apéndice *on-line* tabla B1 (porcentajes de riqueza; cf. anteriormente Wolff 1996: 436 tabla 1, con 440 fig. 1); WWID (porcentajes de ingresos); Turchin 2016a: 78 fig. 4.1, 190.

[29] El porcentaje de ingresos del 1 % más adinerado y el coeficiente de Gini de ingresos totales permaneció inalterado entre 1932 y 1939: WWID; Smolensky y Plotnick 1993: 6 fig. 2. Wolff 1996: 436 tabla 1 observa una recuperación parcial en los porcentajes de riquezas más elevadas entre 1933 y 1939, mientras que Saez y Zucman 2016: Apéndice *online* tabla B1 documentan una reducción constante.

[30] Para la Gran Recesión, véase Piketty y Saez 2013; Meyer y Sullivan 2013 (EE. UU.); Jenkins, Brandolini, Micklewright y Nolan, eds. 2013, esp. 80 fig. 2.19, 234-238 (países occidentales hasta 2009). Véase también Piketty 2014: 296.

[31] Véase aquí, capítulo 5 y capítulo 6.

[32] Acemoglu, Naidu, Restrepo y Robinson 2015: 1.902-1.909 (reseña bibliográfica), 1.913-1.917 (datos), 1.918-1.927 (efecto en los impuestos), 1.928-1.935 (efecto en la desigualdad), 1.954 (motivos para la heterogeneidad). El efecto observado en los Gini de ingresos disponibles es pequeño, alrededor de dos o tres puntos (1928). Sus hallazgos amplían los de estudios anteriores más limitados que tampoco identificaron una relación entre democracia y políticas redistributivas y de bienestar, como Mulligan, Gil y Sala-i-Martin 2004, y representan un distanciamiento de algunos de sus argumentos previos (p. ej., Acemoglu y Robinson 2000). Para crecimiento económico y desigualdad, véase aquí, capítulo 13.

[33] Partidismo y poder de negociación centralizado: Scheve y Stasavage 2009: 218, 229-230, 233-239. Tasas tributarias a los ingresos más elevados: Scheve y Stasavage 2016: 63-72, esp. figs. 3.5-7.

[34] Sindicalización: véase aquí, capítulo 5. Países asiáticos: WWID.

CAPÍTULO 13. DESARROLLO ECONÓMICO Y EDUCACIÓN

[1] Gini para Italia: Rossi, Toniolo y Vecchi 2001: 916 tabla 6 (declive desde 1881); Brandolini y Vecchi 2011: 39 fig. 8 (estabilidad entre 1871 y 1911). Emigración italiana: Rossi, Toniolo y Vecchi 2001: 918-919, 922. Selección positiva entre emigrantes: Grogger y Hanson 2011. México ha sido una excepción parcial: Campos-Vázquez y Sobarzo 2012: 3-7, y esp. McKenzie y Rapoport 2007 para la complejidad de los resultados. Las remesas suelen reducir la igualdad, pero solo en grado menor: véase. p. ej., Acosta, Calderón, Fajnzylber y López 2008 para Latinoamérica. La inmigración redujo los salarios reales en EE. UU. entre 1870 y 1914: Lindert y Williamson 2016: 180-181. Card 2009 calcula que la inmigración supuso un 5 % del aumento de la desigualdad salarial en Estados Unidos entre 1980 y 2000. A lo largo de toda la historia, la migración ha ocasionado en ocasiones sociedades bastante igualitarias partiendo de cero: los ejemplos van desde los colonos de la antigua Grecia hasta los pioneros americanos. Sin embargo, la panorámica puede cambiar notablemente si tenemos en cuenta los correspondientes incrementos en la desigualdad intergrupal entre indígenas y recién llegados.

[2] Alvaredo y Piketty 2014: 2, 6-7 comentan las deficiencias de los datos actuales para los petroestados. Nótese el argumento de Piketty según el cual un fuerte crecimiento económico en las décadas posteriores a la segunda guerra mundial estuvo asociado a una caída de la desigualdad sobre todo por las sacudidas violentas de 1914 y 1945, y sus consecuencias políticas hicieron que la tasa del rendimiento de capital (después de impuestos y pérdidas de guerra) se situara por debajo del índice de crecimiento: Piketty 2014: 356 fig. 10.10.

[3] Kuznets 1955: 7-9, 12-18, con citas de 18, 19, 20, 26. Piketty 2014: 11-15 (cita: 13).

[4] Fig. 13.1 reproducida de Alvaredo y Gasparini 2015: 718 fig. 9.4, la recopilación más reciente y exhaustiva de la que dispongo. Según una válida descripción de dos detractores de esta perspectiva: «Se utilizan observaciones de varios países con niveles de ingresos mínimos para calcular aproximadamente la evolución de ingresos en un solo país» (Deininger y Squire 1998: 276).

[5] Calidad de los datos: Bergh y Nilsson 2010: 492 y n. 9. Palma 2011: 90 fig. 1 (Gini de distribución), 92 y fig. 3 (deciles superiores), 93-109, esp. 95 fig. 5, 96, 99 fig. 7 (relación desigualdad/PIB per cápita). El poderoso efecto de Latinoamérica ya era señalado por Deininger y Squire 1998: 27-28. Para el «exceso de desigualdad» en Latinoamérica, véase, p. ej., Gasparini y Lustig 2011: 693-694; Gasparini, Cruces y Tornarolli 2011: 179-181. Además, Frazer 2006: 1.467 señala que la cola izquierda de baja desigualdad en la curva invertida en varios países puede deberse a la relativa escasez de datos para países del África subsahariana con una alta desigualdad y bajos ingresos, lo cual privilegia a países con poca desigualdad e ingresos bajos en otros lugares, un grupo que aporta más observaciones y reduce la desigualdad en el extremo bajo de la escala del PIB per cápita. Alvaredo y Gasparini 2015: 720 detectan más problemas: el punto de inflexión de 1.800 dólares es muy bajo y la relación entre desigualdad y PIB per cápita es mucho más débil si solo se tienen en cuenta los países en vías de desarrollo, considerando que los ricos hacen descender la cola derecha de la curva. En casi la mitad de los países de la muestra, no encuentran «ninguna correlación significativa entre el tipo de patrón de desigualdad y diferentes cálculos de desarrollo y crecimiento» (723).

[6] Deininger y Squire 1998: 261, 274-282, esp. 279.

[7] Aquí discrepo del argumento sobre la presencia de lo que él denomina «oleadas de Kuznets» o «ciclos» presentado en Milanovic 2016: 50-59, 70-91. Para países afectados por las sacudidas de 1914-1945 y para datos a más largo plazo para varios países, incluidos Gran Bretaña y Estados Unidos, véase aquí, capítulo 3 y capítulo 5. Para España, véase Prados de la Escosura 2008: 298 fig. 3, 300; véase Maddison para cifras de PIB. Es sorprendente que el Gini siga de cerca al PIB per cápita, que se redujo después de la guerra civil: 300 fig. 5. Para los efectos de la guerra civil, véase aquí, capítulo 6. Y Roine y Waldenström 2015: 508 para trabajos que rechazan hallazgos anteriores relativos a una curva de Kuznets en Suecia desde 1870. También subrayan que, dado que era un fenómeno de ingresos de capital, la gran igualación de 1914 a 1945 no puede explicarse en términos kuznetianos (551). Milanovic 2016: 88 tabla 2.2 enumera niveles de PIB per cápita que van de 1.500 a 4.800 dólares en dólares internacionales de 1990 que están asociados con picos nacionales de desigualdad (expresados por coeficientes de Gini), pero su estudio sigue siendo problemático por varias razones. Los picos de desigualdad propuestos para Holanda en 1732, Italia en 1861 y Reino Unido en 1867 podrían no ser genuinos o directamente comparables a valores posteriores. En cuanto a Holanda, solo si estamos dispuestos a situar los Gini conjeturados para 1561, 1732 y 1808 al mismo nivel que el valor algo más bajo para 1914 es posible plantear un declive antes de 1914, que en cualquier caso fue seguido de una reducción mucho más fuerte y mejor documentada (81 fig. 2.15). La idea de un pico de desigualdad en Italia en 1861 depende de Brandolini y Vecchi 2011: 39 fig. 8, que presentan Gini muy similares de alrededor de 0,5 para 1861 y 1901 y otros idénticos y más bajos para 1871 y 1921; sus cálculos suelen fluctuar entre 0,45 y 0,5 para el periodo de 1861 a 1931, lo cual hace imposible identificar un punto de inflexión. Para la desigualdad en Gran Bretaña, véase aquí, capítulo 3. La igualación que comenzó después de los máximos Gini en Estados Unidos en 1933 y Japón en 1937 está relacionada causalmente con la segunda guerra mundial y no con el desarrollo económico. Esto nos deja solo el caso de España referenciado en el texto principal. No hay rastro de una igualación relacionada con el PIB en Latinoamérica: véase aquí, «La fase más reciente en la evolución de la desigualdad...»

[8] Porcentaje agrario: Angeles 2010: 473. Aunque no descarta una relación sistemática entre crecimiento económico y desigualdad, rechaza la formulación original del modelo y, al hacerlo, coincide con otros hallazgos que la socavan. Deininger y Squire 1998: 275-276 ya descubrieron que el efecto del movimiento intersectorial es trivial para las consecuencias de la desigualdad, mientras que la desigualdad interocupacional es más importante. Comparaciones: Frazer 2006, esp. 1.465 fig. 5, 1.466 fig. 6, 1.477-1.478. Esfuerzos continuados: el intento más notable es Mollick 2012, sobre los porcentajes de ingresos máximos en Estados Unidos 1919-2002 (véase aquí, «Una mayor inversión en educación...»). Abdullah, Doucouliagos y Manning 2015 argumentan un vínculo entre la creciente desigualdad y el PIB per cápita en el sudeste de Asia y mantienen que el punto de inflexión requerido todavía no se ha alcanzado, lo cual significa que actualmente no hay pruebas de un declive kuznetiano. Como Angeles 2010, tampoco encuentran la relación predicha entre desigualdad y niveles de empleo no agrarios.

[9] El concepto de «carrera» fue acuñado por Tinbergen 1974.

[10] Primas por especialización premodernas: van Zanden 2009, esp. 126-131, 141-143. Para la creciente desigualdad a partir de 1500, véase aquí, capítulo 3.

[11] Goldin y Katz 2008: 57-88 analizan a largo plazo las primas por especialización en Estados Unidos desde la década de 1890. Para la primera caída, véase esp. 60 fig. 2.7 (profesiones manuales), 63 (inmigración), 65 (primera guerra mundial), 67 fig. 2.8 (ganancias personal administrativo/manual).

[12] Goldin y Margo 1992 es el estudio fundacional de la «gran compresión» de salarios relacionada con la segunda guerra mundial. Rendimientos de la educación: Goldin y Katz 2008: 54 fig. 2.6, 84-85 tabla 2.7 y fig. 2.9; Kaboski 2005: fig. 1. GI Bill y recuperación: Goldin y Margo 1992: 31-32; Goldin y Katz 2008: 83. Cf. Stanley 2003: 673 sobre el impacto limitado de la GI Bill.

[13] Véase SWIID; WWID. Los acontecimientos en Indonesia han sido más complejos. Para los países occidentales, véase aquí, capítulo 15; para la desigualdad poscomunista, véase aquí, capítulo 7 y capítulo 8. Para Egipto, véase esp. Verme *et al.* 2014: 2-3, y cf. también Alvaredo y Piketty 2014. Seker y Jenkins 2015 concluyen que la rápida disminución de la pobreza en Turquía entre 2003 y 2008 fue impulsada por un fuerte crecimiento económico y no por factores distributivos igualadores.

[14] Disminución reciente de la desigualdad: Tsounta y Osueke 2014: 6, 8. Veintiocho países: SWIID para Angola, Burkina Faso, Burundi, Camerún, República Centroafricana, Comoras, Costa de Marfil, Etiopía, Ghana, Guinea, Kenia, Madagascar, Mali, Mozambique, Namibia, Níger, Nigeria, Ruanda, Senegal, Seychelles, Sierra Leona, Sudáfrica, Suazilandia, Tanzania, Uganda, Zambia, Zimbabue. Alvaredo y Gasparini 2015: 735-736 también comentan la mala calidad de los datos. Diez países con caídas de la desigualdad: Angola, Burkina Faso, Burundi, Camerún, Costa de Marfil, Mali, Namibia, Níger, Sierra Leona y Zimbabue. Esto incluye casos dudosos, en especial el de una supuesta reducción en Angola, una sociedad muy desigual. Una fuerte caída observada en Zimbabue podría estar relacionada con la violencia política (véase aquí, capítulo 12).

[15] Las excepciones incluyen la guerra extremadamente sangrienta de Paraguay de 1864 a 1870 y la revolución cubana hasta 1959. Las revoluciones en México en la década de 1910 y Nicaragua en 1978 y 1979 tuvieron un alcance y ambición mucho más limitados. Incluso la quiebra parcial de un Estado, como Haití en 2010, ha sido infrecuente. La participación en las dos guerras mundiales fue comparativamente mínima, a lo sumo. Para los límites de los usos de Latinoamérica como hipótesis, véase aquí, «¿Por qué es tan débil la redistribución fiscal en Latinoamérica?...» y el capítulo 14.

[16] Williamson 2009 (ahora también en Williamson 2015: 13-23) es el intento más osado de conjetura a largo plazo; véase también Dobado González y García Montero 2010 (siglos XVIII y XIX); Arroyo Abad 2013 (siglo XIX); Prados de la Escosura 2007 (desigualdad desde mediados de siglo); Frankema 2012 (desigualdad salarial en el siglo XX); y también Rodríguez Weber 2015 (Chile desde mediados del siglo XIX). Primera fase de la globalización: Thorp 1998: 47-95; Bértola y Ocampo 2012: 81-137. Aumento de la desigualdad: Bértola, Castelnovo, Rodríguez y Willebald 2009; Williamson 2015: 19-21.

[17] Desde 1914: Thorp 1998: 97-125, esp. 99-107 sobre sacudidas internacionales; Bértola y Ocampo 2012: 138-147, 153-155. Véase Haber 2006: 562-569 para el desarrollo industrial ya en este periodo. Ginis: Prados de la Escosura 2007: 297 tabla 12.1.

[18] Thorp 1998: 127-199; Bértola y Ocampo 2012: 138-197, esp. 193-197; Frankema 2012: 51, 53 sobre la compresión salarial. Ginis: Prados de la Escosura 2007: 297 tabla 12.1; pero para datos contradictorios sobre Chile, comparar Rodríguez Weber 2015: 8 fig. 2.

[19] 1938-1970: Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México y Uruguay, con una caída neta en Argentina. 1950-1970: los mismos países más Costa Rica, República Dominicana, El Salvador, Guatemala, Honduras, Panamá, Perú y Venezuela, con caídas netas limitadas a Guatemala y Venezuela. Véase Prados de la Escosura 2007: 297 tabla 12.1. Los resultados de Gini coinciden con el movimiento de los porcentajes de ingresos máximos en Argentina, según WWID. Para las políticas de Perón (como controles de los precios, salarios mínimos, transferencias, sindicalización, derechos laborales y sistema de pensiones), véase Alvaredo 2010a: 272-276, 284. Para Chile, véase la nota anterior.

[20] Thorp 1998: 201-273; Haber 2006: 582-583; Bértola y Ocampo 2012: 199-257. Aumento de la desigualdad: 253 (crecientes brechas salariales). Heterogeneidad: Gasparini, Cruces y Tornarolli 2011:155-156, y véase también Psacharopoulos *et al.* 1995 para la década de 1980. Ginis: Prados de la Escosura 2007: 297 fig. 12.1 (1980/1990); Gasparini, Cruces y Tornarolli 2011: 152 tabla 2 (décadas 1990/2000); Gasparini y Lustig 2011: 696 fig. 27.4 (1980/2008).

[21] Fig. 13.2 de Prados de la Escosura 2007: 296-297 tabla 12.1.

[22] Datos de SWIID. Para una estadística similar, véase Cornia 2014c: 5 fig. 1.1 (una caída de 0,541 en 2002 a 0,486 en 2010). Palma 2011: 91 señala que entre 1985 y 2005, el *ranking* brasileño de Gini de ingresos globales cayó de la posición cuarenta y ocho (es decir, el cuarto peor) en 1985 a ascender a la sexta más alta en 2005, una mejora muy modesta en términos relativos.

[23] PIB: Banco Mundial, PIB per cápita (dólares EE. UU. actuales), <http://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.PCAP.CD>. Prueba: Tsounta y Osueke 2014: 18.

[24] Educación y primas por especialización: p. ej., Lustig, López-Calva y Ortiz-Juarez 2012: 7-8 (Brasil), 9-10 (México); Alvaredo y Gasparini 2015: 731 (general). Centroamérica: Gindling y Trejos 2013: 12, 16.

[25] Bolivia: Aristázabal-Ramírez, Canavire-Bacarezza y Jetter 2015: 17. Para la importancia de la reducción de las primas por especialización (y no las transferencias) en la igualación boliviana, véase Hernani-Limarino y Eid 2013. La falta de rendimiento observada arroja dudas sobre la idea de que una mayor educación haya sido beneficiosa (Fortun Vargas 2012). Calidad de la educación: Cornia 2014c: 19; Lustig, López-Calva y Ortiz-Juarez 2014: 11-12, con referencias.

[26] Productos: véase Comisión Económica para Latinoamérica y el Caribe (ECLAC) 2015 para la caída drástica de la demanda extranjera en los últimos años. Argentina: Weisbrot, Ray, Montecino y Kozameh 2011; Lustig, López-Calva y Ortiz-Juarez 2012: 3-6; Roxana 2014. Otras recuperaciones: Gasparini, Cruces y Tornarolli 2011: 167-170. Un punto Gini: 170. Aplacamiento: Alvaredo y Gasparini 2015: 749. Efecto en el crecimiento del PIB: Tsounta y Osueke 2014: 4, 17-18 (quizá una octava parte de la reducción total de la desigualdad). Índices de crecimiento del PIB: datos de IMF <https://www.imf.org/external/pubs/ft/reo/2013/whd/eng/pdf/wreo1013.pdf>; <http://www.imf.org/external/pubs/ft/survey/so/2015/CAR042915A.htm>. Cornia 2014b: 44 identifica varios obstáculos estructurales para una mayor igualdad.

[27] Brasil: Gasparini y Lustig 2011: 705-706; Lustig, López-Calva y Ortiz-Juarez 2012: 7-8. Impuestos: Goñi, López y Servén 2008, esp. 7 fig. 2, 10-14, 18-21; cf. también De Ferranti, Perry, Ferreira y Walton 2004: 11-12. Transferencias bajas y beneficios regresivos: Bértola y Ocampo 2012: 254-255; Medeiros y Ferreira de Souza 2013. Para transferencias bajas en países en vías de desarrollo más en general, véase Alvaredo y Gasparini 2015: 750, que también las explican en referencia a bajos niveles tributarios; y véase también Besley y Persson 2014 para las razones económicas y políticas de los bajos niveles tributarios.

[28] Cálculos del PIB: proyecto Maddison.

[29] Sacudidas violentas y ampliaciones fiscales en la historia universal: Yun-Casalilla y O'Brien 2012; Monson y Scheidel, eds. 2015. Papel menor: aquí, «En ocasiones, el África subsahariana...». Características: De Ferranti, Perry, Ferreira y Walton 2004: 5-6 resumen brevemente la perspectiva convencional, calificada por, p. ej., Arroyo Abad 2013; Williamson 2015. Palma 2011: 109-120 pone énfasis en la resistencia y el éxito de las oligarquías latinoamericanas a la hora de mantener altos porcentajes de ingresos. Williamson 2015: 23-25 observa que Latinoamérica se perdió «la gran igualación del siglo XX».

[30] Causas principales: Cornia 2014c: 14-15, 17-18; Lustig, López-Calva y Ortiz-Juarez 2014: 6; Tsounta y Osueke 2014: 18-20. Thernborn 2013: 156 expresa su preocupación por la «sostenibilidad política a largo plazo» de este proceso.

[31] Cita de <http://www.azquotes.com/quote/917097>.

CAPÍTULO 14. ¿Y SI...? DE LA HISTORIA A LA HIPÓTESIS

[1] En este y los siguientes cuatro párrafos, recapitulo algunos argumentos básicos planteados en la introducción (aquí, introducción «Los cuatro jinetes») y desarrollados en las partes primera y sexta.

[2] Para Europa a comienzos de la modernidad, véase aquí, capítulo 3. Milanovic 2016: 50 también rechaza la idea de un vínculo entre desigualdad y crecimiento económico en las sociedades preindustriales.

[3] Véase esp. aquí, capítulo 5 y capítulo 13.

[4] Cita: Milanovic 2016: 98. En 1790, Noah Webster consideraba que la «gran desigualdad de fortunas» de Roma era la principal causa de la caída de la república («Miscellaneous remarks on divisions of property...», http://presspubs.uchicago.edu/founders/print_documents/v1ch15s44.html).

[5] La exposición más clara de la teoría del ciclo secular puede encontrarse en Turchin y Nefedov 2009: 6-21. Cf. también 23-25 para ciclos más rápidos y centrados en las élites en sociedades poligénicas, y véase 303-314 para los resultados de casos prácticos existentes. Turchin 2016a aplica una versión adaptada de este modelo a Estados Unidos. Motesharrei, Rivas y Kalnay 2014 presentan un modelo más abstracto de cómo el consumo excesivo de la élite puede precipitar el desmoronamiento de sociedades desiguales.

[6] Turchin y Nefedov 2009: 28-29 solo mencionan brevemente los factores exógenos. Esto puede ser un problema grave, sobre todo en el caso de la peste negra en la Inglaterra de finales de la Edad Media, que desafía la endogenización: 35-80. Para las sociedades mencionadas en el texto, véase aquí, capítulo 3. Nótese que en un estudio exhaustivo, Albertus 2015: 173-174 no halla conexión entre niveles particulares de desigualdad de tierras y reforma agraria o acciones colectivas que lleven a esta última.

[7] Obvio aquí el debate sobre las causas del brote de conflicto global en 1914 que ha cobrado impulso por el reciente centenario. Baste señalar que, en el sentido más general, las guerras mundiales fueron endógenas al desarrollo moderno en el sentido de que no habrían sido factibles sin la industrialización, y que la movilización de masas fue consecuencia de la tecnología armamentística de la época: cf. Scheve y Stasavage 2016: 21-22. Pero esto no determinó las probabilidades de la guerra. Milanovic 2016: 94-97 propone un vínculo más concreto entre la desigualdad y la primera guerra mundial que permitiría que la equiparación resultante fuese «endogeneizada» en las condiciones económicas previas a la guerra (94).

[8] Primera guerra mundial: WWID. Segunda guerra mundial: para testigos putativos, véase aquí, capítulo 5. Suiza: Dell, Piketty y Saez 2007: 474; Roine y Waldenström 2015: 534-535, 545; y aquí, capítulo 5. Para Argentina, véase aquí, capítulo 5.

[9] Para los efectos desigualadores de la globalización, véase aquí, capítulo 15. Las colonias británicas en África solían ser bastante desiguales en el momento de la independencia, aunque en algunos casos la desigualdad se había reducido en el periodo de posguerra: véase Atkinson 2014b. Para la importancia de los activos coloniales para algunas élites ricas europeas, véase Piketty 2014: 116-117 figs. 3.1-2, 148.

SÉPTIMA PARTE. EL REGRESO DE LA DESIGUALDAD Y EL FUTURO DE LA EQUIPARACIÓN

CAPÍTULO 15. EN NUESTRO TIEMPO

[1] Tabla 15.1 y fig. 15.1: WWID, SWIID.

[2] Véase la tabla 15.1. Para el papel de las transferencias a la hora de prevenir un incremento mucho más pronunciado de la desigualdad de ingresos disponibles, véase, p. ej., Adema, Fron y Ladaique 2014: 17-18 tabla 2; Morelli, Smeeding y Thompson 2015: 643-645; y cf. también Wang, Caminada y Goudswaard 2012. Dispersión salarial: Kopczuk, Saez y Song 2010: 104 fig. I (el Gini de salarios aumentó de 0,38 en 1970 a 0,47 en 2004); cf. también Fisher, Johnson y Smeeding 2013 para tendencias paralelas en la desigualdad de ingresos y consumo en EE. UU. hasta 2006. Ginis promediados y ratios S80/S20 y P90/P10: Morelli, Smeeding y Thompson 2015: 635-640. Vaciar a la clase media: Milanovic 2016: 194-200, esp. 196 fig. 4.8, para cambios mínimos en Canadá, Alemania y Suecia, modestos en España y más pronunciados en Australia, Holanda, Estados Unidos y, sobre todo, Reino Unido. Para otros resúmenes de estas tendencias, véase Brandolini y Smeeding 2009: 83, 88, 93-94; OCDE 2011: 24 fig. 1, 39 fig. 12; Jaumotte y Osorio Buitron 2015: 10 fig. 1. Wehler 2013 dedica todo un libro a la creciente desigualdad en Alemania, un país que hasta el momento ha logrado contener este fenómeno con relativo éxito.

[3] En España, el porcentaje de ingresos del 1 % más rico presentó una media del 8,3 % de 1988 a 1992 y del 8,4 % de 2008 a 2012; en Nueva Zelanda, un 7,3 % de 1988 a 1992 y un 8,1 % de 2008 a 2012; y en Francia, un 8 % de 1988 a 1992 y un 8,5 % de 2008 a 2012. Entre 1980 y 2010, los porcentaje de ingresos del 1 % más rico aumentaron un 51 % en Canadá, un 54 % en Sudáfrica, un 57 % en Irlanda y Corea del Sur, un 68 % en Suecia, un 74 % en Finlandia, un 81 % en Noruega, un 87 % en Taiwán, un 92 % en Australia, alrededor de un 100 % en Reino Unido y un 99-113 % en Estados Unidos (WWID).

[4] En Estados Unidos, excluyendo las ganancias de capital, se situaron en un 18,4 % en 1929 y en 18,9 % en 2012, y en un 22,4 y 22,8, respectivamente, si se incluyen las ganancias de capital. Los últimos valores disponibles, para 2014, del 17,9 % sin y el 21,2 % con ganancias de capital son algo más bajos (WWID). Porcentaje de riqueza máxima: Saez y Zucman 2016: Apéndice *on-line* tabla B1. El hecho de que el porcentaje de riqueza del 1 % más adinerado (todavía) no haya vuelto a los niveles de 1929 demuestra que ahora hay más estratificación en los círculos de la élite que entonces. Correcciones de Gini: Morelli, Smeeding y Thompson 2015: 679 y esp. 682 fig. 8.28. Impuestos y transferencias: Gordon 2016: 611 tabla 18-2.

[5] Para Rusia y China, véase aquí, capítulo 7. India, Pakistán e Indonesia: SWIID, WWID. Para África y Latinoamérica, véase aquí, capítulo 13. Tendencias globales: Jaumotte, Lall y Papageorgiou 2013: 277 fig. 1, 279 fig. 3.

[6] Rusia y China: Milanovic 2013: 14 fig. 6. Tendencias macrorregionales: Alvaredo y Gasparini 2015: 790; y véase también Ravallion 2014: 852-853.

[7] Los estudios recientes de la bibliografía incluyen Bourguignon 2015: 74-116, esp. 85-109; Keister 2014: 359-362; Roine y Waldenström 2015: 546-567; y sobre todo Salverda y Checchi 2015: 1.593-1.596, 1.606-1.612. Gordon 2016: 608-624; Lindert y Williamson 2016: 227-241; y Milanovic 2016: 103-112 son los resúmenes más recientes.

[8] Brecha de ganancias: Autor 2014: 846; véase también 844 fig. 1 para un aumento de la brecha de ganancias entre graduados de secundaria y licenciados universitarios de 30.298 a 58.249 dólares en dólares constantes de 2012 entre 1979 y 2012. Ganancias reales: *ibid.* 849; la divergencia es menos extrema entre las mujeres. Contribución a la desigualdad: 844 con referencias, esp. Lemieux 2006. Causas: 845-846, 849; para la importancia del cambio tecnológico véase también, p. ej., Autor, Levy y Murnane 2003; Acemoglu y Autor 2012. La innovación (ejemplificada por las patentes) y los porcentajes de ingresos del 1 % más adinerado en Estados Unidos han seguido caminos paralelos desde la década de 1980, lo cual indica que el crecimiento promovido por la innovación potencia los ingresos más altos: Aghion *et al.* 2016, esp. 3 figs. 1-2. Polarización: Goos y Manning 2007; Autor y Dorn 2013. Países en vías de desarrollo: Jaumotte, Lall y Papageorgiou 2013: 300 fig. 7.

[9] Educación como solución: p. ej., OCDE 2011: 31; Autor 2014: 850. Reducción de las primas: Autor 2014: 847-848. Europa: Crivellaro 2014, esp. 37 fig. 3, 39 fig. 5; y véase también Ohtake 2008: 93 (Japón); Lindert 2015: 17 (Asia oriental). Primas en varios países: Hanushek, Schwerdt, Wiederhold y Woessman 2013. Movilidad: Corak 2013: 87 fig. 4, 89 fig. 5.

[10] Véase esp. Mishel, Shierholz y Schmitt 2013. Disparidad: Slonimczyk 2013. Para los ingresos máximos, véase aquí, «Por añadidura, la participación de los votantes...». Cf. Mollick 2012: 128 para la idea de que una transición general a una economía de servicios puede estar aumentando la desigualdad.

[11] Freeman 2009, Bourguignon 2015: 74-116 y Kanbur 2015 analizan la relación entre globalización y desigualdad. Cambios anteriores: Roine y Waldenström 2015: 548. Comité de países: Bergh y Nilsson 2010. Élités: 495; Medeiros y Ferreira de Souza 2015: 884-885. Población activa global: Freeman 2009: 577-579; Alvaredo y Gasparini 2015: 748. Comercio y globalización económica: Jaumotte, Lall y Papageorgiou 2013: 274. Competencia comercial: Machin 2008: 15-16; Kanbur 2015: 1.853. Políticas: Bourguignon 2015: 115; Kanbur 2015: 1.877.

[12] Impuestos: Hines y Summers 2009; Furceri y Karras 2011. Bienestar: Bowles 2012a: 73-100 (teoría); Hines 2006 (práctica).

[13] Inmigración a Estados Unidos: Card 2009. Europa: Docquier, Ozden y Peri 2014 (OCDE); Edo y Toubal 2015 (Francia); y cf. también D'Amuri y Peri 2014 (Europa occidental). Para Latinoamérica, véase aquí, capítulo 13 n. 1. Apareamiento selectivo: Schwartz 2010, con referencia a estudios anteriores que atribuyen un 17-51 % del aumento total a este factor. Década de 1980: Larrimore 2014.

[14] Salverda y Checchi 2015 ofrecen el estudio más exhaustivo sobre este tema. Para la importancia de la sindicalización y los salarios mínimos, véase 1.653, 1.657, y también, p. ej., Koeniger, Leonardi y Nunziata 2007; y véase Autor, Manning y Smith 2010; Crivellaro 2013: 12 para el papel de los salarios mínimos. Visser y Checchi 2009: 245-251 consideran que la cobertura y centralización de las negociaciones sindicales y no la densidad sindical son variables cruciales que afectan a la desigualdad. Redistribución: Mahler 2010. Salarios y primas: Crivellaro 2013: 3-4; Hanushek, Schwerdt, Wiederhold y Woessman 2013. Variación entre países: Jaumotte y Osorio Buitron 2015: 26 fig. 7. Índices de sindicalización y dispersión salarial en EE. UU.: Western y Rosenfeld 2011. Sindicatos y salario mínimo en EE. UU.: Jaumotte y Osorio Buitron 2015: 26, y, de forma más general, Salverda y Checchi 2015: 1.595-1.596.

[15] Tasas tributarias y desigualdad de ingresos: Alvaredo, Atkinson, Piketty y Saez 2013: 7-9, esp. 8 fig. 4 para porcentajes de ingresos máximos; Piketty 2014: 509. (Pero cf. Mollick 2012: 140-141.) Tendencias a la baja: 499 fig. 14.1, 503 fig. 14.2; Morelli, Smeeding y Thompson 2015: 661 fig. 8.21 (OCDE); Scheve y Stasavage 2016: 101 fig. 4.1 (impuestos de transmisiones); Saez y Zucman 2016: Apéndice *on-line*, tabla B32 (EE. UU.); y véase también aquí, capítulo 5. Rentas de capital: Hungerford 2013: 19-20. Fuentes de ingresos y dispersión de la riqueza en EE. UU.: Kaymak y Poschke 2016: 1-25. Redistribución: OCDE 2011: 37. Una mayor progresividad compensó los impuestos más bajos a la renta, las prestaciones de la Seguridad Social no fueron más progresivas y los subsidios de los parados contribuyeron a la desigualdad de ingresos de mercado (38).

[16] Recorro aquí al excelente resumen de Bonica, McCarty, Poole y Rosenthal 2013, esp. 104-105, 106 fig. 1, 107, 108 fig. 2, 109 fig. 3, 110 fig. 4, 112 fig. 5, 118. Véase también Bartels 2008; Gilens 2012; Schlozman, Verba y Brady 2012; Page, Bartels y Seawright 2013.

[17] Distribución de aumento de los ingresos: Bivens y Mishel 2013: 58; Salverda y Checchi 2015: 1.575 fig. 18.11(b). 0,01 % más adinerado: WWID; incluyendo porcentajes de capital, esos porcentajes pasaron de aproximadamente un 2,4 % en 1992 y 1994 a aproximadamente un 5,1 % en 2012 y 2014; los promedios de seis años dan un aumento constante, del 2,7 % en 1992 y 1997 a un 3,9 % en 1996 y 2001, un 4,6 % en 2002 y 2007, y un 4,8 % en 2008 y 2014; además, las dos últimas medias de seis años infravaloran el alcance del crecimiento, ya que están deprimidas por las caídas centradas en 2002 y 2009: las medias de tres años para 2005 y 2007 y 2012 y 2014 son 5,5 % y 5,1 %, respectivamente. Variación entre países: 1.581 fig. 18.16, 1.584 fig. 18.17, 1.592. 1 % frente a 2-10 % más ricos: Roine y Waldenström 2015: 496 fig. 7.3, 497-498; y véase 539 fig. 7.20 para una leve caída del porcentaje de riqueza del 2-5 % más adinerado durante gran parte del siglo XX. Morelli, Smeeding y Thompson 2015: 662-663 subrayan que el aumento de los ingresos máximos es una tendencia firme y no puede explicarse por un mejor cumplimiento tributario.

[18] Keister 2014 y Keister y Lee 2014 ofrecen estudios recientes del 1 %. Diferentes tipos de explicaciones: Volscho y Kelly 2012; Keister 2014: 359-362; Roine y Waldenström 2015: 557-562. Fuerzas de mercado o no: Blume y Durlauf 2015: 762-764. Tamaño de las empresas: Gabaix y Landier 2008; Gabaix, Landier y Sauvagnat 2014. Cf. también Rubin y Segal 2015 para la sensibilidad de los ingresos máximos al rendimiento de la bolsa. Modelos superestrella/ganador: Kaplan y Rauh 2010, esp. 1.046-1.048; Kaplan y Rauh 2013; y cf. también Medeiros y Ferreira de Souza 2015: 876-877; Roine y Waldenström 2015: 559-560. Véase también aquí, 536 n. 8, para el efecto del crecimiento motivado por la innovación en los ingresos más elevados.

[19] Cita: Medeiros y Ferreira de Souza 2015: 886. Sector financiero: Philippon y Reshef 2012. Obtención de rentas y salario de los directivos: Bivens y Mishel 2013, esp. 57, 61 tabla 2, 69 fig. 2. Educación: Roine y Waldenström 2015: 547, 550, 557. Aptitudes y redes sociales: Medeiros y Ferreira de Souza 2015: 881-882. Financialización y desigualdad: Lin y Tomaskovic-Devey 2013, y cf. Davis y Kim 2015 para el proceso en general. Efectos colaterales: Bivens y Mishel 2013: 66-67, y cf. Keister 2014: 360. Tasas tributarias máximas y porcentajes de ingresos: Atkinson y Leigh 2013; Piketty, Saez y Stantcheva 2013; Roine y Waldenström 2015: 565-566. Grandes fortunas: Villette y Vuillermot 2009, basado en treinta y dos casos prácticos. Directivos chinos: Conyon, He y Zhou 2015.

[20] Piketty 2014: 171-222, esp. 171 fig. 5.3, 181, 195; Piketty y Zucman 2015: 1.311 figs. 15.1-2, 1.316 fig. 15.6, 1.317 fig. 15.8. Vivienda: Bonnet, Bono, Chapelle y Wasmer 2014; Rognlie 2015. Porcentaje del capital en ingresos nacionales: Piketty 2014: 222 fig. 6.5. Componentes de ingresos máximos: Morelli, Smeeding y Thompson 2015: 676-679, esp. 678 fig. 8.27. Los ingresos del trabajo son cruciales para el 1 % de muchos países: Medeiros y Ferreira de Souza 2015: 872.

[21] Variación internacional: Roine y Waldenström 2015: 574-575 tabla 7.A2; Piketty y Zucman 2015: 1.320-1.326. Con sus amplios conjuntos de datos *on-line*, Saez y Zucman 2016 supera a todos los estudios anteriores sobre distribución de riqueza en EE. UU. Para porcentajes de riqueza, véase *ibid.* Apéndice *on-line* tabla B1: el porcentaje de riqueza del 1 % más adinerado pasó del 22 % en 1978 al 39,6 % en 2012, el del 0,1 % del 6,9 en 1976 al 20,8 % en 2012, y el del 0,01 % del 2,2 % en 1978 al 11,2 % en 2012. Los porcentajes correspondientes en 1929, la anterior cúspide de la desigualdad de riqueza en Estados Unidos, fueron 50,6 %, 24,8 % y 10,2 %. B21-B22: el porcentaje del 1 % más adinerado en ingresos de capital gravables pasó del 34 % en 1979 al 62,9 % en 2012, excluyendo ganancias de capital, y del 36,1 % al 69,5 % con ganancias de capital. Para dividendos y porcentajes de ingresos, véase tablas B23a-b.

[22] Ginis de riqueza: Keister 2014: 353 fig. 2, 354. Con respecto a las dificultades para calcular los porcentajes de riqueza, véase más recientemente, Kopczuk 2015, esp. 50-51 figs. 1-2. Asociación: Alvaredo, Atkinson, Piketty y Saez 2013: 16-18. El porcentaje de ingresos salariales, incluyendo pensiones, tuvo una media del 62 % en 1979 a 1993, del 61 % de 1994 a 2003, y del 56 % en 2004 a 2013 (WWID). Lin y Tomaskovic-Devey 2013 argumentan que la financialización explica gran parte del declive del porcentaje de ingresos laborales. Ingresos por inversiones: Nau 2013, esp. 452-454. Ganancias y dividendos de capital: Hungerford 2013: 19.

[23] Crecimiento de la riqueza global: Piketty 2014: 435 tabla 12.1. Riqueza en paraísos fiscales: Zucman 2013 y esp. 2015: 53 tabla 1. Cf. también Medeiros y Ferreira de Souza 2015: 885-886.

[24] Förster y Tóth 2015: 1.804 fig. 19.3 ofrecen un sucinto resumen cualitativo de los múltiples casos de desigualdad y sus distintos efectos. Además de los mencionados en el texto, señalan también el apareamiento selectivo, las familias de un solo miembro, la participación de los votantes, el partidismo y el empleo femenino. Levy y Temin 2007 ofrecen una crónica histórica sintética del cambio institucional desde la segunda guerra mundial, que primero contuvo y luego precipitó la desigualdad de ingresos. Históricamente, el papel de la estanflación de los años setenta, que dio un fuerte impulso a la liberalización económica desigualadora, también debe tenerse en cuenta. Para una perspectiva sociológica, véase Massey 2007.

CAPÍTULO 16. ¿QUÉ NOS DEPARA EL FUTURO?

[1] Véase aquí, capítulo 15 (ajustes Gini), 444-445 (riqueza en paraísos fiscales), Introducción, (desigualdad absoluta); Hardoon, Ayele y Fuentes-Nieva 2016: 10 fig. 2 (mayor brecha de ingresos absolutos entre el 10 % y la mitad más baja en Brasil de 1988 a 2011). Para la desigualdad global, véase Milanovic 2016: 11 fig. 1.1, 25 fig. 1.2: los ingresos reales del 1 % global aumentaron unos dos tercios, lo cual es comparable a los índices del orden del 60 % al 75 % entre los percentiles cuarenta y setenta de la distribución de ingresos global; sin embargo, el 19 % de las ganancias totales fue para el 1 %, el 25 % para los siguientes cuatro centiles más altos y solo un 14 % para los de los tres deciles medios. Para unas ganancias aún más grandes del 1 % global en relación con el 10 % más bajo, véase Hardoon, Ayele y Fuentes-Nieva 2016: 10-11. Desigualdad efectiva: aquí, apéndice.

[2] Gini: SWIID. En 2011, Portugal tenía un Gini de ingresos de mercado aún más alto (0,502) que Estados Unidos. Los países europeos con Gini de mercado más bajos incluyen a Austria, Bélgica, Holanda, Noruega, España y Suiza, aunque Bélgica es la única excepción real: véase aquí, capítulo 15, tabla 15.1. En este último grupo, solo en Bélgica y España la brecha entre los Gini de mercado y los ingresos disponibles fue menor que en Estados Unidos. Para el esfuerzo redistributivo necesario para frenar la creciente desigualdad de ingresos de mercado en Europa, véase aquí, capítulo 15. Gasto social: OCDE 2014: 1 fig. 1 (en orden descendiente, Francia, Finlandia, Bélgica, Dinamarca, Italia, Austria, Suecia, España, Alemania, Portugal y, un poco por debajo del 25%, Holanda). Porcentaje del gobierno central en el PIB: OCDE, gasto general del gobierno (indicador): 10.1787/a31cbd4d-en. Bergh y Henrekson 2011 analizan la bibliografía sobre la relación entre el porcentaje del gobierno en el PIB y el crecimiento económico en los países con ingresos altos. Tendencias del gasto social: OCDE 2014: 2 fig. 2. Para los principales componentes, véase 4 fig. 4.

[3] Comisión Europea 2007, 2013, y 2015 son informes clave sobre la escala y las consecuencias del envejecimiento en Europa. Cf. también brevemente Naciones Unidas 2015 para las tendencias globales. Tasas de fertilidad: Comisión Europea 2007: 12 (alrededor de 1,5, aumento previsto a 1,6 en 2050). Promedio de edad y población activa: 13. Ratios de dependencia: 13 (aumento al 53 % en 2050); Comisión Europea 2013 (aumento al 51 % en 2050) y 2015: 1 (aumento al 50,1 % en 2060). Personas de ochenta años o más: Comisión Europea 2007: 13. Cf. 46 fig. 2.7., 49 fig. 2.9, y Hossmann *et al.* 2008: 8 sobre el rango de futuras pirámides etarias. Crecimiento como porcentaje del PIB: 13, con 70 tabla 3.3 (asistencia sanitaria), 72 tabla 3.4 (asistencia a largo plazo); pero contrastar Comisión Europea 2015: 4, para otro 1,8 % del PIB en gasto necesario en 2060, aunque con grandes diferencias entre países (4-5). Índices de crecimiento económico: Comisión Europea 2007: 62 (1,3 % para UE-15 y 0,9 % para UE-10 en 2031-2050), 2013: 10 (1,2 % 2031-2050), 2015: 3 (1,4-1,5 % 2020-2060).

[4] Efectos en la desigualdad: Faik 2012, esp. 20-23 para la predicción (Alemania); Comisión Europea 2013: 10-11, 16. Japón: Ohtake 2008: 91-93 para las consecuencias desigualadoras del envejecimiento sumadas a una expansión de las relaciones laborales informales entre los jóvenes. Restricciones a la inmigración e igualdad nacional: Lindert 2015: 18.

[5] Ratio de dependencia: Lutz y Scherbov 2007: 11 fig. 5. Coleman 2006, esp. 401, 414-416. Incluso una política de cero inmigración reduciría la población de origen extranjero en un máximo de un tercio o la mitad en 2050 (417). Niños y trabajadores jóvenes: Comisión Europea 2015: 27.

[6] Escala del reemplazo: Coleman 2006: 419-421. Educación, empleo e integración: Comisión Europea 2007: 15, 2013: 28. Heterogeneidad: Alesina y Glaeser 2004: 133-181 (cita: 175). Análisis: Brady y Finnigan 2014: 19-23.

[7] Waglé 2013, hasta ahora el análisis más detallado, señala en todo momento las complejidades de la relación entre heterogeneidad y bienestar (esp. 263-275). Ho 2013 aduce que la diversidad étnica por sí misma no reduce la distribución una vez que se tienen en cuenta otras identidades. Véase Huber, Ogorzalek y Gore 2012 para los distintos efectos de la democracia en la desigualdad en países homogéneos y heterogéneos, y Lindqvist y Östling 2013 para un modelo que predice la maximización del bienestar en situaciones de homogeneidad étnica. Correlaciones: Mau y Burkhardt 2009; Waglé 2013: 103-262. Actitudes: Finseraas 2012; Duch y Rueda 2014; y véase también Comisión Europea 2007: 15, 104. Inmigración y heterogeneidad religiosa: Waglé 2013: 164, 166. Lindert y Williamson 2016: 246 especulan que la futura inmigración podría aumentar la desigualdad europea incrementando la oferta de mano de obra.

[8] Greenwood, Guner, Kocharkov y Santos 2014 consideran que el apareamiento selectivo aumentó en los años sesenta y setenta, pero no desde entonces, mientras que Eika, Mogstad y Zafar 2014 observan su reducción entre las personas con educación universitaria y su aumento en los niveles educativos bajos. Para la movilidad intergeneracional, véase aquí, en la introducción, y esp. Chetty *et al.* 2014 para índices estables. Segregación residencial: Reardon y Bischoff 2011a: 1.093, 1.140-1.141; 2011b: 4-6.

[9] Piketty 2014: 195-196; Piketty y Saez 2014: 840-842; Piketty y Zucman 2015: 1.342-1.365, esp. 1.348 fig. 15.24. Para una muestra aleatoria de críticas, véase Blume y Durlauf 2015: 755-760 y Acemoglu y Robinson 2015, este último con la respuesta de Piketty 2015b: 76-77, quien señala las incertidumbres de esta predicción (82, 84). Cf. también Piketty 2015a para respuestas a otros trabajos. Para los efectos de la globalización, véase aquí, capítulo 15. La competencia comercial desigualadora de países con bajos ingresos probablemente continuará: Lindert y Williamson 2016: 250; cf. Milanovic 2016: 115. Superélite global: Rothkopf 2008; Freeland 2012. Sobre la informatización y los mercados laborales, véase esp. Autor 2015: 22-28, y, en términos más generales, Ford 2015. Cálculo: Frey y Osborne 2013. Entre muchos otros, Brynjolfsson y McAfee 2014 insisten en el enorme potencial transformador de la informatización. Para IA, véase más recientemente Bostrom 2014.

[10] Center for Genetics and Society 2015 analiza los avances recientes en técnicas genéticas, sobre todo la edición genómica por medio de CRISPR/Cas9; véase esp. 20-25 sobre modificación de líneas germinales, y 27-28 sobre ética y desigualdad. Liang *et al.* 2015 hablan de la edición genética de embriones humanos en una universidad china, lo cual tuvo poco éxito. Véase también Church y Regis 2014 para el potencial de la biología sintética. Harari 2015 aporta argumentos valiosos sobre los límites de las constricciones políticas. Bostrom 2003 considera la igualdad de las consecuencias de las modificaciones genéticas, mientras que Harris 2010 es optimista con su ética y atractivo. Especiación: Silver 1997.

[11] Este es un resumen de las ideas planteadas en OCDE 2011: 40-41; Bowles 2012a: 72, 98-99, 157, 161; Noah 2012: 179-195; Bivens y Mishel 2013: 73-74; Corak 2013: 95-97; Stiglitz 2013: 336-363; Piketty 2014: 515-539, 542-544; Blume y Durlauf 2015: 766; Bourguignon 2015: 160-161, 167-175; Collins y Hoxie 2015: 9-15; Kanbur 2015: 1.873-1.876; Ales, Kurnaz y Sleet 2015; Reich 2015: 183-217; Zucman 2015: 75-101.

[12] Tasas tributarias: Bourguignon 2015: 163; Piketty 2014: 512-513 (cita: 513), basándose en Piketty, Saez y Stantcheva 2013. Niveles de mano de obra globales: Kanbur 2015: 1.876. Impuesto a la riqueza: Piketty 2014: 515, 530 (citas). Crítica: Piachaud 2014: 703, a la idea de una riqueza global; cf. también Blume y Durlauf 2015: 765. Otros han criticado el interés de Piketty en los impuestos: 765-766; Auerbach y Hassett 2015: 39-40. Bowles 2012a: 156-157 señala la importancia de idear políticas viables. En cuanto a las acciones políticas, Levy y Temin 2007: 41 mencionan que «solo una reorientación de la política gubernamental puede restablecer la prosperidad general del auge de posguerra», y Atkinson 2015: 305 nos recuerda que «tiene que haber apetito de acción, y esto exige liderazgo político». Ello plantea la cuestión de la puesta en práctica; la referencia de Atkinson a las mejoras realizadas «en el periodo de la segunda guerra mundial y décadas posteriores» (308; cf. 55-77 para un análisis histórico) es cierta, pero apenas ofrece esperanzas para el futuro. Stiglitz 2013: 359-361, sobre las posibilidades de poner en práctica sus numerosas propuestas, no ofrece sugerencias sustanciales. Milanovic 2016: 112-117 manifiesta un saludable escepticismo con respecto al potencial de varias fuerzas igualadoras (cambio político, educación y una reducción de las presiones globalizadoras), y deposita sus esperanzas en la lenta disipación de las rentas y la aparición de tecnologías futuras que puedan aumentar la productividad relativa de los trabajadores poco especializados. Se muestra especialmente pesimista con las posibilidades de igualación económica a corto plazo en Estados Unidos, donde todos los indicadores apuntan a un aumento continuado de la desigualdad en el futuro cercano (181-190, esp. 190).

[13] Atkinson 2014a y 2015. Además de Atkinson 2015: 237-238, cito sobre todo la versión resumida (2014a). Para la pregunta «¿Puede hacerse?», véase 241-299. Reducción del Gini: 294, con 19 fig. 1.2, 22 fig. 1.3 (y cf. también 299 para una probable reducción de unos cuatro puntos). El Gini de ingresos británico cayó unos siete puntos durante la segunda guerra mundial: 19 fig. 1.2.

[14] Piketty 2013: 921 (traducción inglesa en Piketty 2014: 561).

[15] Proyecciones: Kott *et al.* 2015, esp. 1 (cita), 7-11, 16-17, 19-21. Para el uso de robots en el futuro, véase también Singer 2009. Para los efectos de las crisis económicas recientes, véase aquí, capítulo 12.

[16] Véase Zuckerman 1984: 2-5, 8-11, 236-237, 283-288 para la planificación del gobierno estadounidense después de una guerra nuclear. Trabajo forzado: el Juramento de Fidelidad de EE. UU. exige que los ciudadanos «desempeñen labores de importancia nacional bajo dirección civil cuando así lo requiera la ley». Véase Bracken 2012 sobre nuevas formas de conflicto nuclear y Barrett, Baum y Hostetler 2013 sobre las posibilidades de una guerra nuclear accidental. National Military Strategy 2015: 4 considera que la posibilidad de una guerra entre Estados Unidos y una gran potencia «es baja pero va en aumento» y predice que sus «consecuencias serían inmensas». Para el efecto de desplazamiento, véase la aportación del erudito de los estudios internacionales Artyom Lukin a http://www.huffingtonpost.com/artyom-lukin/world-war-iii_b_5646641.html. Allison 2014 ofrece un análisis accesible de las diferencias y similitudes entre 1914 y 2014. Morris 2014: 353-393 considera varias consecuencias futuras.

[17] Disminución de la violencia: Pinker 2011; Morris 2014, esp. 332-340. Véase Thayer 2009 para un análisis de la relación entre demografía y guerra, y Sheen 2013 para los efectos irenistas del envejecimiento futuro en el noreste de Asia. Cita: Milanovic 2016: 102-103.

[18] La «revolución bolivariana» de Venezuela, un movimiento izquierdista con un sólido historial de equiparación de ingresos que sigue funcionando a través de un sistema parlamentario, se ha enfrentado a una creciente resistencia nacional y puede que no sobreviva a su mala gestión de la economía.

[19] Índice: <http://www.systemicpeace.org/inscr/SFImatrix2014c.pdf>. Para guerra civil y desigualdad, véase aquí, capítulo 6. Comento el desmembramiento del Estado de Somalia en el capítulo 9.

[20] No escasean los libros de ciencia ficción popular que describen la aparición de nuevas infecciones y plantean amenazas futuras: véase más recientemente Drexler 2009 y Quammen 2013. La mejor contribución es la de Nathan Wolfe, un afiliado de Stanford que insiste en nuestras mejores capacidades para controlar y responder: Wolfe 2011. Escala: Bill Gates lidiando con decenas de millones de muertes en el futuro: https://www.ted.com/talks/bill_gates_the_next_disaster_we_re_not_ready?language=en. Extrapolación de la «gripe española»: Murray *et al.* 2006. Bioterrorismo: p. ej., Stratfor 2013. Para patógenos con potencial armamentístico, véase Zubay *et al.* 2005.

APÉNDICE. LOS LÍMITES DE LA DESIGUALDAD

[1] Milanovic, Lindert y Williamson 2011: 256-259. Fig. A.1 basada en su 258 fig. 1. Modalsli 2015: 241-242 es más optimista con la posibilidad de la existencia humana por debajo de los niveles de subsistencia. Para la idea de un Gini máximo de ~ 1 en lugar de 1, véase aquí, introducción, n. 9.

[2] Proyecto Maddison. Para un posible precursor ancestral, la Atenas clásica, véase aquí, capítulo 2; pero nótese que incluso la Toscana florentina del siglo XV solo llegaba a unos mil dólares.

[3] Milanovic, Lindert y Williamson 2011: 259-263 para los datos subyacentes y sus limitaciones. La fig. A.2 se basa en 265 fig. 2. Recurrir a tablas sociales genera toda una serie de posibles distribuciones de ingresos; Milanovic, Lindert y Williamson calculan dos: una que minimiza y otra que maximiza la desigualdad en cada horquilla de ingresos. En la mayoría de los casos, las diferencias entre esos cálculos son pequeñas.

[4] Milanovic, Lindert y Williamson 2011: 263 tabla 2. Modalsli 2015: 230-243 argumenta que un cálculo apropiado de la dispersión intragrupal en las tablas sociales genera unos Gini de ingresos bastante más elevados para las sociedades en cuestión: véase esp. 237 fig. 2 para la amplia dispersión de resultados. Sin embargo, los incrementos de alrededor de un 15 % aumentarían los Gini hasta llegar muy cerca del IPF o superarlo, un problema que solo podría evitarse asumiendo un suelo de subsistencia más bajo o un PIB per cápita más alto. Y lo que es más importante, señala que esos ajustes rara vez alteran la desigualdad relativa de esas sociedades (238). Véase Atkinson 2014b para los diversos efectos de la descolonización en la desigualdad de ingresos ejemplificada con porcentajes de ingresos máximos.

[5] Fig. A.3 de Milanovic, Lindert y Williamson 2011: 268 fig. 4.

[6] Adam Smith, *An inquiry into the nature and causes of the wealth of nations* V.ii.k. Fig. A.4 de Milanovic 2013: 9 fig. 3.

[7] Milanovic 2013: 12 tabla 1, 13 fig. 4 (Reino Unido y Estados Unidos). Para una elevada desigualdad hasta 1914, véase aquí, capítulo 3.

[8] Excluyo los petroestados porque podrían combinar una alta desigualdad de ingresos con un PIB per cápita alto. Las economías que dependen de otras formas de extracción mineral, como Botsuana y Namibia, también son muy desiguales, pero no llegan a niveles altos de ingresos per cápita medios. Datos para Estados Unidos y Reino Unido: Milanovic 2013: 12 tabla 1. Obvio su uso de las cifras de desigualdad de ingresos de mercado para Estados Unidos, que no son relevantes en este contexto.

[9] Datos: SWIID; proyecto Maddison; Milanovic 2013: 12 tabla 1, con Atkinson 2015: 18 fig. 1.1. Véase Milanovic 2015 para un límite superior de 0,55 a 0,6. Solo los Gini de ingresos de mercado parecen estar disponibles para Estados Unidos en 1929, pero teniendo en cuenta los bajos niveles de impuestos y transferencias en la época, no habrían sido mucho más altos que los de ingresos disponibles. Para el impacto de la desigualdad en el crecimiento, véase aquí, introducción.

[10] Para los datos, véase una vez más Milanovic 2013: 12 tabla 1. Mi sencillo modelo omite otros factores que también intervienen, en especial las instituciones políticas.

[11] En referencia al estudio de la desigualdad en la antigua Roma de Scheidel y Friesen 2009, varias publicaciones *on-line* afirmaban que la desigualdad de ingresos actual en EE. UU. era más alta que en el Imperio Romano, una observación basada en coeficientes de Gini de mercado que no tenía en cuenta la redistribución posmercado moderna y los respectivos IPF: <http://persquaremile.com/2011/12/16/income-inequality-in-the-roman-empire/>, partially reported by http://www.huffingtonpost.com/2011/12/19/us-income-inequality-ancient-rome-levels_n_1158926.html. Esta afirmación solo sería correcta si el IPF actual para Estados Unidos fuera de solo 0,5.

El gran nivelador

Walter Scheidel

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Great Leveler*

© Princeton University Press, 2017

© de la traducción, Efrén del Valle, 2018

© del diseño de la portada, Chris Ferrante

© de la imagen de la portada, Albrecht Dürer, Los cuatro jinetes del Apocalipsis, de Apocalipsis, 1497–1498. Xilografía.

© Editorial Planeta S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.ed-critica.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-17067-98-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

EMPRESA



ECONOMÍA



¡Síguenos en redes sociales!



The book cover features a detailed illustration in a woodcut style. The top half is in shades of grey and black, showing a king in a crown and a woman in a tall headdress. The bottom half is in shades of red and black, showing a man in a red tunic and a woman in a red dress. The background is filled with intricate line work and shading.

EL GRAN NIVELADOR

VIOLENCIA *e*
HISTORIA *de la* DESIGUALDAD
desde la EDAD DE PIEDRA *hasta*
el SIGLO XXI

WALTER SCHEIDEL

CRÍTICA